

Tesis Doctoral

DE LOS SERVICIOS SOCIALES AL SINHOGARISMO

MASCULINIDADES, SUBJETIVIDAD Y GÉNERO EN LOS
HOMBRES USUARIOS QUE TRANSITAN POR LOS RECURSOS
DE PROTECCIÓN SOCIAL



JORGE CASCALES RIBERA

Dirigida por:
Amparo Bonilla Campos
Óscar Guasch Andreu



Programa de Doctorado en Estudios de Género y Políticas de Igualdad

Diciembre, 2023

Fotografía de la portada cedida por © Lee Jeffries (fotógrafo).

Imagen de la colección *Portaits* publicada en enero de 2019.

Publicación que nace del proyecto fotográfico - *Lost Angels* – del mismo autor, el cual busca la visibilidad y la dignificación de las personas sin hogar a través de la imagen.

<https://lee-jeffries.co.uk/>



TESIS DOCTORAL

De los Servicios Sociales al Sinhogarismo: masculinidades, subjetividad y género en los hombres usuarios que transitan por los recursos de protección social.

Autor:

Jorge Cascales Ribera

Dirigida por:

Amparo Bonilla Campos y Óscar Guasch Andreu

Universitat de València

Programa de doctorado en Estudios de Género y Políticas de Igualdad

Institut Interuniversitari d'Estudis de les Dones

Valencia, diciembre, 2023

Vernon dejó de salir y de devolver las llamadas que le hacían. Creía que era una fase, que se le pasaría. No le parecía fuera de lugar tener la necesidad de encerrarse en sí mismo tras una serie de fallecimientos seguidos.

En esa época empezaron las auténticas penurias de pasta, lo que exacerbó su tendencia a aislarse. Ir a cenar a casa de alguien sin poder llevar una botella le disuadía de aceptar invitaciones. Angustiarle por las noches si alguien quería hacer una colecta para comprar un gramo. Angustiarle por llevar zapatillas deportivas con la suela despegada. Angustiarle por detalles a los que nunca había prestado atención y darles vueltas hasta obsesionarse.

Se quedaba en casa. Bendecía su época. Se bajaba música, series y películas. Poco a poco dejó de escuchar la radio.

(Vernon Subutex 1, Virginie Despentes)

En memòria de Santi i Pepe
I molts altres que ja ens han deixat.

AGRADECIMIENTOS

Muchos compañeros y compañeras que habían pasado por la realización de una tesis doctoral, cuando les expresé la decisión de que iba a realizar esta investigación, me ofrecieron sus más sentidos ánimos, no solamente para darme fuerzas sino también como forma de expresar la dureza que implica realizar este tipo de estudios sin posibilidad de obtener una beca, sin estar conectado a ningún grupo de investigación, ni tener ningún tipo de apoyo institucional que me liberase de tiempos, me aportase reconocimiento y me acercase a la academia para el desarrollo de este tipo de estudio. De este modo, estos agradecimientos van dirigidos a todas aquellas personas que, a pesar de las dificultades que me han acompañado, han estado apoyándome en este complejo camino hacia la elaboración de esta investigación, producto del convencimiento científico, del convencimiento político, del trabajo y del deseo de aprender.

Primero que todo agradecer a todas las personas que se han prestado para la realización de este trabajo. A los hombres que me han abierto sus casas, que me han acompañado tras un café o un vaso de agua para compartir su vida. Por permitirme entrar en vuestras vidas y compartir conmigo un instante repleto de inquietudes y emociones. Vosotros sois los protagonistas de este trabajo.

A todas las entidades sociales y profesionales que trabajan y se dejan la piel para hacer que la vida de las personas que atienden sean un poco más dignamente vivibles. A un largo listado de profesionales de la atención social que se han prestado para compartir su trabajo. Pero, sobre todo, al equipo del albergue *San Juan de Dios* por abrirme sus puertas para compartir su día a día conmigo. Sin vuestra experiencia este trabajo no hubiese sido posible.

A mis directoras Amparo Bonilla Campos y Óscar Guasch Andreu por ser unos inconscientes acogiendo entre sus labores a un doctorando como yo. Ha sido un camino con muchas idas y venidas donde el propio doctorando aparecía y desaparecía tras diversas vorágines personales y laborales, entre ellas la de la covid-19. Un camino repleto de obstáculos, pero también de aprendizajes, enseñanzas y experiencias que hemos andado juntas. Mil gracias por vuestras correcciones y aportaciones, pero, sobre todo, mil gracias por acompañar de forma tan humana cuando las cosas eran difíciles y complejas,

por las reuniones on-line donde expresar el amasijo de sentimientos que a un doctorando le acompañan, por la firmeza cuando era necesaria y la flexibilidad cuando la situación lo requería, así como por todas las tutorías de despacho donde se nos pasaban las horas conversando y debatiendo cada idea que iba emergiendo de esta investigación.

A Alejandra Salguero y a todo el equipo humano que le acompaña en el *FES-Iztacala* por acogerme en su universidad, sois un equipo increíble que hacéis que cualquier persona, aunque esté a miles de kilómetros, se sienta como en casa. A la gente del *CIEG-UNAM* y a los compañeros/as del *Diplomado de Formación de Facilitadores para el Programa Integral de Trabajo con Hombres* de la UNAM por permitirme acompañarles. A *Gendes* y al *Instituto WEM*. Pero, sobre todo, a Sergi y Mayra por acogerme en Ciudad de México y mostrarme un país tan increíble como es México.

A mi equipo del *Observatorio de las Masculinidades*, proyecto que nació a mitad de este trabajo tras la locura de Anastasia, Joan y mía, y que, actualmente es una gran familia de personas maravillosas con múltiples inquietudes que cada vez que nos encontramos me hacen sentirme como en casa.

Al *Institut Universitari d'Estudis de les Dones* de la Universitat de València por apostar por investigaciones sobre género y masculinidades como esta.

A los compañeros/as de la *Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación* en la cual entré como profesor asociado durante la elaboración de esta tesis doctoral. Pero en especial al *Departamento de Métodos de Investigación y Diagnóstico en Educación* del que formo parte y donde he encontrado compañeros y compañeras maravillosos que no han dejado ni un instante de animarme a lo largo de todo este recorrido.

A Mónica y Vicente Ángel por ser nuestro pequeño reducto de la Educación Social en la universidad. Por acompañarme y cuidarme tanto. Y por todos los cafés y comidas que nos quedan pendientes dentro de estas paredes.

A Vicent, Giuseppe y Quique por cuidarme y acompañarme durante todo este tiempo entre las calles de Valencia. Por ser un pilar en mis penas y alegrías.

A Maria José y Elena y toda la gente bonita que os rodea, por tantos cafés, horas de despacho, proyectos, conversaciones, comidas, cenas y lo que vendrá, tras este camino, primero como doctorandas y ahora como investigadoras.

A mis amigos y amigas. A Jose, Vicent, Josep, Pablo y a toda nuestra querida *Llista Negra*, por cuidarme y saber que, aunque no podamos juntarnos tanto como antes, siempre estáis ahí para lo que se os necesite.

A Pablo, Paola, Alex, Andrea y demás, por ser parte de mi familia elegida, por estar ahí siempre.

A mis compañeros y compañeras de trabajo.

A todas las personas no nombradas que durante estos años me han animado para llegar a este punto del camino.

A las personas que apuestan por el libre acceso al conocimiento y a la ciencia a riesgo de sus vidas. A las y los creadoras de plataformas como *Library Genesis*, *Sci-Hub* o *ebiblioteca* que permiten que, ante la precariedad y el sectarismo, cualquier persona pueda acceder al conocimiento.

A mi familia, a mi padre, a mi madre y a mi hermano, por no desfallecer nunca conmigo, por darme seguridad de sobra como para llegar a la luna, por apoyarme en todo lo que me he propuesto, por cuidarme y hacerme recordar que soy un ser querido.

A Sonia, mi compañera de vida, por todo el amor que depositas en nuestra relación, por aguantar tanto con paciencia y ternura, por compartir conmigo este camino y todas mis locuras. Por todo esto y lo que nos queda junto a Miquel. Gracias.

A mi hijo, por ser una nueva luz en el camino.

RESUMEN

En los recursos de protección social los hombres usuarios quedan atravesados por un fuerte estigma que los lleva a reconocerse y ser reconocidos como hombres fracasados. Este fenómeno se hace visible con gran facilidad cuando depositamos la mirada en la retórica política y en las formas mediáticas de identificar a las personas usuarias que transitan por los recursos de protección social, apareciendo categorizaciones que identifican a estos hombres como una subclase dependiente, machista, incluso, en ocasiones, peligrosa y violenta. Sin embargo, tal perspectiva ensombrece cómo el susodicho fracaso en estos hombres se da a través de un nexo existente entre identidad y estructura. Esta tesis doctoral titulada *De los Servicios Sociales al Sinhogarismo: masculinidades, subjetividad y género en los hombres usuarios que transitan por los recursos de atención social* examina, a través de una metodología cualitativa, la forma en que los hombres usuarios están viviendo su experiencia como hombres asistidos, tras la finalidad de dar respuesta a cómo la clase social, la construcción social de la masculinidad y su situación de riesgo y vulnerabilidad inciden en su subjetividad, y con ello, en sus formas de sentir, pensar y actuar como hombres, y más concretamente, como hombres tras una masculinidad marginal.

En este sentido, la identidad masculina de estos hombres no se puede entender como una esencia universal, genérica u homogénea, sino que debemos entenderla como producto de un proceso histórico, cultural y político que alimenta unos modos de reproducir la masculinidad en respuesta a las formas en que las instituciones sociales, y con ello, la propia sociedad los estigmatiza como una masculinidad fracasada. Tal es así que muchos de los recursos de atención social, incluso aquellos que se vanaglorian de aplicar la perspectiva de género, están contribuyendo a esta apatía moral al no tener en cuenta las particularidades de género que les acompañan, apareciendo unas lógicas patriarcales que generarán efectos en muchos sentidos.

Para acercarnos a esta realidad, la redacción de esta investigación comienza con el relato de la construcción de la pregunta de investigación problematizando dónde están los hombres usuarios en la atención social. Una vez expuesto el punto de partida se presenta el marco metodológico planteando un acercamiento al objeto de estudio desde dos contextos asistenciales distintos en la Comunidad Valenciana: los Servicios Sociales de

Atención Primaria y los recursos de atención a personas en situación de sinhogarismo. Para aproximarnos a estas dos realidades se ha diseñado un triángulo cualitativo, el cual se basa en los datos de veinte entrevistas de corte biográfico con hombres usuarios de ambos recursos, reforzados a través de entrevistas clave, trabajo etnográfico y grupos de discusión con personas profesionales de la atención social. De este modo, se ha recabado una cantidad relevante de información que ha sido sistemáticamente organizada y analizada siguiendo la metodología de la Teoría Fundamentada.

Para la exposición del trabajo realizado arrancamos con el marco teórico situando el relato, primeramente, en el contexto de la atención social tras la finalidad de reconocer a los hombres usuarios como una masculinidad nómada, en constante tránsito. Posteriormente, nos hemos sumergido en las teorías que envuelven a la construcción social de la masculinidad, aterrizando en un concepto poco utilizado en el análisis de las masculinidades por su falta de definición, como es el concepto de masculinidad marginal acotado por Raewyn Connell. Un concepto que ha requerido de una cierta problematización y una propuesta de interpretación o reelaboración en tanto que es un concepto central para observar y dialogar sobre la identidad de género de los hombres que, siendo identificados como hombres, son despojados de su reconocimiento por su condición de fracaso.

Finalmente, una vez situados teóricamente, se presentan los resultados de la investigación a través de tres capítulos: (1) el análisis de los hombres usuarios de los Servicios Sociales, (2) el análisis de los hombres usuarios de los recursos de atención a personas en situación de sinhogarismo y (3) un último capítulo que, aunando las dos realidades anteriores, describe aquellas cuestiones que se articulan desde la globalidad de la propia investigación. De este modo, esta investigación de tesis doctoral logra explorar y presentar una aproximación a la relación existente entre masculinidad y marginalidad, entre masculinidad y fracaso, y entre masculinidad y asistencia social, emergiendo nuevos aportes que, espero, lleven a romper con la mirada auto-referencial hegemónica masculina de clase acomodada que envuelve a muchos de los estudios de masculinidades que se están produciendo, siendo aquellos hombres socialmente etiquetados como fracasados los que, a través su experiencia de vida, nos llevan a identificar cómo son los hombres, cómo son sus prácticas de vida, sus acciones y su subjetividad, y con ello, qué fronteras de la construcción social de la masculinidad no estamos atendiendo desde los estudios de masculinidades y los estudios sobre atención social.

RESUM

En els recursos de protecció social els homes usuaris queden travessats per un fort estigma que els porta a reconéixer-se i ser reconeguts com a homes fracassats. Aquest fenomen es fa visible amb gran facilitat quan depositem la mirada en la retòrica política i en les formes mediàtiques d'identificar a les persones usuàries que transiten pels recursos de protecció social, apareixent categoritzacions que identifiquen a aquests homes com una subclasse dependent, masclista, fins i tot, a vegades, perillosa i violenta. No obstant això, tal perspectiva aombra com el susdit fracàs en aquests homes es dona a través d'un nexe existent entre identitat i estructura. Aquesta tesi doctoral titulada *Dels Serveis Socials al Sensellarisme: masculinitats, subjectivitat i gènere en els homes usuaris que transiten pels recursos d'atenció social* examina, a través d'una metodologia qualitativa, la forma en què els homes usuaris estan vivint la seua experiència com a homes assistits, amb la finalitat de donar resposta a com la classe social, la construcció social de la masculinitat i la seua situació de risc i vulnerabilitat incideixen en la seua subjectivitat, i amb això, en les seues maneres de sentir, pensar i actuar com a homes, i més concretament, com a homes rere una masculinitat marginal.

En aquest sentit, la identitat masculina d'aquests homes no es pot entendre com una essència universal, genèrica o homogènia, sinó que hem d'entendre-la com a producte d'un procés històric, cultural i polític que alimenta unes maneres de reproduir la masculinitat en resposta a les formes en què les institucions socials, i amb això, la pròpia societat els estigmatitza com una masculinitat fracassada. Tal és així que molts dels recursos d'atenció social, fins i tot aquells que es vanaglorien d'aplicar la perspectiva de gènere, estan contribuint a aquesta apatia moral al no tindre en compte les particularitats de gènere que els acompanyen, apareixent unes lògiques patriarcals que generaran efectes en molts sentits.

Per a acostar-nos a aquesta realitat, la redacció d'aquesta investigació comença amb el relat de la construcció de la pregunta d'investigació problematitzant on estan els homes usuaris en l'atenció social. Una vegada exposat el punt de partida es presenta el marc metodològic plantejant un apropament a l'objecte d'estudi des de dos contextos assistencials diferents a la Comunitat Valenciana: els Serveis Socials d'Atenció Primària i els recursos d'atenció a persones en situació de sensellarisme. Per a aproximar-nos a

aquestes dues realitats s'ha dissenyat un triangle qualitatiu, el qual es basa en les dades de vint entrevistes de tall biogràfic amb homes usuaris dels dos recursos, reforçats a través d'entrevistes clau, treball etnogràfic i grups de discussió amb persones professionals de l'atenció social. D'aquesta manera, s'ha recaptat una quantitat rellevant d'informació que ha sigut sistemàticament organitzada i analitzada seguint la metodologia de la Teoria Fonamentada.

Per a l'exposició del treball realitzat arranquem amb el marc teòric situant el relat, primerament, en el context de l'atenció social amb la finalitat de reconèixer als homes usuaris com una masculinitat nòmada, en constant trànsit. Posteriorment, ens hem submergit en les teories que envolten a la construcció social de la masculinitat, aterrant en un concepte poc utilitzat en l'anàlisi de les masculinitats per la seua falta de definició, com és el concepte de masculinitat marginal establert per Raewyn Connell. Un concepte que ha requerit d'una certa problematització i una proposta d'interpretació o reelaboració en tant que és un concepte central per a observar i dialogar al voltant de la identitat de gènere dels homes que, sent identificats com a homes, són despullats del seu reconeixement per la seua condició de fracàs.

Finalment, una vegada situats teòricament, es presenten els resultats de la investigació a través de tres capítols: (1) l'anàlisi dels homes usuaris dels Serveis Socials, (2) l'anàlisi dels homes usuaris dels recursos d'atenció a persones en situació de sensellarisme i (3) un últim capítol que, connectant les dues realitats anteriors, descriu aquelles qüestions que s'articulen des de la globalitat de la pròpia investigació. D'aquesta manera, aquesta investigació de tesi doctoral aconsegueix explorar i presentar una aproximació a la relació existent entre masculinitat i marginalitat, entre masculinitat i fracàs, i entre masculinitat i assistència social, emergint noves aportacions que, espere, porten a trencar amb la mirada auto-referencial hegemònica masculina de classe acomodada que envolta a molts dels estudis de masculinitats que s'estan produint, sent aquells homes socialment etiquetats com fracassats els que, a través la seua experiència de vida, ens porten a identificar com són els homes, com són les seues pràctiques de vida, les seues accions i la seua subjectivitat, i amb això, quines fronteres de la construcció social de la masculinitat no estem atenent des dels estudis de masculinitats i els estudis sobre atenció social.

ABSTRACT

In the social protection resources, male users are traversed by a strong stigma that leads them to recognise and be recognised as failed men. This phenomenon is easily visible when we look at the political rhetoric and media forms of identifying male users of social protection resources, appearing categorisations that identify these men as a dependent, sexist, sometimes even dangerous and violent underclass. However, such a perspective obscures how the aforementioned failure in these men occurs through an existing nexus between identity and structure. This doctoral thesis entitled *From Social Services to Homelessness: masculinities, subjectivity and gender in male users who use social care resources* examines, through a qualitative methodology, the way in which male users are living their experience as men assisted, with the aim of responding to how social class, the social construction of masculinity and their situation of risk and vulnerability affect their subjectivity, and with it, their ways of feeling, thinking and acting as men, and more specifically, as men with a marginal masculinity.

In this sense, the masculine identity of these men cannot be understood as a universal, generic or homogeneous essence, but rather we must understand it as a product of a historical, cultural and political process that feeds ways of reproducing masculinity in response to the forms in which social institutions, and with it, society itself, stigmatize them as failed masculinity. So much so that many of the social care resources, even those that pride themselves on applying the gender perspective, are contributing to this moral apathy by not taking into account the gender particularities that accompany them, creating patriarchal logic that will generate negative effects. in many ways.

To get closer to this reality, the writing of this research begins with the story of the construction of the research question, problematizing where the male users are in social care. Once the starting point has been stated, the methodological framework is presented, proposing an approach to the object of study from two different healthcare contexts in the Valencian Community: Primary Care Social Services and care resources for people experiencing homelessness. To approach these two realities, a qualitative triangle has been designed, which is based on data from twenty biographical interviews with male users of both resources, reinforced through key interviews, ethnographic work and

discussion groups with professional people from social care. In this way, a relevant amount of information has been collected that has been systematically organized and analysed following the Grounded Theory methodology.

In order to present the work carried out, we start with the theoretical framework, placing the story, first, in the context of social care with the aim of recognizing male users as a nomadic masculinity, in constant transit. Subsequently, we have immersed ourselves in the theories that surround the social construction of masculinity, landing on a concept that is little used in the analysis of masculinities due to its lack of definition, such as the concept of marginal masculinity defined by Raewyn Connell. A concept that has required a certain problematization and a proposal for interpretation or re-elaboration since it is a central concept to observe and dialogue about the gender identity of men who, being identified as men, are stripped of their recognition due to their condition of failure.

Finally, once situated theoretically, the results of the research are presented through three chapters: (1) the analysis of male users of Social Services, (2) the analysis of male users of human care resources in a situation of homelessness and (3) a final chapter that, combining the two previous realities, describes those issues that are articulated from the globality of the research itself. In this way, this doctoral thesis research manages to explore and present an approach to the existing relationship between masculinity and marginality, between masculinity and failure, and between masculinity and social assistance, emerging new contributions that, I hope, lead to breaking with the self-referential male hegemonic view of the wealthy class that surrounds many of the studies of masculinities that are being produced, being those men socially labeled as failures who, through their life experience, lead us to identify what men are like, what their life practices, their actions and their subjectivity, and with it, what frontiers of the social construction of masculinity we are not addressing from studies of masculinities and studies on social care.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	23
Construyendo la pregunta de investigación.....	27

PARTE I. METODOLOGÍA

CAPÍTULO 1. MARCO METODOLÓGICO	39
1.1 Objetivos	41
1.2 Diseño y Metodología	42
1.3 La posición epistemológica como investigador hombre profesional de lo social investigando a hombres usuarios.....	58
1.4 Planteamientos éticos en la investigación	64
1.5 Análisis de la información desde la <i>Grounded Theory</i> o teoría fundamentada.....	67

PARTE II. MARCO TEÓRICO

CAPÍTULO 2. DIBUJANDO EL CONTEXTO. LOS PROCESOS ASISTENCIALES Y EL MARCO INSTITUCIONAL DE LA ATENCIÓN SOCIAL	79
2.1 Qué son los procesos asistenciales	81
2.2 Qué significa vivir protegido.....	89
2.3 Los recursos de protección social: dibujando el contexto.	105
2.4 Los recursos de protección social como espacio con género	117
2.5 Investigando a los hombres usuarios como una masculinidad nómada	130
CAPÍTULO 3. GÉNERO Y MASCULINIDADES: ¿A QUÉ NOS REFERIMOS CUANDO HABLAMOS DE LOS “HOMBRES QUE TRANSITAN POR LOS RECURSOS DE PROTECCIÓN SOCIAL”?.....	133
3.1 La construcción social del varón como teoría para el análisis social de los hombres usuarios	137
3.2 Situando la mirada en las periferias: la masculinidad marginal como concepto para el análisis social	157
3.3 Masculinidades híbridas como espacio de renegociación identitaria: conectando la categoría de análisis con una identidad en tránsito constante	170

PARTE III. RESULTADOS

CAPÍTULO 4. LOS HOMBRES VULNERABLES EN LOS SERVICIOS SOCIALES	179
4.1 El perfil de los hombres vulnerables entrevistados	182
4.2 Los hombres que acuden a Servicios Sociales de Atención Primaria	189
4.3 Masculinidad y redes de solidaridad familiar y afectiva en los hombres usuarios.....	204
4.4 Cómo se vive la vulnerabilidad: Emociones y masculinidad en los hombres usuarios ..	238
SÍNTESIS. Perspectivas desde la vulnerabilidad: entre la clase y el género	286

CAPÍTULO 5. DEJARSE CAER. LOS HOMBRES EN LOS RECURSOS DE EXCLUSION SOCIAL SEVERA.....	291
5.1 Patrones de masculinidad hegemónica en los hombres en situación de sinhogarismo ...	295
5.2 Cumpliendo con el rol de importancia	330
5.3 Por qué razón los hombres llegan a la situación de calle: (des)identificaciones de la masculinidad tradicional	362
5.4 La construcción de las emociones patriarcales en los hombres: yo lo sentí así	398
5.5 Dejarse caer vs. cogerse a un clavo ardiendo	425
SÍNTESIS: La exclusión social como frontera: poniendo luz a la masculinidad marginal ..	432

CAPÍTULO 6. HIBRIDACIONES EN LAS MASCULINIDADES MARGINALES: EL TRÁNSITO IDENTITARIO DE LOS HOMBRES USUARIOS.....	437
6.1 Hibridaciones en la masculinidad de los hombres usuarios	439
6.2 Modelos de reconocimiento social: el mal hombre y el buen pobre en la masculinidad marginal.....	451
6.3 Del reconocimiento a la acción: espacios, códigos y subjetividades marginales en los hombres usuarios.....	464
6.4 El riesgo como tendencia hacia lo hegemónico	472
SÍNTESIS: Cómo transitan los hombres usuarios por los recursos de protección social	482

PARTE IV. CONCLUSIONES

A MODO DE CONCLUSIONES	487
BIBLIOGRAFIA.....	507

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1.1. Entrevistas clave realizadas.....	45
Tabla 1.2. Entrevistas de corte biográfico realizadas.	47
Tabla 1.3. Observación participante: categorización de espacios.	53
Tabla 1.4. Grupos de discusión con profesionales.	56
Tabla 1.5. Organización de documentos primarios para el análisis.	69
Tabla 1.6. Códigos y categorías extraídas en la codificación y recodificación.	74
Tabla 7.1. Objetivo General y Objetivos Específicos.	489

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1.1. Entrevistas de corte biográfico realizadas.....	49

INTRODUCCIÓN

Siempre es complejo empezar el relato de algo tan extenso como es un trabajo de investigación de doctorado. Empezar por el inicio implica describir qué vamos a investigar, identificar dónde nos situamos, desde dónde partimos y hacia dónde vamos. Así pues, empezaré diciendo que el proceso de investigación que os quiero presentar a lo largo del siguiente texto nace de conectar los estudios de género y los estudios de bienestar social y pobreza, de mi inquietud como hombre por cómo el género nos atraviesa y nos conforma como sujetos y, a la vez, por cómo la clase social permea y es permeada por la masculinidad en los hombres, ayudándonos a descubrir, una vez más, a los hombres como sujetos con género (Salazar, 2013).

Los estudios de género llevan mucho tiempo buscando descubrirnos la relación existente entre aquello que nos construye estructuralmente y cómo esto incide en la singularidad de las personas, alejándonos de un determinismo biológico y de una mirada meritocrática antiestructuralista. Los hombres en proceso de vulnerabilidad social y/o exclusión por su situación de pobreza, con frecuencia, son reconocidos por su situación de clase y mucho menos por su situación de género (Hearn y Pringle, 2006; Pringle, 1995; Rotondi, 2000). En este sentido, la investigación que os presento sitúa la mirada en los hombres usuarios que transitan por los recursos de protección social, analizando de qué forma la intersección entre el género y la clase inciden en las formas de habitar su realidad. Para ello, apunto a uno de los contextos más controvertidos para los hombres, como son sus vivencias como usuarios en los recursos de protección social, entendiendo los procesos asistenciales como una institución total que regula y reproduce relaciones sexo-genéricas y que alimenta las relaciones de género que nos acompañan y que contribuyen a ordenar de una forma determinada la sociedad.

En sus inicios, los estudios de género se han venido configurando a través de una estrecha relación con la categoría mujer. Esto, de alguna forma, posee una cierta lógica. El habernos configurado social, cultural e históricamente a lo largo de los siglos a través de un orden social basado en la distinción entre hombres y mujeres ha producido patrones de dominación, desigualdad y desprestigio sobre los cuerpos sexuados, construyéndose las diferencias, llevándose la peor parte las mujeres (Rubin, 1986). Con el tiempo

investigadoras como Simone de Beauvoir (2019)¹, Betty Friedan (2017), Carole Pateman (1995) o Kate Millet (2017) entre muchas otras, desde un análisis crítico del orden patriarcal, depositarán la mirada en su realidad como mujeres y, a través de sus trabajos, irán haciendo cada vez más visible la relación entre construcción cultural y cuerpo sexuado, utilizando el género femenino como una categoría social concreta desde donde observar la realidad. De este modo, la categoría género se ha venido convirtiendo en una herramienta analítica para observar, científica y políticamente, los marcos de distinción que produce el sistema, visibilizando una realidad desigual que, con su articulación, mantiene un orden social basado en la discriminación desde tiempos inmemoriales.

Este vínculo entre género y mujer ha estado presente desde sus inicios en los estudios de género y la investigación académica llegando a entenderse como sinónimos, dejando fuera de la disciplina, no solamente otros estudios de género no vinculados al sujeto mujer (como puede ser los estudios de masculinidades o ciertos estudios sobre cuerpo y sexualidad), sino también muchos estudios de mujeres situados en la periferia del feminismo hegemónico (Lugones, 2008)². De esta forma, desde el debate académico-político que envuelve al sujeto político del feminismo emergerán otras formas de mirar hacia el análisis de género, ampliando su mirada, incorporando a los estudios de género otras realidades femeninas y, a la vez, dando paso de algún modo al inicio de los estudios críticos sobre los hombres y las masculinidades.

No obstante, aunque exista un amplio abanico de temáticas que se han ido deshilando desde los estudios de género, parece no haberse prestado la misma atención a todos los hombres, encontrando todavía a día de hoy lo que Jeff Hearn (2011) acota como *interseccionalidades desatendidas*, temáticas que podríamos decir que están situadas en

¹ En la redacción de esta tesis doctoral se ha optado por referenciar en las citas bibliográficas el año de publicación de la edición de los textos que se han trabajado durante la construcción del marco teórico y el análisis documental. Informar que cuando se trate de un texto clásico reeditado, donde la fecha más reciente de edición pueda concurrir en confusión, por la distancia temporal respecto al año original de la publicación, se indicará el año de primera edición en las referencias bibliográficas al final de la tesis doctoral.

² Los estudios feministas decoloniales ratificarán la evidencia de un imaginario hegemónico de mujeres blancas acomodadas occidentales que representarán al feminismo global. Dicho feminismo occidental blanco llegará a ser fuertemente criticado por autorreferenciarse como portavoz e imagen hegemónica de las mujeres de todo el mundo, dejando en el olvido otras formas de ser mujer. Tras dicho debate político se trascenderá el sujeto político del feminismo mujer (en singular) para hablar de mujeres (en plural), tras la finalidad de hacer visible la diversidad de mujeres existentes.

la periferia de los estudios de masculinidades³. En este sentido, y volviendo al tema de investigación que nos acontece, una de estas cuestiones que actualmente está situada en la periferia de los estudios de masculinidades son aquellos estudios que atienden la intersección entre masculinidad y clase social, concretamente el análisis en perspectiva de género de los hombres en proceso de vulnerabilidad, pobreza, marginalidad y/o exclusión social. Como anotan Jeff Hearn y Keith Pringle

la investigación [sobre masculinidades] es relativamente buena en el trabajo y la salud, pero no sobre la exclusión social. El género explícito de los hombres y el enfoque en las masculinidades no se presenta directamente en la mayoría de los estudios. Las cuestiones de género no se consideran una prioridad. Si bien problemas clave como la delincuencia, la pobreza y el desempleo son temas claramente y fuertemente cargados de género, su género generalmente se ignora en la investigación. [...] Una conclusión general que puede ser extraída de la revisión de la literatura de esta investigación, es especialmente sobre la exclusión social a través de la cual la masculinidad, como tema de investigación independiente, ha gozado de poca popularidad (Hearn y Pringle, 2006, p. 39).

De este modo, se ha prestado mucha menos atención a esta realidad social en perspectiva de género como es la vida de los hombres en situación de pobreza, vulnerabilidad o exclusión social. A esto hay que sumarle que los estudios de masculinidades se han centrado principalmente en una mirada autorreferencial de hombres acomodados⁴ o una mirada hacia otras marcas interseccionales *mainstream* (diversidad sexual, masculinidades migrantes, masculinidad trans, negritud masculina, etc.) y mucho menos en aquellos hombres cercanos a la hegemonía masculina que transitan por procesos de vulnerabilidad, en los cuales la clase social sería una compleja intersección a tener en cuenta dentro del análisis por su situación desacomodada. Como veremos a lo largo de la investigación, la atención social de la pobreza está plagada tanto de hombres vulnerables como de problemáticas sociales donde los hombres son sujetos

³ Ante esta realidad debemos preguntarnos si desde los *men's studies* o estudios de masculinidades estamos reproduciendo de nuevo la misma mirada colonial que se produjo desde el feminismo hegemónico occidental blanco, configurándose una mirada autorreferencial desde el hombre, blanco, occidental, clase acomodada... que excluye del relato a ciertas temáticas, cuestiones y a ciertas realidades masculinas situadas en las periferias de la identidad.

⁴ A lo largo de la tesis voy a utilizar el término *clase acomodada* en todas sus variantes para hacer referencia a aquellas posiciones de vida que, en contraposición, no están en proceso de vulnerabilidad o exclusión social, Como forma de hacer referencia a la clase social sin utilizar términos que están en debate como clase media o la conjugación de clase media y clase alta.

presentes en los relatos de la atención social⁵. Como anota Juan Blanco (2012) estos hombres son aparentemente identificados como un grupo social sin carencias (ausentes de categorías subordinadas) y, sin embargo, aparecen o los encontramos en muchos recursos de atención social como sujetos que han tenido, entre otras cuestiones, problemas por las formas de vivir su expresión de género, una cuestión que los vincula con la propia construcción social de la masculinidad.

De este modo, muchas de las investigaciones sobre pobreza y género pasan por alto este hecho siendo el mismo uno de los principales factores que organizan, conforman y articulan el relato aporafóbico⁶ que se intersecciona con el racismo, el sexismo o el relato colonial que nos acompaña. La cultura neoliberal, el *do it your self* o el relato de la *american way of live*, junto con la socialización diferencial de la cultura patriarcal, empuja a los hombres a una especie de obsesión por el éxito social, por el formar parte de una especie de élite social adinerada, un imaginario social que nos dibuja una zanahoria atada a un palo para que corramos detrás de ella de forma perpetua. Esta realidad fomenta la otredad hacia el pobre, pero también el miedo al fracaso y una invisible asfixia tras el camino del éxito, factores que se cruzan en el diagnóstico de muchos problemas sociales identificados desde la atención social.

Si nos centramos en estas *masculinidades desacomodadas*, emerge de la propia investigación un marco de innovación ante el análisis social de las masculinidades y las cuestiones de género. La falta de definición en el relato de Connell (2015) ante el concepto de *masculinidad marginal*, la urgencia ante la necesidad de repensar el trabajo social⁷ y la atención social con hombres y la falta de investigaciones que han depositado la mirada en los hombres adultos en situación de pobreza, marginalidad, vulnerabilidad y/o exclusión social, nos presenta una nueva oportunidad para explorar nuevos aspectos

⁵ En este texto se apuesta por la utilización del término atención social para hacer referencia a los procesos profesionales, burocráticos y administrativos que se construyen para paliar e intentar erradicar las desigualdades con base social. En otros textos se habla de ayuda, acción o intervención social, sin embargo, todos estos términos están en debate por la posición jerárquica que dibujan y fomentan frente a la persona atendida. Apuesto en este texto por el término atención social tras la intención de dibujar y promocionar la atención social como un derecho de ciudadanía, y no tanto como una ayuda o una intervención sobre la vida de las personas.

⁶ Relato de discriminación hacia las personas pobres.

⁷ A lo largo del texto utilizaré el concepto de trabajo social como disciplina que engloba los marcos de análisis y actuación de la atención social. Marco por el que transitan, en mayor o menor medida, profesionales del trabajo social, la educación social, la psicología o el derecho principalmente.

relacionales, y a la vez, aportar un nuevo relato desde el que dialogar sobre esta cuestión en perspectiva de género. Pues, los hombres como sujetos sexuados con género, van a seguir formando parte de forma directa e indirecta en los procesos de atención social que se nos presentan a las personas profesionales⁸, y, cuanto antes empecemos a profundizar en el papel que posee la masculinidad en nuestros usuarios (vulnerables, precarios, subalternos, excluidos, pobres...) y cómo incide esto en sus relaciones sociales, en su identidad, sus motivaciones y en la forma de configurar su mundo, antes adquiriremos una nueva mirada desde donde repensarnos, desde donde repensar a los hombres, las masculinidades y las dinámicas relacionales que nos acompañan en los procesos de atención social y en la vida en general.

Construyendo la pregunta de investigación

Toda investigación requiere de una pregunta, con una inquietud sobre la que es necesario profundizar. En mi caso, la pregunta a la que me enfrento en esta investigación de tesis doctoral es: **¿cómo transitan los hombres usuarios por los recursos de protección social?**

Para presentar todo lo que alberga esta pregunta es necesario situar mi mirada en el relato, dado que dicha pregunta nace de mis reflexiones como profesional en recursos de atención social, de mi inquietud como investigador y de mis pensamientos y experiencias como sujeto varón preocupado por las cuestiones de género, tres posiciones que me llevarán a lograr reflexionar y verbalizar lo que la intuición acogía de forma desorganizada. Una realidad que produce una forma de mirar y que, a la vez, hace que no pueda eludir quién soy, de dónde vengo o qué deseo construir..., y en este sentido, para intentar arañar la realidad y producir conocimientos veo necesario exponeros poco a poco con mis palabras desde dónde nace este relato, esta pregunta, con sus complejidades y contradicciones, con sus matices y sus certezas, y como tan acertadamente nos dijo en su momento Henry D. Thoreau (2012, p. 50), “con estas condiciones me comprometo a entregarles una fuerte dosis de mí mismo”.

⁸ Profesionales de disciplinas como trabajo social, educación social, psicología o derecho.

Para darle un inicio a esta narración es necesario relataros tres historias o momentos distintos que a lo largo de estos años de investigación me han llevado a depositar y afinar mi mirada en los hombres usuarios que transitan por los recursos de protección social, y con ello, en los procesos asistenciales que los acompañan. Estos hitos han quedado impresos como muescas en mi relato, incisos de mi tránsito como investigador que, al fin y al cabo, han sido relevantes en tanto que arrancaron la pregunta y posteriormente han ido modificando y reacomodando mis reflexiones, cuestionando creencias y prejuicios, aterrizando las ideas para finalmente afinar en la complejidad identitaria, relacional, disciplinaria y contextual de aquello que intento dibujar.

Las tres historias: todo empieza con el recuerdo de un archivador

Preguntarme de dónde nace la pregunta de investigación que me ha llevado a realizar este trabajo de tesis doctoral es una pregunta compleja en tanto que, tras pensarlo mucho, posiblemente la primera inquietud y cuestión que me arrastró a este tema ha nacido del cuestionar la posición epistemológica que quedaba dibujada en mis anteriores investigaciones, las cuales, han estado centradas en mi propia realidad como varón, blanco, adulto, occidental, cis, heterosexual y relativamente acomodado. Una realidad social de referencia que me ha llevado a escribir más sobre semejantes con capacidad de cambio que sobre otras realidades masculinas que quedan envueltas por otras dificultades y parcialidades. Como si esta realidad masculina acomodada, mi realidad, fuera la de todos en masculino singular. En este sentido, creo que esto nos sucede a gran parte de los investigadores varones que nos dedicamos a los estudios de masculinidades, donde hablamos desde el nosotros como una fortaleza, aunque, posiblemente mal gestionado o expuesto también sea una debilidad que está generando otro tipo de efectos como es la construcción del olvido de muchas realidades, de algún modo, alejadas de las posibilidades de la nuestra. A pesar de todo esto, soy un firme defensor de que aquello que investigamos, como diría Sara Ahmed (2015), nos tiene que tocar, nos tiene que atravesar, y el pensar sobre la realidad de los hombres más allá de la propia no queda desconectada de mi propia vida en tanto que todo hombre nos relacionamos con muchos otros hombres. En mi caso, en mi contexto laboral como educador social es donde empezó a coger fuerza esta idea en tanto que, como profesional, comparto de una forma parcial y concreta mi vida con hombres usuarios que transitan por los recursos de protección social,

siendo yo parte de su vida y ellos de la mía. Sin embargo, curiosidades de la vida, no llegaré a formular la pregunta hasta que, en una conversación con una compañera, recordaré un objeto, un inciso en el tiempo que me hará volver a una cuestión que se me había quedado en el tintero años atrás y que será el punto de partida de esta investigación.

Así pues, ya os puedo adelantar que la primera historia nace de un archivador. De cómo un objeto ha formado parte de la reflexión que ha dado motor a esta investigación. El archivador, un simple mueble repleto de papeles, aunque parezca absurdo, en un contexto burocrático-administrativo se convierte en un no-lugar repleto de las vidas de cientos de personas, un contenedor de relatos escritos a mano de un sinfín de profesionales de lo social. Por aquel entonces yo estaba aprendiendo como profesional en los Servicios Sociales del municipio de Alaquàs y visitaba contantemente aquel archivador. Los Servicios Sociales son el recurso público de atención primaria desde donde se proporciona atención social a la ciudadanía, facilitando apoyo, acompañamiento, acceso a recursos y ayudas sociales para paliar los efectos adversos que el propio orden social genera. De este modo, en cada carpeta de aquel archivador se registraba el acontecimiento por el cual la persona había acudido al servicio pidiendo ayuda, convirtiendo en papel su historia de vida. Escritos los cuales revisitamos de forma mecánica como estrategia de reconectar con la memoria, con el caso sobre el que vamos a trabajar, como forma de recordar la vida que vamos a acompañar. Nosotras, las personas profesionales (psicólogas, educadoras y trabajadoras sociales) somos generadoras de diálogo, pero, sobre todo, receptoras del relato que ha llevado a la persona a acudir al recurso. Problemas económicos, dificultades para mantener la vivienda, falta de trabajo, conflictos familiares o los miles de riesgos adquiridos por la precariedad de las vidas emanan del relato de las personas usuarias. Así pues, cada mañana visitaba aquel archivador para recoger estos relatos de vida encontrándome un amasijo de documentos sistemáticamente organizados por carpetas a las cuales se les pega una etiqueta con el nombre de la persona que acude pidiendo ayuda.

Un día como cualquier otro abrí el archivador y empecé a hojear carpeta por carpeta en busca de los casos que íbamos a atender ese día. No sabría deciros por qué razón, pero empecé a observar las etiquetas que organizan el orden de las carpetas. Una infinidad de nombres de mujeres aparecían consecutivamente carpeta tras carpeta. Algún nombre masculino se colaba tímidamente. La pregunta que me formulé en aquel momento es obvia, ¿por qué razón había tan pocas carpetas etiquetadas con nombres de hombres?

No se trataba de una pregunta administrativa en tanto que tal disposición tenía una intencionalidad. Las etiquetas que pegábamos en las carpetas eran el nombre de la persona que acudía por primera vez con la petición de ayuda y, si cabe, posteriormente podía ser cambiada por el nombre de la persona que seguía viniendo al recurso como usuario o usuaria de referencia en cada caso. En aquel momento empecé a reflexionar y a poner una mayor mirada en esta realidad, en los hombres que acudían a los recursos de protección donde he venido trabajando. Mi intuición se veía día a día ratificada ya que las etiquetas de aquel archivador eran el reflejo de cómo los hombres son los grandes ausentes en los procesos de atención social en los Servicios Sociales de Atención Primaria. Este hecho es una pregunta que me ha acompañado desde entonces, ¿dónde están los hombres?, ¿cuál era la razón de su ausencia?, ¿estábamos siendo conscientes de esto como profesionales o era otra realidad invisible que no se tenía en cuenta?, y más importante, ¿qué papel estaba teniendo la propia identidad masculina ante dicha ausencia en el proceso de atención social?

La segunda historia: la reunión de trabajo

Con el tiempo centré la mirada en los hombres. En reflexionar sobre el porqué los hombres están presentes o ausentes en los procesos de atención social y qué papel posee la identidad masculina en todo esto. Sin embargo, el contexto desde donde observo no deja de ser un marco institucional con todas las connotaciones que a este espacio le acompañan, y, solamente me hará falta una reunión de trabajo para darme cuenta de esto, siendo la formulación de una pregunta la que me empujará hacia un cierto viraje en mi trabajo de investigación y mis pensamientos, y con ello, en la reformulación de la pregunta de investigación.

Toda pregunta suele venir acompañada de una respuesta cuando en una conversación se formula la información adecuada. Aquella mañana en la reunión de trabajo habíamos estado debatiendo sobre el caso de una familia de aquellas que las personas profesionales etiquetamos estigmáticamente como familia desestructurada. La falta de red familiar o red de apoyo alrededor de ciertos procesos de vulnerabilidad social es una constante en muchas de las reuniones que tenemos las y los profesionales de lo social. Aquel día, la revisión del caso se había atascado en que una madre no podía con

todo lo que le era requerido para el cuidado de su hijo. Por ello, la mujer ya recibía una ayuda económica, le habían ayudado económicamente con el cambio de vivienda los Servicios Sociales de Atención Primaria y el trabajo remunerado de economía sumergida que realizaba limpiando casas no solamente no le alcanzaba para cubrir sus necesidades, sino que además le quitaba el tiempo que necesitaba para la atención que sus hijos. La abuela tampoco se podía implicar más porque también tenía lo suyo en casa y la mujer no tenía más familiares ni red de apoyo. Las aportaciones, como muchas otras veces, se fueron dando con normalidad hasta que levanté la mano y formulé una pregunta colándome en el diagnóstico social que se estaba exponiendo - ¿y qué hay de su pareja? – generándose para mi asombro un cierto silencio incómodo, como si la pregunta fuese una obviedad que no tuviese que haber sido preguntada. Tras aquella calma ciertamente incómoda la respuesta que se me dio fue que, a aquel hombre, como a muchos otros, a pesar de su existencia, “ni están ni se los espera”. Cuando salí de aquella reunión no dejaba de preguntarme qué papel estábamos teniendo las profesionales⁹ ante la ausencia de los hombres dentro de los procesos de atención social. Ante esto se hacía visible una mirada homogénea que etiqueta a los hombres como incapaces para implicarse en ciertos temas familiares y, sin embargo, me venían a la mente usuarios con los que había trabajado y fueron de algún modo clave para avanzar en sus procesos. ¿Acaso, éramos nosotras las que no estábamos implicando a los hombres?, ¿era esto otra inercia patriarcal que resituaba al género como dispositivo organizador de la vida?, ¿o tal vez mis compañeras tenían razón y de algún modo la construcción identitaria masculina tenía un papel de mayor impronta como para no contar con los hombres? Obviamente, el análisis social nunca es un camino unidireccional y mi investigación se iba convirtiendo en un poliedro que cada vez tenía más caras y aristas.

⁹ A lo largo del texto encontraremos en muchas ocasiones el femenino para identificar las personas profesionales de la atención social. Dicho planteamiento se da porque (1) hace referencia a las personas profesionales, siendo las personas en femenino y su contracción las profesionales; (2) como forma de hacer más presente que vamos a hablar, cuando nos referimos a las profesionales de la atención social, de un perfil profesional altamente feminizado. Así pues, cuando hagamos referencia a las profesionales podemos encontrarlo nombrado en su forma femenina, de forma neutra (las personas profesionales) o desdoblado (las y los profesionales), intentando siempre eliminar el genérico antropocéntrico masculino sobre un grupo social conformado mayoritariamente por mujeres.

La tercera historia: *something in the way*

Debo confesar que en mi investigación hubo un tiempo donde, de algún modo, casi abandono el depositar la mirada sobre los efectos que produce la identidad masculina en los hombres, sumergiéndome de lleno en el repensar la praxis profesional y los procesos asistenciales desde una mirada en perspectiva de género. La cuestión de la producción de la subjetividad y las prácticas humanas siempre ha sido una constante en mis investigaciones y una cuestión que me genera muchas preguntas que resolver tras una mirada práctica y profesional y, sin embargo, el proceso de investigación estaba empujándome en otra dirección hasta que me sucedió un hecho muy concreto en una de las principales calles de mi ciudad.

La calle Colón es una de las calles más concurridas de Valencia. Mi tío siempre decía que en esa calle solo había mujeres con abrigos de visón, tiendas, grandes almacenes y joyerías. Es una de esas calles que desde que sale el sol hasta que se pone se convierte en un río de gente que va de acá para allá. Se puede decir que es uno de los centros neurálgicos de las clases más acomodadas de la propia ciudad.

La calle Colón es un trayecto habitual para mí. Me gusta, si el tiempo me lo permite, recorrer la calle y observar el bullicio. La esencia de la susodicha clase media en esta sociedad moderna hace que este camino se convierta en una performance de la clase perfecta, cargada de códigos, mensajes y contradicciones a los que nos enfrenta el empuje neoliberal del consumismo. En cada tramo del camino me entretengo identificando las vidas que se cruzan. Los trabajadores jóvenes del McDonald's, las personas que salen de la Casa del Libro, gente cargada con bolsas de Zara, Berska, Pull&Bear o H&M, los modernos que visitan la tienda Apple o las señoras de bien que se pasean por los alrededores del Corte Inglés luciendo sus mejores prendas son habituales en un espacio performático que va gritando constantemente quién eres, dónde trabajas, qué nivel adquisitivo tienes o dónde vives. No obstante, tras todo este maravilloso trasiego, el no-lugar¹⁰ en el que más pongo la mirada es el tramo que hay entre el Corte Inglés de la calle Almirante Roger Lauria y la parada de metro de Colón. En ese pequeño tramo se encuentran normalmente

¹⁰ Marc Augé (2000) acuñó el término "no-lugar" para describir aquellos lugares de circulación humana que no poseen la suficiente importancia para ser considerados como un lugar-espacio. Se trata de emplazamientos o zonas de tránsito que pierden el sentido cívico como espacio ciudadano pasando a ser un espacio olvidado con un significante sin contenido.

unas pocas personas sin hogar que habitan literalmente la calle, sentadas en el asfalto, acompañadas con unos pocos trastos viejos y algún cartel pidiendo unas pocas monedas. Alrededor de ellos transita todo un tumulto de personas que se apartan como si de mobiliario urbano se tratase, dirigiendo la mirada al frente con la cabeza bien alta y con cierta velocidad de crucero mientras pasan por delante de ellos. Yo, por deformación profesional o por convicción, no lo sé, intento siempre que me es posible brindarles un saludo, unas palabras o una pequeña conversación si cabe en el momento. Sus caras no son siempre las mismas, van cambiando a lo largo del tiempo y lo mínimo que podemos ofrecerles es aplacar su invisible existencia y soledad con lo que nuestras briznas de tiempo nos permitan.

Una tarde desde lejos vi a un niño que se acercaba a hablar con uno de los hombres que estaban sentados en la acera. El hombre vestía ropas raídas, llevaba una mochila sucia llena de trastos y estaba sentado sobre cartones. Su padre, repentinamente, le cogió del brazo y lo apartó con cierta agresividad. Cuando se cruzaron conmigo el padre seguía regañando al hijo diciéndole algo así como que no tenía que acercarse a ese hombre, que ese hombre no era como ellos. Este hecho no era la primera vez que lo presenciaba, incluso, años después la propia Remedios Zafra expuso una situación similar en su libro *Frágiles*. La autora narra un juego miradas entre ella y su hermana hacia un mendigo, evidenciando aquello que sucede cuando lo normalizado como invisible se convierte en algo presente a los ojos de unas niñas, haciéndolo, como dice la autora “luminosamente perceptible e incómodo” (Zafra, 2021, p. 10). La autora nos introduce en el repensar la vulnerabilidad planteando el hecho como una revelación, como la construcción de una incomodidad que aparece cuando se iluminan las perversas normalizaciones que nos atraviesan. Sin embargo, yo no dejaba de preguntarme qué cuestiones de género nos hacía tan crueles frente a tal fragilidad.

Para mí era obvio, el papel que estaba desempeñando la masculinidad marginal que le había sido adscrita lo convertía en una marca de otredad evidente: “...nosotros no somos como él...”. Una posición excluyente frente a una referencialidad hegemónica de masculinidad que sitúa en las orientaciones del padre al hombre de la calle en otro lugar. Pero a lo que más vueltas le daría posteriormente en mi pensamiento de aquel inciso momento no era tanto el relato que el padre hacía a su hijo, sino qué papel había tenido la construcción social de la masculinidad en aquel hombre para aterrizar en un espacio identitario de otredad. Es decir, cómo había llegado aquel hombre a aquella situación, y

al mismo tiempo, qué papel había tenido y estaba teniendo una masculinidad que era atravesada por una posición social subordinada en cuanto a la clase social. ¿Habría recibido, previamente a la situación de sinhogarismo, ayuda por parte de los Servicios Sociales?, ¿qué orientaciones había recibido?, y más importante, ¿qué procesos de construcción social del género habían depositado a este hombre como sujeto presente en aquel lugar?

Después de saludar al hombre que estaba en situación de calle y preguntarle si estaba bien seguí mi camino resonándome en mi cabeza la canción *Something in the Way* de Nirvana¹¹. Sumergido en mis pensamientos este simple hecho me hizo replantearme muchas cuestiones de mi investigación. No solamente era importante acercarme a la presencia y la ausencia de los hombres en los procesos de atención social y advertir el papel que estábamos teniendo las personas profesionales ante su implicación, sino también era pertinente intentar entender qué protagonismo o qué papel tenía la construcción social de la masculinidad en los hombres en situación de vulnerabilidad y exclusión social. Una vivencia que me llevará a descubrir que, si ciertamente los hombres no estaban numéricamente presentes en los seguimientos de los Servicios Sociales Atención Primaria, sí que aparecían supranumerariamente en situación de calle, siendo atendidos por otro tipo de recursos como lo son los recursos de atención a personas sin hogar.

Anudando historias: planteando la pregunta de investigación

Formular una pregunta de investigación implica redefinir y mirar de sintetizar aquello que queremos conocer en una sola cuestión que aglutine todos los interrogantes, o por lo menos la mayoría de ellos. La pregunta inicial que formulé al depositar la mirada en los Servicios Sociales - ¿dónde están los hombres? – es necesario matizarla, alejándonos de una respuesta simple que nos empuje a pensar que lo que queremos es identificar dónde están presentes aquellos varones que no acuden a los Servicios Sociales de Atención Primaria. Este cambio de mirada implica transitar de un adverbio

¹¹ *Something in the Way* fue una de las principales canciones del álbum *Unplugged in New York* de Nirvana. La canción relata la experiencia de Kurt Cobain, guitarrista y cantante del grupo, cuando pasó en su juventud periodos intermitentes de sinhogarismo.

interrogativo “dónde” con un significado literal a un “dónde” polisémico que buscará identificar aquellos factores, prácticas y dinámicas que están incidiendo de forma significativa en la ausencia o presencia de los hombres en los recursos de atención social.

De este modo, para conseguir dibujar una descripción que nos acerque a la realidad de los hombres usuarios que transitan por los recursos de protección social debemos atender a una doble mirada:

- (1) El papel que está teniendo la construcción social de la masculinidad en los hombres usuarios a la hora de estar presentes o ausentes en los procesos de atención social; y
- (2) La implicación que pueda estar ejerciendo el contexto social y el contexto de la atención social como espacio burocrático-institucional que estructura la realidad de género de las personas atendidas, concretamente las de los hombres usuarios.

De esta forma, en la investigación se toma la decisión de poner en el centro las vivencias de los hombres como sujetos con género que se relacionan con el contexto de la atención social, siendo el objeto de estudio **los hombres asistidos** en proceso de vulnerabilidad social o exclusión. Esta decisión pasa por poner en relación la realidad de género de aquellos hombres que podrían identificarse o estar en proceso de identificación con una masculinidad marginal con el contexto de atención social institucional, espacio donde se atienden a estos hombres en proceso de vulnerabilidad o exclusión. De este modo, conectar estas dos realidades, masculinidad y atención social, implica observar el objeto de estudio más allá de sus propias vivencias, depositando también la mirada en todos los actores que entren en relación con él y posean una vinculación protagónica tras la búsqueda de la solución de los problemas por los que acuden a los distintos recursos. El contexto desde donde los observamos, el papel de la familia, la red social, las profesionales que intervienen con el sujeto varón, el momento vital que están viviendo, su realidad concreta económica-laboral o el propio contexto institucional, burocrático y normativo del espacio asistencial hacen que la vida de los hombres como objeto a investigar se convierta en un poliedro con muchas caras y aristas que funcionan a la vez.

Además, para la formulación de la pregunta de investigación he necesitado encontrar una enunciación que aporte una mirada interpretativa de la realidad. Una formulación honesta que nos aleje de una búsqueda rígida de la causalidad, de una

relación causa-efecto con la cual no termino de estar cómodo por la complejidad del factor azar (Foucault, 1999) y por la multiplicidad de factores inabarcables que envuelven a cualquier objeto de estudio (Haraway, 1995). De esta forma, el depositar la mirada en los varones, en su identidad, su subjetividad, sus relaciones y sus prácticas..., nos lleva a buscar respuestas menos correlacionales y más descriptivas, una información que nos ayude a explicar la realidad, su realidad, a través de su voz y la de los actores que les rodean. De este modo, nos desplazamos hacia un análisis cualitativo de la realidad, transitando semánticamente de nuevo hacia un adverbio de interrogación polisémico para preguntarnos definitivamente - **¿cómo transitan los hombres por los recursos de protección social?** – adquiriendo esta pregunta un papel protagonista en nuestra investigación.

Así, tomando esta pregunta como punto de partida, el estudio que aquí os presento pretende profundizar en la conexión existente entre la construcción social masculina y la situación de hombre vulnerable asistido por los recursos de atención social. Responder el cómo transitan nos permite abarcar esta doble mirada: (1) el cómo transitan identitariamente los hombres usuarios como hombres contruidos desde una realidad de género masculina; y (2) el cómo transitan los hombres como sujetos usuarios de recursos de atención social, haciendo visible la conexión entre estas dos cuestiones a la hora de analizar las vivencias de los hombres asistidos en recursos de protección social.

PARTE I

METODOLOGÍA

CAPÍTULO 1. MARCO METODOLÓGICO

Para responder a la pregunta de investigación: *¿cómo transitan los hombres usuarios por los recursos de protección social?*, he analizado cuál es el papel de los hombres en los procesos de atención social, poniendo el foco en la experiencia de los hombres usuarios que transitan por estos recursos. Para acercarme a esta realidad he tenido en cuenta dos factores: (1) acotar la mirada a los hombres usuarios adultos como sujetos que están o han estado inmersos en un proceso de vulnerabilidad social y/o exclusión social; y (2) acercarnos a dos espacios que, por su coyuntura y relevancia, destacan como contextos referentes en la investigación: los Servicios Sociales de Atención Primaria y los recursos de atención a personas sin hogar, apostando por ajustar la edad y el contexto de atención social como dos factores que nos ayudarán a operativizar las dimensiones más relevantes del objeto de estudio, como es lógico, ante la imposibilidad de alcanzar una representación de los hombres usuarios que recorren la red de recursos de protección social.

Tras este plantamiento, en primer lugar, he ajustado la mirada a los hombres usuarios en una edad adulta. En segundo lugar, me he acercado a los hombres usuarios desde dos recursos de atención social elegidos específica y estratégicamente para este fin. Por un lado, me he acercado a la experiencia de los hombres usuarios que acuden a los Servicios Sociales de Atención Primaria; como puerta de entrada y recurso diseñado para atender en un primer momento las distintas problemáticas sociales a nivel ciudadano. Su experiencia ha sido crucial en mi investigación para identificar hombres en situación de vulnerabilidad social. Por otra parte, considerando que, en los Servicios Sociales de Atención Primaria, los hombres usuarios, son un perfil mayoritariamente ausente, hemos encontrado una mayor presencia de los hombres usuarios en los recursos de atención secundaria, donde se atiende sobre los efectos de un problema ya dado e incrustado en la vida de las personas, siendo el contexto más paradigmático los recursos de atención a personas sin hogar o en situación de sinhogarismo, recursos donde se atienden a sujetos en situación de exclusión social severa.

De este modo, siguiendo la línea planteada por Robert Castel (1995, 2004) para explicar qué significa ser un sujeto excluido socialmente, se nos dibuja un recorrido que transita desde una ciudadanía plena o integrada, pasando por una ciudadanía que se

expondrá a procesos de vulnerabilidad social, donde requerirá de ayuda institucional, y que finaliza tras una situación de exclusión social severa, situación donde encontramos procesos de desafiliación social grave, convirtiéndose esta problemática social en la antítesis del objetivo de integración que se intenta promover desde los Servicios Sociales de Atención Primaria. De este modo, atendiendo a las categorías de Raewyn Connell (2015), una *masculinidad marginal* emerge en nuestra investigación, tomando la decisión metodológica de depositar la mirada en los hombres que acuden a estos dos contextos de atención social:

- (1) los Servicios Sociales de Atención Primaria, como el lugar donde acuden hombres que viven procesos de vulnerabilidad social y desde donde se pueden prevenir las distintas problemáticas que les llevan al recurso, y
- (2) los recursos de atención a las personas sin hogar, como espacio donde habitan y atienden a hombres en situación de exclusión social severa. Recursos donde se atiende un problema ya dado que genera los efectos más perniciosos como sujetos sociales que nos podamos imaginar.

Así pues, para conectar con la pregunta de investigación y responder al cómo transitan los hombres por los recursos de protección social, depositaremos la mirada en la vida de hombres que son usuarios en alguno de estos dos recursos. Tal decisión nos conecta, por un lado, con la organización del tránsito de la red de protección social, en tanto que los Servicios Sociales de Atención Primaria son un espacio de coordinación, seguimiento y derivación hacia otros recursos, y, por otro lado, los recursos de atención a personas sinhogar reciben la experiencia vivida de muchos hombres usuarios que han transitado por muchos otros recursos antes de llegar a dicho recurso y situación, siendo el sinhogarismo una realidad multiproblemática que nos acerca este tránsito (Matamala, 2022), encontrando en el relato de los hombres participantes en esta investigación un gran número de recursos de atención social. En este sentido, poner la mirada en los hombres que transitan por estos dos recursos nos permite recorrer desde realidades masculinas entendidas como situaciones de vulnerabilidad social hasta realidades reconocidas en situación de exclusión, permitiéndonos acercarnos a dinámicas y procesos asistenciales vinculados a la prevención y atención inmediata de los problemas más cercanos a la ciudadanía, y, por otro lado, al abordaje de las situaciones de desafiliación más graves en referencia a situación de desafiliación social de los sujetos. Un planteamiento que nos enfrenta a una paradoja donde, en un espacio, los hombres son el género minoritario,

como es el caso de los recursos de Servicios Sociales de Atención Primaria, y en el otro, son el género mayoritario, incluso súpernumerario, encontrando un mayor porcentaje de población usuaria masculina en los recursos de atención a personas en situación de sinhogarismo¹².

Una vez delimitado el objeto de estudio y acotada la pregunta de investigación, con el fin de facilitar su operativización, se exponen a continuación los objetivos, general y específicos, en que se ha concretado dicha pregunta.

1.1 Objetivos

Objetivo General:

- Describir y analizar las experiencias de los hombres usuarios de recursos de protección social, desde su condición de vulnerabilidad social y/o exclusión social.

Objetivos específicos:

- Analizar el papel que poseen la identidad masculina y la construcción social de la masculinidad en los hombres usuarios que atraviesan procesos de vulnerabilidad social y/o exclusión.
- Indagar acerca del papel que posee la identidad masculina y su condición de clase social ante las ausencias y las presencias de los hombres en los recursos de protección social.
- Explorar los posibles cambios en el significado del “ser hombre” cuando los varones se convierten en usuarios de recursos de protección social.
- Estudiar en los hombres usuarios el papel de la identidad masculina ante la petición de ayuda y las posibilidades de cambio.

¹² Datos extraídos del INE donde se indica que ocho de cada diez personas que están en situación de calle o en situación de sinhogarismo son hombres. Por otra parte, si hablamos del contexto valenciano, encontramos que en los últimos estudios de personas sin hogar en situación de calle el índice aumenta a alrededor de un 85% y un 90% de hombres en la ciudad de Valencia (Matamala, 2020).

- Analizar en perspectiva de género las problemáticas fundamentales que llevan a los hombres a transitar desde procesos de vulnerabilidad social a procesos de exclusión social severa.
- Prestar atención al impacto identitario que posee el riesgo como factor coyuntural en las vidas de los hombres usuarios de recursos de protección social.

1.2 Diseño y Metodología

En la investigación que presento, para ser capaces de dar respuesta a la pregunta de investigación y a los objetivos planteados, era de vital importancia buscar la mejor forma de acercarnos a la realidad de los hombres usuarios. Para esto se ha optado por un diseño con una metodología cualitativa tras la finalidad de aproximarnos al cómo sucede la realidad, más que a la cuantificación de los hechos en sí mismos (Denzin y Lincoln, 2005; Flick, 2015). De esta manera, hemos apostado por un acercamiento desde el relato de las experiencias vividas de los hombres usuarios y las personas profesionales, como método para aproximarnos a la realidad social que queremos investigar, y con ello, como diría Sara Ahmed (2019), como forma de tocar las relaciones que se establecen en el contexto de la atención social. Sus experiencias de vida, sus prácticas, sus vivencias y las decisiones que han tenido que tomar nos acercan a conocer cómo se desenvuelven y qué factores están incidiendo en sus formas de pensar y actuar. En este sentido, qué relevancia está teniendo su situación de clase, qué significación está teniendo el marco institucional de la atención social, pero más importante, qué papel posee la identidad masculina en las formas de vivir, sentir y decidir de los hombres usuarios se nos presenta como un complejo poliedro de complejas preguntas a desentrañar.

De este modo, el acercarnos metodológicamente a la realidad de los hombres usuarios conlleva repensar qué realidades pueden ofrecer puntos de luz y puntos de oscuridad en la recogida de la información y su posterior análisis. El lugar que ocupamos como personas investigadoras, las vivencias que les vamos a pedir que relaten, el momento en el que sienten que están o los márgenes identitarios que tengan interiorizados serán factores comunicacionales que debemos tener presentes, en tanto que acercarnos a vidas ajenas para que compartan sus vivencias más complejas no es una práctica sencilla.

Para conseguir este fin se ha apostado por plantear un diseño metodológico basado en una multiplicidad de técnicas de recogida de información. Una estrategia que nos ha permitido cartografiar el espacio y los procesos de vida que se dan en un contexto cargado de normatividad, subjetividades, sentires y prácticas cotidianas, así como las vivencias de los hombres usuarios que se dan dentro del contexto de la atención social. Un diseño con una multiplicidad de fuentes y técnicas que, por su amplitud, no pierde la capacidad metódica de apuntar a los objetivos planteados y que nos ha ayudado a sistematizar la información a analizar. Es decir, la utilización de unos métodos de recogida de información suficientemente abiertos y conectados entre sí nos ha permitido una comprensión adecuada de las vivencias, del contexto, los procesos identitarios y relacionales que acompañan a cualquier contexto social.

Técnicas de recogida de información. El triángulo cualitativo

Las técnicas que se han diseñado y utilizado para la recogida de la información, el cómo nos hemos acercado a la generación de información y su registro, están basados en lo que se conoce como un triángulo cualitativo (Callejo, 2002; Flick, 2014). El triángulo cualitativo parte de la idea de utilizar una complementariedad de técnicas de recogida de información distintas que permitan acercarnos a varios puntos de luz sobre un mismo objeto de investigación. En este sentido, para recoger las vivencias de los hombres en los recursos de protección social he utilizado: (1) entrevistas de corte biográfico con los hombres usuarios, apostando por registrar la propia voz de los usuarios varones como eje vertebrador del relato. Sin embargo, ante la preocupación de articular un relato únicamente auto-referencial desde la narración de los hombres, no he querido renunciar a establecer otras formas de conectar con estas voces y experiencias, utilizando otras fuentes de información que confronten, complementen y/o ratifiquen el relato de las vivencias de los hombres. De esta forma, a través de mi propia experiencia profesional, he depositado la mirada en las dinámicas y relaciones que se producen en los recursos de atención social, utilizando (2) la observación participante como técnica de recogida de información etnográfica, la cual ha aportado otros puntos de vista sobre el papel de los hombres usuarios en la atención social. Finalmente, para complementar la información recabada, ha sido necesario recoger un relato más directo de los y las profesionales de la atención social. Para esto (3) se ha utilizado el grupo de discusión como técnica de recogida

de información acercándome al relato de profesionales de forma más directa y directiva, una narración sobre su trabajo y su realidad relacional con los hombres usuarios que nos ha servido para cerrar el proceso.

De esta forma, la observación participante, la entrevista y el grupo de discusión se triangulan entre sí adquiriendo un papel significativo en el diseño de esta investigación, estableciéndose como técnicas que representan el modelo metodológico sobre el que se ha decidido trabajar. La decisión de la triangulación de estas tres técnicas de recogida de información tiene un sino en la propia investigación, en tanto que cada una de las técnicas aplicadas individualmente nos acerca a una forma de mirar, vivir y observar la realidad, y, sin esta conexión entre las tres técnicas, no habiéramos llegado a los lugares con los que hemos logrado conectar. En este sentido, la propia investigación nos ha llevado hacia esta realidad metodológicamente y técnicamente diversa y amplia, tomando una serie de decisiones por fases hasta configurarse el siguiente planteamiento de investigación.

Empezando por las entrevistas a informantes clave

Todo primer acercamiento a la recogida de la información implica empezar a conectar con aquellas realidades que, por su posición epistemológica en la investigación, permiten conocer de primera mano la realidad a investigar. En este sentido, se tomó la decisión por empezar la recogida de la información a través de la realización de tres entrevistas clave a tres profesionales de la atención social (Tabla 1.1).

Esta decisión se toma por la cercanía de los sujetos en referencia a la temática que se va a abordar y el objeto de investigación sobre el que se va a dialogar. De esta forma, su voz, su experiencia y sus conocimientos se convierten en el punto de partida para repensar el cómo acercarnos a la realidad a investigar, y con ello, ha sido esencial para articular el posterior diseño metodológico en la recogida de la información.

TABLA 1.1. ENTREVISTAS CLAVE REALIZADAS.

Código	Fecha	Duración	Lugar entrevista	Lugar de trabajo	Criterios participación
EP1	23/10/2019	44 min.	Alaquàs	Valencia	Educadora Social. Servicios Sociales de Atención Primaria.
EP2	19/11/2019	01 hora 21 min.	Valencia	Valencia	Trabajadora Social. Tercer Sector. Servicios Sociales de Atención Secundaria. Doctora en Estudios de Género y Políticas de Igualdad.
EP3	20/06/2019	51 min.	Valencia	Valencia	Trabajadora Social. Tercer sector. Servicios Sociales de Atención Secundaria.

Entrevistas de corte biográfico con hombres usuarios

Una vez realizadas las tres entrevistas con informantes clave del ámbito profesional, iniciamos el diseño y las entrevistas a los hombres usuarios que transitan por los recursos de protección social. Esta decisión se toma a través de la información recabada, ratificándose la necesidad de acercarnos a la realidad biográfica de estos hombres para conocer cómo han llegado y cómo han vivido o están viviendo su tránsito por los diferentes recursos.

Al finalizar este proceso de recogida de información se han realizado un total de 20 entrevistas (Tabla 1.2). El desarrollo de las entrevistas que se han realizado en esta parte del diseño de la recogida de la información se ha dado en tres fases:

- (1) En un primer momento se apostó por realizar entrevistas de hombres usuarios de los Servicios Sociales de Atención Primaria. Tal decisión implica acercarnos a los hombres que sí que acuden al recurso, frente a la ausencia de hombres usuarios en los Servicios Sociales que es relatada por las profesionales en las entrevistas clave. Este hecho ralentizó la recogida de la información en tanto que aparecieron obstáculos profesionales y administrativos que dificultaron el poder contactar con hombres usuarios que acuden a este tipo de recursos. No obstante, estos obstáculos se fueron salvando hasta conseguir recoger las primeras entrevistas de hombres usuarios.
- (2) En un segundo momento, con los aportes que se fueron recabando a partir de las lecturas teóricas y la recogida de la información, se tomó la decisión de ampliar el

contexto donde situar la investigación, transitando de los Servicios Sociales de Atención Primaria, donde prevalece una mayor ausencia de hombres usuarios, a los recursos de atención a personas en situación de sinhogarismo, donde hay un alto índice de hombres usuarios. El planteamiento que mayor peso ha tenido en esta decisión ha sido la formulación de la pregunta: si los hombres son los grandes ausentes en los Servicios Sociales de Atención Primaria, ¿en qué recursos podemos encontrarlos? De este modo, el depositar la mirada en los recursos de atención a personas sin hogar es elegido por la situación paradójica donde (1) se trata de un contexto donde el perfil mayoritario es masculino, y (2) son recursos que trabajan sobre procesos de desafiliación o exclusión social severa, es decir, son recursos que trabajan sobre las situaciones de fracaso social y personal más graves, y con ello, en la antítesis de la integración social. Además, las entrevistas a los hombres usuarios de estos recursos aportaron una mirada mucho más amplia hacia la multiplicidad de recursos por el que transitan los hombres usuarios, inclusive los Servicios Sociales de Atención Primaria, ampliando en estas entrevistas la información recabada, complementando muchas de las experiencias relatadas en las entrevistas iniciales realizadas a hombres usuarios de los Servicios Sociales de Atención Primaria.

- (3) Finalmente, en el tercer momento de recogida de entrevistas de corte biográfico, reconectamos con los hombres usuarios de los Servicios Sociales de Atención Primaria. En estas entrevistas se busca (1) verificar y/o certificar la saturación de la información que se iba dando y (2) buscar experiencias de vida concretas de hombres usuarios que pudieran desvelar ciertas cuestiones que en otras entrevistas se habían intuido, pero no aparecían de facto en la información recabada hasta el momento. En esta última fase de entrevistas a hombres usuarios se buscó principalmente un perfil de hombres que eran o habían sido usuarios de los Servicios Sociales de Atención Primaria y se encontraban en una posición social más acomodada, poseyendo un perfil que se acercaba más a lo que podríamos entender de clase media. La intencionalidad de este perfil aportó la conexión intuida sobre las diferencias en las vivencias de los hombres usuarios en referencia a la clase social y, a la vez, se ratificó la saturación de la información cerrando este proceso de recogida de información.

TABLA 1.2. ENTREVISTAS DE CORTE BIOGRÁFICO REALIZADAS.

Código	Fecha	Duración	Lugar entrevista	Lugar residencia	Usuario Servicios Sociales Generales	Usuario Recurso Sinhogarismo	Criterios participación
EU1	14/05/2021	35 min.	Recurso sinhogarismo.	Valencia	-	SI	Usuario recurso Sinhogarismo.
EU2	27/04/2021	1 hora 13 min.	Recurso sinhogarismo.	Valencia	SI	SI	Usuario recurso Sinhogarismo.
EU3	28/04/2021	40 min.	Recurso sinhogarismo.	Valencia	-	SI	Usuario recurso Sinhogarismo.
EU4	13/04/2021	2 horas 33 min.	Recurso sinhogarismo.	Valencia	SI	SI	Usuario recurso Sinhogarismo.
EU5	29/04/2021	27 min.	Recurso sinhogarismo.	Valencia	SI	SI	Usuario recurso Sinhogarismo.
EU6	04/05/2021	53 min.	Recurso sinhogarismo.	Valencia	-	SI	Usuario recurso Sinhogarismo.
EU7	05/05/2021	01 hora 17 min.	Recurso sinhogarismo.	Valencia	-	SI	Usuario recurso Sinhogarismo.
EU8	11/05/2021	01 hora 55 min.	Recurso sinhogarismo.	Valencia	-	SI	Usuario recurso Sinhogarismo.
EU9	30/04/2022	01 hora 11 min.	Recurso sinhogarismo.	Valencia	SI	SI	Usuario recurso Sinhogarismo.
EU10	05/05/2021	01 hora 05 min.	Recurso sinhogarismo.	Valencia	SI	SI	Usuario recurso Sinhogarismo.
EU11	14/04/2021	01 hora 04 min.	Recurso sinhogarismo.	Valencia	SI	SI	Usuario recurso Sinhogarismo.
EU12	09/04/2021	01 hora 15 min.	Recurso sinhogarismo.	Valencia	SI	SI	Usuario recurso Sinhogarismo.
EU13	07/04/2021	01 hora 40 min.	Recurso sinhogarismo.	Valencia	-	SI	Usuario recurso Sinhogarismo.
EU14	03/06/2021	01 hora 19 min.	Recurso sinhogarismo.	Valencia	SI	SI	Usuario recurso Sinhogarismo.
EU15	18/12/2019	01 hora 40 min.	Vivienda entrevistado	Valencia	SI	-	Usuario Servicios Sociales Generales.
EU16	12/10/2021	02 horas 50 min.	Vivienda entrevistado	Alqueries	SI	-	Usuario Servicios Sociales Generales.
EU17	03/06/2021	51 min.	Cafetería.	Albuixech	SI	-	Usuario Servicios Sociales Generales.
EU18	16/06/2022	1 hora 08 min.	Cafetería.	Benetusser	SI	-	Usuario Servicios Sociales Generales.
EU19	05/07/2022	46 min.	Cafetería.	Gandía	SI	-	Usuario Servicios Sociales Generales.
EU20	13/06/2022	01 hora 15 min.	Vivienda entrevistado.	Valencia	SI	-	Usuario Servicios Sociales Generales.

El diseño de las entrevistas a hombres usuarios tampoco ha sido lineal, pues ha seguido el desarrollo secuencial por fases que se ha explicado. Así, aunque empezó siendo un diseño de entrevistas semiestructuradas a partir de las categorías de análisis que se querían identificar. Tras las entrevistas a informantes clave se optó por modificar el formato hacia un diseño de entrevista de corte biográfico. La intención de este cambio ha sido construir un espacio relacional y conversacional menos dirigido y más abierto para poder expresar lo sentido y lo vivido desde otros lugares. De hecho, después de las primeras entrevistas a hombres usuarios, el formato fue transitando, no solamente hacia la búsqueda de un relato más biográfico, sino también menos dirigido que ha permitido que la información fluya conversacionalmente de otra forma, estableciendo un diseño de entrevista abierta. Así pues, todas las entrevistas arrancan con la presentación protocolaria de la investigación, donde se explica que el interés de la entrevista es su experiencia como usuarios de los recursos de atención social, y, tras la explicación, se inicia con una única pregunta o, más bien, con una sencilla petición que alberga mucha complejidad: *cuéntame tu vida*.

Esta petición deja abierto el relato de los hombres, siendo la única pregunta controlada durante las entrevistas, a sabiendas de que las personas entrevistadas ya conocen la intencionalidad de las entrevistas sin nombrarlo directamente, y que, en todas, ellos mismos se sitúan profundizando en esta cuestión, en mayor o menor medida. Una cuestión que a nivel conversacional nos ha permitido, no solamente que ellos mismos sitúen las necesidades y los problemas que les han llevado a requerir atención social, sino también el cómo han vivido el tránsito por los recursos y su experiencia como hombres asistidos.

Destacar que la técnica utilizada no se trata de una historia de vida, ya que ésta implica una metodología procesual mucho más amplia, aunque sí que se han utilizado estrategias clásicas de la historia de vida en este sentido. De este modo, la narrativa que se busca no posee un componente empático como cuando se utiliza la técnica de la historia de vida, la cual busca dibujar una trayectoria vital como caso único, sino que hemos buscado una amplia muestra de relatos biográficos paralelos (Pujadas, 1992), lo cual ofrece la posibilidad de dibujar un relato desde una multiplicidad de miradas, y con ellas, tener la posibilidad de analizar comparativamente, categorizando, estableciendo preguntas teóricas que son validadas a través de la acumulación de evidencias. Así pues, como aconseja Juan José Pujadas (1992), hablaremos de entrevistas abiertas de corte

biográfico que, a pesar de narrar retablos de su vida, nos ofrecen la posibilidad de analizar una diversidad de experiencias en paralelo que nos acercan a conocer las vivencias de los hombres usuarios que transitan por los distintos recursos de la red de protección social.

Al final de esta fase de la recogida de la información hemos realizado 20 entrevistas de corte biográfico a hombres usuarios de atención social. De las veinte entrevistas tenemos 14 hombres usuarios que tienen o han vivido la experiencia de ser usuarios de los Servicios Sociales de Atención Primaria. Por otra parte, de las veinte entrevistas tenemos 14 hombres usuarios que se encuentran en el momento de la entrevista o en un piso tutelado o en albergue por su situación de sinhogarismo, habiendo 8 entrevistas de hombres que son o han sido usuarios de los Servicios Sociales de Atención Primaria y ahora mismo se encuentran en un recurso de atención a personas sin hogar (Fig. 1.1).

FIGURA 1.1. ENTREVISTAS DE CORTE BIOGRÁFICO REALIZADAS.



El trabajo etnográfico y la observación participante: de la etnografía como profesional a la etnografía clásica en un recurso de atención a personas sin hogar

La siguiente técnica aplicada en la triangulación cualitativa ha sido la observación participante (Angrosino, 2012; Guasch, 1996). El método etnográfico se introdujo inicialmente en el diseño tras la finalidad de acercarnos al espacio y las personas profesionales de la atención social, planteándose como una estrategia para recabar información sobre las vivencias de los hombres y las relaciones que se establecen en el contexto de la atención social. Sin embargo, esta parte del diseño se amplió en el momento

en el que la investigación avanzó modificando la circumscripción del campo de estudio, introduciendo, además de la realidad de los hombres usuarios que acuden a los Servicios Sociales de Atención Primaria, el contexto de los recursos de atención a personas sin hogar.

Desde el inicio de la investigación se planificó utilizar mi cercanía al objeto de estudio siendo educador social que trabaja en recursos de protección a infancia y familia. Si bien es cierto que la posición epistémica que poseo como profesional puede ser una fortaleza a la hora de acercarme y conectar con la realidad que estoy investigando, también puede presentar un gran número de amenazas por el mismo motivo. Sin embargo, el convivir día a día con personas que atienden a los hombres usuarios, siendo yo mismo uno más en estos procesos, es la razón por la cual la etnografía, y con ello, la observación participante entra en el diseño de la recogida de la información, en tanto que es una técnica que por la cercanía al objeto de estudio alberga cierto potencial, buscando:

- (1) Ayudar a reflexionar de forma constante al investigador antes, durante y mientras se aplica y se analiza la información recabada.
- (2) Complementar y ratificar la información obtenida a través de las entrevistas donde los propios hombres relatan sus vivencias.
- (3) Añadir más voces a la investigación, tanto de mujeres como de hombres. Voces que conecten con la vida de los hombres usuarios, y a la vez, nos alejen en la investigación de un planteamiento auto-referencial (Azpiazu, 2017; Sanfélix y Cascales, 2019), únicamente basado en la escucha de aquello que nos dicen los hombres usuarios. Se trata de una forma de ampliar el foco de luz conectando con la experiencia relacional de otras personas las cuales conviven, personal o profesionalmente, con los hombres usuarios que son atendidos en los recursos de protección social.

De esta forma, gran parte de la información recabada emerge de la voz de usuarias, usuarios, profesionales y especialistas de lo social, hombres y mujeres que forman parte de la red laboral, profesional y personal del investigador de esta tesis doctoral. A esto hay que sumarle que encontramos casi una veintena de entradas o registros etnográficos que hacen referencia a la realidad profesional del investigador como formador sobre temáticas de igualdad y género. Una cuestión que también nos acercará a una mayor diversidad de voces, tanto de profesionales como de usuarios y usuarias de los distintos recursos donde

se han realizado estas formaciones. De esta manera, la etnografía ha permitido ir ampliando las voces de esta investigación, voces de personas que habitan, personal o profesionalmente, la red de recursos de protección social existente en el contexto valenciano, las cuales conectarán con muchas de las experiencias que han aparecido en los recursos que se han ido visitando desde que se empezó este trabajo.

Para sistematizar la recogida de la información que se debía recabar a nivel etnográfico se ha utilizado un *diario de campo* donde, cada vez que aparecía alguna cuestión relevante, se realizaba un registro a nivel de anecdotario. No se ha trabajado a nivel narrativo de forma continuada, ni se ha descartado espacio o contexto alguno a nivel etnográfico para el desarrollo de esta investigación. Ante esta amalgama de espacios que pueden aportar información se ha optado por la estrategia del *anecdotario* (Angrosino, 2012) como forma de sistematizar la información en tanto que reduce la recogida de la información a recabar, única o principalmente, a aquellas cuestiones que se consideran relevantes para la investigación, obligando al investigador a estar en constante atención y diálogo con la información que se va recogiendo. La decisión de utilizar la anécdota (Angrosino, 2012; Guasch, 1996) parte de la idea de observar y recoger la experiencia, esperada o inesperada, de determinados momentos a los que podemos acercarnos. En el diseño de la sistematización de la observación participante se tuvo en cuenta que el campo de la atención social es un campo de acción amplio donde el trabajo con hombres solamente es una parte del todo. De esta forma, la utilización de la anécdota nos predispone ante una acción que puede aparecer de forma consciente o darse en la propia práctica profesional sin esperarlo, teniendo que estar pendiente de la aparición de esta realidad en cada momento. Esto da paso a desarmar tanto la temporalidad como la idea de un contexto concreto a observar, transformándose la propia vida de la persona investigadora en el espacio etnográfico a utilizar. De esta forma, la etnografía se inicia en septiembre del 2017 y finaliza en junio de 2022, dándose, tras la organización del bruto de la información recogida durante la etnografía, un total de 64 entradas o registros etnográficos que hacen referencia o conectan directa o indirectamente con más de una veintena de recursos¹³. Así pues, inicialmente el espacio o contexto utilizado ha sido el de

¹³ En la recogida de la información etnográfica aparece una amplia diversidad de recursos, entre ellos, varios centros de Servicios Sociales de la ciudad de Valencia, otros municipios y mancomunidades, el Servicio de Atención a Urgencias Sociales (SAUS), diversos recursos de atención a familia e infancia como los Puntos de Encuentro Familiar (PEF), varios centros de acogimiento residencial de menores y centros de reeducación de menores. También aparece en el relato los centros de atención a la violencia de género como Centro Mujer 24 horas, el Programa Contexto o el Repara, entidades que trabajan con población

la propia experiencia laboral del investigador como educador social, no siendo un lugar ni un contexto concreto, sino el espacio propio vital como profesional el que ha ido aportando la información recabada.

Sin embargo, la estrategia utilizada para captar y plasmar la información en el diario de campo durante la observación participante no ha sido la *autoetnografía* ni la *autobiografía* en tanto que no se trata de una narración de la propia experiencia (Guerrero, 2017; Pease, 2011), sino que se ha utilizado lo que Michael Angrosino (2012) identifica como una narrativa de *relatos realistas* que se caracteriza por registrar o captar citas procedentes de las personas a las que se ha observado o con las que se han tenido contacto o ya, de forma más extensa, con las que se han tenido entrevistas informales sobre la temática objeto del estudio en esta tesis doctoral. La pretensión de este planteamiento metodológico inicial nace tras la intención escuchar voces reales más allá de la propia, como fuente de información para el análisis. Voces cuya vida y relato conectan y representan la realidad que estamos describiendo.

Una vez avanzada la investigación, como hemos comentado desde el inicio del relato metodológico, se ha dado una segunda fase dentro del diseño donde necesitamos entrar a conocer las vivencias de los hombres usuarios que habitan los recursos de atención a personas en situación de sinhogarismo. Tras la intención de entrevistar a hombres usuarios en esta situación contactamos con el recurso-albergue *San Juan de Dios* de la ciudad de Valencia el cual nos facilitó el acceso a estos hombres. Sin embargo, desde el recurso se propuso primero tener contacto con las y los usuarios participando en una serie de actividades para, posteriormente, siendo una persona conocida en el recurso, proceder a realizar las entrevistas. Así pues, se ha dado un desplazamiento de lo que inicialmente se plantea como un trabajo etnográfico abierto desde mi mirada profesional, pasando a realizar seis meses de trabajo etnográfico clásico como investigador dentro del recurso de atención a personas sin hogar San Juan de Dios. Un trabajo que se realizó a la par que la etnografía planteada inicialmente y que finalizó con la realización de las entrevistas a una parte de los hombres usuarios que en ese momento habitaban los

migrante como Cepaim Valencia, Jarit o Valencia Acoge, entidades que trabajan con ex presos como Obra Mercedaria Valencia o recursos de atención a personas sin hogar como San Juan de Dios, Natania o Casa Caridad. Además de recursos de atención a las adicciones como las Unidades de Conductas Adictivas (UCA), los centros de prevención y tratamiento de adicciones PATIM o el centro de baja exigencia Calor y Café, así como el Servicio de Atención y Seguimiento para personas con problemas de Salud Mental Grave (SASEM) entre muchos otros.

distintos recursos de la entidad. De esta forma, presento un diseño etnográfico en dos fases o apartados:

(1) un trabajo etnográfico más abierto desde la experiencia como profesional que transita por recursos de atención social el cual se ha dado a lo largo del proceso de tesis doctoral; y

(2) un trabajo etnográfico clásico de seis meses en un recurso de atención a personas en situación de sinhogarismo, el cual nos ha aportado información relevante sobre este perfil y nos ha ayudado con la realización de las entrevistas con los hombres usuarios en situación de sinhogarismo y/o exclusión social severa.

TABLA 1.3. OBSERVACIÓN PARTICIPANTE: CATEGORIZACIÓN DE ESPACIOS.

Código	Temporalidad registrada	Etiqueta	Criterio clasificación
OBP1	2018-2022	Conversaciones con profesionales	Relaciones de trabajo con profesionales. Relaciones interpersonales con personas trabajadoras de la atención social.
OBP2	2018-2022	Trabajo Educador Social	Contexto profesional como educador social.
OBP3	2019-2022	Trabajo Técnico Igualdad	Contexto profesional como técnico de igualdad y formador.
OBP4	2019-2022	Recursos de atención social	Visitas a recursos por diversas razones: trabajo, acompañamientos usuarios/as, seguimiento alumnado de prácticas profesionales. Recursos distintos a los Servicios Sociales de Atención Primaria y los recursos de atención a personas en situación de sinhogarismo.
OBP5	2019-2022	Servicios Sociales Generales	Visitas a centros de Servicios Sociales por diversas razones: trabajo, acompañamientos usuarios/as, seguimiento alumnado prácticas profesionales.
OBP6	2020-2022	Recursos sinhogarismo	Visitas y etnografía planificada a distintos recursos de atención a personas sin hogar.
OBP7	2018-2022	Usuarios otros recursos	Contacto con usuarios/as de otros recursos de atención social: banco de alimentos, comedor social, punto de encuentro familiar, centros de adicciones, recursos salud mental, etc.
OBP8	2021-2022	Personas situación de sinhogarismo	Contacto con personas en situación de calle o usuarios en recurso de atención al sinhogarismo.
OBP9	2018-2022	Usuarios Servicios Sociales Generales	Contacto con usuarios/as de los Servicios Sociales Generales.

Para finalizar este apartado, exponer que la sistematización de la información recabada a nivel etnográfico a través de la observación participante ha terminado estando organizada en nueve espacios de observación etnográfica distintos (Tabla 1.3), cada uno de los cuales hace referencia a un espacio o un perfil concreto que posee cierta significación y relevancia para esta investigación.

Los grupos de discusión con profesionales

Para finalizar y complementar el diseño del triángulo cualitativo, desde el inicio de la investigación, se ha apostado por recoger todas las voces que conviven en los recursos de atención social, entendiendo el mismo como un espacio que es cohabitado tanto por usuarios como por profesionales. Para ello, la última técnica de recogida de información que se ha utilizado, una vez realizadas las entrevistas de corte biográfico y dando casi por cerrada la etnografía, ha sido la realización de dos grupos de discusión con profesionales (Alonso-Benito, 1998; Barbour, 2013; Callejo, 2001; Gutiérrez-Brito, 2008; Ibáñez, 1979; Murillo y Mena, 2006) como técnica que nos conecta y nos permite confrontar y ratificar mucha de la información recabada en las dos anteriores técnicas.

La razón por la cual se ha apostado por este tipo de técnica ha sido por su posibilidad de construir un espacio participativo y confrontativo de intermediación, siendo el grupo de discusión un espacio compartido que aporta un proceder técnico desde el que acercarnos a lo que el colectivo dice, una cuestión inseparable de vivencias, posicionamientos, experiencias y subjetividades que, tras la discusión, construirán la posibilidad de identificar una semántica y un sentido concreto (Alonso-Benito, 1998; Gutiérrez-Brito, 2008). De esta forma, se configura un espacio de mediación de forma grupal entre las personas profesionales participantes y el investigador, posibilitando por su reducido tamaño una mayor presencia de las personalidades de cada una de las personas participantes en el grupo, estando mucho más presentes los posicionamientos subjetivos e ideológicos de cada uno de los individuos (Ortí, 1993).

Estas características hacen que el grupo de discusión se convierta en una técnica de recogida de información idónea para que las y los profesionales conecten sus experiencias laborales como trabajadores de lo social, generándose entre ellas y ellos un debate abiertamente vinculado a su papel como profesionales y a su experiencia con los

hombres usuarios con los que se encuentran a través de su práctica laboral cotidiana. Un espacio de debate que se ha diseñado a partir de la información recabada de las entrevistas de corte biográfico de los hombres usuarios y la observación participante realizada.

El diseño de los dos grupos de discusión ha sido complejo en tanto que el tamaño del grupo, la duración de la reunión, la composición del grupo y las relaciones jerárquicas entre el dinamizador y las personas participantes han sido factores que se han tenido en cuenta (Ibáñez, 1979). Así pues, los criterios impuestos para participar en el grupo de discusión han sido: (1) ser profesionales de lo social y (2) estar trabajando en el momento de la realización del grupo de discusión en algún recurso de atención social. Para la composición del grupo se ha atendido: (1) a la existencia de una diversidad de profesionales entre recursos públicos y del tercer sector, buscando una paridad entre ambos modelos de acción social. También se ha buscado (2) que hubiese profesionales que trabajasen desde diversos ámbitos y niveles de prevención (primaria, secundaria y terciaria)¹⁴, cuestión que ha aportado una diversidad de profesionales de distintos recursos. Desde los Servicios de Atención Primaria, atención a familia e infancia, atención a la dependencia, Puntos de Encuentro Familiar, atención a la salud mental, atención a personas migrantes, hasta profesionales que trabajan en atención a personas en situación de sinhogarismo. Finalmente, se ha apostado por que hubiese (3) una representación lo más equitativa posible de hombres y mujeres profesionales, así como (4) profesionales con más o menos recorrido dentro del mundo laboral donde se desenvuelven. La intencionalidad de aunar estos criterios ha sido para lograr componer grupos que estén en la frontera de la homogeneidad y la heterogeneidad, con dinámicas, expectativas y experiencias diversas sobre una misma realidad que facilitara el impulso de la provocación tras las preguntas de la persona dinamizadora sin llegar a dinamitarse el debate.

¹⁴ Prevenir hace referencia a tomar medidas, articular acciones, tras la finalidad de evitar o disminuir el riesgo de aparición o aumento de un problema presente. Ezequiel Ander-Egg (2009, p. 279) define este concepto en el *Diccionario de Trabajo Social* identificando tres niveles de actuación desde donde corregir, reducir o resolver la distintas problemáticas: (1) la *prevención primaria*, entendida la misma como el conjunto de medidas destinadas para disminuir o evitar la problemática social emergente; (2) la *prevención secundaria*, entendida como aquellas medidas destinadas a reducir la prevalencia de una problemática social existente; y (3) *prevención terciaria*, entendida la misma como el conjunto de medidas destinadas a disminuir las complicaciones derivadas de una problemática que ya está presente y ya está generando efectos nocivos sobre las personas.

Así pues, finalmente, tras la elección de las personas profesionales a participar en la discusión, la composición de los dos grupos de discusión queda expuesta en la siguiente tabla de forma aunada tras la intencionalidad de preservar el anonimato de las personas participantes a nivel individual (Tabla 1.4).

TABLA 1.4. GRUPOS DE DISCUSIÓN CON PROFESIONALES.

Código	Fecha	Duración	Lugar Grupo Discusión	Lugar de trabajo	Perfil participantes
GD1	14/06/2022	1 h 53 min	On-line	Valencia y alrededores	Tamaño grupo: 8 participantes. Profesionales de la atención social: 4 trabajo social, 2 educación social y 2 psicología. Ámbitos atención social: Servicios Sociales Generales, salud mental, atención a la dependencia, atención infancia y familia, centro acogimiento residencial. Recurso público/tercer sector: 5 recurso público y 3 tercer sector. Sexo personas participantes: 5 mujeres y 3 hombres.
GD2	12/07/2022	02 hora 21 min 01 seg.	Valencia	Valencia y alrededores	Tamaño grupo: 8 participantes. Profesionales de la atención social: 4 trabajo social, 3 educación social y 1 psicología. Ámbitos atención social: Servicios Sociales Generales, atención infancia y familia, salud mental, atención personas migrantes, atención a personas en situación de sinhogarismo. Recurso público/tercer sector: 5 recurso público y 3 tercer sector. Sexo personas participantes: 4 mujeres y 4 hombres.

La decisión estratégica de utilizar el grupo de discusión como técnica de recogida de información nace tras la idea de alcanzar aquellos esquemas compartidos que van apareciendo alrededor de la práctica profesional de la atención social. Unas experiencias

que nos aportaran información que pudiera ratificar o confrontar con la información adquirida anteriormente con la observación participante y las entrevistas. Como dirían Peter Berguer y Tomas Luckman se trata de acceder a su universo simbólico, a la “matriz de todos los significados objetivados socialmente y subjetivamente reales; toda la sociedad histórica y la biografía de un individuo [los cuales] se ven como hechos que ocurren dentro de ese universo” (Berger y Luckmann, 1968, p. 125). Es decir, se trata de acceder a una parcialidad fragmentaria de la realidad, del conocimiento y la información que pueda conectar con otros conocimientos situados que se anudan para acercarnos a la realidad que nos hemos propuesto investigar (Haraway, 1995).

Desde este sentir, el grupo de discusión ha permitido unir diferentes vivencias individuales en un mismo espacio de debate, espacio donde las personas acuden por la concordancia sobre el habitar una temática en particular. De esta forma, los grupos de discusión se plantean en el diseño de la recogida de la información como una estrategia de cierre y confrontación de ideas recabadas anteriormente. Se plantea como la técnica más estructurada que las dos anteriores en tanto que los temas a debatir son cuestiones de las que, mayoritariamente, ya se tienen avances en la información. Además, el grupo de discusión ha permitido la oportunidad de analizar ideas y conceptos claves que eran susceptibles de revisión por su capacidad abierta de significación, ya que el grupo de discusión posee un enfoque de interacción simbólica y participativa que se genera al aplicar la propia técnica (Barbour, 2013). Así pues, el desarrollo de los dos grupos de discusión resuelven, como diría Jesús Ibañez (1979, p. 136), el “para qué se genera del discurso”, permitiéndonos confrontar ideas, afinar conceptos, recabar de forma más explícita ciertas voces y ampliar conocimientos de forma directa alrededor de la experiencia profesional con los hombres usuarios que transitan por los recursos de atención social.

1.3 La posición epistemológica como investigador hombre profesional de lo social investigando a hombres usuarios

Muchas investigaciones se dan desde una obviedad epistémica y, en investigación, dar por obvias las formas de funcionar nunca ha sido una buena compañera. Tras relatar el diseño y las técnicas de recogida de información el siguiente paso lógico que he decidido explicitar ha sido exponer el lugar que he ocupado como sujeto presente dentro del proceso de investigación, en tanto que, generar un conocimiento basado en las experiencias de un grupo social que pivota entre una posición de clase subordinada y una posición de género dominante y tratar de ofrecer una mirada crítica a este precepto desde una posición jerárquica profesional que lo atiende, es un ejercicio, cuanto menos, complejo.

Actualmente, ya tenemos un cierto cuórum académico alrededor de la importancia de los estudios de masculinidades (Aguayo y Nascimento, 2016; González-Pages, 2019; Jociles Rubio, 2001; Martín, 2007; Olavarría, 2003) pero no tanto sobre el lugar epistémico que ocupamos como investigadores cuando: (1) nuestros interlocutores son hombres o (2) cuando encarnamos un cuerpo varón¹⁵.

Si depositamos la mirada sobre la posición epistemológica en la investigación como parte de la reflexión metodológica, en el último siglo, han emergido interesantes debates que han profundizado sobre las dificultades que implica partir únicamente de una posición subalterna para generar conocimientos (Spivak, 2009), así como, sobre las fortalezas y debilidades del *punto de vista* que encarnamos por poseer una posición concreta dentro del marco de la investigación (Harding, 1997). Tal es así que no es baladí que, en el seno del feminismo académico, autoras como Sandra Harding (1997, 2016) abogasen por visibilizar de forma crítica la falsa capacidad de construir conocimientos desde una posición epistémica dominante, confrontándola con el potencial y las fortalezas que emergen del poseer una posición subalterna en relación a los marcos de opresión del sistema. La relación entre el lugar que ocupamos dentro de la estructura social, el lugar que poseemos como investigadores/as y la relación directa con el objeto de estudio nos

¹⁵ Muy pocos autores han abordado la cuestión epistemológica como hombres investigadores, planteando una mirada crítica hacia los procesos de construcción del conocimiento. Destacar los textos de Luciano Fabbri (2013), Oscar Guasch (2006), Leo Thiers-Vidal (2010), Jeff Hearn (2013) o Bob Pease (2013).

empuja, si queremos ser honestos como investigadores/as, a realizar un ejercicio de reflexión constante tras la finalidad de acercarnos de la forma más humilde y transparente posible al objeto de estudio sobre el que vamos a construir conocimientos. Del mismo modo que anteriormente lo han hecho otros autores y autoras en referencia a las masculinidades (Fabbri, 2013; Ranea, 2020; Thiers-Vidal, 2010), este ejercicio conlleva una toma de conciencia de uno mismo que apuntará a la posición que encarnamos en referencia al otro/a que nos va a compartir su realidad, siendo conscientes en referencia al dónde estamos y de dónde partimos como profesionales de la investigación. Tal es así que las categorías que nos acompañan, privilegiadas y oprimidas, conformarán las formas de mirarnos y relacionarnos, tras unas características con las que somos hegemonícamente reconocidos. Es decir, los efectos de reconocimiento que vienen dados por pertenecer a estas categorías predominantes configurarán las formas de ver y observar la realidad social y el universo simbólico que emerge tras unas formas de mirar concretas, las cuales se establecerán, dependiendo del sujeto, el contexto y los cuerpos que entran en relación.

Autoras como Krizia Nardini (2014) o Nancy Hartsock (2020) advertirán cómo en la construcción del conocimiento existe una *masculinidad abstracta* que, con su centralidad, normalidad y normatividad, producirá una forma de entender la investigación como neutra, cuando en realidad es una práctica fagocitada por el impulso androcéntrico y masculino que lo envuelve casi todo. De este modo, reconocernos facilitará el ser conscientes de la imposibilidad de generar una mirada neutra, objetiva y controlada frente a la investigación. No tanto para criticar y desechar las formas de acercarnos al objeto de estudio, sino para ser honestos ante la capacidad de mirar, observar y recabar información. En este sentido, posicionarnos como sujetos presentes en las relaciones que configuramos adquiere un papel central a la hora de pensar y diseñar las formas de acercarnos a las fuentes de información. La intencionalidad, el reconocer el lugar donde nos situamos y hacia dónde nos dirigimos, así como el lugar que ocupamos dentro de las jerarquías y los juegos de poder, nos conectará con los *puntos de luz* y los *puntos ciegos* que encarnamos, no pudiendo obviarlos, conformándose unas formas de ver, mirar y observar permeadas por las relaciones que se producen por la posición epistémica que ocupamos y de la que no nos podemos desembarazar (Ema, 2009; Zizek, 2006).

En este estudio, la posición epistémica del investigador parte de un cuerpo varón heterosexual, de clase acomodada y con vinculación profesional en el campo a observar.

La conexión entre estas tres cuestiones - el cuerpo, la clase social e identidad profesional – van a estar presentes en todas las relaciones que se han establecido durante la recogida de la información, generando efectos dependiendo del contexto y del interlocutor/a que se encuentre al otro lado de la relación. De este modo, cómo acercarnos al objeto de estudio es complejo en tanto que implica preguntarnos por las relaciones que se van a producir a lo largo del proceso de recogida de información, cuestionando, no solamente qué posición ocupamos y las inercias que reproducimos, sino también de qué saberes comunes partimos, qué saberes vamos a encontrar, qué cuestiones nos van a permitir ver y percibir, y con ello, hasta dónde podemos llegar de forma crítica bajo una posición jerárquicamente distinta.

El ser un varón profesional con intencionalidad de conectar, por una parte, con hombres usuarios, y por otra, con hombres y mujeres profesionales de la atención social, me ha llevado a tener que ser consciente de las relaciones y las emociones generadas con mi cuerpo y mi posición. En este sentido, me he encontrado tras un proceso, que podríamos etiquetar, de *emociones epistémicas*, generadas por mi propia posición social y por mi propio cuerpo como investigador. Si depositamos la mirada en la relación con los hombres usuarios entrevistados, la posición de género como sujeto varón entrevistando a un hombre, ha habido veces que ha sido percibida como una relación de complicidad, sin embargo, otras veces, dependiendo del sujeto entrevistado, emergía una realidad de performance masculina que intentaba aumentar la demostración de la importancia como hombres, y a la vez, esconder la vergüenza de ser sujetos asistidos por los recursos de atención social. Una situación donde la palabra fracaso está en el aire sin siquiera nombrarla, advirtiendo que entran en juego, no solamente el género, sino la diferencia de clase que los propios hombres perciben. Por otra parte, he venido advirtiendo a lo largo de la recogida de la información cómo la posición como investigador establece una jerarquía vertical entre la persona entrevistada y el investigador, aumentando tal distancia jerárquica cuando la persona es conocedora de que está hablando con un profesional de lo social. De este modo, existe una suspicacia de carácter normativo que imprime sobre el cuerpo del investigador un uniforme simbólico, una marca que me identifica con una cierta autoridad. Para modular esta realidad se ha optado por utilizar varias estrategias de acercamiento al objeto de estudio que faciliten construir una mínima relación entre el entrevistado y el investigador. Por una parte, pedir a las personas que han ayudado a poner en contacto al entrevistado y el investigador que

explicasen de partida quién es la persona investigadora que les iba a entrevistar y qué es lo que requiere de ellos, siendo esta una forma de certificar al investigador como persona de confianza y dar seguridad hacia el contacto que se fuera a dar. Por otra parte, se ha intentado siempre que hubiese un contacto previo, en persona, unos días antes de la entrevista. Conocerse previamente fuera del contexto de recogida de información también ha ayudado a romper ciertas barreras y generar otro tipo de marco de comunicación. Donde más énfasis se ha puesto en esta realidad ha sido en las entrevistas a hombres en situación de sinhogarismo donde, previamente a las entrevistas, el investigador estuvo unos meses conviviendo con ellos y realizando actividades como forma de realización de trabajo etnográfico previo. Una vez pasado un tiempo fue cuando se realizó la recogida de la información a través de las entrevistas. En este momento los entrevistados ya tenía una cierta relación con el investigador, cuestión que ayudó a generar un espacio de comunicación más abierto que si fuese una entrevista con una persona mayormente desconocida. Una práctica que ha roto el marco de extrañeza y suspicacia reduciendo, no anulando, las barreras que puedan darse durante la aplicación de la técnica de la entrevista.

En referencia a las personas profesionales, cuando se plantea el tema que se está investigando, se advierte interés por indagar en sus experiencias profesionales con hombres usuarios y cierta complicidad en muchos sentidos para hablar sobre los temas que se han ido abordando, incluso durante la realización de los grupos de discusión. Sin embargo, a nivel administrativo sí que emergen ciertos temores, apareciendo barreras a la hora de encontrar entrevistas con hombres usuarios, como si les fuese fácil hablar de su trabajo en primera persona, pero hubiese una cierta preocupación por facilitar la voz de las personas usuarias. Tal ha sido así que ha habido momentos donde se ha percibido y dado un rechazo a la hora de conectar los hombres usuarios con la persona investigadora para entrevistarlos, apareciendo trabas administrativas y alguna no respuesta por parte de algunos recursos y profesionales. Cuestión que me hizo reflexionar muchísimo sobre los espacios de saber que permitimos enseñar y que nos acompaña como profesionales de lo social investigando las propias prácticas profesionales.

A todo esto hay que sumarle que la complicidad, la suspicacia, la vergüenza y el temor son marcos emocionales que emergen como obstáculos o barreras a la hora de echar luz en la recogida de la información (García-Dauder y Ruiz-Trejo, 2021). La posición como hombre profesional de la atención social me hace encarnar una identidad

privilegiada en muchos sentidos, en tanto hombre, en tanto clase social, en tanto profesional, generándo una posición particular desde la cual me relacionaré con las distintas fuentes de información. Un posicionamiento que posibilitará un ángulo de visión desde el que acercarme a los conocimientos que necesito recabar, pero que, por otra parte, me obliga a ser consciente de mi realidad como sujeto que encarna una posición epistémica concreta y compleja (García-Dauder y Ruiz-Trejo, 2021; Gómez-Correal, 2019; Ruiz-Trejo y García-Dauder, 2019).

Qué puede aportar un investigador/a que está estructuralmente en las antípodas de la realidad que investiga es una cuestión que emerge desde la epistemología feminista (Fabbri, 2013; Harding, 1997; Tena, 2012; Thiers-Vidal, 2002), advirtiéndome no solamente cómo las formas de reconocernos afectan en las relaciones que se contruyen en la recogida de la información, sino también, en cómo debemos situarnos para ser leídos como investigadores/as concretos frente al objeto a investigar. De este modo, cuando un investigador/a posea un posicionamiento epistémico privilegiado posicionándose en la investigación de forma disidente, Alison Bailey (1998) identificará tal posición como una *posición traidora*, la cual encarnará una intencionalidad crítica y subversiva a la realidad hegemónica sobre la que se dialoga en su investigación. Es decir, no podemos descartar la intencionalidad del posicionamiento político del investigador, el cual adquiere un rol de importancia en tanto que, el propio posicionamiento, permea las formas de mirar y conectar conocimientos. Así pues, el cuestionamiento de un orden de género tradicional, la crítica hacia las posiciones privilegiadas, la crítica hacia las violencias y los riesgos de la masculinidad emanan de los análisis de género que viene realizando el propio investigador de esta tesis doctoral. En este sentido, no puedo obviar mi posición social como hombre, blanco, heterosexual, occidental y de clase precaria pero acomodada, ni tampoco la dimensión política y ética que me acompaña como educador social y como hombre preocupado por los retrocesos feministas que se han dado socialmente en los últimos años. Así pues, debo exponer que me posiciono tras un marco de *investigación profesional* pero también de *investigación militante*, no pudiendo desprenderme de estas dos realidades que me envuelven como investigador en este estudio. Una realidad que me interpela directamente en tanto que, como advierten las compañeras de *Precarias a la Deriva*, también es importante “hablar y actuar desde la dispersión, no refugiarse en pequeñas identidades salvadoras, en grupúsculos tranquilizadores o en ideologías trasnochadas, sino atreverse a cruzar el desierto con los ojos abiertos” (Precarias a la

Deriva, 2004, p. 90). De este modo, el análisis de las masculinidades que aquí presento debe concebirse como un aporte para acercarnos a un análisis más fidedigno de la realidad, pero, a la vez, no puedo desprenderme al cien por cien de mi conciencia militante que busca una alternativa a la masculinidad hegemónica tradicional, dañina y dañada, que todavía a día de hoy sigue alimentando una construcción social que mantiene muchas de las desigualdades que nos envuelven.

En este sentido, exponer la intencionalidad y el lugar que ocupo busca romper con la neutralidad en tanto que la forma de entender la ciencia, y con ello, la construcción de los conocimientos que emanan de esta investigación no parte del descubrir saberes absolutos o únicos, sino que mi posicionamiento ante la investigación y la construcción de conocimientos se situará en la línea de la epistemología de los *conocimientos situados* de Donna Haraway (1995), adscribiendo los aportes que se desvelan en esta investigación como un fenómeno que ayude a comprender la realidad, siempre teniendo en cuenta que se trata de una posición honesta, parcial y situada de la realidad que investigamos, con sus puntos de luz y sus puntos de oscuridad. Como advierte Haraway:

...el yo que conoce es siempre parcial, nunca terminado, total [...], siempre construido, remendado y, por lo tanto, es capaz de unirse a otro, de ver junto al otro sin pretender ser el otro; ésta es la promesa de la objetividad: un conocedor científico busca la posición [...] no de la identidad, sino de la objetividad; es decir, de la conexión parcial (Haraway, 1995, p. 332).

Esta forma de concebir la construcción del conocimiento implica reconocer que la ciencia se compone no tanto desde una teoría del todo, sino más bien desde una multiplicidad de conocimientos que vienen dados de varias posiciones epistémicas iguales o distintas, que también producen su propia parcialidad, y, con este navegar, atravesado de saberes fragmentarios y parciales, cada uno/a desde su lugar, nos acercaremos a experiencias, vidas, voces y espacios para articular nuestra relación con las demás parcialidades científicamente existentes. Sin embargo, parcial no significa incompleto, débil o definiciente sino, más bien todo lo contrario. Implica reconocer, como diría Sandra Harding (2016), una *objetividad fuerte* en la que todas las fuentes que confluyen en el relato son tomadas en consideración, no existiendo una escisión o distanciamiento neutral entre quien investiga y quienes son investigados, dándose en el

relato científico una multiplicidad de conocimientos parciales y encarnados los cuales toman forma a partir de lo que cada persona que investiga experimenta.

De este modo, situarse en la investigación implica empoderarse epistémica y metodológicamente, convirtiéndose en una forma de posicionarse ante la ciencia y entender la misma como un puzzle o un telar que requiere de más hilos y más piezas para componer un todo. Una propuesta práctica donde episteme y metodología van de la mano, acompañando y posibilitando el acercarnos honestamente desde una multiplicidad de singularidades situadas para comprender la realidad.

En definitiva, esta propuesta de investigación no apuesta por generar conocimientos neutros, generalizables, solidificados e inmanentes desde la práctica científica. La intencionalidad de este ejercicio no es seguir los patrones objetivistas que provienen de la neutralidad positivista, sino aportar una pieza más en la construcción del conocimiento, entendiendo dicha contribución como una objetividad fuerte a pesar de ser parcial y situada.

1.4 Planteamientos éticos en la investigación

El propósito de este apartado es dar cuenta de los requisitos éticos que se han tenido en cuenta para el desarrollo de la investigación, atendiendo a un conjunto de principios y directrices que han buscado determinar y orientar el diseño, organización, utilización, uso y divulgación de la información recabada, tras la finalidad de evitar perjuicios que afecten a las personas sintientes que han participado durante la recogida de la información (usuarios/as y profesionales).

De hecho, en esta investigación se ha apostado por plantear de forma consciente tres cuestiones que marcan el posicionamiento ético que se ha predispuesto. Primero, un acercamiento a las personas participantes en primera persona no delegando la recogida de la información a terceras personas. Segundo, la exposición de los objetivos y la finalidad de la investigación de forma explícita cada vez que una persona era susceptible de ser fuente de información. Y tercero, el compromiso formal e informal, de forma verbal o a través del documento de consentimiento informado realizado tras este fin, de la aprobación de la participación por parte de las personas participantes en la recogida de la

información. Consecuencia de esto la información de las personas participantes expuesta en la metodología, el perfil descrito, es escueto para respetar el anonimato, no apareciendo cuestiones como la edad, el estado civil o explicitar los recursos, ya sean penitenciarios o de atención social, por los que han pasado los hombres usuarios, entre otras cuestiones.

Si bien es cierto que la participación de las voces de profesionales durante la etnografía como profesional posee un planteamiento más abierto, esto se ha salvado a través del consentimiento informal a la hora de la utilización de la información recabada con las personas con que se ha entrado en contacto. Sin embargo, a sabiendas de que las voces de las y los profesionales corresponden a un marco de intimidad que también se debe cuidar, uno de los aspectos éticos más importantes que nos corresponde explicitar es la complejidad de incluir en la recogida de la información relatos de vida y experiencias de personas o grupos sociales en situación de vulnerabilidad y/o exclusión social.

Como identifican otros estudios e investigaciones, la participación de grupos sociales vulnerables y excluidos puede acarrear en las personas participantes un cierto daño al exponerse emocional y personalmente (Brown et al., 2004; Kipnis, 2001; Santi, 2015). Sin embargo, contrariamente, no incluir a estas personas en las investigaciones cuando se estudian cuestiones que les afectan directamente conlleva también un problema ético a tener en cuenta, dado que se invisibiliza el punto de luz que, por proximidad, puede aportar su punto de vista, descartándolos si no se les tiene en cuenta en la investigación como agentes activos de sus vidas tras el relato, siendo científica y políticamente beneficioso que las personas involucradas en la investigación participen y se sientan parte de la misma cuando esta puedan beneficiarles o afectarles potencialmente.

Para diseñar dicho proceso se ha reflexionado y tenido en cuenta la pregunta - ¿cómo puede perjudicar a la persona participar en la investigación? – tras la finalidad de problematizar cada situación riesgosa para las personas participantes en este estudio. Así pues, se ha tenido en cuenta que todas las personas participantes decidieran libremente el participar en la investigación y que no ha habido autoridades externas que hayan empujado o tutelado a esto. Por otra parte, se ha respetado la forma de participar y aparecer en la investigación a través del documento de consentimiento informado que se ha utilizado tanto en las entrevistas, en la etnografía realizada en los recursos de atención a personas en situación de sinhogarismo, como en los grupos de discusión realizados.

Una vez aplicadas las técnicas y realizadas las transcripciones, a las personas participantes se les ha planteado la posibilidad de releer el bruto de información que corresponde a su entrevista o grupo de discusión para que pudieran modificar las formas de presentar su realidad, sin que ello abogase en ningún perjuicio para ellos/as. Ante esto, se ha adquirido el compromiso de que, durante el desarrollo de la investigación, antes y después de su participación en la recogida de la información, las personas participantes tuvieran la posibilidad de comunicarse y ponerse en contacto con el investigador para resolver dudas, ampliar cuestiones que se quisiera matizar o descartar cualquier información que no quisiera ser expuesta.

También se ha explicitado a las personas participantes el compromiso de que podían abandonar o rechazar su participación en la investigación en cualquier momento durante el desarrollo de la misma sin que esto tuviese repercusión o perjuicio alguno para ellos/as.

Finalmente, se ha facilitado antes y después de la participación en la recogida de la información la posibilidad de aparecer o no aparecer en la investigación en primera persona, con nombre y apellidos. Ante la cantidad de profesionales y usuarios/as que han marcado aparecer en la investigación de forma anónima se ha optado por hacer genérico este compromiso en todas las voces participantes de la investigación, apareciendo en los *verbatim*¹⁶ utilizados a lo largo del texto con un código de identificación generado a partir de las técnicas que se han utilizado para la recogida de la información: entrevistas usuarios (EU), entrevistas clave con profesionales (EP), observación participante (OBP), grupo discusión (GD).

¹⁶ Informar que las distintas voces de los *verbatim*s se han codificado también para mantener el anonimato de las personas participantes. De este modo, cuando aparecen dos personas o más en un *verbatim* aparecerán de la siguiente forma:

- J: hace referencia al investigador.
- ENT: se ha utilizado para las personas entrevistadas en las Entrevistas a usuarios y en las Entrevistas Clave con profesionales.
- P: se ha utilizado cuando aparece un *verbatim* con varias voces para identificar a las personas participantes tanto en la Observación Participante como en los Grupos de discusión. En este caso, cuando hablan dos personas o más, distintas a la persona investigadora, se han numerado las personas participantes que aparecen en el *verbatim* (P1, P2, P3...).

1.5 Análisis de la información desde la *Grounded Theory* o teoría fundamentada

Uno de los aprendizajes más importantes adquiridos a lo largo del desarrollo de esta investigación de tesis doctoral ha sido el diseñar, a la par de la realización de la recogida de la información, una metodología coherente que, tras una multiplicidad de técnicas y fuentes, permita organizar sistemáticamente los datos para la realización del análisis. Actualmente, los diseños multimetodológicos en investigación cualitativa y el uso de distintas técnicas de recogida de información para acercarse desde diversos puntos de luz a un mismo objeto de estudio están a la orden del día (Denzin y Lincoln, 2005; Flick, 2015). Sin embargo, esta realidad implica un bruto de información recabada de amplio espectro que será necesario conectar entre sí de forma organizada. En consecuencia, tras la finalidad de diseñar una estrategia de trabajo que sea capaz de ensamblar la diversidad de voces y experiencias, se ha utilizado como enfoque metodológico la Teoría Fundamentada o *Grounded Theory* (Carrero et al., 2012; Glaser y Strauss, 2009; Strauss y Corbin, 2002), entendida la misma como una metodología de investigación cualitativa para el análisis de la información. Esta metodología permite, no solamente sistematizar y organizar los datos para dialogar con las teorías existentes, ratificando o no dichas teorías a través de la información analizada, sino también construir nuevos planteamientos y enfoques teórico-prácticos fundamentados desde los datos recabados.

Tal decisión viene dada por los preceptos teóricos que acompañan a la forma de leer la información, siendo el *interaccionismo simbólico* la posición teórica que más se adapta al modelo de investigación que hemos desarrollado en este trabajo. Autores como Herbert Blumer (1982), autor del mismo concepto, o Erving Goffman (1970, 2009) identifican en el interaccionismo simbólico como la forma en que el ser humano actúa en referencia a los significados que adscribe a los objetos con los que se relaciona (personas, espacios, instituciones...). El origen de cada significado no nace de la nada o de la individualidad del sujeto, sino que se articula como un producto social procedente de las interacciones sociales que se dan en las relaciones y las prácticas humanas. El cómo es utilizado el significado por parte de los sujetos se vuelve central en el análisis, teniendo en cuenta que no es una cuestión estática, dado que se reconfigura constantemente tal cual se va presentando un mismo significado a lo largo de la vida, dándose una modificación y

manipulación de los significados de forma constante. De esta forma, me apoyaré en la Teoría Fundamentada desde sus preceptos constructivistas y situados (Charmaz, 2014; Adele E. Clarke, 2005) como forma de identificar cómo se configuran en los procesos subjetivos las formas de vivir de los hombres usuarios que transitan por los recursos de protección social, y con ello, los significados que se contruyen en relación a los sujetos dentro de un sistema concreto, alejando mi investigación de planteamientos científicos positivistas que se empeñen en justificar, a través de una falsa neutralidad, el lugar que ocupa cada participante dentro del proceso de investigación. Es decir, se ha diseñado una metodología de análisis para la comprensión de los significados a través del acercamiento al cómo son contruidos intersubjetivamente los mismos, y de este modo, intentar conectar las interpretaciones que se hacen los hombres usuarios del mundo a través de las distintas fuentes que narran su realidad. Como advertiría Merleau-Ponty (1957) se trata de captar cómo las relaciones conforman el mundo y cómo el mundo está conectado a nosotros mismos configurando nuestra percepción, o dicho de otro modo, siguiendo el interaccionismo estructuralista tras el que se posiciona Bourdieu (2008, 2016), se trata de captar cómo los significados y nuestras prácticas relacionales conforman las corrientes hegemónicas y cómo las corrientes hegemónicas nos conforman a nosotras mismas. En este sentido, no podemos describir a aquellos sujetos que observan y viven la realidad de los hombres usuarios de forma desconectada, separada e independiente del mundo, y con ello, no podemos describirlos desconectados de la realidad contextual a investigar, como son los recursos de protección social, convirtiéndose también en un espacio que cargamos de significantes y significados.

Teniendo en cuenta tales preceptos, la organización de la información y su posterior análisis se ha aplicado a partir de una propuesta de sistematización por fases, considerando que el diseño atendiese a una serie de momentos de codificación de la información - abierta, axial y selectiva - a partir de los datos recabados (Glaser y Strauss, 2009), entendiendo la codificación como “un proceso sistemático y riguroso de análisis y conceptualización por medio del cual se aplican procedimientos y estrategias que culminan con el surgimiento de una categoría central cuya caracterización va a ser expresada en términos de una teoría emergente” (Monge-Acuña, 2015, p. 78). Es decir, a cada documento se le han realizado varias relecturas identificando códigos, categorías e interpretaciones, siendo las primeras lecturas más abiertas e identificativas y las últimas

más concretas, interpretativas y selectivas tras la finalidad de teorizar, extraer y organizar la información del propio análisis.

Para realizar este ejercicio de análisis a partir de los datos recabados se ha contado con un bruto de información compuesto por 27 documentos, clasificados según el método de recogida de información aplicado (Tabla 1.5), teniendo como documentación primaria tres documentos pertenecientes a cada una de las entrevistas clave realizadas, veinte documentos pertenecientes a cada una de las entrevistas de corte biográfico realizadas a hombres usuarios, dos documentos con las anotaciones de la observación participante, los cuales se dividen en un documento sobre el trabajo etnográfico realizado como profesional de la atención social y otro documento específico sobre el trabajo etnográfico realizado en el albergue de atención a personas en situación de sinhogarismo San Juan de Dios, y dos documentos que hacen referencia a los dos grupos de discusión realizados con profesionales de la atención social.

TABLA 1.5. ORGANIZACIÓN DE DOCUMENTOS PRIMARIOS PARA EL ANÁLISIS.

Tipos	Materiales	Documentos
Documentos primarios	Entrevistas clave	3
	Entrevistas de corte biográfico	20
	Observación participante	2
	Grupos de discusión	2
Total		27

Además, para dar soporte y mejorar el manejo del amplio abanico documental que compone la investigación, se ha apostado por la utilización del software de análisis cualitativo Atlas.ti, como herramienta informática procedimental para la codificación y sistematización de la información y aplicación de la Teoría Fundamentada (Lopezosa et al., 2022; Muñoz-Rojas, 2016; Penalva-Verdú et al., 2015; Sabariego et al., 2014; San Martín, 2014). Tal decisión viene dada por las posibilidades que aporta dicho software para la lectura, codificación, re-codificación y agrupación de fragmentos de información tras la finalidad de ser capaz de aunar, fragmentar y diseccionar de forma organizada el cúmulo de información que nos ha aportado la aplicación de las distintas técnicas.

Dicho esto, la aplicación Atlas.ti básicamente se ha utilizado para la codificación, clasificación y sistematización de la información de forma rudimentaria, a partir de las

posibilidades que aporta el propio programa. Es decir, la utilización del software no ha eliminado ni sustituido el trabajo de lectura, escritura, codificación y clasificación sobre el que está basado el proceso circular que requiere el análisis de una investigación cualitativa (Flick, 2012), sino que ha sido el soporte para realizar el mismo. De este modo, para la sistematización de las lecturas y relecturas de cara a la codificación y recodificación de los datos, se ha optado por adaptar estratégicamente la propuesta en fases que realizan Jaime Andréu Abela, Antonio García-Nieto y Ana M^a Pérez Corbacho (2007) dividiendo el análisis de los documentos primarios a trabajar de la siguiente forma:

1. Identificación de sucesos categorizables – codificación abierta.
2. Integración de categorías – codificación abierta, codificación axial y codificación selectiva.
3. Re-categorización y delimitación teórica – codificación selectiva y establecimiento de categorías centrales.
4. Re-elaboración teórica – revisión crítica de las categorías centrales y de sus interconexiones.

Esta estrategia metodológica para el análisis de la información se diseñó de este modo tras la idea de romper la tensión existente entre familiaridad y extrañamiento debida a mi posición epistémica como investigador y profesional de lo social (Lins, 1989; Olmos-Alcaraz, 2016; Velasco y Díaz de Rada, 2004). De este modo, el proceso analítico partió de un acercamiento a la información recabada desde una estrategia de extrañamiento inicial, intentando hacer una lectura de los documentos sin ideas preconcebidas, para posteriormente conectar la información con la teoría y, con ello, realizar la interpretación teórica de los datos ya trabajados. Una vez realizado este proceso de acercamiento a los datos, organización de la información y teorización de los resultados, se ha realizado una relectura del análisis, realizando un ejercicio de reflexividad crítico tras la finalidad de re-elaborar el posicionamiento teórico inicial que ha emergido tras las categorías centrales identificadas, siendo ésta la última fase del análisis de la información en la investigación. Análogamente, cada documento ha tenido entre dos y tres lecturas de codificación y recodificación, y, mínimo dos relecturas de revisión teórica sobre la información sistematizada. La aplicación de las distintas fases de análisis se ha realizado de la siguiente forma:

FASE 1: Identificación de sucesos categorizables. Para empezar con la revisión de la información recogida se diseña una primera lectura de la documentación tras la finalidad de identificar aquellos sucesos (hechos, pensamientos, opiniones, acciones, situaciones, valoraciones, creencias, posicionamientos...) que se pueden poner en conexión con los objetivos marcados y la pregunta de investigación. La dificultad de esta lectura estriba en la necesidad de tomar distancia o separar la teoría de los hechos relatados, dándose una lectura y codificación abierta. Es decir, se trata de empezar a leer los datos de forma inductiva, buscando identificar los sucesos, describir sus dimensiones y propiedades, etiquetándolos sin condicionamientos previos, convirtiéndose técnicamente en una forma de fragmentar los datos para examinarlos detalladamente y ver sus diferencias y similitudes sin identificar en ellos las teorías preexistentes (Strauss y Corbin, 2002), dándose en la primera lectura una forma técnica de trabajar el bruto de la información que incitará al extrañamiento, al mirar desde la novedad, lo desconocido o lo extraño la información recogida (Velasco y Díaz de Rada, 2004), convirtiéndose en un ejercicio no carente de dificultad.

Ante esta realidad, una de las reflexiones críticas que nos ha llevado tal ejercicio ha sido la dificultad de tomar distancia por parte del investigador a la hora de explicar lo que se hace visible, ya que, a pesar de que otros autores y autoras identifican en esta fase la necesidad de prescindir de los conocimientos previos (Charmaz, 2014; Strauss y Corbin, 2002), en las formas de pensar por parte de las personas investigadoras queda arraigada mucha teoría aprehendida siendo difícil generar tal distanciamiento. No obstante, generar un contexto de análisis de extrañamiento es necesario para alejarnos, en la medida de lo posible, de las realidades teóricas preconcebidas que nos acompañan, a pesar de que dicho desarraigo nunca será posible al cien por cien. De esta forma, lo único que podemos hacer es promover estrategias de trabajo, como la codificación abierta, que favorezcan, impulsen o promuevan esta forma de mirar los datos.

Para ello se ha realizado una primera lectura tras una codificación abierta etiquetando cada suceso: (1) en forma de *categoría sugerida* o nueva categoría (escrita y definida en las propias palabras del investigador); y (2) en forma de *memo*, es decir, en forma de memorando o pósito con la explicación de las ideas que se iban dando en cada situación porque dicho suceso no se identificará inicialmente con una categorización clara, con lo cual, lo único que nos queda es una explicación de un posible suceso identificado. La suma de las categorías sugeridas y los memos iniciales identificados ya

nos fragmenta y nos agrupa la información, sistematizándola para su comparación y re-categorización futura.

FASE 2. Integración de categorías. Una vez definidas las categorías iniciales e identificados los sucesos del bruto de cada documento el análisis continúa con una nueva relectura de la documentación. La finalidad de esta segunda relectura es reelaborar las concepciones dadas y las categorías identificadas, realizando agrupando las categorías y sucesos similares y, a la vez, conectando, si es posible, con las categorías teóricas externas, dando paso al relato de la significación de cada categoría sugerida o nueva categoría identificada. Un ejercicio de reelaboración conceptual y teórico que pivotará entre una codificación abierta y axial (Strauss, 1987) que nos invita a repensar las causas, el contexto, las contingencias, las consecuencias, covariaciones y condiciones de las categorías y sucesos identificados (Glaser, 1978), así como el qué, el cómo, el porqué y el dónde se dan los sucesos conectados entre sí (Strauss y Corbin, 2002).

Así pues, la comparación y la relectura inicial para la identificación de las categorías similares dará paso a una recodificación de los conceptos, las categorías, las etiquetas y los memos descritos inicialmente, aunando conceptos, descartando otros y ampliando el contenido de los sucesos que han sido identificados. Ante esto, los avances que se van dando en esta fase del análisis irán sugiriendo nuevas necesidades de búsqueda de información, ya sea por identificación de nuevos sucesos sobre los que es interesante seguir indagando o porque emergen nuevas dudas y posibilidades de análisis que no están suficientemente ratificadas en los datos recabados, proporcionando, como hemos indicado anteriormente, la necesidad de empezar el análisis mucho antes de la finalización de la recogida de la información para poder ir modulando la información que se requiere en la extracción de los datos a través de las distintas técnicas.

FASE 3. Re-categorización y delimitación teórica. Una vez realizado el trabajo de codificación y sistematización de las categorías preliminares, el siguiente paso es comenzar con la delimitación teórica. Sin embargo, llegados a este punto, es necesario depurar al máximo cada una de las conexiones y conceptualizaciones identificadas en el análisis, siendo necesario integrar las más significativas, y a la vez, agrupar y reducir el número de categorías que están relacionadas tras la finalidad de encontrar una extensión categórica en la que nos sintamos capacitados/as para la realización de un relato teórico abarcable, llevándonos a:

1. identificar inductivamente las categorías centrales;
2. re-conceptualizar y establecer conexiones con las categorías centrales desde la codificación axial y la codificación selectiva; y
3. organizar la información dando paso al relato teórico.

Este paso se da cuando a través de las relecturas y el análisis de la información ya no emergen más conexiones o nuevas posibilidades de análisis ante las distintas categorías que se van esquematizando. Glaser y Strauss (2009) identifican este momento del análisis de la información como saturación teórica, siendo el muestreo teórico lo que irá ampliando la investigación, abriendo la mirada, y la saturación teórica el momento en el que se da fin al mismo (Abela et al., 2007), siendo la saturación teórica el momento que se ha utilizado para la identificación de las categorías centrales o *core categories* (Abela et al., 2007; Strauss y Corbin, 2002).

Así pues, se determinaron tres categorías centrales en la investigación: la masculinidad marginal, el devenir protegido y los procesos asistenciales (Tabla 1.6). La decisión teórica de partir de estas tres categorías centrales es porque la codificación identificada y las agrupaciones teóricas o familias sitúan las mismas como los tres sucesos principales que dan respuesta a la experiencia y la percepción de los usuarios estudiados, apareciendo la realidad de género, la realidad de clase y el contexto institucional asistencial como marcos de información que poseen, respectivamente, una mayor predominancia y un mayor poder explicativo que las demás cuestiones identificadas dentro del análisis.

Una vez identificadas las categorías centrales se ha realizado una nueva relectura de la codificación, procediéndose a una nueva codificación axial que nos ha llevado a establecer una red de relaciones alrededor de las categorías centrales y a una nueva codificación selectiva que ha integrado los distintos conceptos en torno a dichas categorías, depurando y mejorando así el relato teórico que va emergiendo como un todo integrado y conectado (Tabla 1.6). Esta forma de extraer, ordenar y sistematizar la información organizará los temas que emanan de la interpretación y descripción de la realidad estudiada (Strauss y Corbin, 2002), siendo el último paso a realizar la redacción del relato teórico que se puede extraer de la interpretación de los sucesos, los memos, los códigos y las categorías ordenadas y sistematizadas previamente.

TABLA 1.6. CÓDIGOS Y CATEGORÍAS EXTRAÍDAS EN LA CODIFICACIÓN Y RECODIFICACIÓN.

Códificación	Familias de códigos	Categoría central
1.1.1 Modelo familiar. 1.1.2 División sexual del trabajo. 1.1.3 Roles de género. 1.1.4 Privilegios masculinidad. 1.2.1 Ausencia hombres (servicios sociales). 1.2.2 Presencia hombres (sinhogarismo). 1.3.1 Modelos masculinidad. 1.3.2 Autosuficiencia. 1.3.3 Honor, virilidad y demostración masculinidad. 1.3.4 Mandatos masculinidad. 1.3.5 Riesgos masculinidad. 1.3.6 Marca de importancia. 1.3.7 Emociones masculinas. 1.3.8 Petición de ayuda.	1.1 Orden de género 1.2 Modelos de hombres usuarios. 1.3 Performance masculinidad.	1. <u>Masculinidad marginal</u> : elementos socioculturales de la masculinidad en los hombres usuarios.
2.1.1 Empleo y desempleo masculino. 2.2.1 Referentes de apoyo. 2.2.2 Redes de solidaridad familiar. 2.2.3 Amistad masculina. 2.2.4 Redes de apoyo. 2.4.1 Papel como <i>breadwinner</i> (ganapanes). 2.4.2 Responsabilidades más allá del trabajo productivo. 2.4.3 Interés hacia la atención social. 2.4.4 Subordinación de clase. 2.4.5 Fracaso y secreto masculino	2.1 Capital económico. 2.2 Capital social. 2.3 Capital cultural. 2.4 Performance del buen pobre.	2. <u>Devenir protegido</u> : elementos socioculturales vinculados a la clase social en los hombres usuarios.
3.1.1 Preferencias de atención según género. 3.1.2 Inercias patriarcales. 3.1.3 Consecuencias perspectiva de género. 3.2.1 Espacios de atención social feminizados. 3.2.2 Espacios de atención social masculinizados. 3.2.3 Trabajo con hombres. 3.3.1 Rechazo etiqueta usuario. 3.3.2 Sentimiento institucionalización. 3.3.3 Prejuicios, mitos y creencias hacia los hombres usuarios. 3.4.1 Efectos del cuerpo masculino como profesional. 3.4.2 Efectos del cuerpo masculino como usuario. 3.4.3 El papel de los hombres profesionales en la atención social. 3.5.1 Trabajo o búsqueda de empleo. 3.5.2 Conciliación y/o corresponsabilidad.	3.1 Perspectiva de género. 3.2 Recursos y ayudas para hombres. 3.3 Papel del estigma. 3.4 La corporalidad de las y los profesionales. 3.5 Expectativas hacia los hombres.	3. <u>Procesos asistenciales</u> : elementos relacionados con los contextos de atención social.

FASE 4. Re-elaboración teórica. Para finalizar el proceso de sistematización metodológica frente al análisis de la información se ha realizado un último ejercicio de revisión crítica sobre aquellas cuestiones que han sido identificadas y plasmadas tras el primer borrador del relato teórico de la investigación, teniendo ya un primer documento escrito sobre el que trabajar.

Tal decisión se da tras lo que Strauss y Corbin (2002) denominan como *paradigma*, entendido este concepto como la utilización de “herramientas analíticas diseñadas para ayudar a los analistas a integrar la estructura con el proceso”, o dicho de otro modo, la utilización de formas de relectura que nos ayude a ver más allá de lo escrito o categorizado previamente. De esta forma, del mismo modo que ha sido importante durante el análisis y la codificación reflexionar de forma crítica sobre cómo emergen las nuevas teorías y la información, también es importante problematizar los resultados previamente identificados, sistematizando estrategias de análisis que den respuesta a la consistencia lógica de lo escrito, su credibilidad, su confirmabilidad y la transferibilidad de las nuevas teorías relatadas (Charmaz, 2014; Flick, 2014; Guba y Lincoln, 1981, 1989; Lincoln y Guba, 1985; Miles y Huberman, 1994; Steinke, 2004).

De esta forma, para esta relectura y re-elaboración teórica se ha utilizado una estrategia para repensar y evaluar las teorizaciones expuestas y el proceso de investigación cualitativa realizado, planteando dicho ejercicio desde cuatro enfoques distintos:

1. Consistencia lógica: se trata de problematizar el trabajo de investigación realizado a través del trabajo de otros investigadores/as que han realizado estudios similares, valorando los resultados equivalentes encontrados y repensando críticamente como dialogan con los resultados de nuestra investigación. El trabajo de autores/as como Juan Blanco (2012), Bakea Alonso (2022), Gabriela Rotondi (2000), Virginia Romero-Plana (2019), Marcus Herz (2014), Ric Bowl (1985), Alastair Christie (2001), Keith Pringle (1995), Kate Cavanagh y Vivienne E. Cree (2002a) o Timothy Nonn (1995), entre otros, nos han enfrentado a preguntas como: ¿qué similitudes y diferencias encontramos en los resultados de nuestro estudio con los demás estudios?, ¿qué respuesta podemos dar desde nuestro estudio a sus resultados?, ¿qué puntos de luz y puntos de oscuridad encontramos en sus estudios y cuáles encontramos en nuestra investigación?, ¿qué preguntas sin respuesta desde los distintos estudios podemos dar respuesta desde el nuestro y viceversa?

2. Credibilidad: entendida la misma como la construcción de una información que es reconocida como verdadera por los mismos informantes que han participado en la recogida de la información (Castillo y Vásquez, 2003). Para abordar la revisión de los resultados me he preguntado: ¿los resultados serían entendibles por los hombres usuarios?, ¿verían reconocida la información explicitada?, ¿les sería útil para entender mejor su situación?, ¿qué vacíos encontrarían si pensamos en la utilidad y el reconocimiento de la información por parte de las y los mismos informantes? Además, esta cuestión conecta con la respuesta de los propios hombres usuarios cuando, después de las entrevistas, de manera informal, se conversaba con ellos sobre los resultados que se iban identificando, ya que por su parte había curiosidad, validando con su feedback la conexión de los resultados que se iban dando con los propios hombres usuarios.
3. Confirmabilidad: se trata de repensar la praxis metodológica y los resultados desde una mirada que permita auditar internamente o auto-evaluar el rigor metodológico utilizado. Preguntas como: ¿qué puntos de luz y puntos de oscuridad posee nuestra investigación?, ¿qué fuentes pueden aportar información que no se contemplan en la investigación?, ¿qué dificultades plantea la información recabada por la posición epistémica de cada fuente?
4. Transferibilidad o aplicabilidad: implica repensar si los resultados extraídos de la población recabada pueden ser extrapolables a otros perfiles de población. Preguntas como: ¿qué papel posee la identidad masculina de los hombres usuarios en la construcción de la masculinidad hegemónica?, ¿es la realidad de los hombres usuarios extrapolable a la realidad de otros hombres?, ¿de qué forma?, ¿en qué sentido?

PARTE II

MARCO TEÓRICO

CAPÍTULO 2. DIBUJANDO EL CONTEXTO. LOS PROCESOS ASISTENCIALES Y EL MARCO INSTITUCIONAL DE LA ATENCIÓN SOCIAL

Créeme estos muros embrujan, primero los odias, luego te acostumbras y al cabo de un tiempo llegas a depender de ellos, eso es institucionalizarse.¹⁷

Todo sucede en algún lugar o en varios a la vez. No existe acción humana sin contexto, sin espacio, sin tierra, adoquines, casas o edificios que habitar, tocar o pisar. En este capítulo contextualizaremos el espacio institucional por donde transitan los hombres usuarios objetos de esta investigación. Depositar la mirada en los recursos de protección social como contexto a investigar nos aproxima a un modelo de hombre que, al vivir ciertas problemáticas o dificultades, ha buscado un soporte institucional que le aporte protección, y con ello, una mejora de la calidad de vida frente a su situación actual.

Así pues, en este capítulo primero definiremos qué son los procesos asistenciales como práctica humana delegada a las instituciones de atención social, situando dentro de las redes de apoyo que se configuran alrededor de los hombres el lugar que ocupan los recursos de protección social institucional. En este sentido, pondremos la mirada en cómo cualquier sociedad, cultura o colectivo humano atiende sus problemas y se preocupa por las situaciones de crisis que pueden venir sobrevenidas a las personas. Sus formas de actuación, la oferta y la demanda de la atención sobre los problemas, ya sean sociales o personales, se construye colectivamente como una cuestión coyuntural en cualquier grupo humano.

Seguidamente, nos situaremos tras el concepto de *protección* en tanto que la finalidad de los soportes asistenciales implica brindar protecciones y herramientas tras la finalidad de ofrecer un marco de seguridad suficiente para conseguir desarrollarse de forma efectiva en sociedad. Un concepto que nos hará caminar hacia a la idea de *devenir protegido* como propósito final de la atención social institucional. El por qué transitar los recursos de protección social, qué son, cómo nos reconocemos en ellos, los definimos y

¹⁷ Cita del personaje Ellis Redding (Morgan Freeman) en la película *Cadena Perpetua*, el cual vencido por el suicidio de un amigo le relata a su amigo Andy (Tim Robbins) la dependencia que crea la institucionalización, en este caso la penitenciaria, sobre los sujetos que viven en ella.

Darabont, Frank (Director). (1994). *Cadena Perpetua* [Película]. Castle Rock Entertainment.

qué procesos normativos, estructurantes y disciplinarios se dan desde los propios recursos aparecerá en el relato de los hombres usuarios, siendo el contexto de la atención social uno de los principales espacios donde se trabajará por un devenir protegido que aleje a las personas de los riesgos que se puedan dar al vivir en sociedad.

Una vez contextualizado a nivel teórico el marco institucional de la atención social emplazaré la narración en la red de recursos de protección social de la Comunidad Valenciana, siendo el espacio concreto por el que transitan los hombres usuarios investigados tras la búsqueda de soporte y atención social. No podemos obviar que el espacio nos conforma, nos compone y nos adiestra siendo en él donde se da la acción y se estructura la vida. Sin embargo, dichos espacios no están exentos de estructura, exentos de normatividades y marcos disciplinarios procedentes de los macro-sistemas que nos envuelven, como es el sistema patriarcal. De esta forma, definiré los recursos de protección social como un espacio con género, profundizando en esta realidad desde la mirada en la masculinidad, y más concretamente, en el relato del *Working With Men* o trabajo con hombres desde la atención social.

Finalmente, ubicaré el objeto de estudio de la investigación (los hombres usuarios) dentro de los procesos de transformación que se impulsan desde la red de recursos de protección social institucional. Así pues, definiré el tránsito de los hombres por los recursos de protección social como una *masculinidad nómada*, siendo la misma una masculinidad que buscará ser impulsada, no solamente a transitar físicamente por un contexto espacial fuertemente burocratizado y múltiple, sino también a transitar de forma identitaria a través de las propuestas de cambio que las y los profesionales pueden ir dando a los hombres en cada una de sus atenciones, una amalgama de orientaciones que no están exentas de procesos disciplinarios y normativos que buscarán modificar la subjetividad de las personas atendidas.

2.1 Qué son los procesos asistenciales

Para resolver un problema es necesario atenderlo teniendo en consideración la experiencia colectiva, en tanto que cualquier problema emerge y transita por el contexto en el que vivimos e incide en las relaciones sociales que generamos en sociedad. Si vamos a depositar la mirada en cómo socialmente enfrentamos los problemas personales y estructurales que nos acompañan, debemos tener en cuenta que es en el espacio social donde se emprende su resolución, ya sea en el contexto familiar, comunitario o institucional, siendo normalmente una confluencia de varios contextos a la vez (Daly y Lewis, 2000; Martín-Palomo y Muñoz-Terrón, 2015; Moreno, 2002b; Vega-Solís y Martínez-Buján, 2017; Zubero, 2017). En este sentido, cómo resolvemos los problemas no tiene por qué darse únicamente desde las instituciones estatales, ni ser solamente una cuestión de responsabilidad individual o familiar, ya que para resolver cualquier conflicto se generan redes de solidaridad social que nos aportarán herramientas para mejorar la situación dada, y, a la vez, la filiación a un territorio nos aporta un contexto institucional que pone a nuestra disposición formas de atender tales necesidades (Castel, 2015; Meil, 2011; Moreno, 2000).

Para entender las conexiones que se dan tras el contexto institucional de la atención social, en esta investigación, he tomado la decisión teórica de situarme tras el concepto *proceso asistencial*, entendido el mismo como el conjunto de prácticas o acciones que se desarrollan para la resolución de ciertas crisis, problemas sociales y/o personales (Comelles, 2000). Este concepto nos sirve para dibujar un abordaje social compartido tras el que se busca resolver ciertas problemáticas tanto a nivel personal, familiar, comunitario como institucional, dibujando dos contextos, informal y profesional, que se conectan tras la petición de ayuda en los hombres usuarios que hemos investigado.

Indagar en el conjunto de instancias que envuelven al proceso asistencial conlleva reflexionar sobre un juego de necesidades, actuaciones e intereses que se dan en el mismo proceso de atención, ayuda y/o apoyo, apareciendo unas formas adaptativas a la hora de actuar, pedir, prestar y recibir ayuda. Esta realidad hace que todo proceso asistencial nos predispone frente a dos planos o niveles axiomáticos, distinguiendo: (1) el *plano ideológico* donde se da un juego de valores, representaciones y actitudes hacia quien pide y quien ofrece la ayuda, y, (2) el *plano de la praxis* el cual hace referencia al conjunto de

actuaciones y comportamientos de los distintos sujetos, los cuales actúan desde el pragmatismo para conseguir/permitir ser aceptado en las instancias institucionales o personales que pueden llevarles a resolver el problema (Comelles, 1989). Parece obvio que si yo conozco qué esperan de mí y actúo según qué valores y formas son acordes al contexto, será más efectivo desarrollar actuaciones aceptadas y normalizadas, no penalizadas, frente al contexto de ayuda al cual se le va a requerir apoyo. Estos dos factores que identifica Comelles en los procesos asistenciales (el plano ideológico y el plano de la praxis) son indivisibles, funcionan a la vez, conectados paralelamente. Tener presente su distinción nos ayuda a entender el orden de la intencionalidad, las formas de estructurar la acción y los marcos emocionales que se pueden configurar alrededor de la petición de ayuda.

A pesar de esto, si echamos la mirada atrás en el tiempo, el soporte desde las instituciones adquirirá en nuestro territorio el nombre de *asistencia* albergando una cierta ambigüedad tras su definición. Esta falta de concreción viene dada por la herencia de moral cristiana de la que se deriva el concepto, tras la cual el pecado, la enfermedad o la pobreza serán entendidos como inevitables, convirtiéndose la acción por parte de las instituciones como un marco de restitución moral para quien ofrece el ayuda y no tanto para prevenir o evitar que vuelva a suceder lo que ha llevado a la persona a la necesidad de apoyo social (Bonel, 2021; Comelles, 1989). Por suerte esta realidad se ha venido reformulando en el tiempo. Sin embargo, después de un largo recorrido problematizando desde el campo profesional y académico la conexión entre ideología y deontología en los procesos de atención social, podemos afirmar que no existe proceso de ayuda sin marco ideológico que organice la intencionalidad de la acción. Es decir, no existe una neutralidad política o axiomática que vacíe de ideología el contexto, y con ello, las formas de actuar por parte de las personas que participan en la resolución del problema. Este proceso no podemos obviarlo en tanto que será lo que marcará muchos de los criterios o condiciones legislativas y subjetivas para que el sujeto sea considerado como *asistible*. De este modo, esto quiere decir que el marco ideológico que envuelve al proceso asistencial será el que justificará la acción de asistir y ser asistido, haciendo que el sujeto deba padecer una cierta situación para recibir soporte, y, a la vez, ser merecedor de la asistencia (Parajuá y Ávila, 2015; Sales, 2014; Wacquant, 2010). Análogamente, la ayuda o el apoyo ofertado será desarrollado de una cierta forma y no de otra, siempre según los

márgenes ideológicos que en el contexto de asistencia se configuren (Castel, 1997). Ante esta deriva Comelles (2000) distinguirá el *proceso asistencial* de:

- el *complejo asistencial* entendido como el conjunto de posibilidades y opciones de ayuda aceptadas socialmente que existen y sobre las que puede elegir el sujeto a nivel social e institucional; y
- los *dispositivos asistenciales* los cuales hacen referencia a las instituciones formales y, con ello, las profesionales y especialistas que se convierten en mediadores, orientadores y directores entre las realidades micro-sociales y macro-sociales que se producen alrededor de los problemas personales, entendiendo el papel de la institución y las profesionales como gestores de la resolución del problema.

Mientras que los procesos asistenciales y el complejo asistencial harán referencia a las opciones (redes de apoyo familiar, personal e institucional), la propia práctica y al reconocimiento de la misma, los dispositivos asistenciales se caracterizan por ser la parte institucional de la ayuda social, convirtiéndose los recursos de protección en medios de transmisión de la mirada social y política que emana del sistema de Estado. A través del marco ideológico en el que quede envuelto el proceso asistencial, la atención social convertirá a las personas profesionales en actores participantes en la función de control social institucional, alimentando, dibujando y reproduciendo muchos de los códigos que configuran el propio sistema. De esta forma, los dispositivos asistenciales, por una parte, conectarán con los intereses y expectativas de las personas atendidas y, a la vez, transmitirán de forma consciente e inconsciente la significación ideológica que del propio dispositivo se deriva, proyectando los márgenes hegemónicos que la institución establece para la sociedad.

Dentro del *complejo asistencial* encontramos los marcos de actuación, entendidos también como las opciones de ayuda social institucionalmente aceptadas. Si centramos la mirada en dónde se desarrolla la atención social institucional se nos dibuja un itinerario construido a partir de recursos técnicos y profesionales, pero también, se nos aparece una realidad cargada de patrones emocionales, sociales y culturales que emanarán de los procesos subjetivos que poseen los grupos sociales implicados, tanto en el soporte como en la petición de ayuda. Esto quiere decir que allá donde se construya el proceso asistencial habrá unas formas de pensar lo que va a suceder, unas expectativas subjetivas que se darán a partir del modo de entender cómo o de qué manera se debe resolver el

problema, tanto por parte de las profesionales como de las personas usuarias. Además, como vamos viendo, cuando hablamos del proceso asistencial no hacemos únicamente referencia a las prácticas profesionales e instituciones específicas para la resolución de las problemáticas sociales. Los procesos asistenciales van más allá, configurándose un espacio de prácticas mucho más amplio que quedará envuelto por todos los recursos, las personas y los espacios existentes dentro la red personal del sujeto que han sido movilizados para la resolución del problema. En este sentido, debemos entender que los procesos asistenciales emergen de lo micro, desde la decisión del individuo o grupo humano por resolver la situación o desavenencia. Son experiencias de apoyo mutuo que se activan desde las redes de apoyo personal y familiar, desde el común (Vega-Solís y Martínez-Buján, 2017; Zubero, 2017), las cuales, tras los saberes sentí-pensantes previos al conflicto, producen formas de actuación desde donde solventar aquello que sucede, siendo uno de los saberes el conocimiento de la existencia de las distintas redes de apoyo institucional. Además, las experiencias previas de ayuda que se hayan construido colectivamente marcarán el camino de los sujetos hacia una combinación de prácticas que requerirán ciertas habilidades, saberes y capacidades, las cuales tendrán que haber sido adquiridas y/o aprendidas anteriormente. Podríamos hablar de saberes populares que posteriormente son aplicados para resolver los problemas de la comunidad (Comelles, 2000).

Desde la profesionalización de la atención social estos saberes serán introducidos en las prácticas de los dispositivos formales e institucionales, las propias profesionales se relacionarán con ellos y vigilarán estos saberes y procesos que se derivan de los mismos. De esta forma, los procesos asistenciales se configurarán en el contexto y el grupo social donde el individuo habita, siendo este el punto de referencia desde donde se adquieren los conocimientos para pensar, articular y resolver el proceso planteado. Hacer visible el proceso asistencial desde este lugar, desde los saberes y prácticas que ya se dan a nivel social o comunitario: (1) nos aleja del prejuicio tras el cual los dispositivos institucionales poseen el monopolio del conocimiento; (2) nos permite hacer visible el cómo las personas activan procesos asistenciales incluso antes de ponerse en manos de las personas profesionales de la atención social (“prácticas de supervivencia” como dicen coloquialmente las profesionales); y (3) evidencia que los procesos asistenciales se pueden activar de forma múltiple y diversa, de manera simultánea durante los procesos de atención social institucional, generándose procesos confluyentes y/o paralelos (dentro

y fuera del marco institucional), pudiendo aparecer procesos asistenciales en la familia y/o la comunidad y, al mismo tiempo, procesos asistenciales formales desde los recursos de atención social institucional. No tener en cuenta esto puede conllevar no comprender muchas de las prácticas y dinámicas que desarrollan las personas usuarias que transitan por los recursos de atención social. De este modo, optar por el concepto de proceso asistencial y no por el concepto de ayuda, apoyo o intervención social es una elección consciente en la investigación, tras la finalidad de poner en énfasis la configuración de prácticas de vida o prácticas de supervivencia de las personas usuarias, las cuales se dan desde lo individual, lo familiar, lo personal, lo comunitario y lo social, y que, a la vez, confluyen con las orientaciones de las profesionales que las y los atienden desde los propios recursos institucionales.

Así pues, depositar la mirada en los procesos asistenciales nos aporta una doble perspectiva que nos obliga a tener presentes las prácticas de los hombres usuarios objeto de este estudio y, también, las prácticas hacia los hombres que son desarrolladas a nivel comunitario, social, profesional e institucional. Cabe añadir que dicho posicionamiento teórico es una forma de repensar, incluso cuestionar, el concepto de intervención social en tanto que intervenir sobre algo o sobre alguien implica inmiscuirse en la vida de un sujeto desde una posición de poder y de saber, la cual debe dar respuesta a los problemas de los demás desde un cierto *autóritas*. En este sentido, a pesar de las críticas que se derivan de la palabra asistencia, concepto vinculado a prácticas caritativas con ciertas connotaciones morales e ideológicas, el concepto proceso asistencial no cierra la mirada y se abre a la existencia de otras formas de resolución de los conflictos que pueden o no confluir desde la posición profesional. Un concepto que nos es útil para situarnos en otro lugar desde donde dibujar el contexto y observar los procesos de los hombres que transitan por los recursos como usuarios. Un lugar que rompe la centralidad de la mirada del saber profesional institucionalizado sin descartarlo ni anularle el papel central que posee, el cual no lo acoge como el único, aunque dialoguemos continuamente con y sobre el mismo.

Las prácticas profesionales de la atención social en el proceso asistencial

Como advierte François Dubet (2006) la vocación es uno de los grandes motores que sustentan muchas de las profesiones que se dedican a dar apoyo, acompañamiento o ayuda a otras personas. El sentimiento de disconformidad ante los problemas sociales se convierte en motor de cambio para actuar, emergiendo, tras este paradigma, gran parte de las profesiones de lo social. Sin embargo, el mismo sentimiento de disconformidad puede generar un carácter crítico e inmovilista en las personas profesionales, si las propias instituciones alimentan o mantienen con sus acciones el problema social que se quiere erradicar. De este modo, a pesar de que las políticas de bienestar social, y con ello, los recursos y las prácticas profesionales que las acompañan, estén pensadas como una malla de seguridad para aplacar los contratiempos y los vaivenes que la vida pueda darnos (Castel, 2015; Moreno, 2002b), emergerá en el proceso asistencial institucional otra forma de intencionalidad tras estrategias de control, mantenimiento y acomodación del *statu quo*, generando un marco emocional en constante contradicción en las personas que trabajan en los recursos destinados a la protección social.

De este modo, el cómo nos reconocemos como profesionales y cómo reconocemos al otro/a que atendemos profesionalmente se convierte en un factor que no podemos pasar por alto en esta investigación de tesis doctoral, en tanto que el tránsito de los hombres usuarios por los recursos de protección social se da de la mano de profesionales que orientan y acompañan, pero que, también criban y utilizan criterios de inclusión y exclusión en los mismos procesos, habiendo una realidad relacional subjetiva y vertical que hay que tener en cuenta tras la relación usuario-profesional (Ávila et al., 2019). Desde este lugar, la identidad profesional se sitúa en el centro configurando un sentimiento común de pertenencia frente a unas formas de acción, en nuestro caso como profesionales de lo social (Dubar, 2002; Dubet, 2006). Las formas de participar y habitar el espacio de la atención social generan en las y los profesionales un modo de reconocerse, diferenciarse y auto-percibirse, una forma deformada de identificarse a ellos mismos como profesionales. No obstante, esta forma de autopercepción es una cuestión móvil en tanto que la identidad profesional, también en las profesiones de lo social, se irá reformulando según el momento histórico, social y político que les haya tocado vivir, reescribiendo las mismas prácticas y, con ello, las formas de referenciarse y repensarse

como profesionales, modificando en cada momento la mirada ética y deontológica hacia las prácticas a desarrollar.

A lo largo de los años, el cuestionamiento y el repensar la práctica profesional, acogerá en su seno nuevas formas de concebir la atención social, abriendo un espacio de debate crítico que modificará el cómo asistir profesionalmente a las y los usuarios/as que acuden buscando ser asistidos/as por los soportes institucionales (Bonel, 2021; Casado y Fantova, 2007). De esta forma, la práctica profesional se ha ido redefiniendo pudiendo identificar un relato genealógico de los procesos de cambio que se han dado en y desde la atención social (Ávila et al., 2019; Castel, 1997; Donzelot, 1979), advirtiendo que en la actualidad toda práctica profesional pivota entre dos grandes ejes:

- Uno de *control social* entendido como la intencionalidad de las políticas públicas de bienestar social para el mantenimiento y la adaptación de los sujetos al *statu quo* y el mantenimiento de la paz social; y
- Otro de *transformación social* entendiendo la práctica profesional, los recursos y las políticas públicas como espacios de posibilidad, protección, cuidados, acompañamiento y transformación tras la finalidad de conseguir que cualquier vida sea dignamente vivible.

Este binomio conservador-transformador (Lera, 2016) llevará al campo profesional de la atención social a enfrentarse a un debate continuado alrededor de los conceptos de asistencia social e intervención social, buscando acotar el quehacer profesional desde una mirada ética y deontológica (Bonel, 2021; Gil Parejo, 2004).

Otra cuestión que dibuja los cambios que se han venido aconteciendo ha venido dada por el continuo quehacer de las ciencias sociales, el cual nos ha ayudado a identificar nuevas desigualdades estructurales y procesos de discriminación, ofreciendo una mirada más amplia de las necesidades, las problemáticas sociales, las causas y las consecuencias ante las distintas problemáticas sociales. El relato académico y sus continuos debates han aportado una mayor conciencia, visibilidad y reflexión sobre distintos problemas de actualidad como los problemas de vivienda, de tránsito humano migrante, las dificultades de abastecimiento energético, las dificultades para encontrar un trabajo digno o la soberanía alimentaria entre otros. La reflexión profesional, desde su mirada científica, constituye hoy en día una nueva base para comprender la dirección hacia donde deben

dirigirse los procesos asistenciales institucionales. En este sentido, cabe tener presente los cambios que se vienen dando, en tanto que pueden conllevar un aumento de las desigualdades, pero, más importante todavía, cabe tener presente cómo ciertos marcos ideológicos penetran pudiendo llevarnos a una verdadera crisis en nuestra subjetividad e identidad humana. Ante esto Dubet (2015, 2020) nos advierte que vivimos, no solamente una crisis identitaria, sino también una crisis de solidaridad, produciendo cada vez más un cuestionamiento y un rechazo a los soportes institucionales, llegándose a aceptar procesos de desigualdad que antes no eran percibidos y que, ahora, estando presentes, no queremos enfrentarlos de forma global con la profundidad que los procesos reclaman.

Así pues, vivir una crisis ideológica de solidaridad puede llevar a producir el no entender la necesidad de los recursos de protección social que busquen “apoyar a las personas, grupos, que atraviesan determinadas situaciones y que requieren refuerzos para activar recorridos de respuesta” (Lera, 2016, p. 46). De este modo, el proceso asistencial institucional, a pesar de los debates políticos actuales que apuestan por su desmantelamiento, es la herramienta que tenemos a nivel estatal para dar soporte a toda la ciudadanía, pero, sobre todo, a aquellas personas que tienen carencias y dificultades para encontrar los apoyos necesarios para sobrevenir las dificultades que la vida y la sociedad les enfrenta. Es por esta razón que la práctica profesional se configura en paralelo y de forma correlacional a la vida de las personas, aportando soportes institucionales, jurídicos o recursos profesionales (por ejemplo, atención psicológica), materiales (por ejemplo, las ayudas económicas) o servicios (por ejemplo, el refuerzo escolar en el centro de día para niños/as en posible riesgo de desamparo o desprotección) que el sujeto tenga dificultades para obtener por el o ella misma. Apoyos buscarán cubrir ciertas necesidades básicas o empujarán a encontrar formas de solucionar ciertas problemáticas. Unas formas de dar soporte a aquellas personas que no podrán conseguir por sus propios medios solucionar el problema por el que acuden al recurso.

Análogamente, todo proceso asistencial parte de una necesidad que busca ser cubierta o una problemática de debe ser resuelta, pero también, implica un trabajo de reflexión personal que buscará incidir en el repensar la identidad del sujeto asistido y, con ello, conseguir vislumbrar a la persona atendida el lugar que ocupa en su realidad problemática. Esta parte del proceso asistencial hace referencia a los procesos de orientación, acompañamiento, sensibilización e intervención psicosocial y socioeducativa

con las y los usuarios. De esta forma, podemos diferenciar dos grandes ejes que deben vertebrar todo proceso de atención social: (1) cubrir las necesidades inmediatas identificadas por las cuales la persona que acude pidiendo ayuda; y, (2) producir un cambio personal en el sujeto asistido para intentar que esta realidad o problemática no se vuelva a dar o repetir. En este sentido, cabe anotar que la búsqueda del cambio personal siempre es más compleja de ver y es concebida como menos pragmática, ya que no es medible económicamente, o no tan medible, ya que vehicula la transformación personal con la transformación social desde un cambio de redefinición o replanteamiento identitario en muchos sentidos. De esta forma, la práctica profesional a la que nos referimos no es un simple ofrecimiento de soluciones que aplaquen la necesidad explícita, como si de una bolsa de recursos se tratase la atención social, sino que se trabajará por promover espacios de relación y comunicación positiva que acompañarán a las experiencias y expectativas personales y colectivas tras la finalidad de empoderar a los sujetos ante su vida, y, así, erradicar los problemas que se puedan derivar de ella, impulsando espacios donde las personas puedan aprender y desarrollar de forma autónoma sus derechos de ciudadanía (Autés, 2004; Karsz, 2007).

Así pues, dentro de los procesos asistenciales encontramos unas prácticas profesionales que acompañarán y orientarán a los hombres usuarios tras una doble mirada de control y de transformación social y personal, quedando enmarcadas dentro de un contexto institucional mucho más amplio que es necesario poner en valor. De este modo, la red de recursos de protección social es el contexto desde donde nos hemos acercado a los hombres usuarios que se acercan en busca de protección institucional. Sin embargo, qué significa estar protegido, qué significa que la práctica profesional ofrezca protección social, y más importante, que implica vivir una vida sin protecciones son preguntas que nos aparecen en el centro del relato convirtiéndose el devenir protegido en una cuestión teórica a dibujar.

2.2 Qué significa vivir protegido

Toda persona desde que se levanta por la mañana hasta que se acuesta por la noche se enfrenta a riesgos diversos de muy distinto calado. Por ejemplo, el simple hecho de salir a la calle implica un riesgo u otro dependiendo del lugar donde se habite. No es lo

mismo vivir en Cañada Real que en el barrio de Salamanca de Madrid¹⁸. Los peligros que entraña un barrio de acción preferente como es Cañada Real, el cual los sujetos que no viven allí temen transitarlo, se correlacionan con el bajo nivel socio-económico de las familias que viven en el mismo espacio. Recuerdo una conversación de café entre profesionales donde un trabajador social afirmaba que “las personas que se podían permitir salir de allí lo hacían, por mucha conciencia de barrio que tengan o busquen demostrar”. De esta forma, aunque existen muchas razones por las cuales habitar, migrar o permanecer en un lugar, la sensación de seguridad es uno de los factores más importantes que ponemos encima de la mesa cuando buscamos dónde vivir, y en un mundo neoliberal como el actual, el sentirse protegido, es decir, vivir tranquilos sin ciertos riesgos tiene un alto coste económico.

No obstante, no solamente el lugar que habitamos puede ser un factor de riesgo y/o peligrosidad. Cualquier persona puede padecer en un momento dado un contratiempo que le haga enfrentarse a una situación de riesgo o peligro, una situación que deberá solventar con los recursos que posea al alcance de su mano. Como diría Bourdieu (1986b, 2021), si poseemos en nuestras vidas un capital económico, simbólico, social y cultural privilegiado, cualquier desavenencia que se nos presente será más fácil resolverla, llegando a convertirse en una simple anécdota pasajera en el camino. Recuerdo una conversación con una compañera a la cual le iban a rescindir el contrato laboral. Ella, mientras estudiaba la carrera, se había podido permitir emanciparse a un piso compartido con los aportes económicos que le transferían religiosamente sus padres todos los meses. Una vez finalizada la carrera buscó un trabajo y logró desligarse económicamente de sus padres. Cuando le pregunté preocupado qué iba a hacer, ya que tenía que dejar el piso que habitaba, para mi sorpresa, la conversación fue otra. Había decidido irse de viaje. El trabajo le restaba tiempo para realizar tal actividad y sin él podía permitirse salir del país, ir a conocer mundo. Aquello que más me sorprendió fue la tranquilidad con la que verbalizó “a la vuelta ya veré”. Tiempo después, pensando en esto encontré varias noticias sobre situaciones de personas que perdían el empleo y la vivienda. Cuando trabajas atendiendo a familias en proceso de vulnerabilidad social el desahucio es uno de los más

¹⁸ El barrio de Cañada Real es un barrio de acción preferente situado en la periferia de la ciudad de Madrid donde existen asentamientos chabolistas y es una zona conocida como zona de narcotráfico, la cual posee un alto índice de peligrosidad; el barrio de Salamanca de Madrid es la antítesis del barrio de Cañada Real en tanto que es uno de los barrios de mayor nivel adquisitivo de la ciudad donde se encuentran las tiendas y viviendas de mayor estatus económico.

grandes problemas con los que tenemos que lidiar las personas profesionales. Recuerdo un caso donde la pérdida del trabajo llevó a una mujer y su familia a no poder pagar el alquiler pasando a ocupar la misma vivienda que había arrendado durante años, viviendo tras el miedo que entrañaba el peligro inminente de ser expulsados de la vivienda en cualquier momento. Cuando hablábamos del caso, la compañera que llevaba a esta familia, no dejaba de verbalizar que lo único que necesitaban era tiempo y trabajo para no perder aquello que tenían. Las dos situaciones parten de una realidad similar, la pérdida del empleo y la imposibilidad de seguir en la vivienda propia, sin embargo, se padecen de forma distinta en tanto que el capital cultural, simbólico, económico y social que posea la persona afectada configurará un colchón, un espacio de protección, que no se puede pensar de forma idéntica ante cualquier realidad. Curiosamente, esta cuestión, ya os adelanto que ha sido una constante en el trabajo de investigación realizado. Cuando un hombre te dice “no puedo decirle a nadie lo que me pasa porque están todos igual” una de las cosas que está dibujando es la fragilidad de la red (del capital social) que le envuelve, en tanto que las personas son capaces de dar un soporte real si poseen la capacidad para hacerlo, ya sea económica, social, material o en cuestión de tiempos. Si en una situación precaria las personas no implicadas prestasen ayuda y/o protección sin tener los recursos necesarios, posiblemente estarían asumiendo unos riesgos que podrían ser difíciles de manejar para su propia vida. De esta forma, los riesgos que padecemos, mientras unos los sienten con cierta tranquilidad porque la red de apoyo que poseen puede absorberlos desde una posición acomodada, a los otros los expone a un riesgo inminente, más complejo de resolver, situándolos en las fronteras de la exclusión o de la desafiliación. Llevando a ciertos grupos sociales a transitar más que otros por los recursos de protección social en tanto que su realidad pivotará entre una falta de soportes que les hace vulnerables y el riesgo constante de ser excluidos socialmente.

Sin embargo, qué necesitamos para llegar a un estado de protección suficientemente óptimo para afrontar las desavenencias de la vida de forma autónoma, sin necesidad de apoyo institucional, es una cuestión de difícil respuesta (Ballester, 1999; Bradshaw, 1972; Ife, 1983)¹⁹. Lo que es evidente es que, si no poseemos un capital cultural potente desde

¹⁹ Desde las disciplinas del trabajo social, la educación social o la psicología su busca reconectar a las personas a nivel social y personal, tras el reto de conseguir un cierto grado de protección que les permita ser autónomos en la resolución de las situaciones que se les presenten en sus propias vidas. Para ello muchos investigadores e investigadoras hablan de “necesidad social” como marco teórico para señalar las necesidades mínimas o básicas que deben poseer los sujetos para ser capaces de actuar sin apoyo institucional. Sin embargo, el concepto de necesidad social es un concepto que sigue en debate y discusión

donde demostrar nuestras habilidades y no somos capaces de construir redes de solidaridad y relaciones de apoyo mutuas suficientemente fuertes como para enfrentar las desavenencias que se nos presentan, el poseer un estado de derecho que nos ampare puede ser un parche institucional, pero también puede ser insuficiente si no reforzamos los demás capitales para transitar hacia una vida dignamente vivible. De este modo, ante la decisión de observar a los hombres usuarios desde este marco institucional es necesario entender cómo se da este marco de protección y, con ello, definir qué significa estar protegidos tras esta institución.

Universalidad y selectividad en las ayudas para la protección social

Qué significa estar protegidos, de quién es la obligación de proteger, quiénes son las personas merecedoras de la protección y qué recursos hay que destinar para tales protecciones es un debate, cuanto menos, complejo. Robert Castel (2012) cuando realiza el análisis sobre las dificultades para estar protegidos en la sociedad moderna contemporánea plantea la siguiente reflexión:

¿Hay que defender una concepción de las protecciones con un enfoque *universalista*, que garantice al conjunto de los miembros de una sociedad una cobertura social general, una seguridad social en el sentido fuerte de la palabra? ¿O bien la protección social debe *seleccionar* a sus beneficiarios para dedicarse a hacerse cargo de los individuos y de los grupos que experimentan dificultades particulares, lo que la conduciría, en última instancia, a centrarse en los más desprotegidos? En otros términos, la protección social ¿consiste en dar

(Ballester, 1999; Ife, 1983). Por ejemplo, muchos autores y autoras sitúan el concepto de necesidad social desde la pirámide de Maslow como punto de referencia tras el que identificar qué necesidades básicas se requieren ser cubiertas para que las personas tengan posibilidades ante un desarrollo óptimo (Maslow, 1991). Otros autores/as situarán la necesidad social desde una mirada Keynesiana donde buscarán distinguir las necesidades básicas distinguiendo entre miradas objetivas y deseos (Doyal & Gough, 1994), problematizando la universalidad y singularidad de las necesidades sociales. Otra propuesta es la realizada por Galtung la cual plantea necesidad social como condiciones indispensables para una existencia, las cuales advierte que no hay que confundirlas con las condiciones indispensables para una existencia duradera (Galtung, 1985; Galtung & Wirak, 1976). De la misma forma, Max-Neef (2006) propone otra clasificación basada en la teoría de las necesidades humanas fundamentales, la cual identifica que hay una serie de necesidades humanas que se repiten en todas las culturas y los periodos históricos. Como vemos, a pesar de existir un cierto consenso entre las distintas teorías y planteamientos no termina de establecerse una única propuesta sobre el concepto de necesidad social desde el que partir para el diagnóstico social, exponiendo la diversidad y variabilidad social existente (Chacón-Fuertes, 1989; Díaz-Herráiz & Fernández de Castro, 2013).

a todos las condiciones de acceso a la ciudadanía social o en garantizar una base mínima de recursos para evitar la decadencia completa de las categorías más desfavorecidas de la población? (Castel, 2012, p. 189)

Como anota Manuel Moix (1993) el debate sobre un enfoque *universalista* o un enfoque *selectivo* de las ayudas sociales no es baladí dado que articula un gran número de debates alrededor de la orientación de las políticas públicas de protección social. Dicho debate se ha erigido a partir de dos enfoques aparentemente irreconciliables, sin embargo, la controversia, la intransigencia o la ferocidad del debate posee sus raíces en las formas de pensar la organización social y política, y con ello, el reparto de las transferencias institucionales en la sociedad. De esta forma, cuando hablamos de universalismo hacemos referencia a aquellas ayudas o recursos que son accesibles a todos los ciudadanos, con independencia de su situación económica, su género, su raza o su edad, apostando por liberar a la ciudadanía de ciertas cargas económicas que puedan venir derivadas por la cobertura de las necesidades más básicas para el desarrollo humano y ciudadano (la sanidad o la educación pública son ejemplo de ello)²⁰. Análogamente, en la otra parte del debate encontramos la selectividad entendida como aquellas ayudas o recursos dirigidos únicamente para los grupos sociales más desprotegidos, apostando por un reparto discriminado donde se cribarán las ayudas según criterios estructurales de exclusión para las rentas ciertamente más desacomodadas o en situación de desigualdad o discriminación según su género, etnia, edad, capacidad u orientación sexual.

Como advierten muchos autores y autoras (Castel, 2015; Moix, 2005) el estado del bienestar nace desde la premisa de configurar protecciones de talante universalista para la ciudadanía trabajadora y sus familias, dejando otras realidades de atención a la pobreza a entidades de talante religioso y caritativo. Sin embargo, en los últimos siglos, la atención a la pobreza y la erradicación de las desigualdades dadas por la clase social, el género, la orientación sexual o la etnia se han ido depositando en el centro del debate político evidenciando la necesidad de otro tipo de planteamientos de actuación no caritativistas,

²⁰ William Beveridge, padre teórico de los sistemas de bienestar social europeos, se acogerá a la idea de universalidad de las ayudas a través de lo que él llamará *las cinco libertades*, identificando los cinco males o padecimientos de los que deben los Estados librar a la ciudadanía. Beveridge dirá que el Estado debería descargar de “la necesidad, la enfermedad, la ignorancia, la miseria y la ociosidad” ofreciendo ayudas para toda la ciudadanía por igual, fuera cual fuera su nivel de ingresos, añadiendo que la universalidad liberaría del estigma de la ayuda social a los pobres y ofrecería “pan para todos antes que pastel para algunos” (citado en Moix, 1993).

emergiendo nuevos enfoques y planteamientos sobre la atención social pública que van más allá de tales pretensiones (de Las Heras, 2005; Uceda et al., 2017).

El debate sobre si se requieren políticas públicas de protección social universalistas, para todas y todos, o selectivas, para los grupos sociales más desprotegidos, conforma una elección dicotómica que no es real, aunque se siga esgrimiendo políticamente para desacreditar el relato de las ciencias sociales que evidencia las desigualdades estructurales existentes. Obviamente como sociedad se debe primar la protección para todos sus ciudadanos a ciertos niveles básicos (sanitario, educativo, vivienda, manutención, vestimenta...), como queda recogido en muchos de los textos legislativos constitucionalistas, pero, al mismo tiempo, toda sociedad debe intentar revertir los procesos de desigualdad que el propio orden social y sistema genera, necesitando una mirada política que discrimine a favor de la reducción, y si es posible la erradicación, de las desigualdades que produce el propio sistema social.

Ante esta cuestión no podemos ignorar que, si bien es cierto que las ayudas sociales universalistas se ponen en marcha para impulsar la mano de obra tras la Segunda Guerra Mundial, las ayudas sociales selectivas poseerán la función como dispositivo para el control de la pobreza (Pérez et al., 2019). A esto hay que sumarle que las grandes cargas económicas que supone el revertir las desigualdades estructurales del sistema generará una distinción de los recursos presupuestarios destinados para este fin, es decir, cuando no hay dinero para todas se discrimina más hacia los más necesitados, como justificación y como dispositivo de control social. No obstante, desde las ciencias sociales, principalmente desde aquellas disciplinas con un talante de investigación aplicada, como puede ser el trabajo social o la educación social, se buscará con más o menos acierto generar procesos de cambio que vayan más allá de un asistencialismo caritativo, el cual busca mantener el statu quo, o de prácticas de atención social creadas para el control disciplinario de ciertos grupos poblacionales, buscando transformar la sociedad a través de acciones que incidan en las formas de vivir y sentir de las personas.

De este modo, para el abordaje de unas políticas de bienestar social que se adapten a la realidad socioeconómica de cada momento, incluidas durante y posteriormente a las crisis económicas y sanitaria que hemos venido padeciendo, ha sido necesaria la renegociación del pacto social inicial desde donde emergió el estado del bienestar presente. El sistema de protección social anterior basado en derechos sociales para las y

los trabajadores y sus familias alimentaba la expulsión del sistema de protección de aquellas personas que no lograban entrar como trabajadoras en el sistema productivo (León, 2002). Las diferentes crisis económicas y la necesidad de adaptación ante los avances hacia una coyuntura macroeconómica globalizadora y neoliberal de gran calado han venido produciendo que los sistemas de protección social tengan que redefinir sus bases generando nuevas políticas sociales que se abrirán a una nueva filosofía del bienestar, emergiendo con fuerza el papel de unos Servicios Sociales para todas y todos (Martínez-Martínez et al., 2017; Uceda et al., 2017). La aparición de nuevas políticas públicas dirigidas a la cobertura de necesidades se le sumarán nuevas reclamas ciudadanas de conciliación de la vida familiar, personal y laboral, reclamando ampliarse los derechos sociales universales y, a la vez, el abordaje desde una nueva conciencia ante las desigualdades estructurales y las realidades interseccionales que nos acompañan. A partir de esta realidad se impulsarán nuevos recursos y prácticas profesionales que buscarán afrontar los problemas sociales emergentes que se derivan de situaciones de necesidad, vulnerabilidad o precariedad social. Estas nuevas políticas irán abriendo camino poco a poco, reescribiendo el pacto social tras la búsqueda de una protección y un bienestar ciudadano que ampare no solamente a las personas trabajadoras sino también a aquellos grupos sociales en situación precaria por su posición desigual en la sociedad. Este salto en las políticas públicas impulsará una nueva responsabilidad de Estado la cual se asentará teóricamente tras la búsqueda de hacerse cargo de todas y todos, pudiendo atender de forma diferenciada a aquellos grupos sociales que experimentan situaciones particulares de riesgo por su lugar en la estructura social, y a la vez, de aquellas personas ciudadanas que requieren de mayores coberturas sociales ante las desavenencias en tiempos y vida que se van presentando, configurándose una propuesta dual de políticas públicas universales para toda la ciudadanía y selectivas para la población más oprimida y desprotegida.

Protección civil y protección social: las dos caras de la inseguridad

Los estados del bienestar actuales, como herramienta que organiza la solidaridad institucional obligatoria entre individuos (Moreno, 2000), se enfrentan a una realidad cargada de dificultades. Además de tener que readaptarse a los avances políticos,

científicos y tecnológicos²¹ y a los cambios sociales que se han venido sucediendo desde finales del siglo pasado²², a esto hay que sumarle el aumento de factores de inseguridad que de algún modo son causa de estas transformaciones. Así pues, aunque hablemos de inseguridades como ausencia de protección, debemos situar el contexto del relato en la realidad europea teniendo en cuenta que, en temas de protección, seguridad e inseguridad, los países europeos, en comparación con otras realidades sociales, somos privilegiados por la universalidad y selectividad de las ayudas existentes, con todas las ventajas y defectos que acompañan a esta realidad. Nombro esto en este espacio porque, aunque podamos encontrar conexiones dentro del relato, no podemos desplazar dichos análisis a otras realidades como puede ser Oceanía, Latinoamérica, Estados Unidos, África o Asia en tanto que existen diferencias existenciales importantes sobre cómo se organizan las prácticas de protección social en dichos contextos y, en consecuencia, el análisis de estos contextos debe articularse desde sus particularidades contextuales.

En el marco de los países europeos vivimos sobre una paradoja. La configuración de los estados del bienestar que aportó en su momento la base de una amplia protección para las y los ciudadanos de los distintos países y, a la vez, configuró todo un aparato de seguridad ciudadana, ha entrado en un estado de desconfianza. El relato político de la actualidad viene desde los últimos años alimentando la obsesión por la inseguridad. Temas como la violencia en las calles, la ocupación de vivienda, la drogadicción o los robos son cuestiones que están no solamente en el discurso político de ciertas formaciones, sino que, además, aparecen diariamente en nuestros noticiarios²³. No podemos obviar que el relato de la inseguridad posee un potencial de rédito político que

²¹ Avances en las nuevas tecnologías, los cambios en las normas sexuales o los avances conseguidos por las mujeres a través de la lucha feminista son factores que han venido redefiniendo la sociedad actual y los códigos de funcionamiento a nivel laboral, familiar y personal.

²² Factores como los cambios socio-demográficos dados por el envejecimiento en la pirámide de población, las dificultades de la juventud ante la posibilidad de emancipación o la inmersión de la mujer como sujeto de pleno derecho y presencia en el mercado laboral reformulan el espacio de cuidados, crianza y corresponsabilidad que en otros tiempos venía dado por una división sexual del trabajo cuasi homeostática entre hombres y mujeres. Actualmente estos hechos plantean un reto para la configuración de una ciudadanía plena que sostenga el sistema de protecciones (Esping-Andersen & Palier, 2010).

²³ Existe todo un cambio de discurso que vendrá marcado por la entrada de nuevas formaciones políticas de extrema derecha en el escenario electoralista europeo. Dichas formaciones se alimentan del discurso de la inseguridad (Cascales & Téllez, 2021; Ibáñez-Fanés & Arias, 2017; Jerez & Delle Donne, 2019), configurando una narrativa populista a través de discursos de odio embadurnados de xenofobia, aporafobia, sexismo y machismo los cuales el electorado compra por el sentimiento de inseguridad e incapacidad ante la imposibilidad de control en sus vidas y sus territorios.

ha hecho variar a nivel electoral la línea política de países y gobernantes²⁴. De este modo, inseguridad no siempre es ausencia de protección, y aunque las protecciones existan, la sensación de incapacidad para ser protegidos produce un estado emocional de fragilidad en constante amenaza, configurando el miedo a perder o a que no sean efectivas las protecciones presentes.

La idea de seguridad es una idea problemática. La sensación de seguridad depende del contexto, de las condiciones personales, sociales, políticas e históricas que favorezcan o perjudiquen el poderse sentir protegido o no. La sensación de inseguridad es la suma de la percepción de los riesgos que nos rodean y la incapacidad de responder ante ellos, ya sean los nuevos riesgos que aparecen²⁵, los riesgos de siempre²⁶ o el temido riesgo a ser excluido socialmente²⁷. De esta forma, autores como Castel (2008) advierten de la necesidad de descomponer teóricamente, siempre con mucha cautela, el sentimiento generalizado de inseguridad que nos dibujan, aprendiendo a distinguir entre *inseguridad civil* e *inseguridad social*. Una forma distinguir riesgos sociales que, aunque se vivan bajo una misma realidad, responden a prácticas y consecuencias distintas. Entender sus diferencias nos ayudará a entender con mayor claridad qué significa estar y/o sentirse protegido.

Primero cabe identificar que cuando hablamos de *inseguridad civil* hacemos referencia a aquellos problemas que causa la delincuencia, es decir, se podría resumir definiéndolo como el riesgo de que se ejerza violencia contra las personas y sus bienes. Las agresiones físicas y/o psicológicas, que nos hieran o nos golpeen, que nos roben, que seamos víctimas de violencia sexual, que nos secuestren o rapten... son situaciones que, ante la posibilidad continuada de padecimiento, generan un estado emocional de inseguridad en las personas. Para luchar contra este tipo de inseguridades la institución estatal se articula desde lo que se conoce como el Estado de Derecho, tras el cual se

²⁴ Países como Francia o Dinamarca han optado por este relato de la inseguridad social como herramienta de rédito electoral dando un giro de discurso, incluso de orientación política en el país.

²⁵ Como puede ser el coronavirus, los problemas ecológicos, entre otras muchas cuestiones.

²⁶ El miedo a ser agredido en la calle, a ser raptado, ser víctima de terrorismo, víctima de un tiroteo, etcétera.

²⁷ Ya sea por perder el empleo, por una catástrofe natural que destroza el propio hábitat o por una situación de riesgo sanitario de contraer una enfermedad que impida seguir desarrollándose como persona plena.

reglamenta la obligación del Estado para preservar la paz social, siendo la institución quien posee el principal monopolio del uso legítimo de la violencia y la lucha contra la inseguridad. Parece obvio que, si la violencia aumenta, con ella aumenta la sensación de no estar suficientemente protegidos. Sin embargo, no debemos confundir inseguridad civil, entendido como la sensación de no estar suficientemente protegidos de las violencias que nos rodean, con inseguridad social.

La *inseguridad social* implica “estar a la merced del más mínimo azar de la existencia” (Castel, 2008, p. 19), es decir, que cualquier imprevisto o problema, ya sea por enfermedad, accidente o desempleo, pueda poner en jaque la vida de la persona o de la familia que lo padecen. De esta forma, mientras que la inseguridad civil hace referencia al riesgo de padecer una agresión externa violenta generada por una o más personas, la inseguridad social es el sentimiento constante de riesgo y el padecimiento de no tener posibilidades y recursos suficientes para afrontar los imprevistos a los que nos enfrenta la vida. Es el temor a no ser capaces de dar cobertura a las necesidades básicas que necesitamos para subsistir. De este modo, nos situamos en un factor que hace referencia principalmente a aquellas personas o familias que “viven al día”, es decir, con lo que consiguen en un mismo día con su trabajo, normalmente precario, o sus prácticas de economía sumergida cotidianas con las cuales van cubriendo las necesidades más básicas, teniendo poca o ninguna capacidad de maniobra en sus propias vidas.

Estar a la merced de que no suceda nada malo, no saber qué nos deparará el mañana, no tener la capacidad de satisfacer deseos e incluso, a veces, las necesidades propias o familiares, generará una angustia continuada en el sujeto que lo padece. Un sentimiento de imposibilidad de ascenso social, de cambio o progreso que recordarán al sujeto las dificultades y el riesgo al descenso social que posee de forma constante. Esta realidad es un factor que podemos encontrarlo en todas las sociedades el cual se da por un reparto desigual del capital cultural, económico, simbólico y material (Bourdieu, 1986b, 2021). De este modo, mientras que la protección ante la inseguridad civil está reglamentada en el Estado de Derecho, la función del Estado para proteger a la ciudadanía de la inseguridad social quedará reglamentada en el marco legislativo conocido como el Estado Social, el cual aparece o empieza a desarrollarse en varios países europeos a finales del siglo pasado después de la Segunda Guerra Mundial. La principal función del Estado Social es vencer la inseguridad social reduciendo los riesgos que generan cierto tipo de

situaciones sociales y/o personales, y a la vez, la propia sociedad. En consecuencia, ambos marcos de inseguridad y riesgo, la inseguridad civil y la inseguridad social, afectarán directamente a la subjetividad de las personas que lo padezcan en su día a día, siendo importante el estar y/o sentirse protegido, porque dichas protecciones favorecen un estado emocional de seguridad que permite decidir, elegir, y con ello, no verse sometido a cualquier realidad laboral o personal precarizante y esclava para sobrevivir.

Devenir protegido: definiendo el lugar que ocupar

Devenir protegido implica albergar o llegar a quedar envuelto por un contexto que ofrezca suficiente sostén como para alejarnos de aquellos obstáculos personales, emocionales y estructurales que impidan el propio desarrollo. Esto se consigue a través de adquirir una calidad de vida suficiente que posibilite poder actuar de forma libre. En este caso utilizo el concepto devenir para remarcar que el estar protegido no se trata de un marco estático que siempre está en el mismo lugar, sino que se trata de un proceso cambiante que se configura en relación con las fluctuaciones a las que el riesgo nos enfrenta, siendo un lugar que variará de forma continua y sobre el cual toda persona nos vamos readaptando. Para conseguir este devenir necesitamos poseer un contexto que nos permita y ayude a adquirir una serie de capacidades, habilidades instrumentales y habilidades sociales, así como una serie de soportes que si, llegado el momento no los poseemos, nos situaríamos a ante un mayor temor y/o sentimiento de desprotección, riesgo o peligro, siendo la incapacidad para desarrollarse y la incapacidad de ser ayudado dos de los factores más importantes que producen imposibilidad de cambio, en tanto que, vivir en riesgo produce que, consciente e inconscientemente, aumenten los obstáculos en la propia vida.

Muchos investigadores e investigadoras, desde la sociología, la filosofía, la economía o la antropología, ya habían situado su mirada sobre los riesgos como marco conceptual, coyuntural o punto de análisis (Beck, 2013; Douglas, 1996; Fabiani y Theys, 1987; Giddens, 1995; Luhmann, 2006). Dichos estudios advierten de la estrecha relación entre riesgo y cultura, en cómo la vivencia del riesgo permea nuestras formas de ser, de pensar y actuar. Esto significa que, cuando evaluamos el riesgo y nos disponemos a

enfrentarlo, no se trata de una cuestión únicamente individual, sino que viene permeada socialmente, en tanto que uno se comporta tal y como espera el grupo que lo haga, en referencia a tal como ha sido socializado (Luhmann, 2006), y, en consecuencia, la aceptabilidad del riesgo posee un fuerte componente social y cultural (Douglas, 1996), pensando y organizando nuestras vidas según los riesgos que nos acompañan, advirtiendo que las formas de enfrentar el riesgo también son una construcción social.

Ante esta cuestión, definir el concepto riesgo no es una cuestión sencilla, y más todavía, cuando depositamos nuestra mirada en personas que transitan por procesos de vulnerabilidad social y/o exclusión. Como diría Luhmann (2006) la complejidad de situar un factor como punto de observación social ya permea lo que vamos a observar y, a la vez, si no lo tenemos en cuenta, no deja de formar parte del objeto a investigar. De esta forma, definir una realidad social por el riesgo implica distinguir un otro posible o, dicho de otro modo, identificar el riesgo como una constante coyuntural al sujeto conlleva la existencia de otra posibilidad sin riesgo para las vidas que estamos observando. Por esta razón Luhmann (2006) reflexionará sobre el riesgo como una forma de observar la realidad social situando dicho concepto entre dos realidades dicotómicamente establecidas: la seguridad y el peligro. Primeramente Luhmann (2006) dirá que el riesgo es un anhelo de seguridad y control frente a lo imprevisto y dañino que puede ocurrir o suceder. Sentirse seguro implica estar libre de cargas emocionales que obstaculizan la acción e impiden controlar lo imprevisible. Como diría Foucault (1999) la relación entre la acción y el azar incidirá en la configuración de las formas de ser, pensar y sentir y, en este sentido, harán mella en las formas de afrontar la realidad de los sujetos. Luhmann (2006), a la vez, definirá el riesgo como la antesala del peligro, entendiendo el mismo como el momento previo o anterior al posible daño, siendo la inminencia al daño la frontera con el peligro. Como vemos, el riesgo implica un amplio espectro de situaciones, unas veces objetivas, otras subjetivas, que transitan desde la inseguridad hasta el peligro inminente. De este modo, toda persona vivirá el riesgo con mayor o menor medida y, a la vez, lo sentirá de forma diferente según su propia realidad, “no existiendo ninguna conducta libre de riesgo” (Luhmann, 2006, p. 74). En este sentido, emerge ante nosotras una condición psicosocial que permeará nuestras decisiones e incidirá en la acción, siendo un factor que modulará las decisiones, la subjetividad y en definitiva las formas de sentir, pensar y actuar. Así pues, en esta investigación partiremos de definir el riesgo como aquel lugar en el que nos situamos entre la seguridad y el peligro, entendiendo la seguridad

como aquel espacio de aceptable desarrollo de menor riesgo y el peligro como la antesala de la imposibilidad y del daño, siendo identificado el mismo como un mayor riesgo. Unas fronteras que, dependiendo a qué polo nos acerquemos, modificarán nuestras formas de vivir, actuar y sentir, lo cual, ante un mayor riesgo dificultará nuestro florecer, favorecerá la subordinación y hará de nuestra existencia una vida menos dignamente vivible, la cual seguramente conllevará una necesidad de apoyo o atención social, y con ello, un devenir protegido más fuerte.

Para organizar esta idea de devenir protegido me posicionaré tras la noción de capital de Pierre Bourdieu (1986b, 2008, 2014, 2015, 2021) y las consecuencias que producen la acumulación de sus efectos. Cuando Bourdieu plantea el concepto capital lo hace desde la metáfora marxista del trabajo acumulado. Sin embargo, Bourdieu amplía el concepto marxista de capital abriendo los efectos de la acumulación a otros campos sociales, advirtiéndolo que existen cuatro formas de capital: capital económico, capital social, capital cultural y capital simbólico. De este modo, cuando conectamos este concepto sobre la vida de cualquier sujeto hacemos referencia a las posibilidades para desarrollarnos y ser ayudados a través de nuestra condición de trabajador remunerado, pero también se trata de todas aquellas posibilidades para desarrollarnos y ser ayudados que aportan nuestras relaciones interpersonales, familiares, nuestra educación, nuestra estética, nuestro reconocimiento, incluso, aquello que con el trabajo de los que nos precedieron heredamos material y simbólicamente. De esta forma, el concepto capital establece aquellas acumulaciones encarnadas, objetivas y subjetivas, que nos ayudan a manejarnos de forma más segura en el mundo en el que vivimos, reduciendo o posibilitando enfrentar los obstáculos que se nos podrían presentar en la vida. Es aquello que nos aporta seguridad para permitirnos hacer posible lo imposible.

Sin embargo, como anota Bourdieu (1986b), las teorías liberales y neoliberales han ejercido una fuerte presencia produciendo que el capital económico terminase como valor humano superior por encima de otras formas de capital. La capacidad del sujeto para ser autosuficiente se anudará semánticamente a la capacidad de producir economía, y con ello, se ancla el sujeto a un mundo del trabajo conectado a la remuneración económica. Como veremos, muchos de los autores y autoras que reflexionan sobre la protección social plantean que el factor central para sentirse protegido es el tener trabajo (Bauman, 2005; Castel, 1997; Sen, 2000b). No obstante, a pesar de que el tener trabajo

puede facilitar muchos de los procesos de vida en los que nos vemos envueltos, el tener trabajo es la herramienta no el factor que el sujeto necesita desarrollar para sentirse protegido. Por ejemplo, ante esta dialéctica, conceptos como la autosuficiencia, así como la capacidad de tener autonomía, se convierten en conceptos vinculados a la no necesidad de protección social. Sin embargo, la autosuficiencia y la autonomía se construyen más allá del tener o no tener trabajo en tanto que conseguir ser autosuficiente o autónomo también tiene que ver con sensaciones, posibilidades y emociones anudadas a otras cuestiones como son el desarrollo de las capacidades, el autocuidado para la convivencia o el construir relaciones con otras personas. En este sentido, no podemos desvincular esta realidad con la necesidad de poseer, por ejemplo, un capital cultural adecuado que aporte capacidades, ayude a desarrollar habilidades o permita relacionarse adecuadamente para enfrentar la vida que se nos presente. El nivel de estudios, un desarrollo de la inteligencia personal y emocional positiva o el cultivar habilidades instrumentales entre otras muchas cuestiones ayudarán a adquirir un mayor grado de certeza o seguridad cuando en la vida nos sucedan desavenencias.

Análogamente, si el riesgo es consustancial a nuestras vidas, el hecho de vivir nos llevará a tener que enfrentarnos a adversidades y problemáticas de forma constante, unas más pequeñas y otras más complejas. Para enfrentarnos a estas adversidades toda persona, con mayor o menor medida, poseerá unas redes sociales y personales sobre las que apoyarse. Estas redes, identificadas por Bourdieu como capital social y conocidas en el lenguaje de la atención social como redes de bienestar social, apoyo o solidaridad, se estructurarán alrededor del contexto en el que vivamos, configurándose una malla de seguridad que nos hará de soporte frente a las desavenencias de la vida (Esping-Andersen, 1993; Moreno, 2000, 2002b).

Si las redes de solidaridad social son las redes más inmediatas del individuo, *el Estado como red de protección institucional* será un factor central en la producción del sentimiento de seguridad que emerge y transita por la composición de las distintas redes. Tal es así que desde lo institucional se articularán propuestas y acciones que conectarán con el sentimiento de protección de la vida de las y los ciudadanos, siendo la protección estatal parte del capital simbólico que nos rodea, y a la vez, una rama más del capital social a través de la relación que se da entre los sujetos y las personas profesionales de la atención social. Por ejemplo, a nivel simbólico habitar y pertenecer a un Sistema de

Estado aporta afiliación, y con ello, un marco de pertenencia que añade seguridad ante las desavenencias que se puedan producir en la vida. Este marco de seguridad se da porque el Estado, como institución, posee la obligación de trabajar contra la inseguridad civil, buscando erradicar el sentimiento de peligro en el contexto ciudadano, así como de mejorar las situaciones de inseguridad social existentes, como pueden ser las dificultades que aparecen en las familias no acomodadas para adquirir bienes básicos para vivir (Castel, 2008, 2015). De este modo, como hemos visto, el Estado se convierte, tras la nomenclatura de Bourdieu, en capital simbólico, pero también en capital social, como promotor y coordinador de acciones de protección a través del impulso de recursos de atención social para la ciudadanía que habita y convive en su territorio, el cual, a través de acción profesional, ayudas, recursos y servicios trabajará para prevenir y enfrentar los infortunios que se nos presentan, incluso, para generar y promover redes sociales que aporten bienestar y seguridad a todo individuo. Curiosamente, la institución de Estado como sistema de bienestar social ha sido uno de los factores más estudiados en la literatura académica, siendo central en nuestro estudio, en tanto que observar el tránsito de los hombres por los recursos de protección social implica observar a los hombres relacionándose con los soportes que aporta este campo de bienestar institucional.

Análogamente a este hecho y en concierto con las protecciones que nos aporta el Estado encontramos prácticas de apoyo mutuo institucionalizadas, las cuales se organizan asociativamente para enfrentar ciertos problemas sociales y globales que se nos puedan presentar. Esta realidad la conocemos como las *redes de solidaridad asociativa*, las cuales se articulan cuando la ciudadanía se organiza para hacer frente a ciertos problemas sociales que están viviendo, apareciendo en esta investigación tras un amplio número de colectivos, asociaciones y entidades que aportan a la ciudadanía apoyo, seguridad y protección social. De este modo, cualquier ciudadano o ciudadana que se acerque a estas entidades que se han organizado para mejorar o erradicar ciertas problemáticas sociales podrá apoyarse en estos recursos asociativos. Por ejemplo, una persona migrante con dificultades para regularizar su situación puede encontrar apoyo en entidades destinadas para el apoyo de las personas migrantes, o una persona con una discapacidad física puede aproximarse a las redes asociativas que se configuran alrededor de esta problemática para que le ayuden con las dificultades que se derivan de su realidad. Todos estos factores, redes de solidaridad familiar, afectiva, comunitaria, el sistema de bienestar social estatal o la red de recursos asociativos configuran un contexto que nos puede aportar, llegado el

momento, un soporte de vida momentáneo o continuado para sobrevenir y superar las inclemencias de la vida. La mera existencia de estar o vivir conectado con esta malla de seguridad en la vida de un individuo, el estar conectado de forma positiva y activa en ciertas formas de relación social construidas desde el común ayudarán a tener una menor necesidad y temor ante las dificultades de la vida y, en consecuencia, una mayor capacidad de movimiento y adaptación frente a sus propias posibilidades.

Así pues, devenir protegido implica:

- (1) Ser capaces de eludir un riesgo que nos hace no poder desarrollarnos adecuadamente y no nos permite vivir una vida dignamente vivible (Butler, 2017a).
- (2) Poseer tanto (a) soportes universales que nos hagan sentir parte de un común, como, si lo requerimos, (b) soportes específicos que reviertan las desigualdades que emanan de nuestra singularidad y/o realidad estructural.
- (3) Sentirse protegido entendido como: (a) vivir libre de violencias, y; (b) vivir libre de fuertes inseguridades ante la imposibilidad de levantarse tras los vaivenes de la vida.
- (4) Formar parte de un común social que nos haga sentir parte de un algo que nos aporte seguridad para desarrollarnos con mayor dignidad y libertad.

Ante todo esto cabe anotar que cuando hablamos de protección social no podemos solamente reducir dicho concepto o idea a la igualación de ayudas o recursos. Sentirse protegido implica también sentir que se reducen las distancias sociales entre los distintos grupos sobre los que existimos. Esta realidad conlleva una predisposición a mejorar ante las dificultades de la vida, llegando a sentirse como un igual frente a los demás. Como hemos visto, en la actualidad, esta realidad se presenta como un problema de expectativas, sobre todo para la gente más joven. Además, sentirse protegido también supone sentir que las protecciones que nos rodean son estables. La fragilidad de las redes que nos envuelvan generará sensaciones débiles de posibilidad y, a la vez, el aumento del peligro a perder los espacios de seguridad que nos rodean. De este modo, no podemos perder de vista que devenir protegido implica poseer una serie de características o factores vinculados a la posibilidad y capacidad de florecer y pedir ayuda y, a la vez, de vivir en un entorno seguro que no genere adversidades. Toda mejora ante esta realidad que hemos venido relatando

aportará una mayor certidumbre ante la vida, frente al cambio y los riesgos y, además, una perspectiva con mayor capacidad de futuro.

2.3 Los recursos de protección social: dibujando el contexto.

Dibujar la red de recursos de protección social que se establecen a nivel institucional no es una tarea sencilla. Como veremos, la multiplicidad de prácticas, enfoques, objetivos y escenarios generan una cierta confusión ante los marcos conceptuales que se manejan para definirla e identificarla (Casado y Guillén, 2011; Kahn y Kamerman, 1987; Moix, 2004; Pelegrí, 2014). Así pues, el siguiente reto que se plantea en la investigación de tesis doctoral es definir el contexto donde está situada la red de recursos de protección social, y de forma más concreta, el contexto de los Servicios Sociales como espacio donde se dan los procesos de atención social. Ante esto, la complejidad de esta tarea aumenta por el momento actual que estamos viviendo, donde la organización y transformación de los Servicios Sociales en España, así como su evolución reciente, se presenta como un escenario institucional que ha cambiado abruptamente en muy poco tiempo²⁸. Tal es así que, en el último siglo, el contexto institucional de protección social ha modificado muchos de los márgenes normativos que poseía, donde, no solamente se ha ampliado el ámbito de actuación (público/privado), sino también, se ha afinado mucho más en las problemáticas a atender, aumentando la clasificación de las mismas y la diversidad de actuaciones a desarrollar. Una cuestión que ha dado paso a la apertura de nuevas perspectivas que aparecen tras una multiplicidad de recursos, haciendo más complejo el dibujar holísticamente el contexto que vamos a investigar.

El ámbito de la protección social, a finales de los setenta e inicios de los ochenta del siglo pasado, era entendido como parte del sistema de bienestar social, concibiendo a los Servicios Sociales, junto con la sanidad, la educación, la seguridad social, la garantía de rentas y la vivienda, como un sub-sistema más que se ocupaba de la integración de aquellos sujetos que, por su casuística de vulnerabilidad, no estaban insertados en el

²⁸ Ante esta evolución es necesario tener en cuenta el marco occidental donde nos situamos y el impacto de las crisis económicas mundiales, entre ellas, la del Covid-19.

mundo del trabajo, y con ello, en la sociedad²⁹. Sin embargo, las crisis que envolvieron los años noventa y los inicios de los dos mil pusieron al sistema de bienestar social en jaque, demostrando que el sistema se enfrentaba a una situación de incapacidad para sostener la estructura de la sociedad salarial, la cual pretendía garantizar la protección colectiva a través del empleo (Bhalla y Lapeyre, 2004; Castel, 1997; Paugam, 2007; Room, 1995). En este momento, a raíz de que el sistema asegurador y la garantía de rentas entraron en un cierto declive, se hicieron visibles las carencias para cubrir ciertas necesidades básicas desde el empleo y sus soportes, apareciendo con mucha mayor presencia el contexto institucional de los Servicios Sociales tras la necesidad de hacer frente a problemas como las dificultades para conseguir trabajo, el aumento de las desigualdades sociales o los nuevos márgenes de la pobreza que se han venido dibujando³⁰. En este contexto, nuevos debates y discursos emergerán con propuestas neoliberales que apuntarán a la privatización del sistema de protección social, fragmentando un sistema de políticas públicas que, en otros tiempos, a través del empleo y sus protecciones, sostenían el sistema social y productivo. Cuestiones como el debate ante las ayudas a la dependencia³¹, el abordaje de las distintas crisis económicas y las situaciones de paro masivo, la lucha contra los recortes y la privatización de los Servicios Sociales³² o la actual coyuntura de la pandemia del coronavirus son unos pocos ejemplos

²⁹ Robert Castel (1997, 2012) hablará de la sociedad salarial para identificar cómo el poseer un trabajo, y con ello, un salario, daba acceso a que institucionalmente se aportasen una serie de protecciones que, sin tener trabajo remunerado, no podían acceder.

³⁰ Situaciones como gente trabajadora que subsiste con trabajos precarios los cuales generan insuficientes ingresos para vivir, pensionistas que, con los cambios en los costes de la vida, no tendrán suficiente aporte económico para mantenerse, personas que no han cotizado suficiente y quedan fuera del sistema de jubilación, la existencia de una población desempleada de larga duración con grandes dificultades para reincorporarse al trabajo a las cuales se les van agotando sus prestaciones, no contando posteriormente con ingresos suficientes..., son unos pocos ejemplos de los nuevos márgenes y situaciones a las que nos enfrentamos desde la atención social.

³¹ La Ley 30/2006, de 14 de diciembre, de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las personas en situación de Dependencia, también conocida como “la Ley de Dependencia”, emerge tras el propósito de crear una atención integral e integrada para las personas en situación de dependencia. Sin embargo, desde 2011, tras la excusa de reducir el déficit público, la propuesta de ley será desplazada a través de recortes, regulaciones y decretos que la vaciarán de financiación, generándose un debate dónde se posicionará a la economía por encima de las protecciones sociales.

³² La lucha contra los recortes en los Servicios Sociales se hace más visible con la creación de la Marea Naranja, movimiento que surge a tenor del Movimiento 15M, a partir de 2011. Los recortes presupuestarios que se dan alrededor de 2010-2011 y se alargan hasta pasado 2015, en respuesta a la crisis financiera de 2008, dejan un grave escenario de privatización y externalización de muchos de los recursos de protección social (Fernández de Sanmamed, 2013; Martínez-Herrero et al., 2014; Portos, 2016), precarizando la atención y el acceso a dichos recursos. Una cuestión que, todavía a día de hoy, se

(de Las Heras, 2020). Podríamos exponer otros, los cuales pondrán encima de la mesa la necesidad de un sistema asegurador y asistencial entendido como un derecho para toda la ciudadanía, reclamando un reconocimiento universal del servicio como existe en la educación, la sanidad o la jubilación³³. De esta forma, tras este contexto, los Servicios Sociales se afianzan como la cuarta pata del sistema de bienestar social tras la función de generar un colchón desde donde amortiguar los impactos de las distintas crisis y los efectos nocivos de desigualdad que, ante los cambios de la sociedad, todavía persisten (Adelantado, 2007; Moreno, 2002b).

Si depositamos la mirada en la formulación semántica de los Servicios Sociales, el concepto será acogido desde un relato más coloquial como el lugar donde la ciudadanía es atendida por las, antiguamente nombradas, “asistentas sociales” o, en un nivel más teórico, se hablará de Servicios Sociales como un sinónimo de protección social institucional, una cuestión que generará una cierta confusión terminológica por la ambigüedad contextual sobre la que será utilizado el concepto. Como exponen muchas autoras y autores, los Servicios Sociales no han tenido una única forma de ser definidos a lo largo del último siglo (Adelantado, 2007; Casado y Guillén, 2011; Moix, 2004). Ante esta ambivalencia semántica Kahn y Kamerman (1987) reflexionarán alrededor de cómo conceptualizamos la red de recursos de protección social distinguiendo entre los *Servicios Sociales en sentido amplio* y los *Servicios Sociales en sentido estricto* siendo estas acepciones acogidas en los posteriores debates a la hora de definir el contexto. Cuando las autoras hablan de los *Servicios Sociales en sentido amplio* hacen referencia a su utilización como sinónimo de sistema de bienestar social, sistema de protección social o sistema de protección del bienestar. Por otra parte, cuando hablan de los *Servicios Sociales en sentido estricto* hacen referencia a los Servicios Sociales personales o *sexto sistema*³⁴, apuntando a las organizaciones o red de recursos de atención social o ayuda

sigue trabajando por revertirla, buscando recuperar los avances en políticas sociales que se destruyeron a partir de las distintas crisis económicas desde los inicios del siglo XXI.

³³ Ante los cambios y dificultades de dar cobertura social a toda la ciudadanía, se han realizado planteamientos de universalización parciales del sistema, tan radicales como la renta básica universal (Forns, 2020; Raventós, 2002, 2021), apostando por una ayuda económica fija para toda la ciudadanía.

³⁴ Es identificado como sexto sistema porque es considerado uno de los sistemas de protección social que configuran el sistema de bienestar social. Como hemos anotado anteriormente, junto a los Servicios Sociales personales tenemos el sistema educativo, el sistema sanitario, la vivienda, la garantía de rentas y el empleo.

social desde donde se configuran los procesos asistenciales institucionales y/o procesos de atención social, contexto donde situamos esta investigación de tesis doctoral.

Así pues, debemos entender que las organizaciones que componen los Servicios Sociales, como diría Renate Mayntz (1980), son formaciones sociales articuladas jerárquicamente a través de un círculo de miembros profesionales los cuales son diferenciados por sus funciones, siendo organizaciones dispuestas racionalmente para cumplir unas finalidades y conseguir unos objetivos previstos. En este sentido, atendemos al concepto de organización tras un paradigma que nos enfrenta a comprender los recursos de atención social como macroprocesos, conjuntos de prácticas y seriación de actividades que interactuarán reiteradamente sobre las personas usuarias que transiten por los propios recursos, produciendo y reproduciendo la propia estructura interna de la organización, pero también la propia estructura social que envuelve al sistema, y con ello, transmitiendo conocimientos, sentimientos y valores compartidos al recorrer los caminos que se establezcan desde los propios recursos (Fantova, 2004). De este modo, nos vamos a encontrar frente a un entramado de recursos u organizaciones que trabajarán de muy diversas formas con las personas, pudiéndolas diferenciar según: (1) el perfil de usuarios, siendo entidades que trabajan con las personas según sus atributos específicos que les hace vivir un estado de desigualdad; (2) su finalidad, siendo recursos que buscarán erradicar, cambiar o transformar ciertas situaciones de desigualdad; (3) su carácter organizativo, hablando de recursos que acogen una población en general tras la finalidad de proteger y promover el bienestar de las personas usuarias (Giménez-Bertomeu, 2010; Hasenfeld, 1990; Porcel, 1990).

A esta cuestión hay que añadirle que el ámbito de actuación público-privada de las organizaciones que componen la red de recursos de protección social se ha ido modificando en el tiempo, generando nuevas complejidades a la hora de nombrar el contexto de los Servicios Sociales. Si en el último siglo, en España, los Servicios Sociales se han configurado como sinónimo de Servicios Sociales públicos, limitando la visión de este contexto a los recursos municipales o públicos vinculados a la administración estatal, actualmente dicha adscripción está en cuestión. La correlación entre Servicios Sociales y sistema público se da por muchas razones, pero la más evidente es como marco de distinción entre la acción social (caritativa o asociativa) y la atención social pública para la ciudadanía (la cual se da en los recursos de protección social que pone al servicio de la

población el propio Estado). No obstante, con el tiempo, las administraciones y las profesionales han ido tejiendo alianzas con organizaciones privadas (con y sin ánimo de lucro) vinculadas a la acción civil, generándose una multiplicidad de actuaciones que se darán alrededor de los procesos asistenciales institucionales que provienen no solamente de recursos públicos, sino también de recursos privados, así como de actuaciones e iniciativas sociales vinculadas al campo asociativo y al Tercer Sector. Recursos que se van anudando en forma de red tras el abordaje de las distintas problemáticas sociales. De este modo, cuando buscamos identificar el tránsito de los hombres por los recursos de protección social encontramos entidades (asociaciones, ONGs y empresas privadas del Tercer Sector) dentro las redes de protección social, ofreciendo diferentes servicios a la ciudadanía, incluso llegando a formar parte de los planes sistematizados de intervención, convirtiéndose en agentes dentro los procesos de la atención social.

A estas diferencias hay que añadirle las dificultades para dibujar el objetivo principal de los Servicios Sociales. Por una parte, los recursos de atención social dentro de los Servicios Sociales poseerán una función de mantenimiento y apoyo social a través de ofrecer servicios y ayudas. El convertir a las personas profesionales en gestoras de una bolsa de recursos, derivando a recursos o servicios, principalmente externalizados, que busquen solucionar la necesidad inmediata de la persona que acude a los Servicios Sociales, sin ir más allá, será una de las grandes críticas hacia esta forma de prácticas, donde se hablará de *clientelismo* (Auyero y Benzecry, 2016) o de configuración de redes clientelares desde la atención social. Obviamente, cubrir las necesidades más básicas o el ofrecer recursos que solucionen el problema es parte del trabajo de las personas profesionales, sin embargo, a este objetivo se le cruza un segundo objetivo de mejora para la integración de los sujetos en la sociedad en la que se inscriben, emergiendo la finalidad de erradicar o generar cierta capacidad de agencia en las personas usuarias para que no se cronifiquen sus problemáticas. Este segundo objetivo de inserción social hace referencia a cómo las profesionales buscan una transformación real en las personas para menguar o erradicar las distintas situaciones de desigualdad o discriminación que se les presentan. En este sentido, al transitar por los recursos de protección social nos vamos a encontrar este doble proceso de apoyo social y transformación personal advirtiendo, como indican Miguel Laparra, Mario Gaviria y Manuel Aguilar Hendrickson (1995), que una mala definición del objetivo a trabajar y la falta de clarificación de quién es el sujeto usuario/a de los Servicios Sociales puede llevar a un universalismo de las ayudas mal entendido,

introduciéndose elementos de desviación de la atención que desdibujen las actuaciones de discriminación positiva que se configuran para paliar las desigualdades de clase, promoviendo ayudas en favor de las clases más acomodadas. Como si ofrecerle de forma idéntica lo mismo a todas las personas fuese suficiente para eliminar las desigualdades sociales de base sobre las que existimos.

De esta forma, teniendo en cuenta todo lo anteriormente descrito, nuestro contexto o espacio desde donde observar a los hombres como usuarios, en esta investigación doctoral, queda adscrito a los *Servicios Sociales en sentido estricto*, haciendo referencia a la red de recursos de protección social por donde transitarán. Aunque en el relato los hombres nos puedan hablar de vivencias sobre cómo transitan por los demás sistemas de protección social, ya sea el sistema médico, educativo o de empleo, entre otros, el contexto donde ponemos el foco es el de los Servicios Sociales como espacio de ayuda social institucional. Nuestra mirada no solamente quedará acotada a los Servicios Sociales de Atención Primaria, sino a toda la red de recursos público-privada que poseen convenio con las instituciones públicas de bienestar social tras la finalidad de dar soporte a la ciudadanía frente a las distintas problemáticas sociales. Además, si vamos a analizar qué papel posee la construcción social de la masculinidad y la identidad masculina ante los procesos asistenciales y las prácticas de transformación social que se dan dentro de los distintos recursos, nuestra mirada estará centrada, no solamente en los espacios que transitan y las ayudas que reciben, sino también en cómo se plantean los hombres las propuestas de cambio, cómo las viven, qué piensan de ellas, qué relación establecen, qué intencionalidad subyace tras las mismas y qué intereses les suscita. Así pues, no podemos quedarnos en la adquisición o no adquisición de ayudas, sino que deberemos ir más allá del objetivo asistencial como gestores de ayudas sociales y sumergirnos en los procesos para advertir el cómo se dan, se viven y se reciben las propuestas de transformación social y personal que se puedan plantear desde los distintos recursos.

Los Servicios Sociales del País Valenciano. Posibilidades y recursos de tránsito

El contexto donde se desarrollan los procesos asistenciales institucionales por donde transitan los hombres usuarios quedan enmarcados en el contexto valenciano de los Servicios Sociales de atención primaria y secundaria. En este sentido, el territorio y, con

ello, las instituciones que componen el sistema de Servicios Sociales valencianos, adquiere una importancia relevante a la hora de dibujar los recursos de protección social donde se dan los procesos asistenciales que vamos a observar.

El primer marco legislativo que miró de regular y organizar el sistema de Servicios Sociales de la Comunidad Valenciana se da tras la publicación de la *Ley 5/1989, del 6 de julio, de Servicios Sociales de la Comunidad Valenciana*, la cual nace tras la pretensión de regular los Servicios Sociales del territorio valenciano, posteriormente al reconocimiento del Estatuto de Autonomía de la Comunidad Valenciana. En este primer momento se buscó desarrollar una serie de derechos sociales que ayudasen a aplacar las desigualdades del territorio, con especial atención a aquellos casos de necesidades específicas. También se reconoció las nuevas responsabilidades de la Administración Valenciana ante la planificación, gestión y evaluación de todos los recursos que envuelven a la red de protección social existente hasta el momento. De esta forma, se buscó reorganizar todas las iniciativas sociales existentes y emergentes tras el fin de evitar solapamientos y paralelismos en la provisión de recursos. Sin embargo, dicha ley que generó una mayor adscripción al territorio por parte del sistema de Servicios Sociales fue derogada con la publicación de la *Ley 5/1997, del 25 de junio, por la que se regula el Sistema de Servicios Sociales en el ámbito de la Comunidad Valenciana*. Dicha ley no modificaría sustancialmente a la anterior ley, sin embargo, si que emergerá una fuerte crítica por la falta de adaptación ante las problemáticas y los avances sociales que se van dando. Una cuestión que, con el aumento de la economización, la privatización y la externalización de los recursos de protección social desde planteamientos neoliberales, producirá un sistema incoherentemente organizado que da lugar a unos Servicios Sociales que tienden al asistencialismo dependiendo de cada situación municipal o local (Martínez-Martínez, 2017; Martínez-Martínez y Uceda, 2017). La descoordinación y fragmentación de las redes construidas por la disparidad de recursos generan individualismos organizacionales y dificultan evaluaciones más allá de lo económico. A esto hay que sumarle que no existe unas formas de funcionar reglamentadas de forma clara, no existiendo documentos oficiales que planteen un plan general de servicios sociales, un modelo organizativo de equipos profesionales, una acción cocertada coordinada, unos mínimos estándares de calidad y rendición de cuentas en los centros y recursos, incluso, hay una disparidad en los criterios y condiciones necesarias que se debían dar para recibir una ayuda o acceder a un recurso.

Ante toda esta realidad, emerge la nueva *Ley 3/2019, de 18 de febrero, de Servicios Sociales Inclusivos de la Comunidad Valenciana*, la cual aparece con el objetivo de establecer un marco normativo y jurídico de actuación pública en los Servicios Sociales de la Comunidad Valenciana. Tras esta ley se ha buscado aplicar una serie de actuaciones para que los servicios sociales prestados, ya sea por las administraciones públicas o por otras entidades del sector público, privado o concertado, tengan una organización, actuación y evaluación coherente como red de recursos tras un mismo fin. Con ello, se ha trabajado para blindar los Servicios Sociales como una red de recursos para la ciudadanía declarándolos como servicio público esencial y de interés general como se establece en la misma ley. Se trata de un texto enmarcado dentro de lo que se conocen como leyes de tercera generación de los Servicios Sociales, las cuales buscarán la protección jurídica tras la finalidad de evitar la erradicación del sistema de protección social, y con ello, consolidar los Servicios Sociales como el cuarto pilar del estado de bienestar. En este sentido, todo cambia, y la investigación se sumerge en un sistema y una red de organizaciones en pleno cambio de paradigma, de dibujo y de funcionalidad. Las formas de acceder al sistema, y con ello, a los recursos, a las ayudas y a las prestaciones se están modificando, apareciendo en su catálogo como un derecho subjetivo de ciudadanía, y no como una cuestión discrecional, dinámica que ha dominado tradicionalmente a la organización del sistema con la ley anterior.

La nueva estructura de funcionalidad de los Servicios Sociales de la Comunidad Valenciana que se nos presenta en el MOF³⁵ descansa sobre la distinción entre lo que son los Servicios Sociales de Atención Primaria y los Servicios Sociales de Atención Secundaria. De este modo, para entender el tránsito burocrático/administrativo al que se enfrentan los hombres usuarios es necesario entender tal disposición, en tanto que la misma les hará recorrer de una forma u otra los recursos, y, además, concebirllos como parte de su proceso de atención y/o cambio personal.

Cuando hablamos de los Servicios Sociales de Atención Primaria hacemos referencia, principalmente, a lo que conocemos como los centros de Servicios Sociales (o unidades de trabajo social) a nivel local, ya sea a nivel de ayuntamiento, diputación o

³⁵ *Manual de Organización y Funcionamiento de los Servicios Sociales de Atención Primaria* o MOF. Documento publicado por la Generalitat Valenciana donde se expone la reorganización del sistema de Servicios Sociales en la Comunidad Valenciana. <https://inclusio.gva.es/es/web/s.sociales/mof>

junta municipal. Se trata del espacio al que acuden las personas para pedir ayuda social, así como para recibir información, orientación, atención profesional de primer nivel en referencia al planteamiento de problemas personales que estén viviendo, la petición de prestaciones y/o recursos para la cobertura de necesidades básicas o la búsqueda de resolución de problemas sociales en los que se puedan ver inmersos. Prestaciones como los servicios de ayuda a domicilio, el apoyo a las unidades de convivencia, la gestión de alojamiento puntual alternativo, la lucha contra la pobreza y la exclusión a través de la gestión de ayuda económicas como el RMI³⁶, el IMV³⁷, RVI³⁸, la adjudicación local de prestaciones económicas puntuales para pagar facturas de agua, luz, gas... o la derivación a otros recursos de protección social, tanto públicos como privados, ya sean ONGs, asociaciones, fundaciones que atienden ciertas carencias y problemáticas, son cuestiones que se abordarán desde la Atención Primaria. De este modo, cabe advertir que en este primer nivel encontramos la puerta de entrada por donde se debe dar el acceso de las personas al sistema de prestaciones y recursos de la red de Servicios Sociales. Es decir, es dónde las profesionales de referencia, en la primera atención y/o entrevista, hacen el diagnóstico del daño social por el cual el sujeto acude al centro de Servicios Sociales, iniciándose, teóricamente, desde este espacio, el tránsito por la red de recursos y ayudas que les ayuden a solucionar el problema, siendo los Servicios Sociales de Atención Primaria donde se gestionarán el primer plan de intervención y sus respectivas derivaciones.

Dentro de todo recurso de Servicios Sociales de Atención Primaria encontramos dos subniveles a tener en cuenta. Primero tenemos lo que se establecido como los Servicios Sociales de Atención Básica. Es el espacio dentro del recurso donde se realizan los seguimientos de los casos por parte de la profesional de referencia. Además, es dónde se realizarán las primeras atenciones de diagnóstico del caso y consecutivos seguimientos, siendo el engranaje que conectará con los demás recursos que envuelvan a cada caso. De este modo, desde este nivel de atención se aborda el servicio de acogida y atención ante situaciones de necesidad social, promoción a la autonomía, inclusión, prevención e

³⁶ Renta Mínima de Inserción (RMI).

³⁷ Ingreso Mínimo Vital (IMV).

³⁸ La Renta Valenciana de Inclusión (RVI) es una ayuda autonómica dentro de la diversidad de Rentas Mínimas de Inserción (RMI) que existen en el territorio español. <https://inclusio.gva.es/es/web/integracion-inclusion-social-cooperacion/renta-valenciana-de-inclusion-rvi>

intervención con familias, acción comunitaria, asesoramiento técnico específico y la promoción para la igualdad y la urgencia social. Por otra parte, y, en segundo lugar, tenemos los Servicios Sociales de Atención Específica, la cual dispone de todos aquellos recursos públicos especializados de competencia local, mancomunada o autonómica que prestan servicios a la infancia y adolescencia, trabajan sobre cuestiones como problemas de diversidad funcional y enfermedad mental, así como se prestan servicios de alojamiento alternativo entre otras muchas situaciones o problemáticas donde exista un recurso específico de atención pública. Así pues, la red pública se enmarcará dentro de los Servicios Sociales de Atención Primaria, estando compuesta por los Centros de Servicios Sociales y los recursos públicos especializados satelitales existentes.

Al funcionamiento de los Servicios Sociales de Atención Primaria se le suma una segunda estructura de atención social donde, a través del concierto social, se amplía red a otras entidades público-privadas que participan y colaboran en los procesos de atención que se derivan de los Servicios Sociales. A este segundo bloque de recursos se la ha catalogado como los Servicios Sociales de Atención Secundaria. En este sentido, en este segundo nivel encontramos la atención especializada donde se busca dar respuesta a las problemáticas o situaciones sociales de especial complejidad o especificidad, las cuales necesitan una alta especialización profesional. La especificidad profesional de los recursos y organizaciones es identificada por la particularidad que requiere el tipo de atención ante las diferencias estructurales y las problemáticas comunes que se derivan de la pertenencia de las personas a colectivos estructuralmente desiguales y/o marginales. Estamos hablando de la intervención con familias, con infancia y juventud, con personas mayores, mujeres, personas con discapacidad, personas en situación de dependencia, con reclusos y ex-reclusos, personas con problemas de consumo, minorías étnicas, personas en situación de sinhogarismo, personas migrantes y otras situaciones de necesidad derivadas por la pobreza y la marginación de su existencia. Si los Servicios Sociales de Atención Primaria, teóricamente, hacen ese primer análisis del daño social y, en ese momento, diagnostican la necesidad de una atención específica que vaya más allá de las prestaciones básicas de Servicios Sociales, estas derivarán según la problemática a los recursos especializados para este tipo de atenciones. Estos recursos especializados pueden estar dentro de los mismos Centros de Servicios Sociales o ser recursos externos o externalizados, pudiendo derivar a entidades tanto públicas como privadas con concierto o licitación con la administración. Así como con entidades del tercer sector que puedan

dar soporte para solucionar y/o acompañar con el problema específico por el que la persona se presenta en los Servicios Sociales de atención primaria. De este modo, más allá de los centros de Servicios Sociales de Atención Primaria como espacio encontramos una serie de equipamientos y recursos vinculados a los Servicios Sociales que pueden ser complementarios al propio centro, es decir, vinculados al mismo³⁹. A la vez, encontramos otro tipo de recursos que pueden ser externos a los Servicios Sociales pero de la propia administración⁴⁰, incluso otros vinculados al Tercer Sector que son parte de las redes de recursos de protección social ante las distintas problemáticas sociales específicas que se van atendiendo desde los Servicios Sociales. Estamos hablando de recursos privados, fundaciones, ONGs, asociaciones con conciertos y licitaciones con la administración pública que trabajan por dar apoyo y resolución de las distintas problemáticas sociales que nos envuelven. En este nivel secundario encontramos los centros residenciales como los centros de acogimiento residencial de menores, los alberges, las casas cuna, los centros de acogida para personas sin hogar, los pisos tutelados para jóvenes no acompañados en proceso de emancipación entre otros, e incluso recursos como puede ser Centro Mujer 24 horas que en la Comunidad Valenciana es un recurso público de gestión privada externalizado fuera de los centros de Servicios Sociales⁴¹.

De este modo, encontraremos en el territorio valenciano las particularidades de un espacio red por donde transitarán los hombres usuarios. La supuesta puerta de entrada o acceso a los distintos recursos se establece en los centros de los Servicios Sociales de Atención Primaria, espacio desde donde se da el criterio de afiliación para ser recibido y atendido, y, en consecuencia, desde donde se darán las derivaciones a otros recursos de los Servicios Sociales Especializados y Servicios Sociales de Atención Secundaria,

³⁹ Los centros de Servicios Sociales pueden tener equipamientos complementarios como comedores sociales, oficinas o servicios de información fuera del centro de Servicios Sociales, guarderías públicas, centros sociales de estancia diurna (centros de día), mini residencias o pisos tutelados entre muchas otras equipaciones y recursos.

⁴⁰ Ejemplo de esto son los recursos de atención, valoración, información, derivación y asesoramiento como puede ser el CAST (Centro de atención a personas sin hogar), el CAD (Centro de atención a la discapacidad) o el CAI (Centro de atención a la inmigración) los cuales son servicios públicos de adscripción estatal o autonómica.

⁴¹ Una de las principales derivas que conllevó la inmersión del neoliberalismo a través de la ley anterior fue la externalización y privatización de recursos de atención pública. Curiosamente en la Comunidad Valenciana llegó a darse que los recursos específicos de mujer fueron mayoritariamente externalizados tras conciertos de atención concertada o privada, desmontando de este modo gran parte del sistema público de atención social, siendo necesaria una reversión en este sentido de tales recursos de atención social (Canet & Garrigós, 2017).

produciendo, no solamente un tránsito personal e identitario para la mejora de la situación personal sino también espacial, incluso de forma diversa, simultánea y múltiple, según la especificidad de cada problemática o multiproblemática. Sin embargo, el sistema y la funcionalidad tiene una cierta flexibilidad lógica que está pensada para que el movimiento de los casos y las derivaciones puedan ser dialogadas, evaluadas y coordinadas entre los distintos recursos de atención primaria y secundaria. Esto hará que encontremos procesos de acceso a la red de protección social mediados por recursos de Atención Primaria Básica, otros mediados por Atención Primaria Específica, incluso, casos con intermediación y seguimiento por recursos de Atención Secundaria. Es decir, un caso puede ser derivado de los Servicios Sociales de Atención Primaria a un recurso de Atención Secundaria, pero también un recurso de los Servicios Sociales de Atención Secundaria puede remitir el caso de nuevo a la persona profesional de referencia de Atención Primaria para ser reevaluado. Incluso es normal encontrar casos que simultáneamente transitan por varios recursos a la vez dentro de la red entre Atención Primaria y Secundaria. Por ejemplo, cuando un hombre acude a un albergue en busca de un techo estable porque está en situación de calle, el recurso, a no ser que tenga concierto para acoger momentáneamente sin derivación, deberá remitir o (1) a los Servicios Sociales de Atención Primaria donde esté empadronada la persona para que deriven posteriormente al propio recurso o (2) al CAST si no existe tal afiliación, el cual es un servicio de atención donde se valora cada caso para dar plaza dentro de los albergues de atención a personas en situación de sinhogarismo. Una vez pasado este tránsito y conseguir plaza dentro del albergue, imaginaros que en el plan de intervención individual se valora que se le podría gestionar una Renta Valenciana de Inserción para seguir trabajando con la persona para su salida de la situación calle. Esta petición no la puede hacer el recurso de atención a personas sinhogar en tanto que no es competencia suya, sino que se tramitará desde los Servicios Sociales de Atención Primaria, haciendo que las personas, físicamente, tengan que transitar personal y administrativamente entre los distintos recursos que componen las redes de protección apoyándose en los distintos soportes administrativos que cada recurso aporta, hasta conseguir emanciparse de la propia red de protección.

De este modo, las personas acudirán a estos recursos tras la búsqueda de apoyo profesional e institucional para resolver sus distintas problemáticas, generándose un

espacio de tránsito donde se darán las experiencias de vida de los hombres con los que hemos contactado para la investigación de tesis doctoral.

2.4 Los recursos de protección social como espacio con género

Dibujar el espacio y las relaciones de género que se han venido analizando dentro de los recursos de protección social institucional nos lleva a tener que depositar la mirada no solamente en el espacio físico sino también en las dinámicas que emergen dentro del mismo. Así pues, en este apartado describiremos qué dimensiones de género posee el contexto en tanto que, como anota Lionel S. Delgado (2019, p. 55), el “enfoque que localiza espacialmente las prácticas de género arroja luz sobre muchas de las dinámicas que moldean las identidades y las relaciones”. Es decir, cómo está configurado el espacio, qué dinámicas se producen y quién lo habita es relevante para construirnos una mirada holística en perspectiva de género cuando nos enfrentamos a una investigación.

De esta forma, en los siguientes apartados vamos a profundizar en cómo la cultura organizacional de los espacios de trabajo de la atención social es productora de género. En este sentido, es relevante indicar cómo el espacio contruye realidad, es decir, cómo modula las formas de ser y actuar de los hombres usuarios, y, a la vez, cómo las prácticas que se configuran en la propia organización incidirán en la identidad profesional, siendo necesario hacer evidente el género que envuelve al contexto que queremos exponer.

El género en el punto de mira. Profesionalización y feminización en la atención social

Los efectos de vivir en una sociedad androcéntrica y patriarcal también aparecen en las formas de organización que se dan dentro del espacio de la atención social. Si profundizamos en esta realidad encontramos un gran número de estudios dedicados a analizar las cuestiones de género en las profesiones de lo social y, en aquello que coinciden mayoritariamente estos estudios, es que estamos ante un ámbito de actuación profesional ampliamente feminizado (Báñez, 2005, 2012; Nebreda, 2008).

Que un ámbito esté feminizado implica, no solamente que exista una presencia mayoritaria de mujeres, sino también, que esta presencia genera una serie de dinámicas relacionales concretas conectadas con la hegemonía del género mayoritario al que está adscrito el espacio. Desde sus inicios en la historia, la atención social ha sido una tarea ocupada y desarrollada principalmente por mujeres (Báñez, 2012; Nebreda, 2018; Pringle, 1995). Este rasgo no es una novedad de la contemporaneidad, sino que es un rasgo que ha venido permaneciendo en el tiempo siendo esto una cuestión productora de efectos. Si depositamos la mirada en la institucionalización de los procesos asistenciales que se han ido desarrollando para atender a la pobreza encontramos que este tipo de actividades eran consideradas como una extensión del papel de las mujeres, ya sea de forma voluntaria o profesional. Como anota Tomasa Báñez (2005, 2012) la atención social empezó siendo entendida como una “maternidad social”, exponiéndose la misma como una prolongación del cuidado que, a través de la ayuda social, producían las mujeres fuera del cuidado familiar. Esta adscripción a la función, el rol y los valores de feminidad hegemónica impregnará las formas de reconocer e identificar los procesos de la atención social con el género femenino. No es baladí que profesiones como el trabajo social, la educación social, la educación infantil o la enfermería sean profesiones acotadas como feminizadas donde las mujeres son los actores mayoritarios, no siendo actores pasivos, convirtiéndose en muchos sentidos en las protagonistas de los procesos asistenciales que se dan desde las propias instituciones donde se desarrolla un “trabajo sobre otros” (Dubet, 2006).

Con el tiempo, esta idea de maternidad social se ha redefinido modificando las motivaciones de las mujeres que se acercan al trabajo social, la educación social o el trabajo asistencial, tanto desde la acción voluntaria como profesional. La motivación religiosa inicial de ayuda social y atención a la pobreza pasará a ser, con el tiempo, una cuestión política de mujeres ayudando y acompañando a familias y personas en proceso de vulnerabilidad social. Actualmente, tras los cambios en el sistema de producción, las profesiones encargadas de atender y cuidar a otras personas, como es el espacio de la atención social, se han convertido en un espacio de oportunidad para conseguir una salida laboral (Moreno y Jiménez, 2018). Ante esta realidad aparecerá una lenta y progresiva incorporación de los hombres a estos campos profesionales. Sin embargo, esta cuestión no ha transformado, como muchos y muchas esperaban, el carácter feminizado que emana del contexto profesional de la atención social, sino que, en su incorporación, los hombres

profesionales, han ido adquiriendo roles y funciones diferentes a las de las mujeres profesionales, habitando no solamente cargos distintos sino también apareciendo con mayor presencia en unos contextos que en otros (Báñez, 2012). En este sentido, se seguirán cumpliendo los patrones de género que se han venido dando en cualquier organización con la inmersión de los hombres en los trabajos feminizados (Christie, 1998; Comas d'Argemir, 1995; Pringle, 1995). Es decir, encontramos una mayor presencia de los hombres en espacios y recursos donde existen prácticas de coacción y/o control social (Pringle, 1995; Tobías, 2018). La fuerza, la corporalidad y los hombres como figura de autoridad y poder serán atributos que harán que los hombres profesionales terminen estando distribuidos en aquellos recursos y funciones que poseen un cierto carácter disciplinario como, por ejemplo, los psicólogos en prisión, los educadores sociales en centros de reeducación o los trabajadores sociales en los centros y recursos de salud mental. A esto hay que añadirle una mayor presencia de hombres en cargos de dirección y/o toma de decisiones (Kadushin, 1976; Pringle, 1995; Tobías, 2018), contextos de mayor centralidad, importancia y visibilidad, donde además, existe una mayor retribución económica, capacidad en la toma de decisiones y reconocimiento social. Estas realidades, como anota Viviane Cree (2001), coincidirán con el desarrollo por parte de los hombres de tareas que requieren estilos de trabajo menos femeninos, ya sea porque en el recurso se requiera el control de ciertas violencias o porque tienen menor motivación y mayor dificultad para adquirir lugares de trabajo de cuidados vinculados a la crianza, la educación infantil o los afectos (Comas d'Argemir, 2016; Figueroa y Hernández, 2019). De esta forma, el contexto de la atención social se convierte en un campo laboral donde las mujeres, a pesar de ser mayoritarias cuantitativamente, estarán más presentes en la base de la profesionalización. Dolors Comas (1995) y Melinda Cooper (2022) advertirán que el mundo del cuidado y los procesos asistenciales posee un papel fundamental para configurar los márgenes del género, advirtiendo de las consecuencias discriminatorias que produce la feminización de la cultura organizacional del mundo de la atención social y del trabajo en general.

Cuando un trabajo es entendido como un trabajo de mujeres o, simplemente, considerado como feminizado los estudios nos indican que, de facto, el valor social que adquiere en referencia a otro tipo de trabajos es inferior, apareciendo una desvalorización del contexto de trabajo (Comas d'Argemir, 1995), una cuestión que muchas veces afecta, no solamente al valor que se les da a las capacidades que se necesitan para desarrollarlo,

sino también a la retribución económica del propio trabajo. La cercanía y la vinculación que se da entre el cuidado informal y el trabajo asistencial invisibilizará muchas de las acciones que se van desarrollando y, a la vez, se desdibujará el quehacer científico, técnico y profesional, el cual es comparado perniciosamente con acciones de voluntariedad, vinculadas a la idea de sacrificio, afecto y vocación (Dubet, 2006). Esencializaciones vinculadas al rol femenino desde donde se genera la creencia de que dichas prácticas profesionales se aprenden o se pueden aprender desde la socialización y los cuidados informales, separando dichos conocimientos de los saberes de los hombres, los cuales son considerados en muchos ámbitos más técnicos y complejos de adquirir, generando una valoración desigual incluso en la producción y desarrollo de conocimientos en el mundo laboral (Comas d'Argemir, 1995). Ante todo esto, esta segregación laboral del marco profesional reproducirá que muchos de los atributos que se proyectan desde las desigualdades de género alimenten las normas y los estereotipos que se dan desde la distinción social, y, “en tanto que es construida socialmente, la profesión [de la atención social] reproduce las relaciones de género y contribuye a su mantenimiento” (Báñez, 2012, p. 19).

Análogamente a esta realidad, cabe advertir que la atención social como contexto feminizado no solamente hace referencia a ser un campo ocupado principalmente por profesionales mujeres, sino también que las usuarias que acuden a los recursos son mayoritariamente mujeres (Hidalgo, 2017; Nebreda, 2018). Si depositamos la mirada en los datos estadísticos facilitados en las Memorias del Sistema de Información de Usuarios/as de Servicios Sociales (SIUSS⁴²) de los años 2019 al 2021⁴³, encontramos que

⁴² El SIUSS es la plataforma informática que desde 1994 fue implantada en la red de Servicios Sociales municipales a nivel estatal como estrategia de mejora para el trabajo en red entre los recursos y las entidades de protección social. El SIUSS aporta no solamente información inmediata de casos entre administraciones sino también registra y contabiliza los casos que van accediendo a la red de protección social convirtiéndose en una herramienta esencial de análisis desde donde conocer el perfil de las personas usuarias, el mapeo de programas y proyectos sociales o las tipologías y la contabilización de atenciones y casos. Los datos del SIUSS son expuestos en las memorias realizadas por el ministerio donde se informa de la situación de las atenciones realizadas por los Servicios Sociales.

⁴³ Los informes a los que hago referencia son las últimas memorias publicadas por el Ministerio de Derechos sociales y Agenda 2030 de los años 2019, 2020 y 2021:

- <https://www.mdsocialesa2030.gob.es/derechos-sociales/servicios-sociales/siuss/docs/Memoria-siuss-2019.pdf>
- https://www.mdsocialesa2030.gob.es/derechos-sociales/servicios-sociales/siuss/docs/Memoria_SIUSS_2020.pdf
- https://www.mdsocialesa2030.gob.es/derechos-sociales/servicios-sociales/siuss/docs/MemoriaSIUSS_2021.pdf

a nivel de territorio español el 58,5% de los usuarios que están acudiendo a los Servicios Sociales Generales son mujeres frente a un 41,5% que son hombres. En referencia a los grupos de edad las dos franjas de mayor presencia de usuarias y usuarios son la franja de la adultez (entre 31 y 64 años de edad) alrededor de un 38,5% y la franja que hace referencia a la vejez (75 años o más) alrededor de un 26%. Si atendemos al nivel de estudios, los usuarios/as sin estudios que saben leer y escribir son el grupo mayoritario (32%), seguido por los usuarios/as que tienen solamente el nivel básico de enseñanza obligatoria (27%). En cuanto a la nacionalidad, el 82,5% son usuarios/as con nacionalidad española frente a un 17% que son personas extranjeras. En referencia a la actividad económica que desarrollan las personas usuarias encontramos que las casuísticas con mayor incidencia son ocupadas por personas jubiladas o pensionistas (35,5%) y personas desempleadas (20,50%). De este modo, podemos advertir que el perfil que podemos dibujar de las personas usuarias que acuden a los Servicios Sociales de Atención Primaria a partir de este informe de 2019 tiene cara de mujer, española, adulta o ya en proceso de vejez, que sabe leer y escribir pero que no tiene estudios y que su situación económica y laboral transita entre ser pensionista o desempleada.

Ya situándonos en el contexto valenciano, contexto situado donde se ha realizado la investigación, cabe advertir que las cifras no varían demasiado en referencia al perfil que se dibuja a nivel nacional, incluso aumentan en algunos casos como el porcentaje de mujeres usuarias (60,46%) y de hombres usuarios (39,54%) atendidos. Manteniéndose el perfil dibujado anteriormente.

No obstante, aunque haya diferencias sobre el género de las y los usuarios en los distintos recursos, volvemos a encontrar como la socialización diferencial se reproduce en el modelo organizacional, encontrando en los recursos de petición de ayuda, atención, seguimiento y cuidados, como lo son los centros de Servicios Sociales de Atención Primaria, una mayor incidencia de mujeres, y, por el contrario, como anota Juan Blanco (2012), en aquellos recursos o espacios de atención social donde se trabajan problemáticas sociales más vinculadas a la exposición al riesgo, la violencia o la exclusión social severa encontramos un perfil de usuario más masculinizado. De este modo, cuando hemos mapeado en qué recursos se invierte el género de los usuarios (incluso el género del perfil profesional), es decir, qué recursos se pueden acotar como masculinizados, encontramos espacios como los centros de atención a las adicciones (Marín-Navarrete et al., 2013; Uy et al., 2014; Wirtz, 2021), los recursos donde se aborda el control de impulsos como puede

ser el trabajo con hombres maltratadores (Conchell, 2012; Geldschläger et al., 2010; Valdez et al., 2013), los cursos de reeducación vial (Alarcón y Moya, 2021; Blanco, 2012; Martí-Belda et al., 2019), las instituciones penitenciarias (García-Toro y Zavala, 2016) donde un 92% de su población son hombres⁴⁴, los recursos de acogida tras la salida de prisión o los hombres en situación de sinhogarismo, por nombrar algunos.

Ante esta realidad, se nos presenta un contexto organizacional que reproduce el modelo patriarcal en referencia al género. Sin embargo, que un recurso posea un cariz masculinizado o feminizado no implica que se este trabajado tras un modelo organizacional que atienda la perspectiva de género en su seno, convirtiéndose dicho modelo organizacional en un factor más a tener en cuenta en tanto que mantendrá un statu quo patriarcal.

Working with men

Como anotan muchos autores y autoras, será a partir de las décadas de los años ochenta y los noventa cuando ciertas investigadoras críticas feministas se empezarán a preguntar no solamente sobre el papel de los hombres en el feminismo (hooks, 2017; Whelehan, 1995), sino también sobre qué responsabilidad debe tener el feminismo con el cambio de los hombres ante la articulación de la igualdad con las mujeres (Cavanagh y Cree, 2002a; Dominelli, 1999), algo así como preguntarse un *qué hacemos con los hombres*. En ese momento se empezará a agrietar el inmovilismo generado desde la suspicacia hacia los hombres y lo masculino, construyéndose una discusión que, a pesar de no ser central en el debate académico y militante feminista, no estará ausente de controversias. Las desconfianzas políticas hacia los hombres tras intentos de usurpación del movimiento feminista por los partidos políticos a lo largo del siglo XX, la falta de implicación de los hombres en la lucha por la igualdad y la articulación política de la posición masculina como categoría social privilegiada y beneficiaria del patriarcado harán emerger distintos posicionamientos, ciertamente derrotistas, frente al cómo conectar la vida de los hombres con el feminismo (Astelarra, 1983; Espinosa, 2022). Al

⁴⁴ Datos extraídos del Consejo General del Poder Judicial. Datos de 2021 <https://www.poderjudicial.es/cgpi/es/Temas/Estadistica-Judicial/Estadistica-por-temas/Datos-penales--civiles-y-laborales/Cumplimiento-de-penas/Estadistica-de-la-Poblacion-Reclusa>

mismo tiempo y transversal a este debate empezará a coger mayor calado la reclama de políticas públicas en perspectiva de género, emergiendo una compleja discusión donde algunos sectores del feminismo se preguntarán si hay que destinar esfuerzos a trabajar con los hombres para erradicar violencias y marcos de discriminación o si solamente hay que trabajar por proteger a las mujeres de tales discriminaciones, siendo la primera opción la que tuvo menor acogida, llegando a acusar de colaboracionismo patriarcal a aquellas feministas que se preguntaron si las mujeres y el feminismo debían impulsar el cambio de los hombres (Dominelli, 1999; Stoltenberg, 2000). A pesar de toda la dureza dialéctica que envolvió a este hecho, dicho debate generará un punto de partida para que, desde los estudios de género, se empiece a prestar una mayor atención a la vida de los hombres, reconociendo que si el género se configura en relación es importante tomar en cuenta también en los análisis la parte masculina de la dicotomía, el papel que posee y sus particularidades de género que le acompañan.

Una de las grandes cuestiones a la que nos enfrentamos al situar la mirada en los hombres usuarios que transitan por los recursos de protección social es respondernos a la pregunta ¿es necesario trabajar con los hombres, en tanto hombres, en una sociedad androcéntrica y patriarcal donde ya son el centro? Esta cuestión, aunque parezca una obviedad, no siempre ha sido así. En la década de los sesenta del siglo pasado las prácticas institucionales de la atención social quedaban envueltas por una “ceguera de género” (Cavanagh y Cree, 2002b; Ferrer y Bosch, 2019; Tobías, 2018). Esta invisibilidad del género no permitía hacer visible que, en un mundo androcéntrico y patriarcal con una marcada división sexual, trabajar con familias equivalía a trabajar con mujeres (Langan, 1993). A raíz del auge de los feminismos y las luchas por la emancipación de las mujeres, la perspectiva de género se empieza a hacer visible ayudando a identificar nuevos factores de problematización y discriminación sobre el sujeto mujer. Esta realidad llevará a diseñar otro tipo de prácticas de atención social, centrándose de forma consciente en las mujeres como sujetos con género sobre las que recaen las desigualdades que produce el orden social patriarcal (Dominelli y McLeod, 1999; Hanmer y Statham, 1988). Una estrategia de emancipación y empoderamiento que provenía del feminismo militante y que será emulada por las profesionales de la atención social dirigida exclusivamente hacia el género femenino, en tanto que los patrones patriarcales impedían su desarrollo personal y social como ciudadanas de pleno derecho.

Análogamente a este hecho, la estrategia militante de repensarse en grupos de transformación social, política y personal también será acogida por los primeros grupos de hombres pro-feministas, los cuales se posicionarán contra la violencia y las desigualdades de género buscando identificar el machismo que reproducían ellos mismos como hombres (Cascales, 2017a; Cascales y Téllez, 2021). En los convulsos años ochenta, con la experiencia de los primeros grupos de hombres pro-feministas y el auge de los *men's studies*, el debate sobre el trabajo con hombres empezará a coger una cierta presencia emergiendo los primeros textos críticos sobre el papel y el lugar de los hombres en el trabajo social y la atención social. En este sentido, se empezarán a introducir en algunos textos sobre trabajo social feminista referencias al trabajo con hombres (Dominelli y McLeod, 1999; Hanmer y Statham, 1988). Sin embargo, la producción académica de los hombres profesionales de la atención social y su posicionamiento será mucho menos prolífico, apareciendo solamente unos pocos textos que problematizarán si los profesionales varones debían ser los que tenían que atender y responsabilizarse en el abordaje de los problemas emocionales de los hombres usuarios (Bowl, 1985; Howe, 1985; Kadushin, 1976; Walton, 1975), señalando que la atención social se ha centrado históricamente en la atención a mujeres, niños y niñas y, a la vez, ha ignorado el estado emocional y personal de los hombres, en tanto hombres, siendo esta una cuestión pendiente de ser atendida específicamente (Bowl, 1985).

En esta época aparecerán unos pocos investigadores en perspectiva anti-opresiva (Dominelli, 2014; Langan y Day, 2002; Thompson, 2001)⁴⁵ que, en colaboración con profesionales y académicas feministas, se aventurarán a empezar a hablar del trabajo con hombres, haciéndose poco a poco más prolífica esta literatura (Cavanagh y Cree, 2002b; Pease y Camilleri, 2001; Pringle, 1995; Wild, 2012). Cuestiones como los hombres dentro del Sistema de Bienestar Social, la importancia de la masculinidad y el trabajo con hombres en la protección del menor, el cuidado de los hijos/as, el cuidado de personas adultas, el maltrato físico, las relaciones de pareja o la violencia sexual serán cuestiones que se empezarán a plantear dentro de los distintos textos que apuntarán al trabajo con

⁴⁵ La práctica anti-opresiva dentro del trabajo social emerge en la literatura anglosajona para eliminar ciertos procesos discriminatorios que se pueden dar por parte de las propias profesionales y las instituciones que desarrollan la acción de la ayuda social. Autores y autoras como Neil Thompson (2001) o Lena Dominelli (2014) apostarán por desarrollar una reflexión de la praxis profesional que cuestionará las relaciones de poder que se generan desde la atención social, motivando a desarrollar un modelo anti-opresivo que promueva relaciones sociales igualitarias y no opresivas desde la práctica profesional.

hombres. No obstante, plantear el trabajo con los hombres en perspectiva de género para transformar la posición dominante ha sido causa de debates y controversias entre las propias profesionales feministas. La propia Lena Dominelli lo expone de la siguiente forma:

Mientras trazaba mi camino me encontré con muchos obstáculos, mis amigas feministas examinaron mis esfuerzos y constantemente me pedían que justificara el uso de mis talentos, tiempo y energía en lo que consideraban una actividad indigna, que restaba recursos y, lo que es más importante, me restaba recursos ante la apremiante tarea de mejorar la suerte de las mujeres (Dominelli, 1999, p. 13).

En consecuencia, el trabajo con hombres, desde sus inicios, emerge con reticencias y resistencias por parte del propio feminismo. Cuestiones como la dificultad de cambio de los sujetos que se encuentran sobre una posición opresora y privilegiada en cuanto al género, la finitud de los recursos, la sobrecarga que implica que sean las feministas profesionales las que tienen que trabajar por el cambio de los hombres o la negación de los propios hombres ante la posibilidad de cambio emergen en un debate, principalmente entre mujeres feministas, donde se plantea la pregunta de si es necesario trabajar desde el trabajo social feminista por el cambio social de los hombres (Cavanagh y Cree, 2002b; Dominelli, 1999; Wild, 2012).

Así pues, a pesar de ser una discusión académica y militante que entraña cierta relevancia, se trata de un debate que lleva tiempo en el tintero del movimiento feminista, apareciendo de vez en cuando con mucha cautela, casi como si de un tabú se tratase. Tal es así que su abordaje tendrá muy poca repercusión teniendo un poco más de presencia a inicio de siglo entre los textos del mundo aglófono que tras la nomenclatura del *Working with Men* (Cavanagh y Cree, 2002b; Featherstone et al., 2007; Pease y Camilleri, 2001; Sweetman, 2013). Sin embargo, a pesar de que en los últimos años ha crecido la producción de la literatura y los textos sobre el cambio de los hombres, ya sea tras la idea de deconstruir la masculinidad o reconectar con la misma (Cascales y Téllez, 2021), sigue siendo casi anecdótico el debate del trabajo con hombres desde la atención social (Alonso et al., 2021). En este sentido, si en la literatura anglosajona su producción es poca y en la literatura académica latinoamericana solamente encontramos unos pocos textos (Amuchástegui, 2006; Liendo, 2003; Vargas-Urias, 2014), en el territorio español los textos se reducen exponencialmente, no siendo un debate referente o relevante,

apareciendo solamente unos pocos autores y autoras que abordarán la temática de la atención social con hombres desde disciplinas como el trabajo social o la educación social (Alonso, 2016; Alonso et al., 2019; Bacete, 2008; Blanco, 2006; Blanco y Blázquez, 2010; Cascales, Alonso, et al., 2022; Gabarró, 2012; Muller, 2021). De esta forma, aunque no haya un debate encarnizado, existe dentro del feminismo posicionamientos detractores al trabajo con hombres, cuestión que generará suspicacias, incluso en los espacios más institucionales o académicos, cuando se exponen programas y proyectos de intervención con hombres, emergiendo una cierta suspicacia por los efectos mateo⁴⁶ y el daño iatrogénico⁴⁷ que puedan acarrear.

El lugar de los hombres y la forma de organizar el tránsito humano de la atención social institucional

Es curioso como la construcción social del género ha hecho incidencia en las formas de organizarse y estructurarse la atención social. Para empezar este apartado diré que la forma que ha habido históricamente de construir el espacio de los procesos asistenciales institucionales posee una configuración androcéntrica que ha sido poco trabajada. Como plantea Enrico Mora (2003b, 2003a) el análisis y la identificación del género y la clase social se configura desde una construcción fragmentaria y performativa que nos lleva a identificar el nosotros (normativo) y los otros (subalternos) configurándose una mirada invisiblemente normalizada hacia la clase social sin atender a las cuestiones de género. Esta forma de construir e identificar la otredad implica reconocer que existen unos otros que poseen unas características, en el caso de la atención social unas características que nos llevan a identificar a las personas usuarias como sujetos vulnerables con problemas, carencias y/o necesidades. El cómo identificamos al otro/a para ser atendido nos lleva a diferenciarlo del nosotros (normativo) y situar sobre dicho sujeto etiquetas y características (criterios de admisión) que nos va a llevar a reconocerlo como sujeto con necesidad de atención, apoyo o ayuda social. Esta cuestión sobre cómo nos identificamos y nos reconocemos socialmente configurará muchos de los criterios de

⁴⁶ El *efecto mateo* es cuando en políticas públicas o en acciones institucionales se refuerza inconscientemente las posiciones de poder que se quiere reducir.

⁴⁷ En atención social el *daño iatrogénico* son los efectos negativos que se producen cuando se empuja a una persona a un cambio personal, familiar o social y, con este cambio, se producen o aumentan otras problemáticas que no se habían identificado o tenido en cuenta (Martínez de Mandojana, 2017).

adscripción al espacio de atención social, evidenciando contradictoriamente que, a pesar de ser un derecho de ciudadanía, subjetivamente no cualquier persona es merecedora de acercarse a los Servicios Sociales para requerir soporte institucional. En este sentido, la configuración patriarcal de los géneros también hará mella en las formas de entender quien es merecedor o no merecedor del soporte insitucional. Como anota Juan Blanco, Guadalupe Cordero y José María Valcuende (2019) podemos identificar en la atención social una serie de colectivos que serán reconocidos como colectivos que requieren de protección por parte de los Servicios Sociales: menores, mayores, personas con discapacidad, personas desempleadas, minorías étnicas, minorías sexuales y mujeres. Estos colectivos previamente indentificados poseen características de otredad que les facilitará la identificación como sujetos con dificultades estructurales y, consecuencia de esto, requerirán algún tipo de protección. Socialmente reconocemos que si una persona es menor o mayor de edad puede tener ciertas dificultades como para recibir una serie de ayudas sociales específicas, del mismo modo que si la persona es mujer, o si posee alguna discapacidad, no tiene empleo o pertenece alguna minoría étnica o sexual.

Juan Blanco (2012, p. 34) en referencia a esta cuestión evidenciará que en la atención social los marcos hegemónicos privilegiados, y con ello la masculinidad, serán el modelo que hace de “espejo a partir del cual podemos averiguar lo que les falta al resto de grupos sociales, y por lo que hay que protegerlos o compensarles”. Es decir, esta realidad hace que a ojos de las profesionales y la sociedad una “persona entre 18 y 65 años, sin discapacidad, con empleo, euro-occidental, heterosexual y de sexo masculino” (Blanco et al., 2019, p. 200) se convierta en la imagen del sujeto que posee aquellas características socialmente necesarias para no requerir ayuda social y no necesitar ningún tipo de ayuda, soporte, protección y/o intervención por parte de la institución, produciendo que alrededor de categorías como menor de edad, mayor de edad, persona con discapacidad, persona desempleada, minoría étnica, minoría sexual o mujer se genere una identificación cuasi inmediata con la necesidad de ayuda. Esto hace visible cómo la configuración de los recursos de atención social posee en su seno patrones normativos androcéntricos vinculados a la construcción social hegemónica patriarcal, haciendo no visible de nuevo el género masculino, y con ello, quedarán fuera los hombres adultos normativos, los cuales se construyen desde un imaginario social tras el cual no requieren de ayuda, no padecen debilidades estructurales y las dificultades deben ser superadas por ellos mismos como hombres. Una diferenciación que, sin la atención a las masculinidades

en perspectiva de género, puede producir la exclusión de ciertos modelos de masculinidad que requieren en algún momento soporte desde los recursos de atención social, identificando en su seno mayormente a usuarios y usuarias con las marcas identitarias no hegemónicas nombradas anteriormente.

De este modo, observamos que no existe un planteamiento desde el cual se atienda a las masculinidades como una cuestión específica de la atención social, a pesar de existir un abanico de problemas sociales que nos van apuntando a la necesidad expresa de tal abordaje (de Keijzer, 1997, 2003; Amit Kumar, 2019). Esta cuestión no significa que no existan espacios o recursos para los hombres, ya que los espacios de la red de recursos de protección social son mixtos, a excepción de los recursos de protección específica para mujeres. Sino que las normativas, la legislación y las dinámicas organizacionales que configuran la burocratización de los recursos de atención social los sitúan en un lugar de no reconocimiento pleno, apareciendo principalmente dentro de la red de recursos de Servicios Sociales de Atención Secundaria, recursos donde se aborda un nivel de prevención terciaria, y con ello, problemas que ya han quemado su realidad personal. En este sentido, no tener en cuenta la masculinidad en perspectiva de género, produce una inercia patriarcal que invisibilizará muchas de las problemáticas que pueden esgrimir los hombres cuando acuden a los recursos de protección social, ya sea como parte del sistema familiar, a nivel relacional o a nivel individual.

Si bien es cierto que sigue existiendo una ceguera del género hacia los hombres en la atención social, la cosa se hace más presente cuando buscamos recursos específicos donde derivar a los hombres para trabajarse ciertos patrones de masculinidad que pueden estar siendo uno de los factores principales para las distintas situaciones problemáticas que pueden estar viviendo. Cuando revisamos la nueva normativa del último Decreto del Consell por el que se regulan la tipología y el funcionamiento de los centros, servicios y programas de Servicios Sociales de la Comunidad Valenciana⁴⁸, encontramos de nuevo un dibujo donde emergen contextos o espacios de intervención social, como puede ser el campo de la salud mental y las adicciones, la atención de personas que han sido privadas

⁴⁸ Información extraída de la web de la Vicepresidencia segunda y conselleria de Servicios Sociales, Igualdad y Vivienda sobre el trámite de audiencia pública del proyecto de Decreto del Consell por el que se regulan la tipología y el funcionamiento de los centros, servicios y programas de servicios sociales y su ordenación dentro de la estructura funcional, territorial y competencial del Sistema Público Valenciano de Servicios Sociales <https://links.uv.es/En2qlrC>

de libertad o los recursos de atención de personas en situación de sinhogarismo, los cuales son teóricamente identificados como recursos donde existe un mayor nombre de hombres por el tipo de problemáticas sobre las que se trabajan, y, sin embargo, la se vuelve a dibujar una red de espacios de atención social donde no existe ninguna referencia, ningún ámbito específico, ni ningún tipo de recurso o mención al trabajo específico con hombres, con o sin perspectiva de género. Ejemplo de esto es la ausencia de adscripción a la red a significados recursos de Valencia, públicos o con concierto con la administración, que se dedican específicamente a este fin. Recursos como el REPARA⁴⁹ de atención a hombres de la ciudad de Valencia o el Programa CONTEXTO⁵⁰ que trabaja con hombres con medidas judiciales por haber ejercido maltrato, violencia de género contra sus parejas.

No obstante, frente a esta realidad que discrimina a los hombres en las formas de proceder tras el sistema de atención social, cabe también advertir que poco a poco se van dando cambios y avances en este sentido⁵¹. De este modo, no puedo cerrar este apartado sin destacar también que en la última década han empezado a generarse unos pocos espacios de atención social donde se trabaja en perspectiva de género las masculinidades con los hombres, tras la finalidad de prevenir y abordar el proceso de crisis de la masculinidad y, de esta forma, transitar hacia unas masculinidades más igualitarias. Además del REPARA y el Programa CONTEXTO en Valencia, encontramos El SAH y CONEXUS en Barcelona⁵², Gizonduz en el País Vasco⁵³ o el SIVOHM en Sevilla⁵⁴, los

⁴⁹ El Repara es un recurso municipal de la ciudad de Valencia destinado a promover las relaciones igualitarias en hombres y trabajar a nivel psicosocial las conductas y actitudes que provocan la violencia de género. <http://www.valencia.es/arapararepara/es>

⁵⁰ El programa Contexto es un programa de intervención y prevención de la violencia de género situado en la ciudad de Valencia que trabaja con hombres agresores con medidas judiciales por la situación de maltrato donde han ejercido violencia. <https://www.programacontexto.org/>

⁵¹ Destacar que en España se dio el primer recurso público europeo de trabajo con hombres en Jerez de la Frontera. El programa *Hombres Igualitarios de Jerez de la Frontera* se convertirá en un referente para el impulso de programas de trabajo con hombres, el cual estuvo en funcionamiento desde el 1999 hasta el 2005 (Lozoya & Montaner, 2021)

⁵² El Servicio de Atención a Hombres (SAH) es un recurso municipal situado en la ciudad de Barcelona destinado para trabajar con varones tras la idea de promocionar las relaciones no violentas en los hombres. <https://ajuntament.barcelona.cat/dones/es/bcn-antimachista/masculinidades/programa-de-atencion-hombres-sah>

⁵³ Gizonduz es una iniciativa impulsada por Emakunde (Instituto Vasco de la Mujer) para promocionar en la comunidad autónoma del País Vasco la concienciación, la participación e implicación de los hombres en la lucha por la igualdad de mujeres y hombres. <https://www.emakunde.euskadi.eus/gizoncas/-/informacion/gizonduz-intro/>

⁵⁴ El Servicio de Información, Valoración y Orientación sobre Hombres y Masculinidades (SIVOHM) es un recurso impulsado por la Fundación Iniciativa Social en la ciudad de Sevilla para promover la justicia de

cuales empiezan a trabajar en este sentido, sin embargo, estos recursos siguen siendo minoritarios y su papel sigue siendo mayoritariamente de ámbito local con muy poca acogida.

De esta forma, emerge una doble dificultad a la hora del trabajo con hombres desde la atención social en tanto que la ceguera del género todavía está presente en los planteamientos profesionales en tanto que los hombres son concebidos como sujetos sin necesidad de cambio ni protección específica, y, a la vez, hay una falta de imaginarios de intervención y recursos específicos que puedan orientar a las y los profesionales en el acompañamiento y el cambio de los hombres, no existiendo un imaginario colectivo sobre como trabajar por el cambio de los hombres, cuestión que dificulta tanto la existencia de planteamientos de trabajo con hombres como, en el propio imaginario de los hombres usuarios la posibilidad de cambio real (Christie, 2001; Pease y Camilleri, 2001).

2.5 Investigando a los hombres usuarios como una masculinidad nómada

Para responder a la pregunta - cómo transitan los hombres usuarios por los recursos de protección social – ha sido necesario depositar la mirada en el tránsito, en los desplazamientos que viven los hombres usuarios, los cuales se dan, muchos de ellos, tras la finalidad de hacer frente a la realidad inmediata que les ha tocado vivir. De esta forma, para acotar esta realidad me he situado tras el concepto “nómada” como metáfora que nos ayudará a situar en el centro de nuestra mirada y pensamientos a los hombres usuarios como una realidad móvil. Por una parte, los hombres recorren un contexto institucional de recursos, ayudas y soportes, transitando por la red de recursos de protección social. Un contexto cargado de lugares físicos que habitar, recorrer o transitar tras la finalidad de que cambien las cosas por las cuales a pedido ayuda. Sin embargo,

El nómada no es necesariamente alguien que se mueve: hay viajes en el mismo lugar, viajes en intensidad, e incluso históricamente no son nómadas aquellos que se mueven de la misma forma que los migrantes; por el contrario, son los que no cambian y comienzan a deambular para permanecer en el mismo lugar, escapando

de los códigos. [...] Y aunque el viaje sea inmóvil, aunque tenga lugar en el mismo lugar, imperceptible, inesperado, subterráneo, debemos preguntar, ¿quiénes son hoy los nómadas? (Deleuze, 2005, p. 330).

Como nos advierte Deleuze, el nomadismo implica desplazarnos no solamente espacialmente, sino interiormente, históricamente, socialmente... Se trata de buscar un lugar fuera del lugar, un movimiento lejos del movimiento, una realidad que atienda a la multiplicidad de procesos que nos ayude a situar la mirada en el marco identitario que envuelve a los sujetos que conviven de forma constante transitando hacia un devenir protegido. Cuando Gilles Deleuze y Felix Guattari (1997) plantean el concepto nomadismo lo utilizan para identificar la existencia de una pugna interna y externa, “un tratado de guerra” en voz de ambos autores, que se da en los tránsitos de subjetividad y acción que nos plantea la vida, advirtiéndolo que la guerra está dentro de nosotros mismos y alejada de los marcos de guerra que ya conocemos. De esta forma, lo nómada es la posibilidad de cambio y cómo dentro de esta posibilidad de cambio también encontramos marcos disciplinarios que nos desplazan e intentan que no nos movamos. Mientras que para Foucault (2003, p. 122) el desplazamiento o el movimiento es planteado como una especie de “fractura virtual que abre un espacio de libertad concreta, es decir, la transformación posible”, para Deleuze lo nómada implicará tanto una posibilidad de acomodación como de cambio, unas formas de metamorfosis que reaparecen constantemente de forma insospechada, las cuales construyen posibilidad, y con ello, líneas de fuga en el campo social, pero también inmanencia.

Tras ese planteamiento, analizaremos ciertos desplazamientos que se nos presentan en esta investigación de tesis doctoral, como es la adaptación de los hombres ante la supuesta crisis de la masculinidad (Whitehead, 2002), un cambio social que va redefiniendo qué significa ser hombre en la actualidad, ya sea resistiéndose, acomodándose o buscando transformar la realidad que nos ha tocado vivir (Azpiazu, 2017). Así pues, no podemos estar exentos de que los hombres vivimos atravesados por una serie de desplazamientos identitarios de forma constante, en tanto que en ellos está el cómo el sistema patriarcal estratifica y resitua constantemente en el centro a los hombres dentro del orden social.

De este modo, plantear el concepto nómada implica depositar la mirada en cómo los hombres usuarios que, siendo sujetos con género tocados por el patriarcado, transitan

por una multiplicidad de lugares y no-lugares que les llevan a caminar tras un devenir protegido. Esta realidad nos enfrenta a un tercer tipo de desplazamiento a tener en cuenta, como es el cambio personal e identitario que se da cuando las profesionales de la atención social, tras la petición de ayuda, orientan a los hombres tras la búsqueda de una mejora en su propia identidad y vida. Tras esta realidad se nos presenta un triple desplazamiento:

- (1) Por una parte, las instituciones de atención sociales propondrán un tránsito físico o espacial de los hombres usuarios por los distintos recursos tras el objetivo de aplacar el problema que les ha llevado a pedir atención social.
- (2) Por otra parte, se va a buscar reintegrar o evitar que la persona de desconecte de la normalidad social, trabajando por la integración del individuo en sociedad. De este modo, el concepto integración se contraponerá al concepto de exclusión dibujándose un tránsito y un marco de fracaso o éxito frente a los objetivos que se puedan plantear en los distintos recursos de protección, siendo, como diría Castel (1995), el tránsito entre integración, vulnerabilidad social y exclusión un desplazamiento que va a aparecer constantemente en el relato de la realidad de los hombres como objeto de estudio a investigar.
- (3) Finalmente, las personas profesionales van a pedir a los hombres usuarios que transiten hacia otras formas de ser, emergiendo en el relato de las personas profesionales planteamientos de cambio identitario en los hombres tras la mejora de su propia realidad.

De este modo, el concepto nómada nos enfrenta no solamente a observar un tránsito por los recursos de protección social sino también a observar la realidad identitaria de los hombres usuarios, una realidad que convive entre un proceso de cambio personal empujado por las acciones y orientaciones que se dan desde los recursos de atención social y un proceso de cambio social inminente en cuanto al género de los hombres se refiere. De este modo, encontramos el fomento de una subjetividad nómada (Braidotti, 2000, 2004) entendida como una subjetividad que nos lleve a transitar hacia unas formas de pensar y pensarnos de forma distinta para conseguir emanciparnos de aquellos centralismos hegemónicos inamovibles (falocentrismo sedentario) que no nos permiten florecer.

CAPÍTULO 3. GÉNERO Y MASCULINIDADES: ¿A QUÉ NOS REFERIMOS CUANDO HABLAMOS DE LOS “HOMBRES QUE TRANSITAN POR LOS RECURSOS DE PROTECCIÓN SOCIAL”?

*Las tres enfermedades del hombre actual son
la incomunicación, la revolución tecnológica
y su vida centrada en el triunfo personal
(José Saramago)*

La *puerta de entrada* es una metáfora organizativa que hemos venido utilizando las profesionales de la atención social para exponer o dibujar el espacio por el que acceden por primera vez las personas a los Servicios Sociales. Aunque el imaginario de dicha metáfora nos lleve a pensar en un sujeto entrando a un edificio, la idea de puerta de entrada posee una carga simbólica que va más allá del transitar y atravesar físicamente una puerta. Parece obvio pensar que las personas llegan por su propio pie a realizar la petición de ayuda a los Servicios Sociales en tanto que es un recurso dirigido a toda la ciudadanía. Sin embargo, a los recursos de atención social les acompaña un estigma fundamentado desde preceptos religiosos (católicos) que vincula ayuda y pobreza, preceptos de clase que aleja a quien necesita ayuda institucional de la consideración de clase media, y que, a la vez, todo esto queda refundado por una mirada neoliberal desmeritoria a través de la cual quien pide ayuda es porque no ha hecho lo suficiente por sí mismo, como si se tratase únicamente de un problema individual las cuestiones de pobreza estructural y desigualdad sobre las que vivimos. De esta forma, en nuestra sociedad, la atención social ha sido configurada discursivamente no tanto como una cuestión de derecho social, sino más bien como un recurso de ayuda asistencialista para personas y familias carentes de ciudadanía, produciéndose resistencias entre ciertos sectores de la población para acercarse a tales recursos.

A pesar de esto y, a través de los años, disciplinas como el trabajo social o la educación social han cuestionado y reflexionado críticamente sobre estas cuestiones, advirtiéndole de los riesgos estructurales que entraña el papel paternalista y pasivo de la asistencia social (Auyero, 2013; Bonel, 2021; Gil Parejo, 2004; Pérez de Sierra y Vecinday, 2016). Un debate crítico que planteará cambios en las formas de atender. Tal es así que, desde los servicios públicos como desde el tercer sector, con el tiempo se apostará por que ciertos recursos y profesionales se sumerjan, etnográficamente hablando, donde se suceden los problemas sociales, acercándose a ellos, haciendo de su cuerpo y su

presencia una herramienta más dentro del proceso de atención social. Una función de acompañamiento basada en el trabajo social comunitario la cual diversificará las formas de acceder a la red de protección social, conectando los sujetos con los Servicios Sociales de Atención Primaria sin haber pisado físicamente el espacio, pudiendo acceder por primera vez a la red de protección institucional, no tanto por la puerta de entrada, sino de forma derivada a partir de la comunicación entre las y los profesionales de la atención social de distintos recursos.

La forma de acceder a los Servicios Sociales posee muchos significantes, ya sean normativos, estigmáticos, estratificadores, subordinantes o emocionales, para la persona que se acerca a este tipo de recursos. Identificar el primer contacto o registro formal de la persona con el contexto institucional de protección social nos aporta un eje de referencia que indicará sobre quién estamos trabajando y, en este sentido, el número de primeras atenciones y dónde se dan se convierte en un dato relevante. Así pues, si nos acercamos a esta realidad y aplicamos la perspectiva de género, encontramos que por la puerta de entrada se dibuja una feminización de la atención social (Báñez, 1997; Fombuena, 2006; Hidalgo, 2017; Nebreda, 2018), apareciendo las mujeres como las principales usuarias que acceden a pedir ayuda a los recursos municipales de Servicios Sociales de Atención Primaria. Una petición de ayuda que será también delegada, es decir, acudirán no tanto, o no sólo, por una problemática propia sino por necesidades y problemas que tienen más que ver con el cuidado del sistema familiar o por la resolución de problemas que vienen derivados de sus parejas masculinas (Nebreda, 2018). Si aterrizamos esta realidad en datos encontramos en el SIUSS (Sistema de Información de Usuarios/as de Servicios Sociales) una presencia femenina que pivotará entre un 60% y un 70% según comunidad autónoma⁵⁵. Además, si depositamos la mirada en las cifras que nos arroja la demanda de servicios, el dato de presencia de mujeres sube hasta un 80% (Nebreda, 2018). Esta información relativa a los datos de los usuarios/as de Servicios Sociales evidencia que el trabajo desde lo social no solamente es un trabajo feminizado con una fuerte presencia de profesionales mujeres (Báñez, 2012), sino que podemos hablar de un espacio feminizado entre mujeres donde estas acuden para encontrar ayuda y resolución de problemas, no

⁵⁵ Datos extraídos de las Memorias del SIUSS de 2012, 2016 y 2018. En dichos datos podemos extraer o acotar un rango de usuarios masculinos y femeninos que acuden a Servicios Sociales según comunidades autónomas, donde, en todas ellas, las mujeres poseen mayor presencia que los hombres encontrando con una media de un 65% de presencia de mujeres frente a un 35% de hombres y una variabilidad entre comunidades autónomas de un 10%. Pudiendo hablar de una cierta homogeneidad en los datos extraídos.

precisamente de ellas mismas. De este modo, es importante preguntarnos, ¿cómo se puede hablar de androcentrismo o de un contexto androcéntrico en un espacio feminizado como es el espacio de los Servicios Sociales?

Curiosamente, la respuesta es obvia. La ausencia en ciertos procesos de responsabilidad familiar y personal es un factor de privilegio masculino que desvincula a los hombres de esta línea de cuidados. No poseer el cuerpo adscrito para resolver ciertas problemáticas es cómodo para los hombres, en tanto que los libera de cargas y responsabilidades. No obstante, como anotan Alejandra Salguero y Juan José Yoseff (2020), para analizar las ausencias y presencias de los hombres en perspectiva de género, no podemos partir de estas como un problema de hombres irresponsables, sino que es necesario pensarlo como un proceso sociocultural que se configura a partir de un entramado relacional. Una configuración del género masculino que viene alimentada por dinámicas sociales reproducidas por todas y todos, y en último término, activadas o ratificadas por los propios hombres.

Esta cuestión relacional reaparece cuando hablamos de unos procesos asistenciales que buscan ser una malla de seguridad ante las necesidades básicas para el desarrollo de la vida de las personas. Siguiendo el marco conceptual de Mora y Montenegro (2009) sobre las fronteras culturales de la otredad, en ciertos procesos asistenciales el sujeto masculino podríamos entenderlo como *un cuerpo fuera de lugar*, un cuerpo que incumple la norma de un espacio frente a ciertos patrones, prácticas culturales y procesos naturalizados, apareciendo una justificación sobre “aquellos que, en su misma proximidad, ya son reconocidos como no pertenecientes, como fuera de lugar” (Ahmed, 2013, p. 21). Esta forma de relacionar al sujeto masculino y concretamente reconocer su lugar en las prácticas que se desarrollan dentro de los Servicios Sociales de Atención Primaria evidencia “tanto la demarcación como el cumplimiento de los límites de este lugar [...]. La imposición de fronteras requiere que alguien - aquí localizable [...] - ya haya cruzado la línea, ya se haya acercado demasiado” (Ahmed, 2013, p. 22). Es decir, un hombre usuario en los Servicios Sociales de Atención Primaria se convierte en un cuerpo con cierta carga de extrañeza, convirtiéndose en la excepción que confirma la regla. De este modo, el reconocer a los hombres dentro del espacio de los recursos de protección social evidenciará la producción de espacios delimitados y delimitables por la configuración del género, no solamente extrañando su presencia sino también

reconociendo cómo las presencias y las ausencias configuran las formas de vivir en ciertos espacios. Sara Ahmed (2015), cuando plantea la forma de tocar que poseen los cuerpos en los espacios, sitúa *lo táctil* como una metáfora, como una forma de conectarse en el mundo, de permitirnos tocar el mundo, de permitirnos vivir de forma consciente la presencia en un lugar o en otro. El cómo nos reconocemos y cómo metafóricamente nos tocamos (o nos permitimos tocar) sitúa en un lugar concreto al otro/a y, a la vez, configura las formas de situarnos en el orden social que nos acompaña. Desde esta mirada emergen las fronteras del género, entendiendo las mismas como:

...fronteras casi físicas, que limitan nuestra capacidad de percibir unificadamente, y que funcionan de una manera aparentemente externa a nosotros mismos, existen las fronteras que construimos socialmente, las demarcaciones invisibles u ostentosas a partir de las cuales generamos grupos ‘diferentes’ de seres humanos” (Juliano, 1998, p. 89).

El cuerpo varón, a pesar de la centralidad que le otorga el sistema patriarcal, como veremos más adelante, en los Servicios Sociales de Atención Primaria es entendido como un cuerpo lejos de sus fronteras, como diría Sara Ahmed (2013), un cuerpo extranjero, un cuerpo no adscrito al lugar y a las funciones sociales que se desempeñan en este contexto. Esta realidad se confronta con la paradoja de la aparición supranumeraria de hombres en recursos pertenecientes a los Servicios Sociales de Atención Secundaria, recursos donde se trabaja desde la prevención terciaria, es decir, donde se abordan problemas que ya se ha dado o incluso se han enquistado en la vida de las personas. La petición de ayuda, la carga de responsabilidad familiar o el cuidado propio y de los demás parecen ser cuestiones que alejan a los varones del rol que se espera que desempeñen y, de este modo, es necesario situarnos conceptualmente tras la construcción social del varón, su realidad hegemónica y sus alteridades cómplices, subordinadas, marginales y disidentes, para finalmente concretar desde dónde vamos a mirar a los hombres, y con ello, posicionarnos tras el relato de la masculinidad marginal como concepto clave desde donde mirar y analizar a los hombres usuarios que transitan por los recursos de protección social.

De este modo, en este capítulo pretendo poner luz a cómo se construye el sujeto varón en referencia a su posición de masculinidad marginal. Los hombres usuarios que transitan por los recursos de protección social, tras una mirada estigmática se sienten y son vistos en muchos sentidos tras un reconocimiento de otredad. Así pues, es importante

situar a los hombres tras un marco no esencialista que apunte a su realidad de género, la cual los permea y los construye de formas diversas. Connell (2015), en su obra *Masculinities*, identificará un patrón de masculinidad el cual, a partir de ciertas realidades interseccionales, modificará la posición jerárquica de los hombres, apuntando a la masculinidad marginal como una realidad más a tener en cuenta, no solamente en las formas de vivir ciertos hombres, sino en las formas con construirse la masculinidad hegemónica patriarcal. Sin embargo, como argumentaré a lo largo de este capítulo, en los estudios de masculinidades hemos puesto mucho más la mirada en que los hombres se construyen no siendo como las mujeres (Connell, 2015; Kimmel, 1997) y no tanto en como los hombres se construyen tras el desprestigio hacia otros hombres considerados en situación de fracaso (Badinter, 1993; Kaufman y Horowitz, 1989), una realidad que desdibuja y, a la vez, articula muchas formas de ser a nivel identitario. En este sentido, partiré de situar qué entendemos por la construcción social del varón para adentrarme posteriormente en el debate teórico que establecerá cómo entender las masculinidades en plural, y tras ello, acercarme a la masculinidad marginal dentro del relato de los estudios de género y los estudios de masculinidades. Un concepto que, a mi entender, sigue estando carente de definición clara. En consecuencia, me situaré tras la discusión que ha envuelto a este concepto teórico (Cheng, 1999; Coston y Kimmel, 2012; Haywood y Johansson, 2017; Jackson y Moshin, 2013) advirtiendo su potencial de análisis. Finalmente, situaré el concepto de masculinidad marginal como concepto a utilizar en el análisis social de esta investigación de tesis doctoral, atendiendo siempre a su referencia estructural y en coalición y simultaneidad híbrida con otras masculinidades. Posicionándome teóricamente tras este concepto para el análisis social de la realidad.

3.1 La construcción social del varón como teoría para el análisis social de los hombres usuarios

Qué es ser un hombre o cómo se llega a ser un hombre en la sociedad actual es un debate vivo, en constante redefinición, atravesado por planteamientos críticos, políticos y militantes que buscarán asentar los preceptos de dicha identidad. Desde lo académico, para los *men's studies* o estudios de masculinidades, el planteamiento de esta cuestión será central, depositando la mirada en los hombres como objeto de investigación desde

su particularidad de género. Cómo se configura dicha identidad y qué funciones o roles encarnan los sujetos masculinos en la sociedad actual son preguntas que se vienen formulando desde los años ochenta cuando, a raíz de los estudios de género, se rompe la inmanencia de la identidad masculina, arrojando una mayor luz hacia la capacidad de cambio y transformación de los propios hombres (Armengol, 2021; Martín, 2007). Desde entonces, diversos enfoques, tensiones y perspectivas han venido significándose con fuerza, arremetiendo contra la idea inmovilista, natural, normativa de ser hombre, alimentando un debate que, a día de hoy, está más vivo que nunca.

Para entender este debate, no podemos arrancar este relato teórico sin empezar a hablar de las investigaciones realizadas por la socióloga Raewyn Connell (2002, 2012, 2014, 2015, 2023). Frente a la pregunta ¿todos los hombres son iguales?, la autora diseccionará el concepto occidental de masculinidad evidenciando una multiplicidad de formas, dinámicas y patrones, dando paso a la utilización del concepto *masculinidades* en plural, identificando en sus estudios la corriente cultural patriarcal hegemónica que configura el género masculino y que es reproducida, en mayor o menor medida, por todos los hombres, definiéndola como la *masculinidad hegemónica* (Carrigan et al., 1985). La utilización de la idea gramsciana de hegemonía (Burawoy, 2014), adherida a la construcción del género, será una herramienta de uso potencial para entender cómo se configura la identidad masculina en los hombres y, en consecuencia, para vislumbrar cómo se articula la reproducción social y las resistencias ante los códigos patriarcales que envuelven a la masculinidad.

El concepto hegemonía, utilizado en las ciencias sociales, nos aporta la capacidad de dibujar las corrientes principales que nos empujan educativa, social, política, ideológica y culturalmente hacia una forma de ser sujeto en un contexto social concreto. El ser humano nace, como advierte Judith Butler (2016), en un contexto prediscursivo apareciendo envuelto de corrientes que le empujan hacia unas formas de reconocernos y reconocerse, y con ello, de ser y actuar, como si de un río se tratase.

De este modo, la construcción social del varón se nos presenta como un proceso de socialización y aprendizaje social, consciente e inconsciente, el cual se da para que todo varón adquiriera un conjunto de dinámicas o patrones identificativos con su propio género. Unas formas de ser, comportarse y entenderse que configurarán la identidad masculina, siendo la masculinidad hegemónica el modelo o patrón de referencia. Además,

la propia Connell (2015) advertirá que el concepto de masculinidad, tal y como se ha venido formulando en los últimos años, es un producto reciente analizado desde una mirada occidental como una categoría histórica, cultural y contextualmente situada, la cual no debe concebirse como una categoría aislada, sino como una categoría que se construye en relación con el género femenino y con otras categorías sociales ancladas a la propia masculinidad. Una corriente que envuelve a mujeres y hombres, y también a personas no binarias, la cual es alimentada y reproducida por todos y todas. De esta forma, cada cultura, sociedad y momento histórico vendrán determinados por una serie de estrategias relacionales, como diría Foucault (1999, 2012), unas corrientes discursivas, normativas, disciplinarias y naturalizantes que establecerán qué significa ser un hombre, y por correlación, qué cuerpos y personas se identifican o se deben identificar en dicha categoría, siendo la masculinidad hegemónica la corriente principal en la que caen los hombres al nacer en referencia a su construcción social.

Como expone Gayle Rubin (1986) las identidades de género se encuentran dentro de un sistema de relaciones sociales que producirán, a través de la conexión cultural entre el cuerpo y las prácticas adscritas a los distintos géneros, realidades diferenciadas según los cuerpos sexuados, quedando adscritos dentro de un *sistema sexo-género* que transformará las diferencias sexuales o biológicas en productos de actividad humana. Es decir, aquello que nos identifica con el género es el cuerpo biológico que nos haya correspondido al nacer, estableciendo el sistema patriarcal una falsa conexión entre naturaleza biológica (cuerpo) y construcción cultural (género). De este modo, el ser hombre (también el ser mujer) no parte de un aprendizaje o una reproducción consciente o que pasa mayoritariamente por la consciencia, sino que adquiere un componente de automatismo o inercia en la vida de hombres y mujeres por no ser cuestionado al ser concebido como un factor natural de la identidad del sujeto.

Ser hombre en la desigualdad: deseo, temor y prestigio

Análogamente a esto, es interesante ver cómo seguimos obteniendo la misma respuesta cuando nos preguntamos qué es ser hombre en la actualidad. Varios autores (Connell, 2015; Gutmann, 1998; Kimmel, 1997), décadas atrás, ya evidenciaron que la masculinidad se construye por oposición al género femenino, llegando a la conclusión

que ser hombre “significa no ser como las mujeres” (Kimmel, 1997, p. 52). Esta realidad sigue presente en los estudios sobre masculinidades y los análisis de género. El sujeto varón se configura anclado tras patrones dicotómicos de otredad, reconocimiento y estratificación que nos llevan a factores de desigualdad social donde las mujeres son la otra pieza de esta composición, llevándose estas la peor parte. Una configuración de las otras y de la feminidad que quedará articulada tras referencias de desvalorización social, apareciendo ante nosotras unas *políticas del desprestigio* que apuntarán a las mujeres y reformularán de forma desigual el valor social y el lugar de cada uno de los géneros (Cascales, 2017b).

Sin embargo, el por qué los hombres siguen reproduciendo un modelo de masculinidad hegemónica patriarcal sustentado en la desigualdad no tiene tanto que ver en el desprestigio de la feminidad, aunque este sea uno de sus grandes pilares, sino más bien en su relación contradictoria con su posición de poder, en tanto que a los hombres se los enseña a desear ser hombres, y a la vez, a temer la posibilidad de dejar de serlo, siendo el rechazo a la feminidad, el rechazo a la homosexualidad y el rechazo a lo infantil un subterfugio para sobrellevar una relación identitaria que pivota entre el deseo de ser y el temor a ser expulsado (Badinter, 1993).

El modelo de masculinidad hegemónica, el cual hace de espejo sobre todos los hombres, encarna y refuerza el modelo hegemónico que curiosamente acompaña al imaginario de prestigio y éxito social. Como expone Jokin Aspiazu (2017, p. 96) “si levantamos la mirada por un segundo de nuestros ombligos, veremos que nos movemos, actuamos, pensamos, vivimos y no dejamos de vivir como hombres”, pero no como hombres cualesquiera, sino que todo hombre, con mayor o menor medida, intentará reproducir a través de su subjetividad y sus prácticas los marcos hegemónicos que nos acompañan, siendo la masculinidad la categoría hegemónica que acompaña a su género. Es decir, anhelamos con mayor o menor medida patrones adscritos a una imagen masculina, adulta, heterosexual, cis, blanca, occidental, económicamente acomodada y sin discapacidad. Un marco de referencia que tropieza o se contradice con una multiplicidad de realidades masculinas donde “quien no tiene una losa, tiene una piedra”. Hombres pobres, vulnerables, discapacitados, adictos, emocionalmente inestables y dependientes, con vidas precarias, realidades adversas y sexualidades diversas que se esconden tras esta máscara de masculinidad idílica, la cual busca escenificar

constantemente la normalidad del cuerpo identitario que representa el triunfo social (Gil Calvo, 2006).

De este modo, esta máscara, imagen o pose de masculinidad hegemónica sobre la que se renegocia de forma constante nuestra identidad como hombres se configura desde la interiorización de una serie de consignas que aprehendemos como un estado natural al género, llegando a ser interiorizadas en muchos sentidos sin darnos cuenta, desde la lejanía de la consciencia (Gil Calvo, 2006). En este sentido, como decía Josep Vicent Marqués, la primera consigna básica que nos enseñan a los hombres desde bien pequeños y no nos damos cuenta es que “ser hombre en la sociedad patriarcal es ser importante” (Marqués, 1997, p. 19). Una consigna que cada hombre, ante su singularidad y posibilidades, la readaptará acomodándola a su realidad más inmediata, empujando a los hombres a una especie de competición por la búsqueda constante de un éxito social subjetivo, ya sea a través del trabajo, del deporte, de la participación política o de cuestiones tan simples y cotidianas como ser el cabeza de familia o el ser presidente de una falla, de un club, de una asociación o de su comunidad de vecinos. Y también, desde prácticas de hipermasculinidad, las cuales aportan un lugar subjetivo de éxito masculino en ciertos grupos de hombres. Una idea abstracta que funciona como sostén identitario, dando un sentido a la vida de los hombres desde lo micro y, a la vez, teniendo una mirada subjetiva en lo macro tras el pretexto de llegar a ser algo importante en la vida.

De este modo, ser importante, hacer historia o triunfar en la vida conforma una direccionalidad de la acción masculina, leído culturalmente como aquello que se espera de los hombres de forma proactiva. Así pues, en la cultura encontramos un amplio marco de referentes masculinos representados en los libros de texto, en el cine, la música, la literatura y el arte tras el relato de la búsqueda del éxito social y, en consecuencia, cuando traducimos esta realidad en el comportamiento humano, este matiz se vislumbra en el relato de las experiencias de vida de los hombres, configurándose narrativas desde la épica donde el sujeto masculino será relatado como el centro de importancia, transportándonos de nuevo a la contradicción que ya nos dibujó en su momento Marqués (1997, p. 25), el cual apuntaba a que “el varón es un loco megalómano que se cree ser varón. El varón es un loco masoquista que cree estar obligado a ser varón”. Una realidad que transitará entre la obligación de ser y el deseo de ser como la cultura androcéntrica y patriarcal nos indica.

La distinción como forma de articular la masculinidad

Para producir este marco de referencia entre cuerpo sexuado masculino y prácticas culturales vinculadas a una masculinidad hegemónica patriarcal, desde la socialización diferencial y la educación se interiorizarán una serie de creencias matriz (Bonino, 2002a), basadas en unos mandatos de la masculinidad (David y Brannon, 1976) que resituarán al cuerpo masculino sobre formas concretas de estar, vivir, sentir y pensar la vida. Una forma de construirnos que acompaña a la masculinidad con el fin de ser reconocidos como hombres y, a la vez, generar desde su reproducción social lo que Bourdieu (2016) acotará como *la distinción* más allá de lo estético.

[Una] legitimidad que les es reconocida mientras que permanezca desconocida su relación con las disposiciones e intereses propios de un grupo definido por un fuerte capital cultural, [proporcionando] una especie de término absoluto al juego necesariamente indefinido de los gustos que se relativizan mutuamente; contribuyendo de este modo, mediante una inversión paradójica, a legitimar la pretensión burguesa a la "distinción natural" como *absolutización de la diferencia* (Bourdieu, 2016, p. 55).

Es decir, la reproducción social y el mantenimiento de los marcos hegemónicos será alimento para la permanencia de la distinción social, y en el caso de la masculinidad, alimentará la diferencia entre hombres y mujeres (también con respecto a otros hombres y sujetos que no cumplan con los marcos hegemónicos adscritos a su género), naturalizando y normalizando la masculinidad como una categoría unas veces imperceptible, otras veces sobreexpuesta, asentada sobre una concepción esencialista de adscripción del género a diferentes espacios, capacidades y prácticas de vida. Una cuestión que, no solamente naturalizarán las prácticas como masculinizadas o feminizadas, sino que a la vez naturalizará la diferencia a través del *habitus* o prácticas cotidianas estructurantes que reproducen el *statu quo* imperante de la sociedad (Bourdieu, 2008, 2016), y si hablamos del género masculino, mantendrán, por encima de las demás formas de ser hombre, un marco de representación simbólica y cultural anudado a la masculinidad hegemónica patriarcal.

Los varones, tras esta idea bipolar que transita entre el deseo de ser hombre y el temor de no ser reconocido como hombre, reproducirán prácticas estructurantes a través de seguir unos *mandatos de género*, los cuales entran en acción desde una realidad que

pivotará ente el consciente y el inconsciente, por la normalización y naturalización de las prácticas de vida (Cascales, 2017b; Sambade, 2008). La existencia de mandatos culturales dirigidos a la masculinidad es una cuestión que aparece continuamente desde diversos enfoques y planteamientos (Badinter, 1993; Ceballos, 2012; Faur, 2006; Heilman y Barker, 2018; Kimmel, 1997; Menjívar, 2005; Olavarría, 2001; Juan Carlos Ramírez, 2020b; Segato, 2019). En nuestro caso, para seguir profundizando en estos mandatos, propongo seguir la propuesta organizativa de Deborah S. David y Robert Brannon (1976), todavía vigente en la actualidad⁵⁶, donde se expone que la identidad masculina se configura a través de cuatro mandatos de género masculinos, los cuales serán aprendidos y aprehendidos por todos los hombres (también por las mujeres en referencia a los hombres) a través de la socialización diferencial que nos acompaña. En este sentido, a los hombres, desde niños y hasta el final de nuestros días, se nos socializará y educará de muy diversas formas y a distintos niveles de intensidad en los siguientes mandatos:

- (1) “Nada con asuntos de mujeres”: como mandato que establece la base de la diferenciación y repudio de la identidad femenina en los hombres, configurándose como un estigma para aquellos hombres que acojan ciertos códigos y prácticas vinculadas a la feminidad en sus vidas;
- (2) “Sé el timón principal”: mandato que lleva a los varones a identificarse y ser reconocidos tras la función social masculina tradicional del *paterfamilias* o *breadwinner* y, a la vez, configura la referencia de la masculinidad con el poder, el éxito, la capacidad de decisión, naturalizando un sentido del derecho patriarcal en los hombres como una posición de honor a preservar por los propios hombres. Una posición social superior naturalizada que invisibiliza la realidad de ventaja social de los hombres y articula gran parte de las actitudes de defensa masculina;
- (3) “Sé fuerte como un roble”: como imperativo social masculino tras el cual todo hombre debe demostrar hombría y virilidad de forma constante para ser identificado como hombre. Un imaginario corporal y cultural al que aspirar, desde el cual se

⁵⁶ Autores como Kimmel (1997) recuperarán los mandatos de la masculinidad de Deborah S. David y Robert Brannon tras la finalidad dar un cierto orden práctico a los patrones de virilidad que reproducen los hombres. En el contexto español autoras y autores como Sau (2000), Sanfélix (2011) o Bonino (2000) también recuperarán como estrategia metodológica para el análisis del comportamiento masculino dicha clasificación, siendo su uso un posicionamiento estratégico para hacer visibles ciertos patrones y prácticas masculinas.

configuran ciertas prácticas sociales como la exposición al riesgo, la negación del dolor o la negación emocional entre otras muchas cuestiones; y finalmente

- (4) “Mándalos a todos al infierno”: aludiendo a un mandato a través del cual se aprende la legitimidad masculina como hombre a través de la idea de que todo hombre tiene que ser dueño de su propio destino. Una vinculación entre el cuerpo masculino y un sentimiento de autoridad cultural frente a otras formas de existencia, configurándose de este modo un auto-concepto superlativo del yo, así como una mayor permisividad social ante los desfases de la vida.

Estos mandatos se establecerán en la subjetividad de los hombres de formas muy distintas, con sus matices y sus particularidades, produciendo formas de pensar y actuar. En este sentido, se convertirán, no solamente en prácticas y acciones masculinas que apuntan al deseo de ser hombres, sino también en estrategias de competición y reconocimiento identitario entre hombres que servirán para medir, controlar, disciplinar y distinguir a aquellas masculinidades que no son suficientemente hombres, a aquellas de ser temerosas de ser no ser consideradas un *hombre de verdad*. Una fórmula de masculinidad que posee su raíz más profunda en la masculinidad hegemónica, la cual queda sustentada:

en el ejercicio de la fuerza y del poder, en la ocultación de los sentimientos, en la ostentación heterosexual, en la obsesión por el tamaño del pene y por la conquista sexual, por el éxito y por el dinero, y en la misoginia y en la homofobia [siendo] una de las formas en que se socializan los hombres (Lomas, 2007, p. 93).

Lo curioso de este imaginario referencial de masculinidad es que casi ningún hombre cumplirá con este modelo en tanto que la masculinidad hegemónica patriarcal no es encarnada plenamente por casi ningún hombre (Sanfélix, 2011). Sin embargo, todos los hombres se relacionarán con dicha corriente cultural patriarcal representada tras la categoría de masculinidad hegemónica, la cual, no solamente establecerá un modelo desde el que verse reflejados, sino que marcará las fronteras de género que acompañan a la identidad, teniendo los hombres que renegociar su identidad constantemente ante todos los patrones normativos que son producidos y reproducidos por los mandatos de género y los modelos que la hegemonía produce.

Estrategias de distinción masculina: hombría, virilidad y violencias

Curiosamente, si la categoría masculina funciona como un contenedor al que adscribirse o donde insertarse, el cuerpo sexuado de los hombres no será suficiente para ser identificado como hombre, apareciendo el riesgo de ser expulsado de la categoría masculina (Cascales, 2015). En este sentido, Marqués (1997) hablará de *terrorismo de pandilla* o Kimmel (2009) de *la policía del género* para identificar las prácticas disciplinarias que se dan entre hombres las cuales configurarán el control de la masculinidad hegemónica dentro de su propia categoría, prácticas que son reproducidas mayoritariamente por hombres pero que pueden ser también reproducidas por mujeres en tanto que los códigos culturales que acompañan a dichos mandatos se configuran en la relación social, no únicamente en los sujetos masculinos. No obstante, la conformación de la masculinidad y la adscripción a la categoría masculina se configura principalmente desde las relaciones homosociales (Badinter, 1993), siendo los propios hombres quienes principalmente reclamarán disciplinariamente el cumplimiento del rol y las funciones adscritas a su identidad, quienes controlarán y castigarán a quien se sale de los códigos normativos de la masculinidad (Kaufman y Horowitz, 1989), apareciendo entre los hombres prácticas represivas, disciplinarias, incluso violentas hacia todo aquel hombre que no cumpla con dichos patrones (Guasch, 2008; Kimmel, 1997).

Para evitar o eludir estas prácticas disciplinarias, los hombres interiorizarán formas masculinas de relacionarse que les ayuden a cumplir los mandatos de la masculinidad. Tras una cuestión de anhelo masculino en unos casos y una práctica de *reducción de daños* en otros, los hombres buscarán fórmulas que les alejen de las violencias disciplinarias que puedan recibir por no cumplir con aquello que le corresponde al ser hombre. El sociólogo Michel Kaufman (1989) hablará de un ejercicio de *violencias sobre uno mismo* para acotar este marco auto-disciplinario que negará la debilidad, la fragilidad y las emociones masculinas a través de prácticas, muchas veces nocivas e auto-infligidas, de masculinidad. Además, siguiendo a Gutmann (1998), la forma a través de la cual los hombres buscarán constantemente mantenerse en la categoría masculina será a través de la *hombría* y la *virilidad*. Los mandatos de la masculinidad orientarán a los hombres hacia una demostración constante de pertenencia a su propia categoría. Si el cuerpo sexuado, como hemos anotado anteriormente, no es suficiente

indicador para ser reconocidos como hombres, esto conllevará la necesidad de una producción de prácticas y ritos de masculinidad desde los cuales adquirir, mantenerse y ser reconocidos socialmente como hombres (Gilmore, 1994). A la vez, estas prácticas también jerarquizarán a los hombres dentro de la misma categoría, buscando, a través de la demostración masculina, ser considerados *más hombres* que los demás, configurándose una competición o competencia identitaria entre hombres. Mientras que la *hombría* “es todo aquello que los hombres piensen y hagan para ser hombres” (Gutmann, 1998, p. 49), es decir, la identificación consciente de prácticas relacionadas directa y culturalmente con el ideal de masculinidad hegemónica, la *virilidad* será el indicador que servirá para medir y jerarquizar a los hombres dentro de la propia categoría. No solamente se actúa o se debe actuar como hombres y para los hombres, sino que se valorará el nivel que la reproducción de la práctica masculina adquiere, conllevando un reconocimiento homosocial de la acción realizada. De este modo, la demostración de la virilidad funcionará como sostén identitario y otorgará formas de demostrarse hombre, configurándose un espacio donde medir el valor social como hombres dentro del grupo de iguales y los espacios relacionales.

No obstante, la virilidad como indicador de masculinidad no debemos entenderla como una cuestión homogénea, unificada y cuantificable, como decir del uno al diez cuán viril eres como hombre. La virilidad, como marco referencial, dependerá de los códigos de masculinidad a los que se les den más valor dependiendo del grupo social o grupo de iguales donde cada hombre se relacione. Es decir, la virilidad se configura desde una visión subjetiva construida por el grupo social más inmediato donde esté inmerso el sujeto varón. Por ejemplo, si en su realidad inmediata la conquista sexual está más reconocida que la demostración de la fuerza a partir de prácticas violentas, aquellas prácticas que otorgarán un mayor reconocimiento dentro del grupo masculino serán las prácticas sexuales, y menos, por ejemplo, el pelearse con otros hombres. Sin embargo, aunque unas prácticas adquieran un valor subjetivo superior según el contexto, las demás prácticas de masculinidad no quedan exentas de su capacidad como sostén identitario, aunque, en algún caso sí que pueden tener una consideración de repudio por el propio grupo. Ejemplo de ello es que no todos los hombres habrían ratificado como prestigio social masculino

las prácticas de violación o violencia sexual ejercidas por las manadas que han surgido en la última década a lo largo del territorio español⁵⁷.

Ante todo esto y sin perder de vista que la masculinidad es una categoría social privilegiada, con todos los significantes que conlleva esto, a toda esta cuestión hay que sumarle que,

...si las mujeres, sometidas a un trabajo de socialización que tiende a menoscarlas, a negarlas, practican el aprendizaje de las virtudes negativas de abnegación, resignación y silencio, los hombres también están prisioneros y son víctimas subrepticias de la representación dominante (Bourdieu, 2000, p. 67).

Cuando Bourdieu hace tal afirmación lo que nos está indicando es que la demostración de la virilidad masculina alimenta unas formas de reconocernos como hombres que empuja a los varones hacia un cierto auto-sometimiento de reproducir prácticas de masculinidad que les empuja a ser identificados en la sociedad y en el grupo de iguales como parte del colectivo de varones. Una realidad que será considerada durante mucho tiempo natural de los propios hombres e inmanente, la cual buscará justificar la imposibilidad de separación entre las prácticas de demostración de la virilidad y el cuerpo sexuado masculino. Esta forma de construir el relato de las prácticas de masculinidad nos ha llevado a justificar ciertas acciones nocivas masculinas como naturales, acciones como la violencia sexual o la agresión a personas de una orientación sexual no heteronormativa, adscribiendo las mismas como prácticas normales y naturales de los hombres, evadiendo y negando falazmente desde el relato de la inmanencia, no solamente la responsabilidad de los propios hombres agresores, sino también su carácter socialmente construido.

⁵⁷ El 7 de Julio de 2016, durante las fiestas populares de San Fermín en Pamplona cinco hombres de Sevilla violaron a una chica de dieciocho años. Tras la denuncia el caso se volvió un hecho mediático por la declaración de abuso sexual y no de agresión sexual, cuestión agravante frente a un hecho de violación. Esto hizo que hubiese una movilización global a lo largo del territorio español con concentraciones y movilizaciones en favor de la víctima y en contra del alegato judicial. El juicio llegó al Tribunal Supremo, el cual decretó que sí que hubo agresión sexual y los implicados fueron condenados a quince años de cárcel.

El caso es conocido como el “caso de la manada” porque los cinco hombres de la violación en grupo tenían un grupo de WhatsApp con 21 hombres llamado “la manada” donde se vanagloriaban de la realización de este tipo de agresiones sexuales contra esta y otras mujeres.

Gracias al caso de la manada se hizo más visible este tipo de agresiones sexuales de hombres contra mujeres, apareciendo otras manadas y haciéndose más visibles los casos de agresiones sexuales en grupo.

Dañino y dañado: los efectos de la masculinidad en el punto de mira

Además, Bourdieu (2000) relatará como la virilidad no solamente se ratifica desde las acciones violentas sino también, como muchas y muchos otros autores apuntan, a través de la demostración de fortaleza y sobreexposición masculina al riesgo (Blanco, 2012; de Keijzer, 1997; Gasch Gallén, 2016; Gilmore, 1994; Martínez, 2019; Rivas Sánchez, 2004; Sanfélix y Téllez, 2017). La construcción social de la masculinidad y la exposición al riesgo es un vínculo aparentemente indisociable para los hombres siendo, como anota Bourdieu (2000, p. 67), aunque no me guste tal concepto, “víctimas subrepticias” de sus propias prácticas. Curiosamente, la literatura académica, tras esta realidad pivotante entre los efectos del patriarcado sobre los hombres y su reproducción social subordinante, ha construido un relato que dibujará a los hombres como *dañinos* y *dañados* evidenciando la posición opresora masculina y, a la vez, las prácticas de riesgo y las violencias que le acompañan (Lomas, 2013; Mac an Ghaill y Haywood, 2012). Ciertamente la masculinidad, como en muchos otros países, posee un factor estadístico preocupante en España. La diferencia en la esperanza de vida de los hombres, a pesar de haberse reducido en los últimos treinta años, en 2019 se encontraba 5’4 años por debajo al de las mujeres⁵⁸; poseen más probabilidad de morir por enfermedades como el cáncer, el Covid-19 o ciertos problemas cardíacos graves⁵⁹, así como el índice de muertes por accidente laboral y por actividades de riesgo supera exponencialmente al de las mujeres⁶⁰.

⁵⁸ Datos extraídos del Instituto Nacional de Estadística (INE).

https://www.ine.es/ss/Satellite?L=es_ES&c=INESeccion_C&cid=1259926380048&p=1254735110672&p_agename=ProductosYServicios/PYSLayout

⁵⁹ Se estima que el número de casos de cáncer en España durante el 2021 está alrededor de los 276.239 casos, donde 158.867 son hombres y 117.372 son mujeres [datos extraídos de la Red Española de Registros de Cáncer (REDECAN); https://seom.org/images/Cifras_del_cancer_en_Espnaha_2021.pdf]. Por otra parte, aunque no es concluyente (Ruiz-Cantero, 2021), se estima que el 60% de los contagios y muertes por Covid-19 son varones (Li et al., 2020).

En temas cardiovasculares hay diferencias entre sexo, sobre todo por los sesgos de género que han venido invisibilizando los problemas cardíacos de las mujeres. No obstante, las estadísticas nos brindan unos datos que sitúan la defunción de los hombres ante los infartos agudos de miocardio en una prevalencia del 61% frente a un 39% las mujeres; u otras enfermedades isquémicas del corazón con una prevalencia del 60% hombres frente a un 40% mujeres. [datos extraídos del INE; <https://www.ine.es/jaxi/Datos.htm?tpx=45864>].

La mayoría de estos estudios inciden, no solamente en los factores biológicos, sino también en factores de género vinculados a los estilos de vida y las conductas de riesgo.

⁶⁰ Si depositamos la mirada en el índice de accidentes de trabajo segregado por sexo y gravedad encontramos que en el año 2019 los hombres tuvieron el doble de accidentes que las mujeres. Esto

A esto hay que sumarle que el índice de suicidios anuales en 2019 dibujaba, según el Observatorio del Suicidio en España, una incidencia donde tres de cada cuatro personas que se suicidaron eran hombres⁶¹ y, a la vez, aparecen con porcentajes mucho mayores que las mujeres ante la perpetración de hechos violentos como las agresiones homófobas⁶², las agresiones aporafóbicas⁶³ o la violencia de género donde se presentan altos índices de feminicidio⁶⁴. En educación, el abandono escolar temprano tiene rostro de género masculino⁶⁵, con lo cual, en las últimas décadas, quienes consiguen mayores

empeora tal cual aumenta la gravedad de los accidentes, llegando a que alrededor de un 90% de los casos graves registrados son hombres. Esta realidad produce que la mortalidad por accidente de trabajo sea 13'3 veces mayor en los hombres [Elaboración del INSST a partir de los datos del Anuario de Estadísticas del Ministerio de Trabajo y Economía Social 2019. MITES; <https://www.insst.es/documents/94886/785254/Informe+anual+de+accidentes+de+trabajo+en+Espa%C3%B1a+2019/550b6df1-a35c-437d-84fc-1cd679c044d7>].

⁶¹ Datos extraídos del Informe del Observatorio del Suicidio en España del 2019 [<https://www.fsme.es/observatorio-del-suicidio-2019/esp%C3%B1a/>]

⁶² Los delitos de odio registrados contra el colectivo LGTBI+ son agresiones perpetradas principalmente hacia hombres cis homosexuales (70% de las agresiones registradas), las cuales son realizadas por otros hombres cis heterosexuales (85%). [Datos extraídos del Informe 2019 de delitos de odio de la FELGTB; https://felgtb.org/wp-content/uploads/2020/06/INFORME_DELITOSDEODIO2019.pdf].

⁶³ El 100% de los delitos de odio registrados en 2019 como aporofobia fueron perpetrados contra hombres, en los cuales el 85% de las personas agresoras fueron hombres. [Datos extraídos del Informe de la Evolución de los Delitos de Odio en España 2019 del Ministerio de Interior; <http://www.interior.gob.es/documents/642012/3479677/Informe+sobre+la+evoluci%C3%B3n+de+delitos+de+odio+en+Espa%C3%B1a%2C%20a%C3%B1o+2019/344089ef-15e6-4a7b-8925-f2b64c117a0a>].

Adela Cortina (2017) irá más allá e indicará que este tipo de agresiones son perpetradas principalmente por hombres principalmente jóvenes.

⁶⁴ Tras esta realidad encontramos un baile de cifras por la complejidad y el debate sobre qué factores hay que tener en cuenta para contabilizar un caso como feminicidio o asesinato por violencia de género. Mientras que la mirada más crítica y más inclusiva en este aspecto indicará que en 2020 se contabilizan 83 feminicidios y asesinatos en España [Datos extraídos de Femicidio.net], las cifras que marca el Ministerio de Igualdad serán 44 mujeres asesinadas por violencia de género [Datos extraídos de las Estadísticas de víctimas mortales por Violencia de Género. Año 2020. Del Ministerio de Igualdad; https://violenciagenero.igualdad.gob.es/violenciaEnCifras/victimasMortales/fichaMujeres/pdf/VMortal.es_04_01_2021.pdf]. Lejos de ser una cuestión falta de importancia, hay que tener en cuenta que en 2020 se registraron un total de 298 homicidios o asesinatos [Datos extraídos del Instituto Nacional de Estadística; <https://www.ine.es/jaxi/Datos.htm?path=/t00/ICV/dim6/&file=61103.px>], siendo alrededor del 15% de los homicidios registrados en España perpetrados por hombres hacia mujeres en el marco de la Ley de Violencia de Género.

A esta realidad mortal, la cual es la punta del iceberg de un problema social grave, hay que añadirle el número de denuncias de mujeres que han padecido maltrato a manos de sus parejas hombres, han denunciado y se ha admitido la denuncia por parte del poder judicial. El dato sube a 113.615 casos de los cuales, por la situación de riesgo de feminicidio para la mujer, 27.743 poseen orden de alejamiento [Datos extraídos del Boletín Estadístico Mensual de Diciembre del 2020 del Ministerio de Igualdad; https://violenciagenero.igualdad.gob.es/violenciaEnCifras/boletines/boletinMensual/2020/docs/BE_Diciembre_2020.pdf].

⁶⁵ En 2020 el abandono temprano de la educación en España se sitúa en un 16%, de los cuales la mayor incidencia de abandono se da en los chicos (20,2%) los cuales superan a las chicas (11,6%) que abandonan sus estudios. [Datos extraídos del Resumen del Ministerio de Educación y Formación Profesional de

índices de finalización de estudios de secundaria e ingreso en la universidad, así como un mayor porcentaje de egresadas, están siendo las mujeres⁶⁶. Si depositamos la mirada en las acciones delictivas y la entrada en recintos penitenciarios, las cifras se disparan, habiendo una población reclusa del 93% de hombres, apareciendo un género muy presente en las penas privativas de libertad⁶⁷.

Estos datos dibujan el relato evidente de que los hombres se encuentran en un espacio identitario que pivota entre una masculinidad dañina y dañada, sin embargo, los efectos que el patriarcado descarga sobre los hombres no significa que sean una categoría social oprimida en tanto que, a pesar de generarse efectos negativos, los predispone tras un valor social superior que les aporta una mayor comodidad, más facilidades y un mayor reconocimiento para desenvolverse en las prácticas de vida. De este modo, aunque se haya avanzado en la lucha por la igualdad de género, la masculinidad y los patrones masculinos siguen siendo la representación del cuerpo naturalizado en los espacios directivos, el espacio público y el espacio político (Hearn, 2006) y, en consecuencia, el equilibrio de poder sigue balanceándose, favoreciendo y dando un valor social superior hacia los hombres, sobre todo en los estratos más acomodados de la sociedad. De esta forma, en 2021 el 56,3% de los órganos superiores y altos cargos de la Administración General del Estado fueron ocupados por hombres, así como el 65,4% de las Secretarías del Estado. En los Consejos de Administración de las empresas que componen el Ibex-35 un 69,3% son hombres donde el cargo de presidencia es copado por el género masculino con un 94,1% de representación⁶⁸. En los órganos constitucionales en el Consejo Económico y Social encontramos un 72,4% de hombres, en el Consejo de Estado un 58,1% y en el Consejo del Poder Judicial un 59,1%, así como en las reales academias

la Encuesta de Población Activa del Instituto Nacional de Estadística, así como en la Encuesta Comunitaria de Fuerza de Trabajo (*Labour Force Survey*) de Eurostat; <https://www.educacionyfp.gob.es/dam/jcr:59f6b4f0-b2a9-4781-b298-96fb27eea0c8/notaresu.pdf>].

⁶⁶ En el curso 2019-2020 el 59,8% del alumnado que ingresó en su primer año de universidad fueron mujeres, habiendo variaciones según ramas de enseñanza. Al mismo tiempo, en estudios de posgrado un 55,4% del alumnado fueron también mujeres. [Datos extraídos del Instituto Nacional de Estadística; https://www.ine.es/ss/Satellite?L=es_ES&c=INESeccion_C&cid=1259925481211&p=%5C&pagename=ProductosYServicios%2FPYSLayout&param1=PYSDetalle&param3=1259924822888].

⁶⁷ Según datos del Instituto Nacional de Estadística en 2018 España tenía una población reclusa de 59.536 personas las cuales 92,53% eran hombres y 7,47% mujeres (Ruiz-Morales, 2020).

⁶⁸ Datos extraídos del INE https://www.ine.es/ss/Satellite?L=es_ES&c=INESeccion_C&cid=1259925595694&p=%5C&pagename=ProductosYServicios%2FPYSLayout&param1=PYSDetalle&param3=1259924822888#:~:text=En%20el%20a%C3%B1o%202021%2C%20el,anterior%2C%20hasta%20un%2043%2C7

el 86,3% son hombres⁶⁹. En el mundo de la educación superior universitaria encontramos que el 82% de los rectores son hombres y 76,1% de las cátedras también⁷⁰, por poner algunos ejemplos. No obstante, estas cifras no contradicen la idea de que la masculinidad daña y es dañina para los hombres, sino que en realidad refuerza la idea matriz de la competición y el control entre hombres tras la búsqueda constante de demostrar ser hombre y, a la vez, buscar el éxito, o como decía Josep Vicent Marqués (1997), buscar ser importante.

Así pues, como anota Juan Blanco (2012) la construcción de la identidad masculina se convierte para los mismos hombres en un factor de riesgo, en tanto que la demostración constante para no salirse de la propia categoría hará exponerse a los propios varones a situaciones ciertamente cargadas de peligro para su salud y su realidad personal y relacional, desde donde reafirmarán su masculinidad. Acciones donde se producirá una *triada de violencias* que irá dirigida tanto hacia las mujeres, los niños y las niñas, como hacia otros hombres y hacia uno mismo (Kaufman y Horowitz, 1989), en tanto que el cuestionar el imaginario identitario masculino y la ruptura del orden de género puede convertirse en un peligro para los hombres, pudiendo ser controversial para su identidad como sujeto dominante. Sin embargo, la violencia hacia uno mismo es lo que tendrá una fuerte incidencia en las propias prácticas de hombría y virilidad, exponiéndolos en muchos casos a los propios hombres a un desgaste personal y corporal, con decisiones complejas, trabajos interminables y prácticas masculinas absurdas que los llevarán al límite (de Keijzer, 2003) y, a la vez, los expondrán a prácticas de riesgo con tal de reafirmarse como hombres (Sanfélix, 2017), exhibiéndolos en muchos casos a riesgos ciertamente innecesarios⁷¹. Una realidad que convertirá la exposición al riesgo masculina en un problema social casi imperceptible por la naturalización de ciertas prácticas de género patriarcales reproducidas por los hombres en la sociedad actual (Blanco, 2012).

⁶⁹ Datos extraídos del INE https://www.ine.es/ss/Satellite?L=es_ES&c=INESeccion_C&cid=1259925595743&p=%5C&pagename=ProductosYServicios%2FPYSLayout&param1=PYSDetalle&param3=1259924822888

⁷⁰ https://www.infolibre.es/politica/hay-nueve-rectoras-50-universidades-faltan-catedraticas-dan-paso-frente_1_1198170.html (consultado el 18.02.2022)

⁷¹ Joan Sanfélix en su investigación de tesis doctoral y posteriores trabajos expone cómo los varones reproducen prácticas de riesgo que poseen un valor simbólico para el grupo de iguales masculino, dibujando en su estudio sobre los hombres valencianos una serie de prácticas de riesgo y demostración de virilidad como los saltos a los ríos o acequias desde enclaves de cierta altura y dificultad (donde todos los años muere gente por este tipo de prácticas) o el juego bélico de “*fer arca*” donde los chicos se tiran piedras los unos contra los otros (Sanfélix, 2017; Sanfélix & Téllez, 2017).

El orden de las cosas y la función social de la masculinidad

Qué tiene que hacer un hombre o cuál es su lugar dentro del orden de género también formarán parte del dibujo de las fronteras identitarias de la masculinidad. De esta forma, para empujar a los hombres hacia el lugar que les corresponde habitar se naturalizarán unas funciones sociales adscritas a su cuerpo, las cuales les indicarán: (1) el papel que les corresponde, (2) los espacios que son propios de su género, y (3) unas formas de habitarlos y funcionar, atribuyendo y normalizando al cuerpo masculino una serie de roles ante las prácticas de vida. El antropólogo David D. Gilmore (1994), cuando profundiza en las formas de ser hombre en diferentes culturas, evidenciará que a los varones se les asignan, a modo de imperativo cultural, tres funciones masculinas: el hombre como productor (como ganapanes o *breadwinner*, *paterfamilias* y *homo economicus*), el hombre como protector (de sus propiedades, incluida su mujer y sus hijos/as como propiedad del hombre) y el hombre como procreador (inseminador sexualmente activo).

Análogamente a esta realidad, las funciones de la masculinidad se ponen en marcha como una herramienta para orientar a los hombres sobre el lugar que les concierne por ser hombres, convirtiéndose en un proceso de construcción de sentido para cada uno de ellos. Establecer a nivel identitario qué lugar es el que corresponde habitar desde una serie de atributos e imperativos culturales, producirá una priorización de las prácticas de vida sobre un cuerpo concreto, convirtiéndose estas funciones e imperativos culturales en fuentes de sentido (Viveros, 2002). De este modo, el orden de género no es una atribución esencial o natural de los sujetos que comparten la misma identidad por poseer un cuerpo concreto, sino una construcción social estratégica, contextual y situada que se configurará a través de la diferencia con los otros/otras que cohabitan en la propia existencia del yo identitario y no al margen de esta. Naturalizar y normalizar el cómo actuar, qué espacios le corresponde habitar a la propia identidad y qué sujetos son identificados y reconocidos como parte del grupo social será uno de los principales papeles que poseen los márgenes hegemónicos que nos acompañan. En este sentido, ante el orden de género patriarcal, volvemos a encontrar cómo aquellos sujetos que transitan por contextos no adscritos a su cuerpo o identidad serán cargados de extrañeza (Ahmed, 2013) y serán reconocidos en los márgenes de la anormalidad (Foucault, 2001b), configurando prácticas disciplinarias,

incluso coercitivas, que cargan de incomodidad su existencia ante ciertas funciones, lugares, roles, espacios..., simplemente por no poseer el cuerpo adecuado ante el lugar o la práctica que se ha decidido habitar.

En este sentido, la naturalización y normalización de los roles y funciones de la masculinidad no estará simplemente basada en la inclusión de un cuerpo en un espacio-función-rol, sino que, como anota Laclau (1990):

...la constitución de una identidad siempre se basa en la exclusión de algo y el establecimiento de una jerarquía violenta entre los dos polos resultantes: hombre / mujer, etc. Lo peculiar del segundo término queda así reducido a la función de un accidente, en oposición al carácter esencial del primero. Sucede lo mismo con la relación negro-blanco, en que el blanco, desde luego, es equivalente a "ser humano". "Mujer" y "negro" son entonces "marcas" (esto es, términos marcados) en contraste con los términos no marcados de "hombre" y "blanco" (citado en Hall y Gay, 2003, p. 19).

Así pues, el ir *marcando la alteridad* de las identidades no hegemónicas es una estrategia para expulsar y distinguir a aquellos sujetos reconocidos como portadores de la diferencia, en este caso lo femenino en los espacios establecidos para los hombres, y, además, para ir repudiando todo aquello que sea una amenaza frente el mantenimiento de un *statu quo*, en este caso un orden social heteronormativo, que mantiene su exclusiva adscripción a los hombres de ciertas funciones sociales, curiosamente aquellas que poseen mayor valor social y reconocimiento dentro del orden social imperante (Hearn, 2006).

Prácticas como el sexismo y la homofobia se convertirán en herramientas de construcción identitaria para los hombres (también para las mujeres), como forma de significar su lugar en el orden de género. Además, recordar que la condición masculina se articula desde una configuración identitaria en constante riesgo de expulsión para los propios hombres (Cascales, 2015; Gilmore, 1994), cosa que en muchos casos producirá sentimientos contradictorios en los varones como confusión, frustración y sentimiento de desempoderamiento, por no conseguir superar las pruebas a las que les somete la identidad masculina (Seidler, 2006) y, a la vez, por la invisible percepción de los dividendos y ventajas que les otorga el patriarcado (Cascales, 2017b; Connell, 2002, 2015; Johnson, 2001), las cuales al estar repartidas de forma desigual entre los hombres se considerará que no son propias o que no existen (Connell, 2015). Una cuestión que puede llevar a configurar una serie de sentimientos de confusión e impotencia en el sentir

de los hombres, cuando se les indica que poseen una posición social privilegiada (Seidler, 2006).

En este sentido, nos enfrentamos al reto de acercarnos a una realidad masculina de hombres usuarios los cuales están atravesados por procesos de precarización de la vida que los convierte en hombres que viven de forma constante en la frontera de la masculinidad, no tanto por no ser hombre, sino haber fracaso o vivir en riesgo constante de fracasar como hombres. Acercarnos a las particularidades que se dan en sus vidas desde la construcción del género nos aportará un nuevo foco para seguir indagando en los obstáculos, las barreras y las dificultades identitarias que envuelven a los sujetos de estudio, siendo el siguiente paso situar a los hombres usuarios dentro de la multiplicidad de hombres existentes.

La identidad de los hombres en masculino plural

Hablar de masculinidades en plural implica identificar que no existe solamente una forma de masculinidad, siendo necesario contextualizar teóricamente esta realidad tras la intencionalidad de situar o contextualizar a los hombres usuarios dentro de la diversidad de hombres existentes.

Hablar de masculinidades y no de masculinidad en singular no es baladí en tanto que conlleva poner encima de la mesa una pluralidad de hombres que no cumplen y/o no se identifican con la masculinidad hegemónica patriarcal imperante, albergando realidades identitarias que se alejan de los patrones de género masculinos socialmente impuestos. Raewyn Connell (2015) cuando investiga esta cuestión desmenuzará el concepto masculinidad para convertirlo en un plural diverso advirtiéndole que no se trata de identificar y/o señalar o subdividir en nuevos perfiles de masculinidad que no encajan o no forman parte de la norma social, sino que atender a la pluralidad nos enfrenta al espejo de comprender cómo funciona la dinámica social de todos los hombres diversos y normativos en relación con la masculinidad hegemónica patriarcal. Desde este posicionamiento teórico nos situamos cuando observamos a los hombres usuarios, en tanto que su realidad social quedará permeada por dinámicas y patrones de masculinidad conectados a la masculinidad hegemónica patriarcal imperante.

Así pues, siempre que hablemos de las distintas formas o modelos de masculinidad en esta investigación haremos referencia, del mismo modo que lo hace Connell, a dinámicas o patrones de masculinidad que conforman la diversidad de formas de reconocer a los hombres en la realidad social.

Connell, cuando plantea el reconocimiento de la diversidad de hombres existentes, advierte que existe una masculinidad que alberga la hegemonía imperante frente a las demás, una corriente mayoritaria que empuja identitariamente a los hombres en una dirección que apunta al orden patriarcal. Este hecho marcará un antes y un después en los estudios de masculinidades, en tanto que hacer visible la existencia de una corriente hegemónica en cuanto al género masculino nos permite indagar en ella y profundizar en las relaciones que se establecen desde la misma, emergiendo con fuerza el concepto de *masculinidad hegemónica* en el centro del análisis social. Sin embargo, este concepto no ha quedado exento de controversias, apareciendo en los estudios de género y en los estudios de masculinidades un amplio debate sobre la pertinencia, la adecuación, la eficacia y la utilidad del propio término. Una discusión todavía presente que busca ajustar cada vez más la relación entre masculinidad hegemónica y las formas alternativas de masculinidad, advirtiéndose un relato repleto de preguntas y flecos sobre los que dialogar (Connell y Messerschmidt, 2005; Demetriou, 2001; Hearn et al., 2012; Messerschmidt, 2018; Schöngut, 2012).

Así pues, si tenemos en cuenta el relato anterior sobre cómo nos construimos los hombres en sociedad, advertimos que la masculinidad hegemónica es el resultado de los efectos que produce la sociedad patriarcal sobre el cuerpo masculino, llegando a construir hombres capaces de trabajar y esforzarse por proteger sus propiedades, capaces de hacerse a sí mismos, pero también capaces de ejercer violencia y dominación si se requiere defender la posición social prestigiada que los distingue del género femenino.

Cuando Connell decide marcar como punto de referencia a la masculinidad hegemónica en sus investigaciones advertirá que existen dinámicas de masculinidad que no se corresponden a la misma, las cuales se configuran o construyen en relación con esta. Ante esta realidad, la masculinidad hegemónica se concibe como el ideal de hombre en la sociedad patriarcal, siendo el mismo un punto de referencia desde el que distinguir otras formas de ser hombre. Sin embargo, la autora no construye los demás conceptos de masculinidad separados o desconectados de la masculinidad hegemónica, como si de

ínsulas identitarias desconectadas que conviven sobre un mismo espacio se tratase. sino, más bien, anuda las demás formas de masculinidad con la masculinidad hegemónica advirtiéndole que toda forma de masculinidad se construye en relación a la masculinidad hegemónica. En este sentido, uno de los grandes aportes que la autora consigue demostrar es que todos los hombres, incluso aquellos que viven en las periferias marginales y subordinadas, se construyen desde preceptos hegemónicos de masculinidad, los cuales serán renegociados de forma constante a lo largo de su vida, a favor o en contra, a través de las distintas formas de concebirse como hombres. Todo esto con la complejidad de que tanto los preceptos hegemónicos como sus formas alternativas no hay que entenderlas como estructuras o modelos estáticos de ser hombre, sino que se irán modificando según el contexto social, histórico y situado donde se enuncien, apareciendo en este sentido una clasificación de patrones de masculinidad móviles que servirán como herramienta analítica para identificar la variabilidad en las formas de ser hombre.

De este modo, se pone rompe el modelo universal de hombre patriarcal apareciendo una diversidad de hombres que pondrán en cuestión la inmanencia masculina y con ello la homogeneidad que a la construcción del género le acompaña. Ante esta realidad, Connell (2015) distinguirá inicialmente tres patrones de masculinidad distintos a la masculinidad hegemónica desde los que identificar la diversidad de hombres existentes a los que se le añadirán unos tantos más tal cual ha ido avanzando el debate sobre la pertinencia y la utilidad del concepto de masculinidad hegemónica⁷². Sin embargo, la rigidez dialéctica le llevará a acarrear una serie de críticas que apuntarán al dibujar la masculinidad hegemónica como un planteamiento estructural inamovible. Una cuestión que se pondrá en debate afinando la relación de los hombres la estructura patriarcal imperante, y con ello, su movilidad entre patrones tras un ejercicio continuado de renegociación identitaria.

⁷² La propuesta inicial de Raewyn Connell (2015) parte de la identificación de cuatro patrones de masculinidad: hegemónica, subordinada, cómplice y marginal. Con el tiempo otras propuestas de masculinidad emergerán a partir del trabajo de la autora, donde ella misma reconocerá que el debate planteado es un debate abierto y vivo con el que es importante seguir avanzando (Connell & Messerschmidt, 2005). De esta forma, advertimos a través de los textos consultados para esta investigación conceptos como masculinidad disidente (Bacete, 2017; Mérida, 2016), masculinidad silenciosa (Cascales, Tapia, et al., 2022), masculinidad protesta (Connell & Messerschmidt, 2005; Poynting et al., 1999; Ian Taylor & Jamieson, 1997) o masculinidades híbridas (Bridges & Pascoe, 2014).

3.2 Situando la mirada en las periferias: la masculinidad marginal como concepto para el análisis social

Uno de los aspectos que se nos presentan en la investigación planteada en esta tesis doctoral es la compleja relación que existe entre la identidad de género masculina y su vinculación con los conceptos de vulnerabilidad y exclusión social.

La socialización diferencial, la cual nos envuelve y nos permea, configura unas formas de mirar al otro de una manera concreta y diferenciada, apareciendo modos de mirar a los hombres que van más allá del rechazo a lo femenino. La masculinidad, como categoría social, ha estado históricamente relacionada con atributos de valentía, capacidad, fuerza y trabajo, pero también ha estado asociada a otro tipo de características que conectan con un marco de legitimidad el cual favorece la aceptabilidad del desarrollo del ejercicio de poder, quedando anudado sobre el cuerpo varón un imaginario que los relaciona con el ser activo, violento, destructivo, imprevisible e incorrecto. Esta cuestión, más allá de lo anecdótico, conlleva que al sujeto masculino en proceso de vulnerabilidad social se lo relacione como productor de problemas, como generador de problemas sociales, siendo entendido el comportamiento reactivo masculino como un factor de riesgo para él mismo y para su entorno. Ante esta realidad, autores como Marcus Herz (2014) advertirán de la dificultad de imaginar a los hombres usuarios como sujetos vulnerables al ser relacionados estereotípicamente como parte inmutable generadora de problemas para el contexto familiar. De este modo, comprender la vulnerabilidad masculina implica ver más allá de los códigos naturalizantes que configuran la mirada hacia los hombres usuarios de una forma arquetípicamente estática, definiendo el lugar que ocupan los hombres dentro del orden de género. Esta realidad nos sitúa ante un difícil relato, en tanto que la narración de este tipo de análisis sobre la masculinidad y la vulnerabilidad social no debe significar que se minimice el papel privilegiado masculino ni las dinámicas opresoras, disciplinarias y discriminatorias que envuelven a la construcción social del varón, sino que implica observar y ver la masculinidad desde unas periferias, las cuales, en muchos sentidos, los hacen vulnerables, aunque lo escondamos socialmente.

Contextualizando la masculinidad marginal en la investigación: repensando el concepto desde el relato de Raewyn Connell

Uno de los grandes retos que se nos presenta en esta investigación es posicionarnos teóricamente sobre lo que Raewyn Connell ha venido concibiendo como *masculinidad marginal*. Un concepto que paradójicamente, la autora, no explicitará en sus textos con la misma concreción que aquello que se conoce como masculinidad cómplice y masculinidad subordinada, enfrentándome ante un ejercicio de revisión teórica en profundidad para dar a conocer este posicionamiento, su utilidad y la decisión metodológica por la cual me sitúo tras este concepto.

Connell (2015), cuando disecciona el concepto de masculinidad y distingue unas masculinidades en plural, revela la existencia de una *masculinidad hegemónica* que será la corriente principal de referencia para construirse socialmente los hombres como hombres. Anexada a patrón de masculinidad que definirá otras masculinidades como:

- (1) la *masculinidad cómplice*, la cual es el patrón que encarnan aquellos hombres que comparten cierto ideario con la masculinidad hegemónica patriarcal, pero que, a la vez, no ejercen machismo, sexismo, poder o violencia de forma consciente para ratificarlo⁷³;
- (2) la *masculinidad subordinada*, siendo aquella masculinidad que, por poseer ciertos patrones antagónicos a la masculinidad hegemónica, se encuentra subyugada a dominación y discriminación; y
- (3) la *masculinidad marginal*, planteándola aquel patrón de masculinidad que encarnan, junto con la masculinidad, otras categorías sociales oprimidas. Una realidad que degradará la identidad en los hombres que encarnan estas categorías sociales oprimidas frente a su realidad inteseccional.

Cuando la autora dibuja la masculinidad hegemónica y la conecta con otras formas de masculinidad, plantea tanto el lugar que ocupan aquellos hombres que reproducen de

⁷³ En su modo más contradictorio, hay autores y autoras que distinguen dentro de la masculinidad cómplice un patrón que identificará también a aquellos hombres que están en contra del machismo, el sexismo y la desigualdad de género, incluso dicen estar a favor de la igualdad y del feminismo, y, sin embargo, no hacen nada por cambiar las cosas. A este patrón de masculinidad cómplice se le identifica como *masculinidad silenciosa*.

forma cómplice la masculinidad hegemónica, como el lugar que ocupan los varones que no son reconocidos como hombres plenos, acotando esta última realidad como los patrones de masculinidad subordinada y masculinidad marginal. Sin embargo, mientras que a la conceptualización de la masculinidad cómplice y masculinidad subordinada les destina un relato ciertamente elaborado que explica su conexión con la masculinidad hegemónica, cuando conceptualiza la masculinidad marginal no establecerá una correlación clara entre las categorías sociales que pueden conformar este patrón de masculinidad (ya sea el color de la piel, la clase, la etnia...), dándole más peso en su definición a los efectos de desautorización que produce el marco interseccional en los hombres que a la conexión y relación que posee con la masculinidad hegemónica patriarcal. Tal es así que Connell dirá que la masculinidad marginal “se trata de un marco disperso [en tanto que] la masculinidad hegemónica y la masculinidad marginal no designan tipos de carácter fijo sino configuraciones de la práctica generadas en situaciones particulares y en una estructura de relaciones mutable” (Connell, 2015, p. 117), justificando la falta de concreción del propio concepto.

En estos casos, la masculinidad por sí misma no nos sirve como herramienta explicativa ya que el análisis interseccional nos sitúa ante realidades humanas que quedan atravesadas por circunstancias sociales que van más allá de la masculinidad, aunque en las prácticas de los hombres encontremos algunas conexiones. La pobreza, la falta de oportunidades educativas, las carencias sanitarias, la necesidad de un apoyo institucional o la falta de vivienda son factores que sitúan a los sujetos ante una posición marginal que tiene que ver con clase social, con su capacidad económica y el capital cultural que manejan, emergiendo muchas investigaciones que buscarán identificar y medir cómo son incluidos o excluidos dichos sujetos de la sociedad. Sin embargo, no se ha puesto tanto en el punto de mira el entender la marginación como un proceso social que se configura y genera efectos en el espacio relacional.

Atendiendo a esta cuestión, previamente a problematizar el concepto de masculinidad marginal, si vamos a dialogar entre las categorías es necesario explicitar donde nos situamos ante la categoría clase social. Para resolver este dilema, partiremos situándonos en aquellos relatos teóricos que intentan construir una idea de funcionamiento social de la estructura de clases que encaje en el análisis microsocioal (Bourdieu, 2001, 2016; Goldthorpe, 1995; Wright, 1995), afirmando que hay que

“entender cómo los contextos macroestructurales constriñen los procesos individuales y cómo las elecciones y estrategias de los individuos a nivel micro afectan a los estados macroestructurales” (Wright, 1995, p. 26).

Para nuestra investigación la cuestión del análisis de la categoría de clase social queda atravesada por sujetos que se enfrentan al riesgo desde una posición de vulnerabilidad social, lo cual nos lleva a transitar hacia un análisis vivencias conectadas a una realidad de clase media-baja o, incluso, excluida. Esta cuestión se anuda con la relación por la cual los hombres se acercan a los recursos de atención y/o protección social (precariedad, adicción, apoyo en tema de cuidados, violencias, exposición al riesgo, incapacidad...), no perdiendo de vista la situación de precariedad en la vida de los sujetos atendidos. Así pues, para el análisis de esta realidad debemos entender la clase social no tanto, o no solamente, como una posición física o condición material, en referencia a una situación económica distinta o desigual (configurada en otredad), típica de las teorías más económicas, sino que nos posicionaremos tras una fundamentación teórica más sociológica (Bourdieu, 2001, 2016; Wright, 1995), entendiendo la clase social como una posición en el mundo que genera efectos en las formas de pensar, sentir y actuar, es decir, en los procesos de subjetivación e identificación que trascienden a las prácticas humanas.

En este sentido, el carácter abierto del concepto clase social desde las teorías sociológicas, unido a la falta de estudios en perspectiva de género que definan de forma clara qué es una realidad de clase no acomodada en los hombres, ha producido que en la literatura académica no haya trascendido más la utilización del propio concepto de masculinidad marginal. Solamente algunas obras y trabajos en la literatura académica anglosajona acogerán en su seno la reflexión y el debate sobre este patrón de masculinidad como categoría analítica desde donde mirar a los hombres (Cheng, 1999; Coston y Kimmel, 2012; Haywood y Johansson, 2017; Jackson y Moshin, 2013; Kumar y Mukherjee, 2021; Phillips, 2005). De este modo, cuando revisamos trabajos que han utilizado el concepto encontramos textos académicos donde la masculinidad marginal y la masculinidad subordinada se utilizan como sinónimos no habiendo una distinción clara entre ambos conceptos. Por otra parte, los conceptos de marginación, marginalidad y masculinidad marginal se utilizarán también de forma ambivalente, sin atender a las particularidades de género que el patrón identificado por Connell busca establecer. A esto hay que sumarle que la falta de concreción del concepto producirá que los trabajos

académicos que lo utilizan en sus investigaciones estarán principalmente dedicados a analizar las masculinidades tras una realidad interseccional vinculada con la raza/etnia. Ejemplo de esto es el libro de ensayo *Communicating Marginalized Masculinities* (Jackson y Moshin, 2013) el cual pone en el centro el concepto de masculinidad marginal, y sin embargo, cada uno de sus capítulos se centra en la intersección entre género masculino y raza/etnia. Además, la autora cuando conceptualiza la masculinidad marginal termina enmarañando los conceptos de masculinidad subordinada y masculinidad marginal diciendo que

La hegemonía, la subordinación y la complicidad [...] son relaciones internas del orden de género. La interacción del género con otras estructuras como la clase o la raza ocasiona nuevas relaciones entre las masculinidades [y a la vez, advierte] la relación entre la marginación y la autoridad puede existir también entre las masculinidades subordinadas (Connell, 2015, pp. 115-116),

Es decir, presenta el carácter interseccional de las dinámicas de género, y a la vez, enreda dos de sus definiciones, subordinación y marginalidad, dejando la conceptualización de masculinidad marginal en abierto, no terminando de exponer las distinciones y conexiones entre ambos conceptos.

Curiosamente, ante la masculinidad marginal, Connell simplemente se centrará en los efectos que produce la situación de desautorización o devaluación identitaria en los hombres que encarnan este patrón, centrándose en la consecuencia de desautorización tras la dicotomía marginalidad/autoridad. Es decir, los hombres que quedan envueltos por patrones de masculinidad marginal serán degradados como hombres por encarnar alguna categoría social oprimida, dándose de este modo la distinción entre marginalidad (quien posea una masculinidad marginal) y autoridad (quien no la posea). De este modo, a mi entender, el concepto de masculinidad marginal quedará falto de definición, no atendiendo a cuestiones como qué papel posee la masculinidad marginal en relación a la configuración de la masculinidad hegemónica, cómo encaja una masculinidad hegemónica patriarcal de éxito que transita hacia una masculinidad marginal en el relato de Connell, cuan privilegiados son los hombres que quedan envueltos por los patrones de masculinidad marginal o el por qué hombres que encarnan una masculinidad marginal, a pesar de reproducir una masculinidad hegemónica patriarcal como patrón identitario, son receptores de dinámicas de discriminación y desprestigio.

Para entender la confusión que esgrime la propia autora ante la masculinidad subordinada y masculinidad marginal y establecer un concepto útil para el análisis de la investigación, cabe anotar que la modulación identitaria en los hombres viene marcada por unas fronteras del género que son identificadas tras dos dinámicas distintas, las cuales, aunque Connell no las define de forma clara, sí que las encontramos en su relato:

- (1) la construcción de la anormalidad en referencia al ser hombre y sus dinámicas de rechazo a la feminidad; y
- (2) la construcción de las fronteras del fracaso masculino donde se configuran los márgenes prácticos y la jerarquización entre los hombres con sus dinámicas de degradación y desprestigio masculino intragrupo.

Connell, en su clasificación identificará las fronteras de la anormalidad masculina relacionándolas o conectándolas con las dinámicas que se configuran alrededor de la masculinidad subordinada, depositando la mirada en los varones homosexuales para ejemplificar este patrón de masculinidad. De ahí que muchos relatos académicos que utilizan el concepto de masculinidad subordinada de Connell relacionen únicamente subordinación con feminidad. Sin embargo, como la propia autora advierte “la masculinidad gay es la más conspicua, aunque no es la única masculinidad subordinada” (Connell, 2015, p. 114). Tal es así que otros autores como James W. Messerschmidt (2000) ampliarán el espectro de la masculinidad subordinada analizándola desde la figura del *freak*, el debilucho o el *nerd* en el ámbito escolar⁷⁴, especificando que son aquellas masculinidades que son oprimidas por ser consideradas masculinidades en oposición a la hegemónica, las cuales son dominadas y utilizadas para remarcar la posición de poder.

Sin embargo, a pesar de que la utilización del concepto de masculinidad subordinada nos ha ayudado en la identificación de las violencias y las prácticas discriminatorias que reciben los hombres cuando se salen de la norma hegemónica de masculinidad, no nos hemos sumergido lo suficiente en la masculinidad marginal donde también se producen dinámicas de violencia simbólica hacia los hombres cuando se dan

⁷⁴ En la adolescencia estos papeles que producen distinción entre los chicos normales y los frikis emergen tras el simbólico de la imagen del triunfo en la masculinidad. Aquellos chicos que no encarnan de algún modo esta imagen de anhelo masculino son percibidos como hombres anormales y se convierten en receptores de prácticas discriminatorias de sumisión, subordinación, discriminación y violencia, sin tener que existir una desidentificación desde lo femenino.

situaciones de fracaso identitario. Hombres que, como veremos, serán utilizados para establecer marcas de diferenciación jerárquica entre los hombres como grupo social. Es decir, tanto en la masculinidad marginal como en la masculinidad subordinada, sitúan a los hombres ante prácticas disciplinarias de violencia, discriminación y desprestigio como hombres, de ahí posiblemente la confusión que esgrime Connell entre los dos conceptos, pero la motivación de estas prácticas como parte de la construcción social de la masculinidad, a mi entender, es diferente, en tanto que poseen como hemos explicado finalidades distintas (de anormalidad y fracaso), son encarnadas por los hombres de forma distinta, pueden ser acumulativas y llegan a generar efectos distintos en los hombres como sujetos emocionalmente conectados a su identidad de género.

De este modo, lo que difiere en la masculinidad subordinada es, como diría Foucault (2001b) su carácter de anormalidad que pone en cuestión el estado de naturaleza que dibuja la masculinidad hegemónica. La femineidad o lo femenino encarnado y reproducido por un hombre se convierte en una desviación de la norma, pero también lo es la debilidad, incluso la extravagancia o la falta de ambición frente aquellas formas de ser hombre que se relacionan con llegar a ser un hombre de verdad. Unas prácticas que, tras su representación o reproducción, ponen en cuestión la propia hegemonía identitaria como hombres. De esta forma, la masculinidad subordinada se convierte en una estrategia para señalar aquello que no se identifica como hegemónicamente masculino, y por oposición, para ratificar que significa serlo. Siendo receptores de dinámicas disciplinarias de dominación, prohibición y/o subordinación aquellos hombres que encarnen dicho patrón de masculinidad. Contrariamente, la masculinidad marginal no tiene por qué reconocerse como un marco identitario anormal, no se configura como una marca de distinción en cuanto al género, sino que la masculinidad marginal está dentro de la norma. Es decir, su existencia no cuestiona, trasgrede o pone en entredicho la masculinidad hegemónica. Un hombre negro, por ser negro no es considerado como un hombre anormal, un hombre en situación de sinhogarismo no es considerado menos hombre por estar en situación de calle, un yonqui no deja de ser considerado hombre por estar enganchado a la heroína. Sin embargo, esto nos lleva a otra cuestión: ¿qué papel juega la masculinidad marginal como patrón de masculinidad?

Hablar de una masculinidad marginal nos lleva a nombrar la correlación entre la existencia de un modelo de hombres desprestigiado y aquellos hombres que poseen poder,

ubicando a los hombres situados en la categoría de masculinidad marginal en un estrato social alejado de la masculinidad dominante, convirtiéndose la misma en un marco de reconocimiento para todos los hombres. De este modo, la masculinidad marginal se construirá a través de las relaciones con otras masculinidades situadas en el centro del reconocimiento social, siendo la centralidad unas masculinidades acomodadas con un capital social, cultural, económico o simbólico más elevado las que marquen la distinción entre lo hegemónico y lo periférico o subalterno. Ante esto John Champagne, del mismo modo que Enrico Mora (2003b), anotará que

el Otro funciona como un término de oposición para la formación de una subjetividad normalizada [...] no se postula en una relación de alteridad absoluta con el centro, sino que se mantiene útilmente en un cierto lugar de oposición del que depende el dominante (Champagne, 1995, p. xxvi).

Es decir, se identifica quien no está en el centro y, no tanto, la perfección del estar en el centro, siendo los que se alejen del mismo los que pierden el lugar natural que se identifica como la normalidad de la existencia social. Sin embargo, Jackson II y Moshin (2013) disientirán ante esto advirtiéndolo que los márgenes lo que hacen es ayudar a delimitar a quien se encuentra en la posición hegemónica, definiendo dicha posición más por lo que no se debe ser que por lo que significa, convirtiéndose el ser hombre en una idea abstracta de masculinidad encorsetada tras la afirmación de lo que no debe ser. De este modo, ser un hombre de verdad no es solamente no ser como las mujeres (Connell, 2015; Kimmel, 1997; Segal, 2006) sino que también es no ser una masculinidad marginal.

Así pues, como dice Debby A. Phillips (2005), lo que encontramos es la confluencia de una doble formulación identitaria, donde la masculinidad marginal se delimita y es definida por la masculinidad hegemónica y, a la vez, una masculinidad marginal que definirá los marcos y fronteras de la hegemonía de la masculinidad, y en este sentido, la masculinidad marginal “se construye en la estela productiva del ideal y como condición necesaria para su producción y apariencia” (Phillips, 2005, p. 220), funcionando de forma conjunta la masculinidad hegemónica y la masculinidad marginal tras una relación donde se informan mutuamente del estado del otro de forma constante.

Ante este debate, Blagojević criticará acertadamente tales teorizaciones y análisis de la masculinidad marginal haciendo visible como constantemente normalizamos al otro,

marginal o subalterno, desde nuestro propio marco autorreferencial (citado en Haywood y Johansson, 2017). El autor se preocupará porque esto configura una dicotomía estática que fortalece la idea binaria entre lo que es normal y lo que no lo es. No obstante, concluye que, a pesar de los riesgos analíticos, esta realidad también dibuja el cómo la cultura produce sus propios espacios de alteridad.

De este modo, para aterrizar nuestra posición frente al debate teórico planteado alrededor de la masculinidad marginal, hay que advertir que los efectos identitarios que se configuran desde y hacia la masculinidad hegemónica por parte de las demás masculinidades nos sitúan tras una forma concreta de mirar hacia los hombres usuarios. Como hemos explicado anteriormente, si a los hombres se nos juzga constantemente tras el riesgo de ser sacados de la categoría masculina, a esto habría que añadirle que, a los hombres, se nos mide como hombres dentro de unos estándares de calidad hegemónica. En este sentido, el papel que adquiere la masculinidad marginal es la de identificar las periferias de los estándares de calidad de la masculinidad, y, por lo tanto, cuando identificamos estos márgenes de forma encarnada en los hombres se dará una correlación identificativa que marca y establece las posiciones más bajas dentro de las jerarquías intragénero, sirviendo la masculinidad marginal para identificar qué es el fracaso patriarcal hacia los demás hombres.

Distinguiendo una masculinidad marginal encarnada de una masculinidad marginal en tránsito: la masculinidad marginal como marco de análisis a utilizar

Situarnos teóricamente tras el concepto de masculinidad marginal implica hacer visible, con mayor o menor medida, las fronteras del género, y con ello, aquellas fronteras de la masculinidad hegemónica que nos advierten cual es el fracaso masculino que hay que evitar, o, en su forma más viciada, que hay que esconder.

Estas fronteras se convierten en un punto de referencia tras la advertencia de que ciertas prácticas, actuaciones o disfuncionalidades masculinas pueden generar un desprestigio en los hombres, y con ello, dibujan el lugar al que empujar al otro cuando, tras la competición entre hombres, se quiera ascender en la escala social de la masculinidad. De este modo, como advierte Elisabeth Badinter (1993), la masculinidad

se construye a partir de la competición entre hombres donde la aprobación homosocial, la competencia y el estar siempre vigilantes conformarán gran parte de las formas de reconocerse como hombres. La búsqueda constante de la marca de importancia adquiere un significado nuevo tras esta realidad ya que para ganar unos en una competición implica que hay otros que tienen que perder. De este modo, dicha competición patriarcal no solamente será utilizada para reafirmar la posición identitaria como hombre, no solamente será utilizada para evitar ser expulsado de la categoría masculina, sino también para adquirir o encontrar un lugar dentro del espacio de reconocimiento que se da entre los hombres como grupo social. Es decir, todos los hombres buscan, de forma consciente e inconsciente, ser reconocidos de cierta forma dentro del grupo, ratificando y/o sobreexponiendo su masculinidad como estrategia de movilidad identitaria en referencia a los demás. “Ser macho”, “ser más hombre que los demás” o “pasarse de hombre” son frases que podemos encontrar haciendo referencia al lugar que ocupan los hombres, identificando, no solamente su rango de aceptabilidad, sino también su graduación dentro del colectivo.

De esta forma, reconocerse importante dentro del grupo de iguales o dentro del grupo de hombres donde se relaciona el sujeto varón se convierte en un patrón natural en los hombres y entre los hombres. Ser el mejor, ser el más fuerte, ganar más dinero, saber más que los demás, contabilizar más conquistas sexuales, realizar retos para demostrar una mayor templanza en cuestiones como la fuerza, la serenidad, el control o el aguante lo identificamos como natural a la identidad masculina, apareciendo de forma casi imperceptible la competición entre hombres como estrategia discursiva de degradación identitaria, como forma de jerarquizar intragrupo a los hombres como grupo social. Tras esta realidad competitiva se alimentan cuestiones peyorativas como el sexismo, el clasismo, el edadismo, el capacitismo o el racismo, entre otras muchas formas de desmerecimiento, convirtiéndose en estrategias de desprestigio contra otros hombres tras la finalidad de graduar su realidad identitaria masculina frente a la de los demás, poniendo en cuestión la marca de importancia, y con ello, su relación con aquello que se concibe en el grupo social por tener éxito o fracaso como hombres.

Cuando Connell conceptualiza la masculinidad marginal la sitúa sobre un juego de relaciones que se da entre las categorías sociales oprimidas que puedan encarnar algunos hombres con la categoría de género masculina, produciéndose una interacción

simultánea entre ambas categorías que producirá efectos. Las teorías de la interseccionalidad ya plantean esta cuestión advirtiéndolo que el cruce entre categorías privilegiadas y oprimidas modulará el reconocimiento social de los sujetos que las encarnen pudiéndose producir una acumulación de procesos de discriminación, y con ello, una modulación de su posición jerárquica a nivel social (Collins y Bilge, 2019; Crenshaw, 1991). Connell al conceptualizar la masculinidad marginal aterrizará este juego de dinámicas categoriales y sociales poniendo en el centro las relaciones que se configuran al atravesar la categoría hombre, advirtiéndolo que

aunque el término marginación dista mucho de ser el ideal, no puedo encontrar otro que explique mejor las relaciones entre las masculinidades de las clases dominantes y subordinadas [añadiendo que] la marginación siempre es relativa a la forma de autoridad de la masculinidad hegemónica dominante (Connell, 2015, p. 116).

Una cuestión que conectará con la degradación identitaria que se da en los hombres a nivel social a partir de una pérdida de autoridad por encarnar categorías sociales oprimidas conectadas a la masculinidad. Sin embargo, Connell no abordará el papel que tiene esta cuestión en las formas de relacionarse los hombres entre ellos tras una mirada intragrupo como forma de concebirse la propia masculinidad.

Si bien es cierto que en la clase social se identifica con mayor claridad el éxito o el fracaso como hombres a través de la dicotomía pobre/rico, en otros marcos interseccionales la cuestión es más compleja en tanto que depende del reconocimiento social hacia dicha categoría, es decir, dependerá de los estereotipos y prejuicios que la categoría oprimida lleve adscritos. De este modo, aquello que incide en la masculinidad y la degrada interseccionalmente viene alimentado por las formas en que los patrones culturales de un contexto situado cargan de valor o desprestigio las dinámicas que reproducen los sujetos que encarnan ciertas categorías oprimidas, unas formas estereotípicamente prejuiciosas de ser entendidas. Estamos hablando de aquellas cualidades, capacidades o creencias que, identificadas sobre hombres que encarnan categorías no privilegiadas, les produce en su reconocimiento como hombres el ser posicionados en un lugar más bajo o de desprestigio en referencia a los demás hombres. Cuestiones estereotípicas y prejuiciosas como por ejemplo los árabes son arcaicos, los pobres analfabetos o los gitanos ladrones. Unas formas de identificar a aquellos hombres que poseen un marco interseccional no privilegiado produciendo una forma de mirarlos

que los desprestigia a nivel social. Por ejemplo, de forma similar, si depositamos la mirada en el hombre negro en Estados Unidos, como advierte Abby Ferber (2007), simplemente con la identificación a partir del color de la piel y el género masculino, por acumulación simbólica, se predispone a la sociedad, aunque no lo sea, a pensar que cualquier hombre negro es más violento, más adicto a las drogas o más cercano a reproducir actos delictivos que los hombres blancos. Sin embargo, este ejercicio de degradación identitaria no solamente va dirigido a nivel individual sobre el sujeto que encarna la categoría social oprimida, sino que su mera existencia nos ayuda a recordar a aquellos hombres que no la encarnamos el modelo de hombre que no debemos ser, marcando las fronteras de aquello que se entiende por ser hombre y que, a la vez, va concretando de forma continuada cómo es la masculinidad hegemónica patriarcal. En consecuencia, siguiendo con el ejemplo de la negritud, la degradación no es tanto por ser negro sino por aquellas prácticas y formas de ser hombre que se conectan peyorativamente de forma desmeritoria en la categoría negro, siendo estas prácticas y formas de ser valoradas como fronteras del fracaso como hombre.

De esta forma, las fronteras del género que se conforman desde la masculinidad subordinada y la masculinidad marginal nos hacen de espejo indicándonos el hombre que no debemos ser, construyéndose dos fronteras en referencia a la anormalidad y el fracaso. Sin embargo, si depositamos en la definición de Connell sobre aquello que entiende por masculinidad marginal encontramos una definición estática y encorsetada que se basa en la rigidez de los efectos que se producen al conectar categorías sociales privilegiadas y oprimidas. No obstante, haber nacido perteneciente a una categoría social oprimida, como puede ser la negritud o el pertenecer a la etnia gitana, no es la única forma de encarnar una masculinidad marginal en tanto que habrá hombres que no encarnarán, sino que transitarán hacia dicha realidad. De este modo es necesario distinguir entre lo que he acotado como una *masculinidad marginal encarnada* y *masculinidad marginal en tránsito*, siendo necesaria dicha diferencia para profundizar en las dinámicas de masculinidad que se puedan dar tras estas dos realidades.

Para empezar esta distinción cabe anotar que ser reconocido como una *masculinidad marginal encarnada* implica reconocer que hay hombres que, ya desde su nacimiento, vivirán conectados a categorías sociales oprimidas sobre las que no se pueden desconectar. La etnia o el color de la piel, en ciertos contextos de realidad, implica

encontrar varones que, por mucho que desearan no habitar estas realidades y/o reconocimiento, no es posible desconectarse del mismo, en tanto que son realidades encarnadas, anexadas a su cuerpo e identidad como un estado de naturaleza propio indisociable. En este caso, las dinámicas que se dan al entrar en relación con la identidad privilegiada masculina conlleva una modulación de la propia identidad por ser o pertenecer a una categoría social impuesta desde un estado de naturaleza social. Por el contrario, otras masculinidades marginales se darán tras un tránsito identitario de posiciones privilegiadas a posiciones oprimidas, existiendo un descenso social y personal en referencia a la movilidad social tras el reconocimiento de ciertas categorías que nos envuelven. El ejemplo más claro es la clase social como categoría de alta movilidad y cambio donde el reconocimiento y las dinámicas de masculinidad que se dan ante el descenso en esta categoría nos enfrentan a reconocer la existencia de unas *masculinidades marginales en tránsito*, entendiendo las mismas como un lugar de otredad que es penalizado socialmente por habitar cierto modelo de masculinidad degradada. Es un tipo de masculinidad marginal que conecta directamente en el relato neoliberal meritocrático tras el cual se culpabiliza a los hombres por transitar hacia abajo en la escala del reconocimiento social de masculinidad. La figura del yonqui o el hombre en situación de sinhogarismo dibujan este tránsito que estamos relatando. De este modo, no todos los hombres nacen con el mismo prestigio patriarcal por el mero hecho de ser hombres, pero sí que todo hombre puede transitar de una masculinidad normalizada a una masculinidad marginal si fracasa como hombre, identificando esta realidad como una cuestión de pobreza social.

En este sentido, nos situamos en esta investigación teóricamente ante el concepto de masculinidad marginal. La presencia y la ausencia de los hombres en los recursos de protección social, las dificultades para pedir ayuda, las formas de mirar a los hombres usuarios, así como el cómo construimos y nos construimos en referencia a las masculinidades marginales emerge como central a la hora de investigar sobre la realidad social e identitaria de los hombres usuarios. El ejercicio de tránsito no solamente implica un recorrer los espacios de protección social por parte de los hombres usuarios que hay que tener en cuenta, sino también implica el estar observando un sujeto de estudio tras un tránsito identitario que emerge tras procesos de movilidad social que los lleva a anidar o descender tras ciertas realidades. De esta forma, tanto la masculinidad marginal encarnada como la masculinidad marginal en tránsito pueden cohabitar, incluso ir

modificándose a lo largo de los procesos de atención social que se les plantea a los hombres usuarios, siendo un marco de análisis idónea desde donde observar y analizar la propia masculinidad. Así pues, introducirnos en el análisis a la masculinidad marginal nos lleva a preguntarnos sobre cómo estudiamos los márgenes de los hombres. Las diferentes formas en cómo se utiliza el concepto de masculinidad marginal nos evidencia la necesidad de conceptualizarlo para que la lente teórica dé forma a la naturaleza de los datos. De esta forma, conceptos como masculinidad, pobreza o marginalidad emergen en nuestro estudio identificando los mismos como un subcampo de los estudios de género el cual apunta a hombres que no son capaces de demostrar cualidades asociadas con la posición dominante. Esta forma de dibujar o identificar al objeto de estudio nos predispone ante una diversidad de formas de masculinidad marginal las cuales albergarán una dimensión general o marco común como hombres pero que se diversificarán jerárquicamente en tanto hombres. Marcus Herz (2017) apuntará para el análisis de las masculinidades marginales la necesidad de tener en cuenta tres factores que se entrecruzan: (1) cómo su forma de relacionarse socialmente les hace enfrentarse a las crisis y al riesgo, (2) cómo su capacidad laboral como empleado o desempleado transforma su realidad inmediata y (3) cómo al ser su cuerpo identificado desde una posición marginal modifica su propia identidad. De esta forma, este nuevo marco de investigación nos debe llevar a preguntarnos cómo podemos comenzar a desarrollar formas de pensar sobre las masculinidades desde las fronteras del fracaso, y con ello, desde la masculinidad marginal.

3.3 Masculinidades híbridas como espacio de renegociación identitaria: conectando la categoría de análisis con una identidad en tránsito constante

Cuando Connell propone un modelo de masculinidad dominante a través del concepto de hegemonía lo realizará desde una propuesta funcionalista y estructural que ayude al análisis social a mirar de forma diversa a los hombres. Sin embargo, a partir de su propuesta emergerán una serie de críticas que advertirán de la rigidez conceptual que posee su clasificación, en la cual no queda bien expuesto las posibilidades de cambio, movilidad o modulación identitaria por parte de los hombres, advirtiendo que no resuelve

la simultaneidad de patrones de masculinidad sobre un mismo cuerpo (Cheng, 1999; Demetriou, 2001; Hearn, 1996; Messerschmidt, 2018; Wetherell y Edley, 1999).

Si bien es cierto que la autora reconoce, al menos a nivel teórico, que las distintas formas de encarnar la masculinidad está en constante interacción y que la propia masculinidad hegemónica está influenciada por la masculinidad subordinada y la masculinidad marginal, no atiende de forma más clara lo que Demetrakis Demetriou (2001, p. 346) identificará como “el resultado de la lucha por la hegemonía interna”, apareciendo la masculinidad hegemónica, subordinada y cómplice como dispositivos no anudados en un mismo sujeto. Para resolver esta cuestión Demetriou (2001) depositará su mirada en el concepto de hibridez de Homi K. Bhabha (1988, 1990, 2007) sugiriendo que la construcción social de varón conlleva una interacción constante que une la masculinidad hegemónica con aquellos patrones de masculinidad no hegemónicos. La formulación de Bhabha (1988) donde propone distinguir, por una parte, diversidad y diferencia, y por otra, traslación e hibridación, como veremos, se convierte en central para establecer desde los estudios de masculinidades una propuesta que conecte estructura y agencia a la hora de repensar los márgenes identitarios de los hombres. De este modo, algunos autores/as se posicionarán tras el concepto de *masculinidades híbridas* (Arenillas, 2022; Arxer, 2011; Bridges y Pascoe, 2014; Lionel S. Delgado, 2021; Enguix, 2012), poniendo en el centro la diversidad de formas con las que los hombres, a partir del tránsito entre sus prácticas corporeizadas, renegociarán de forma constante su masculinidad, incorporando en unos momentos elementos de la masculinidad hegemónica, otras veces de la masculinidad cómplice y silenciosa, incluso elementos de las masculinidades subordinada, marginal y protesta, validando su masculinidad o poniéndose en cuestión según las realidades situadas que tengan que enfrentar.

De este modo, debemos advertir que las masculinidades no son una realidad fija y estática, sino que las masculinidades cambian, se reformulan, se acomodan, y el mismo sistema patriarcal, consciente de esta realidad, articula espacios de distinción en su seno por donde deben transitar los sujetos identitariamente diferentes. En la actualidad se habla de la crisis de la masculinidad como si existiese una fractura ante la solidez del sistema patriarcal, consecuencia de la rearticulación del orden de género imperante⁷⁵. Sin

⁷⁵ Los avances de las mujeres, los cambios en los roles de género, la disminución de las desigualdades de género en el ámbito legal, la lucha por erradicar la desigualdad real entre mujeres y hombres, así como los avances en políticas públicas de conciliación y corresponsabilidad pondrán en cuestión la familia

embargo, el concepto crisis simplemente nos advierte que el tránsito hacia patrones que eran reconocidos en otras épocas como no hegemónicos para la masculinidad están siendo más presentes en la actualidad, siendo muchos de ellos resignificados y acomodados sin cuestionar el orden del poder dentro del propio sistema. De esta forma, como nos advierten distintos autores/as (Cascales, 2019; Lionel S. Delgado, 2021; Whitehead, 2002), no estaríamos tanto ante una crisis, sino ante una mayor visibilidad del cambio constante que siempre se ha dado, en tanto que el sistema patriarcal nunca ha sido un sistema rígido sino acomodativo.

Ante esta realidad, parece evidente la existencia de unas identidades que sean móviles, las cuales las podemos entender tras la idea de hibridez de Bhabha (1988, 1990, 2007), donde, tras una realidad hegemónica imperante que nos empuja a todos y todas en una dirección, se establece el mantenimiento de la diferenciación entre la diversidad existente, y a la vez, se traslada se mantiene la diferencia, no con su erradicación, sino con una permisividad controlada del tránsito entre lo hegemónico y no hegemónico, no planteándose una uniformidad total, en tanto que no habría puntos de referencia no hegemónicos a los que apuntar, sino como una referencia negativa y en subalternidad o subordinación que mantiene en un estado de otredad a las distintas realidades culturales e identitarias no hegemónicas que nos rodean. En este sentido, Tristan Bridges y Cheri Jo Pascoe (2014) darán origen al concepto de *masculinidad híbrida* al pensar dicho tránsito identitario en un único sujeto. De este modo, la masculinidad híbrida nos sirve como herramienta analítica para identificar el continuo estado de cambio en los patrones de masculinidad que pueda albergar de forma constante un mismo sujeto, poniendo en el centro una mirada crítica sobre la configuración de lo nuevo en las masculinidades, en tanto que el cambio, el tránsito y la acomodación forman parte de la construcción de la hegemonía y sus subalternidades.

De este modo, para hablar de masculinidades híbridas hacemos referencia a “la incorporación selectiva de elementos de identidad típicamente asociados con varias

nuclear heteronormativa. Todas estas realidades incidirán en cómo los hombres viven los cambios de forma distinta que las mujeres, advirtiéndose que mientras “ellas suben en ascensor, nosotros subimos por las escaleras” (Lozoya, 1997), apareciendo una disonancia en el avance y la urgencia por los cambios que se le reclaman al sistema patriarcal imperante. Un proceso que se relatará como un momento de crisis de la masculinidad, en tanto que el cambio acelerado del orden social existente y las resistencias de los varones ante el cambio conllevará una sensación de brújula rota en los hombres (Sanfélix, 2020), no sabiendo en muchas ocasiones cuál es su papel o donde posicionarse.

masculinidades y, a veces, feminidades marginadas y subordinadas en las representaciones e identidades de género de los hombres privilegiados” (Bridges y Pascoe, 2014, p. 246). De hecho, como advierten Bridges y Pascoe, los estudios sobre masculinidades híbridas se han centrado principalmente en como hombres jóvenes, blancos, heterosexuales incorporan cada vez más elementos de otros proyectos de identidad, cuestión que ilustra, más que desafía, la flexibilidad y acomodación de los sistemas que mantienen la desigualdad (Arenillas, 2022; Arxer, 2011; Demetriou, 2001). Ante esto, en nuestra investigación se nos plantea un reto, el cual plantea un ejercicio a la inversa donde hombres situados en las periferias de la masculinidad, como son las masculinidades marginales, incorporan de forma constante elementos fuertemente identificados con el patrón de masculinidad hegemónica patriarcal. De este modo, tras las críticas al propio concepto de masculinidad hegemónica se establecerá una apertura hacia la discusión o el debate teórico sobre la masculinidad marginal, tras el cual se planteará la pregunta: “¿cómo pueden los hombres, que a menudo están en posiciones de privilegio, ser entendidos como marginales?” (Jackson y Moshin, 2013, p. 2), es decir, ¿cómo se conecta identitariamente la posición privilegiada con la identificación de marginal sobre un mismo sujeto?

Mientras que para algunos autores y autoras la masculinidad marginal hace referencia a su realidad de marginación de clase, otros/as plantearán dicha posición como una “pertenencia desigual en desventaja” (Cheng, 1999, p. 295), advirtiendo sobre la posición diversa de privilegio (o dominación) y opresión (o marginalidad) de los hombres que identificamos tras este modelo de masculinidad. La proximidad a patrones de masculinidad hegemónica por parte de hombres que serán reconocidos como una masculinidad marginal planteará a Connell la necesidad de reflexionar sobre ciertas dinámicas patriarcales reproducidas por y desde este patrón de masculinidad. De este modo, la autora advertirá que el sentimiento de pertenencia identitario que se configura en el proceso de construcción social de la masculinidad, más allá de que los dividendos patriarcales son repartidos de forma desigual entre los hombres, lo que sucede es que la masculinidad hegemónica se convierte en un sostén en la vida de aquellos hombres que menos tienen, llevando primero a Connell (2015) y posteriormente a Connell y Messerschmidt a definir la *masculinidad protesta*, advirtiendo que se trata de:

un patrón de masculinidad construido en entornos locales de clase trabajadora, a veces entre hombres étnicamente marginados, que encarna el reclamo de poder típico de las masculinidades hegemónicas regionales en los países occidentales, pero que carece de los recursos económicos y la autoridad institucional que sustenta los patrones regionales y globales (Connell y Messerschmidt, 2005, p. 848).

Sin embargo, los procesos de hibridación entre la posición dominante y marginal a la vez se dibuja como si los hombres expresaran un conflicto de aspiración ante una masculinidad que puede no verse realizada (Cheng, 1999), siguiendo conectados a la masculinidad hegemónica patriarcal. Ante esta realidad, el planteamiento de una masculinidad protesta, la cual puede activarse simultáneamente en la masculinidad marginal, operará tras la búsqueda de la restitución del poder a través de una amplia diversidad de conductas tóxicas como puede ser el consumo, el comportamiento violento o la criminalidad (Haywood y Johansson, 2017). No obstante, primero, este patrón de masculinidad puede ser activado por los hombres en algún momento de su vida, alimentando un relato injusto de conexión entre marginalidad y respuesta patriarcal. Además, la problematización que este nuevo planteamiento procesa implica un relato cuasi consciente del que significa ser hombre para los varones que son reconocidos tras una masculinidad marginal, cuestión que no responde a todas las realidades masculinas cuando analizamos las periferias de la masculinidad. De este modo, como veremos, no descartaré la existencia del patrón masculinidad protesta, pero sí que pondré en cuestión su conexión directa con los hombres situados en los márgenes de la construcción social del varón, en tanto que la relación entre hegemonía y riesgo produce efectos, advirtiendo que, cuando las personas están más cercanas al riesgo el acercamiento a lo hegemónico es mayor, en tanto que aquello que concebimos subjetivamente como natural o normal a nivel identitario genera seguridad (Anderson, 2000; Ferguson, 2001).

Ante esto, cabe tener en cuenta que el tránsito de los hombres entre los distintos patrones de masculinidad identificados por Connell puntos de luz y puntos de oscuridad en el reconocimiento, los cuales dificultan el hacer presente la conexión que poseen todos los hombres con la masculinidad hegemónica patriarcal. Así pues, las prácticas de hibridación generan, por una parte, lo que Bridges y Pascoe (2014) identifican como una *distancia discursiva*, unas prácticas que los alejan a la hora de reconocerse como hombres reproductores de una masculinidad hegemónica patriarcal. Transitar de vez en cuando hacia disposiciones no hegemónicas, como puede ser la reproducción de prácticas de

cuidado o feminidad, conllevará una no identificación con el modelo que la masculinidad hegemónica identifica. Esto permite, a nivel discursivo, que los hombres se sitúen fuera de los sistemas de privilegio, opresión o desigualdad que su propia realidad de género reproduce. Por otra parte, también se dan hibridaciones cuando las otras formas de masculinidad, subordinadas o marginales, aportan un valor social al alza por el momento histórico o cultural donde se articulan. A esta estrategia, Bridge y Pascoe (2014), la identifican como *préstamo estratégico*, la cual se da cuando se toma de prestado ciertos elementos performativos asociados a una masculinidad marginal o a una masculinidad subordinada. Por ejemplo, los hombres se reconocen mucho más en la crianza cuando esta les ha aportado un valor significativo como hombres, a pesar de ser un patrón de feminidad en la sociedad patriarcal, siendo este patrón de masculinidad subordinada como una masculinidad disponible momentáneamente para aquellos hombres hegemónicamente machos tras ciertas prácticas de vida, o por ejemplo, como advierte Sara Arenillas (2022), cuando en el mundo de la música encontramos cantantes y grupos que adquieren una performance o una estética transgresora a través de adaptar en su presencia pública tras patrones de feminidad y/o homosexualidad. Además, aquellos varones que encarnan una posición hegemónica como hombres también se acogerán a reproducir momentáneamente ciertos elementos y prácticas reconocidas tras otros patrones de masculinidad, siendo sentidas como la excepción que confirma la norma. A esta práctica de hibridación Bridges y Pascoe (2014) la identificarán como *fortificación de fronteras*, la cual capta elementos de patrones de masculinidad de estratos subordinados atravesando ciertos límites simbólicos y sociales sin cuestionar la norma, ocultándolos y/o acomodándolos a su marco identitario, reforzándose, aunque se pudiera pensar lo contrario, el estigma que acompaña a aquellos modelos que transitan por la periferia de la masculinidad. Ejemplo de esto son los hombres heteroflexibles⁷⁶ los cuales reproducen patrones de cierto rechazo a la homosexualidad, fobia a lo femenino y misoginia, y a la vez, transitan de vez en cuando hacia prácticas sexuales homosexuales (Ward, 2008) u otras prácticas como el consumo de estupefacientes exacerbado o el delinquir teniendo una vida acomodada (Messerschmidt y Tomsen, 2018; Tomsen, 2017). De este modo, la movilidad o transito identitario en los hombres nos hace identificar la simultaneidad de patrones sobre un mismo sujeto, pero, más allá de cuestionar la norma,

⁷⁶ Son aquellos hombres heterosexuales que de vez en cuando están abiertos a tener relaciones sexuales con hombres homosexuales y que, a pesar de ello, no se reconocen como homosexuales o bisexuales.

lo que hace es reforzar sus límites simbólicos y sociales, afianzando e invisibilizando, desde la normalidad autoimpuesta, la desigualdad existente ante las nuevas prácticas.

Ante esta realidad, hay distinguir (1) los marcos hegemónicos y estructurales que conforman el llegar a ser hombre de (2) las prácticas cotidianas o personales donde se inscribe cada hombre en referencia a su propia identidad. Para empezar, debemos advertir que todo sujeto renegociará de forma constante su identidad transitando entre una multiplicidad de prácticas que, cuando son vinculadas a la realidad estructural que nos acompañan, reforzarán o cuestionarán las fronteras de las categorías hegemónicas que nos acompañan. De este modo, en el análisis social los marcos hegemónicos equivalen a la corriente principal que, a través de una simultaneidad de códigos y símbolos estructurales, nos empuja en una dirección como sujetos sociales concretos. Sin embargo, cada ser humano posee su singularidad, adquirida a través de sus relaciones con estas estructuras de forma simultánea, múltiple y diversa. La capacidad de agencia de cada ser humano para relacionarse a favor o en contra, o tras matices de grises, de las estructuras hegemónicas hace que no se pueda concebir una concepción identitaria de forma estática y encorsetada en todos los hombres y mujeres, ya que sino formaríamos parte de una sociedad sin singularidad ni matices identitariamente diversos sobre un mismo cuerpo. De este modo, nos enfrentamos al reto de dialogar sobre qué marcos estructurales hegemónicos se asientan las vidas de los hombres usuarios que transitan por los recursos de protección social, que efectos producen y que consecuencias acarrearán. Poniendo el foco en la masculinidad marginal nos acercaremos a esta realidad que nos organiza, y a la vez, nos configura identitariamente, con la complejidad de que al acercarnos a la bibliografía de los hombres emergerán las hibridaciones existentes que configuran la singularidad, las cuales conectan a los hombres con otras realidades, analizando si estas formas de llegar y vivir la masculinidad conforman y mantienen las masculinidades en la periferia, y con ello, el cómo viven los hombres usuarios los procesos de atención social.

PARTE III

RESULTADOS

CAPÍTULO 4. LOS HOMBRES VULNERABLES EN LOS SERVICIOS SOCIALES

*How many roads must a man walk down
Before you can call him a “man”?
(Bob Dylan, Blowin’ In The Wind)*

En este capítulo vamos a empezar a desgranar los resultados de la investigación de la tesis doctoral. Para ello iniciaremos el relato depositando nuestra mirada en las experiencias de los hombres usuarios que acuden a los Servicios Sociales, siendo dicho contexto un espacio que conecta con las vivencias de unos hombres que buscan o requieren de soporte institucional frente a alguna dificultad o problemática que no puede ser resuelta por ellos mismos.

La intencionalidad de observar como objeto de estudio a los usuarios que acuden a este tipo de recursos es por su situación como hombres en proceso de vulnerabilidad social, entendiendo la vulnerabilidad social como el interludio y la frontera entre la integración y la exclusión, siendo la condición de vulnerabilidad la antesala a la exclusión social (Bueno-Abad, 2011; Castel, 1995). De este modo, como hemos anotado anteriormente, los Servicios Sociales poseen una organización multidisciplinar según el grado, la especialidad y la especificidad de las problemáticas sociales sobre las que ofrecer soporte y/o protección, siendo los Servicios Sociales de Atención Primaria el espacio donde se pretende que se den las primeras atenciones y seguimientos en referencia a las protecciones sociales que ofrece el sistema de Estado. El símil más cercano a esta realidad sería decir que los Servicios Sociales de Atención Primaria son, en el sistema de protección social, lo que son los Centros Ambulatorios en el sistema sanitario y, en este sentido, es donde se deberían atender todas aquellas problemáticas que se puedan dar desde un nivel de prevención primaria o secundaria⁷⁷, aunque, como sabemos las profesionales, muchas de las personas que acuden a estos recursos acuden cuando ya están en una situación mucho más grave.

⁷⁷ La *prevención primaria* hace referencia a aquellas actuaciones y medidas que se realizan para que no se den ciertas problemáticas. Por otra parte, la *prevención secundaria* es entendida como aquellas actuaciones y medidas destinadas a reducir la prevalencia de una problemática social existente, en tanto que su identificación y actuación temprana puede evitar la progresión del problema y sus posibles efectos perniciosos en la vida de las personas (Ander-Egg, 2009).

A pesar de centrar esta primera parte del análisis en este perfil de hombres usuarios en proceso de vulnerabilidad social, donde será de vital importancia su experiencia como usuarios de los Servicios Sociales de Atención Primaria, se acogerá en el relato también la experiencia de los hombres usuarios entrevistados que se encuentran en situación de exclusión social severa, en tanto que su realidad transitoria hace que en sus relatos biográficos encontremos su experiencia pasada, antes de llegar a los recursos de atención al sinhogarismo donde los entrevistamos, convirtiéndose en una fuente de importancia en tanto que nos describen los cambios que se han dado desde que percibieron su situación de vulnerabilidad hasta su situación actual como excluidos.

Para acercarme a la significación que posee para las personas estar en proceso de vulnerabilidad social he centrado el análisis en los discursos y las vivencias que hacen referencia a la experiencia de los hombres como usuarios de los Servicios Sociales. Esta posición dialógica nos ha permitido poner en contacto la percepción individual de los hombres en relación con la necesidad de apoyo personal e institucional, conectando sus formas de sentir, pensar y actuar como hombres tras la finalidad de dar un significado social a sus modos de habitar el espacio y sus modos de habitar su propia identidad. Además, comprender su relación con las situaciones de riesgo que les han llevado a acercarse y transitar por estos recursos nos vehicula a la petición de ayuda y, con ello, a la aceptabilidad del riesgo (Douglas, 1996; Luhmann, 2006), apareciendo dicha aceptabilidad como práctica humana que posee una fuerte conexión con la construcción social del género y la clase social. De esta forma, emerge un proceso de interacción que conecta directamente con las jerarquías sociales que conforman ambas categorías, vislumbrándose en la propia experiencia de los hombres y en la atención hacia los hombres un carácter relacional que envuelve a un proceso de ayuda permeado por la estructura, la identidad, la subjetividad, y, con ello, la propia posibilidad de acción ante una realidad envuelta en riesgo. Un lugar desde donde situarnos como punto de partida para profundizar en el cómo transitan estos varones por los recursos de protección social.

Partiendo de estas premisas, el capítulo que ahora iniciamos analizará de qué forma el género y la situación de vulnerabilidad de los hombres usuarios inciden en la subjetividad masculina, sus prácticas y su propia identidad. De este modo, la exposición de los resultados de este capítulo queda organizada de la siguiente forma:

- En primer lugar, depositaremos la mirada en el perfil de los hombres usuarios que acuden a los Servicios Sociales de Atención Primaria. La intencionalidad de acercarnos a este perfil es porque podemos entender el propio espacio como el primer contexto donde se acercan los hombres cuando están en proceso de vulnerabilidad social. Sin embargo, encontramos una frontera identitaria en los hombres vulnerables que acuden a este tipo de recursos, siendo la presencia a estos recursos una práctica considerada como femenina, siendo los hombres usuarios los grandes ausentes. Esta realidad, este observar al otro situado en la periferia de su identidad posibilita dialogar con sus prácticas, con sus formas de reconocerse, así como con su marco emocional y las resistencias que se puedan generar al conectar la situación de clase y género. De esta forma, analizar la presencia y la ausencia nos predispone para ver a los hombres, no tanto como un factor de irresponsabilidad masculina, sino, como anotan Alejandra Salguero y Juan José Yoseff (2020), como parte del cómo se configura el género y la construcción de su identidad en la relación social, en la relación con el otro/a y en la relación con el espacio, convirtiéndose la presencia de los hombres en los Servicios Sociales de Atención Primaria, el por qué acuden, en una cuestión relevante para empezar a analizar cómo viven los hombres su vulnerabilidad.
- En segundo lugar, una vez identificados aquellos hombres que acuden por puerta de entrada a los Servicios Sociales, nos sumergimos en los factores y cuestiones que mayor presencia e incidencia se han identificado en el análisis de la información en referencia a los patrones que envuelven a los hombres en proceso de vulnerabilidad. De este modo, el protagonismo de sus redes de apoyo y su forma de participar en las mismas ha tenido un lugar central en el relato de los retablos biográficos estudiados, analizando el papel de los hombres en las redes de solidaridad familiar, afectiva y de amistad, entendidas las mismas como redes de soporte o apoyo.
- En tercer lugar, ya situándonos en la categoría de análisis que atraviesa este capítulo, analizaremos el cómo viven los hombres su situación de vulnerabilidad social, emergiendo los riesgos para identificarse como hombres vulnerables, el estigma de ser identificados como hombres usuarios, las dificultades para pedir ayuda, el relato de la autosuficiencia y el repudio al sentimiento de tutela insitucional que acompaña a los hombres usuarios, siendo estas formas de sentir, percibir y actuar sobre el reconocimiento de la situación de vulnerabilidad y sobre

las formas de apoyo personal e institucional centrales para entender el cómo transitan por los recursos de protección social.

- Para finalizar este capítulo daremos un salto hacia atrás y reconectaremos con el análisis interseccional de la realidad de los hombres vulnerables tras la finalidad de reflexionar sobre la conexión y el papel de las categorías género y clase frente a las vivencias expuestas a lo largo del capítulo, intentando dibujar cómo ambas categorías funcionan como catalizadoras de la realidad social, una realidad marcada por una corriente hegemónica patriarcal.

4.1 El perfil de los hombres vulnerables entrevistados

Antes de empezar la redacción de este capítulo es importante situar en la narración la presencia de los hombres como usuarios de los Servicios Sociales, los cuales van a ser el punto de partida en esta parte de la investigación. Esta realidad nos acerca a la problematización del perfil de los hombres usuarios en este tipo de recursos, pero, principalmente como usuarios de los Servicios Sociales de Atención Primaria, un perfil prejuizado socialmente como una imagen homogénea, identitariamente asentada en la idea de lo idéntico, y que, en realidad se trata de un perfil diverso, múltiple y cambiante según el marco cultural, el contexto y el momento histórico en el que se identifique.

En el imaginario de muchas personas, el acudir a los Servicios Sociales de Atención Primaria, sigue quedando anudado con la imagen del sujeto vinculado a procesos de pobreza o extrema pobreza, una correlación que, a la vez, puede llegar a conectar estigmática y falazmente tras la idea de que una persona con una problemática social es igual a una persona problemática (Colton et al., 1997; Spicker, 1984) y, no tanto, como una persona con una necesidad. Análogamente a esta realidad, el perfil de las personas usuarias se ha venido modificando con respecto al tipo de usuarios/as que se atendían en épocas anteriores. En este sentido, además de haberse transformado la situación de los colectivos más deprimidos en situación de vulnerabilidad social, surgirán nuevas víctimas de las crisis: empleados con trabajo precario, jóvenes con dificultades de emancipación o la atención a personas de la tercera edad..., aparecerán ampliando el abanico y reformulando el perfil de usuarios/as de los Servicios Sociales (Hidalgo, 2017). A esto hay que sumarle que la historia política y económica de los distintos países

modificará, no solamente la situación de las personas, sino también los tipos de ayudas que se han ido prestando. Ejemplo de esto son los cambios que se dieron en las necesidades y los soportes ofrecidos por parte del Estado ante la recesión económica generada por la burbuja inmobiliaria (2008-2015) y aquellos soportes y ayudas que se han facilitado en la pandemia de la covid-19 (2020-2022), dos momentos coyunturales donde devenieron cambios en las necesidades, y con ello, en los criterios de admisión para la recepción de ayudas que daban soporte a una ciudadanía en riesgo⁷⁸.

Vivir la precariedad y sufrir procesos de vulnerabilidad conecta a las personas con el sentimiento de estar en un lugar que no deseaban. Esta realidad no solamente construye un mirarse a uno mismo negativamente sino también la forma en que las demás personas, socialmente, definen a la persona con necesidad de apoyo y/o ayuda. Una realidad estigmática que todavía a día de hoy sigue estando muy presente.

Yo no soy rico. Tampoco soy pobre. En mi casa nunca nos ha faltado techo ni un plato de comida. Ahora... la situación ésta hizo que no tuviera pasta, que no tuviera dinero, y necesitaba tiempo para estar con mi padre. Sé que hay gente que igual piensa que ir a los Servicios Sociales a pedir ayuda es algo de gente pobre, pero no, pero no... es un derecho y yo fui porque en mi casa nos encontrábamos en una situación que lo necesitaban (Entrevista, EU16).

Alguna vez, cuando he contado donde iba [a los Servicios Sociales] te miran como mal, pero ya sabes tú... No son todos, hay personas que... No es mal, es que te miran como por encima... incluso con pena. Creo que eso me molesta más (Entrevista, EU19).

Quizá ha cambiado ahora que la prestación intenta ser más generalizada, llegar a más sectores de la población, o a toda la población, aunque yo considero que esto todavía no es vivido de esa manera, que todavía se asocia un poco con servicios que atiende a una cierta población o marginales, etcétera, aunque no sea realmente (Entrevista clave, EP1).

⁷⁸ Un ejemplo de estos cambios en las necesidades y el tipo de ayudas que se van dando lo encontramos de forma muy clara en las dificultades de conectividad y acceso digital por parte de algunas familias. En los últimos diez años el acceso digital ha pasado de ser una cuestión de familias acomodadas a una cuestión de primera necesidad. Al ser identificado como una prioridad para el acceso a la vida a nivel institucional han ido apareciendo distintas ayudas para cubrir las carencias de acceso digital de aquellas familias que no tenían acceso en tiempos de crisis (ya sea para trabajar, informarse, seguir los procesos educativos de niños/as y adolescentes o incluso para la relación con la administración). https://www.elespanol.com/alicante/economia/20220226/familias-vulnerables-valencianas-dispondran-euros-pagar-internet/653184747_0.html

Desembarazarse del estigma ha sido, y sigue siendo, uno de los campos de batalla que han acompañado a los Servicios Sociales desde su aparición como cuarta pata del Estado del Bienestar. Existe un gran número de investigaciones que han dado a conocer el impacto negativo que el estigma produce en las relaciones sociales e interpersonales (Goffman, 2006; Katz, 2014; Wacquant, 2007). En los Estados del Bienestar occidentales, tales impactos estigmatizantes, se han puesto en relación con la utilización de recursos y servicios de atención, ya sean los recursos de protección social o recursos sanitarios, evidenciando el carácter negativo que generan en aquellas personas que acuden o transitan por ciertos espacios de atención (Goffman, 2001; Spicker, 1984). Como anota Fantova:

cuando damos una vuelta de tuerca más a nuestras prácticas de racionamiento de recursos necesarios para la subsistencia material de la gente, sometiendo a mayores escrutinios y controles a determinadas personas, de forma seguramente involuntaria pero no inocente, las estamos segregando y estigmatizando, las estamos señalando y desvinculando.⁷⁹

Es decir, en nuestro análisis no podemos perder de vista el carácter estigmatizador del sistema de protección social que nos acompaña y cómo esto incide en los hombres a la hora de acudir a los distintos recursos. Una cuestión que no pasa inadvertida para las propias profesionales.

P1: Una de las razones por la cuales no vienen más creo que es por vergüenza.

J: ¿Entonces ellas no tienen vergüenza?

P1: También... pero no lo viven igual. Muchos de ellos van de machos y el qué dirán hace que no vengan, creo yo.

P3: Seguimos mirando muy mal al pobre (Grupo discusión, GD2).

Este debate ha llevado a reformular, incluso crear, nuevos servicios que planteen otras formas de incorporar a sus usuarios/as como verdaderos actores sociales (Colton et al., 1997). Sin embargo, el efecto más pernicioso que persiste en el tiempo es cómo dicho factor estigmatizante se mantiene en el imaginario social. En consecuencia, todavía

⁷⁹ Artículo web *¿Y si lo más grave de nuestro asistencialismo fueran sus consecuencias políticas reaccionarias?* En la página web de Fernando Fantova <http://fantova.net/?p=3831>

no hemos podido erradicar la correlación entre atención social y estigma, la cual sigue generando efectos sobre las personas que transitan o acuden a ciertos recursos tras la búsqueda de algún soporte vital para su vida.

Dicho esto, tras una estrategia de análisis organizativa he diseccionado las realidades vulnerables que han aparecido en el relato de los hombres usuarios de los Servicios Sociales en tres niveles. Cabe advertir que no se ha realizado esta distinción porque sean compartimentos estancos, sino porque hay que partir de un punto de referencia que nos ayude a dibujar la posición de clase sobre la que se asientan las realidades situadas que he encontrado durante el análisis. Así pues, atendiendo a la clase social y siguiendo los planteamientos teóricos de Robert Castel (1995, 2004) sobre integración, vulnerabilidad y exclusión social, advertimos que en las entrevistas encontramos usuarios que transitan y/o han transitado por los Servicios Sociales desde:

Un *primer nivel* más cercano a la integración, dónde encontramos un perfil de hombres usuarios que viven algún proceso de vulnerabilidad concreto con menor carga estigmatizante, pudiendo ser personas con cierto nivel adquisitivo, que acuden por algún problema concreto vinculado con cuestiones de atención social a la infancia o a la familia. En este primer nivel encontramos usuarios con estudios, incluso trabajos de cierto reconocimiento y prestigio, pero que en su seno familiar se ha dado alguna casuística que les ha llevado a acudir al servicio. Estamos hablando de hombres que buscan orientación, asesoramiento o tienen seguimiento y/o acompañamiento por temáticas como el acogimiento u adopción de niños, niñas o adolescentes, atención a la dependencia o discapacidad e incluso situaciones de violencia filioparental que se puedan dar en el seno familiar, por poner algunos ejemplos. Estos hombres viven ciertos procesos de vulnerabilidad, pero no suelen ser identificados como hombres vulnerables o usuarios clásicos de Servicios Sociales per se.

En el *segundo nivel* encontramos varones que acuden a los Servicios Sociales porque se encuentran en una situación de vulnerabilidad social de facto. Estamos hablando de hombres usuarios de clase media o baja con dificultades de empleabilidad y/o dificultades económicas que acuden al recurso por ciertas carencias a la hora de cubrir algunas necesidades básicas a nivel personal o familiar, y, análogamente, por otras problemáticas familiares o personales, siendo un perfil con mayor incidencia en situaciones multiproblemáticas que el anterior nivel. Es decir, no acuden por una razón

solamente o acuden por una cuestión y en el proceso de seguimiento emergen otras problemáticas a resolver.

El *tercer nivel* que identifico son hombres usuarios que están en los Servicios Sociales de Atención Secundaria, recursos especializados o específicos con perfiles más cercanos a la exclusión social⁸⁰, los cuales en su relato nos cuentan su experiencia con los Servicios Sociales de Atención Primaria antes de llegar a los Servicios Sociales de Atención Secundaria, incluso su experiencia con los seguimientos con los Servicios Sociales de Atención Primaria en el momento actual de la entrevista. Este es un perfil que ya ha transitado más allá de la frontera de la vulnerabilidad social alejándose de la inclusión, llegando a vivir procesos de desafiliación, evidenciándose que, en algún momento, estuvieron en un lugar fronterizo habiendo vivido la experiencia como sujetos en proceso de vulnerabilidad social. Una frontera sobre la cual, los hombres en situación de exclusión social, están luchando por acercarse y saltarla, incluso alejarse de ella, tras el anhelo de situarse de forma más cercana a lo que entenderíamos como una situación de inclusión social plena como ciudadanos.

Desde esta triple mirada podemos identificar en las entrevistas un perfil de hombres usuarios diverso en muchos sentidos. Tanto por las razones que les han llevado a acudir a los Servicios Sociales de Atención Primaria como por las posibilidades que poseen a la hora de enfrentarse al riesgo (Castel, 2015; Douglas, 1996; Luhmann, 2006). De este modo, cabe anotar que esta tesis doctoral corrobora los resultados de aquellos estudios que abordan la cuestión del perfil diverso de las personas usuarias de los Servicios Sociales (Hidalgo, 2017), ratificando, cada vez más, que se trata de un perfil heterogéneo en cuanto al análisis de la clase social y que, en consecuencia, no existe un perfil homogéneo que sostenga la existencia del estigma de desprestigio hacia la pobreza o la pobreza extrema.

Análogamente, en este capítulo depositaremos la mirada en la experiencia de los hombres usuarios de los Servicios Sociales de Atención Primaria, acotando parte del

⁸⁰ Entre las entrevistas a hombres usuarios encontramos hombres cuya experiencia con los Servicios Sociales de Atención Primaria la experimentan a la par de su presencia en otros recursos en los cuales les atienden por una situación problemática específica. Entre las personas entrevistadas encontramos hombres que transitan por recursos residenciales que dan soporte a personas expresas, hombres que acuden a la UPCCA (Unidad de Prevención Comunitaria en Conductas Adictivas) por problemas de adicciones, hombres usuarios que reciben soporte en recurso específico por su situación de salud mental y hombres de centros de atención a las personas sin hogar.

análisis en un contexto concreto que conecta con la filiación que posee cada usuario en tanto hombre asistido. A lo largo de la recogida de la información no se tuvo en cuenta en la búsqueda de participantes para las entrevistas cuestiones como el origen, la etnicidad, las problemáticas sociales por las cuales acuden al recurso, etc. No obstante, aquellos hombres que aceptaron participar en la investigación cumplen mayoritariamente un perfil de hombres blancos, heterosexuales y de nacionalidad española. Si afinamos un poco más la mirada en la cuestión de la clase social cabe advertir que la mayoría de los hombres entrevistados los podríamos situar en términos socioeconómicos tras una categoría social de clase baja o media-baja (entre el segundo y el tercer nivel relatado anteriormente), con la excepción de tres entrevistados que podríamos situarlos por su nivel de estudios, el trabajo que desarrollan o han desarrollado en su vida, los soportes familiares presentes, la posibilidad de participación social y la capacidad económica que poseen en el momento de la entrevista, como clase media acomodada (primer nivel).

En cuanto a la edad de los hombres usuarios de los Servicios Sociales de Atención Primaria que he entrevistado tenemos una horquilla o rango de edad de 49 años, siendo el usuario de menor edad de 24 años y el de mayor edad de 73 años, habiendo una mayor concentración de hombres entrevistados entre los 49 y 55 años. Cabe advertir que la primera vez que acuden a Servicios Sociales de Atención Primaria acuden mayoritariamente ya como adultos emancipados (78,5%), sin embargo, hay un 21,5% de los hombres usuarios entrevistados que recuerdan haber ido por primera vez de pequeños, acompañando a su madre o algún familiar de forma cotidiana. Aunque el porcentaje de hombres entrevistados que han ido desde pequeños no es alto, este dato se convierte en un indicador de cronificación y/o transmisión intergeneracional de la pobreza, el cual, tras los relatos, ratifica la continuación de la situación de vulnerabilidad por la que siguen acudiendo al recurso.

J: Tú vas por primera vez a Servicios Sociales cuando estás en situación de calle, ¿pero tú conocías los Servicios Sociales antes de esto?

ENT: Bueno... lo conocía, pero no conocía los de Patraix. Conocía otros Servicios Sociales que habíamos estado con mis abuelos y allí ayudaban a la gente, pero tampoco sabía si me iban a ayudar a mí.

J: ¿Tus abuelos sí que iban a Servicios Sociales?

ENT: Sí, ellos tenían subvención. Recuerdo ir con ellos de tanto en tanto... desde siempre creo. [...] Mis abuelos me tenían a mí, a mi hermana y a dos hermanas más. Los demás estaban más repartidos [haciendo referencia a las y los demás hermanos] (Entrevista, EU5).

J: Lo que te preguntabas es si era la primera vez que acudías a Servicios Sociales...

ENT: No, no fue la primera vez, porque resulta que, al fallecer mi madre, teníamos pues, mucho trabajo. Teníamos... al quedarnos solos... bueno pues, fuimos a la trabajadora social y dijimos que... bueno nos comentó que teníamos derecho a una ayuda que ya recibía antes mi madre, que eran unos 300 y pico euros, que tenía derecho por cuidar a mi hermano. Se lo arregló y la empezó a cobrar.

J: ¿Tu madre era la que cubría con esas ayudas lo que era el tema económico en casa?

ENT: Exacto. Antes, a ver, con su pensión de viudedad sumado con una pensión no contributiva. Yo pienso que sobrevivíamos por eso. Tenía trabajos esporádicos mayormente en hostelería (Entrevista, EU10).

Por otra parte, el 42,8% de los hombres entrevistados dirán que han acudido ya adultos por cuestiones no vinculadas a ellos mismos a los Servicios Sociales de Atención Primaria y el 57,2% por cuestiones vinculadas a ellos mismos. Además, el 57,2% verbalizarán que la primera vez que acuden es cuando ya han llegado a una situación extrema, como puede ser una necesidad económica insalvable, las carencias de vivienda o cuando ya han llegado a una situación de albergue después de una situación de calle o sinhogarismo entre otras cuestiones. Si nos centramos en las razones por las cuales acuden a los Servicios Sociales de Atención Primaria, mayoritariamente llegan por petición, derivación o reclama de alguna profesional, ya sea de otro centro de Servicios Sociales o de algún recurso de atención social del Tercer Sector que les está dando soporte en ese momento. Si afinamos en las distintas problemáticas sociales por las cuales acuden tenemos un alto porcentaje de usuarios entrevistados que acuden por problemas económicos (64,2%), problemas de vivienda (50%) o por los dos a la vez, y, mucho menos por temas familiares de conciliación y cuidados (28,5%). Cabe advertir que en el análisis se evidencia esta realidad, y debemos ser conscientes de un cierto sesgo, ya que parte de la información recabada forma parte de los retablos biográficos de los hombres usuarios en situación de calle, los cuales han acudido en algún momento o siguen en contacto con seguimientos con los Servicios Sociales de Atención Primaria. Por otra parte, otras problemáticas que emergen tras la voz de los hombres entrevistados son el tema de las adicciones, delincuencia y salida de prisión, situaciones de divorcio y separación, el

acogimiento familiar de niños/as o adolescentes, así como la atención a la dependencia y/o a la tercera edad, entre otras muchas situaciones conflictivas que se interseccionan. Ante todo esto, el nivel de las situaciones multiproblemáticas que se dan en los usuarios entrevistados es alto (57,2%) siendo un factor a tener en cuenta dentro del propio análisis.

Finalmente advertir que las vivencias y el contexto de atención que queda dibujado a través de los hombres usuarios entrevistados, conecta y emerge también en las voces de las profesionales, las cuales aparecen a lo largo de la observación participante y los grupos de discusión realizados, ratificando en muchos sentidos la multiplicidad de perfiles, problemáticas y cuestiones que envuelven a los hombres usuarios que transitan por los Servicios Sociales.

4.2 Los hombres que acuden a Servicios Sociales de Atención Primaria

Para empezar el análisis de la realidad de los hombres vulnerables he tomado la decisión estratégica de, inicialmente, depositar la mirada en los Servicios Sociales de Atención Primaria. Esta decisión se basa en que dicho recurso, dentro de la red de recursos de protección social, es la puerta de entrada y el epicentro de referencia donde se adscribe la filiación del sujeto dentro del sistema, siendo el lugar donde se dan las primeras atenciones, los seguimientos, coordinaciones y donde están las profesionales de referencia de cada usuario. Metafóricamente para esta investigación es la entrada y el lugar donde se atiende a la ciudadanía que está con un mayor nivel de integración, y con ello, donde se abordan más casos desde la prevención, en tanto que el problema no ha fracturado la realidad social de las personas, siendo un contexto perfecto para identificar a los hombres que navegan y naufragan en la frontera situada entre la integración y la vulnerabilidad social.

Una de las principales cuestiones con la que tropezamos cuando nos acercamos a los hombres de esta investigación es su presencia y su ausencia como usuarios en los Servicios Sociales de Atención Primaria. De hecho, el sexo femenino rápidamente aparece en la mente de las personas profesionales como un imaginario que acude al recurso para resolver las distintas problemáticas y/o situaciones de vulnerabilidad que se les presentan a nivel familiar.

J: ¿Crees que suelen acudir más hombres o mujeres?

ENT: ¿A Servicios Sociales? Está comprobado que son mujeres [...] Para todo lo que tiene que ver con la familia, temas de salud... es parte de la organización y manutención doméstica. (Entrevista clave, EP2).

Parece que sigue siendo cosa mayoritariamente de mujeres acudir a Servicios Sociales. Falta que este servicio público sea cercano para los hombres (Grupo discusión, GD1).

J: ¿Suelen acudir más hombres o mujeres a Servicios Sociales?

ENT: Mujeres siempre. A los hombres hay que perseguirlos la mayoría de las veces (Entrevista clave, EP1).

Como hemos visto anteriormente en los datos del SIUSS⁸¹, la presencia de los hombres es minoritaria, encontrando un bajo porcentaje de hombres que acuden o se hacen presentes en atenciones y seguimientos (aproximadamente un 40%). Sin embargo, como nos advierten las profesionales este dato es mucho menor en tanto que

Probablemente sean muchos menos. No hay todavía una uniformidad clara a la hora de registrar los datos. Y será difícil conseguir hacer esto bien porque hay veces que vienen ellas, pero, como vienen por cuestiones de él se anota un seguimiento sobre quien está referenciado el caso. Si, como dices, le tienes que restar los chavales porque quieres centrarte con hombres adultos, el porcentaje se te reduce muchísimo. Yo no me atrevería a decir más de un 20% siendo generosa (Entrevista clave, EP3).

En este sentido, depositar la mirada en los hombres usuarios que acuden a los Servicios Sociales de Atención Primaria nos permite, no tanto analizar su ausencia en sí misma, que también, sino depositar la mirada en los hombres usuarios que están presentes en las atenciones y seguimiento, preguntándonos: ¿qué hace que los hombres usuarios acudan a los Servicios Sociales de Atención Primaria?, ¿qué casuísticas les acompañan?, y, más importante, ¿que incidencia posee su realidad de género en su participación como usuarios?

⁸¹ Sistema de Información de Usuarios/as de Servicios Sociales.

El hombre ausente y los hombres citados por vía judicial

El primer perfil que voy a nombrar sobre los hombres en Servicios Sociales tal vez sea una contradicción en sí misma y, tal vez, podamos pensar que podría no ser nombrado como tal en este apartado, en tanto que representa el “no perfil”. No obstante, no podemos pasar por alto que la primera referencia que encontramos cuando preguntamos a las profesionales sobre los hombres en los Servicios Sociales de Atención Primaria, lo primero que nos dicen es que no están, que no hay o que no acuden. De esta forma, en la voz de las profesionales emerge un perfil que es el de *los hombres ausentes* o la ausencia de los hombres en los seguimientos y atenciones de los Servicios Sociales de Atención Primaria. Un hecho que, como hemos visto, cuantitativamente aparece en los distintos informes que analizan el número de atenciones entre mujeres y hombres (Blanco-Campos et al., 2022).

Esta cuestión de la ausencia es el factor que más prevalece cuando hablamos con las personas profesionales y que, además, nos advierten que los hombres, a pesar de ser los grandes ausentes en las atenciones, están muy presentes en el relato de los informes por muy diversas casuísticas: responsabilidad paterna, desempleo, adicciones, violencias, dependencia, salud, etc.

No viven separados mujeres y hombres. Acuden ellas, pero ellos siguen estando en casa, a nivel familiar. Siguen siendo padres, maridos, esposos, exmaridos o como quieras llamarlo (Grupo discusión, GD1).

[conversación en un taller de formación sobre los hombres en la atención social] No vienen, pero sí que aparecen en los informes. Lees las historias de vida y cuando se describe la familia ahí está el padre, el abuelo, el tío... sin contar otras cuestiones (Observación participante, OBP3)

Al identificar este perfil, de forma rápida, la siguiente pregunta que se nos presenta es cómo conectan y/o contactan con estos hombres que no acuden, pero están presentes en el relato de la problemática social sobre la que trabajar. Tras este hecho, las profesionales relatan cómo se hacen intentos por contactar con los hombres para que acudan al recurso y tener alguna entrevista con ellos. Muchas de las personas profesionales exponen que muchas veces, cuando los hombres son causa y parte del

problema, ante la negación o el silencio, se los cita por vía judicial, siendo esto un ejercicio o un intento de coerción para poder recabar información en primera persona del papel que tienen los hombres e intentar dar alguna orientación al respecto en referencia a las distintas problemáticas por las que se les requiere.

J: ¿Por qué razones pensáis que acuden los hombres a vuestros recursos?

P1: Económicos, en situaciones límites.

P2: Cuando viven solos, están parados o cuando tienen salud mental...

P3: Por indicación judicial.

P1: Es cierto, también por citación judicial en el programa de parentalidad.

J: ¿Cuando dices por citación judicial es porque son citados? ¿no?

P1: Cuando insistes mucho y no vienen puedes a través de correos enviar una citación para que se personen. Ahí suelen venir (Grupo discusión, GD1).

Una ausencia que aparece en la recogida de la información cuando identificamos entre los hombres usuarios entrevistados que están en los recursos de atención a personas sin hogar, varones que dicen no haber acudido nunca a los Servicios Sociales de Atención Primaria (28,5%), haciéndose presentes estas resistencias masculinas a acudir a los Servicios Sociales.

Hombres solos: divorcio, crianza y cuidados en la dependencia

El segundo perfil predominante que encontramos en las entrevistas analizadas y que es identificado como un perfil ciertamente presente como nos indican las mismas profesionales, es un perfil que hace referencia a *hombres solos*.

No tengo a nadie más. Me encargaba yo de todo. Se ha perdido un poco la familia. De hecho, no se hablan entre hermanos... no me hablo yo porque no tengo ocasión... Entonces digamos que esto... me afecta y no me afecta porque es una situación que no he vivido como para poder decir que hoy en día lo echo de menos. Me entiendes. Entonces, ¿me siento solo? Sí, mucho, muchísimo (Entrevista, EU13).

J: ¿En estos momentos en qué situación estas?

ENT: Pues yo te lo explico. Llevo cuatro años viviendo solo. Sin ningún problema. Esto es algo que no tengo que dar explicaciones a nadie. Lo bueno de la jubilación es la libertad,

la libertad de hacer lo que quieras. Estoy muy mal de salud, muy mal. Te lo digo por eso. He estado subiendo [al piso a pie] cuatro años sin problemas. El otro día a las cuatro de la mañana... tengo la nariz muy mal. La nariz y los oídos los tengo muy mal. Sangro mucho por la nariz. El otro día a las cuatro de la mañana sangré tanto que no daba abasto. Cama, pijama, lavabo, suelo, todo... me sentí solo, abandonado, fue la única vez. Me sentí solo, abandonado. Me dio mucha pena. Me curé. Me pongo unos tapones. Me dio el médico una pomada. Lo enrollas como un ramo de arroz, te lo pones, haces así, y me lo estaño. No tiene solución. Este problema que tengo de nariz no tiene solución. Lo estoy pasando muy mal de salud. Muy mal. Hay veces que me siento morir. Económicamente gasto más que ingreso y no me lo gasto en juergas. Me lo gasto en salud. Por ejemplo, la escuela me cuesta ochenta euros al mes, la chica me cuesta cien euros al mes, la pensión son ochocientos... a veces estoy muy perdido, estoy muy perdido a veces. Por eso me hace mucho bien ir a la clase de Asistente Social... bueno todo lo que sea compañía me hace mucho bien (Entrevista, EU15).

J: ¿Qué modelos familiares encontráis en vuestros recursos? [...]

P2: Familia nuclear, monoparental.

J: ¿Monomarentales o monoparentales?

P2: Monomarentales.

J: O sea, más mujeres solas que hombres solos.

P2: Sí, sí.... O chicos que son, pues eso... enfermos mentales, gente con adicciones... solos, muy solos, que han roto con todo. Sin vínculos (Grupo discusión, GD1).

Esta categoría concuerda con el análisis de otros trabajos académicos que han venido mapeando los cambios que se están dando en la atención social y en los Servicios Sociales de Atención Primaria (Avilés, 2014, 2015; Ballester et al., 1996; Mendiara, 2014). No obstante, los hombres solos emergen en nuestra investigación con cierta significación ya que, por las características y factores de vulnerabilidad social que les acompañan, los hacen aparecer y ser considerados como usuarios potenciales de los Servicios Sociales, según nos cuentan las propias profesionales.

...bueno, en el número hay otro dato que también te puede servir... las familias de Servicios Sociales, los que llegan, ver si llegan con familia o no... porque ya te digo yo que muchos de los hombres que llegan son hombres viviendo solos (Entrevista clave, EP1).

Para empezar a describir este perfil las profesionales nos advierten que se da de muy diversas formas. Por una parte, encontramos que son hombres con una problemática propia, carga o responsabilidad familiar que no es capaz de ser delegada a las mujeres de su red de solidaridad familiar, ni tienen la capacidad económica como para derivar al mercado dichas cargas o cuidados. En las entrevistas, los propios hombres nos relatan que acuden porque no hay nadie más que pueda encargarse de aquello de lo que se están haciendo cargo.

Me lo dejo todo para ir a cuidar a mi padre. Me lo dejo todo. Me quedo en la puta ruina económica, sin tener un duro. Sin oportunidad de trabajar. Un desastre total... Entonces claro, cuando mi padre empieza a salir del covid, a estar bien, a mí me cae una depresión de caballo. Porque claro, mientras estás en la batalla [cuidando a su padre] no tienes tiempo. Pero cuando empiezas a darte cuenta del chaparrón que te ha caído encima. Toda la mierda, todo lo que has perdido o te has dejado... pues flipas. Muy difícil. Una circunstancia muy complicada, muy complicada. [...] Y eso... y ahí es cuando voy a Servicios Sociales. Cuando salimos del hospital, básicamente, cuando salimos del hospital yo empiezo a ir a Servicios Sociales, porque no hay nadie más (Entrevista, EU16).

Esto se puede dar porque no se posee un soporte que se encargue de acudir a los Servicios Sociales de Atención Primaria en su lugar. A esto se le suma que aparezca un sentir de lealtad y obligación que conecta con la épica masculina como algo que debe realizarse, una cuestión que conecta con el sentir y resignificar el lugar no masculinizado y no productivo que están ocupando.

Ahora ya tengo trabajo, tengo habitación y con el tiempo... Mira, es mi hermano... no hay madre, no hay padre. Me entiendes. Es lo que debo hacer porque es mi hermano y tenerlo es lo que tengo que hacer... es una cosa de... tu ya me entiendes (Entrevista, EU19).

Ante esta cuestión, existen otros casos donde la propia red de solidaridad familiar entiende que la responsabilidad de acudir a los Servicios Sociales está directamente vinculada al propio hombre. Ejemplo de esto son los hombres divorciados, separados o viudos con hijos/as a cargo donde la propia carga familiar tiene una conexión directa de filiación. En este sentido en las últimas décadas han emergido investigaciones sobre

monoparentalidad⁸² advirtiendo de las particularidades de este perfil de hombres (Avilés, 2015; Brett V. Brown, 2000; Garasky y Meyer, 1996).

J: ¿Crees que actualmente, en relación a otros tiempos, hay más hombres en Servicios Sociales?

ENT: Sí, sí. Quizá también, todo este perfil de familia que se divide en dos antes no venía, no acudía, era una demanda más económica... no estaba todo ese tema de la custodia compartida, la monoparentalidad... o por ejemplo la implicación con los hijos, antes era la madre la que decía que el hijo no se portaba bien, y venía la madre... por qué... porque el padre no estaba, estaba ausente, de la vida familiar. Entonces era la madre la que venía más, pero ahora, siendo padres solos o separados, viene también el padre (Entrevista clave, EP1).

Por otra parte, en la atención a la dependencia también emergen tras este perfil algunos hombres, principalmente cuando los miembros de la familia de primer y segundo grado de parentesco son hijos únicos, todos los hermanos son hombres o la red familiar conformada por mujeres no se hace cargo (por ejemplo, porque están viviendo fuera), es decir, aparecen razones por la cuales no pueden asumir las cargas que emergen en la tercera edad por cuestiones de dependencia. Además, cada vez están más presentes los matrimonios de personas de avanzada edad sin una red familiar estable donde el envejecimiento de la mujer genera una situación de dependencia donde el marido se convierte en el cuidador a cargo de ella (Calasanti y Bowen, 2006; Comas d'Argemir et al., 2018; Milligan y Morbey, 2016; Russell, 2001), apareciendo en los Servicios Sociales de Atención Primaria hombres tras la búsqueda de apoyos ante la situación de dependencia y cuidados que se les presenta.

J: ¿Cuándo es la primera vez que vas a Servicios Sociales?

ENT: Con [mi compañero de vida]. Cuando vi que la cosa empeoraba. Yo estaba muy delicado, en esa época ya estaba muy delicado. Y cuidarlo cada vez se ponía más difícil. Entonces fui a Juan Llorens... no, a Guillem de Castro y hablé con la Asistente Social.

⁸² Utilizo el concepto de monoparentalidad para identificar a las familias conformadas por un hombre sin pareja con hijos/as. Los hombres padres de familia monoparental aparecen tanto dentro de lo que entenderíamos como familia monoparental simple, padre con hijos/as en una misma vivienda familiar, o como familia monoparental compleja, que se da cuando el padre con sus hijos/as conviven en una vivienda familiar con más miembros de la familia o red afecta, existiendo casos de situaciones de monoparentalidad dentro de familia extensa (Avilés, 2015).

Entonces nos mandó a Nou Moles. Y tuvimos la gran suerte de pillar allí a [la trabajadora social] (Entrevista, EU15)

[conversación con hermano de usuario de Servicios Sociales] Va él porque le toca a él. Es su padre. Nosotros estamos para lo que necesite, pero hay ciertas cosas que tiene que hacerlas él, como ir a los Servicios Sociales o a la abogada por el tema de la custodia (Observación participante, OBP5).

Así pues, encontramos hombres que, tras estas coyunturas de atención familiar, se encuentran en dificultades económicas, dificultades de conciliación, de tiempos y dificultades a la hora de manejar las cargas de cuidados por las distintas situaciones paternas o de dependencia.

Más allá de las cargas familiares, otra cuestión que se viene dando con el aumento de los procesos de individualización (Beck y Beck-Gernsheim, 2003; Díaz, 2002; Meil, 2011) es la emergencia de la atención a la soledad desde los Servicios Sociales (Ararteko, 2020). En este sentido aparecen hombres que viven solos por la precarización de sus redes afectivas y familiares. Donde existe una mayor incidencia es en casos de viudedad donde fallece la mujer antes que el hombre. De este modo, estamos hablando de hombres que habitacionalmente viven solos y no tienen a nadie más que pueda encargarse de ciertas situaciones personales y de cuidados. Es decir, se repite el perfil de hombres que acude a los Servicios Sociales porque no tienen a nadie más en su red familiar que los acompañe o los supla en esta función.

Así pues, ante estas distintas realidades encontramos, además de carencias en la red social, afectiva y familiar, necesidades por falta recursos de atención, la falta de tiempos o la falta de recursos económicos para tirar adelante como cuestión explícita, y más implícitamente la falta de hábitos para el desarrollo de las tareas de cuidados, crianza y corresponsabilidad. Cuestiones que generan una serie de estrategias comportamentales que pueden llevar a los hombres a situaciones de aislamiento social, lo cual es necesario ser combatido cuando esto es identificado por los equipos de atención social.

Hombres como figura de autoridad

El siguiente perfil que emerge del análisis aparece cuando empiezo a compartir el plan de investigación de doctorado con compañeras y compañeros que trabajan en los Servicios Sociales. En ese momento, en las conversaciones con ellos y ellas surge la identificación de los tipos de hombres que acuden al recurso y, entre las distintas posibilidades, emerge la aparición del *hombre como figura de autoridad*.

[conversación con profesionales de los Servicios Sociales] ¿Sabes cuándo vienen ellos? Cuando se retrasa la ayuda. Ahí aparecen para ver de meter presión (Observación participante, OBP1)

Este perfil identifica a hombres que acuden de forma puntual o momentánea a los Servicios Sociales de Atención Primaria cuando es necesario generar cierta presión sobre las personas profesionales. Cuestiones como la denegación de ayudas, los retrasos en los aportes económicos (pagos de luz, agua, alquiler o gas) u otras gestiones que vayan en contra de los intereses familiares hacen que se personen los hombres de familia en el mismo recurso, solos o acompañados, para mirar de resolver tales desavenencias.

J: ¿En qué momentos se presentan en los Servicios Sociales? Hay algún momento que digamos “acuden siempre que pasa esto”.

P1: ¿Los hombres?

J: Sí, los hombres.

P2: Siempre que hay alguna urgencia.

P3: Sí, cuando están al límite, cuando se retrasa el pago y cosas así (Grupo de discusión, GD1)

Este se trata de un perfil muy identificado por las profesionales, ya que, con su aparición, se configura un referente de cierta violencia o cuestionamiento de la práctica profesional. Se trata de un perfil que se enfrenta a la autoridad, incluso la cuestiona, manifestándose como figura de autoridad que posee la función de ejercer cierta influencia o presión, incluso intimidación, hacia las profesionales que lleven su caso.

Tal posicionamiento conecta con un modelo de identidad masculina que, encarnado desde la figura del *páter familias*, busca refrendar su postura a través del ejercicio de poder. Además, los propios mandatos de la masculinidad, en mayor o menor medida, preparan al varón emocional y situacionalmente para este tipo de actuaciones. Ser el timón principal, demostrar fuerza o ser capaz de cuestionar la autoridad son patrones de masculinidad que los hombres aprehenden a lo largo de su vida a través de la socialización diferencial (David y Brannon, 1976). De esta forma, el comparecer para ejercer presión ante una realidad temida como puede ser no recibir a tiempo las ayudas económicas, puede conllevar una respuesta ciertamente violenta, buscando cuestionar la legitimidad de las personas profesionales tras el fin de imponer su razón. De ahí que las propias profesionales, cuando aparece un hombre acompañando a su pareja, madre, hermana..., el cual normalmente no está presente en los seguimientos, lo primero que le viene a la cabeza es que hay alguna cuestión o ha habido algún problema con el recurso, en la recepción de ayudas o en las orientaciones dadas, es decir, piensan que se les presenta una situación en desacuerdo.

[taller de formación con profesionales de los Servicios Sociales] Si no vienen nunca, cuando los veo llegar, lo primero que pienso es algo ha pasado (Observación participante, OBP3).

En las entrevistas con los hombres usuarios esta cuestión también aparece y es identificada. Sin embargo, el relato del por qué acuden es un relato totalmente diferente al posicionamiento de las profesionales. Emerge como tras una narrativa casi caballeresca, tras un halo de hombre protector, donde no se ven como figura de autoridad sino como soporte ante una situación que hay que solucionar, una estrategia para comunicar y lograr cambiar las desavenencias que se generan desde el recurso de los Servicios Sociales.

J: Siempre que vais a Servicios Sociales ¿vais los dos? ¿vas tú y tu mujer?

ENT: [...] Casi siempre va ella sola... yo para romper el hielo así, a algún sitio, sí voy con ella. Para darle un poco de fuerza y eso. Ya luego va ella (Entrevista, EU17).

Yo se lo dije. Fui con mi pareja a quejarme porque no me parecía bien. La cosa se estaba retrasando mucho y, por suerte, en poco tiempo me voy a vivir al pueblo. Salgo de aquí...

[...] a ella no le hacían caso. Siempre venía con la misma cantinela... Fue ir yo y las cosas ya habían cambiado... mira tú (Entrevista, EU11).

Así pues, el cuerpo masculino se convierte en una herramienta para poner en marcha una estrategia que, tras su aprendizaje como hombres, se utiliza para conseguir un fin. El espacio de los Servicios Sociales no es sentido como un espacio propio al ser un espacio considerado de mujeres o feminizado, sin embargo, el rol y las actuaciones donde demostrar cierto autoritarismo se llega considerar como un rol sentido como propio para ciertos hombres usuarios. En esta situación, siguiendo a Sennett (1982, p. 27), la autoridad “se trata de una tentativa de interpretar las condiciones del poder, de dar un significado a las condiciones de control y de influencia mediante la definición de una imagen de fuerza”. Es decir, los hombres acuden al recurso para realizar actos performativos como figura de autoridad, exponiendo las condiciones de poder, dando significado a la acción de control y haciendo visible la influencia que se pretende tener sobre la otra persona a través de una cierta imagen de fuerza, miedo o temor. No obstante, a pesar de acercarse al recurso, aunque sean por estas razones puntuales, según las propias profesionales, no conectan con la necesidad de seguimiento que se viene reclamando y desarrollando desde el mismo ya que:

[conversando con profesionales sobre las apariciones puntuales de los hombres en los Servicios Sociales de Atención Primaria] ...después de eso vuelven a desaparecer [...] llegan, se quejan y ya no vuelven hasta saber cuándo (Observación participante, OBP1),

De esta forma, no son hombres que tienen un seguimiento o interés por las orientaciones profesionales, sino que hacen uso del recurso desde una mirada instrumental del mismo, encontrando una baja conexión personal entre los hombres y las profesionales. Una máscara de masculinidad, como diría Gil Calvo (2006), que refuerza el *mito del hombre violento*, en tanto que la construcción de la autoridad y el respeto de los varones viene muchas veces dado a través de prácticas violentas aprehendidas desde la socialización del género masculino (Bourdieu, 2000).

[conversación con profesional de los Servicios Sociales de Atención Primaria] El otro día tuvimos otro hombre que vino en plan violento cara una compañera mía [...] la sensación

que se me queda es que cada vez que se retrasan con las ayudas estamos en peligro (Observación participante, OBP5).

P2: Todo va bien hasta que te montan el pollo.

J: ¿Habéis padecido agresiones violentas en vuestros lugares de trabajo?

P1: Yo directamente no, pero sí que recuerdo un par de desencuentros de usuarios con alguna compañera (Grupo discusión, GD2).

Estas formas de socialización masculina y las experiencias compartidas de violencia que han tenido las profesionales alimentarán un caldo de cultivo perfecto para juzgar el todo por la parte, aumentando el estigma del pobre violento que se fundamenta desde la dicotomía hombre violento vs. mujer buena (Cantera y Blanch, 2010). Tal es así que algunos y algunas profesionales evidencian la preferencia de no trabajar con hombres porque se considera que son más violentos.

Es que ellos no solamente no es que tengan menos seguida cuando se les llama. Sino que algunos... no hay que generalizar, claro... no sabes ni cómo te van a reaccionar... En esos casos, cuando ya los conoces pues es normal que prefieras llamar más a ellas que a ellos (Grupo discusión, GD2).

A esta cuestión de género se le suma el estigma de la pobreza que establece a los hombres tras el prejuicio de ser personas inestables con poco que perder.

[conversación con profesionales de la atención social] A ver, ellos no tienen nada que perder (las personas usuarias). Llegan y la lían... la verdad es que te genera una sensación de impotencia... y claro, te sientes desprotegida (Observación participante, OBP1).

Y a ello se añade la idea estigmática donde las personas en proceso de vulnerabilidad o marginalidad poseen menor capacidad de reflexión, escucha activa, empatía, habilidades sociales o paciencia que las demás personas de la sociedad. Un prejuicio que tiene que ver con la imagen de superviviente y las estrategias que activan para sobrevenir a las situaciones de precariedad y/o marginalidad que viven.

[reunión de trabajo en recurso de atención a personas sin hogar] Normalmente hay que tener mucha paciencia con ellos. Son muy impulsivos y les cuesta entender muchas veces que las cosas tienen sus tiempos, entonces reaccionan mal (Observación participante, OBP6)

En este sentido, el anclaje social de las características masculinas que se anudan a los hombres como figura de autoridad quedan vinculadas a la creencia de que los hombres en situación de pobreza suelen ser más violentos, irracionales e imprevisibles, lo cual hará más presente en el imaginario de las y los profesionales este perfil.

Hombres al límite y la pérdida de poder en el hogar.

El último perfil que encontramos en esta investigación fue identificado en una conversación con una profesional de los Servicios Sociales la cual estaba preocupada por un caso de violencia filio-parental que tenía en seguimiento⁸³.

El papá solamente apareció cuando el chico rompió a puñetazos la puerta. Vino reclamando que algo tendríamos que hacer [...] Después de tantos meses con este caso ya podría haber venido antes (Observación participante, OBP1).

Al principio, como muchas veces nos sucede, no se le da demasiada importancia a ciertas situaciones que investigamos por su condición de particularidad. Sin embargo, con la realización de los grupos de discusión, cuando profundizamos en el perfil de los hombres que acuden a los Servicios Sociales, otras profesionales volvieron a identificar esta cuestión en casos similares, evidenciándose que no es una cuestión particular sino una realidad presente a tener en cuenta.

con los chavales con los que tengo seguimiento por medidas judiciales ellos vienen porque tienen el tema de la condena de por medio [...] los padres vienen cuando se los cita... pero normalmente vienen ellas o ellos solos (haciendo referencia a los chicos con medidas judiciales) ... lo que estábamos hablando antes, las madres, las abuelas... Ellos vienen cuando la situación vuelve a explotar dentro de casa... cuando los chavales se vuelven violentos dentro de casa (Grupo discusión, GD2)

⁸³ La violencia filio-parental es el concepto que se utiliza para identificar los casos de violencia de los hijos/as hacia sus padres/madres o tutores/as (Sánchez-Heras et al., 2012).

Así pues, encontramos *hombres al límite* del colapso que acuden al recurso cuando el problema ya se vuelve insostenible. Cuando, de algún modo, la autoridad paterna ya no surte efecto, es decir, ya no está cumpliendo con el rol que se espera del padre.

Aunque la lectura que podemos realizar desde la violencia filio-parental puede ser considerada como paradigmática o ejemplificante, los hombres acuden por muchas otras razones. Lo que sí es cierto es que, como nos decía una de las profesionales participantes en los grupos de discusión, “acuden cuando la patata caliente está a punto de explotar” (Grupo discusión, GD1). Estas situaciones, si aplicamos la mirada desde los estudios de las masculinidades, nos emplaza ante dos cuestiones: (1) el sentimiento de fracaso y (2) la sensación de pérdida de control.

Por una parte, el aprendizaje tras los mandatos de género de los hombres para no demostrar debilidad o fracaso produce que sea más complejo el prevenir, el exponer con tiempo, ciertas situaciones de la vida de los hombres que pone en entredicho su posición dominante. Si al exponer la situación la solución no convence, incluso si la resolución del problema genera el cuestionamiento de la identidad del varón como hombre, porque, por ejemplo, se hace evidente que no se ha conseguido llevar a buen término a su propia familia, esto producirá que los hombres no conecten con este tipo de recursos o atenciones, esperando al máximo o hasta el momento en el que casi no haya vuelta atrás para acercarse a los recursos frente a ciertas situaciones.

[hablando con una profesional sobre el objeto de investigación de la tesis doctoral]
¿Entonces tu objetivo es entrevistarte con hombres que acuden a los Servicios Sociales?
Pues lo tienes difícil porque vienen muy poco, no tienen continuidad y cuando vienen la cosa ya está bastante al límite (Observación participante, OBP1).

La sensación de pérdida de control, concretamente de control familiar, el cual se identifica en los hombres tras la figura del *cabeza de familia*, entra en cuestionamiento tras este tipo de situaciones. Como nos advierten algunos estudios, los hombres tienen una mayor prevalencia a no pedir ayuda o a pedir ayuda cuando las situaciones están ya muy avanzadas, en riesgo de explotar (Addis y Mahalik, 2003; Courtenay, 2000; Good et al., 1989). Esta realidad emerge constantemente en la observación participante, en las entrevistas y los grupos de discusión realizados con las profesionales de la atención social.

La sensación que tengo yo es que los hombres acuden principalmente por temas económicos o cuando las cosas dentro de casa ya están muy desgastadas... acuden para que les soluciones el problema (Grupo discusión, GD1)

De este modo, la configuración de las emociones patriarcales en los hombres emerge en su relato cuando se les alienta a hablar sobre el pedir ayuda. Tal es así que en uno de los talleres realizados con usuarios en un recurso de atención social de personas en situación de sinhogarismo, varios hombres valoraban que el no pedir ayuda tiene mucho que ver con que los hombres “van de macho” (Observación participante, OBP6), pero también con el hecho de creer que nadie va a ser capaz de solucionar o mejorar su situación de fracaso.

[conversación con usuario de la UPCCA] Si no he conseguido yo salir de aquí como va a ayudarme nadie... (Observación participante, OBP7).

Así pues, la configuración patriarcal como varón lleva al límite ciertos procesos subjetivos en los hombres emergiendo o pudiendo identificar los mandatos de la masculinidad, como tener que ser el timón principal o demostrar autosuficiencia, llevados al extremo. Interiorizando, desde una mentalidad ciertamente paradójica o contradictoria, la imposibilidad de que haya alguna persona que pueda solucionar lo que el varón no ha conseguido. En esta línea, ciertos autores hablarán de cómo los hombres esconden emociones como la debilidad y el fracaso (Good et al., 1989; Rosado et al., 2014), sin embargo, el relato de los hombres nos lleva a identificar un planteamiento del yo que conecta con mayor facilidad con el sentimiento inconsciente de superioridad interiorizado, tras el cual, nadie es suficiente para conseguir aquello que ellos mismos no han podido, y más importante, nadie debe conseguir sacarlos de ahí porque se demostrará que ellos mismos no son tan fuertes como habían asimilado.

J: ¿A tí normalmente te cuesta pedir ayuda?

ENT: No, no sé... Para qué pedir ayuda si no te van a poder ayudar, ¿no? (Entrevista, EU13).

En definitiva, este es un factor que hace que los hombres esperen al máximo para acercarse a los Servicios Sociales de Atención Primaria pidiendo ayuda. Si aplicamos la perspectiva de género, encontramos a hombres que se resisten, una cuestión que queda

atravesada por la defensa del honor y la virilidad (Bourdieu, 2000; Gilmore, 1994; Gutmann, 2000). Sin embargo, cuando el control que debería estar ejerciendo el hombre no se está dando, como por ejemplo en las situaciones de violencia filio-parental, aparecen reclamando que se modifique dicha realidad. De esta forma, la pérdida de poder dentro del núcleo del hogar aparece como perfil en los hombres usuarios conectado con los hombres que acuden cuando las situaciones están a punto de explotar o ya han explotado, siendo las intervenciones con hombres mucho más complejas al presentarse cuando su realidad, como hemos anotado, está al límite.

4.3 Masculinidad y redes de solidaridad familiar y afectiva en los hombres usuarios

Una vez analizados los perfiles de los hombres que acuden a los Servicios Sociales de Atención Primaria, nos corresponde analizar cómo el género y la situación de vulnerabilidad social configuran la identidad masculina, incidiendo en sus propias prácticas y en su propia situación personal. El análisis anterior ya nos ha dado unas primeras pistas hacia dónde se dirige el relato de los resultados de esta investigación, sin embargo, para profundizar en los distintos factores que han emergido con mayor prevalencia en el análisis de la información abriremos la mirada al contexto de los Servicios Sociales en sentido amplio, planteando el análisis de la subjetividad masculina no solamente desde los usuarios presentes en los Servicios Sociales de Atención Primaria, sino también desde las demás biografías de hombres en proceso de vulnerabilidad que transitan por los recursos de protección social donde se ha recabado información.

Se valora que una persona está en situación de vulnerabilidad social cuando existen una serie de carencias sociales, materiales y personales que generan que cualquier riesgo o daño pueda convertirse en una amenaza para la vida de la persona. Si bien es cierto que los procesos de atención social están generalmente centrados en la reincorporación de la persona al ámbito laboral para aplacar las carencias materiales y económicas que pueda estar padeciendo (Ávila et al., 2019; Sales, 2014; Wacquant, 2010), no se atienden con la misma intensidad en todos los casos otras cuestiones como el fortalecimiento de las redes de solidaridad, siendo este un ámbito imprescindible para hacer de malla de seguridad y apoyo si vuelve a suceder el problema.

Yo lo que pedía era tiempo y que me ayudarán con dinero para cuidar a mi padre... y la chica [la trabajadora social]... que me trató muy bien, yo no tengo queja de ellas, me preguntaba si estaba dispuesto a trabajar en la obra, en la hostelería... (Entrevista, EU16).

Para poder tener aquí a mi hermano lo que necesito es tener trabajo. El trabajo lo es todo. Es lo que me piden para que viva conmigo porque casa, como ves, tengo [...] Hace mucho que no se nada de mi familia, de mi madre... Tras salir de Picassent [prisión] no he querido acercarme al barrio. Las malas compañías y eso (Entrevista, EU19).

Una de las cuestiones centrales que han aparecido en el análisis de la información ha sido la experiencia de los hombres en referencia a estas relaciones de apoyo (familiares, afectivas y comunitarias) por las que quedan envueltos. Es decir, nos aproximamos a las redes de solidaridad, afectividad y soporte que los hombres construyen con sus compañeros/as de vida, con las personas de su entorno, con sus redes familiares, así como el papel que poseen las relaciones de amistad como relaciones de apoyo.

En la actualidad, el Sistema de Bienestar Social del sur de Europa (Ferrera, 1996; Trifiletti, 1999), donde se encuentra España, sigue fomentando prácticas que delegan en las familias muchas de las responsabilidades de apoyo por las que acude la ciudadanía a los Servicios Sociales, requiriendo de redes de solidaridad familiar más fuertes. Sin embargo, el auge de procesos de individualización y el fomento de un modelo de familia nuclear satelital, está produciendo que las redes familiares sean cada vez más endebles, generando una mayor desconexión de los soportes que en otros tiempos la familia brindaba (García-Faroldi, 2023; Marcaletti y Cavallotti, 2021; Sánchez-Castiñeira, 2021). A pesar de que han ido variando las estrategias de atención que se han venido dando desde las redes de solidaridad a raíz de las distintas crisis económicas, la dinámica de protección institucional a partir de ayudas económicas a las familias no está incidiendo en la crisis social de los cuidados, ni en la fragmentación de las redes de solidaridad familiar y/o afectiva, existiendo un arduo debate socio-político que apunta al cómo los Servicios Sociales deben enfrentar estas nuevas realidades.

Como nos advierte Sánchez-Castiñeira (2021) las estrategias que se están impulsando desde los Servicios Sociales ante la intervención con familias optan principalmente por paliar las problemáticas socio-económicas que se suceden a través de ayudas económicas muchas veces insuficientes, las cuales, requerirán ser suplementadas

con transferencias familiares que les ayuden a subsanar la realidad que les ha llevado al recurso (Arriba y Moreno, 2005). De esta forma, el *familismo* se mantiene en los planteamientos institucionales, el cual, todavía a día de hoy, sigue siendo la estrategia prioritaria. Ante esta realidad, parece lógico el fomento y el impulso de planteamientos de atención social que fortalezcan los apoyos familiares, internos, externos o comunitarios, vinculados a las redes afectivas que envuelven a las personas usuarias, unas formas de apoyo afectivo que estarán basadas en un intercambio de favores, altruistas o interesados, asentados en el desarrollo de lealtades familiares (Boszormenyi-Nagy y Spark, 2012).

[curso con profesionales de atención social] Encontrar a la persona adecuada dentro de la familia es muy importante. Es la que levantas el teléfono con confianza cuando te enteras que algo ha sucedido y te apoyas cuando quieres que algo funcione (Observación participante, OBP3).

Sin embargo, este generar apoyos familiares o afectivos, pueden surgir de forma coordinada desde las orientaciones profesionales o de forma natural dentro de la propia red afectiva de las personas usuarias.

Cuando mi hermana nació mi madre no dejó de trabajar nunca, y, al día siguiente de parir, tenía a mi hermana en un capazo trabajando en una peluquería, imagínate la locura... En consecuencia, mi madre se apoya con una mujer que me cuidaba por las mañanas, venía unas horas por las mañanas, me daba de desayunar, a vestirme para ella poder irse a trabajar. Esa mujer a día de hoy la considero mi abuela (Entrevista, EU16)

Ellos se quedan unos días con unos amigos que el hijo es compañero del cole [...]. Así nosotros podemos estar unos días fuera para reencontrarnos un poco y tener un poco de tiempo [...] ...nosotros somos muy de hacer tribu, apoyarnos los unos con los otros (Entrevista, EU18).

En este sentido, no podemos obviar cómo los hombres entran en relación con las redes de solidaridad cuando se requiere la ayuda. Tras este planteamiento, sus formas de acercarse a la red y pedir ayuda, el papel que adquieren y el lugar que ocupan quedarán muy marcados por la construcción del género que les acompaña, siendo necesario explicitar la

realidad masculina que se nos ha dibujado tras el análisis de la vivencia de los hombres usuarios como miembros y parte de las redes de solidaridad.

Los hombres y las redes de solidaridad afectiva y familiar: una cuestión en femenino plural

En este apartado vamos a abordar la relación de los hombres usuarios con las redes de solidaridad afectiva y familiar⁸⁴. El depositar la mirada en la familia implica atender a la misma como punto de referencia estratégica frente a las dificultades que se nos presentan en la vida. Así pues, si la finalidad actual de la familia más clásica es conseguir la independencia de los hijos/as, si los hubiere, y dar viabilidad y soporte para la construcción de las nuevas familias que emergen en la propia familia o de la red familiar. Los hombres, como parte de esta realidad, serán receptores y dispensadores de apoyo y ayuda, siendo la misma un trampolín, no solamente para progresar y aplacar los riesgos de la vida en sociedad, sino también, como carta de presentación en la vida pública (Alberdi, 2006; Beck-Gernsheim, 2003; Comas d'Argemir, 1990; Flaquer, 1998; Seiz et al., 2022).

Para empezar es necesario decir que, todavía en la actualidad, las redes de solidaridad familiar y afectivas están conformadas mayoritariamente por mujeres y son las propias mujeres las que gestionan estas redes y las mantienen (Meil, 2011; Mora-Mendoza, 2012; Moreno, 2002a). Esta realidad incrementa las desigualdades de género por la sobrecarga que conlleva sobre los miembros femeninos que conforman las redes de apoyo familiar, con el añadido de que las mujeres suelen sacrificarse más, personal y económicamente, para amortiguar las carencias que puedan padecer las familias (Ridge, 2009), además de ser las que se suelen encargar de conectar con los recursos que puedan aportar algún soporte a nivel familiar (Báñez, 2012; Meil, 2011; Power et al., 2011). De esta forma, para acercarnos al análisis del espectro de posibilidades que ofrece el marco familiar para dar soporte a sus distintos miembros, en este caso, a los hombres que han

⁸⁴ En la investigación doctoral utilizaremos principalmente el concepto de *solidaridad familiar* para enmarcar el juego de lealtades y soportes que se dan entre las personas que, por filiación o por afectividad, se dan soportes en las formas de vida actual. Distingo afectiva y familiar ya que encontramos en la biografía de los hombres entrevistados exparejas y relaciones sexo-afectivas que no forman parte de la red familiar ni son consideradas vínculo de amistad, sino que poseen un vínculo afectivo que da paso a un espacio de reciprocidad donde ser soporte en la vida de los hombres.

sido entrevistados para esta investigación, organizaremos la información a partir de los preceptos que envuelven al concepto “solidaridad familiar”. Dicho concepto es formulado desde las investigaciones de Bengtson y Roberts (1991) y Meil (2011) atendiendo a la concepción de las normas de solidaridad y las distintas dimensiones que configuran el propio sistema, dibujando un lugar desde donde observar las relaciones de los hombres en perspectiva de género⁸⁵. En este sentido, para atender a las redes de solidaridad como un factor a tener en cuenta frente a la comprensión del cómo transitan los hombres por los recursos de protección social, nos corresponde preguntarnos: ¿qué papel están teniendo los hombres usuarios como miembros y parte de estas redes de apoyo y solidaridad familiar?, ¿qué marcos de subjetividad masculina aumentan o reducen su papel y participación en las mismas?

En el relato de los hombres entrevistados aparecen dos situaciones distintas que cabe diferenciar: (1) cuando la realidad por la que acuden a los Servicios Sociales conecta directamente con personas a su cargo, como los hombres solos que atienden situaciones de crianza o dependencia, siendo ellos el referente familiar; y (2) cuando forman parte del núcleo familiar que tiene el problema ocupando un papel secundario, siendo ellos simplemente un miembro más y las mujeres adultas de la casa las encargadas de gestionar estas situaciones. Cabe anotar que el papel familiar de los hombres que mayoritariamente se identifican desde los Servicios Sociales es un papel secundario, apareciendo de forma minoritaria como figura de referente, sobre todo en el relato de las profesionales. Tal es así que, en algún caso, su papel es invisible e inexistente, quedando estos desdibujados dentro de la red de solidaridad familiar y afectiva que relatan, a pesar de formar parte de ella.

P1: Ellos no están, no aparecen, se les cita y no vienen.

P2: Yo tengo la misma sensación. Vienen ellas mucho más, están más implicadas. Eso no quiere decir que no estén, simplemente creo que desconocen muchas veces lo que sucede...

⁸⁵ La solidaridad familiar queda agrupada en seis dimensiones que definen los tipos de relaciones que se pueden dar entre los miembros de una familia (Bengtson & Roberts, 1991; Meil, 2011): (1) la solidaridad normativa define las acciones vinculadas a los roles y funciones de cada uno de los miembros, (2) la solidaridad estructural es el número de personas con las que nos podemos apoyar a nivel familiar, (3) la solidaridad asociativa es la intensidad y asiduidad de los contactos, así como la cotidianeidad y cercanía entre los miembros que se traduce en acciones de seguimiento personal de las y los demás, (4) la solidaridad afectiva son las acciones de seguimiento emocional entre los miembros, (5) la solidaridad funcional es la capacidad de dar y recibir ayuda que se traduce en acciones prácticas de ayuda mutua y (6) la solidaridad consensual es entendida como los valores compartidos del modelo de familia que deben ser.

Y lo de hablar las cosas con sus padres, sus hermanos..., impensable. Ellas se preocupan mucho más por resolver lo que pueda suceder en casa a nivel familiar que ellos. Ellos tienen un papel más pasivo (Grupo discusión, GD1).

De este modo, en el análisis de la información se confirma que el género predominante que sigue siendo el protagonista en las redes de solidaridad familiar es el género femenino (Meil, 2000, 2011; Mora-Mendoza, 2012; Power et al., 2011; Szydlik, 2016) y, por oposición, el papel mayoritario de los hombres en estas redes es un papel pasivo y/o secundario. Por consiguiente, un largo listado de mujeres que dan apoyo a nivel personal y familiar aparece en las entrevistas de los hombres usuarios. Madres, parejas, exparejas, amantes, hijas, hermanas, abuelas, tías... un sinfín de retablos de vidas de mujeres que, tras la voz de los hombres, se convierten en referentes en sus relatos de corte biográfico. Son mujeres principalmente conectadas a nivel familiar y/o afectivo, siendo las mujeres de la familia las que gestionan principalmente esta red de apoyo, no apareciendo o apareciendo muy pocas mujeres sin esta vinculación.

Hoy por hoy te puedo decir que con la persona que he estado veinte años (su expareja), hoy por hoy somos amigos y me llevo mejor que nunca, porque incluso antes con ella, siendo pareja, sabes... entonces pues bueno, eso también me ha ayudado un poco a llevar el día a día. Tengo mi perro, que lo cuida ella y yo todos los días voy a verlo. Y bueno... y no sé (Entrevista, EU5).

Al poco tiempo, al año o a los dos años, mi hermana, la que me sigue a mí, fue la que colaboró mucho. Empezó a ayudarme y al final lo acabamos llevando los dos juntos. Esto no se lo agradeceré nunca lo suficiente... (Entrevista, EU7).

...mi tía era yo su ojito derecho. Y la verdad es que nunca me ha faltado de nada. He sido el típico chico que quería algo y me lo daba. Y bueno, faltó hace unos años mi tía. Que para mí ha sido como mi madre y bueno... (Entrevista, EU5).

Las redes de solidaridad familiar y afectiva son un punto importante a tener en cuenta en la investigación porque, cuando las profesionales mapean desde dónde dar apoyo a las familias, una de las cuestiones que se deben valorar es identificar esta red y por quien está compuesta. En este sentido, los vínculos que se generan a partir de estas redes se convierten en un aporte esencial, tanto a nivel material como emocional, el cual

aportará una mayor o menor sensación de seguridad, reduciendo los riesgos de desafiliación y fractura social que se pueden producir cuando el sistema de protección institucional no es suficiente como para paliar la propia problemática por la que se presentan al servicio (Castel, 1997, 2015). Además, el apoyo entre las personas que conforman la red familiar es considerado como una herramienta de protección identitaria, siendo identificadas aquellas personas con una red más estable como menos vulnerables y más integradas socialmente, a pesar de las problemáticas por las que acudan al recurso.

Las cosas pueden ir muy mal en casa, pero si la familia acompaña tenemos mucho ganado. Esa persona nunca va a llegar a estar tan mal como otras personas con otras problemáticas menos graves y que no tienen a nadie... De ahí que cuando hablamos de esos hombres solos que decís... cuando llegan... uf... Ahí sí que nos ponemos *ipso facto* con el genograma a ver de dónde tiramos... (Grupo discusión, GD2).

Los hombres, a pesar de tener una menor presencia, también participan en estas redes de apoyo familiar. Sin embargo, su participación viene muy marcada por el género y, en ellos, por su identidad como hombres. De esta forma, ante la dimensión de *solidaridad estructural* (Bengtson y Roberts, 1991; Meil, 2000) encontramos que el papel que se espera del hombre conecta de nuevo con el rol de proveeduría como encargado del trabajo productivo dentro del núcleo familiar, es decir, por su rol como *homo ecomomicus*. Por tanto, cuando aparecen carencias económicas dentro del sistema familiar o cuando afloran ciertas dificultades materiales, se espera que los hombres se sitúen como soporte para resolver este tipo de problemáticas, llegando a aparecer en la red familiar como apoyo económico o material a través del nivel adquisitivo que ellos consiguen a través del trabajo.

Todo cambió... Mi padre tuvo un accidente, cuando yo tenía 13 años, y murió. Murió en un accidente. Esto nos cambió la vida completamente porque el negocio no lo llevaban los dos. Realmente el que lo llevaba era mi padre, con lo cual mi madre tuvo muchas dificultades para continuar con el negocio, además de que, como pasaban todo el día juntos, yo no recuerdo caso semejante. Llevaban casados 17 años y no se habían separado ni un solo día. Cogió una depresión muy muy grande. Entonces yo con 13 o 14 años me vi con mi padre muerto, nuestra vía de ingresos muy mermada y mi madre con una depresión de caballo. Ella se pasó tres años en la cama, o sea, con mis dos hermanas pequeñas... vamos, eso nos cambió completamente. [...] Bueno... a partir de ahí pues tuve que hacerme

responsable de la familia. Mis hermanas eran pequeñas, entonces todo recayó sobre mí (Entrevista, EU7).

Porque tienes que empezar a producir dinero, a poder mandarlo, a poder solventar a tu familia. Bueno, en fin, todas estas cosas se van dando obviamente con el apoyo de mi familia, en ese momento las cosas se me dieron más fáciles... (Entrevista, EU2)

...este piso que lo había pagado el cuñado, [él] es representante de Famosa y ganaba el dinero como quería. Y en este piso, el dueño del piso este, nos quiso tirar. O lo compras o a la calle porque lo quiero para mi hijo nos dijo. Y [su cuñado] dijo no te preocupes... yo te doy el dinero. Y lo pagó, en su momento, 600 mil pesetas (Entrevista, EU15).

De esta forma, los hombres se convierten en el *homo economicus* familiar, aportando soportes que solucionen material y económicamente la estabilidad del grupo familiar, en el sentido más amplio.

Además, los hombres, como actores en las redes de apoyo familiar, emergen mayoritariamente de forma precaria dando soportes poco significativos y mayoritariamente centrados en lo material, en lo económico y en la función de trampolín hacia la vida pública, dando apoyo para encontrar empleo, soporte económico puntual o apoyo material o habitacional en algún momento concreto.

Sin embargo, como nos demuestran varios estudios (Abril et al., 2020; Comas d'Argemir, 2016; Soronellas et al., 2021), los hombres cada vez transitan más hacia roles que contradicen su realidad de género como *homo economicus* o *breadwinner*. En coincidencia con ello, encontramos en el análisis tres entrevistados que, paradigmáticamente, se convierten en usuarios de los Servicios Sociales por haber tenido que hacerse cargo de la situación de dependencia o crianza de algún familiar cercano, y, por otra parte, cinco hombres que, entre sus retablos biográficos, nos hablan de haber sido en algún momento apoyo para el cuidado o crianza de alguno de sus familiares. En estos casos los usuarios relatan sus vivencias como parte de la red de apoyo familiar narrando estas situaciones desde la épica, dándole centralidad a su realidad como hombres e invisibilizando a los demás actores dentro del hecho descrito. Si bien es cierto que no relatan resistencias a la hora de asumir dichas cargas y formas de funcionar porque son sentidas como una cuestión de lealtad familiar (Boszormenyi-Nagy y Spark, 2012),

mayoritariamente, cuando se pregunta por las posibilidades de hacerse cargo otras personas de estas tareas, se evidencia que no existen o que hay dificultades para encontrarlas, siendo estos hombres los que, al no haber más red, se han encargado de los tiempos de cuidados y atención en estos casos.

J: ¿Qué tenía [nombre]?

ENT: Pues... más que nada. Que se le iba ya la cabeza. Él bajaba a comprar...

J: ¿Era Alzheimer?

ENT: Sí... me encargaba yo solo de todo... y, claro... [...] al final he reñido con la familia. No me he merecido este final. Porque... (hace una pausa). [...] Un día los junté a todos y su cuñada me dijo siéntate a mi lado... y le dije que no. Quiero tenerlos delante de mí. Y les dije a cada uno. Uno por uno. Les dije la verdad. Les dije cómo se habían comportado. Cómo nos habían abandonado. Les dije la verdad (Entrevista, EU15).

Si buscamos qué hombres de la red de solidaridad familiar han estado ahí para dar soporte a los hombres usuarios entrevistados, encontramos que solamente en dos de las entrevistas realizadas se nombran, con nombre y apellidos, a varones identificados como un apoyo significativo en la vida de los hombres. Estos tienen una vinculación de segundo y tercer grado familiar, son hijos o hermanos, los cuales realizan una función de acompañamiento y seguimiento de su familiar, configurándose un modelo de construcción de relación que atraviesa ciertas fronteras de intimidad, como son, la preocupación cotidiana por la otra persona y el contacto habitual entre ambos. Después indentificamos en otras dos entrevistas que se nombra de forma puntual a hombres del núcleo familiar que han prestado ayuda, material, habitacional o económica, en un momento puntual de la vida de la persona entrevistada. Una cuestión que no aparece en otras entrevistas, siendo el reconocimiento de hombres que prestan apoyo a otros hombres de la familia como una de las grandes ausencias identificadas en esta investigación.

A mí me llama un hermano que vive en Roma y me dice [nombre], ¿usted dónde está? Al contestarle yo que se siente el rumor en la calle y yo le digo pues: en la calle, estoy en la calle trabajando, ya que yo visito locales y todo eso. Me dice, pero a ustedes ¿no los han confinado? Yo le digo que no, para nada. Yo le digo, tal confinamiento ¿por qué? Me dice, usted no ha escuchado lo del Covid y tal... que está matando mucha gente aquí. En Italia ya empezó y nos tienen encerrados desde diciembre, hasta finales de diciembre, nos encerraron ya (Entrevista, EU2).

Mi hijo llamaba, se informaba... y claro. Venía el pobrecito, cogía el metro, estaba conmigo, me traía en una bolsa un plátano el pobre, o sea, un plátano, un bocadillo. Por lo menos comes algo me decía (Entrevista, EU13).

Si profundizamos en el cómo se sienten los hombres usuarios ante la recepción de soportes por parte de la red de solidaridad familiar y afectiva, esta es relatada desde una doble mirada. Por una parte, el recibir apoyo se convierte en un relato naturalizado, de desconexión emocional o distancia personal, no dándole importancia, incluso normalizando que las cosas tienen que ser así.

Para esto está la familia, para cuando la necesitas que estén ahí para echar una mano. O así lo veo yo (Entrevista, EU11).

Por otra parte, la narración de algunos hombres sobre el cómo han dado ayuda o soporte dentro de las redes de solidaridad es vivida desde la deuda, dándose en algunos casos la configuración de un juego subjetivo de lealtades donde algunos hombres llegan a sentirse engañados o esperan algo más por lo que ellos hacen o han hecho. En este sentido, este juego de lealtades genera una serie de obstáculos y dificultades emocionales alrededor del apoyo dado, esperando una respuesta diferente a la que han vivido.

Yo cuidaba de mi hijo y no me sentía reconocido por ello. Yo lo hacía porque quería, lo había decidido yo, pero después de eso una patada. Ahora no puedo verlo por la situación en la que estoy y demás [situación de sinhogarismo]... Todo es muy complicado, muy complicado. Yo hice muchas cosas para después todo lo que pasó. No es justo. Yo no lo veo justo (Entrevista, EU14).

Yo nunca he esperado un agradecimiento por parte de nadie. A ver, cómo te lo explico... El que más arriesgaba para ganar pasta era yo y mucha gente vivía de lo que yo hacía... Nadie nunca me ha llamado desde que salí de prisión. Nadie. Tampoco lo esperaba, pero ahí está la cosa (Entrevista, EU1).

Cuando ya viene lo de la adopción, pues bueno, yo un poco me veo en la obligación de decir que sí. Aunque yo le pregunto ¿qué hago? Yo me pregunto, así que... primero me casé, después la casa, después el tema de la adopción. Todo pagado de mi bolsillo. [...] Y, claro, yo estaba todo el día para arriba y para abajo con otra gente por temas de trabajo. En

definitiva, he cometido ese error. Esta es una de las cosas que me ha reprochado. Porque si no hubiera sido por la niña, pues igual nos hubiéramos salvado [como pareja]. Pero fíjate, sacamos el billete para recogerla. Cincuenta y dos días allí, casi 200 mil euros entre unas cosas y otras... De mi bolsillo. Eso no se me ha devuelto. Tampoco lo he pedido ni lo quiero... pero, tú ya me entiendes (Entrevista, EU8).

Esta forma de proceder conecta tras la idea constante de que la participación en las redes de solidaridad familiar y afectiva se trata de un acto cargado de reciprocidad, no altruista, donde, según el relato de muchos hombres, se debe ofrecer un reconocimiento en forma de deuda por lo que se hace. Esto hace evidente que, entre los dividendos patriarcales que aprenden los hombres a través de su socialización y educación diferencial (Connell, 2015; Kimmel, 2009), emerge el sentido del derecho a sentir, de forma inconsciente, enfado por estas razones. Incluso a veces el derecho a reclamar una contraprestación personal, afectiva, material, simbólica... siempre que cumplan con su rol masculino, ya sea desde la función social de proveeduría u *homo economicus* o desde lo que se consideran acciones heroicas o de salva-patrias por encargarse de cuestiones que entienden no les corresponden o no forman parte de su propio rol como hombres. De este modo, el acercarnos a las periferias del fracaso masculino hace más evidente cómo la construcción de la identidad masculina empuja a los hombres a esperar una retribución por las cosas que hacen, incidiendo esto en su forma de participar en las redes de solidaridad familiar por las que quedan envueltos. Así pues, la socialización diferencial nos sitúa a mujeres y hombres en un lugar jerárquico distinto, de ahí que existe un patrón por el cual los hombres esperen cosas de las mujeres, la familia y/o la sociedad por cumplir la función de apoyo, y, a la vez, la construcción social de los hombres genera unas formas de pensar la acción, en las cuales, la épica del cuidado emerge como una herramienta de significación en la masculinidad, situando la máscara del guerrero sacrificado en el centro del relato de nuevo.

Los dos habíamos estudiado lo mismo y yo me desvinculé del trabajo para que ella pudiese dedicarse... me sacrificué por ella, me sacrificué por ella. Era yo el que se encargaba de nuestro hijo, el que lo vestía, le preparaba la comida o lo llevaba y lo recogía de la guardería (Entrevista, EU14).

Desde este lugar, la configuración de patrones de intimidad que conecten a nivel emocional en el cuidado o el apoyo desde una realidad altruista se complejiza; no quiere

decir que no se puede llegar a dar, sino que se complejiza, en tanto que los marcos hegemónicos de la identidad masculina empujan en una dirección que puede llegar a generar procesos de subjetividad alrededor de la idea de reciprocidad y deuda en las acciones. De este modo, lo que para las mujeres que prestan apoyo aparece como lo normal de ser un adulto funcional, para los hombres puede llegar a convertirse en una deuda de lealtad.

Cómo entienden, sienten, aceptan o rechazan los hombres los actos de reciprocidad dentro de la red de solidaridad familiar y afectiva variará según las experiencias de vida y los marcos interseccionales desde donde construyan su identidad como hombres. Sin embargo, en la narración de los hombres usuarios, todos poseen la necesidad de relatar la contrapartida por aquello que han realizado o han sentido realizar, generando respuestas distintas sobre un mismo hecho.

El piso este lo tengo en usufructo. Puedo reformar, puedo alquilar, puedo... Me lo quería dar [por haberlos cuidado]. Para ti, para ti, para ti. Y yo le dije no. No sería justo que [...] ¿tú crees que hubiese sido justo que este piso hubiese sido para mí y hubiera ido a mi familia? No. Y le dije no. Este piso si quieres me lo dejas en usufructo pero que vaya a tu familia, a la familia de tu cuñado. Es lo justo por lo que hice. Si no lo hubieran hecho, ahora estaría en la calle. Es lo mínimo que podían hacer (Entrevista, EU15).

Sí, así lo hacemos nosotros, un día por ti y otro por mí. Después hacemos por juntarnos y esas cosas. Nos conviene. A los chicos les viene muy bien el juntarse y a nosotros nos viene bien también [el que cada vez se queden en casa de uno o del otro]. Ahora después tengo que pasar a ver porque el Ayuntamiento va a realizar la *escoleta d'estiu* y vamos a apuntarlos... En unas semanas se quedan con ellos (Entrevista, EU18).

Contrariamente, la idea de la deuda familiar o personal no solamente aparece como parte de un dividendo a recibir o compartir, sino también como obstáculo para dejarse ayudar. El entender el ser ayudado como una pérdida en la individualidad, mal entendida como pérdida de libertad, el no tener la capacidad de devolver de la misma forma que te han ayudado el soporte o la retribución que se requeriría subjetivamente tras el apoyo o el no desear estar pendiente de las demás personas, prefiriendo cierta distancia de las vivencias familiares cotidianas, son cuestiones que aparecen en el relato de los hombres cuando se incide en el porqué creen que no participan tanto como otros miembros de su familia o red familiar.

[curso masculinidades con usuarios de un recurso de atención social] Pienso que no ayudamos tanto porque a los tíos nos va más ir a la nuestra, somos más independientes. Igual es eso (Observación participante, OBP3).

¿Ellos me tendrían que ayudar [la familia]? ¿A cambio de qué? Mira, Jorge, mi familia es muy complicada. Muy complicada... Cómo te lo explico... (silencio). Una vez pedí a mi cuñado que me llevase [a la UPCCA], solamente llevarme. Después se lo contó a mi hermana y estuvo la tira preguntándome, insistiendo... peor que la prisión y la asistente social (Entrevista, EU6).

Hay favores que no se pueden devolver y yo prefiero no cogerlos. Soy así. Me gusta ser noble en ese sentido. Prefiero ir a la mía (Entrevista, EU10).

En este sentido, las formas de proceder a nivel familiar, es decir, las deudas familiares que se configuran alrededor de la ayuda también pueden ser un obstáculo para los hombres a la hora de pedir ayuda a nivel familiar. Cuando una persona tiene un problema lo lógico, común o esperable es que exista un seguimiento por parte de la familia de lo que sucede y cómo se está resolviendo. Frente a ello, la construcción social del varón genera en ciertos hombres un sentimiento de tutelaje familiar, temiendo el ser reconocidos como no autosuficientes, apareciendo ciertas presiones hacia las expectativas familiares que vienen derivadas del apoyo que deposita el grupo familiar sobre el sujeto.

Otra vez me puse en manos de un centro de desintoxicación, más dinero gastado para nada. Lo que sucedió esta vez es que los padres de ella esperaban qué se yo de mí... Vamos que no funcionó y la relación con sus padres fue a peor. Yo estaba muy enganchado y no le hacía nada bien. Ahora, con el tiempo lo veo, pero en aquel momento... No obstante, la insistencia de sus padres no era normal. Incluso recuerdo cómo la psicóloga les decía que necesitaba un tiempo, pero ellos no lo entendían, y, era como que me culpaban (Entrevista, EU12).

En este sentido, la construcción social del género aparece incidiendo en cada situación como marca identitaria. Las exigencias de lealtad donde no se da la reciprocidad esperada, las diferentes formas de entender la reciprocidad entre los miembros de la familia o las identidades masculinas basadas en la individualidad, la autosuficiencia y el poder quedarán atravesadas por los roles y las funciones de género que se esperan de los

distintos miembros de la familia, generándose un escenario que puede producir sentimiento adversos como el rechazo o el distanciamiento de los hombres en su participación en las redes de solidaridad familiar.

De este modo, recapitulando, si reflexionamos desde las dimensiones que se han evidenciado en investigaciones anteriores sobre las redes de solidaridad familiar (Bengtson y Roberts, 1991; Meil, 2000), en la dimensión de *solidaridad normativa* encontramos un perfil de hombres que participan principalmente tras su rol de proveeduría y productividad, participando principalmente en aquellas situaciones donde se requiere un soporte o apoyo material o económico. Si observamos la dimensión de *solidaridad estructural*, encontramos cómo las personas referentes en la vida de los hombres son principalmente mujeres y las redes de apoyo y solidaridad familiar que les envuelven también. Solamente unos pocos hombres son nombrados como personas significativas que han prestado apoyo a los hombres en sus propias redes. Además, analizando la dimensión de *solidaridad asociativa*, muy pocos hombres entrevistados suelen llevar la iniciativa en el contacto y el seguimiento de sus familiares, sino que suelen ser las mujeres referentes de su red las que van gestionando y realizando el seguimiento como indagadoras y transmisoras de cómo están los distintos miembros de la red familiar. Por otra parte, ante la dimensión de *solidaridad afectiva*, encontramos sentimientos de reciprocidad utilitaristas por parte de los hombres donde el prestar apoyos debe conllevar algún tipo de contraprestación emocional, personal, afectiva o, incluso, material o económica por parte del familiar o el núcleo familiar, según el caso. Una realidad que vuelve a dibujar cómo la subjetividad masculina queda atravesada por la socialización privilegiada donde el sentido del derecho se hace presente. Finalmente, la situación de vulnerabilidad y/o exclusión de los hombres entrevistados nos hace presente cómo la dimensión de *solidaridad funcional* queda atravesada por la cuestión de clase. El ser capaces de dar ayuda y ser ayudados implica la posibilidad de devolver la ayuda como marca de género. Encontramos cómo los hombres, tras la máscara de autosuficiencia, no aceptan o aceptan con muchas más resistencias la ayuda si no pueden devolverla de la misma forma que la persona que se la presta, evidenciándose cómo la construcción de género permea las formas de participación dentro de las redes de solidaridad familiar.

Así pues, en relación con la configuración de las redes de solidaridad, hay que ser conscientes de que ser miembro de una familia o tener una relación de afectividad, por consanguinidad o sin ella, implica aceptar unas normas y unos compromisos en referencia

a la estructura familiar imperante y, a la vez, que estas normas familiares varían según la realidad histórica, cultural, de clase o situación personal que esté viviendo la persona. Sin embargo, no solamente se construyen las redes de solidaridad dentro del marco familiar, viendo la necesidad de mapear en el análisis de la información los relatos de los hombres usuarios que hacen referencia a las redes de amistad o afinidad que poseen y a las posibilidades de apoyo mutuo que se les presentan desde este otro tipo de relaciones.

Los hombres, las redes de amistad y el apoyo masculino

Si bien es cierto que la familia es un sistema que ha sido mucho más estudiado que la amistad (Cucó, 2022; Guichard et al., 2014), las relaciones de amistad como sistema de soporte y apoyo mutuo ha sido mucho menos estudiado. La amistad, en esta investigación, es entendida como “una forma de relación interpersonal, dinámica y socialmente modelada, gobernada por normas que actúan como guiones culturales especificando los contenidos, las funciones y las oportunidades de hacer amigos o amigas” (Cucó, 2022, p. 52). Es decir, cabe preguntarse qué normas, guiones, contenidos o funciones se tienen que dar en una relación de amistad para que ésta se convierta en un soporte relevante para la vida de los hombres, siendo la misma una práctica mayormente vinculada a la masculinidad (Cruz-Díaz, 2001; Cucó, 1995; Martínez-Herrero et al., 2014; Migliaccio, 2014; Nardi, 1992), emergiendo un contexto de relaciones fuertemente reconocido como vertebrador de la identidad masculina en muchos sentidos.

Paradójicamente a esta afirmación ampliamente estudiada, en los recortes biográficos recabados durante la recogida de la información, las amistades pasan a un plano casi imperceptible, teniendo que insistir sobre esta cuestión en las entrevistas para que los hombres sitúen en su narración los vínculos de amistad, vínculos que van más allá del núcleo familiar y cuyo papel puede ser relevante para la mejora de las diferentes situaciones de vida. Conviene subrayar que las redes de amistad poseen un potencial plurifuncional (Cucó, 2022; Gilmore, 1975) en tanto que los amigos son la puerta de acceso a la vida pública, organizan las redes sociales más allá del marco familiar, inciden en las pautas de conducta, en las formas de entender el mundo, pueden intensificar o reducir el reconocimiento y el valor social de los sujetos con los que están conectados y, más importante para nuestra investigación, pueden ser un medio de progreso o

supervivencia, según el caso, dando paso a relaciones instrumentales que dan acceso a aquello que se requiere. De esta forma, una de las cuestiones más visibles tras la importancia de este tipo de relaciones es que, de las veinte entrevistas realizadas, solamente dos de las personas entrevistadas, sin preguntarles, han situado en su relato relaciones significativas de amistad con otros hombres dentro de su red de apoyo, y solamente unos pocos han expuesto la existencia de relaciones de amistad con mujeres, una cuestión que nos lleva a preguntarnos ¿por qué sucede esto?, ¿cuáles son los obstáculos o barreras para construir vínculos significativos de amistad con hombres y mujeres?, ¿por qué razón los vínculos de amistad son difíciles de mantener para estos hombres? y, más importante, ¿qué papel están teniendo las redes de amistad masculina en la vida de los hombres que están viviendo procesos de vulnerabilidad social?

El preguntarnos sobre la amistad en el marco de las relaciones de apoyo no es nuevo para las ciencias sociales. Si bien es cierto que el campo de investigación sobre la amistad de los hombres es un tema con poco recorrido, todavía menos se ha profundizado en el mismo aplicando la perspectiva de género, encontrando solamente unas pocas investigaciones que buscan conectar específicamente las estructuras de género con las formas de amistad que se suceden entre los sujetos en la vida cotidiana (Armengol, 2022; Cruz-Díaz, 2001; Cucó, 1995; Migliaccio, 2014; Nardi, 1992). De la misma forma, aunque exista un cierto interés en los últimos tiempos en el cómo los hombres construyen sus vínculos, si afinamos la mirada en la masculinidad en perspectiva de género, las investigaciones se reducen exponencialmente, aproximándose en estos estudios al cómo los hombres configuran los lazos de intimidad entre hombres (Armengol, 2022; Klein, 2013; Nardi, 1992).

Para empezar, cuando preguntamos por estos lazos de amistad, los cuales pueden ser puntos apoyo para los hombres y sus familias, estos emergen en la infancia, pero, sobre todo, en la adolescencia desde un relato más bien distante, ratificando que, si la adolescencia y la juventud son momentos de mayor intensidad en las relaciones de amistad, estas decaen una vez llegados a la adultez, llegando incluso a casi desaparecer en el caso de los hombres (Cucó, 1992; Guichard et al., 2014).

Mis amigos de la infancia son todos del pueblo. Entonces teníamos lo que se llamaban antes las quintas, el grupo ¿no?, los quintos y todo eso... y bueno... pues todo se ha perdido porque al final yo me vine a Valencia muy joven. Yo por el pueblo apenas he vuelto, ya

nada más para cuando íbamos a acercarnos pa los toros. Que allí esas fiestas son muy típicas (Entrevista, EU4).

Entonces en esa etapa me cuesta encontrar dónde y en quién, ¿no? Y es difícil porque eras un inadaptado total y absoluto. Los únicos que escuchan música [rock, punk, ska...] tienen más de 10 años que tú y no puedes ir con ellos y en los que sí puedes ir encuentras rechazo, porque justamente la generación mía del pueblo, pues la mayoría, a ver a todos mis amigos... todos los que conforman mi peña... todos son familia bien que nada tienen que ver conmigo (Entrevista, EU16).

Del mismo modo, el grupo de iguales aparece como un punto de arranque del relato en muchas de las entrevistas para hablar de las formas de interrelacionarse entre hombres. Muchos, rápidamente, hablarán de amistades momentáneas, efímeras y perecederas. Relatos de amistad que son más bien identificados con mucha intensidad pero que duraron poco en el tiempo y que, en la actualidad, ya no existen.

Amigos, muy pocos, porque... Tal vez porque era mucha inestabilidad en los lugares. O sea, te vas a un sitio, conoces gente que son tus amigos, pero ya luego tienes que irte a otro por cuestiones, porque se trabaja mucho en cuestiones de temporadas, de producciones. Por ejemplo, el café, el maíz o la gente temporera. Entonces, pero sí, antes de eso sí que tenía círculo de amigos, pocos, pero bueno, así es (Entrevista, EU17).

Llama la atención que si la construcción de la masculinidad se da desde un marco homosocial y referencial masculino (Badinter, 1993), los lazos entre hombres adultos que se describen son más bien inexistentes, escasos y frágiles. En este sentido, los hombres entrevistados sienten contrariedad y descontento en referencia a los vínculos de amistad masculina. Unas relaciones que viven de jóvenes con mucha intensidad, pero que, a través de las experiencias de vida y la llegada a cierta adultez, se desvanecen, explicitando cómo las promesas de amistad masculina se han roto o no se han dado con el tiempo. Apareciendo cierta molestia, incluso enfado en alguna entrevista, cuando se rememoran estos lazos afectivos entre hombres. A pesar de esto, el relato de la amistad entre hombres se presenta en las entrevistas a través de actividades compartidas donde los hombres construyen lazos con otros hombres por medio de prácticas principalmente de ocio masculinizadas. En estos relatos, aparece el contexto del “salir de fiesta” donde retratan

cómo entre los chicos comparten actividades de ocio vinculadas a experiencias aventureras y prácticas de riesgo.

Tengo muchas batallitas con los colegas de esa época (Entrevista, EU12)

He tenido varias novias, pero me tiraban más los amigos... por qué... pues porque con los amigos iba la litrona, iban los porros, iba el tal... Y ellos hacían lo mismo que yo. Yo creo que la generación mía fue una generación límite (Entrevista, EU8).

La marca de la amistad como compañeros de viaje es la principal etiqueta que se puede percibir en la narración de estas relaciones. El recorrer medio país para ir de concierto, la bebida como medio de socialización, el haber formado parte de eventos festivos importantes en su vida como *la ruta del bacalao*⁸⁶ o el consumo de estupefacientes son cuestiones que emergen con cierta normalidad y naturalización entre los retablos biográficos de los entrevistados, siendo en la juventud y en la adolescencia cuando estos lazos de amistad con el grupo de iguales son más fuertes.

J: En esa época que dices de ir de discoteca, ¿tenías grupo de amigos?

ENT: Sí, pero eran todo chicos. Esta fue una época... y se aprovechaban de mí porque yo me hice el rey de la noche. Tú date cuenta... Yo fui camarero en uno de los locales más conocidos de allí. [...] Y claro... los amigos, los amigos eran tóxicos... todos. Me hice yo el rey de la noche. Me hice relaciones públicas de una discoteca, trabajaba en una discoteca, y a raíz de ahí entré en la ruta del bakalao... Tenía un buen coche. Conocí a toda la gente de la ruta del bakalao. Bebida gratis. Droga gratis. Los amigos éramos una piña... mira ahora... Ximo Bayo⁸⁷ tiene mucha cara, porque Ximo Bayo, como a mí me conocía la gente importante de la noche, pues se pegaba mucho a mí, porque a mí todos me invitaban... y bueno... y eso (Entrevista, EU6).

⁸⁶ La ruta del bacalao o *ruta destroy* fue un momento cultural valenciano que emergerá con la introducción de nuevos sonidos internacionales en España a través de los movimientos contraculturales de los años 80', conocido también como la movida valenciana. Este movimiento musical contracultural se convirtió en los años 80' y 90' en una forma de ocio nocturno continuado donde la gente joven recorría cientos de kilómetros para visitar en un mismo fin de semana varias de las discotecas del área metropolitana de Valencia y la famosa carretera del Saler (CV-500) donde ponían este tipo de música (Haller, 2012). La ruta ha estado siempre relacionada con prácticas de riesgo como pasar muchos días sin dormir estando de fiesta, recorrer muchos kilómetros en coche y el consumo de alcohol y estupefacientes.

⁸⁷ Ximo Bayo fue uno de los artistas de mayor reconocimiento en los últimos años de la ruta del bacalao. Como DJ, artista y productor musical ha sido considerado como uno de los grandes hitos del *techno* español de los años noventa.

...me meto con el tema de la droga también. A mí y a mis amigos nos pilló la ruta del bakalao en pleno apogeo. Yo soy el pequeño de tres hermanos, son dos hermanos y yo el tercero. Mi hermano trabajaba en el Chocolate⁸⁸, de seguridad. Mi otro hermano se dedicaba a la hostelería. Y yo me escondía. Yo cuando iba... siempre iba escondiéndome por el parking porque yo sabía que mi hermano andaba por ahí (Entrevista, EU11).

Es curioso cómo este tipo de prácticas y relaciones se reduce drásticamente o, incluso, desaparecen con la llegada a la adultez. Solamente, en una de las entrevistas se identifican dos vínculos de amistad que son reconocidos como amigos íntimos, de los cuales uno se verbaliza que “siempre ha estado ahí” (Entrevista, EU4) cuando lo ha necesitado. Sin embargo, el relato, a pesar de hablar de cierta conexión y afectividad, se centra más en el apoyo económico, material y habitacional que ha requerido el usuario entrevistado de vez en cuando.

Por ejemplo, a [nombre amigos] que son amigos míos... yo también les he ayudado muchas veces... y cuando yo he necesitado ayuda han estado ahí. Ya ves, el otro día necesitaba el móvil, y fui, y ahí está. Y si no lo hubiera tenido, sé que me lo hubiera conseguido (Entrevista, EU4).

Sin embargo, en los demás relatos de vida, la incidencia de las amistades en la adultez mayoritariamente desaparece y, en algún caso, vuelven a aparecer en forma de compañeros de viaje cuando los hombres rompen relaciones con sus parejas, es decir, cuando se altera su proyecto de familia tras la separación con su mujer. Este momento es relatado por algunos hombres como un momento de desinhibición donde el salir al pub y tomar alcohol, incluso drogas, les hace reconectar con amistades masculinas una vez ya adultos. Unas prácticas que, en muchos casos, paradójicamente, vuelven a desaparecer de nuevo cuando vuelven a tener pareja o conforman una nueva familia.

Me acuerdo muy bien... Estuve tres o cuatro años con ella y ella me abandonó. Me abandonó, bueno... lo dejamos. Y mi vecino, que era amigo mío, me dijo vente a [...] que yo conozco allí unos amigos, mi novia es de allí y tal... y allí ella tiene amigas y puedes conocer a alguna... yo no quería conocer a ninguna. Yo lo que quería era salir un rato. Y

⁸⁸ Discoteca mítica valenciana de la ruta del bacalao situada cerca de la carretera del Saler, entre las localidades de Sueca y el Perelló.

ahí estuvimos de fiesta... fue cuando empecé en el tema de las drogas porque estos chicos consumían. Me desparramé... (Entrevista, EU6).

De este modo, como nos advierte un usuario en su entrevista, el tener pareja en los hombres cumple la función social de “sentar la cabeza” (Entrevista, EU13), convirtiéndose las relaciones de pareja en amortiguador de una identidad aventurera y desbordada masculina que se construye en común con otros hombres, delegando en las mujeres la responsabilidad del control del desfase de los hombres (Bonino, 2002a). A la vez, las amistades masculinas se convierten en la adultez en un amortiguador emocional el cual funciona en forma de estructura no confrontativa que sirve de evasión del problema. De esta forma, cuando se tiene pareja, en el relato de los hombres entrevistados, las amistades pasan a otro plano de existencia, se desvanecen en muchos sentidos y, a la inversa, cuando las parejas desaparecen vuelven a aparecer los amigos, no tanto tras un relato de acompañamiento emocional, sino como amortiguadores a través de prácticas de evasión emocional, como puede ser a través del consumo o el ligoteo. De esta forma, cabe advertir que una de las funciones que poseen las amistades en el relato de los hombres es su papel de puerta de entrada a una vida social sin compromisos afectivos, siendo esta función más fuerte en la juventud y reduciéndose, incluso desapareciendo tal cual van entrando los hombres entrevistados en una adultez tardía. Pero cuidado, nada de lo expuesto hasta aquí significa que los hombres no se relacionan con otros hombres. Los hombres están constantemente con otros hombres. En el bar, en el trabajo, en el gimnasio, cuando quedan para ver el fútbol o hacer deporte, cuando se relacionan con los amigos de sus parejas o cuando se reúnen en los eventos familiares, los hombres realizan actividades con otros hombres. Sin embargo, para los entrevistados, en esos momentos no se construyen relaciones significativas como para ser consideradas lazos de apoyo personal, simplemente son hombres con los que se relacionan, llegando a verbalizar que los amigos no existen o que las redes de apoyo masculinas se dan desde una suspicaz búsqueda interesada.

De igual forma, cuando buscamos profundizar en las relaciones de amistad que sirven de apoyo ante las desavenencias de la vida, los hombres describen la amistad con otros hombres como un factor instrumental, sobre todo vinculado al mundo laboral, material y económico.

Amigos hay muchos en la vida que luego se convierten en conocidos. Porque amigos de verdad no existen. Yo siempre he dicho que el verdadero amigo es la cartera llena. Y sinceramente es así. Hay mucho egoísmo, si tienes, estás rodeado y yo cuando tenía el restaurante... eran todos amigos míos. He perdido el restaurante y ha desaparecido todo el mundo. Cuando yo he estado en la calle nadie se ha preocupado de mí, nadie (Entrevista, EU13).

El vivir los hombres conectados con otros hombres posee una función de apoyo instrumental, la cual se hace más presente alrededor de la función social de proveeduría, donde la red de amigos se convierte en un contexto donde pueden emerger relaciones o conexiones con el mundo del trabajo. De esta forma, del mismo modo que en las redes de solidaridad familiar, el patrón de apoyo de los hombres está principalmente vinculado con su papel como sujeto productor, volviendo a emerger la figura del *homo economicus*. En el relato de los hombres identifican cómo a los amigos se les presta ayuda o se les pide ayuda por cuestiones de este tipo, como pedir dinero o por una cuestión laboral como conseguir trabajo, llegando incluso a afirmar que este tipo de transacciones son momentáneas y efímeras, es decir, se dan en un momento puntual y después ya no prosiguen. En consecuencia, son actuaciones descritas como interesadas, más que afectivas.

...tengo amigos, porque la verdad que tengo amigos (silencio) pero para cosas, quizás, materiales. Yo no puedo decir que haya tenidos muchos amigos. No puedo contar mucho con esa gente. Si necesito algo para... no sé, déjame papel para tabaco y eso... (Entrevista, EU12).

Los amigos... amigos hay pocos, pero claro... ¿a quién iba a llamar si todos estaban más o menos igual que yo? Alguna vez algún amigo para que me dejara dormir en el sofá de su casa o así... pero nada, no puedes llamar dos días seguidos. No se trata de eso (Entrevista, EU4).

Yo con mis amigos siempre he sido el último recurso para solucionar problemas, pero yo siempre he sido el calmado, el que tiene temple, el que les puede aconsejar sobre cualquier tipo de cosas, incluso el que tenía facilidad para arreglar según qué temas económicos. Yo nunca he tenido dinero, pero sí que he tenido una cierta facilidad para generarlo. Luego, como siempre, he estado en el mundo de la cultura pues he invertido en cosas que no dan

dinero, que son ruinas. Pero cuando mis amigos tenían algún problema, no tenían trabajo... yo lo apañaba de alguna manera... les enseñaba dónde podían trabajar o les montaba un evento en el que ellos podía participar... (Entrevista, EU7).

De esta forma, se destaca cómo en alguna ocasión, en momentos difíciles, a los hombres entrevistados les han prestado dinero otros hombres de su red de amistad, ya sea para su red familiar como para ellos mismos. Esta función de apoyo se dibuja como una cuestión puntual a la cual no le dan demasiada importancia, dibujándose como un apoyo asistencialista que se da a petición y, no tanto, por el descubrimiento de lo que necesita la otra persona que pide ayuda, no existiendo un acompañamiento real, personal y emocional, sobre lo que le sucede a la persona necesitada. De este modo, estos apoyos nunca son suficientes para resolver la problemática que tienen, repitiéndose el patrón donde los hombres piden ayuda cuando ya están al límite, requiriendo algo más que un apoyo puntual y recibiendo en estos momentos una ayuda de forma asistencialista sobre lo explícito y no sobre lo que sucede realmente, en tanto que, como nos advierte uno de los entrevistados, no hay una preocupación real por lo que le sucede al amigo.

Alguna vez he pedido dinero a algún amigo, de los que se dicen amigos, y te lo prestán. Pero te lo dan sin siquiera preguntar qué me está sucediendo realmente. La gente no quiere problemas, no quiere saberse de los problemas de los demás. Como yo me llevaba bien con ellos y, a mí me quieren porque yo siempre me he hecho de querer, pues... me inventaba alguna milonga y ni preguntaban... yo me aprovechaba de eso cuando necesitaba dinero (Entrevista, EU10).

Paralelamente a esta cuestión cabe advertir que este tipo de prácticas de ayuda no fomentan los vínculos de afinidad, afectividad y amistad entre los hombres. Tal es así que, como me decía otro de los entrevistados en referencia al apoyo que le habían dado en algún momento sus amigos cercanos, “me dio dinero, pero no quería saber nada de mí” (Entrevista, EU19). Este razonamiento se sucede en algunas entrevistas evidenciando la fragilidad del vínculo que se configura entre los hombres y la frágil configuración de la relación desde una mirada interesada y utilitarista de la amistad. De este modo, no es baladí que en los hombres usuarios encontremos a parte de sus redes de amistad masculina en la adultez principalmente conectadas al mundo del trabajo, por el rol masculino

productor como contexto donde se entra en relación con otros hombres y por el interés hacia dicho rol.

Bueno... podría diferenciar los dos bloques. Mis amigos de toda la vida, los que no tienen nada que ver con el tema laboral. Con ellos tengo mucho menos contacto. [...] Y luego está el tema laboral, la gente del trabajo (Entrevista, EU7).

Y bueno... ya sabes. Entre medias trabajando siempre. Antes de sacarme educación infantil necesitaba trabajar y me reclutó un amigo en electrónica, y duré tres meses (Entrevista, EU18).

En referencia a cómo sienten los apoyos que han ofrecido a otros hombres, aparecen momentos significativos donde los hombres han dado un cierto apoyo puntual a otras personas, incluso, han compartido momentos duros llegando a supeditar su propia vida. Estas actuaciones son etiquetadas, en alguna entrevista, como el haberle “salvado la vida” (Entrevista, EU16) apareciendo la épica para relatar el papel activo y protagónico de los hombres en la situación de apoyo, como si de una aventura se tratase y se estuvieran desenvolviendo en un contexto de heroicidad.

Me tuve que escapar de allí. De este centro (de desintoxicación) me tuve que ir. Tuve que hacer una pirula para marcharme. Tenía un amigo que conocí allí, un chico de Murcia. Porque nos venían a buscar... ellos tenían un documento tutorial, como que nos incapacitaban. Bueno, lo firmaban nuestros padres, aunque fuéramos mayores de edad. Y yo no sé qué acuerdo tenían porque, yo no sé, si eso es legal, jurídico y tal... Yo sé que allí era legal en parte porque allí los menores iban como a cumplir como un correccional, pero claro, en caso de nosotros... a nosotros venía la policía a buscarnos si nos escapábamos también. Era un caso... pero bueno, el caso es que nos escapamos. Yo veía a este chaval muy mal, si no hubiera tomado la decisión no sé qué habría sido de él. Y claro, tanto era la movida que, bueno pues, convencí a mi amigo para salir de allí [...] y andar a caminar de noche desde donde estábamos, de Barcelona hasta Vilafranca del Penedés, que es donde vivía la chica esta, que hiciese el favor que me creyera, que yo no quería volver con ella pero que le pidiera a mis padres que firmaran que eso... y bueno, esa parte la conseguí. El otro chico, mi amigo, pues, cuando llegamos a Vilafranca, pues él cogió su ruta y nunca he sabido nada de él. Una aventura... una aventura (Entrevista, EU12).

Por otra parte, cabe advertir que los cambios laborales, sociales y familiares que se van dando precarizan los tiempos generando un aumento de la individualización, generándose una nueva clase trabajadora que está más desconectada que nunca a nivel relacional, en el sentido más clásico de la expresión. De este modo, en la cercanía de los espacios donde se desarrollan actividades en familia es donde confluyen ciertos patrones de unión y soporte y donde los hombres conectan con personas que no pertenecen a su red familiar, apareciendo estos espacios como puntos de encuentro fragmentarios que se van dando en distintas esferas de actividad (padres y madres del colegio de los hijos/as, esfera laboral, espacios asociativos, gente del gimnasio, etc.).

[conversación sobre conciliación con usuarios] Últimamente quedamos con dos parejas que son los padres de dos amiguitas de mi hija mayor (Observación participante, OBP2).

Fíjate que... pues solamente cuando nos reunimos ahí en la ONG... Tengo amigos en la asociación donde participamos, acudimos, hacemos actividades con más gente (Entrevista, EU17).

Bueno pues yo con la gente del curso [de terapia], tenemos una tertulia de jubilados... aquí en la Gran Vía de Jesús y María, en una cafetería que hay. Y lo pasamos muy bien. Nos ayudamos mucho (Entrevista, EU15).

Últimamente estamos quedando con la gente del ciclismo. Salimos siempre que se puede, casi todos los fines de semana hay algo... Cuando estaba en el pueblo hacía lo mismo (Entrevista, EU17).

A pesar de que la configuración de nuevas amistades se convierte en una práctica constante que se va reformulando en el tiempo, es sorprendente observar lo rápido que los hombres entrevistados se alejan de las vidas de otros hombres, los cuales han participado en sus vidas en otros momentos, y, a la vez, cómo su presencia puede permanecer o llegar a desaparecer, siendo interesante este patrón en sus vidas. De esta forma, se hace evidente que el contacto y el seguimiento de la vida de los demás hombres de la red de amistad es una cuestión efímera, incluso momentánea o pasajera.

[taller masculinidades hombres recurso atención social] A mí me cuesta mucho el llamar. A veces lo pienso y después pienso, para qué... Ellos tendrán su vida, sus problemas, sus historias... y yo las mías (Observación participante, OBP6).

El cómo llegan los hombres a esta forma de relacionarse entre hombres es un hecho que conecta con la construcción social de la masculinidad, en tanto que la conexión con la intimidad y la conexión emocional son cuestiones separadas de las formas de entender el ser hombre. Las formas de construcción de la intimidad afectiva por parte de los hombres suele estar marcada por la competencia o la competición a través de prácticas que podemos identificar en los mandatos de la masculinidad (David y Brannon, 1976). Además, cabe advertir que los vínculos que construyen los hombres en sus relaciones con otros hombres están atravesados por cómo entiende cada hombre su identidad masculina. De este modo, es paradójico que la amistad sea considerada como una cuestión masculina creada desde la valentía, la virilidad, la lealtad, la dedicación, el autosacrificio y el deber, y, sin embargo, que la amistad ideal que nos reclaman estos hombres vulnerables se relate tras rasgos de feminidad como el apoyo, la confianza, el cuidado, la atención, la intimidad o la incondicionalidad, cuestión que desconecta la masculinidad con lo que se podría entender en qué significa para ellos una verdadera amistad (Nardi, 1992).

Para mí un amigo es el que está ahí, el que se preocupa por lo que te sucede y no el que cuando le llamas te coge el teléfono a regañadientes, te presta dinero y después no quiere saber más de ti (Entrevista, EU4).

Los intentos que se puedan dar por ofrecer otra mirada hacia la amistad entre hombres a nivel cultural supone apuntar a una reformulación importante en la identidad, la estructura patriarcal y los roles de género que se adhieren a los varones. Por una parte, conectar la intimidad y el que los hombres puedan ser parte del soporte emocional de otros hombres, inevitablemente, desde una mirada patriarcal, nos traslada al imaginario de las relaciones homosexuales (Nardi, 1999, 2010; Price, 2013). En este sentido, afectividad y amistad quedan diseccionados rechazando los hombres ciertos lazos de amistad que podrían reconocerse como “amistades masculinas románticas” (Armengol, 2022, p. 173) apareciendo como un obstáculo identitario el cual, si se diera, rompería el imaginario heterosexual y heteronormativo tradicional como hombres.

Como anota Gayle Rubin (1986, p. 103) en su análisis del sistema sexo/género, “la asociación de la amistad con la homosexualidad es muy común entre los hombres”, sobre todo cuando dicho vínculo reclama un marco emocional más íntimo. De esta forma, la homofobia ha alejado sistemáticamente a los hombres de la posibilidad de construir otro tipo de relaciones masculinas, más íntimas, cercanas y afectivas, llegando a negar la importancia real de la amistad entre hombres. Paradójicamente encontramos que los hombres son socializados en una cultura patriarcal que les lanza un mensaje contradictorio: que luchen por sus amistades masculinas como parte de la fraternidad, pero con cautela de no expresar abiertamente un vínculo emocional de intimidad fuerte y significativo con ellos, ya que demasiada intimidad y conexión emocional puede ser susceptible de ser sospechosa de homosexualidad o de poseer un alto grado de feminidad en su propia personalidad. Es decir, “dadas las imágenes dominantes que existen de lo que implica ser masculino, no sorprende que los lazos de amistad entre los hombres se basen en la sociabilidad más que en la intimidad” (Allan, 1989, p. 73). Esta realidad se hace visible en el análisis cuando se identifica la no existencia de ningún relato de amistad homosexual, evidenciándose que principalmente los hombres usuarios, siendo heterosexuales, poseen mayoritariamente vínculos de amistad, significativos o no, con hombres heterosexuales.

Esta conexión entre la construcción social de la masculinidad y la configuración de los lazos de amistad también segmenta la posibilidad de amistad entre mujeres y hombres. Cuando los hombres entrevistados relatan las relaciones de amistad femeninas justifican tales relaciones buscando algún tipo de conexión o atracción sexual en algún momento con ellas. Como si las mujeres, para formar parte de la red de amistad de los hombres, necesitasen tener algún otro tipo de conexión más íntima para ser consideradas amigas del sujeto.

J: ¿Nadie te propone ver a algún psicólogo, ir a Servicios Sociales...?

ENT: Por supuesto. Sí que me lo han propuesto. Claro que me lo han propuesto.

J: ¿Quién? ¿Tus hijos, tus...?

ENT: No. Gente que estaba y me veía tan perdido, tan apático... ya no tenía ganas de nada. Tengo una amiga de la infancia... bueno de la infancia... desde que estoy en España desde hace treinta y pico años que nos conocemos, [nombre de ella], mi amor platónico desde que nos conocemos, no hemos tenido relaciones sexuales, pero es como si las

hubiésemos tenido. Ella tiene un aprecio y yo le tengo muchísimo aprecio (Entrevista, EU13)

Así pues, la amistad, la afectividad y la sexualidad aparecen conectadas cuando hablan de aquellas mujeres que forman parte de su red de soporte personal, las cuales no forman parte de la familia ni son parte de sus relaciones sexo-afectivas. Como si la intimidad se tuviese que construir desde una conexión sexual presente o pasada para formar parte de la red afectiva e íntima del hombre. Este relato conecta con la homofobia heterosexual, en tanto que, si la única forma que concebir el cómo se construyen los marcos de intimidad entre personas es a través de la filiación familiar o la sexualidad, desde una posición heterosexual se producirá un rechazo o una separación hacia otro tipo de relaciones entre hombres que tengan gustos sexuales no heteronormativos, y a la vez, no existirá posibilidad de construir amistades íntimas con otros hombres, sean heterosexuales o no. Un hecho que también marca e incide en la segregación en los marcos de amistad entre mujeres y hombres, donde las amistades femeninas aparecen como soporte o apoyo en la vida de los hombres en sus relatos, pero no son etiquetadas como amigas, sino más bien como antiguas compañeras sexuales o exparejas, como si no existiesen relaciones únicamente de amistad entre mujeres y hombres.

...ahí ya conocí a una chica que hoy en día es muy buena amiga mía. [...]. Y fue con ella con quien hice el último viaje a mi etapa para dejarlo todo y abrir los ojos. Ella me ayudó. Aunque seguía consumiendo con ella empecé a coger un poco de sabiduría. Me puse a ir. Empecé con el mundo del yoga. Se conocía muchos sitios el Vigo. Y empecé ya a ver, a cuestionar lo que me estaba pasando. Ella era muy sensible al mundo y yo me había encerrado y no me permitía encajar, que había que encajar en la sociedad y yo no podía ser. Pues había muchas cosas que no podía hacer y el yoga me hizo ver. [...] ...a mí ella físicamente no me atraía. Y eso nunca se lo dije. No me atreví porque eso... uff, a mí no me gustaría que me lo dijeran tampoco. A mí no me gustaría, entonces la honestidad que a veces yo me exijo, hay veces que no debemos... Y nada, la chica ha estado con muchas recaídas que tuve, me salvó en muchos momentos... muy duros... Que yo me quedaba en la calle porque consumía y ella llegaba y me echaba un cable (Entrevista, EU12).

Esta realidad, se articula desde la máscara del *hombre sexualmente activo*, sin embargo, la vinculación amistad, intimidad y sexualidad con mujeres no sucede con todos los hombres. En las entrevistas encontramos unos pocos hombres que se autoidentifican

como varones que se han llevado mejor con las mujeres que con otros hombres, apareciendo brevemente esta cuestión en sus relatos biográficos. Sin embargo, solamente en una de las entrevistas aparece una figura de amistad femenina significativa que pueda ser identificada como tal, con nombre y apellidos, y aun así emerge el relato del cortejo cuando se habla de ella.

Amistades ya lo creo que sí. Voy a comer aquí a una cafetería alguna vez. No paro de saludar a gente. Te voy a decir. Aunque casco mucho, como te habrás dado cuenta, soy un gran escuchante también, lo que no me gustan son las tonterías. Hablar con el clásico o la clásica. Sobre todo, a los hombres que no dicen más que tonterías. Solo hablar de mujeres y ojo que a mí me gustan. Ya lo creo que sí, pero... [...]. Tengo una amiga. Se llama [nombre]. El otro día le digo, es muy maja, tiene cincuenta y cuatro años, me aprecia mucho, vive en Paterna. El otro día le digo, si tu marido, tú y yo hubiéramos sido de la misma edad y solteros los tres, tu marido y yo nos hubiéramos batido a escobazos. Y quien hubiera ganado se hubiera llevado la princesa que eres tú. Ya te puedes imaginar. Además, me pregunta siempre cómo estoy... es una de las amistades que tengo. Que por cierto estuve almorzando el viernes con ella. Bueno... ya no sé por dónde iba (se pierde). A sí, que me gustan... Pero las tonterías no, no. Y el clásico hombre a las mujeres y que no tienen otro tema de conversación, eso tampoco me gusta. Cansinos, son cansinos. Y luego no se comen una rosca [ríe] (Entrevista, EU15).

Curiosamente, mientras que, en otras cuestiones, como el mundo del trabajo o el rol de proveeduría familiar, son transmitidos a través de relatos épicos con un gran número de referencias, la narrativa de los hombres como soporte íntimo y afectivo de sus amistades aparece en muy pocas ocasiones en los retablos bibliográficos. Esto no quiere decir que no exista tal soporte, sino que es situado en un lugar de baja importancia para los hombres o es invisibilizado por su referenciación como rasgo femenino. De este modo, la amistad de los hombres es descrita más por lo que el sujeto da y recibe de la relación a nivel material que por lo que aporta a nivel íntimo y emocional, y, a la vez, cuando se habla de emociones, los hombres son descritos por los otros hombres, también por algunas mujeres, como abocadores emocionales con falta de escucha, evidenciándose una falta de saber comportarse cuando estas situaciones de vida se dan.

[taller de masculinidades con profesionales de la atención social] Eso no termina de ser verdad. Los hombres sí que hablan de sus cosas. Lo que sucede es que solamente hablan

de “sus cosas”, no escuchan. Van a la suya. Llegan, te sueltan lo que te tienen que decir sin importar lo que está hablando el otro y se van. Yo lo veo muchas veces. Tienen la necesidad de contar sus cosas, pero las cuentan de cualquier forma (Observación participante, OBP3).

A mí me molesta cuando viene uno y te cuenta sus dramas para después no hacer nada. Aquí hay mucha gente que está atascada en sus dramas y se dedican a hablar de ellos todo el rato. No les importa lo que les suceda a los demás [...] solamente les importa soltar su mierda y claro, tú te quedas con su mierda... yo lo que veo es que con las mujeres eso no pasa tanto (Entrevista, EU12).

En el análisis de la información, la intersección orientación sexual y género modifica de forma diferente el cómo entendemos la amistad entre hombres y mujeres. El lugar donde los hombres homosexuales sitúan a sus amistades femeninas es totalmente distinto al lugar en que las sitúan los hombres heterosexuales (Nardi, 2010; Nascimento, 2015b; Price, 2013).

[curso masculinidades] Yo obviamente no veo a mis amigas solo como un trozo de carne. Es que hay tíos... Tampoco veo a los hombres como un trozo de carne, aunque algunos de ellos me gusten (Observación participante, OBP3).

En el relato de este hombre homosexual, que a la vez es profesional de la atención social, expone sus vivencias, sus experiencias con ellas y sus preocupaciones, un matiz que se acerca más a patrones de intimidad que el de los hombres heterosexuales con las mujeres. La preocupación emocional por la otra persona y el haber participado en el seguimiento y el cuidado por las cosas que le interesan son un factor diferencial que encontramos cuando afinamos la mirada en este sentido. De este modo, emerge cómo la configuración de la amistad con las mujeres hace que sean estas percibidas como actores que producirán una menor carga de cuestionamiento identitario hacia los hombres, conectando con ellas desde otro lugar más íntimo y emocional. En consecuencia, el tener mayores facilidades para conectar emocionalmente con otras personas hace que se sitúen a las demás personas en un contexto más íntimo, lo cual nos permite acercarnos con mayor facilidad y, con ello, poseer unos niveles de empatía distintos que nos llevan a construir espacios de reciprocidad positivos y bidireccionales como soporte y apoyo. Para construir estos patrones de intimidad se necesita una cierta intencionalidad y tiempo para escuchar y

atender a la persona o personas que situamos dentro de nuestra red afectiva más cercana. Así como que la otra persona posea tiempo para que se dé la reciprocidad bidireccional.

Para los hombres entrevistados, la construcción de una red de solidaridad a partir de la amistad requiere cercanía, lealtad incondicional, reciprocidad, recursos, posición social y tiempo, además de que debe ser productiva, es decir deben aportar algún beneficio que se sienta como un avance personal a nivel de identidad masculina. Si el vínculo se configura a través de la cercanía con la otra persona, la capacidad de dar soporte y la posibilidad de tener un cierto seguimiento en el tiempo es mayor, mientras que el distanciamiento de los vínculos de los hombres genera formas precarias y frágiles de intimidad, y, por ello se dan en mayor medida en el espacio laboral.

La gente con la que últimamente nos juntamos somos casi todos del mundo del cine... el que no es director, es cámara... (Entrevista, EU16)

Conectado con esta realidad, la lealtad es otra cuestión que emerge en algunas entrevistas donde los hombres verbalizan que están decepcionados porque hay ciertos amigos a los que les prestaron una ayuda importante en un momento concreto de su vida y, posteriormente, sabiendo que ellos no lo estaban pasando bien, no han tenido contacto con ellos.

ENT: Si quisieran haber llamado, lo habrían hecho. Todos sabían cómo estaba mi padre y dónde estaba yo. ¿Tú lo sabías? Ellos sí que lo sabían. Yo no tengo por qué llamar a nadie. Cuando ellos han estado mal yo he llamado. Ahora les toca llamar a ellos que soy yo el que está mal, ¿no? Y no han estado [...].

J: Pero tú ¿se lo has contado a alguien esto?

ENT: Cuando uno está como estoy yo no va contando por ahí lo que le sucede. Ellos deberían preguntar (Entrevista, EU16).

Cuando se busca profundizar en esta cuestión de la lealtad y la incondicionalidad que debe poseer un hombre dentro del espacio de la amistad masculina, identificamos cómo en los casos más extremos el yo se superpone impidiendo identificar la realidad del otro, apareciendo una exigencia contractual por los soportes que habían dado en anteriores ocasiones. Esto significa que los apoyos que ofrecen los hombres en las redes de amistad no suelen ser de forma altruista. Ante estas formas de reacción, no se plantean las

dificultades para conectar con la precarización de los tiempos de la otra persona, ni para tomar la iniciativa y realizar ellos el contacto para plantear lo que les está sucediendo y la necesidad de apoyo. En este sentido, se vuelve a dibujar en algunos hombres un sentido del derecho frente a las formas de actuar de la otra persona, el cual es reclamado, haciendo visible cómo la masculinidad configura el sentir y exigir la centralidad del sujeto como parte de su posición social privilegiada, y más todavía hacia los hombres a los que se les ha prestado ayuda. Es decir, si un varón interioriza como un sentido del derecho la centralidad de su yo de forma muy marcada, todo lo que el varón entienda como satelital a él mismo quedará en una posición de subordinación frente a su posición sentida. Es decir, la vida del otro/a queda desplazada fuera del espacio emocional del varón, emergiendo cuando no se da la contrapartida como un factor de deslealtad.

Contrariamente, tras este sentir de centralidad, se vuelve a dar un sentimiento de deuda todavía más marcado que en los planteamientos expuestos vinculados a la red de solidaridad familiar. Esta forma de entender o interiorizar los patrones de reciprocidad como una deuda de lealtad implica unas formas de comportarse subjetivas, y, a la vez, cuando se presta un soporte, en todo grupo social, y más todavía tras lazos afectivos de amistad, existen unos códigos de reciprocidad que variarán según el grupo, la clase social, el marco cultural y el contexto donde se dan. A todo esto, se le suma que la construcción social de la masculinidad conformará gran parte de estos códigos en tanto que la socialización diferencial no solamente se configura desde una mirada hacia la feminidad sino también hacia los demás hombres (disidentes, subordinados o marginales) que nos ayudan a identificar quién debemos ser hombres de verdad en una sociedad patriarcal. De esta forma, estos procesos subjetivos de reciprocidad y deuda, atravesados por el género y la clase social, pueden hacer que los hombres se alejen de la ayuda mutua, en tanto que cuestionan su posición social como hombres de éxito y, a la vez, su autosuficiencia, sobre todo ante aquellas situaciones que se configuran tras una realidad o una situación de clase más baja o de menor soporte económico (Williams y Windebank, 2000). De este modo, el rechazo al apoyo se puede llegar a dar porque las actuaciones de soporte dentro de las redes de amistad se entienden que deben darse desde preceptos mayoritariamente de horizontalidad. El desclasamiento (Bourdieu, 2011), o la sensación de desclasamiento, por una situación de vulnerabilidad puede alejar al sujeto de la percepción de capacidad para retornar la ayuda. La clase social como realidad encarnada se configura como punto de referencia para entender subjetivamente cuáles son los códigos de reciprocidad cuando

se dan situaciones de soporte o ayuda mutua en las relaciones de amistad. Por ejemplo, si en tiempos anteriores el nivel adquisitivo de un sujeto se sitúa en un lugar pudiente, cuando el desplazamiento sea hacia un estrato inferior por pérdida de mucho nivel adquisitivo, esto puede generar la sensación de imposibilidad de poder devolver recíprocamente la ayuda con las personas que anteriormente te relacionabas en plano de amistad o con las personas nuevas que te puedas relacionar, convirtiéndose esta realidad en un obstáculo, y, más todavía, para los hombres con la configuración identitaria de la masculinidad tras la idea de la marca de importancia (Marqués, 1997), el tener que ser el timón principal (David y Brannon, 1976) y la pose de autosuficiencia masculina (Bonino, 2002a) identificadas anteriormente. De esta forma, el apoyo mutuo entre amigos se configurará a través de las formas de mirar al otro/a como un igual y entender el juego subjetivo de lealtades sobre la otra persona, en tanto que se le podrá devolver el favor al mismo nivel de apoyo e importancia, y, el coste de esa devolución recíproca no llevará a subordinación o una sensación de imposibilidad de devolución de la deuda de lealtad. En este sentido, la desigualdad de clase en las relaciones puede producir alejamiento de opciones de apoyo mutuo cuando las dos personas están en estratos distintos.

¿Cómo les pido yo nada? ¿Cómo le devuelvo yo el favor? No podría devolvérselo nunca. En la situación en la que estoy. Es muy complejo todo (Entrevista, EU12).

Jorge, los favores entre amigos se devuelven... No es tan fácil llamar así como así y contarle tus problemas a alguien, y más todavía si te conoce... Una cosa puntual, está bien... pero otras cosas... (Entrevista, EU12).

Para finalizar, cuando profundizamos en esta cuestión de las formas que tenemos los hombres de construir lazos de amistad con otros hombres y buscar que estos formen parte de las redes de apoyo que poseemos, identificamos hombres usuarios que nos verbalizan que “nunca lo había pensado de esa forma” (Entrevista, EU17), ya que las cuestiones familiares las entienden como una cuestión propia que no se vincula con las redes de amistad masculinas. En este sentido, para estos hombres que no perciben la amistad de otros hombres como parte de su red de apoyo, cuando les preguntamos sobre qué papel juegan sus amistades masculinas en sus vidas, explicitan en mayor medida que son personas con las que se juntan en el día a día, apareciendo con un papel de acompañamiento cotidiano. Palabras como desconectar o compartir descansos dibujan la

configuración conjunta de un contexto el cual podríamos entenderlo como el espacio del descanso del guerrero (Durán, 1986), buscando escapar de las presiones y demandas que la cotidianeidad de la vida depositan sobre su quehacer de género. De ahí que, si las relaciones de intimidad y la conexión emocional entre hombres se establecen desde una configuración frágil, tales vínculos se convertirán en relaciones momentáneas y cotidianas de baja intensidad, a las cuales en su relato no le dan demasiada relevancia.

[taller de masculinidades] Los hombres van al bar a hablar sus cosas, pero hay veces que pienso que ni se escuchan entre ellos (Observación participante, OBP3)

De ahí que las relaciones de amistad no sean significativas en tanto que pueden contar sus problemas, pero el espacio construido no posee una capacidad de escucha activa ni una configuración de intimidad personal entre las personas reunidas. Tal es así que dichos espacios (ya sea el bar, el parque, la barbería...) quedan paradójicamente restringidos a la esfera pública y separados de la esfera privada, no planteándose la resolución de los problemas que puedan compartir con otros hombres en tanto que esto pondría en cuestión la autosuficiencia masculina, dándose una regulación informal de cierta prudencia y discreción sobre lo que le sucede o se cuenta en dichos espacios tras el aprendizaje del silencio de los pactos patriarcales y/o pactos juramentados (Amorós, 2005; Sambade, 2014) cuando comparten sus experiencias con otros hombres. Siendo la patría, no tanto un ejercicio de intimidad y afectividad, sino un ejercicio de complicidad entre hombres.

A todo esto hay que sumarle que la intersección de clase baja y género masculino, incide directamente en las posibilidades de la amistad masculina como soporte, una cuestión que no es un obstáculo tan marcado en otras realidades más acomodadas. Los tiempos de los hombres usuarios son vividos como ir al día, sin tener espacio para generar otro tipo de actividades que impliquen la utilización de tiempo y energía en su cotidianeidad.

El trabajo hay veces que se nos hace cuesta arriba... y aunque a veces se convierte en siempre lo mismo... tú ya sabes... porque esto de ir del trabajo a casa y de casa al trabajo todos los días... (Hombre Servicios Sociales, EU19)

Sin embargo, cuando las realidades de los hombres son más acomodadas a nivel de tiempos y economía, la configuración de lazos de amistad con las personas que les rodean

es identificado como más presente, generando otro tipo de relaciones y soportes ciertamente más estables que en otras situaciones más precarias.

Desde que [nombre] está con nosotros la cosa ha cambiado mucho. El colegio, el salir al parque... hemos dejado de ir a muchas cosas que hacíamos antes y vamos a actividades que le gustan a él. Allí vas conociendo a gente y quedas con ellos para que los chicos se junten y esas cosas... [...] No nos juntamos con todos los padres... Esto se consigue con el día a día. Hay padres que... hay padres que no les conocemos porque no vienen a donde vamos nosotros, los chavales se juntan menos, haces menos piña. Es normal hay gente que puede dedicarle más tiempo y otra menos. Hay padres que los conoces solo de alguna reunión del colegio porque trabajan todo el día. Después está el *feeling* que tengas, que los chavales se lleven bien. Esas cosas (Entrevista, EU18).

Se hace lo que se puede. Ni más, ni menos. Quiero decir... Si la cosa está mal y hay trabajo pues trabajas. Si la cosa está peor pues tenemos que hacer, como dicen allá, los mil tirabuzones para ver cómo no quedarnos sin dinero, pagar el alquiler, la luz, el agua... Esto hace que no podamos ir a muchos sitios. Tampoco es que lo necesitemos. Siempre con el miedo de volver a quedarnos en la calle. Y con mucha suerte por tener trabajo acá (Entrevista, EU17).

De este modo, encontramos que los hombres usuarios de Servicios Sociales poseen fuertes carencias a la hora de conformar y valorar las redes de amistad como puntos de soporte vital en sus vidas. La estructura patriarcal desde donde se configuran las redes de amistad entre hombres y mujeres, las carencias en la construcción de procesos de intimidad humana que conecten con otras personas a nivel emocional desde otros lugares y las dificultades que la precariedad social ocasiona para mantener redes de afectividad duraderas, hacen que los hombres tengan como asignatura pendiente esta cuestión de pensar críticamente y en perspectiva de género el cómo aparecen este tipo de redes en sus vidas y cómo las mantienen.

4.4 Cómo se vive la vulnerabilidad: Emociones y masculinidad en los hombres usuarios

Habitualmente, tanto en la literatura que proviene de los estudios de género como si depositamos la mirada en la propia realidad, la posesión y la expresión de las emociones es una cuestión que, todavía a día de hoy, queda anudada a la feminidad. Los varones, tras su identidad masculina, son entendidos como sujetos que deben poseer una cierta racionalidad, y con ello, un distanciamiento ante la expresión sentimental. Como advierten tanto Victor Seidler (2000) como Michael Kaufman (1989) el control de la expresión emocional ha sido una práctica adquirida ancestralmente por los hombres a partir de los patrones de socialización diferencial adscritos a la sociedad patriarcal. Tal es así que algunos autores y autoras han centrado sus estudios en las consecuencias que se derivan para los hombres tras este patrón, identificando una masculinidad dañina y dañada (Lomas, 2013; Mac an Ghaill y Haywood, 2012), en tanto que la anulación emocional se convierte en un factor que genera tanto problemas psicológicos y físicos en los hombres, como en las personas que les acompañan en la vida. De hecho, estos estudios advierten de la necesidad de un cambio emocional en los hombres en este sentido.

Sin embargo, como identifica Josep M. Armengol (2022), la vinculación de la feminidad con las emociones es un factor de comportamiento construido socialmente, y como tal, puede ser deconstruido. Cuando decimos que la socialización patriarcal de los hombres aleja a los hombres del mundo emocional no quiere decir que los hombres no sientan. La no emocionalidad o la neutralidad emocional es irreal, no existe, en tanto que siempre estamos expuestos a sentimientos y a las formas de relacionarnos con los mismos. De esta manera, los hombres, obviamente, sienten y expresan emociones. Lo que sucede es que tras la socialización y educación patriarcal se configura una particular permisividad y normalización emocional en los hombres, aflorando unas emociones por encima de otras, y, a la vez, escondiendo, reprimiendo o reduciendo la expresión emocional de aquellas emociones adscritas a la feminidad.

Si bien es cierto que muchos estudios se han centrado en identificar el lado emocional de los hombres, pocos han advertido su incidencia en las masculinidades marginales atravesadas entre la clase y el género. Elisabeth Badinter (1993), cuando habla en su obra sobre el sentimentalismo masculino que adquieren los hombres de clase alta

durante la Ilustración, identifica cómo en esta época se reeducó a los hombres aristócratas y a aquellos de la alta burguesía en cierta emotividad y decoro como forma de distinción frente a las clases populares. El trato hacia los buenos modales, eliminar la rudeza comunicativa de los hombres, mejorar sus formas de comportarse y expresarse fue uno de los cambios más significativos que se dieron en cuanto al género masculino en esta época, fomentando que los hombres explorasen otro tipo de sentimientos y comportamientos que, por su educación y socialización patriarcal, se habían desterrado. Así pues, la piedad vs. la crueldad, la simpatía vs. la rudeza, la benevolencia vs. la maldad, la racionalidad vs. la irracionalidad o la prudencia vs. la impulsividad fueron códigos que se implantaron en estos hombres para configurar la distinción de clase, advirtiéndoles que el descontrol de los hombres era una marca de clases bajas o clases populares, rechazando este tipo de comportamientos en su seno identitario. Esto produjo que a los hombres de clases bajas y/o empobrecidas se los considerase como imprevisibles, bárbaros o brutos, sujetos faltos de control. En consecuencia, el haber sido educado de cierta forma se convierte en un indicador de distinción social y de discriminación entre clases, una cuestión que se hacía plausible tras la performance de una masculinidad marcada por el decoro de la alta sociedad, la cual daba cabida a un tipo de marcos emocionales en los hombres y rechazaba otros, siendo un indicador de prestigio social frente a las jerarquías interclasistas que se configuraban entre los hombres.

De esta forma, del mismo modo que debemos tener en cuenta una perspectiva de género, también debemos atender a una perspectiva de clase en tanto que en la mirada habitual, normalizada y cotidiana de todos y todas emerge un clasismo inconsciente, invisible y sistematizado que dará cuentas sobre cómo entendemos las diferencias de clase entre los miembros de una sociedad, y en consecuencia, cómo a partir de dichas diferencias jerarquizamos las formas de pensar, entender y relacionarse con el otro/a. El comportamiento y el manejo emocional son, como hemos visto, un indicador de clase, y cuando le aplicamos la perspectiva de género se nos dibuja un relato presente sobre el comportamiento de los hombres, articulando las fronteras de la permisividad y reconocimiento del imaginario simbólico sobre cómo debe ser un hombre vulnerable.

A pesar de esto y sin perder de vista esta realidad estructural, una de las cuestiones que emerge del relato de las personas profesionales es la complejidad de los hombres para adquirir una educación emocional positiva que produzca nuevos marcos de empatía y asertividad para conseguir un cambio significativo en sus vidas.

[curso con profesionales de la atención social] Ahora está muy de moda esto de la educación emocional. Parece que todo sea una cuestión de emociones. Con los hombres sí que lo veo muy necesario, pero trabajar la educación emocional con quien no la quiere trabajar es muy difícil (Observación participante, OBP3).

Ay los hombres... No solamente hay que ponerles a trabajar, sino que tienen que cambiar. Tienen que cambiar a nivel de... comportarse, emocional... ¿Cómo decirlo siendo políticamente correctos? (risas)... Es verdad. He tenido entrevistas donde he estado hablando de cosas emocionalmente importantes y no les he visto ni pestañear... (Grupo discusión, GD2).

Es decir, en voz de las profesionales los hombres usuarios aparecen con cierta necesidad de cambio emocional y, a la vez, con grandes resistencias al cambio. Para generar este cambio es necesario que las personas a cambiar, en nuestro caso los hombres usuarios, vean al otro/a como un igual, conozcan y comprendan sus emociones y las de los demás, y con ello, estar dispuesto a abrirse emocionalmente, dejarse contaminar por lo nuevo, intentando llegar a un común donde nos veamos más como somos y menos como esperan que seamos. Así pues, el estar dispuesto a abrirse al otro/a, permitirse sentir y mostrar, permitir que entren ciertas emociones en mayor o menor medida para poder cambiar, se manifiesta como un obstáculo en el relato de muchos de los hombres usuarios entrevistados.

J: ¿Ahora mismo estás teniendo seguimiento psicológico?

ENT: No. No lo necesito Jorge. No lo necesito.

J: Pero por miedo o...

ENT: No, no. Soy una persona... ahora por ejemplo tu no eres psicólogo, pero estás haciendo como si fueras el psicólogo, estás escuchando, vale. Un psicólogo... yo no tengo ganas de llorar. Yo ahora me he emocionado porque estamos hablando de lo más sagrado que tengo que son mis hijos. Por lo demás me da igual todo. Me puedo morir mañana y me da igual. No me importa. Yo te lo he dicho antes. Yo he disfrutado mucho de la vida, muchísimo. Y siempre he sido feliz (Entrevista, EU13).

Esta realidad se confronta con las formas de concebir su posición emocional en el mundo, donde el control de las emociones, la negación emocional y la represión de las mismas forman parte de un marco de seguridad identitaria de muchos hombres (Anderson, 2000;

Ferguson, 2001; Messerschmidt y Tomsen, 2018). Es decir, esconder la vulnerabilidad a través de comportamientos rudos, insensibles, incluso violentos no es concebido como una debilidad estigmatizadora de clase, sino como una identidad fuerte, otorgando en los hombres desde la normalización y naturalización de la misma una cierta seguridad a la persona que reproduce dichos comportamientos identitarios. De esta forma, emerge una paradoja que requiere de nuestro análisis. Si bien es cierto que la racionalidad y el control emocional son características adscritas a la masculinidad, así como la exhibición de fuerza, el rechazo de la debilidad y la demostración constante de la autosuficiencia masculina, debemos preguntarnos ¿qué sucede a nivel emocional cuando un hombre está inmerso en un proceso de vulnerabilidad y no puede negarlo?, ¿qué sucede cuando le van mal las cosas?, ¿qué papel tiene la precariedad de la vida en las formas de sentir los hombres?, ¿cómo se presenta esta construcción de las emociones patriarcales en las propuestas de cambio o transformación personal que se realizan a los hombres?

Qué significa ser vulnerable para los hombres usuarios

La vulnerabilidad, entendida como un proceso multidimensional de exposición a determinados riesgos y su incapacidad de respuesta ante estos (Aristegui et al., 2017; Bueno-Abad, 2011; Busso, 2001), emerge en nuestra investigación al depositar la mirada en los hombres usuarios y, con ello, tras la necesidad de soporte que requieren en sus propias vidas. Las formas de hacer presente en nuestra mente cómo son los hombres en nuestra sociedad hace que sea más rápido que sean relacionados con el poder y con el machismo que con la fragilidad que los acompaña, haciendo que se produzca una cierta ceguera que genera dificultades a la hora de nombrar a los hombres, incluso de autonombrarse, como sujetos vulnerables o sujetos con vulnerabilidades. Tal es así que, como hemos visto anteriormente, los hombres no son institucionalmente un colectivo con especificidades desde las que trabajar, en tanto que se asume que no requieren protección (Blanco, 2012; Blanco et al., 2019; Cascales et al., 2022), a pesar de ser el género supranumerario en ciertos recursos de los Servicios Sociales de Atención Secundaria.

Desde pequeños la sociedad construye un imaginario colectivo que apunta a que los hombres no pueden ser vulnerables, en tanto que la imagen de fortaleza, dureza, raciocinio, seguridad y autosuficiencia marcan los patrones hegemónicos en los que el

sistema patriarcal los inserta en la sociedad (Badinter, 1993; Bourdieu, 2000; Mosse, 1998). Además, existe la idea tras la cual el estoicismo de los hombres, característica de la masculinidad hegemónica patriarcal, ayuda a estos a aguantar y resistir en su día a día los embates de la vida. De este modo, la utilidad de la hombría y la identificación de la misma en el sujeto varón queda inmediatamente conectada con la virilidad, entendida la misma, no tanto como el éxito sexual continuado por parte de los hombres, sino como el símbolo a través del cual el hombre, por su actividad, acción y desempeño de acciones masculinas puntuales o cotidianas, es reconocido como un hombre fuerte y no vulnerable (Bourdieu, 2000; Gilmore, 1994). Es una actitud y aptitud ante la vida que modela el sentir de los varones para estar predispuestos en cualquier momento a actuar como hombres, aunque sea a través de ponerse en riesgo, de hacer daño o dejarse dañar. Así pues, la virilidad se convierte en una carga para los hombres que debe ser demostrada de forma constante a través de prácticas masculinas (Cascales, 2015), una cuestión que contribuye al rechazo de la vulnerabilidad en su seno identitario en los hombres entrevistados.

A mí no me pasaba nada más, solamente que tenía un familiar enfermo en casa y eso era necesario arreglarlo (Entrevista, EU16).

Yo estoy aquí porque no tenía donde dormir. No por nada más... [...], antes de venir aquí bebía mucho y me han ayudado en eso (Entrevista, EU1).

Por ello, a los hombres entrevistados no les es fácil reconocerse de forma abierta y directa como hombres vulnerables, pues dicho reconocimiento implica admitir una posición de fragilidad y debilidad, y más todavía, cuando se sobrevive en entornos cargados de riesgo y/o violencia (Ferguson, 2001).

De esta forma, todo hombre posee un listado de conductas que no debe mostrar ante la sociedad, precisamente porque estas acciones o conductas le pueden llevar a hacerle sentir o llevarle a identificar que está en un momento de pérdida de hombría y, con ello, arriesgarse a ser cuestionado o corregido por el conjunto de la sociedad. Ante esta realidad, parece evidente que mostrar determinación, fuerza, seguridad, dominio o control son cuestiones que conectan con el hecho de la búsqueda de un reconocimiento social que, además, como identifica Badinter (1993), se da principalmente entre hombres, alimentando el sentimiento de autosuficiencia y seguridad en uno mismo, aunque sea de

forma subjetiva, ficticia o autorreferencial. De este modo, como bien nos indican otras investigaciones (David y Brannon, 1976; Gutmann, 2000; Lomas, 2004), a los hombres no se les educa y socializa para mostrarse vulnerables sino más bien para todo lo contrario, encontrando de nuevo mandatos como “los hombres no lloran”, “los hombres no bailan” o una cuestión que aparece de forma central en esta investigación “los hombres no piden ayuda”. En este sentido, los hombres afirmarán su masculinidad no solamente a través de una *performance* que los aleje de la feminidad, la niñez o la anormalidad (Badinter, 1993), sino también a través del repudio de aquellos valores o patrones a través de los cuales se corra el riesgo de distanciarse del ideal masculino de estoicidad, autosuficiencia y éxito.

En el circo me fue bien... He visto a gente pasarlo mal en el circo. He visto trabajar en el circo, abusar de ellos... bueno... cosas que no se las deseo a nadie. Pero yo, puesto que era duro, o sea, no dejaba tampoco que me pisaran. Pero como respondía... era... El circo si te pones a mirarlo es muy parecido al ejército. Tienes un jefe que te manda y si tú haces el trabajo bien no hay ningún problema. Ahora si tú racaneas, si tú no se qué. Pues a lo mejor te llevas un latigazo. Porque lo he visto. Pero si tú tiras adelante con el trabajo y encima te sabes acoplar a la gente que tiene el poder. Pues lo llevas bien. Pues eso es lo que me pasó a mí (Entrevista, EU9).

El riesgo como situación, hecho social, sensación y percepción humana que modifica las formas de ser y actuar (Douglas, 1996; Luhmann, 2006) se une a la sensación de imposibilidad de afrontarlo, incidiendo esta realidad directamente en el cómo actúan los hombres ante los procesos de vulnerabilidad social. Todo proceso de vulnerabilidad social se compone por tres condicionantes: la exposición a la amenaza, la prevalencia del daño y la capacidad de anticipación y respuesta. Además, estas tres realidades modificarán la forma de sentir, pensar y actuar los sujetos dependiendo de las características estructurales, sociales y personales que lo envuelvan, produciendo efectos en mayor o menor medida según la realidad interseccional de cada persona. En nuestro caso, hablar de vulnerabilidad implica relacionar las situaciones de riesgo con los sentimientos de desprotección e incertidumbre que sienten los hombres usuarios cuando se ven envueltos por las distintas problemáticas por las que acuden a los recursos.

Ante todo esto, la primera cuestión que se nos presenta es que, cuando se habla de vulnerabilidad social, en el imaginario simbólico común, se hace referencia

principalmente al contexto socioeconómico, atendiendo a un perfil de personas con ingresos medios o bajos que les genera indefensión e incertidumbre ante la vida (Pizarro, 2001). Esto significa que, en la sociedad actual, la vulnerabilidad se entiende principalmente como personas que carecen de recursos materiales suficientes como para garantizar su independencia económica y social. Este imaginario lo encontramos también en los retablos de vida de los hombres entrevistados, identificando principalmente que están en una situación problemática, principalmente por las carencias económicas que poseen.

Yo lo que necesito es volver a ganar dinero y poner en marcha mi trabajo... la imprenta... las cosas están mal, muy mal. Pero no me puedo comparar con otra gente. Aquí hay gente que... bueno, tienen otros problemas. Yo no. Lo mío cambiará cuando vuelva a poder trabajar (Entrevista, EU2).

No tener suficiente independencia económica genera un sentimiento de amenaza continuada, una situación de fragilidad e inestabilidad que es sentida como una mayor probabilidad de caída o como una situación de mayor privación.

Kaztman (2001), cuando analiza los procesos de subjetividad de la población vulnerable advierte que las personas vulnerables normalmente se encuentran en una encrucijada entre “la seducción” y “el abandono”. El autor lo identifica de esta forma para exponer que la sociedad moderna está subjetivamente inserta en un imaginario tras el cual el trabajo de producción económica y el consumo al más estilo neoliberal es lo que posibilitará una ciudadanía plena, haciendo que, a la vez, los sujetos insertos en procesos de vulnerabilidad económica vivan una sensación de inviabilidad o abandono por parte del sistema, ya que les resultará imposible participar de forma plena tras estos códigos. Esta cuestión se acrecentará por el aumento de los procesos de individualización y el debilitamiento de los soportes sociales que poseen, produciendo que solamente puedan participar simbólicamente del modelo de sociedad que anhelan. En este sentido, la situación de vulnerabilidad enfrenta a los hombres usuarios a un campo de expectativas frustradas (Álvarez, 2010) emergiendo una dimensión subjetiva hacia el cómo entienden los hombres su vulnerabilidad.

Esta dimensión subjetiva conecta con la articulación del qué significa su identidad masculina como hombres, apareciendo estrategias discursivas que les permitirán

acomodar su situación identitaria en el relato, llegando a verbalizar algunos hombres que no les gusta contar lo que les sucede y no desean que se haga pública la situación por la que están pasando, y con ello, no desean enfrentarse a mostrarse vulnerables frente a las y los demás, viendo esto como un riesgo añadido aparte de la situación de riesgo que ya están viviendo.

J: ¿Quién conoce tu situación [sinhogarismo]?

ENT: Nadie. Nadie... No quiero que se enteren... me puedes preguntar: ¿por qué? Soy muy orgulloso. No me gusta que nadie sepa mis cosas. Prefiero que se quede así (Entrevista, EU4).

Sin embargo, el sentir de la situación de riesgo como factor coyuntural que incide en los procesos de subjetividad no solamente hace referencia al qué dirán de forma externa, sino que también evidencia, a nivel interno, cómo el propio sujeto se enfrenta a un sentir autopercebido que modifica la estoica imagen de autosuficiencia masculina por las dificultades que se le presentan en su vida.

No me gusta... No me gustan cuando te juzgan... No me gustan muchas cosas, pero cuando cuentas lo que te pasa y te miran de esa forma... no me gusta. No me gusta. Vas a pedir ayuda y lo único que hacen es recordarte lo mal que estás... (Entrevista, EU11).

Soy un perdedor. Nunca he sido un hombre de provecho... como dicen por ahí. No he hecho nada más que... [estar en la calle]. Debería sentir vergüenza... (silencio) Creo que por eso me fui del pueblo... allí la gente tiene la lengua muy larga. [...] Aquí me ayudan con todo esto... (Entrevista, EU10).

Como identifica Cela (2020), los conflictos para aceptarse los hombres como vulnerables vienen dados por el imaginario social que se construye a través de la construcción social de la masculinidad, el cual, queda atravesado por un imaginario simbólico neoliberal que hablará del “rendimiento [y lo productivo] en positivo, generando un excedente de depresivos y fracasados” (Cela, 2020, p. 360), en tanto que no llegarán a cumplir con la masculinidad que reclama el modelo económico neoliberal y patriarcal ni con el anhelo de consumo que se articula desde un sistema clasista basado en la materialidad. Una realidad simbólica que trasciende a lo identitario cuando las posibilidades de vida menguan y el sentimiento de autosuficiencia del sujeto puede empezar a ser percibido

como insuficiente, apareciendo un sentimiento de riesgo que frena el reconocimiento de lo que sucede.

Consecuencia de esto, como nos advierten las y los profesionales de los Servicios Sociales, los hombres hablan de sus vulnerabilidades cuando la amenaza es inminente, es decir, cuando el problema ya ha explotado o está al límite, a punto de explotar, llegando incluso en dicho momento a no aceptar que estén viviendo una situación de vulnerabilidad.

Como estaban comentando los compañeros, los hombres acuden cuando la cosa está muy al extremo. Yo diría cuando ya ha explotado... antes las que han estado viniendo son ellas y eso que ellas no es que vengan cuando la cosa está bien... tú ya me entiendes (Grupo discusión, GD1).

Este juego entre no querer mostrarse vulnerable y abordar la situación de riesgo que se le presenta en su vida genera una especie de cálculo subjetivo en la mente de los hombres que los llevará a acudir al recurso de los Servicios Sociales estando al límite o, en los casos de mayor gravedad, apareciendo de golpe en recursos que trabajan sobre procesos de desafiliación grave donde el problema ya ha explotado llegando incluso a romper los vínculos afectivos y de soporte que envuelven al sujeto.

Pasé para dentro y entonces le conté mi historia. Mi historia entera que nunca la había contado. Me pasa eso... yo, el problema es que no soy un yonqui... pero mi problema es económico, el problema es que yo consumo drogas y me quedo tirado en la calle. Yo necesito un tratamiento. Necesito un lugar donde me ayuden porque esto no lo puedo parar (Entrevista, EU12).

Esta dimensión subjetiva que envuelve a la vivencia de la vulnerabilidad en los hombres es una cuestión envuelta de cierta complejidad. En el análisis encontramos una amplia diversidad de respuestas, sin embargo, ante los sentimientos de fragilidad, indefensión e inseguridad (Aristegui et al., 2017; Busso, 2001; Filgueira, 2001) aparecen seis formas de respuesta desde donde podemos situar el cómo se reconoce discusivamente cada hombre ante su situación de vulnerabilidad: (1) la negación, (2) la minimización, (3) la justificación; (4) el sentimiento de indefensión; (5) la aceptabilidad del riesgo y (6) la respuesta activa.

Cuando les preguntamos a los hombres entrevistados si se consideran una persona vulnerable, mayormente evidencian que son personas que están en una situación transitoria, que algo les pasa en ese momento, incidiendo en que han tenido la mala suerte de estar viviendo ese momento.

Lo mío es una situación puntual de vida económica, no es más. Y así como lo tengo yo, la tiene cantidad de personas en España, sean nacionales, inmigrantes o lo que sea. Es lo que hay... (Entrevista, EU2).

Esto es temporal. Cuando esté mejor la idea que llevo es volver a apostar por la librería, por mi trabajo, aunque no dé mucho dinero como te he contado (Entrevista, EU7).

Es decir, de formar implícita o explícita, la respuesta mayoritaria que encontramos ante esta cuestión es *la negación* de la vulnerabilidad. Esta forma de negación emerge como estrategia discursiva tanto en casos extremos como en casos de menor vulnerabilidad, buscando los hombres presentarse como una masculinidad fuerte y no vulnerable, una pose que obstaculizará que como hombres puedan pedir ayuda, aceptar la situación que están viviendo o reconocer el lugar emocional que ocupan ante el problema. (Cela, 2020; Juan Carlos Ramírez, 2020a; Rosado et al., 2014).

Paralelamente al relato de la negación encontramos cómo en algunas narraciones aparecen briznas de aceptar la situación de vulnerabilidad en la que se encuentran, pero, el lugar donde se sitúan los hombres trasciende a una doble estrategia discursiva: la minimización y la justificación de la realidad vivida. De este modo, tanto la estrategia de la minimización como la estrategia de la justificación no niegan la situación de vulnerabilidad que están viviendo, sino que ponen en entredicho la gravedad de lo que está sucediendo. Cuestionar la importancia de lo que sucede *minimizando* o quitando parte de gravedad protegerá identitariamente al hombre, siendo una estrategia comúnmente utilizada cuando se señalan cuestiones que pueden atentar a su identidad.

J: ¿Lo que quieres decir es que perdías el control?

ENT: Bueno... yo no bebía tanto como ella decía, pero claro, para ella era un problema... y claro, esto llevaba a discusiones (Entrevista, EU14).

Por otra parte, *justificar* lo que sucede tras una narrativa que elude responsabilidades o reduce la carga de importancia de lo que está sucediendo también aparece en los relatos de los hombres usuarios entrevistados cuando conversamos sobre la situación presente o cuando conversamos sobre los éxitos y los fracasos en sus vidas. Si bien es cierto que la estrategia discursiva de la justificación no minimiza lo que sucede, sí que busca hacer comprender la realidad que está viviendo desde un prisma distinto, apuntando como si fuese una cosa natural o normal dentro de los procesos de vida, haciendo que su identidad masculina no quede en entredicho. Como nos dice uno de los profesionales en los grupos de discusión: “te hacen el lío” (Grupo discusión, GD2) para no evidenciar lo que realmente sucede.

Yo era el mejor en la piragua⁸⁹. Todos los fines de semana competíamos, pero claro, cambiaron de entrenador y me cogió manía, no me llamaba, aunque ganaba yo a todos. Y lo dejé (Entrevista, EU6).

Sin embargo, cuando profundizamos más y rascamos más en las causas de lo que ha venido sucediendo, aparecen casos conectados a un relato de *indefensión* que transita entre el negar lo evidente y plantear la situación como una realidad insuperable, haciéndose presente la situación de vulnerabilidad a la que se enfrentan los hombres.

Yo estaba bien en la calle... Con el covid tuve que venirme aquí. Qué aventura para llegar aquí. Yo y otros tres. Nos metieron en un edificio... cuarentena, ya sabes. Ahora que estoy aquí... Llevo mucho tiempo haciendo siempre lo mismo, en la calle. Yo no soy un hombre de provecho (Entrevista, EU10).

Cuando no tienes un padrino, como otros, haces lo que puedes. Y yo he tenido mucha suerte, mucha suerte. Pero claro... yo en mi trabajo era el mejor. Hacía trabajo de encargado. En el trabajo anterior me fui porque quise, porque querían ascenderme. Pero claro, cuando la vida te golpea y vienes de familia normal no se puede hacer nada. Esto me está pasando a mí, pero le podría pasar a cualquiera (Entrevista, EU4).

⁸⁹ La piragua es una embarcación larga y estrecha, mayor que la canoa, que se suele llevar a remos. También es un deporte donde se compite por cual es la embarcación más rápida llevada a remo por una o varias personas.

En este sentido, cómo aceptamos los riesgos se convierte en una estrategia para darle contenido a la situación que los hombres usuarios están viviendo, encontrando que los riesgos transitan entre patrones de comportamiento tan diversos como el alarmismo por lo que sucede, la negación de lo que está sucediendo o la aceptabilidad del riesgo como un patrón de normalidad en la vida de la persona. Como nos advierte Douglas (1996) la aceptabilidad del riesgo es la forma de mirar y sentir el riesgo cada persona de forma subjetiva. Esto significa que cada persona siente el riesgo de una misma situación de forma distinta, según los condicionantes estructurales, sociales y personales que configuran su vida y su identidad. En el análisis de la información encontramos relatos de *aceptabilidad del riesgo* que para cualquier persona podría significar vivir una situación de alarma y, sin embargo, para las personas que lo viven son sentidos como normales, incluso como un factor de seguridad.

J: ¿Fuiste a Cañada Real⁹⁰? ¿Por qué?

ENT: Como te digo, yo acababa de salir de prisión y tenía claro que iba a seguir metiéndome. Para poder seguir metiéndome necesitaba un sitio donde estar tranquilo y que no me cogiese la policía [...]

J: ¿Pero la vida allí no sería fácil?

ENT: No es un sitio... no es un sitio para niños, por decirlo de algun modo... pero a mí me iba bien estar allí (Entrevista, EU9).

Yo me crié en cabañal, por las casitas rosas⁹¹ tenían la casa mis abuelos y muy bien [...]

Bueno, hay cosas buenas de ser de allí. Para mí. No veo tanto problema (Entrevista, EU5).

El cómo se acepta la situación de vulnerabilidad que se esté viviendo queda atravesada por esta realidad, en tanto que, las formas de modular el daño emocional continuado se configuran tras un ejercicio de negación y normalización de la situación que se vive,

⁹⁰ Barrio chabolista de Madrid.

⁹¹ Las *casitas rosas* de Valencia son varios bloques de edificios que en su momento fueron construidos como viviendas de protección oficial. Se distinguían por ser de color salmón. Estos edificios se encuentran emplazados entre el barrio de la Malvarrosa y el barrio del Cabanyal. Son considerados uno de los emplazamientos más peligrosos de la ciudad de Valencia el cual posee el reconocimiento de barrio de acción preferente para los servicios de atención social, en tanto que es una zona barrial de rentas muy bajas y un alto índice de tráfico de drogas y consumo. Un problema que persiste en el tiempo desde los años 80.

pudiendo identificar cuando se evidencia esta realidad la cronificación de situaciones de riesgo para las y los usuarios que atendemos.

Sin embargo, también encontramos entre los hombres entrevistados una *posición de aceptación* de la realidad y un relato pro-activo frente a las formas de actuar ante la problemática que se está viviendo. Como expone Cardona (2001) las posibilidades de prevención o la erradicación o mitigación del riesgo solo se puede dar si las personas vulnerables tienen conciencia de su situación y actúan en consecuencia. De esta forma, la noción de actividad es identificada por parte de los hombres entrevistados en forma de expectativas y relatos de implicación para el cambio, reconociendo la necesidad de aprovechar las oportunidades que los recursos de atención social les brindan para mejorar su condición, su bienestar, y con ello, impedir un mayor deterioro de la situación.

Yo tuve que tomar la decisión de dejarlo [la droga] o dejarme morir. Esto que te cuento es tal cual. Llegué a Valencia. Lo recuerdo muy bien. Un día que llovía. Y no sabía qué iba a comer, dónde iba a dormir, y me senté en un muro de la playa de la Malvarrosa y mirando al mar me dije esto tiene que cambiar. Esto tiene que cambiar. Y al día siguiente un chico me contó dónde me podían ayudar y fui por el Carmen... donde la asistente social, y me trajeron aquí. Desde entonces no consumo, nada. Ni una cerveza. Creo que quiero normalidad en mi vida y estoy luchando, estoy luchando por hacer las cosas bien (Entrevista, EU9).

Esta realidad se solapa con la capacidad de aprovechar los soportes que da el apoyo social, es decir, una persona está en situación de vulnerabilidad porque está en riesgo, se espera que su respuesta ante la situación de riesgo sea activa, positiva, coherente y acertada. Sin embargo, debemos ser cautos a la hora de formular esta cuestión ya que carga de responsabilidad individual del sujeto por lo que le sucede, tropezando con la realidad social que le envuelve, habiendo factores estructurales y coyunturales que poco tienen que ver con la capacidad de cambio personal del sujeto. No obstante, este relato sobre la actitud de las personas asistidas aparece reiteradamente en el análisis de la información, incluso entre los propios usuarios, generándose un relato jerárquico sobre los buenos y los malos pobres por no reconocerse vulnerables y por no aprovechar la situación que los recursos de protección social les ofrecen.

Yo escucho, soy calmado, no soy violento ni nada... no doy problemas de ningún tipo... no tengo ninguna adicción, ni problemas mentales... aquí hay gente que es muy diferente a lo que me pasa a mí (Entrevista, EU7).

Una vez expuestas las formas de reconocerse vulnerables por parte de los hombres, encontramos, conectada a esta cuestión, cómo los hombres usuarios viven los procesos de vulnerabilidad tras sentimientos muy diversos. Por ejemplo, hay hombres que viven la situación de vulnerabilidad por la cual ha acudido al recurso como una oportunidad para devolver una cuestión de lealtad familiar o para demostrar un factor de lealtad hacia las personas que les prestan apoyo.

A ver, a mí nunca me faltó nada, nunca. Ni un plato en la mesa nunca me faltó porque mi madre se mató literalmente a trabajar, y por suerte mi madre ha sido la mejor peluquera del pueblo, o el top tres de todas las peluqueras del pueblo [...] Entonces, ahí por suerte fue muy bueno para la familia, pero también muy duro para ella porque estaba destruida, porque trabajaba todas las horas del día para suplir el sueldo que no entraba de mi padre, ¿sabes? Y al mismo tiempo, mi padre y mi madre no han tenido vacaciones, no han ido de viaje, pero es que tampoco iban a comer a un restaurante, ni a cenar, ni los sábados ni los domingos ni nada. Mis padres fueron de viaje cuando cumplieron cincuenta años porque mi hermana y yo les hicimos un regalo [...] ¿Cómo no iba a dejarlo todo por mi padre? A la primera de cambio que supe que estaba en el hospital me vine porque sabía que mi madre no podría con todo (Entrevista, EU16)

Yo siempre he sido decidido para estas cosas. Lo cuidé muy a gusto, muy a gusto. Se lo debía y no podía dejarlo solo con la enfermedad... Por eso acudí y hablé con ella [la trabajadora social] (Entrevista, EU15).

Estoy aquí por ellos, por mis hijos... Después de que sucediese eso [que lo encontraran en situación de calle] me lo planteé en serio. Pero no es fácil (Entrevista, EU13).

En este caso, las experiencias frente al proceso se viven de forma activa y en positivo, pero, como contrapartida no se reconocen plenamente como hombres vulnerables, a pesar de haber requerido soporte institucional para enfrentarse a las distintas situaciones o problemáticas.

Por otra parte, otros hombres verbalizarán de forma abierta su situación de fracaso personal y vulnerabilidad, relatando cómo la misma les ha llevado a los distintos recursos por los que han transitado. Estos son hombres con un alto grado de desafiliación por su adicción o su situación de sinhogarismo entre otras cuestiones. En sus relatos reconocen abiertamente su situación como hombres vulnerables, sin embargo, buscan tras la narrativa justificar o explicitar lo sucedido en referencia a su situación de vulnerabilidad, aportando explicaciones que buscan desidentificarse como responsables de la situación que están viviendo.

Primero, a todo esto, me quitan el piso... a los seis meses la Caixa Popular me quita el piso. Que también lo tenía hipotecado y valía 120.000 euros. Cuenta con paga. Mis hermanos me buscan un piso de una prima que me lo deja durante tres años. Cuando me voy de ese piso me voy a la cárcel porque no tengo techo y prefiero ir a... por la tontería que me dan el fiscal y mi abogado la posibilidad de hacer trabajos sociales y yo prefiero ir a prisión (Entrevista, EU8).

Yo siempre he estado bien, lo que pasa es que a los 22 o 23 años es cuando toqué la noche... y las drogas claro. Y a partir de tocar las drogas, ser un niño maltratado, por mi padre que me pegaba cada paliza que flipas, después también por otras cosas... pues cogí una enfermedad que se llama esquizofrenia paranoide... de todas las cosas que tenía (Entrevista, EU6).

Así pues, emerge en el análisis una fuerte complejidad ante el reconocimiento de los procesos de vulnerabilidad por parte de los hombres, apareciendo cuestiones anexadas a esta realidad como la negación a la hora de pedir ayuda o una educación emocional que produce, dependiendo del caso, distintos niveles de aceptación y responsabilización ante lo que les está sucediendo. Siendo la marca vulnerable un marco de reconocimiento que aparece en forma de rechazo frente a ciertas cuestiones, produciendo efectos, dándose como hemos visto, entre otras muchas cuestiones, una menor participación por parte de los hombres en los Servicios Sociales.

El estigma tras la etiqueta de asistido: intersecciones entre la clase social y la construcción identitaria del género

Si ampliamos el análisis del anterior apartado, la primera cuestión que aparece es cómo reconocemos a los sujetos vulnerables a través del estigma. El aprendizaje y la interiorización de la socialización diferencial produce formas de relacionarnos que conectan con los estereotipos y los prejuicios negativos, los cuales, quedan asentados sobre las diferencias socialmente construidas. Si hablamos del *estigma* debemos conectar el relato con la obra de Erving Goffman (2006), definiendo el mismo como el desarrollo de una serie de prácticas sociales y juicios que sitúan valorativamente al otro/a fuera de la idea de normalidad. El propio autor incide en la importancia relacional del concepto, el cual funciona de forma bidireccional entre la persona que recibe el juicio social y el grupo que detenta la normalidad, generando marcos de reconocimiento, reafirmación, discriminación y distinción desde la interacción. No obstante, la relación entre normalidad y estigma se configura desde un cierto relativismo en tanto que, como anota el autor,

El término estigma será utilizado, pues, para hacer referencia a un atributo profundamente desacreditador; pero lo que en realidad se necesita es un lenguaje de relaciones, no de atributos. Un atributo que estigmatiza a un tipo de poseedor puede confirmar la normalidad de otro y, por consiguiente, no es ni honroso ni ignominioso en sí mismo (Goffman, 2006, p. 13).

En nuestra investigación, por ejemplo, el ser reconocido como hombre usuario de los Servicios Sociales emerge tras un marco de diferenciación entre las personas usuarias y aquellas personas que no requieren dichos soportes de vida, apareciendo un no reconocimiento por parte de ciertas personas participantes como usuarios de los procesos de atención social.

J: ¿Tú cómo te sentías siendo usuario de los Servicios Sociales?

ENT: Si los que iban eran mis abuelos, ¿no son ellos los que eran usuarios? (Entrevista, EU5)

La identificación estigmática que produce la necesidad de apoyo por parte del sistema de atención social genera una dinámica tras la cual ciertos individuos, sobre todo hombres, no verbalizarán su participación en los distintos recursos, configurándose esta realidad como un secreto, por temor a ser reconocidos o señalados como fracasados o marginales (Del Hoyo, 2019; Wacquant, 2009; Wacquant et al., 2014). A esto hay que añadirle que hay investigaciones que han venido detectando la existencia de familias que podrían tener ciertas necesidades y que, estando dentro de los criterios de acceso a ayudas, recursos y prestaciones sociales, no participan de estos soportes por esta misma razón (Colton et al., 1997; Spicker, 1984). El juicio de valor que emana sobre las personas participantes o receptoras de ayudas no es una cuestión de envidia, de que todas y todos anhelan esos beneficios o soportes, ya que la mayor parte de los hogares requieran o no requieran este tipo de ayudas no desean esta vinculación por una cuestión moral y de honor familiar. Así pues, el imaginario social sigue conectando con la idea de que acercarse a los Servicios Sociales a pedir ayuda conlleva para las personas usuarias una imagen de precariedad, sobre todo económica, y/o una imagen estigmatizada con otro tipo de problemáticas.

...te encuentras con que la gente te mira como: ah, no tienes dinero, es que vas ahí porque no has ahorrado [a Servicios Sociales]. Y dices, no, no... lo que pasa es que yo he tenido que migrar, pagar un alquiler en una ciudad muy grande durante más de diez años. Yo llevo igual trece años pagando alquiler. Pero... entonces claro, no es lo mismo (Entrevista, EU16).

De este modo, aparece un sistema disciplinario que denuncia o penaliza simbólicamente a las personas que reciben ayudas, configurándose un estigma externo, unas formas de actuar y juzgar al otro/a que se articulan desde el marco relacional, entre todas y todos, y, a la vez, en propia persona se darán unas formas de entender, aprender e interiorizar dicho razonamiento, como un estigma interno o autoestigma, que modulará los procesos subjetivos de las y los individuos, y con ello, sus formas de sentir, pensar y actuar.

Hay autores y autoras que defenderán que el estigma no se puede vincular con la decisión de aceptar ayuda o no aceptarla (Spicker, 1984), sin embargo, en otras investigaciones se evidenciará cómo los estereotipos y los prejuicios sociales implican un factor estigmatizante que produce efectos. Ejemplo de esto, son las vivencias de las

personas paradas de larga duración, las cuales pueden llegar a ser cuestionadas por su condición de beneficiarias de soporte económico durante mucho tiempo (Briales, 2016). En nuestra investigación esta realidad también nos la encontramos cuando ciertos hombres usuarios nos exponen su relación con las ayudas que esperan recibir y, el qué dirán, como mirada externa aparece cuando nos presentan la situación.

Yo estoy a punto de dejar el piso. [La trabajadora social] me ha ayudado a encontrar una casa y en nada me voy a vivir allí con mi pareja... sé que hay gente que no está de acuerdo con que me lo hayan dado a mí... pero me da igual... [...] Ahora me ha tocado a mí, ya les tocará a ellos (Entrevista, EU11).

Entonces me voy a los Servicios Sociales, y yo sin pena... hay gente que cuando van a Servicios Sociales le da pena y eso... A mí en ese momento no, necesitaba que me ayudaran económicamente, a mí me parecía un éxito (Entrevista, EU16).

Una de las principales razones que se hacen visibles en el análisis es como el ideario social construido, tras el hecho de la ayuda social, se asocia con normas sociales de reciprocidad. La reciprocidad se configura a partir de esperar que se dé una expectativa individual de intercambio, de dar institucionalmente algo para recibir algo socialmente, una creencia que posee una carga más pesada que la idea de solidaridad vinculada con la idea de justicia, altruismo y transformación social (Dubet, 2015). Los propios usuarios, dependiendo de la situación personal que encarnan y las experiencias de vida que han vivido, describen este marco de reciprocidad institucional como ayudas momentáneas, dándose una narrativa de la contractualidad donde los hombres se comprometen a aprovechar las ayudas para ser parte del sistema, volviéndose a aportar laboralmente a cambio de recuperar la vida, de volver a hacer su vida tras el apoyo recibido.

A mí no me importa trabajar, contribuir... Gracias a quienes trabajan ahora yo, que necesito ayuda, me la pueden dar... esto no se ve muchas veces. Yo ahora no tengo trabajo, pero he tenido y he trabajado mucho, y he aportado como el que más. La idea es esa, volver a poder trabajar, hacer mi vida, tener mi casa... (Entrevista, EU7).

Si mi objetivo es... yo lo hablé con [mi trabajadora social del centro] y le dije: si a mí me sale un trabajo y lo rechazo, yo creo que yo me estoy tirando piedras a mi propia pared. Es decir, a mi propio tejado. Es decir, si yo tengo un objetivo y te digo a ti que eres la

profesional que me lleva estas cosas, trabajo en la hostelería y me gustaría esto y mi objetivo primordial es ponerme a trabajar ¿vale? Y poder tener una nómina y con tener tres, cuatro o cinco meses... ahorrar cuatro mil o cinco mil euros y luego volar solo. Ese es mi objetivo. Si me sale un trabajo y yo le digo no y te digo no lo cojo porque prefiero cobrar la renta, la ayudita, en lugar de trabajar ¿tú qué podrías pensar de mí? (Entrevista, EU4).

No obstante, entre las voces de los hombres usuarios entrevistados encontramos otros posicionamientos donde se entiende la recepción de ayudas como una obligación institucional que emerge por la situación social de precariedad sobre la que existen. Como un sentido del derecho por el mero hecho de ser ciudadano de tercera.

...he visto cómo han ayudado económicamente a mucha gente, y, no me parece mal... pero ahora ya me tocaba que me ayuden a mí. Que no soy ni peor ni mejor que nadie (Entrevista, EU11).

Entonces pensé, yo estoy toda la puta vida luchando por los demás... Estoy toda la puta vida luchando por los derechos sociales... Pues ahora a mi padre le hacen falta cosas. Y esto que ha venido una pandemia, esto tiene que arreglarlo alguien. Entonces me voy a Servicios Sociales del pueblo y les canto la canción conforme está la situación en mi casa (Entrevista, EU16).

En este sentido, la forma en que entendemos el prestar ayuda configura una mirada de clase, incluso entre los mimos hombres usuarios, pudiéndose plantear que las personas que no son autosuficientes, no tienen dinero suficiente para no trabajar y necesitan ayuda institucional serán criticadas por ello. Una forma de entender el cómo deben ser las personas pobres que se configura bidireccionalmente: (1) hacia uno mismo en forma de autoevaluación en referencia a lo que nos permitimos ser ayudados en nuestra forma de ser; y, (2) desde la sociedad en general, configurando una mirada social estigmática que hará mella en cómo los demás nos miran si pedimos ayuda. De esta forma, identificamos cómo el estigma es configurado socialmente, de forma externa al individuo, generando efectos en los hombres a través, no solamente de presiones disciplinarias que se evidencian relacionamente, sino también de forma interna en forma de auto-disciplina (Foucault, 2012; Kaufman y Horowitz, 1989), apareciendo cómo los propios hombres

identificarán una serie de características por las cuales evitar el pedir ayuda o el acercarse a ciertos recursos de protección social.

A todo esto, hay que sumarle que las razones por las cuales se acude a los recursos de protección social implican conectar la identidad de los usuarios con ciertas problemáticas que se atienden desde los distintos recursos, no queriendo los hombres que se los reconozca dentro de ciertos procesos de vida. Esto se ve de forma muy presente cuando hay que derivar a una persona para que acuda a la psicóloga por alguna cuestión de salud mental, a los hombres a un programa de reeducación o a la UCA⁹² por un tema de adicción, en tanto que cada uno de estos programas o espacios de atención social quedan vinculados con un modelo de masculinidad que se aleja del ideal honorífico que es perseguido por los hombres, en tanto que temen ser identificados como hombres problemáticos o violentos.

Después de mucho me apunté para dejarlo y tal [las adicciones]... En el pueblo me criticaban a mí porque yo era toxicómano. Los padres de mis amigos. Pero es que después mis amigos eran peor que yo. Y yo lo dejé todo. Y los padres me criticaban a mí y yo criticaba a los padres y a mis amigos que me criticaban a mí porque decían que yo era un toxicómano... ¿tú cómo ves esto? Yo no lo veo bien. A veces pienso que si no me apunto ni se enteran [a desengancharse]. Yo nunca he hablado mal de nadie. Ni le he dicho por qué haces esto o por qué haces lo otro... pues a raíz de esto mi madre... acabé muy mal con mi madre... me dijo que era toxicómano, drogadicto y tal... y mis amigos eran peor que yo. Y yo he sido capaz de dejarme esto y no volver a esas cosas ahora (Entrevista, EU6).

Por eso marca, tú sabes, el haber sido acusado y el haber pasado una condena... pero la situación de ahora, la orden de alejamiento, el no tener alojamiento, el haber sido desahuciado. He tenido que cumplir trabajos comunitarios estando en la cárcel. Acepté la conformidad de los hechos porque no tenía testigos y para que no sea peor, acepté la conformidad para... para hacer servicios comunitarios, pero ahí quedo, sigo condenado por violencia de género, y claro, es muy complicado.... Porque... además con la edad que tengo, con la experiencia que tengo, con todo mi pasado... 52 años que tengo ahora y toda esta situación. Y tener que lidiar con la salud mental, a nivel emocional y tal, es muy complicado (Entrevista, EU14).

⁹² Unidades de Conductas Adictivas. Son recursos de atención a personas en situación de dependencia o adicción a alguna sustancia o práctica nociva para su persona.

El pedir ayuda psicológica, el acceder a procesos de acompañamiento para conseguir erradicar las adicciones o el trabajar a nivel comportamental para mejorar en la vida se convierte en un marco de estigmatización que conecta con el reconocimiento de problemáticas como la salud mental, la drogadicción o la violencia, unos espacios que conectan con lo que se podría considerar como el mal hombre. Un hombre que sobrepasa los patrones de masculinidad desde la locura, el consumo o el ejercicio de poder, convirtiéndose estos procesos de estigmatización en una barrera potencial para los hombres tras la búsqueda de ayuda.

De este modo, los efectos que encontramos en los hombres que conectan con esta realidad estigmatizante implican enfrentarse a marcos emocionales que los predisponen a exponer su vulnerabilidad como clase social necesitada, pero también su vulnerabilidad como hombres, siendo el género una de las bases que modularán las formas de configurar el estigma y la clase social una forma de ratificarlo sobre el cuerpo varón. Muchos problemas se derivan del rechazo a la vulnerabilidad que alimenta este estigma socialmente construido. La idea del súper hombre autosuficiente atravesada por la imagen de rudeza estoica, incluso heroica, debe ser apartada para permitirnos aceptar que podemos ser vulnerables como personas y, desde esta vulnerabilidad, ser capaces de identificar aquello que nos sucede, aceptarlo y, finalmente, pedir ayuda, en tanto que, paradójicamente, la no petición de ayuda será uno de los hitos más relevantes en las formas de transitar los hombres por los recursos de atención social.

Vivir la petición de ayuda

Como hemos venido viendo, el sistema patriarcal orienta las formas de sentir, pensar y comportarse de los hombres, haciendo especial mención en la modulación emocional. Sin embargo, a raíz de concebir a los hombres como sujetos con género se han ido demontando muchos de los preceptos vinculados a la masculinidad hegemónica, configurando una imagen donde tiene cabida una diversidad de formas de ser hombre. En este sub-apartado voy a visibilizar un precepto que acompaña al modelo de masculinidad patriarcal, el cual, por su posición central en la *performance* masculina posee un gran potencial hacia donde dirigir nuevas estrategias para seguir deconstruyendo dicha masculinidad. Así pues, del mismo modo que se señaló y cuestionó en su momento

preceptos como “los hombres no lloran” o “los hombres no bailan” en este momento nos corresponde abordar el mandato de “los hombres no piden ayuda”, siendo el papel de la petición de ayuda un hito central que emerge del análisis de forma constante.

La petición de ayuda es una práctica humana que ha estado históricamente anudada a la feminidad. Las princesas *disney* del siglo pasado pedían ayuda para ser rescatadas, en decenas de cuentos clásicos, como la cerillera o caperucita, las mujeres fallecían por no pedir ayuda a un hombre (Domínguez, 2021) o, ya aterrizando en el mundo real, la dependencia de la figura masculina para las mujeres, en pleno franquismo, estaba culturalmente tan arraigada que estas, incluso legislativamente, requerían de la ayuda de la posición masculina para poder actuar en el espacio social, laboral y público (Iglesias-Aparicio, 2021; Prieto, 2018). El impacto cultural que se ha venido dando para construir la dicotomía “hombre protector / mujer protegida” producirá efectos en la atención social, siendo el género femenino aquel que se entenderá de facto como necesitado de soporte, protección y apoyo, configurándose gran parte de las prácticas de vida que tienen que ver con la petición de ayuda a partir de un sesgo de género femenino. Tal es así que hace más de un siglo, grandes psicoanalistas como Sigmund Freud, Carl Jung o Erik Erikson, centraron la mayor parte de sus estudios sobre las personas que acudían pidiendo ayuda a sus consultas, llegando a diseñar sus principales propuestas terapéuticas a partir de un cuórum de mujeres blancas de clase alta (Pollack y Levant, 1998). En épocas anteriores a los hombres no se les ha prestado interés como clientes o usuarios de la atención social, en tanto que no se esperaba que demandasen los servicios de este tipo de recursos.

De este modo, pedir ayuda es identificado como práctica asociada a la feminidad y a las mujeres. Es como que pedir ayuda no es cosa de hombres y cuando se hace, o se debe estar al límite o debe haber una razón importante para que esto suceda. Como aseguraba una profesional de los Servicios Sociales en una formación: “¿Quién alguna vez ha escuchado aquello de, si pidió ayuda este hombre será porque estaba muy mal la cosa?” (Observación participante, OBP3). Esta realidad dibuja los límites o fronteras que se espera de los hombres y que, a la vez, se autoimponen ellos mismos a la hora de buscar un soporte ante las desavenencias de la vida.

Sí, sí, he sido yo... También alimentación en Acoge Valencia. Me ha tocado ir a pedir alimentación en la Cruz Roja también. Y sí, lo he hecho yo... [pequeño silencio] al

principio, con vergüenza. Uno lo vive con vergüenza, ¿sabes? Porque uno de hombre es muy machista, de estos países uno viene muy machista. Aquí lo adaptan (ríe) a la oferta, a no a ser machista, pero allá uno viene muy machista y... quizás no sé si machista es la palabra, o quizá es mucho orgullo. No sé... porque tú toda tu vida has trabajado y nunca le has pedido a nadie. Pero llega un momentito y que aquí dices: tienes que pedir, o ayuda para una cosa o para lo que sea, pero aquí se le quita a uno la vergüenza. Ahora ya no tengo vergüenza, pero al principio sí. Porque viéndolo de la parte de hombre... y bueno, la mujer no tienes esto, la mujer es un poquito más tranquila. Pero uno de hombre es... tienes que quitarte un poco la vergüenza y el orgullo y pues ni modo, pero es difícil, muy difícil (Entrevista, EU17).

A mí me cuesta mucho pedir ayuda... por esto tardé tanto en ver qué hacer con lo que me estaba pasando. De hecho, fue... esta chica... [nombre]... la que te he contado... la que me lo decía mucho esto (Entrevista, EU12).

¿Te refieres a eso de que los hombres no pedimos ayuda? Puede ser... Somos más orgullosos que las mujeres. Se nos meten otras cosas en la cabeza (Entrevista, EU4).

La correlación sexo-genérica a través de la cual pedir ayuda es cosa de mujeres puede ser un factor atenuante que inconscientemente aleje a los hombres de tal práctica social, siendo la misma una acción básica para la convivencia social. Y los hombres, en tanto hombres, los encontramos en sus relatos de vida alejados de la misma en muchos sentidos, sintiendo que pedir ayuda es más cosa de mujeres.

Como anota Brooks (2017) con el tiempo se ha hecho evidente el sesgo patriarcal que se estaba produciendo por no tener en cuenta a los hombres en este tipo de servicios, añadiendo que, a pesar de las buenas intenciones a la hora de centrar la mirada en las mujeres por recibir los mayores embates del sistema, la estructura patriarcal también ha tenido efectos nocivos en los hombres apartándolos de la petición de ayuda, produciendo menores cotas de participación cuando requieren ayuda y mayores cotas de desafiliación social, familiar y personal cuando se ven envueltos por las distintas dificultades a las que nos enfrenta la vida. Si afinamos la mirada en los hombres usuarios encontramos investigaciones que han documentado cómo los varones piden mucha menos ayuda profesional que las mujeres (Addis y Mahalik, 2003; Cela, 2020; Good et al., 1989; Johnson et al., 2012; Nguyen et al., 2012; Oliffe et al., 2010; O'Neil et al., 1995; Yousaf

et al., 2015), siendo esto una constante explicitada por los mismos hombres en nuestra investigación.

J: ¿Se te ocurrió pedir ayuda a Servicios Sociales?

ENT: En eso he sido muy cabezón y orgulloso y pensé que no lo necesitaba (Entrevista, EU13).

Te he dicho antes que nunca he acudido a ningún sitio, ni cuando salí de prisión que salí con dinero, pero no tenía sitio donde ir. O sea, nunca he pedido ayuda, nunca (Entrevista, EU4).

[curso masculinidades] Tal vez sea que los hombres pedimos mucha menos ayuda... nos cuesta más y eso (Observación participante, OBP3).

A la poca predilección por parte de los hombres para pedir ayuda se le suma el marco emocional al que se enfrentan cuando tienen que realizar tal petición, haciéndolo cuando ya están perdidos y no tienen más remedio, llegando a identificar tras esta dificultad un sentimiento de frustración cuando relatan la situación por la cual han tenido que pedir ayuda.

Tal vez, yo soy muy poco de pedir ayuda, si sabes, muy poco. Quizás todavía no he superado esa parte, no he superado esa parte de ser... como muy abiertos, ¿sabes? Ahora estoy platicando contigo, pero hace años que no platico con alguien así, abiertamente (ríe). Yo no soy muy así abierto, pero dependiendo del problema, dependiendo del problema, pero yo casi, casi siempre yo trato de cargarme con las cosas y buscarle solución. Solo que... puede que hasta que llegue un día que ya no pueda, que sea lo último. Por ejemplo, después de la pandemia o antes de la pandemia, me quedé sin trabajo... todo el año de la pandemia estuve sin trabajo, todo el 2020. Ni entonces... (Entrevista, EU17).

J: ¿Nos cuesta pedir ayuda?

ENT: Yo lo he hecho. Gracias que lo he hecho. Porque mis hijos me han obligado. Porque sobre todo mi hijo. Que está muy metido en esto. Ha dicho papá, vamos a ver, que no hay que avergonzarse de esto. No puedes seguir así ni tampoco estar en la calle (Entrevista, EU13).

Sin embargo, ves, pues es lo que te cuento... yo no me gusta contar mis cosas. Yo nunca le contaría a un amigo de la infancia en la situación que estoy ahora. Pero porque...por orgullo (Entrevista, EU4).

Si depositamos la mirada en los estudios de las masculinidades, parece obvio pensar que existe una conexión entre el estigma como asistido y el pedir ayuda, incrementándose esta cuestión cuando nos acercamos al tamiz de la identidad masculina, siendo dibujado como una situación de debilidad y/o fracaso. El ideal de masculinidad se convierte en el adobo necesario para ratificar las formas de entender cómo se deben comportar como hombres, siendo el anhelo por conseguir ser el timón principal de su vida, tanto a nivel personal como familiar, uno de los principales mandatos que se harán presentes en el relato de los hombres usuarios. De este modo, el fracaso económico se convierte en uno de los principales indicadores de que no se está cumpliendo con lo que se espera como hombre, siendo lo económico uno de los grandes hitos en las necesidades que mayormente identifican los hombres.

Y entonces tú ves que todo lo que tú has organizado, que has plasmado, se empieza a decaer. Yo siempre... me ha enseñado a tener mis propias cosas sin molestar a nadie. Yo me he enseñado a luchar por mí mismo y a valerme por mí mismo. O sea, como un rebuscador de vida total. O sea, porque es que yo ya no necesito hacerle dinero a otra persona, que tengo que hacer mi propio dinero y ya tengo cierta edad, ya tengo cincuenta y dos años, donde yo ya no consigo trabajo fácil en cualquier lugar (Entrevista, EU2).

A esto hay que sumarle que el fracaso económico se convierte en un espejo para los hombres, pasando a ser identificados como fracasados en su función de proveedor familiar, función social adscrita al varón y que es central para la configuración de la propia identidad masculina (Gilmore, 1994). De esta forma, pedir ayuda por cuestiones que conectan con el sentimiento de fracaso frente al proyecto de vida como hombre proveedor se convierte en un escenario simbólico de fracaso. Como nos indica alguno de los entrevistados “el qué dirán” (Entrevista, EU7). De esta forma, esto se anuda con un marco emocional que conecta con la idea contradictoria de que el pedir ayuda implica no llegar a ser suficientemente hombre (Kaufman, 1997).

Yo, al siempre haberme buscado la vida, al siempre haberme salido bien... la historia... el dinero y tal. No he necesitado pedir este tipo de ayudas que tú dices. Eso era para otros

y tal... incluso no me lo podía permitir ya que con la gente que yo trabajaba... pero bueno... ahora (Entrevista, EU8)

Además, el pedir ayuda implica abrirse emocionalmente para relatar la posición vulnerable, siendo un factor más por el que los hombres eluden dicha realidad. De este modo, el abrirse se convierte en un síntoma de debilidad que es sentido, desde lo emocional, y repudiado desde lo práctico por parte de los propios hombres (Juan Carlos Ramírez, 2020a).

[conversación con usuario sobre ir a atención psicológica ante problemas de adicción]

ENT: No quiero tener que contarle mis problemas a un desconocido

J: ¿No quieres contarle los problemas o no quieres abrirte emocionalmente?

ENT: Tal vez las dos cosas. (Observación participante, OBP6).

El principal campo de estudio que ha empezado a mapear las carencias en la petición de ayuda por parte de los hombres lo encontramos a través de investigaciones centradas en la atención sanitaria. Los varones aparecen con una menor presencia que las mujeres, a pesar de padecer altas tasas en enfermedades cardíacas, así como enfermedades pulmonares como el cáncer o los problemas derivados de los excesos como el sobrepeso y problemas cardiovasculares, sin nombrar el cáncer de próstata que requiere una prevención específica masculina desde los cuarenta años (Bonino, 2001; de Keijzer et al., 2019; Fabbri, 2019; Galdas et al., 2005).

Eso fue lo que me provocó a mí eso [la enfermedad] ... porque mientras yo estaba trabajando... bueno, de hecho, fue la primera vez en mi vida que yo iba a un hospital, ¿sabes? Ahora tengo cuarenta y tres, tenía cuarenta y uno, fueron cuarenta años sin ir a un hospital desde que nací yo. Creo que me parieron en el hospital y no volví. O sea, yo siempre he sido una persona muy saludable pero ese encierro me estresó tanto que me puso horrible, mala experiencia. Entonces el trabajo te relaja, te ayuda, te mantiene saludable. Está muy bueno (Entrevista, EU17).

Sin embargo, en este estudio, a pesar de la sobreexposición masculina a los problemas sanitarios encontramos a hombres que no solamente no piden ayuda cuando la necesitan, sino que niegan dicha necesidad hasta el punto de aparecer de forma convencida tras una

falta de autocuidado personal, llegando a convertirlos en una carga para aquellas personas que les acompañan, las cuales son principalmente mujeres.

Los varones adoptan actitudes más negacionistas cuando se requiere algún tipo de soporte o ayuda, y como hemos visto, poseen una menor inclinación a pedir ayuda cuando lo necesitan (Addis y Mahalik, 2003). En este sentido, la petición de ayuda se convierte en una función que se contrapone a la autosuficiencia, ocupando los hombres un lugar satelital y paradigmático dentro de las redes de solidaridad familiar (Meil, 2011), en tanto que vivirán el no pedir ayuda como una lucha continuada que les configura una imagen estoica que no requiere de soportes externos. Sin embargo, toda persona requiere de soportes en algún momento de su vida, de forma más o menos continuada. Ante esto la construcción social de la masculinidad inclina la balanza hacia el entender el requerir ayuda con la pérdida de autosuficiencia, siendo el no requerir ayuda un valor al alza dentro de la identidad masculina.

De hecho, yo le dije a mi padre que yo quería estudiar, pero allí en casa, nene, mueve el culo y a trabajar. Y después, empecé a trabajar con 16 años. Entonces, bajo este punto de vista me siento orgulloso porque nunca le he pedido nada a nadie (Entrevista, EU13).

A esta actitud de distanciamiento identitario se le suma cómo la falta de predisposición por parte de los hombres a buscar ayuda los pone en riesgo, tanto a nivel social, físico o emocional. Las distintas investigaciones que se han venido realizando tras estos términos apuntan a la necesidad de diseñar procesos de atención social que faciliten el acceso de los hombres a la petición de ayuda (Addis y Mahalik, 2003; Courtenay, 2000). Esta ausencia se convierte de facto en una evidencia cuando les preguntamos a las y los profesionales de la atención social qué es lo que piden a los hombres que acuden a los Servicios Sociales, respondiéndonos:

P1: Les pedimos que vengan [...]

P2: Que acudan a los seguimientos.

P3: Que se impliquen más en sus problemas familiares (Grupo discusión, GD1).

Ante esta cuestión, no podemos obviar que las teorías sociológicas que profundizan en los roles de género defienden que mujeres y hombres adquieren e interiorizan actitudes y comportamientos distintos a partir de las diferencias culturales patriarcales en que son

socializados y educados. El aprehendizaje de la distinción según el género, el sexo o la orientación sexual conlleva la configuración de unas fronteras del género que normativizarán las formas de actuar mujeres y hombres (Juliano, 1997), guiando las prácticas, los comportamientos y las actitudes relacionadas con el género (Pleck, 1995). En este sentido, aquellos constructos que cuestionen y traspasen las fronteras del género producirán lo que algunas autoras y autores han acotado como conflictos de rol de género (O’Neil et al., 1995), dibujando la tensión que se genera ante las formas de sentir y vivir las estructuras de género, encontrando este conflicto interno tras la posición social masculina y capacidad de los hombres para pedir ayuda ante las distintas problemáticas que se les presenten en sus vidas (Good et al., 1989). De esta forma, la negación no es la única forma de reaccionar de los hombres ante la necesidad de pedir ayuda, pudiendo emerger reacciones emocionales como pueden ser el enfado o ciertas actitudes de defensa masculina a través de actitudes violentas, de desprestigio hacia las y los demás, de desresponsabilización y queja o de indefensión (Cebrián et al., 2011).

Ostras, me costaba un montón dejarme cuidar. Cuando venía mi mujer o venía... y me hacía según qué cosas para cuidarme o me decían dínoslo, para estar bien. A mí me sentaba mal. Claro, yo intentaba que no se me notara porque sabía que lo hacían por bien... Pero se me notaba... me pillaba unos rebotes que no veas... pero yo intentaba disimular (Entrevista, EU7).

Yo veo que lo llevan mucho peor el pedir ayuda ellos que ellas [...] esa actitud de mala gana, que se nota, que te dice no quiero estar aquí. Pues eso (Grupo discusión, GD2).

No quiero que me echen una mano [la familia]. Quiero hacerlo yo solo y ya está, pero, ellos no lo comprendían. Sobre todo mi madre (Entrevista, EU4).

Encontrando incluso, en algún caso, como normalizada la dinámica de apartarse cuando se está mal, tomando distancia de la gente que puede echar una mano, dándose en estos casos una mayor prevalencia de síntomas como, por ejemplo, la depresión, siendo descubiertos emocionalmente atascados en las entrevistas ya que no entienden por qué no consiguen tener energía para solucionar la problemática que les ha llevado a dicha situación (Addis y Hoffman, 2017; Aguayo, 2022; Johnson et al., 2012; Krumm et al., 2017; Oliffe et al., 2010; Sánchez de Ita et al., 2015).

Sin embargo, que los hombres no pidan ayuda, a pesar de ser una tendencia suficientemente generalizada, incluso en las entrevistas de esta investigación, no se puede entender como un patrón natural masculino ni como una realidad estática de los hombres, en tanto que encontramos una cierta variabilidad entre la información recabada. En este sentido, identificamos cómo el buscar ayuda por sus propios medios puede ser una cuestión también masculina.

[Siempre] me he buscado la vida como he podido. Tiraba de gente que estaba también metida en temas de consumo, me dejaban un sofá, una cama, lo que fuera... (Entrevista, EU12).

Unos buscarán ayuda para algunas problemáticas pero no para otras, incluso hay quiénes buscarán ayuda bajo ciertas condiciones y no bajo otras (Addis y Mahalik, 2003), configurándose una petición de ayuda no homogénea, cargada de multiplicidad y diversidad de situaciones atravesadas por el género y la clase, pero también por el sistema de lealtades y deudas que se configura a nivel de filiación y relaciones de amistad.

Quien debe estar ahí es la familia, para lo que sea, ¿sabes? Yo se lo explicaba [a su familia de acogida] que es normal que me pida a mí ciertas cosas que no les pedía a ellos, porque soy su hermano, soy su familia (Entrevista, EU19).

Como identifica Cela (2020) uno de los factores que se configuran en la identidad masculina e inciden en la petición de ayuda es la atadura entre honor y masculinidad. Pedir ayuda fuera de los marcos normativos de género se relaciona con la debilidad y la incapacidad para solucionar por uno mismo sus problemáticas y cuando en la relación social se hacen presentes las vulnerabilidades que les acompañan y ponen en cuestión su identidad estos se alejan. De esta forma, emerge el honor masculino como barrera en la petición de ayuda en tanto que pedir ayuda llega a ser sentido como una pérdida de dignidad humana dentro de los códigos de masculinidad impuestos por el sistema patriarcal, dándose respuestas de negación o vergüenza que obstaculizan que los hombres puedan pedir ayuda, ser ayudados o, incluso, dejarse ayudar.

Además de todo esto, un factor que posee cierta incidencia en el análisis de la información es el relato de indefensión, donde sí existe un reconocimiento del problema, la necesidad y la realidad vulnerable que atraviesa a los hombres. La narración de la indefensión emerge de formas muy diversas, sin embargo, en todos los casos se hace

visible el inciso o la frontera que deben traspasar los hombres para pedir ayuda. Esta forma de relato transita desde un relato de indefensión porque todo está mal, desde planteamientos de realidades inamovibles, al relato victimista donde el daño recibido hace que las cosas sean imposibles de cambiar, convirtiéndose en una narrativa que incide más en el hacer, describir o dar a conocer el sufrimiento padecido y no tanto en la búsqueda pro-activa de solución del mismo (Cebrián et al., 2011).

La cosa pintaba muy mal. Parecía que iba a quedarme otra vez en la calle y yo no quería ponerme con cartones y esas cosas. Me metí en un bar, enchufé mi móvil que lo tenía casi sin batería y empecé a hablarles por separado a varios amigos dónde estaba. Yo creo que me vieron tan apurado que uno de ellos dijo vente pa mi casa (Entrevista, EU4).

Yo fumo... Es mi vicio... Estando en el piso [recurso residencial], un día se cabrearon porque se dieron cuenta que yo recogía colillas. Me dijeron - ¿No puedes pedir un paquete de tabaco? – Yo pedir, ¿por qué tengo que pedir? La gente que estáis aquí no estáis de vacaciones, estáis todos por lo mismo [por no tener techo] [...] No sé, no soy capaz. Y yo de vez en cuando me regalaban... ahora gracias a dios he cobrado la semana pasada sesenta euros y me he comprado el tabaco. Pero me cuesta, me cuesta mucho pedir ayuda (Entrevista, EU13).

Este hacer énfasis en lo sufrido casi en exclusividad y no tanto en la petición de apoyo o soporte se convierte en una estrategia patriarcal masculina que busca abrir un espacio de comunicación desde donde pedir ayuda sin pedirla. Es decir, el relato de la indefensión y el victimismo se articula tras la intencionalidad, consciente e inconsciente, de que se brinde un soporte en forma de voluntariedad o altruismo, más que por una petición directa que evidenciaría la posición de vulnerabilidad, la cual atentaría al honor masculino.

Me fui de casa muy joven [...] Vivía con un hombre que me mantenía porque me quería. O sea, realmente... era así. Una persona... de diez. Yo por aquel entonces todavía era un niño. Le había contando todo [los problemas en casa] y me acogió. Yo por aquel entonces no sabía nada de lo que era la calle ni nada (Entrevista, EU11).

Ella sabía lo mal que yo estaba. Yo se lo conté, se lo conté todo y venía y me traía comida para que pudiera comer algo. Muy agradecido, muy agradecido (Entrevista, EU5).

Además, en estos relatos emergen las jerarquías subjetivas que han interiorizado los hombres a través de su socialización y educación patriarcal, llegando incluso a exigir o demandar soluciones poco realistas, así como posicionamientos de incondicionalidad o lealtad que poco tienen que ver con la realidad que se les presenta. En los entresijos de este relato se evidencia un sentido del derecho y una reclama de un privilegio de atención donde se espera que ciertas personas actúen de cierta forma sin decírselo por el mero hecho de ser quien es la persona a quien le suceden las desavenencias, siendo el orden de género patriarcal quien principalmente configurará dichas jerarquías.

De esta forma, el proceder de los hombres que piden ayuda se evidencia tras una tendencia a la defensa del honor masculino con la finalidad de evitar el mostrarse endeble o vulnerable, evidenciándose unas formas de identificarse masculinamente que buscan, por oposición al ser reconocidos como vulnerables, la demostración de su autosuficiencia. Sin embargo, ¿qué significa la autosuficiencia para los hombres que viven situaciones de emasculación⁹³ por pobreza, exclusión, desempleo, etc.?, ¿qué papel está jugando en su vida?, ¿cómo modula la identidad de los hombres usuarios y qué efectos está produciendo?

Entre el fracaso y la autosuficiencia

Para Luis Bonino (2002a) la primera creencia matriz que fomenta la masculinidad hegemónica es la autosuficiencia masculina y no es baladí esta afirmación dado que dibuja una capacidad que conecta con la capacidad, la seguridad, la individualidad y el poder que se espera del modelo de hombre que requiere la sociedad patriarcal. Sin embargo, la autosuficiencia es un concepto tramposo en tanto que es utilizable tanto como marca que hace referencia a una forma de identificar el lugar que debe ocupar el varón como hombre, como cabeza de familia y como dueño de su propia vida, y, a la vez, se

⁹³ Emascular, etimológicamente, significa quitar o cortar los órganos genitales masculinos. Metafóricamente en los estudios de masculinidades este concepto se ha utilizado como sinónimo de castración social de los hombres. Es decir, emascular es cuando se ponen en práctica acciones subversivas que producen efectos sobre la masculinidad de los hombres individuales, feminizando su masculinidad o poniéndola en cuestión. Así pues, el concepto ha sido ampliamente utilizado para referirse a prácticas homonormativas y feminizantes que ponen bajo sospecha la cuestión masculina de ciertos individuos hombres (Armengol, 2018; Gómez, 2019).

convierte en una exigencia moral individualizante que enmascara la natural necesidad de apoyos que todas y todos necesitamos para vivir en sociedad.

En los estudios de masculinidades, las diferentes investigaciones han venido utilizando el concepto como un factor de individualización y autogobierno superlativo, el cual, junto con otras cuestiones como la fuerza, la independencia y la negación de la debilidad, alimenta las formas de sentir el lugar dentro de la estratificación social como hombres (Bonino, 2002a; Sambade, 2010). En este sentido, ser autosuficiente se convierte en un fin en sí mismo para la propia masculinidad, generando efectos de agenciamiento, teatralidad, performatividad y autorreferenciación en las prácticas de los hombres, aunque no sean autosuficientes. Luis Bonino (2002a) cuando advierte sobre esta cuestión masculina identificará cómo los hombres interiorizan esta creencia matriz a través de tres fases: (1) la primera, cuando se es pequeño con la adquisición del sentido de derecho como varón en comparación con las niñas, negando la feminidad en sí mismo; (2) la segunda, se da a través de la demostración adolescente de la fuerza en el grupo de iguales, evidenciando que ya no requiere ser cuidado por las y los demás; y (3) la tercera, una vez ya siendo adulto demostrando el control sobre sí mismo y el control material sobre el entorno a través del mundo del trabajo y el control económico. Esta mirada depositada en el demostrar control sobre sí mismo aparece con cierta presencia en las entrevistas, siendo el relato de la autosuficiencia central para los hombres usuarios, a pesar de estar en una posición de vulnerabilidad social que puede poner en cuestión esta capacidad masculina, evidenciándose la importancia del tener que demostrar y demostrarse continuamente que son autosuficientes de algún modo.

...yo monté mi restaurante y luego me compré el piso. Entonces, yo en este momento realicé el sueño perfecto. Demostrarme a mí mismo que yo solo pude, solo contra todos en un país extranjero (Entrevista, EU13).

Ya cuando sucede todo eso, como hombre, como persona en la que tú tienes que solventarte todo... la misma vida te lleva a que tú aprendas todas estas cosas. Entonces, a la vez, por ti mismo aprendes a desenvolverte, a mirar por ti mismo, a trabajar por seguir adelante. Siempre con un estado mental básico, bueno, teniendo claro lo que yo quiero hacer y siempre con muchas ganas y saliendo adelante (Entrevista, EU2).

Y ahora, pues, por ejemplo, eso de que... de no ver a mis hijos algún tiempo y dices bueno.... Igual yo salgo adelante, yo mismo me auto, ¿cómo te digo? Me auto-motivo. Definitivamente he aprendido de eso y yo creo que es bueno, porque si tú caes en ese tipo de presión y sigues alimentando ese tipo de presión con pensamientos negativos, madre mía, terminas creyéndote como para tirarte de un edificio o un puente. Y eso no puede ser. Entonces he aprendido eso, que uno tiene que auto motivarse y sacar fuerzas de flaqueza, sacar fuerzas de vida y salir adelante. Yo creo que el hecho de tener una creencia en algo más grande que uno, por ejemplo, Dios, a mí me ha ayudado... Igual a otras personas no, pero a mí me ha ayudado... A saber, de que puedo tener la fuerza que yo necesito y la encuentro y la he encontrado hasta ahora. Entonces se lleva fatal por tiempos y estar lejos de la familia ha sido complicado, pero como te digo, yo me motivo (Entrevista, EU17).

Como vemos, los hombres usuarios no dejan de enarbolar la posesión, presente o pasada, o la búsqueda de la autosuficiencia, identificando que serán o que, en algún momento de sus vidas, fueron hombres hechos a sí mismos. Las formas de expresar o demostrar la autosuficiencia masculina emergen de forma múltiple y diversa tras la dureza del trabajo, la cultura del esfuerzo y el aguante de realidades subordinadas vinculadas al contexto laboral y el rol de proveeduría.

En el relato, la mirada adultocéntrica emerge configurando los procesos identitarios como forma de entender la masculinidad conseguida (Duarte, 2016). Ante esta realidad, Oscar Guasch (2003) anotará que las formas de adquirir el carácter autosuficiente para los hombres transita por tres marcos de negación masculina: el no ser bebé, el no ser mujer y el no ser homosexual. El autor profundiza de forma más concisa en la tercera negación identificando la misma como un punto intermedio entre el no cuidar (rechazando la feminidad) y el no querer que me cuiden (rechazo a la infancia), a través de la vinculación con los afectos masculinos, es decir “no quiero a otros varones ni quiero que otros varones me quieran” (Guasch, 2003, p. 123). No obstante, en nuestra investigación, la primera negación adquiere un carácter de importancia en el relato de los hombres apareciendo constantemente la vinculación entre la autosuficiencia y la afirmación con no ser bebé, anudando constantemente el tránsito a la adultez con la capacidad de autosuficiencia masculina, incluso el cuestionamiento de los demás desde este lugar infantilizante y adultocrático, criticando las capacidades de los otros como hombres.

Los momentos en que uno dice: pues mejor no tendría que haber tomado esta decisión... o te puedes arrepentir y luego puedes... Al ver que vas a beneficiar de alguna manera a tus hijos, por lo menos con comprarles cosas que ellos necesitan, eso te da ánimo para salir adelante. Yo soy de las personas que cuando... cuando era más menor, cuando era más niño, antes de los 15 o 16 años, siendo un adolescente tenía ese problema de vida... cómo te puedo decir... de presiones, de sentirme muy, muy poca persona, muy poca cosa, fatal. Pero los golpes de la vida te hacen cambiar, dejas de ser niño... los cambios y las veces que ha tocado enfrentarme a situaciones difíciles yo solo... he aprendido a manejarme yo solo y eso me ha ayudado a madurar (Entrevista, EU17).

Yo soy capaz de rechazar ayudas para ir a trabajar con un contrato laboral de las horas que sean. Al final lo que hice no ha salido bien, pero yo lo he intentado. Porque mi objetivo primero es que cuando yo entré aquí es para ponerme a trabajar. Es hacer lo que siempre he hecho, mantenerme a mí mismo. ¿Sabes lo que no he venido a hacer aquí?... No he venido a vivir de rentas. Eso lo haces cuando eres niño, cuando eres un niño pequeño y tu padre te da la paga. Pero ahí yo demuestro mi filosofía de vida y mi objetivo en la vida. Ya me explicarás cuál es el suyo (Entrevista, EU4).

Así pues, el ser niño implica imaginar al otro como alguien incapaz de conseguir su economía por sus propios medios, necesitado de aprendizaje de vida y cuidados de terceros, es decir, una persona incapaz de hacerse a uno mismo. Este patrón de identificación simbólica vincula la autosuficiencia con la idea de individualidad, rechazo a la ayuda y rechazo a la cooperación, tres cuestiones que se configuran como formas de sentir y actuar masculinas, transformando en mantra o mandato de masculinidad el sentimiento de independencia masculino sobre la toma de decisiones, pudiendo parecer incluso débil si se reclaman apoyos en ciertos contextos.

Esta creencia matriz, como advierte Bonino (2002a), se convierte en un espacio performático de masculinidad desde donde los hombres demuestran que están cumpliendo con la identidad masculina.

Yo lo llevaba todo, el restaurante, la carta, los camareros, los turnos... sin mí aquello no hubiera funcionado para nada... me arriesgué como siempre, tomé las decisiones que tuve que tomar y salió... salió... (Entrevista, EU13).

ENT: ...mi familia no trabajaba conmigo, ¿cómo iban a trabajar conmigo? [silencio]

J: ¿Entonces...?

ENT: Entonces nada... yo era el que llevaba el negocio, hacía los viajes, hablaba con la gente... Era yo el que tenía todo en la cabeza... Eso era lo que hacía (Entrevista, EU1).

De este modo, la demostración de ser un hombre trabajador en el relato emerge con mucha fuerza convirtiéndose en la gran mayoría de los relatos como el tema central de los hombres. La vinculación masculina con la autosuficiencia a través del mundo del trabajo evidencia que el convertirse en el soporte de la familia asienta dicha pauta de masculinidad, y, a la vez, expresar la capacidad de generar economía y bienes materiales también, apareciendo la acumulación de propiedades y la pérdida de las mismas como parte del relato de los hombres usuarios.

Hubo una temporada que lo tenía todo controlado pero claro.... las cosas se ponen mal y tienes que volver a decir coño, ahora a mí lo que me hace falta es alquilar un piso, el gasto de un piso, mis vicios que es el tabaco, algún día comer por ahí, seguir pagando esto, seguir pagando lo otro, y claro, ¿qué hago? Traspaso el restaurante, no me queda otra. Me quité un problema de encima. Porque el restaurante lo tenía en comunidad de bienes y yo tenía que pasarle el cincuenta por cien de los beneficios, mantener yo los pagos que había, personal, la luz y el agua, los impuestos... este es el tema. Tenía piso, casa, todo y tuve que rehacerme de nuevo (Entrevista, EU13).

...bendito sea el que tuvo su trabajo y nunca le ha tocado [estar en situación de inhogarismo...], pero un caso como el mío y el de muchas otras personas fuimos tocados, nos tocó. Entonces, es lo que hay... hay que aprender a afrontar la situación y a llevar lo que hay. O sea, que para atrás vamos y para atrás cuesta... es decir, lo que yo te digo mientras tengas salud uno se mueve, trabaja... Tú por más, tu forma de pensar y tu criterio y tus cosas y pensar en tu, con tu problema, con tu situación... (Entrevista, EU2).

Sin embargo, no podemos entender la autosuficiencia como una marca únicamente vinculada a la subsistencia del núcleo familiar, al rol laboral y de proveeduría de los hombres, sino que va más allá, siendo un patrón mucho más amplio en el plano subjetivo de la masculinidad que incidirá directamente en la autoconcepción como hombre, ratificando la marca de importancia que enarbolan, siendo utilizado para sustentar el sentir la posición social masculina como un estrato superior a las demás personas.

De este modo, cuando todo va mal, la incapacidad para ser autosuficiente hará mella en los hombres, en su seguridad y en sus formas de verse a si mismos como capaces para enfrentar todo lo que se les presente, rompiéndose la marca de autoconvencimiento que la creencia matriz o mandato masculino mantiene sobre los varones. Además, esta forma de autopercepción se configura a través del género y la clase social que encarnen los hombres, incidiendo en su interpretación subjetiva sobre aquello que son capaces de hacer y no hacer, de soportar y no soportar, modulando la referencia que poseen de sus propias capacidades. Es decir, los hombres, atravesados por el género, evaluarán las funciones y roles que deben desempeñar identificando en qué lugares deben ser autosuficientes, y, a la vez, su condición de clase social les situará sobre una realidad plausible, modulando el carácter de autosuficiencia con las expectativas de posibilidad que pueda darse según la situación personal, familiar, económica y laboral que posean. Si pensamos en los hombres usuarios, la realidad, muchas veces precaria y marginal que les acompaña, hace mella en su percepción como hombres autosuficientes y, en consecuencia, en su concepción sobre las cosas que hacen y pueden hacer. Sin embargo, la autosuficiencia es una concepción en abstracto que todo hombre puede adaptar a su realidad más inmediata según su condición de clase y posibilidad, acomodando en el relato su marco de posibilidad para situarse como autosuficientes laboral o económicamente.

Yo nunca he tenido dificultades para encontrar trabajo porque era bueno en lo que hacía. Siempre me he buscado la vida... era jefe de cocina de [un complejo hotelero] y cuando aquello terminó no estaba preocupado porque sabía que en cualquier momento me saldría algo (Entrevista, EU13).

Tengo labia, eso lo aprendí en mi época de comercial. Tengo mucha, mucha mucha labia. Eso hace que me sea fácil encontrar la forma de hacer dinero (Entrevista, EU4).

En este sentido, una narración de seguridad subjetiva emerge del relato evidenciando capacidades, fortalezas y aptitudes para el desarrollo del trabajo y de la vida. Una cuestión que a veces aparece como una barrera a la hora de pedir ayuda, en tanto que, un relato de la falsa seguridad en uno mismo y en lo que hace, de autosuficiencia superlativa, puede producir el no plantearse otras formas de enfrentar las situaciones o la vida, haciendo fracasar en la tarea a desempeñar.

ENT: Cierro la empresa. A ver, yo te digo... en 2011 le doy a los trabajadores el finiquito y yo me quedo allí, pues, unos seis meses... a ver si conseguía... porque yo tenía los listados, la documentación informática, con fotografías de todas las piezas, referencias... porque ya te digo, yo era bueno en lo que hacía y tenía las referencias, la cantidad de piezas, el año de fabricación de todo..., todo ese trabajo lo intento colocar, pero no hubo manera. Porque... tú sabes que me quedé sin el piso y aquello no lo pude soportar...(silencio) [...]

J: Entonces te quedas allí solo sin nadie más.

ENT: Sí... yo pensaba que mi trabajo me sacaría de esta pero no fue así (Entrevista, EU8).

Sin embargo, como nos indican dos de los hombres usuarios entrevistados, el relacionar el éxito de los hombres a través de la autosuficiencia no es una cuestión masculina, o no solamente, sino que también es leída como una cuestión de clase. El hacerse hombre a uno mismo, vivir sin ayudas, enfrentarse solo ante las adversidades de la vida, nos lleva a reflexionar si la autosuficiencia es una cuestión donde las clases sociales no acomodadas viven de la misma forma, en tanto que estas requieren un tipo de soportes no formales y orden difícilmente abandonables. Como hemos visto, el capital cultural, social, económico y material de las redes que nos acompañan permean el riesgo y la seguridad que intrínsecamente poseemos (Douglas, 1996; Luhmann, 2006). En este sentido, el relato neoliberal de ser autosuficiente como triunfador es más fácil de ser cumplido si se experimenta una vida acomodada, rodeada de soportes. En contraposición, para las clases no acomodadas el ser autosuficiente implica no tanto triunfar individualmente, sino cumplir con el rol que les requiere. No es tanto un éxito entendido a través de un ejercicio de libertad para actuar por tener un colchón económico y familiar detrás, sino un ser capaz de desenvolverse para ser el soporte que se espera de ellos. Tras este relato, nos advierten en las entrevistas muchos de los hombres que ellos no eligieron ser autosuficientes, sino que la situación de clase les llevo ahí.

Yo no tengo padrinos, ni padre, ni madre como para no tener que buscarme la vida. Yo siempre he estado luchando... la gente que venimos de familia trabajadora somos así... (Entrevista, EU13).

Los amigos que tienes, te miran y claro... creen que, como yo no llevo la vida que ellos llevan, creen que ellos se han ganado el Mercedes y yo no, ¿sabes? Y dices, pues si yo he trabajado mil horas más que tú... y mi padre no me ha podido regalar ninguna entrada de ningún coche. Si yo he pagado alquiler todos los meses y tienes el mismo dinero que yo.

Lo que pasa es que como a ti te pagan todo y te piensas que te lo mereces... [...] Entonces lo que pasa es que piensan que yo soy tonto, ¿sabes? A lo mejor sí que soy tonto... pero macho... te miran así y dices me cago en la madre que os parió... A mí no me han regalado nada, ¿sabes? Yo lo que tengo me lo he ganado yo (Entrevista, EU16).

Sin embargo, podríamos añadir que la realidad como hombres también les llevó ahí, conectando el relato de la autosuficiencia como una forma patriarcal de situarse en un estrato diferente al de las mujeres, una realidad que continúa siendo justificada por la función social masculina que teóricamente deben desarrollar, en principio en soledad, tras máscaras de fortaleza y dureza para sobrevivir.

A todo esto, hay que sumarle que uno de los pactos juramentados o pactos patriarcales que aprenden los hombres (Amorós, 2000, 2005; Sambade, 2020) es a no ofrecer ayuda a los otros hombres cuando esto puede poner en cuestión su posición de autosuficiencia. El rechazo a la ayuda emerge de forma clara en los hombres siendo una cuestión presente en nuestras entrevistas, pero también el ofrecerse como apoyo o parte de la red de solidaridad en la vida de otros hombres, sobre todo en aquellos hombres que poseen unas redes de solidaridad familiar menos fuertes. De esta forma, el tener que ser autosuficiente restringe la capacidad de poder colaborar o participar, es decir, dejar espacio de relación donde se pueda dar la situación de apoyo. Romper esta cuestión es muy compleja en aquellos hombres que sienten esta capacidad como un sostén identitario propio, y más todavía, cuando no se ha cumplido socialmente el reconocimiento de dicha capacidad por la negación del apoyo que de esta emana. Además, esta creencia matriz alimenta la presión masculina en los hombres de familia tradicional en tanto que, además de acogerse a la imagen del timón principal (David y Brannon, 1976), hará que la masculinidad no deje espacio para que las mujeres que comparten la vida con ellos participen cogiendo las riendas laborales que les requiere la vida, incluso en los casos más extremos, no dejando que sean laboralmente autosuficientes las mujeres dentro del orden familiar (Hearn, 2006).

En este sentido, la configuración de la identidad masculina lleva a integrar creencias como que, ser autosuficiente implica, como nos decía un hombre usuario, “centrarte en lo tuyo y no molestar a los demás” (Entrevista, EU12), y con ello, configura la autopercepción como un sujeto superior desconectado de los demás, estructurándose un doble razonamiento: (1) no querer molestar a los demás porque también tienen sus

problemas y, en consecuencia, se hará visible la fragilidad y la debilidad del necesitar ayuda, ergo, no ser autosuficientes; y (2) si entiendo que soy autosuficiente por encima de los demás, a nivel de adquisición de una identidad superlativa y megalómana, esto trasciende a pensar que si no lo he solucionado yo hombre, nadie lo puede solucionar.

Estoy en un estado que nadie me puede ayudar, que me pueda dar una mano. Pues me alejo porque en un momento dado mis amigos me pueden dar una mano. Dos o tres días. Pero eso qué va a cambiar de mi situación... nada (Entrevista, EU2).

J: ¿Alrededor tuyo no había nadie en ese momento?

ENT: Puede haber todo lo que tú quieras, Jorge. Pero en ese momento estás tan solo, estás tan solo que un amigo o una madre, mi madre ha sufrido muchísimo, mi madre lo ha pasado muy mal, muy mal, mi hermana que es mi confidente... te pueden decir no te preocupes y bla bla, bla bla, bla bla... pero dentro, interiormente, tú no estás receptivo, no entiendes. No entiendes realmente que la gente está sufriendo también a tu lado, a su manera. Pero claro, tú no lo asimilas porque tú estás jodido. Estás muy jodido y piensas si no lo he solucionado yo cómo los van a solucionar los demás... las cosas van así (Entrevista, EU13).

En este sentido, los hombres entrevistados se enfrentarán a esta realidad paradójicamente casi dicotómica, apareciendo, por un lado, patrones de comportamiento que buscarán justificar, como dice Oscar Guach (2006), desde la épica del relato de sus vidas su posición como hombres. Y, a la vez, cuando profundizamos en las entrevistas y se ahonda en los procesos de vida que les ha llevado a ser usuarios de los recursos de protección social, emerge un autoconcepto negativo de su autoeficacia para solucionar las distintas situaciones, siendo a nivel emocional en los hombres una cuestión que hará mella en su capacidad para pedir ayuda o acudir en busca de soporte. En este sentido, la autosuficiencia, para los hombres en proceso de vulnerabilidad social se convierte en un sostén identitario más, sustituyendo o enmascarando el relato del fracaso, un relato de debilidad que cuando nos cuentan su vida aparece casi siempre al final del relato y de forma escueta, teniendo que volver a él en todas las entrevistas, tirando del hilo para poder poner palabras a la situación real que están viviendo y sintiendo.

El sentimiento de tutela institucional

Para finalizar, tropezamos con un hecho complejo para los hombres usuarios, dado que en las entrevistas se les requiere por la relación con el contexto institucional de atención social que están viviendo, una posición que conecta sobre el cómo están experimentando su situación de vulnerabilidad a través de su condición como sujetos institucionalizados. Tal es así, que el hecho circunstancial que les ha llevado a tener que acercarse a un proceso de atención social los expone a una situación que pone en cuestión su propia identidad masculina, dado que, desde una mirada meritocrática, se hubiera podido evitar a través del ideal hegemónico del esfuerzo y la autosuficiencia masculina. En esta investigación de doctorado, los usuarios terminan acercándose o conectando con los recursos institucionales para recibir un soporte de vida que pueda paliar, reducir o solucionar el proceso de vulnerabilidad que están viviendo. Sin embargo, no podemos estar exentos de entender que toda persona que empieza a recibir algún tipo de ayuda o apoyo por parte de las instituciones públicas del Estado adquiere un grado de institucionalización, con mayor o menor medida, y los hombres, identitariamente, no viven ausentes a este hecho.

Cuando hablamos de grado de institucionalización estamos haciendo referencia al nivel de significación e importancia que posee la ayuda para que la persona usuaria pueda desarrollarse plenamente en cualquier faceta esencial de su vida. Es decir, si una persona no necesita tales apoyos para seguir con normalidad su vida, el grado de institucionalización será bajo o ninguno. Por ejemplo, una persona que acude a los Servicios Sociales de Atención Primaria porque necesita información para ver si sus hijas/os pueden optar a ciertas becas ya que esto lo liberaría de una cierta carga económica familiar, como forma de desahogo, el grado de institucionalización será más bajo que aquella persona que requiere una Renta Valenciana de Inclusión⁹⁴ porque posee una situación de vulnerabilidad grave por estar sin empleo ni ingresos de ningún tipo. En este sentido, si una persona no puede vivir exenta de estos apoyos institucionales y depende de forma continua de las ayudas que le puedan dar, esto conlleva que esta persona tenga

⁹⁴ Prestación económica dirigida a aquellas personas que no tienen trabajo ni ingreso alguno, ni soporte familiar suficiente, como para poder mantenerse de forma autónoma. Se trata de una ayuda para personas en situación de exclusión social de la Comunidad Valenciana. <https://inclusio.gva.es/es/web/integracion-inclusion-social-cooperacion/renta-valenciana-de-inclusion-rvi>

una necesidad de sujeción institucional, y con ello, un grado de institucionalización medio-alto o alto, evidenciándose como necesidad prioritaria el requerir apoyos, dándose de forma correlacional una atadura contractual con la administración pertinente.

Sin las ayudas que nos ha dado la asistenta [trabajadora social] lo hubiéramos tenido muy mal. No estaríamos ahora lo bien que estamos. En el covid, por ejemplo, como te contaba, nos llamaba cada tanto por si nos faltaba alguna cosa porque sabía que ninguno de los dos estaba trabajando. No entraba dinero a casa. Nos gestionó el recoger la bolsa de alimentos que daba el ayuntamiento... Y íbamos no porque no quisiéramos trabajar sino porque no había otra (Entrevista, EU17).

Teniendo en cuenta esto, cuando un hombre nos verbaliza que no quiere vivir de ayudas, lo que nos está advirtiéndolo es que no quiere estar en una relación de dependencia y contractualidad con la administración a expensas de esta sujeción y estas ayudas. Como nos decía uno de los hombres usuarios entrevistados:

Yo no quiero vivir de los Servicios Sociales. No quiero vivir de las ayudas del gobierno. Yo no estoy aquí para esto. Mi objetivo es otro (Entrevista, EU4).

Si bien es cierto que el soporte institucional puede ser un salvavidas, una malla de seguridad para ciertas personas y familias que, en ciertos momentos de su vida, requieren ser salvadas y apoyadas para que puedan seguir teniendo una vida dignamente vivible, debemos tener presente que la institucionalización también se convierte en un dispositivo disciplinario de control social que no es ajeno en las relaciones que se construyen entre usuarios y profesionales (Dubois, 2018). De esta forma, la ayuda social, la lucha institucional contra la pobreza y la vulnerabilidad desde el Estado del Bienestar, posee una cara de apoyo, soporte y transformación social, y otra, más coercitiva y de control de la pobreza que busca mantener la paz social (Ávila et al., 2019; Ávila y García, 2015; Wacquant, 2010).

De este modo, la sujeción institucional de los sujetos posee una dimensión contractual de poder como herramienta que configura y habilita la realidad social en muchos sentidos. Las críticas más encarnizadas a la ayuda social hablan de que la sujeción institucional puede generar una codependencia ante los soportes que se puedan ofrecer desde los recursos de protección social, es decir, el reparto de ayudas, sin un objetivo de autonomía real del sujeto, genera que dicho individuo, familia o grupo social, ante la falta

de recursos alternativos, siga requiriendo de forma continuada tales soportes, produciéndose una dependencia de las y los usuarios con el recurso institucional que los ofrece⁹⁵. Sin embargo, el trabajo social, la educación social, la psicología, la historia, la antropología o la sociología, así como las ciencias sociales y humanas en general, no dejan de poner en evidencia que las diferencias de clase y género que emanan de nuestra sociedad hacen que sea necesario organizar e impulsar la solidaridad social y el apoyo mutuo, y, como advierte Luis Moreno (2000, p. 23), se hacen necesarios “mecanismos obligatorios de solidaridad entre los ciudadanos” para paliar las bases de desigualdad estructural que no permiten una igualdad de oportunidades real, siendo la meritocracia un ejercicio falaz más cercano a un acto de fe que a una estrategia de empoderamiento social.

A nivel individual, si aterrizamos esta realidad de intervención institucional no podemos obviar que gracias a los mismos se consiguen efectos positivos, haciendo de colchón frente a adversidades, transformando la vida de las personas, consiguiendo procesos de emancipación y un largo etcétera. Pero también se producen en algunos casos efectos imprevistos, alimentando la sujeción de las personas a los recursos que brindan apoyo a través de los procesos de atención social institucional. De esta forma, la atención social institucional y sus efectos, en la reflexión científica y política, siempre ha tenido una relación conflictiva y antagónica, dado que, en más de una ocasión, la búsqueda de la transformación social ha conllevado el mantenimiento del *statu quo* y con ello el mantenimiento de las desigualdades (Donzelot, 1979; Dubois, 2018; Mora, 2003b).

Volviendo al tema que nos acontece, el cómo viven los hombres usuarios entrevistados este proceso de institucionalización conectará con estos relatos envueltos de matices de fracaso personal, subordinación institucional y cambio, haciendo mella en las formas identitarias de vivir, sentir y percibir tanto la vulnerabilidad como la atención social, en tanto que la situación de clase como sujeto asistido conectará con el género de los hombres, haciendo visible cómo las formas de vivir la masculinidad se articulan contradictoriamente con el hecho de requerir ayuda.

⁹⁵ Esta dialéctica ha sido utilizada políticamente para justificar recortes en ayudas sociales a la pobreza poniendo en cuestión la efectividad de los procesos de atención social (Fernández de Sanmamed, 2013; Pi-Giménez, 2012). A la vez, contrariamente, desde el análisis social aparece como conclusión a los efectos que producen ciertas las prácticas asistencialistas y caritativistas de la atención social y las ayudas meramente economicistas sin acompañamiento ni alternativa personal (Raya & Caparrós, 2014; Rooney, 1980).

De este modo, el tener que ser el timón principal, no demostrar debilidad, vulnerabilidad ni fracaso y la necesidad de demostración o auto-demostración constante de autosuficiencia vuelve a aparecer haciendo que los hombres se puedan alejar de ciertas prácticas de ayuda o apoyo, ya sea a nivel social o a nivel institucional. Como hemos visto, los hombres usuarios agotan sus posibilidades y se resisten a pedir ayuda no aceptando el ponerse en manos de otras personas, y más todavía, si estas no forman parte de su núcleo familiar o red familiar. Con la ayuda institucional suceden dos cosas muchas veces interconectadas entre sí: por una parte, algunos hombres entrevistados rechazarán de forma explícita la ayuda institucional, entendiendo dicha ayuda como un estigma social y un síntoma de derrota ante su identidad masculina, rehusando acercarse a los recursos de atención social hasta que no están al límite.

Yo he intentado siempre agotar todos mis medios antes de mover otras fichas..., ¿sabes por qué? Porque soy muy orgulloso... muy orgulloso... sé que te lo he repetido varias veces, pero es verdad. Ni cuando salí de prisión que no tenía dónde ir fui a Servicios Sociales (Entrevista, EU4).

Por otra parte, otros hombres entrevistados, sin rechazar tales soportes, verbalizarán no tener en mente en los momentos más críticos la existencia de una red de soporte institucional que pueda ayudarles, haciéndose visible que cuando llegan a los recursos de atención social es cuando ya han dado muchos tumbos, emergiendo una invisibilización de la posibilidad de ayuda institucional incluso a nivel consciente en los hombres.

[hablando del porqué no había acudido antes a los Servicios Sociales] No, no, no... nunca. Nunca..., es que no lo sé. No se me pasó por la cabeza ni lo pensé en ningún momento. Es más, voy más allá. Yo no pensé en esto hasta que el policía me lo dijo cuando fui a preguntar. Cuando el policía me dijo hoy no, pero mañana te puedo dar una solución de este tipo. Ahí fue cuando dije coño claro, la solución es esta. Fíjate hasta qué punto llega... Hasta que el policía local de aquella comisaría me dijo, hoy no, pero mañana te puedo dar esta información... [...] Pero bueno, hasta que este señor me dijo hoy no, pero mañana puedo tener esta solución. Yo salí diciendo eres gilipollas... Es que esa era la solución, ¿cómo no se me ocurrió a mí esto? Yo creo que es porque el estigma es tal que cierras esa puerta. Eso me pasó la primera vez que acudes al servicio. Una vez que ya has recurrido, ya sabes que está ahí y automáticamente no es... O sea, a mí esto no me volverá a pasar. Yo si me recupero y llega un momento que puedo volver a caer, antes de que caiga sé dónde está la solución. Porque ya he pasado esa barrera, pero el pasar la barrera cuesta, eh. Cuesta

desde el punto de vista de la educación que nos han dado, los prejuicios que nos han marcado. Aunque al final todo esto es así (Entrevista, EU7).

Como advierten tanto Luckman y Berger (1968) como Bourdieu (2008) toda práctica humana reiterada de forma ritual, habitual o cotidiana generará pautas estructurantes de estabilidad en la vida de las personas, llevando las mismas a reproducir acciones que se dan sin reflexión, incluso, sin consciencia de forma directa. En este sentido, la inercia que acompaña a la construcción social masculina lleva, por una parte, a normalizar, a sentir como normal o natural, el no buscar o incluso rechazar la ayuda que saben que existe, así como, hace imperceptible el global de posibilidades que envuelven al hombre cuando este requiere de ciertos apoyos. De esta forma, problematizar el grado de institucionalización de los sujetos entrevistados nos lleva a reflexionar sobre las desigualdades asimétricas que se generan o se mantienen desde la reiteración de las prácticas que se dan desde la estructura institucional y las orientaciones que se facilitan, apareciendo barreras entre los recursos de atención social institucional y los hombres.

Paralelamente a esto, los posicionamientos que se enmarcan tras la idea contractual de reciprocidad configuran una forma estigmática de ver y entender al otro/a necesitado. De hecho, la creencia de la existencia de un sistema de ayuda social donde existen beneficiarios sin contrapartida por parte de los mismos, ya sea a través del cumplimiento de pautas, indicaciones, cursos, tareas, etc., se entiende como un fracaso del pago o la ayuda, y, por tanto, pedir ayudas sociales evocará un estigma (Baumberg, 2016). De esta forma, el no aprovechar la ayuda de la forma que la institución y la sociedad espera producirá una forma negativa, incluso peyorativa, de ver al necesitado. La desvalorización del individuo por la falta de devolución recíproca entre el sujeto y la institución a través de las orientaciones profesionales constituye una perniciosa ilustración de la idea de contractualidad que se configura a través de las ayudas.

Sé que hay gente, incluso compañeros, que critican el pedir ayudas. Soy consciente de ello. Pero hay personas que no pueden hacer otra cosa. A mi no me resulta tan fácil trabajar como dicen. Los trabajos que encuentro no me dan... no me dan... entonces pido ayudas, y gracias a ello en breve podré dejar el albergue, el piso... e irme a una casa al pueblo. Me van a criticar por ello, pero me da igual (Entrevista, EU11).

Este discurso de la contractualidad esconde como aquellas personas que se encuentren en una posición social más baja o precaria tendrán mayores dificultades a ojos de las demás

para devolver lo adquirido a través de las transferencias sociales requeridas o esperadas. En este sentido, advertimos como adquiere una posición central hacia los hombres usuarios la reclama por conectar con el mundo del trabajo, volviéndose central esta cuestión tanto para los hombres como para la institución, dado que tener trabajo, aunque sea precario, será considerado como un factor de empoderamiento y autonomía personal (Ávila et al., 2019; Sales, 2014; Wacquant, 2010), y, a la vez, tras un sistema contributivo, el tener un trabajo configura la ayuda social como un derecho y quien no trabaja se aleja como merecedor de las ayudas.

Yo llevo toda mi vida trabajando como un cabrón. Aportando lo que me correspondía con mi trabajo. Pagando a hacienda religiosamente... Ahora no puedo, pero para eso está esto, ¿no? (Entrevista, EU4).

De este modo, si hablamos de hombres, la tutela institucional tropieza con el papel que posee la configuración de la identidad masculina socialmente. El honor como elemento de la configuración de la masculinidad a nivel relacional (Bourdieu, 2000) se anuda con la función social de proveeduría que debe cumplir el sujeto varón (Gilmore, 1994) y los mandatos a través de los cuales los hombres deben ser el timón principal, ser autosuficientes, no demostrar debilidad y no deber nada a nadie (Bonino, 2002a; David y Brannon, 1976), apareciendo, tras de sí, una fuerte *performance* de masculinidad que configurará y, a la vez, buscará escenificar quién es el buen pobre y el buen hombre merecedor de recibir ayudas.

...yo soy una persona... yo no tengo vicios, yo ni siquiera fumo... yo no voy alcoholizado, borracho, ni nada. Es así. No llego en estas condiciones. No tengo problemas mentales, no estoy medicado, no tengo nada. Simplemente, la situación de vida económica me llama a todo esto. Entonces pienso... me tendrán que ayudar de algún modo (Entrevista, EU2).

Tú a lo mejor me ves y me ves bien. Tú me ves y me ves bien físicamente y me ves una persona con la cabeza amueblada, me ves físicamente bien y dices... este no es el perfil de gente que tenemos aquí (Entrevista, EU4).

Aquí hay quien quiere trabajar y quien quiere que le den para gastárselo... qué se yo... en alcohol o lo que sea... en fumar tabaco (Entrevista, EU9).

Las carencias, la capacidad de trabajo, la obtención de ayudas y el ser merecedores de las mismas emergen como tras un relato disciplinario que pivota entre dos polos: el hombre trabajador y el hombre institucionalizado; dibujándose desde el relato de la autosuficiencia masculina las distintas formas en las que entendemos a los hombres que reciben ayudas sociales. El hombre trabajador aparece como aquel que pide ayudas, pero su finalidad en la vida es conseguir un trabajo que lo desvincule del proceso de institucionalización que está padeciendo.

Ahora mismo estoy en una situación que no tengo recursos, que no tengo casa, no tengo dinero, no tengo una paga, no tengo un ingreso mensual... Estoy en la misma situación que ellos. Por decirlo de alguna manera, soy uno más, soy un número más y estoy en esta situación. Y bueno, yo agradezco la ayuda que me están dando, pero que mi objetivo primordial es ponerme a trabajar, tener una nómina y cuando tenga una nómina que me haya hecho un colchoncito pequeño de dinero... que decir... de tres mil o cuatro mil euros... tres o cuatro meses que esté trabajando... con la nómina ya está, no necesito más (Entrevista, EU4).

Pero llegó un momento en que es de tal manera mi situación económica... en que tú tampoco puedes quedarte en la calle. Entonces tú decides meter tus pocas cosas que tienen un traje (una mochila), y hombre, estoy en un estado que - ¿quién me puede ayudar? ¿quién me pueda dar una mano? - pues ese es el Estado. Porque en un momento dado mis amigos me pueden dar una mano, dos o tres días, pero eso qué va a cambiar mi situación... Yo acudo a estos Servicios Sociales, pero yo digo a la persona que me da la oportunidad de estar en estos sitios que necesito un tiempo porque yo estoy trabajando, porque yo nunca voy a volver a meterme en la rueda social. Es más, pero yo no tengo ningún problema mental, ni ninguna cuestión de alcoholismo ni nada de nada. Es bien sencilla mi situación... (Entrevista, EU2).

Por otra parte, el hombre institucionalizado es aquel hombre que busca la adquisición de las ayudas para sobrevivir y conseguir tener una vida dignamente vivible a través de ellas, no poniendo en el centro el mundo del trabajo y naturalizando las ayudas como un anexo más a su forma de subsistir, convirtiéndose los conocimientos burocráticos de la administración, el conocer los tipos de ayudas existentes, los recursos a los que puede ir, etcétera, en una faceta importante en sus vidas, dado que soluciona en muchos casos sus necesidades inmediatas (Dubois, 2018).

ENT: Ahora estoy aquí pero antes tenía una ayuda que me la quitaron, finalizó...

J: ¿Y no has pensado en trabajar?

ENT: Hay veces que tengo otras que no [ayuda económica]... He intentado de todo, pero yo no voy a ponerme a trabajar para que otro se haga rico a mi costa y yo no pueda pagarme un alquiler. Eso no. Para eso prefiero que me den una ayuda e ir tirando... Yo busco trabajo... yo sigo tirando currículums... ayer mismo... pero no quiero cualquier cosa... no quiero que me exploten, quiero algo que me dé estabilidad (Entrevista, EU11).

Obviamente, la primera forma rechaza la tutela institucional, sin embargo, el tener de forma identitaria más presente la función social de proveeduría y autosuficiencia masculina produce una sujeción del hombre al mundo del trabajo, y si hablamos de hombres usuarios encontramos un fuerte acceso a trabajos de baja retribución y coberturas, convirtiéndose en una sujeción a trabajos precarios a los que se subordinan para sobrevivir ante su situación de vulnerabilidad. La segunda forma de entender la tutela institucional, el no poner en el centro el mundo del trabajo y buscarse la vida a través de ayudas sociales, produce una sujeción de los hombres usuarios y sus familias a las ayudas institucionales, al sistema de ayudas de Estado, una cuestión que no permite suficiente carga económica como para producirse un desplazamiento social ascendente en las personas receptoras de ayudas como para vivir dignamente.

Lo que te dan con las ayudas sirve para poder comer, no te digo para tener un techo porque eso cada vez está más difícil... no da ni para pagar el alquiler. Eso creo que no existe... es para poder quitarte algún gasto de encima en algún momento, pero no para siempre (Entrevista, EU19).

De este modo, las carencias económicas, materiales, habitacionales, las carencias por no poseer una red de solidaridad familiar y afectiva fuerte producen sujeción y/o subordinación a alguna de las dos estructuras: al mundo trabajo precario o a las ayudas sociales; siendo el surfear a través de procesos de tutela institucional, aceptando el estigma o rechazándolo a pesar de estar en el mismo, una forma de sobrevivir a la imposibilidad de cambio.

Esta cuestión, estas dos formas de entender cómo se concibe la tutela institucional, nos lleva a poder hacer visible cómo se produce una jerarquización entre los hombres, y más concretamente, entre los hombres usuarios, etiquetándose los unos a los otros como merecedores y no merecedores de las ayudas sociales. De esta forma, si utilizan el recurso

en el que se encuentran o las ayudas que les brindan para buscar la forma de cumplir con su rol masculino, ya sea encontrar trabajo, cubrir necesidades básicas económicas puntuales o prestar algún tipo de soporte familiar, estos serán reconocidos como hombres merecedores de las ayudas, en tanto que están en la búsqueda de su autosuficiencia propia. Fuera de esta valoración meritoria quedarán todos aquellos hombres que no cumplen con esta vinculación masculina de autosuficiencia, sobre todo económica. Es decir, aquellos hombres que reciban algún tipo de ayuda institucional, ya sea económica, material, etc., y no tengan ninguna dificultad física o de salud evidente para trabajar y hacerse a ellos mismos como hombres productivos, vivirán una mirada constante de cuestionamiento por no estar cumpliendo con su rol masculino. Sin embargo, existen excepciones, la enfermedad, la discapacidad o la vejez se convierten en fronteras en las cuales se entiende que los hombres pueden recibir ayuda institucional, tanto económica, habitacional como cualquier otra, dado que su identidad queda conectada con otras categorías sociales que institucionalmente sí que requieren de protección (Blanco, 2012; Blanco et al., 2019), siendo la ayuda institucinoal socialmente aceptada cuando los hombres no pueden ser autosuficientes para conseguir su propio dinero, lo que hace que estos hombres estén menos expuestos a juicios de valor cuando reciben este tipo de ayudas (Bollain y Raventós, 2018; Cook y Barrett, 1992).

A mí no me parece normal. Y tampoco me parece que sea un objetivo sano que... desde Servicios Sociales, por ejemplo, haya que inculcar. Porque tú no le puedes decir a una persona... yo que sé... una persona como [nombre] que está jodido, que se tiene que operar, que no puede trabajar porque no aguanta de pie dos horas. Yo eso lo puedo entender. O una persona que lo vayan a operar de corazón o que esté lisiada... pero una persona que está bien (Entrevista, EU4)

En consecuencia, aquellas personas que son consideradas como aptas para poder trabajar y no trabajan, es decir que pueden aportar a nivel contributivo, serán valoradas como no merecedoras de las ayudas en tanto que, desde la mirada individual y social ante esta realidad, podrían estar aportando ciertas transferencias sociales que no están realizando (Chase y Walker, 2013; Robert Walker y Bantebya-Kyomuhendo, 2014). El cómo socialmente se configura la idea de merecedores y no merecedores como hombres receptores de ayudas sociales se introduce a nivel psicosocial en la subjetividad de las personas que necesitan pedir ayudas, siendo esto un obstáculo para la participación de los hombres usuarios en los distintos recursos de protección social. Si desde la clase social

se configura la idea del buen pobre (Sales, 2014), desde la categoría género se concretiza qué significa ser buen pobre en tanto que las valoraciones quedan anudadas a las funciones sociales que, en nuestro caso, los varones deben cumplir. En este sentido, la configuración de la etiqueta de autosuficiencia productiva, correlativamente, alimenta la identificación sobre qué significa ser un hombre fracasado, siendo el ponerse en manos de la institución o de recursos de protección social una práctica que entra en conflicto con el rol masculino.

SÍNTESIS. Perspectivas desde la vulnerabilidad: entre la clase y el género

¿Hasta qué punto la configuración del género y la identidad masculina son un factor que incide en los hombres usuarios que son atendidos desde los recursos de protección social? ¿Hasta qué punto la masculinidad y la clase social son relevantes para la configuración de la propia identidad en situaciones de vulnerabilidad social? ¿Hasta qué punto el acercarse los hombres a vivir procesos de vulnerabilidad modifica la configuración de su propia identidad de género? Para finalizar este capítulo de resultados vamos a adentrarnos en el repensar cómo los hombres sienten, actúan y se relacionan con su realidad interseccional como hombres usuarios en proceso de vulnerabilidad social. El repensar el cómo transitan los hombres por los recursos de protección social nos lleva a profundizar en el modelo de masculinidad que encarnan (Connell, 2015) y en los procesos de identidad y subjetividad que les acompañan (Martínez-Benlloch, 1996; Meler, 2002; Enrico Mora, 2003a).

Como advierten los estudios de masculinidades más actuales, la adquisición de la identidad masculina no es un hecho estático ni unitario, sino que, para cualquier hombre, su forma de adquirir, reconocer, sentir y vivir su identidad de género se convierte en un proceso que varía y transita en el tiempo, viéndose modificado por aquellas formas de ser hombre que posean un potencial significativo para sus prácticas, sus formas de construirse corporalmente y sus formas de relacionarse (Connell y Messerschmidt, 2005; Enguix, 2020; Hearn, 2018; Messerschmidt, 2018). De este modo, aunque existan varones que posean un carácter más marcado, estático y cercano a un modelo de masculinidad concreto, más tradicional o más disidente, lo habitual es que cualquier varón vaya transitando de un modelo a otro dependiendo del momento, adaptándose al espacio, el entorno, las relaciones y las prácticas que se van desarrollando en cada situación.

Así pues, como parte de esta reflexión teórico-práctica de cierre de capítulo, defenderé la tesis por la cual el género y la clase social se convierten o poseen una función de catalizadores de la configuración humana e identitaria, empujando, en nuestro caso, a los sujetos en proceso de vulnerabilidad social hacia patrones normativos vinculados hacia una masculinidad hegemónica patriarcal. Es decir, sostengo que la clase y el género poseen una capacidad intersubjetiva que modifica y orienta las formas de pensar, sentir y actuar, siendo los hombres en proceso de vulnerabilidad social impulsados por las tendencias hegemónicas las cuales se articulan, se sostienen y se impulsan entre estas dos categorías.

Para ello, identificar la clase y el género como catalizadores implica pensar metafóricamente la hegemonía como una estructura en movimiento la cual nos arrastra constantemente hacia unas formas de ser socialmente. Un catalizador es algo que genera una reacción, pequeña o grande, perceptible o imperceptible, incrementando la velocidad de lo que se quiere conseguir, estimulando el proceso que ya se está dando. De esta forma, la hegemonía se convierte en una corriente que todas reproducimos y alimentamos en mayor o menor medida, la cual nos empuja hacia los patrones y las formas de ser que sostienen los sistemas imperantes: neoliberal, patriarcal, colonial... Tras este precepto podemos pensar que, si existe una corriente, también existirán puntos de fuerza y unos puntos de resistencia que la modulan, la modifican o la estimulan. Deleuze (1999), ante esta cuestión dirá que entre las personas, en toda relación social, se establecen líneas de fuerza, más fuertes o más débiles, tras un fin organizador. Por lo tanto, si existe una corriente que nos empuja y un juego de fuerzas sobre el que vivimos insertos, existirán catalizadores que van a ofrecer impulso a la corriente, a la inercia, es decir, habrá factores que van a fomentar el movimiento en una dirección y no en otra. De esta forma, debemos entender que los patrones de socialización de género y clase y, con ello, las prácticas de vida que les acompañan alimentan el impulso que prende constantemente la mecha hacia lo hegemónico, siendo lo hegemónico la corriente mayoritaria hacia donde nos empuja la sociedad.

La primera cuestión que nos encontramos es cómo la identidad de los hombres usuarios y el entorno relacional de la atención social los identifica en un lugar similar en cuanto al orden social imperante. Así pues, como hemos podido ver en el análisis, la normalidad o normatividad es que los hombres usuarios, por ser hombres, se espera que cumplan una función de proveeduría, de *breadwinner* o de *homo economicus*. Esta es una

cuestión que ha sido ampliamente investigada en los estudios de género y los estudios de masculinidades, señalando constantemente la tendencia por la cual los hombres son identificados en el espacio productivo o laboral (Salguero, 2015; Téllez, 2019; Tena y Jiménez-Anaya, 2006; Viveros, 2002), y, a pesar de que existen avances en corresponsabilidad y cuidados masculinos (Abril, 2016; Aguayo et al., 2021; Comas d'Argemir, 2016), el varón sigue sin ser una figura que se reconoce y reclama su papel en lo reproductivo, en tanto que sigue sin ser normativo que un hombre se dedique únicamente al cuidado, a la crianza y al trabajo doméstico, incluso cuando ellas sostienen económicamente y ellos fracasan en su rol productivo.

Ante esto, es lógico que se siga esperando de los hombres que cumplan con los patrones de masculinidad que mantienen dicho rol. De este modo, la autosuficiencia, la seguridad, el papel autoritario o la imagen de fortaleza conforman un modelo de masculinidad que se reclamará y que, a la vez, será performativizado, en mayor o menor medida, por los hombres usuarios entrevistados. Esta *performance* de género (Butler, 2016), teatralización (Goffman, 2009) o máscara de masculinidad (Gil Calvo, 2006) incidirá en unas formas de sentir, pensarse, identificarse y actuar en los hombres, desarrollando prácticas que responden a lógicas sexo-genéricas ante la contradictoria situación de vulnerabilidad que evidencia la posición de clase que encarnan.

En el análisis de este capítulo han emergido cuestiones como la no petición de ayuda, la negación y/o minimización de la vulnerabilidad en los hombres usuarios, la búsqueda de apoyos o soportes cuando los problemas están al límite o ya han explotado, la responsabilización de los cuidados cuando ya no hay nadie más, la posición satelital de los hombres en las redes de solidaridad familiar, la utilización de la autoridad y la violencia simbólica como papel de apoyo o las carencias de los hombres para conformar relaciones de amistad significativas que hagan de red personal, cuestiones que nos ayudan a identificar las dificultades que tienen los hombres para aceptar y/o reconocer ciertas situaciones personales que pueden derivar a ser identificadas como situaciones de fracaso personal como hombres. De esta forma, la identidad masculina emerge como un patrón que configura un amplio abanico de factores que obstruyen, obstaculizan y limitan el que los hombres puedan participar en los procesos de atención social, en las relaciones de apoyo mutuo, incluso en el reconocimiento de su papel en las problemáticas por las cuales a nivel familiar y/o personal terminan acudiendo a los Servicios Sociales.

La construcción social de la masculinidad, dentro del sistema patriarcal, produce que los hombres requieran de una fuerte identificación con un ideal de autosuficiencia que les identifique como hombres (Bonino, 2002a). La autosuficiencia, a nivel de producción simbólica, se configura desde dos estructuras distintas: (1) una mirada más neoliberal, donde se identifica con tener la capacidad para ser un hombre independiente y libre; y (2) una mirada más patriarcal, donde significa ser capaz de valerse por uno mismo para cumplir con el propio rol como hombre. Esta doble mirada establece un abanico suficientemente amplio donde los hombres discursivamente se pueden situar frente a las diferentes vivencias que les vayan sucediendo, dándo más peso en un sentido, en otro o en ambos a la vez según la situación del sujeto. De este modo, aunque un hombre no tenga libertad económica por poseer una realidad de clase baja, su relato dará más peso a su función social como hombre proveedor o protector, exponiendo su capacidad productiva o sus habilidades como trabajador como representación de su marca de autosuficiencia. Sin embargo, la construcción de la marca de autosuficiencia se acentúa y se configura anudado otros patrones de masculinidad y clase que darán sustento a este proceso subjetivo en los hombres. Así, que un hombre se sienta o se muestre autosuficiente requiere de virilidad y fortaleza, emergiendo en el relato posiciones dialécticas que buscarán demostrar que no existen atisbos de debilidad en la identidad masculina de los hombres entrevistados. Minimizar lo que sucede, justificarlo o tomar distancia de prácticas de vida que pueden poner esto en entredicho se convierten en una constante en el análisis de la información.

Ante esto, la clase social, desde una mirada neoliberal, configurará un imaginario de hombre productivo que hará de referencia, ciertamente abstracta, desde donde los hombres jerarquizarán su posición como hombres en referencia a otros hombres. Tener un mejor trabajo, ganar más dinero, mantener a tu familia por ti mismo, se confrontan con los hombres que viven en las fronteras de la vulnerabilidad donde la precariedad laboral, los tiempos de cuidados, las carencias económicas, las dificultades para encontrar trabajo o las desavenencias familiares y/o personales distancian a los hombres de este ideal de masculinidad, emergiendo el estigma que confronta lo que se entenderá por ser un buen hombre o un mal hombre en referencia a su función social de masculinidad. A esto hay que sumarle que el estigma como sujeto asistido alimenta este imaginario tras el cual los hombres sienten la amenaza de ser cuestionados por no ser autosuficientes en sus vidas, por no haber cumplido su papel como hombres. La tutela institucional, el estigma de la

pobreza o el rechazo a ser ayudados aparecen como factores de masculinidad que, tras la mirada de clase, los identificará como hombres de segunda, o menos hombres que aquellos que sí que poseen un buen trabajo, una casa grande y un coche nuevo.

En este sentido, no podemos obviar que el género nos predispone a un orden social, a encarnar unas funciones y unos roles, a desarrollar unas prácticas por poseer un cuerpo concreto como es el cuerpo varón. Sin embargo, la clase social va a posibilitar y cimentar el recononcimiento jerárquico dentro del orden. En este sentido, hablar de un orden dentro de un orden, a pesar de parecer reduntante, configurará los matices de grises, las jerarquías, buscará estructurar lo estructurado, fomentando una graduación entre personas dentro de una misma categoría, dentro de un mismo orden.

CAPÍTULO 5. DEJARSE CAER. LOS HOMBRES EN LOS RECURSOS DE EXCLUSION SOCIAL SEVERA

*You can't find peace if you can't find a home
You can't survive as an island alone
(Foo Fighters, The Feast and The Famine)*

Como hemos visto, el orden social patriarcal, la identidad masculina y la situación de vulnerabilidad producen en los hombres usuarios grandes resistencias a la hora de pedir ayuda, y con ello, resistencias para acudir, habitar o transitar los Servicios Sociales como usuarios receptores de atención social. En este capítulo vamos a dar un salto situándonos en las antípodas de la inclusión social. Si en el capítulo anterior nos situábamos en los hombres en proceso de vulnerabilidad social, por ser el lugar fronterizo entre la integración y la exclusión (Castel, 1995), en este capítulo vamos a depositar la mirada en los hombres usuarios que ya han saltado la frontera de la vulnerabilidad cayendo al otro lado, siendo su característica principal a tener en cuenta como objeto de estudio su condición como hombres usuarios en situación de exclusión social.

Para ello, hemos depositado la mirada en los hombres los cuales, en el momento de la entrevista, se encontraban siendo usuarios de recursos de atención a personas sin hogar. De este modo, el sinhogarismo emerge en esta investigación entendiendo el mismo como la forma más radical de la exclusión (Matamala, 2022; Rubio-Arribas, 2007), en tanto que el proceso de fracaso social y personal les ha llevado a una ruptura de lazos, y con ello, han transitando de una posición vulnerable a una situación de desligadura, desafiliación o exclusión social severa.

Así pues, siguiendo con el análisis de la subjetividad masculina de los hombres usuarios, sus prácticas y su propia identidad, en este capítulo analizaremos el papel que poseen las categorías de género y clase social en el tránsito que ha llevado a estos hombres a convertirse en usuarios de recursos de atención a personas sin hogar⁹⁶. Desde este mirar situado en la antítesis de la inclusión social conectaremos con la pregunta de investigación profundizando en sus experiencias como hombres usuarios de las redes de protección, apuntando a su identidad de género y clase, así como en sus formas de pensar, sentir y

⁹⁶ Los hombres entrevistados son o han sido usuarios de varios recursos que atienden a personas sin hogar ubicados en la ciudad de Valencia, siendo mayoritariamente usuarios del recurso San Juan de Dios, en el momento de realización de las entrevistas.

actuar. En este sentido, los hombres, no solamente nos hablarán de su realidad dentro de este recurso, sino que en su relato biográfico se advertirán las problemáticas, las necesidades y las dificultades que les han llevado a esta situación.

Por otra parte, acercarnos a este perfil nos ha permitido conocer su tránsito por los diversos recursos de atención social por los que han pasado, siendo más frecuente su presencia en el tránsito por ciertos recursos de Atención Secundaria, como pueden ser los recursos de atención al sinhogarismo, adicciones, etcétera, que el que hemos identificado en los hombres entrevistados como usuarios de los Servicios Sociales de Atención Primaria. Además, a través de estas entrevistas también hemos obtenido un perfil de hombres que nunca han acudido a los Servicios Sociales, donde se les hubiese podido prestar soporte institucional de forma preventiva, apareciendo en las redes de protección institucional directamente en los recursos de atención a personas sin hogar. En consecuencia, sus realidades multiproblemáticas, su situación de desafiliación y sus vivencias como hombres fracasados nos facilitarán un nuevo punto de luz sobre cómo el género y su situación de clase, como hombres en exclusión social severa, inciden en su vida y, con ello, en su propia identidad como hombres.

La razón de este cambio de foco viene dada también por dar respuesta a la ausencia de los hombres como usuarios de los Servicios Sociales de Atención Primaria, la cual aparece de forma reiterada en el análisis de la información, preguntándonos dónde están los hombres dentro de la red de recursos de protección social, apareciendo paradójica y supranumerariamente en los recursos de atención a personas sin hogar. Es curioso cómo el perfil de las personas en situación de sinhogarismo ha ido cambiando con el tiempo (Matamala, 2020; Ugalde, 2017) y, sin embargo, en el *sinhogarismo restrictivo*⁹⁷, en la exclusión social más severa, el género mayoritario sigue siendo siempre el mismo. Es decir, los hombres en situación de calle permanecen mientras las nuevas realidades de exclusión social emergen cada vez de forma más visible. Encontrando en los hombres planteamientos estructurales donde siguen primando las dificultades de acceso a la

⁹⁷ El *sinhogarismo restrictivo* hace referencia, ante la diversidad de tipologías de sinhogarismo en la clasificación ETHOS (Edgar, 2012), a aquellas realidades que poseen las situaciones más radicales o extremas ante la falta de vivienda (Cabrera & Rubio-Martín, 2008; Matamala, 2022), ya sea sin hogar o sin techo.

La clasificación ETHOS divide un imaginario homogéneo, como es el de personas en situación de sinhogarismo, en distintos niveles diferenciando: (1) sin techo o *roofless*, (2) sin vivienda o *houseless*, (3) vivienda insegura o *insecure housing* y (4) vivienda inadecuada. Advirtiéndose que no solamente se puede considerar a una persona en sinhogarismo cuando se está en situación de calle.

vivienda, los déficits en educación, las carencias económicas, la precariedad laboral o la fragilidad de las redes personales o familiares (Matamala, 2020; Rubio-Martín et al., 2022; Ugalde, 2017), cuestiones que conectan con factores identitarios que alimentan los procesos de desarraigo posteriores por los cuales se da la situación de calle.

Ante esta realidad, muchas investigaciones que abordan la atención a personas en situación de sinhogarismo advierten de las dificultades que tienen los hombres usuarios a la hora de pedir ayuda (Lorentzen, 2017; Nguyen et al., 2012; Romero-Plana, 2019, 2021), siendo un punto de conexión que coincide con los resultados del análisis de los hombres usuarios de los Servicios Sociales, los cuales, se encuentran en proceso de vulnerabilidad. En consecuencia, si en los Servicios Sociales los hombres usuarios son los grandes ausentes por cuestiones como la no petición de ayuda, en los recursos de atención a personas sin hogar los hombres emergen cuantitativamente siendo el género mayoritario (Calvo y Botija, 2020; Muñoz et al., 2018; Puente, 2022; Sales, 2019)⁹⁸, adquiriendo este perfil una importante relevancia en nuestra investigación por la misma razón.

La situación de exclusión social severa o desafiliación en la que se encuentran las personas en situación de sinhogarismo está asociada a múltiples factores, personales y estructurales, los cuales se proyectan en las trayectorias vitales que poseen. Estar en situación de sinhogarismo implica haberse quedado de algún modo fuera del sistema fracasando como hombre, no tanto por las dificultades de conseguir una vivienda digna, que también, sino por la ruptura de sus lazos sociales y las dificultades que poseen los sujetos para encontrar su lugar en un mercado laboral que, supuestamente, les debería aportar a través de su trabajo un sustento económico como para no necesitar estar en la calle. Sin embargo, el sinhogarismo es un perfil en aumento en tanto que, en la actualidad, encontramos sujetos que no solamente están sin trabajo, sino también trabajadores/as

⁹⁸ Tanto el último informe publicado de *Personas Sin Hogar de la Ciudad de Valencia 2020* (<https://www.valencia.es/documents/20142/618951/INFORME+DIFUSI%C3%93N+PSH.pdf/611065a8-76d3-547b-2bbd-0e49cd94fd23?t=1605686187931>), como los resultados de la última investigación realizada por Mercedes Botija y Elena Matamala que tiene por título *Diagnóstico relativo al recuento de las personas sin hogar en la ciudad de València 2021*, en la que ha participado como parte del equipo de investigación el propio autor de esta tesis doctoral, ratifican esta cuestión supernumeraria de los hombres en situación de calle. Además, si depositamos la mirada en la clasificación ETHOS para personas en situación de sinhogarismo (Cabrera, 2008; Edgar, 2012; Matamala, 2020), los dos rangos con mayor significación de desafiliación y exclusión social grave, “sin vivienda” (*roofless*) y “sin techo” (*houseless*), son claramente ocupados por hombres en situación de calle.

precarios a los cuales el empleo no les genera suficiente sustento económico como para mantener la situación habitacional tras la que viven (Navarro-Lashayas, 2013; Rubio-Martín et al., 2022), un lugar desde donde se van ampliando las nuevas fronteras de la exclusión social. De esta forma, adentrarnos en este universo supone recuperar la pregunta de investigación que da inicio a esta tesis de doctorado y situarla sobre este perfil de hombres excluidos socialmente, preguntándonos, ¿cómo han venido transitando los hombres en situación de sinhogarismo por los recursos de protección social para llegar a tal situación?, y más importante, ¿qué papel ha tenido la identidad masculina y su situación de clase ante esta realidad?

Para organizar la exposición del análisis en referencia a los hombres usuarios en situación de sinhogarismo, la presentación de los resultados de este capítulo quedará organizada de la siguiente forma:

- En primer lugar, analizaremos los patrones de masculinidad hegemónica que emergen, en mayor o menor medida, en los hombres usuarios entrevistados. Pues el espacio de la calle es un espacio fuertemente masculinizado que produce efectos en las formas de identificarse como hombre, generando un modelo performático de masculinidad que requiere ser analizado.
- En segundo lugar, mapearemos cómo el género y la clase social configuran las distintas formas de identificarse como hombres a través del relato del éxito masculino. Si como decía Josep Vicent Marqués (1997, p. 22) “ser varón es ser importante”, ¿qué sucede cuando los hombres fracasan?, ¿cómo construyen su identidad masculina en referencia a dicha consigna? Una cuestión que aparece en los relatos biográficos como estrategia de justificación de la identidad masculina tras su situación como hombres en un recurso de atención a personas en situación de sinhogarismo.
- En tercer lugar, nos sumergimos de lleno en el papel que ha tenido la identidad masculina como factor para llegar a la situación de calle. Una realidad que conecta con las formas de sentir, pensar y actuar de los hombres en tanto hombres tras un modelo de *masculinidad marginal* (Cheng, 1999; Connell, 2015; Haywood y Johansson, 2017) sobre el que están adscritos.
- En cuarto lugar, expondré dos cuestiones que han emergido de forma muy presente, incluso conectada, durante el análisis de la información: las emociones masculinas y la toma de decisiones de los hombres. De esta forma, la educación

emocional que han adquirido los hombres conecta con las formas de tomar decisiones, una cuestión que reaparece para entender las carencias en la petición de ayuda y el por qué han terminado necesitando ser atendidos institucionalmente en un recurso dedicado a la atención de personas en situación de exclusión social severa.

- Para finalizar, reflexionaremos sobre la realidad supernumeraria de los hombres en los recursos de atención a sinhogarismo, en situación de calle o en situaciones de exclusión social severa. Depositaremos una mirada en perspectiva de género sobre esta realidad, analizando las vivencias de los hombres usuarios entrevistados, mirando de proponer una respuesta que conecte su construcción identitaria con esta realidad, formulando un relato que explique por qué hay más hombres que mujeres en situación de calle, siendo los hombres cuantitativamente el género de mayor presencia tras esta realidad.

5.1 Patrones de masculinidad hegemónica en los hombres en situación de sinhogarismo

Aquella mujer, todas las mañanas se paseaba entre los coches del semáforo de la Estación de Tren de Cabanyal. Nunca supe su nombre, ni la realidad que le llevaba a estar allí todos los días pidiendo. Sin embargo, tal cual iba avanzando el tiempo, cada vez que pasábamos por aquel semáforo íbamos advirtiendo cómo su físico, su estética y su rostro se transformaban. De llevar algún vestido y el pelo largo en pocos meses pasó a llevar el pelo rapado, camisetas de hombre y pantalones vaqueros raídos y agujereados. La cojera que arrastraba por una deformidad en la pierna cada vez se volvía más evidente, pasando de intentar andar a arrastrar la pierna ayudada de una vieja muleta. Llegó el día que desapareció de aquel semáforo y empezamos a hablar de ella. Mi compañera dijo una cosa que se me quedó grabada en la mente: "...la calle es masculina y cambia a cualquier persona que está en ella. A los hombres los hace más duros y a las mujeres más hombres" (Observación participante, OBP1).

Para empezar, en este apartado vamos a examinar, a través de las entrevistas de corte biográfico realizadas a hombres en situación de sinhogarismo, los patrones de masculinidad que les conectan, incluso refuerzan, con el modelo de masculinidad hegemónico tradicional. La razón por la cual empezar este análisis desde esta realidad se

da por una conversación con una trabajadora social, la cual, como hemos visto en la cita anterior, advirtió que la calle modifica a las personas tras un patrón masculino patriarcal. Una cuestión que nos lleva a preguntarnos ¿cómo cambia la calle a los hombres?, y más importante, ¿qué *performance* adquieren y qué modelo de masculinidad albergan en su forma de identificarse?

Como es obvio, la falta de vivienda y la situación de calle viven íntimamente relacionados en todos los estudios de *sinhogarismo*. Parece irrefutable pensar que, si una persona está en situación de calle, es porque no tiene vivienda ni medios para obtenerla o mantenerla, centrando la mirada en la materialidad de la exclusión residencial. Sin embargo, como anota Matamala (2020), esta situación habitacional, a pesar de ser real, solamente se centra en la cuestión de la vivienda, desdibujando la realidad estructural y social de este fenómeno, habiendo muchas más cuestiones de fondo que generan un circuito casi cerrado que va retroalimentando esta realidad, un nexo entre la marginalidad y la aparente imposibilidad de salir de ella, el cual termina germinando y perpetuando la situación de calle.

Plantear soluciones sobre el *sinhogarismo* centradas únicamente en la realidad material y/o económica conecta con el lenguaje economicista que se utiliza políticamente para dibujar estereotípicamente la pobreza extrema, el cual posee una dimensión estética estigmatizante y un género predominante. De este modo, el imaginario simbólico de la pobreza extrema en las grandes ciudades parte de un cuerpo varón y adulto de mediana edad que no es autosuficiente, con problemas de consumo y/o salud mental y un cierto deterioro sanitario que viene acompañado de carencias en hábitos de higiene (Moreno-Márquez, 2013), un lenguaje que, de algún modo, acusa a un modelo de hombre que no cumple con los cánones de la masculinidad moderna (García-García, 2009) y que ha dejado de ser autosuficiente por sí mismo (Bonino, 2002b). Las formas de construir la identidad masculina, a través de la autosuficiencia, la posición de superioridad y la función masculina como un timón principal vinculado a la familia, configuran a nivel social una mirada estigmática hacia los varones que, en mayor o menor medida, fracasan tras estos mandatos de masculinidad, apuntando implícitamente a los hombres en situación de pobreza o pobreza extrema. Sin embargo, esta forma de dibujar socialmente la función masculina genera barreras a la hora de identificar las situaciones de precariedad y desigualdad de clase a las que se enfrentan los hombres, en tanto que responsabilizan única y directamente a los varones de su propia situación, desdibujando la realidad

estructural que les rodea. Por lo tanto, la relación identitaria entre el contexto social y el espacio conecta con el género y la clase social, ayudándonos a entender cómo los hombres entrevistados se identifican tras patrones de marginalidad y masculinidad, los cuales encarnan en sus propias vidas, adaptando su forma de ser varón en cada situación para, de este modo, sentirse identitariamente hombres a pesar de existir más allá de la frontera del fracaso.

El pez que se muerde la cola: el contexto hace al hombre y la identidad masculina hace el contexto

Escuchar la frase “la calle hace al hombre” me recuerda a la típica cita de película del oeste donde el protagonista, tras una ruda pose, afirma a través de escuetas frases lo duro que es vivir entre poblados áridos y balaceras. Una imagen de masculinidad dura, violenta y superlativa que sitúa al hombre en un contexto al margen de la ley. Sin embargo, esta imagen performativamente ruda no solamente aparece para que se le atribuya un valor social al alza, sino también como forma de reducir o evitar ciertos riesgos, pudiendo identificar en los personajes de ficción de estas historias un posicionamiento identitario masculino que transmite rudeza, fortaleza y seguridad tras la finalidad de no ser engañado, disparado, robado o asesinado (Armengol, 2007; Folks, 2010; Mitchell, 1998; Salazar, 2022). Tal es así que dicha *performance* no solamente la encontramos en los relatos de ficción, sino también en los hombres que conviven en contextos de peligro, riesgo o violencia real (Borde et al., 2020; Ferguson, 2001). Paralelamente a esta cuestión no podemos obviar que el mundo del trabajo ha sido tradicionalmente la “arena para la demostración y prueba de la hombría” (Kimmel, 2006, p. 140) y, a pesar de ello, aunque un hombre tenga trabajo, en ningún momento abandona las otras formas de mostrarse como hombre de verdad, en tanto que la funcionalidad que posee el adquirir una máscara de masculinidad hegemónica patriarcal es multifacética, siendo útil en muchos momentos de la vida de los hombres. En este sentido, la paradoja que emerge en nuestra investigación es que los hombres entrevistados, a pesar de poseer el género protagónico del espacio productivo, no tienen trabajo, es decir, no cumplen con la imagen y/o el rol que se espera de ellos, apareciendo efectos de emasculación tras una mirada social que apunta al fracaso como *homo economicus* o proveedor masculino, pudiendo ser descartados como hombres y como clase trabajadora, y, contrariamente,

reproducen y son reconocidos con una caracterización hegemónica de la masculinidad fuertemente marcada.

Para empezar a explicar esta cuestión, lo primero que quiero exponer es que uno de los aportes que no deja de aparecer transversalmente y que no se ha abordado de forma explícita hasta el momento en esta investigación, es el cómo las prácticas de vida y los procesos de subjetividad identitaria conectan directamente con la búsqueda constante de seguridad. Es decir, del mismo modo que Luhmann (2006) y Douglas (1996) apuntaron al riesgo como categoría de análisis, en esta investigación el riesgo deviene central en el análisis de la masculinidad. El cómo nos enfrentamos y nos adaptamos al riesgo emerge modulando las formas de ser y actuar de los hombres y, con ello, se aprecia cómo los procesos de subjetividad humana y las prácticas que desarrollamos se adaptan constantemente para enfrentar los riesgos que nos envuelven, incluso los que produce la situación de calle o la propia construcción identitaria de la masculinidad.

Una noche ya no tenía nada donde ir, ni un duro que gastar, y acabé durmiendo en unos cartones. Llevaba tres días dando vueltas por Madrid mirando dónde ocultarme. Pues estábamos durmiendo en un pasadizo de Atocha. Y viene un camión de la limpieza, nos hacen levantarnos. Esos hombres se levantan y recogen sus pertenencias, sus cartones y sus cosas y se marchan. Y yo los sigo. Acoplan el campamento en otro lado. Yo me acoplo... me habían parecido hombres tranquilos. Porque iba buscando un poco estar con alguien por el miedo. Por el miedo que da la calle solo (Entrevista, EU9).

La intersección entre situación de marginalidad y género masculino son dos factores envueltos de riesgos que producen en los hombres en situación de vulnerabilidad, precariedad o exclusión social marcos estigmáticos y disciplinarios, comunes y distintos, conectados y segregados, que van siendo acomodados por estas dos realidades de clase y género de forma intermitente. Si la sensación de inseguridad que implica vivir al día de forma precaria cuestiona la posición como hombre, parece lógico pensar que la masculinidad hegemónica, tras la meta social de triunfar económicamente y ser el *páter familias*, deberá fomentar efectos emocionales de derrota en los hombres, pudiendo llevarlos a rechazar dichos patrones y valores de masculinidad. Sin embargo, como decía Marqués (1997), aquello que significa para cada varón ser hombre y el cómo se llega a serlo varía según contexto, situación, incluso individuo, produciendo una interpretación subjetiva en abstracto en cada uno de los sujetos sobre lo que significa la masculinidad,

una interpretación suficientemente abierta desde donde seguir siendo hombre a pesar de no cumplir con los cánones sociales establecidos.

[taller de masculinidades] Para mí ser hombre no es eso... para mí ser hombre es otra cosa
¿Un hombre en el paro deja de ser hombre? [...] Mi físico es de hombre y ya está
(Observación participante, OBP3).

De esta forma, emerge una paradoja donde la masculinidad no solamente alimenta emocionalmente la sensación de fracaso personal, que lo hace, sino que, a la vez, descubrimos que posee en su seno patrones de adquisición de seguridad ante situaciones de marginalidad o precariedad identitaria, dejando espacio para acomodar la masculinidad al relato de los hombres que se ven representados en ella.

De este modo, cabe anotar que seguir el orden establecido o seguir la inercia social, en mayor o menor medida, produce una sensación de tranquilidad. Inconscientemente todas y todos sabemos que encarnar la normatividad implica un mayor grado de aceptación y un menor grado de procesos disciplinarios a los que enfrentarnos (Foucault, 2012). A la vez, la ausencia de efectos disciplinarios genera un no cuestionamiento en las prácticas de vida donde lo normal es lo que es considerado como lo adecuado, siendo lo que se espera de las personas y, por ello, no se cuestiona. De este modo, la posición privilegiada parte de un reconocimiento normativizado que genera *per se* unos beneficios sociales de no cuestionamiento y, a la vez, a nivel interno, se configura la sensación de estar haciendo o actuando correctamente, otorgando una mayor percepción de seguridad. Es decir, si el sujeto queda enmarcado dentro de los patrones normativos de masculinidad, si sigue la corriente hegemónica, no solamente tendrá menor carga disciplinaria sobre su forma de ser hombre, sino que también le será más fácil manejarse en la realidad por los beneficios que aporta su posición sexo-genérica frente a otras realidades periféricas y/o feminizadas (Johnson, 2001; McIntosh, 2004; Pease, 2010). En consecuencia, posee cierta lógica que, a mayor inseguridad estructural, mayor acercamiento a los posicionamientos hegemónicos y, con ello, en los hombres encontramos un mayor peso masculino patriarcal.

Volviendo al inicio de este relato, si hablamos de que el contexto hace al hombre, en referencia a los hombres en situación de calle o marginalidad, esta idea de actuar para demostrar y protegerse emerge en las entrevistas, identificando patrones de

comportamiento que poseen una significación social de demostración de fortaleza y violencia en referencia a la inseguridad que le confiere su espacio vital.

Entonces con 17 años me alisté a la mili y me fui a la mili. Me fui a la mili y aquello fue... puf... Aquello fue una bomba. Porque me iba la marcha, me iba... me alisté en la legión, me reenganché y luego hice un tiempo de vida civil. Después volví de nuevo a la legión. Me lesioné y luego me echaron de la legión. Y me vine al pueblo tras otro de esos bandazos que te da la vida... Me encontré civil creyéndome que era un asesino perfecto (ríe) porque realmente... y lo pienso ahora... éramos medio locos. [...] Claro, porque era el rollo de que somos unos machotes y teníamos que demostrarlo. Mi país me necesita allí pues voy allí. Pero como si nos mandan a pegarle tiros a los niños de Asturias como paso en el treinta y tantos (ríe). Hubiera sido lo mismo. Que nos daba igual quien fuera el enemigo. El caso era pegar tiros o yo qué sé... porque era eso. Era mucho alcohol, mucho fumar y mucha violencia. Mucha, mucha violencia. Pero mira eso luego me vino bien cuando estaba en la calle. La planta de duro de la legión... (Entrevista, EU9).

Cabe advertir que el análisis de la adaptación de los sujetos a diferentes situaciones, espacios y contextos periféricos de marginalidad es un campo de estudio que ya ha sido investigado por diversos autores y autoras (Anderson, 2000; Becker, 2009; Borde et al., 2020; Bourgois, 2010; Ferguson, 2001; Rios, 2011), identificando la aparición de códigos de acomodación en contextos de inseguridad a través de prácticas performáticas de marginalidad. De esta forma, en estos contextos, las prácticas disciplinarias imperan de manera mucho más presente en comparación con otras realidades más acomodadas, viéndose influenciado el espacio por códigos de masculinidad hegemónica como forma de demostrar poder y seguridad (Ferguson, 2001; Rios, 2011). Esta cuestión tiene cierta lógica, ya que, si el ejercicio de poder es normativamente androcéntrico y la demostración de poder puede significar una mayor seguridad, parece lógico que representar una *performance* masculina más marcada sea una herramienta para adquirir seguridad, en tanto que esto nos identifica como capacitados para ejercer cierto poder, siendo en la inseguridad donde es necesario prevenir y defenderse de ciertas violencias y miedos. Así pues, advertimos como en la calle impera este imaginario de comportamiento donde, a través de una serie de códigos, reglas y prácticas, los hombres buscan generar fórmulas de respeto, reconocimiento y reputación entre ellos y que, a la vez, genere otro tipo de efectos hacia afuera, es decir, hacia la sociedad en general. Las formas de actuar, la demostración de ciertas prácticas

de fuerza y virilidad, alimentan una forma de ser reconocidos por los demás, una *performance* identitaria que dará cierta sensación de seguridad en los sujetos que perviven en ciertos contextos cargados de violencia, precariedad, inestabilidad e incertidumbre, donde la utilización de formas defensivas de agresividad se convierte en formas violentas de relación constante, ya sea a través de un lenguaje rudo y distante, la negación, la agresividad, la amenaza o la violencia en sí misma.

ENT: Pasas miedo, pero al final aprendes a protegerte. A saber dónde ir y no ir... cómo hablar a la gente... mirar bien con quién juntarte... Nosotros dormíamos en grupo y también teníamos lo nuestro.

J: ¿Había chicas o erais solo chicos?

ENT: Solo chicos. Yo creo que a las chicas les hubiésemos dado miedo (Entrevista, EU10).

De esta forma, en el análisis aparece cómo el acercar o alejar a las personas que conviven con nosotras es una forma de protegerse, del mismo modo que lo es el ser reconocido como peligroso por parte de la sociedad. Los códigos de masculinidad patriarcal poseen en su seno características y aprendizajes a través de los cuales los hombres pueden conectar o desconectar de sus entornos sociales generando fronteras relacionales. De esta manera, la hipermasculinidad como *performance* aparece como estrategia de protección y producción de valor social en el propio contexto de la calle, a través de la cual se genera cierta imagen de poder y violencia subjetiva (Adler, 2021; Jones, 2008; Solís et al., 2022).

En esa época bebía mucho y pasaba muchas horas en la calle bebiendo... me peleaba... y claro... No quería que nadie me molestase (Entrevista, EU1).

Además, la construcción social de la masculinidad enseña al varón a interiorizar una forma de funcionar que le ayudará a diferenciar las normas culturales que le corresponden y no le corresponden en cada momento y situación, y con ello, los hombres aprenden a minimizar el conflicto de rol de género que puede aparecer tras cierto fracaso social como hombres, como puede ser la situación de calle, modulando una mirada social estigmática que recae sobre ellos mismos cargada de cuestionamiento y/o violencia simbólica a través de prácticas que les hagan identificarse como sujetos peligrosos e imprevisibles (Badinter, 1993; O'Neil et al., 1995).

Cuando hablamos de patrones de hipermasculinidad hacemos referencia al aprendizaje y la utilización de una cierta *performance* desproporcionada de masculinidad que se caracteriza por sobre-representar lo masculino, tanto a nivel estético como comportamental, desplazando hacia afuera una imagen de rudeza, agresividad, violencia, control o falta de afectividad (García-García, 2010; Glass, 1984; Levy, 2007; Ray y Gold, 1996; Schroeder, 2004). A pesar de que estos rasgos de violencia, sexismo o actitudes machistas han sido ampliamente estudiados a nivel individual, a nosotros nos interesa la aplicación sociológica del propio término, analizando estas prácticas como una forma de reafirmación identitaria en los hombres entrevistados. De esta forma, en nuestra investigación la hipermasculinidad funciona tanto como una práctica de reducción de daños como un elemento de estabilización de la identidad masculina en los hombres, reproduciendo ciertos gestos, prácticas y actitudes más propias de la masculinidad patriarcal que de la masculinidad moderna, tras la finalidad de modular la sensación de inseguridad que emerge de las relaciones sociales que se cruzan en sus vidas.

No querer ayuda... yo en la calle estaba tranquilo bebiendo, pero ahora estoy aquí... ¿qué quieres, que te cuente lo mal que estoy?... Pues sí, estoy mal pero no necesito nada (Entrevista, EU3).

Yo no tengo amigos. Tal vez por mi carácter... Me enfado con facilidad y no me gusta que me lleven la contraria... (Entrevista, EU1).

A esto hay que sumarle que la configuración de una estética desaliñada, de abandono personal, genera un imaginario de inestabilidad que también funciona como forma de desplazar al otro/a, sobre todo cuando la soledad en la calle hace que cualquier persona pueda ser generadora de temor. El desapego hacia el cuidado personal se da por muchas razones, emocionales, personales, etc..., pero nos hace visible cómo una estética que transmita de forma desproporcionada una imagen de abandono conecta con el mandato de David y Brannon (1976) de “mandarlos a todos al infierno”. La interpretación de este mandato nos lleva a pensar que mandarlo todo al infierno, incluso el cuidado personal, funciona como estrategia de acomodación masculina, en tanto que ofrece seguridad intrasubjetivamente ya que es una forma extrema de recuperar el espacio de decisión personal, aunque sea la decisión inconsciente de dejarse de cuidar higiénicamente. A la vez, genera un imaginario simbólico de hombres apáticos e imprevisibles que les protege

de las demás personas en los momentos de mayor oscuridad, en tanto que estamos educados para no acercarnos a las personas con esta estética, porque entendemos que no se dejan ayudar y no se sabe cómo van a reaccionar.

¿Cómo iba a acercarse la gente a mí? ¿Qué me iban a decir? Estaba mal, olía mal... otra vez la ropa sucia... yo pensaba mejor, mejor, mejor (Entrevista, EU3).

Yo llegé con una barba más larga que la tuya, la ropa sucia... Estar en la calle es lo que es (Entrevista, EU1).

En este sentido, el rechazo social es acomodado y mermado a través de prácticas que alimentan una imagen que transita entre el hombre violento, el hombre apático, incluso el hombre inestable, generando los propios hombres una distancia que aparta a las y los demás, pero también, que los protege a nivel emocional de sentir la condescendencia del rechazo social. Una forma que produce cambios físicos tan radicales que también es una forma de ocultar o negar su fracaso como hombres a las demás personas que ya les conocían anteriormente.

Lo que pasa es que durante fallas hacía vida en lo que es la catedral. Y allí me encontré con dos personas extrañas allí haciendo labores de mantenimiento de la Catedral. Y un día va y me preguntan ¿tú eres de [nombre de pueblo]? Y yo, no. Yo soy de Torrente. Y el tipo, me suena tu cara... ¿seguro que no eres de [nombre de pueblo]? Y yo no, no, no... Yo... entonces me enfado y le digo. ¿Quieres ver mi DNI? Soy de Torrente capital... Torrente. ¿Seguro que no eres [nombre]? Y yo no. Yo me llamo Luis y soy de Torrente. Al verme enfadado ya poniendo cara de... en plan loco o yo qué sé. Entonces me dice, perdóneme usted, me habré confundido. O sea que yo no quería que... Me puse así porque no quería que lo supieran (Entrevista, EU10).

Cabe advertir que no todos los hombres entrevistados se han expuesto a una situación continuada de dormir en la calle enfrentándose a esta mirada social extrema que hace modular el comportamiento masculino. Sin embargo, el propio recurso de atención a personas en situación de sinhogarismo, como recurso masculinizado donde conviven los hombres entrevistados, ya posee estos códigos masculinos, siendo inconscientemente un espacio de producción simbólica en las formas de actuar de las y los usuarios. Como advierten otros estudios sobre hombres en recursos fuertemente masculinizados, la

hipermasculinidad y el cambio comportamental en los hombres es una cuestión que conecta con la inseguridad que transmite el espacio, ya sea moral o física, como puede ser una prisión (García-Toro y Zavala, 2016; Ortiz et al., 2019).

Usted va directamente al recinto penitenciario. Y yo, ¿cómo?... (silencio) Se me cayó el mundo. Es lo peor que... es la peor noticia que me pudieron dar en muchos años. [...] Estás rodeado de psicópatas, de matones, de traficantes, de... de todo lo peor. Y yo claro, un chaval joven que lo había tenido todo en esta vida. Estaba súper bien... estaba... me veo ahí. Imagínate, lo primero que pienso es aquí me comen, aquí me matan. Y me tuve que hacer fuerte, tío. Si no, me comen allí. Me tuve que hacer fuerte. Saqué mi nervio. Y tuve suerte porque bueno... (Entrevista, EU4).

En este sentido, la identificación de la *performance* o la pose de masculinidad dura y violenta aparece evidenciando cambios en las formas de actuar para protegerse, para que “te tomen en serio” o “no te tomen el pelo” en estos espacios (Entrevista, EU11).

Los códigos de comportamiento que se manifiestan tras la búsqueda de seguridad, a pesar de aparecer en el análisis como planteamientos de autoprotección, no podemos obviar que estas formas de actuar tras la idea de hipermasculinidad conducen a la naturalización o normalización de prácticas de riesgo en los hombres, prácticas que pueden poner en peligro a ellos mismos y a la gente que les rodea. La utilización de conductas violentas, la *performance* masculina a través del consumo o la delincuencia como forma de demostrarse fuerte dentro del propio contexto emergen evidenciando en el relato de los hombres situaciones que ponen en riesgo su propia seguridad y salud, así como para las personas que les rodean.

Sí porque no sé... ya tenía un poco más de habilidades. Ya me daba un poco menos de miedo la calle. Era muy violento y muy tal pero todavía no había desarrollado ese rollo que vendría después con la delincuencia... todavía no lo tenía desarrollado. Todavía tenía vergüenza. Todavía tenía... yo me había inculcado que me lo tenía que ganar todo por mi sudor... Todavía no... la vergüenza también, ¿sabes? Pedir... ¿cómo ostias voy a pedir? En aquella todavía era así. Luego ya se me quitaron todas las vergüenzas. Pero en ese momento... ¿pedir? Estuve tres días sin comer. Hasta que descubrí eso del comedor social (Entrevista, EU9).

Yo cambiaba de sitio. Claro, porque ¿dónde te dejan? Llega la policía y mueve a la gente que está en la calle, porque los sitios donde te echan si no te roban... de hecho a mí me han robado. Me han amenazado con una botella rota en el cuello. Me querían robar los zapatos... me querían robar... ¿sabes? Lo típico de la calle (Entrevista, EU13).

En los estudios realizados sobre contextos de marginalidad, la construcción del respeto dentro del grupo social es identificada a través de la demostración de poder, transitando por situaciones de exposición al riesgo, incluso delincuencia, que demuestren la fortaleza masculina (Anderson, 2000; Bourgois, 2010; Ferguson, 2001; Rios, 2011). De esta forma, el relato de este tipo de prácticas en los hombres entrevistados aparece verbalizado con cierta normalidad o, mejor dicho, tras cierta normatividad, identificando la naturalización de prácticas de riesgo y violencias a través de las cuales buscan adaptarse y sobrevivir.

Hice lo que hubiera hecho cualquiera... seguir con el negocio... me dediqué bastantes años a llevar a las islas (drogas)... Yo no me hacía nada, ni una raya, pero daba dinero (Entrevista, EU1).

Robábamos cualquier cosa. Era lo que había que hacer (Entrevista, EU9).

Otra forma de sobre-representar una imagen de masculinidad es a través de retar a las figuras de autoridad como forma de demostración de poder. Un ejemplo de estas formas de hipermasculinidad se dan cuando los hombres se enfrentan a los cuerpos del Estado, ya sea el guardia urbano, la guardia civil o la policía nacional, etc. La interacción jerárquica con hombres que ostentan cierta autoridad posibilita un espacio performático donde, a través de la demostración de la osadía y el valor, se manifiesta este tipo de masculinidad (Rios, 2011). De esta forma, la respuesta transgresora a las figuras de autoridad es parte del aprendizaje de la *performance* masculina de la virilidad en estos contextos, teniendo normalizadas ciertas formas de actuación contra las fuerzas de la ley.

Porque claro como vengo de dormir en la calle... aunque la gente te diga otra cosa te tratan diferente... En cierta medida, he de decirte, que con los juicios que he tenido... Porque yo tuve un juicio porque iba en autobús y le pedí al chófer el libro de reclamaciones... en un autobús nocturno. Y el tío me tiró a la calle. Bueno, vuelvo a subir al mismo autobús a la hora, casualidad. Allí en San Marcelino. Llama a la policía y yo cuando veo cuatro coches

de la nacional, ocho agentes, grito *Gora ETA*... Me dice, ¿qué haces? Y yo... (grito de nuevo) *Gora ETA*. Y por el *Gora Eta* que me caen dos años. Pero dos años que si no... bueno, me han aplicado la ley antiterrorista. Por eso son esos años. De hecho, tengo que pagar mil y pico euros y no sé qué más (Entrevista, EU8).

En contraposición a todo esto, un hecho estudiado que baja la intensidad de la hipermasculinidad en los hombres es cuando el compromiso familiar y afectivo conecta con las historias de vida de los hombres, ofreciendo las familias o las redes afectivas un punto de apoyo social en forma de recursos emocionales o materiales, generándose un mecanismo de control social a través del sentimiento de pertenencia, de apego o a través del compromiso familiar (Anderson, 2000). De esta forma, ante la normalización y naturalización de ciertas prácticas de hipermasculinidad pueden suceder dos cosas: (1) por una parte, pueden disminuir y reformularse los códigos de actuación cuando los hombres conectan con personas que sean referentes positivos en sus vidas y les acompañen hacia otro tipo de formas de funcionar.

Ha sido una mujer fantástica. Una mujer... que me ha dado tanto, he aprendido mucho de ella. Una persona... profesora de Reiki. Y me ha descubierto este mundo. Siempre he sido muy escéptico con este mundo, que es de la metafísica. Me he metido mucho en este mundo y realmente me ha gustado. He descubierto algo que yo desconocía o no le daba importancia porque estaba tan, tan cogido con mi ritmo de vida que muchas, muchas veces... es cierto, no te das cuenta cómo nos afecta la realidad y este mundo realmente ha sido... he estado siete años con ella (Entrevista, EU13).

Aunque seguía consumiendo con ella empecé a coger un poco de sabiduría. Me puse a ir. Empecé con el mundo del yoga. Se conocía muchos sitios en Vigo. Y empecé ya a ver, a cuestionar lo que me estaba pasando. Ella era muy sensible al mundo y yo me había encerrado y no me permitía encajar, que había que encajar en la sociedad y yo no podía ser. Pues había muchas cosas que no podía hacer y el yoga me hizo ver (Entrevista, EU12).

O, (2) por otra parte, los patrones de hipermasculinidad pueden entrar en tensión con la finalidad masculina que se reclama a nivel afectivo o familiar. En este sentido, emergen conflictos identitarios en los propios hombres y, muchos de ellos, llegan a verbalizar que necesitan cambiar para conseguir una mayor conexión familiar.

Es que yo he sido una buena persona con mi hija y su madre, yo soy un romántico en ese aspecto. Yo la conocí y no he conocido a más, pero la que me gusta es ella... Con lo que he metido la pata con ellas y me gustaría poder arreglarlo. Será difícil porque ya ha sufrido mucho, pero de momento la madre me escucha. Y... yo qué sé... me comprende, sabe lo que estoy haciendo. Sabe que estoy mirando de cambiar como soy, lo que hacía... mi comportamiento. Sabe cuáles son mis sentimientos, que yo no me escondo, y lo acepta. Yo sé que, si rompo la barrera con la madre de mi hija, o sea... ojalá pudiera volver con ella, pero eso es muy muy difícil, ¿vale? Pero si mi hija ve que su madre se lleva bien conmigo, pues será posible que mi hija quiera saber de mí. Que es lo que la gente quiere..., me llevo bien con su madre y quiero seguir llevándome bien, pero me sirve de puente hacia mi hija. Que es lo que quiero en realidad. Quiero recuperar a mi hija y ya está (Entrevista, EU9).

Mi intención ahora es salir de aquí, montar un trabajo... legal... Esto del deporte del *personal training* este, me va. Yo estoy aquí organizando con los chavales que vienen de fuera, los marroquí, partidos de fútbol, tablas de entrenamiento personal... Eso lo manejo de cuando hacía boxeo. [...] Lo que quiero es salir de esto, montarme algo... no volver a meterme en líos... porque ni puedo, ni debo... es lo que tengo que hacer si quiero recuperar a mi hijo (Entrevista, EU1).

Sin embargo, no todos conectan con esta realidad afectiva y familiar, llegando a repudiar los patrones normativos familiares que les llevarían a ser otro modelo de hombre, generando distanciamiento, negación y fracturas entre los hombres y su núcleo familiar.

Me fui... me fui porque ella quería que yo fuera una persona que no soy. Yo soy muy noble... y a mí me tienes que querer como soy yo... ya sabes eso de que siempre quieren que seas como ellas quieren... pues yo no quería... y me fui (Entrevista, EU6).

Cuando sucede esto pueden aparecer efectos devastadores en la vida de los hombres, los cuales se distancian de aquello que se le reclama a nivel familiar, en tanto que tropiezan constantemente con unas realidades familiares y afectivas que se han ido fragmentando y disolviendo con el tiempo. Relaciones que se rigen por otros códigos distintos a los que la situación de calle y marginalidad reclaman, generándose una confrontación entre las formas de ser hombre y las formas que se espera que sean como hombres.

Paralelamente a este dibujo, cabe advertir que esta realidad queda retroalimentada por el propio *habitus* que lo conforma, no actuando conscientemente o no siempre de

forma consciente. Como diría Bourdieu (2008, 2016) la realidad viene retroalimentada por ciertos códigos de una masculinidad hegemónica patriarcal que configuran los códigos de la calle y, a la vez, los hombres adquirirán estas formas de funcionar activando y transmitiendo la reproducción social de estos códigos de forma constante. Un funcionamiento cargado de prácticas sociales patriarcales que actuará como una estructura estructurante que es adquirida por los nuevos hombres que llegan a la calle, la cual fue producida y alimentada en su momento por los hombres que ya yacían en ella, y que, a la vez, estos adquirieron a través de otros hombres que también vivían allí, tras una inercia patriarcal que socialmente conformamos entre todas y todos. En consecuencia, se vislumbra ante nosotros un pez que se muerde la cola, una práctica de reproducción social inconsciente que mantiene la rueda cultural patriarcal sobre la que se sustentan este tipo de prácticas, siendo el contexto el que hace al hombre cuando este se sumerge en él y la identidad masculina patriarcal la que conforma gran parte de los códigos que reproducirán los hombres cuando se sumerjan en este contexto. Además, claramente todo esto está relacionado con las resistencias y obstáculos personales que emergen de la sensación de inseguridad que transmite la calle o los contextos marginales, siendo este uno de los factores que mantendrán las realidades de vulnerabilidad, perpetuando el estigma y con ello las dificultades prácticas para conseguir vivienda, en tanto que no serán reconocidos como los buenos pobres ni como los buenos hombres, que pudieran ser merecedores de ella.

No hay gays en la calle

Todavía en la actualidad la masculinidad hegemónica posee una fuerte conexión con el machismo y el patriarcado. Este vínculo articula las formas a través de las cuales los varones llegan a sentirse por encima de las mujeres descartando en ellos mismos todo aquello que es identificado como femenino. La construcción social del varón conecta a los hombres tras aspectos como el trabajo, el poder económico, el liderazgo, la orientación al éxito o la competitividad, cuestiones que por sí mismas están pensadas para favorecer el orden social de forma positiva y que, sin embargo, pueden llegar a traducirse en elementos de segregación, discriminación o, incluso, abuso de poder. De esta forma, lo femenino será apartado de la propia identidad masculina tras marcos de distinción,

buscando eliminar en los hombres características como los afectos, la manifestación sentimental, la petición de ayuda, la debilidad o la subordinación (Amorós, 2005; Bourdieu, 2000; Lamas, 1997).

La distinción patriarcal entre lo masculino y lo femenino se ha venido articulando desde una triple mirada la cual distinguirá y jerarquizará a los sujetos según el sexo, el género y la orientación sexual, configurándose de este modo muchas de las fronteras y los mandatos sociales que nos acompañan (Butler, 1987, 2016; Juliano, 1997). Si depositamos la mirada en los hombres, los mandatos de género empujan a que estos deben ser varones masculinos heterosexuales, quedando adscritos a una forma de pensarse tras la binariedad sexo-genérica y una orientación sexual heteronormativa. Una cuestión que identifica al hombre por su corporalidad o genitalidad y, supuestamente, lo predispone hacia una orientación sexual heterosexual (Rubin, 1986). Análogamente, para que esto se cumpla, la sociedad y, con ello, los hombres aprenden a ejercer una serie de prácticas de control de la masculinidad que conectarán directamente con esta realidad, siendo este uno de los factores de mayor producción homofóbica y de delitos de odio por parte de hombres contra otros hombres que no cumplen con este patrón heteronormativo (Kaufman y Horowitz, 1989; Kimmel, 1997; Nascimento, 2015a; Pichardo, 2009).

[taller de masculinidades]

J: ¿A qué te refieres con maricón? ¿a qué te refieres cuando le has dicho marica a él?

P1: Pues maricón es maricón...

J: Pero cuando le dices maricón, ¿te refieres a que tiene miedo, a que no es suficientemente hombre o a que se acuesta con hombres?

P1: A lo segundo...

J: Entonces, ¿por qué no le decimos que no es suficientemente hombre y ya está?

P2: Por que es lo normal. Siempre se ha hecho así (Observación participante, OBP3).

Esta realidad se recrudece cuando pensamos en los hombres en situación de calle o marginalidad, en tanto que, como hemos visto, el aumento de la inseguridad afianza o hace que nos acerquemos más a los patrones hegemónicos, alimentando una normatividad que perpetúa la inercia patriarcal y que, a la vez, genera una cierta seguridad en los hombres. Es decir, el encarnar una normatividad hegemónica hace que las personas sean menos cuestionadas y se enfrenten en menor medida a prácticas disciplinarias, en este caso homofóbicas, generando procesos de subjetividad de mayor seguridad para los

sujetos que sobreviven en ciertos contextos de vulnerabilidad. En este sentido, el rechazo de patrones de feminidad en los varones no solamente reducirá los posibles daños disciplinarios que podrían recibir los hombres por ser afeminados o por tener pluma (Ariza, 2018; Guasch, 1991; Pichardo, 2020), sino que, tras esta realidad, la hegemonía patriarcal producirá una mayor invisibilización de esta realidad, pudiendo advertir, como nos decía un usuario de un recurso de atención a personas sin hogar en un taller, que “no hay gais en la calle” (Observación participante, OBP3), no sabiendo este hombre explicar muy bien el por qué.

[conversación con usuario sobre la no existencia de homosexuales en situación de calle]
Yo ya tengo bastante con estar en la calle como para encima ser gay, con todo mi respeto a las personas que prefieran acostarse con hombres (Observación participante, OBP3).

De esta forma, en estos espacios masculinizados se hace más compleja la visibilidad de otras identidades no heteronormativas atravesadas por la orientación sexual. Los estudios realizados hasta el momento que nos hablan de sinhogarismo y colectivo LGBTI+ ya advierten de este efecto de invisibilización de la orientación sexual no heteronormativa en el contexto de la calle y en los propios recursos de atención a personas sin hogar (Fraser et al., 2019), añadiendo que esta realidad no se suele tener en cuenta en muchas de las investigaciones que se realizan, y que, cuando se hace, aparece de forma casi inexistente por las dificultades a la hora de la recogida de la información y la diversidad metodológica que se está aplicando según los diferentes estudios⁹⁹.

En nuestra investigación ninguno de los hombres entrevistados ni de las personas usuarias de los recursos de atención a personas sin hogar con las que el investigador ha estado en contacto a través del trabajo etnográfico responden a un perfil no heteronormativo, de hecho, todos los hombres usuarios entrevistados se reconocen como heterosexuales tras narraciones de relaciones sexuales o afectivo-sexuales con parejas mujeres.

⁹⁹ Informes como *Homeless in Europe LGBTIQ Homelessness. Autumn 2017* de FEANTSA a nivel internacional o el *Estudio sociológico de las personas LGTBI sin hogar de la Comunidad de Madrid* de FACIAM de 2019 a nivel nacional coinciden con este análisis, añadiendo que casi el 60% de las personas que han participado en estos estudios y no cumplen con una sexualidad heteronormativa son hombres homosexuales, llegando a más del 75% si sumamos las mujeres trans que han participado en la investigación, personas asignadas como varones al nacimiento y que se autoidentifican como mujeres.

Conocí a la que es la madre de mi hija. Y fue una etapa buena. Buena, de verdad. Las cosas como son (Entrevista, EU9).

Yo, relaciones no... antes de que me pasara esto, pues lo que se dice relaciones con chicas tampoco... alguna vez que fui a antros donde hay chicas de compañía... ya me entiendes... eso sí (Entrevista, EU10).

Lo que sí que se advierte y así nos lo ratifican las propias personas profesionales de los distintos recursos es que los hombres poseen una masculinidad hegemónica muy marcada y, con cierta asiduidad, utilizan un lenguaje homofóbico en las dinámicas conversacionales que tienen entre las personas usuarias. Como nos decía un profesional de un recurso:

[taller de igualdad con usuarios de un recurso de atención social] Pues realizar estas formaciones con ellos les vendrá bien porque tienen ciertos comentarios bastante machistas... y sobre todo muy homófobos (Observación participante, OBP3).

Es habitual la utilización de la palabra maricón o marica para expresar la falta de aguante y fortaleza o el poder padecer miedo frente a la dureza de la situación vivida. Esta forma de identificar al otro desde una mirada que lo distingue y lo desvaloriza a través de identificarlo tras prácticas homosexuales conforma una ratificación binaria donde la feminidad se lleva la peor parte y, a la vez, una forma de control de la masculinidad heterosexual. De esta forma, el macho es el que aguanta, el que se enfrenta, en que no se asusta y no se retira ante la violencia o el miedo, aportando un significante de debilidad a la correlación varón homosexual en los hombres en situación de calle, del mismo modo que en muchos otros espacios. Un formato relacional cargado de micro-violencias y violencias discriminatorias sustentadas por una mirada de control, una mirada binaria y normativizante.

Asimismo, estas formas de socialización a través de dinámicas discriminatorias contra otros hombres, las cuales se dan en forma de acusaciones por salirse de la norma heterosexual, evidencian cómo el propio colectivo de los hombres en situación de sinhogarismo es identificado y autoidentificado con un alto grado de masculinidad o masculinización. Esta realidad generará la expulsión de otras formas de ser hombre, siendo la acusación de homosexualidad una forma de cuestionar no solamente la

normalidad, sino también la valía social y la fortaleza personal. De esta forma, parece obvio pensar que, si se convive en un contexto con ciertos riesgos e inseguridad donde la homosexualidad es interpretada como un símbolo de debilidad y feminidad, los hombres adoptarán una *performance* más cercana a patrones patriarcales de masculinidad, aunque puedan tener otras formas de vivir su deseo sexual o la sexualidad. Y, en este sentido, el esconder la homosexualidad, ya sea la pluma o el reconocimiento como hombre homosexual, aparece de forma muy presente en muchos contextos de atención social, llevándonos a preguntarnos de cara a otras investigaciones que, si el índice de hombres homosexuales en situación de calle es bajo o en esta investigación nulo... ¿es porque esconden su condición homosexual?, y con ello, ¿qué habrá en la masculinidad heteronormativa para que esta pueda ser un factor que produzca un mayor número de hombres reconocidamente heterosexuales en situación de calle?

La atribución de locus externo en la construcción social del varón

La derrota es un significativo vacío que arrastran los hombres cuando verbalizan su situación como usuarios de un recurso de atención a personas sin hogar. La derrota es un estado de desesperanza que lleva a verbalizar estados de ánimo adversos que pivotan entre la frustración, la resignación y la depresión. Durante los meses que conviví con hombres en situación de sinhogarismo, visitándolos periódicamente, encontré hombres muy afectados emocionalmente por la situación que estaban viviendo. El coronavirus y las posteriores crisis han generado un crecimiento de personas que han acudido a este tipo de recursos¹⁰⁰ y la coyuntura de un mercado laboral también azotado por la pandemia hacía que la desesperanza y la resignación de los hombres estuviese en aumento, haciendo

¹⁰⁰ Entidades como Cáritas a través de su informe *Las personas en situación de sin hogar acompañadas por Cáritas. Contexto en 2019 y durante el estado de alarma y la COVID-19* (<https://www.caritas.es/main-files/uploads/2020/10/C%C3%81RITASestudios-e-investigaciones-22-web-.pdf>) o Faciam con su informe *Exclusión social y COVID-19: el impacto de la pandemia en la salud, el bienestar y las condiciones de vida de las personas sin hogar* (https://faciam.org/wp-content/uploads/2021/11/informe-Covid19_Faciam-HR.pdf) advierten que durante la crisis sanitaria del coronavirus se ha dado un aumento exponencial de las personas en situación de sinhogarismo que acuden a los distintos recursos, incrementándose en un 25% la necesidad de plazas. Según el informe *Estrategia Nacional para la lucha contra el Sinhogarismo en España 2023-2030* realizado en junio de 2023 por el Ministerio de Derechos Sociales y Agenda 2030 (<https://www.boe.es/boe/dias/2023/02/06/pdfs/BOE-A-2023-3092.pdf>), las personas sin hogar han crecido un 24,5% en los últimos 10 años, advirtiendo que los datos no son exactos dado las dificultades de contabilizar a las personas que pernoctan en calle y no acceden a recursos de atención a este problema social.

en algunos casos que ni siquiera volvieron a llamar a las antiguas puertas a las cuales habían llamado alguna vez pidiendo ayuda antes de la pandemia.

[conversando sobre las posibilidades de reconectar con el mundo laboral] Total, para qué... si todo está fatal ahí fuera... Está difícil la cosa... (Entrevista, EU14).

Todos tienen sus problemas y más con la pandemia. Todos tienen sus conflictos y muchos de los amigos ya hacen vida con sus parejas. [...] es un conflicto, entonces no, tú decides hacer tus propias cosas (Entrevista, EU2).

Al malestar por la sensación de imposibilidad de conseguir un trabajo que les haga cambiar de situación se le suman, en algunos casos, unas expectativas familiares que nunca se cumplen.

Lo que me gustaría es recuperarme para poder volver a luchar por mis hijos. Y aun así... [silencio] es muy duro, Jorge, todo esto... (Entrevista, EU14).

De este modo, muchos hombres en situación de calle sufren de forma inmóvil sus vivencias tras un estado homeostático, resistiéndose al cambio. Estos hombres verbalizan la sensación de estar atrapados o entrampados en un camino donde no tienen capacidad de decisión ni salida, relatando incluso a veces el no poseer control sobre su propio destino.

Ahora mismo no está en mi mano... estoy a la espera de la renta (Renda Valenciana d'Inclusió). Una vez cobre la renta ya puedo pensar en otras cosas. (Entrevista, EU11).

La forma de racionalizar o justificar esta realidad inmovilista o de difícil movimiento es identificada a través de lo que en psicología se conoce como el *locus de control*, es decir, el cómo las personas explicamos aquello que nos sucede en la vida responsabilizando a lo externo o a los errores que comentemos internamente, en nosotros mismos. De esta forma, en el relato aparecen dos polos opuestos (*locus externo* y *locus interno*) que confluyen entre sí como forma de justificar lo que está sucediendo, incidiendo de forma directa en las formas de racionalizar la realidad, justificando las formas de actuar y, con ello, las formas de enfrentarse a la vulnerabilidad.

La culpa fue de mis padres que no dejaban de acusarme de toxicómano (Entrevista, EU6).

Yo he sido muy cabeza loca... He hecho muchas cosas mal que ahora tengo que cambiar en mi vida... y hay cosas que no podré arreglar nunca... (Entrevista, EU9).

La importancia de este constructo para nuestra investigación reside en el cómo las personas se anticipan a su realidad permeados por el marco emocional que genera la situación de vulnerabilidad que están viviendo, en función del relato retrospectivo que construyen. Además, los hombres entrevistados, atravesados por una construcción identitaria particularmente compleja, estarán más predispuestos al no reconocimiento del error en tanto que, en haber sido socializados y educados tras mandatos donde hay que ser el timón principal, no poder demostrar debilidad y tener que enarbolar una decisión superlativa como para tener la capacidad de mandarlo todo al infierno (Badinter, 1993; David y Brannon, 1976; Gilmore, 1994), incidirán intrasubjetivamente en el *locus de control*, fomentando ciertos tipos de respuesta frente a otras. En este sentido, encontramos personas que están en momento de negación y que no quieren ver lo que les ha llevado a esta situación y, antes de reconocer su parte de responsabilidad, depositan en un lugar externo el relato, un lugar que les desvincule de la situación por la que están pasando.

La persona con la que vivía en ese instante ya trae una hija. La hija viene en embarazo. Viene el yerno, en fin. O sea, es más... es como más leña al fuego, porque hay más necesidades y más necesidades humanas de dinero. Entonces todo eso obstaculiza mi relación con ella. Porque obviamente yo empiezo a decir que no era el momento para toda esa situación. Pero igual, si ella ya tenía todo ese tipo de situaciones premeditadas con antelación, yo no podía hacer nada ante esas cosas... Entonces ya empieza a haber un conflicto de particularidades personales que empieza con ella. Y... que nos lleva durante todo este tiempo y gran parte de la pandemia. Decidimos separarnos. Ella coge su lugar, yo cojo el mío, muy tranquilamente. Obviamente ella está mucho más ubicada que yo porque ella siempre ha tenido su documentación y ha trabajado en casas de familia y ella en ese instante atiende a dos personas mayores. Ella durante la pandemia, ella trabajó siempre. Entonces no... no lo sintió económicamente mucho la situación. Pero ya, esa parte económica ya no va hacia mí, que era lo que normalmente veníamos haciendo, sino que va hacia su vida. Ella tiene su nieto y que es algo muy lógico y normal. Entonces... decido yo igual hacer mi vida. Salgo de la casa (Entrevista, EU2).

La intersección de clase y género que poseen los hombres entrevistados conecta directamente con procesos estigmáticos de acumulación de discriminaciones múltiples y expectativas personales no cumplidas, lo cual reforzará unas formas u otras de pensar y pensarse o, como diría Sara Ahmed (2013), de tocar y tocarse. De este modo, las expectativas culturales, las capacidades o habilidades que han sido activadas de forma positiva en la vida, el abanico de posibilidades que ofrece la propia realidad, incluso el propio azar, determinarán las diferencias individuales a la hora de actuar frente a una realidad específica (Eisenberg, 1994).

En nuestra investigación, los hombres entrevistados identifican cómo su situación de vida, así como el medio social y familiar donde se han desarrollado, se convierten en la justificación central de su relato. Los constantes fracasos, incluso castigos, que han sido ocasionados por personas de su entorno alimentan un relato donde el fracaso proviene de una justificación externa (o *locus externo*) que poco a nada tiene que ver con ellos mismos, buscando desconectar con el sujeto a nivel individual.

Debía un dinero. Me denunciaron por estafa, que no era realmente una estafa. Yo no quise estafar a nadie, simplemente que me dejaron un dinero, no lo pude devolver y entonces él me buscó por estafa, por el delito de estafa. [...] No hice nada malo en esta vida, no hice nada malo, pero pasaba de todo. Y entonces bueno, como ya no vivía en casa mis padres. Pues me citaron para cuando llegó la mesa a juicio, pues me citaron. No aparecí. No por nada, sino porque no llegué a leer la carta. Eso fue a casa de mis padres y mi madre en aquel momento no podía contactar conmigo porque yo el teléfono que tenía mi madre no lo tenía. Yo he tenido una etapa que no hablaba mucho con mi madre porque a raíz del fallecimiento de mi padre tuvimos unos roces y bueno... en aquel momento no hablé con mi madre. Y mi madre no me podía comunicar nada, entonces bueno... [...] Terminé en la cárcel (Entrevista, EU4).

ENT: A mí me abandonó ella... yo trabajaba y trabajaba... no sé... después el problema con la bebida...

J: ¿Bebías antes de que te abandonase ella?

ENT: (silencio) Bueno... salía con amigos y eso... normal... a mí me abandonó (Entrevista, EU3).

Estábamos allí en su casa y sacó una bolsita de una cosa blanca y va y digo: ¿eso qué es? Yo no sabía ni lo que era. En dieciséis años que iba a saber... Y él, esto se cocaína. ¿Y esto

qué hace? ¿Quieres probarlo? Pues voy a probarlo. Y fue mi vecino el que me enganchó en esto. Después en el pueblo me criticaban a mí porque yo era toxicómano, pero fue mi vecino el que me enganchó (Entrevista, EU6).

De esta forma, del mismo modo que en otras investigaciones (Palomar y Valdés-Trejo, 2004) identificamos dos dimensiones o posiciones desde donde los hombres expresan el cómo viven su propio proceso de marginalidad: (1) una explicación más estructural donde la situación de exclusión social severa es atribuida a factores sociales y económicos como la imposibilidad de tener un sueldo digno, las carencias formativas, o a factores personales como la enfermedad o la mala suerte vivida, situaciones donde el locus externo impera; y (2) la otra explicación proviene de justificar la pobreza a través de causas personales, individuales e internas de los sujetos, haciendo responsables a los mismos de su pobreza por razones como la falta de disciplina, la falta de ahorro, el no haberse esforzado suficiente o las problemáticas individuales que les acompañan como las adicciones, una forma de mirar desde un locus interno lo que sucede. Es curioso cómo existen diferencias de clase en referencia a estas formas de justificar las razones de las diferentes situaciones de vulnerabilidad de forma interna o externa. Las investigaciones lo que nos dicen es que los sujetos de clase alta y media suelen utilizar explicaciones más internas a la hora de justificar sus situaciones de vulnerabilidad (Palomar y Valdés-Trejo, 2004), como si el poseer una mayor seguridad por la situación de clase acomodada produjese una mayor tranquilidad para expresar la propia debilidad y, a la vez, produjese una mayor seguridad para juzgar a las demás clases desde una mirada más individual y menos estructural. Sin embargo, en otras investigaciones anteriores muestran relatos combinados exponiendo el cómo la pobreza se justifica a la vez por la existencia cuestiones externas que producen efectos y, a la vez, desde una mirada interna que advierte hacia las carencias individuales que les han llevado a la situación concreta (Hunt, 1996). En nuestras entrevistas encontramos dos tipos de relatos: por una parte, una mirada únicamente centrada en un locus externo que buscará explicar la situación y las dificultades que se está viviendo por culpa de otras personas o por la situación coyuntural y social del momento; y, por otra parte, una mirada que combinará el reconocimiento de esta realidad externa con su realidad interna, es decir, con un relato más dirigido hacia ellos mismos, hacia aquellas características, errores o problemáticas personales que han sido causa de su situación actual.

Aunque la situación en la que estoy es la que es. Estamos en momento pandemia, perdí mi trabajo, no tengo casa, no tengo dinero... eso es así. Yo soy consciente de que mi idea de lo que son las cosas, es más, de lo que deben ser las cosas, puede ser distinto de lo que realmente es... Y esto me crea muchos problemas a mí, muchos problemas a mí. Que primero el que los paga soy yo. Pero no sé si quiero ser otra persona. No sé si..., voluntaria o involuntariamente, acepto el peaje que me cuesta esto, sabiendo que es un peaje y que es malo para mí. Pero si para no pagarlo tengo que ser otra persona, esto no sé si me compensaría. Y posiblemente sea mi gran error. El no ceder a la realidad, el no hacer concesiones a la realidad. [...] Y esto es complicado, porque claro, es un demonio que no es tan evidente. No hay un enemigo claro... Yo no le puedo llamar a mi enemigo cocaína, adicción, delincuencia.... No, no... Mi enemigo es mi manera de pensar (Entrevista, EU7).

Aunque existe alguna excepción, es curioso cómo el relato de estos hombres que verbalizan su capacidad de rehacer su vida coincide mayoritariamente con hombres que han tenido cierto nivel educativo o formativo. Apareciendo un relato que conecta, de algún modo, con aquello que ellos mismos deben cambiar para salir de la situación en la que están y que coge distancia de una mirada únicamente externa de lo que realmente le sucede. Una cuestión que ratifica las investigaciones realizadas sobre el locus de control y las situaciones de pobreza, vulnerabilidad o marginalidad (Palomar y Valdés-Trejo, 2004).

El cómo explican los hombres la situación de fracaso conecta directamente con el modelo de masculinidad que tienen aprehendido. Esta realidad se hace visible, sobre todo, a través de cómo los hombres expresan su capacidad de autosuficiencia conectada con el mundo del trabajo. La autosuficiencia en los hombres es expresada desde muchos lugares (autosuficiencia como forma de protegerse, como productor económico, como trabajador...), pero, es significativo cómo aquellos hombres que conectan la autosuficiencia con el mundo del trabajo poseen un relato más conectado con un ideal neoliberal y meritocrático que otros hombres que no conviven con este carácter de posibilidad.

Yo soy capaz de rechazar ayudas para ir a trabajar con un contrato laboral de pocas horas. Está bien que lo he hecho alguna vez y no ha salido bien, pero yo lo he intentado. Porque mi objetivo primero es que cuando yo entré aquí es ponerme a trabajar. No vivir de la renta. Pero ahí yo demuestro mi filosofía de vida y mi objetivo en la vida... En la vida con trabajo y esfuerzo salen las cosas (Entrevista, EU4).

Sin embargo, cabe exponer que las justificaciones más vinculadas con un locus externo, las cuales son mayoritarias en los discursos de los hombres, quedan envueltas, por un lado, por un relato de negación del fracaso donde lo que le sucede a los hombres poco o nada tiene que ver con ellos, o por otra parte, por un relato de indefensión aprendida (Martinko y Gardner, 1982; Seligman, 1991) donde el mundo funciona tan mal que ellos ya no pueden hacer nada por cambiar su situación (Lachman y Weaver, 1998).

ENT: Mi hermano estaba fuera, tenía dos hijos. Mi hermana desapareció, cogió una enfermedad, una depresión... Entonces yo me vi preso de estar con mi madre. Y estuve con mi madre cuando todo esto vino... Y fui solucionando todo, pero claro... la fábrica se la habían cargado, la hostelería se la habían cargado, la obra se la habían cargado... pasamos de cobrar... de antes que un chaval que cobraba 300 o 400 euros a la semana a cobrar 100 o 150 euros. No voy... Para eso no voy... Entonces decidí... cobré una ayuda del paro. Estaba trabajando en la obra, ¿no? Estuve un tiempo trabajando en la obra y así... y ahí recibí el paro y cuando las cosas no había más decidí venirme a Valencia. Yo mamá mira, yo aquí no puedo seguir chupando del bote... tú estás limpiando casas, pero la hostelería está cerrada. Creo que mi madre tiene su pensión de toda la vida y tal... y con esto ella ya cubría su arrendamiento y con esto lo tenía más o menos cubierto y tal. Entonces decidí irme. Decidí venirme a Valencia, llamar al CAST¹⁰¹ y contarle mi historia. Me ayudaron.

J: ¿Fuiste directamente al CAST?

ENT: Claro, dónde iba a ir yo... La situación en casa, sin trabajo, sin dinero... me fui al CAST y pedí alojamiento. No hay solución. Es así.

J: ¿No intentaste encontrar trabajo?

ENT: ¿Para qué? No había o pagaban fatal... no, no, no (Entrevista, EU11).

En este sentido, a través de la indefensión se cumple lo que Merton (1960) identifica en su obra como *profecía autocumplida*, la creencia naturalizada de que nada va a cambiar por mucho que hagamos por cambiarlo. Por mucho esfuerzo que invirtamos en repensar desde otros lugares la masculinidad, una creencia de autoeficacia negativa o baja puede llevar a una profecía autocumplida, generando inmovilismo en los hombres. Además, la negación de la realidad para no hacer visibles las carencias de autosuficiencia masculina producen que sea más sencillo identificar lo externo que lo interno para los hombres.

¹⁰¹ Centro municipal de Atención a personas Sin Techo.

Si nada puedo cambiar, ¿qué puedo hacer yo? Pues eso... aquí estoy. Hablo con [nombre].
Me intenta ayudar, pero bueno... ¿qué puedo hacer yo? (Entrevista, EU3).

De este modo, la autoeficacia percibida, entendida como la confianza que tengamos en nuestras capacidades para modificar y sobrellevar por nosotros mismos la realidad, emerge en cierto relato fatalista en los hombres, incidiendo este distanciamiento entre ser autosuficientes o no tener la capacidad para cambiar la realidad personal que se está viviendo. Es decir, identificar si nuestras capacidades son útiles para resolver el problema o si seremos capaces de adquirir las capacidades para solucionarlo. Esta mirada interna (o *locus interno*) se diluye tras un relato fatalista de la realidad, haciendo la situación inamovible. Obviamente, no identificar aquello personal, incluso individual, que bloquea la posibilidad de cambio es una de las barreras más complejas que existen a la hora de plantear procesos de transformación social y personal. Sin embargo, no advertir el peso de lo estructural y no ser capaces de identificar el papel del contexto y de lo externo, aunque identificarlo en los hombres entrevistados sirva de salvoconducto como colchón identitario, puede generar vivencias de estrés, impotencia y desesperanza, ya que, si todo está en las manos de uno mismo y no surgen los efectos esperados, se generará una mirada autocrítica y autoculpabilizadora que puede llevar a entrar en conflicto emocional, y con ello, en depresión, o en términos más radicales, en suicidio.

J: Pero, ¿qué pasaba? ¿que no te levantabas de la cama...?

ENT: No, no, no, no. Por el amor de dios. Trabajando, pero me notaba que en el trabajo no rendía. Me daba cuenta yo mismo. Yo conozco la producción de una cocina, yo sé cómo hay que producir en una cocina, sé lo que hay que hacer en una cocina y había veces que no... me daba cuenta que había veces que pudiendo hacer cien hacía sesenta. Me cansaba mucho, no conseguía concentrarme, no conseguía tener el paso... estaba de paso... no era constante, estaba ya muy perdido, no sabía ya qué pensar... estaba muy perdido Jorge, y eso ha sido en el año del 2018. De hecho, he tenido problemas. Problemas muy graves porque... para mí son muy graves... porque ya pierdes trabajos, pero no porque no sabes o porque no cumples. Porque llegas a un acuerdo, hay mucha gente que por diplomacia te dice que ya no le haces falta, que no pueden asumir un sueldo tan alto... (Entrevista, EU13).

Esta sobrecarga emocional por buscar el control de todo lo que sucede a nivel individual o el tener un locus de control interno desmesurado, como si todo fuese cosa de uno mismo, conecta con las formas de entender la masculinidad a través del relato de la productividad

y la competitividad tras un relato patriarcal, pero también capitalista. En este sentido, la dialéctica de la meritocracia aparece reforzando y conectando con la idea de autosuficiencia, individualizando al extremo las miradas y, con ello, incidiendo en las formas de sentir y entender la búsqueda del éxito social a través competición con las y los demás. Ser el mejor o la búsqueda constante de ser el mejor implicará inconscientemente el cumplimiento de unos estándares de productividad hacia uno mismo, exigiéndose constantemente el demostrar las capacidades que posee. De esta forma, el aguantar en el trabajo, el sacrificarse excesivamente, el cumplir al laboralmente puede llegar a generar ciertas violencias hacia uno mismo a través de la autoexigencia y la anulación emocional, apareciendo cuestiones como el no reconocimiento del dolor o la enfermedad y, más importante, el no reconocimiento de las posibles fracturas emocionales que se van dando tras unas metas muchas veces irreales o inabarcables.

En este sentido, los valores que encarnamos como hombres desde la construcción social de la masculinidad vuelven a aparecer como barreras discursivas a la hora de relatar un fracaso conectado con las expectativas de género como hombres. La situación de marginalidad o precariedad co-alimenta la sensación de indefensión siendo, mucho más marcado, un relato de locus externo en los hombres. Esta forma de atender a su propia realidad dificulta la planificación de un proyecto de vida. La identificación de este locus de control externo nos ayuda a señalar cómo factores como la resignación, la pasividad o el inmovilismo conectan con sus formas de entenderse como hombres y, con ello, con sus formas de entender la situación que están viviendo y las barreras discursivas que se producen.

Somos duros. Lo que pasamos nosotros no lo puede soportar cualquiera. La calle es dura y la negación del no hombre

Para finalizar este apartado vamos a identificar ciertos usos de las representaciones de los hombres en situación de calle en referencia a su masculinidad expuesta, profundizando en las formas de autoperibirse en referencia al cuerpo, la estética y las prácticas de representación identitaria. El mandato de demostrar constantemente ser hombre viene acompañado por una imagen corporal, una serie de gestos, disposiciones físicas y teatralización que buscará transmitir lo que Bourdieu

(1986a, 2000) advirtió como una *hexis corporal* varonil, una forma de demostrar al mundo cómo se es, la cual radica en la demostración de la virilidad. Se trata no solamente de aparentar físicamente ser duro, distante y de escasa gesticulación, sino también de que este simbolismo transmita lo que los mandatos de la masculinidad reclaman. El mandato de que los hombres no lloran, no actúan como niños, no muestran poses amaneradas, no necesitan ayuda, no demuestran emociones es performativizado a través de un tono de voz grave, un mirar directamente a los ojos, no dejarse intimidar por otros hombres, sostener la mirada ante posibles amenazas y estar dispuesto a usar la violencia y pelear si la situación lo requiere. Esta articulación es producto de la conformación de una forma de ser y representarse hacia las y los demás como forma de transmitir un mensaje. En este sentido, el cuerpo, la autorreferencialidad y la estética se convierten en una herramienta performática de identificación y representación, configurando un reconocimiento que se anuda en la acción, en aquello que se espera que pueda hacer el otro marginal si posee dicha identidad, ya sea desde lo inapropiado, lo violento, lo inestable o lo inseguro.

De esta forma, nos corresponde analizar cómo el reconocerse y representarse de cierta forma conecta con las prácticas que se esperan de uno mismo y con ello con la respuesta del otro/a. La forma de exponerse a las y los demás generará expectativas que pueden o no pueden darse, pero que, sin ningún lugar a dudas, transmiten un mensaje que toma como referencia la imagen simbólica de uno mismo. Así pues, mientras que los discursos identitarios crean y recrean el yo, será a través de una variedad de dimensiones corporales, narrativas, gestuales o comportamentales como se activará este reconocimiento del nosotros y los otros/as. Unas formas expresivas y transmisoras que se nutren de lo identitario tras una finalidad de apartar los riesgos, físicos o emocionales, tras la búsqueda de un cierto sentir de seguridad.

Es interesante cómo los hombres usuarios entrevistados se autoidentifican y buscan representar o transmitir una forma de ser hombre. Recuerdo con cierta fascinación el momento en el cual uno de los hombres entrevistados, con una corporalidad endeble, me verbalizó “aquí los hombres que estamos somos muy duros... lo que han vivido algunos se podrían escribir historias” (Entrevista, EU11). En ese momento me resultó llamativo que una persona con una imagen como aquella, más bien esquelética o esquelética, utilizase muchas de sus energías dialécticas para ratificar la dureza que poseía tras sus experiencias de vida. A partir de ese momento empecé a afinar la mirada en esta cuestión y me percaté de cómo una de las cuestiones que más se repite en el relato de los

hombres es su forma de caracterizarse como hombres duros, como hombres rudos y estoicos frente a las desavenencias de la vida.

Yo no dormí casi en la calle. Siempre me buscaba la vida antes de llegar a ese punto... Albergues, etcétera... Normalmente cuando me quedaba era porque por el consumo me quedaba tirado... Es que para estar en la calle tienes que ser duro, Jorge... En la calle, aunque te digan lo contrario, no estás nunca tranquilo. Ni un momento (Entrevista, EU12).

Gracias a eso he podido salvar un poco... sobrevivir y salvar la vida. Porque si no hubiera sido por ello, por estos recursos... yo estaría ahora mismo en la calle y malviviendo, y, no sé si estaría vivo a día de hoy. Porque vivir en la calle es lo más duro que le puede pasar a una persona (Entrevista, EU4).

Este hecho es importante identificarlo en tanto que emerge tras un marco performático desde donde se busca resignificar su propia realidad, dándole un valor social superior al cómo los hombres son después del haber vivido ciertas experiencias, buscando siempre situarse en cierto lugar jerárquico como hombres. Este es un relato que recuerda a las historias estoicas de los hombres cuando vuelven de la guerra y se significan tras la dureza y el aguante de lo vivido, descartando la tristeza de las atrocidades y los miedos que puedan generar o haber padecido.

Ser duro es un hecho que sirve para referenciarse tras una cualidad directamente vinculada a la masculinidad. El sujeto varón, como nos advierte Badinter (1993), se configura mayoritariamente desde la negación, y en este sentido, los hombres deben ser duros porque no pueden ser sensibles, una configuración que en oposición hace referencia a la característica femenina de debilidad. Paradójicamente, a pesar de esto, los hombres en situación de calle no tienen cuerpos duros, no poseen una pose soldadesca capaz de aguantar inclemencias y adversidades, sino que, más bien, son escuálidos y muchas veces con carencias sanitarias, se los percibe agotados y transmiten una imagen de decaimiento más que de voluntad, rigor y fortaleza. Sin embargo, expresar dureza o que los hombres son duros no se compone solamente por la imagen corporal militarizada, heroica y soldadesca de la masculinidad, sino que implica configurar una forma de ser a la cual le acompañan muchos matices.

Para empezar, como es obvio, un hombre es duro cuando es fuerte, cuando es capaz de activar y soportar prácticas de hipermasculinidad que demuestren fortaleza.

Me apunté al circo. En el circo de lujo. Me salvó la vida. O sea, bien. En el circo la verdad es que me fue bien. Porque empecé montando. Necesitaban gente fuerte y yo siempre he estado fuerte... [...] Y fue una etapa buena. Buena, de verdad. Las cosas como son. En el circo me fue... He visto a gente pasarlo mal en el circo. He visto trabajar en el circo, abusar de ellos... bueno... cosas que no se las deseo a nadie. Pero yo. Puesto que era duro. O sea, no dejaba tampoco que me pisaran. Pero como respondía... era... El circo si te pones a mirarlo es muy parecido al ejército (Entrevista, EU9).

He tenido problemas de espalda [...] Yo soy fuerte. Yo he estado trabajado seis, siete años así. Aguantando dolor..., pero lo hacía, movía maderas, cogía los cajones en el campo... (Entrevista, EU3).

Si uno se cree, se siente y demuestra ser fuerte genera una forma de mirarse y, a la vez, de ser observado. Una apariencia que busca evadir ciertas violencias físicas y simbólicas a través de la transmisión de una imagen que da a entender que puede haber una posibilidad de respuesta violenta contundente si este es agredido. En consecuencia, ser duro o transmitir dureza vuelve a aparecer como una forma de defenderse, como una forma de reducción de daños que se puede dar cuando performativizamos cierta pose varonil en escenarios envueltos de violencias, en tanto que el imaginario del poder es masculino.

A la vez, un hombre también es duro cuando no demuestra emociones femeninas, cuando no es sensible a aquello que le sucede, adoptando una figura estoica a través de la cual intenta exhibir que las emociones no le frenan o que no le impiden enfrentarse al riesgo o a las desavenencias de la vida.

Siempre he sido... no la parte fuerte, pero sí la parte más seria, más estable. Entonces claro... esto hace que, con el tiempo, pues te vayas distanciando un poco. Pues supongo que cuando me recupere, recuperaré la relación con el antiguo rol, o no. No lo sé. Pero bueno, sí... creo... Pero la amistad es importante para mí. La verdad es que no necesito necesitar a mi gente cerca. No he sido muy emocional nunca en ese sentido (Entrevista, EU7).

Yo no es que sea un insensible, sino que tengo mi carácter. Me enfado con facilidad... no me emociono como otros con, yo qué sé, ciertas escenas de película. Esto a veces me ha venido bien u otras muy mal. Como a todos supongo (Entrevista, EU4)

La no demostración emocional es un hecho que emerge de forma constante en los estudios de masculinidades (Armengol, 2022; Marqués, 1991; Juan Carlos Ramírez, 2020b) evidenciándose esta segregación entre aquello considerado masculino y aquello considerado femenino, siendo la negación emocional una forma de no demostrar debilidad frente al otro/a. Esta negación emocional aparece en la forma en la que nos relacionamos con los demás, en tanto que, una forma de no demostrar emociones es eliminando el marco emocional de la otra persona. De este modo, no ser empático, no tener en cuenta las emociones de las otras personas se vislumbra también como un acto de dureza masculina apareciendo en ciertos relatos a la hora de exponer cómo es uno mismo o cómo se actúa con las demás personas cuando se tienen que tomar decisiones.

Y yo no analizo. Yo actúo... yo qué sé... es por ponerte un ejemplo que no es el caso. Que, si yo estuviera hablando contigo y tú me estas preguntando cosas que no quisiera contar, yo te diría, Jorge tío, de puta madre, pero lo que me estas contando no. Cosas así. Yo soy muy... para ciertas cosas soy muy... por ejemplo, estoy en la calle, estoy hablando con otra persona y me está contando cosas que no me interesan y me pongo a jugar al móvil... para que me dejen de dar el tostón. Yo qué sé, cosas así. A mí se me nota. No soy falso, no soy mentiroso. O sea, si no me caes bien, lo vas a ver más (ríe). Es que es así. Pero es que lo hago con todos. Lo adapto a todo. Es decir, si en el trabajo no estoy a gusto, me lo vas a notar. Hay mucha gente que lo esconde... La sensación de qué a gusto estoy contigo... por no decirte te odio, te diré qué ganas tengo de acabar la jornada de hoy, ¿no? Pero yo no. Si realmente me pasa eso no lo escondo. Te digo qué ganas que tengo de terminar para no verte la cara más. Y te lo digo a la cara. Por eso me ha pasado muchas veces en la vida de discutir con amigos o con gente. Decirle mira, sabes lo bueno y lo malo mío. Que yo soy una persona que, si te tengo que decir hijo de puta, te lo voy a decir a la cara. No voy a ir por detrás. Yo soy una persona que va de frente. Te guste más o menos (Entrevista, EU4).

Sin embargo, no solamente es no tener en cuenta a los demás emocionalmente sino también no tenerse en cuenta física y emocionalmente a uno mismo, apareciendo una de las cuestiones que más incidencia tiene en el relato de la dureza de los hombres en situación de sinhogarismo, la cual es que los hombres son duros porque son capaces de aguantar.

[conversando en la calle con usuarios en un recurso de atención a personas sin hogar]

J: ¿Te puedo preguntar cómo pasaste tanto tiempo en la calle?

ENT: Los hombres aguantamos más y no pedimos ayuda hasta que la cosa está mal de verdad, ¿no? Pues así (Observación participante, OBP6).

Aguantar tiene muchos significados para los hombres. Por una parte, aguantar tiene que ver con las capacidades que se exponen en las actividades o prácticas físicas donde se puede demostrar cierta fortaleza.

Yo en piragua era muy bueno en resistencia. A mí no me pillaba casi nadie el ritmo (Entrevista, EU6).

Me he pasado muchas horas trabajando en el campo, los olivos. Es duro. Terminas con los brazos hechos mierda de tantas horas dando golpes con la vara... ¿sabes cómo se hace? Es muy duro. No todos están preparados para eso (Entrevista, EU9).

Por otra parte, aguantar tiene mucho que ver con la capacidad de mantenerse sin doblegarse contra los demás. Un hecho que aparece en actividades que pueden derivar de la utilización de prácticas de hipermasculinidad, como pueden ser las competiciones de *binge drinking*¹⁰², el consumo de drogas o estupefacientes.

Me dijo que me fuera con ella a Barcelona y me fui para allí con ella. Pero yo pues consumía, y esta persona pues consumía porque consumía yo también. O sea, al final... Y bueno, la cosa empezó a degenerarse porque no es fácil aguantar el ritmo que llevaba yo (Entrevista, EU12).

Sin embargo, en nuestra investigación nos interesa sobre todo depositar la mirada cuando este tener aguante hace referencia al cómo los hombres soportan las inclemencias de la vida, siendo esta una característica distintiva de la masculinidad. Cuando hablamos de tener aguante hacemos referencia a no huir o abandonar una situación porque exista riesgo o porque dé miedo o resulte inhumano o insoportable. De este modo, tener aguante

¹⁰² El concepto *binge drinking* ha sido acotado para identificar las competiciones de abuso de alcohol entre los chicos jóvenes como práctica de riesgo. Una práctica ritual que posee una prevalencia significativamente masculina como este tipo de prácticas de demostración de fuerza desde prácticas de hipermasculinidad, en este caso a través del consumo de alcohol (Capraro, 2000; Uy et al., 2014).

significa ir al frente, no doblegarse en muchos sentidos, es poner el cuerpo y mantenerse firme, estoico, impasible. Es decir, para los hombres de la calle es vivir tras la contradicción de soportar la dureza de la calle y, a la vez, sobreponerse al miedo que transmite el espacio público cuando no eres un mero transeúnte, sobreviviendo al riesgo que implica ser un otro marginal que no es bienvenido allí donde deposita el cuerpo. Tras esta realidad los hombres en situación de calle buscarán mantenerse estoicos en una situación donde la sociedad entera no los desea en el lugar en el que se detienen. En este sentido, paradójicamente, el aguantar se convierte en una estrategia discursiva tras un significante de comunidad. Hacer lo que hace el grupo genera un sentimiento de afinidad desde donde formar parte de un algo en un espacio donde se reconocen en común, ya sea, bebiendo juntos (Capraro, 2000), trabajando juntos en situaciones muy duras (Palermo, 2015) o, aunque parezca contradictorio, aguantando en situación de calle, como mendigos o vagabundos.

Ya hacía bastantes años que estaba... incluso como yo sé algo de inglés me hacía cartones con unos rumanos que llevaban tanto tiempo como yo en la calle, y, pasaba las noches con ellos. Hacía cartones, lo típico, lo que recogía por la calle... pues así. Por el día iba a la catedral, por la noche nos juntábamos (Entrevista, EU10).

Aprendes a sacar carácter... bueno todos teníamos carácter... estás más seguro si estás con gente que está en la misma situación que tú (Entrevista, EU9).

Esta cuestión sobre cómo el grupo se convierte en un espacio performativo de protección ya ha sido abordada en otras investigaciones sobre diversidad sexual (Coll-Planas, 2008; Ferrándiz, 2019; Guasch, 1991), migración (Araújo, 2020), racialidad (Ferber, 2007; Ferguson, 2001) o marginalidad y violencia (Rios, 2011; Solís et al., 2022). En estas investigaciones se advierte que, para protegerse y enfrentarse desde la subalternidad al modelo normativo, se ponen en funcionamiento dos prácticas o fórmulas de actuación que son equivalentes a lo que sucede con los hombres en situación de calle: (1) aproximarse a los patrones hegemónicos y difuminarse en lo normativo como estrategia de distanciamiento de los márgenes disciplinarios; o (2) sobre exponer lo subversivo y diverso para (a) configurar estrategias de distanciamiento social y (b) conectar con otras personas que posean las mismas características y de este modo construir un espacio de seguridad en comunidad, como puede ser la utilización de la pluma o las actuaciones

amaneradas de los hombres o la estética *butch* del colectivo lesbiano (Coll-Planas, 2008). Los hombres de la calle, atravesados por una masculinidad marginal, en ningún sentido buscan desestabilizar o cuestionar el modelo heteronormativo y patriarcal sino, más bien, se centran en un abordaje pragmático para enfrentar el riesgo y las violencias a las que les enfrenta su situación de marginalidad y el estigma social que les acompaña.

Aparte de todo esto, los varones aguantan en su socialización la dureza de muchas realidades para seguir siendo identificados como hombres. Aguantan los duros trabajos para sentirse parte de un mundo laboral masculino (de Keijzer, 2003; Gandolfi, 2022; Palermo, 2015), aguantan las pesadas novatadas para formar parte del grupo de amigos (García-García, 2010; Kimmel, 2009), aguantan competiciones de alcohol, peleas, noches de fiesta y proezas envueltas en riesgo para sus propias vidas para sentirse parte de algo, pero también, para demostrarse ser hombres a ellos mismos (Blanco, 2012; Capraro, 2000; Patró-Hernández et al., 2020; Sanfélix, 2020).

Cuando estaba en la calle a veces me repetía a mí mismo que era fuerte por todo lo que estaba aguantando. Es una chorrada, no sé... Tú me preguntas por lo duro que era el dormir en la calle, yo no sé qué decirte sobre eso (Entrevista, EU10).

Aguantar implica ser fuerte pero también ser autosuficiente para no abandonar ciertas prácticas dolientes para el estado físico y mental de los hombres. Si aguantas eres capaz de demostrar y demostrarte que lo que estás haciendo es soportable para tu persona, y tras esta mirada, el aguante masculino también se convierte en una representación de la autosuficiencia masculina, siendo un patrón habitual en los hombres frente a su exposición a ciertos riesgos normativizados en la cotidianidad de la vida. De esta forma, se trata de entender cómo el desarrollo de ciertas prácticas sociales delimita el afuera y el adentro, hechos que marcan un antes y un después frente a las situaciones que vamos viviendo. El cuerpo se convierte en una herramienta desde donde demostrar y demostrarse, desde donde valorar las habilidades de las personas que lo exponen, convirtiéndose en parte de estos significantes de acción que reconocen la validez de los varones como hombres.

En este sentido, el haber aguantado cierto tiempo en la calle se convierte en un significativo que será utilizado de forma distinta situacionalmente. El relato de haber aguantado mucho tiempo en la calle puede pensarse como un símbolo de fracaso

masculino, sin embargo, dentro del recurso de atención a personas sin hogar, se configura como una estrategia discursiva para significarse como más hombre, adscribiéndose con esto como parte de una comunidad que posee una imagen de rudeza y fortaleza concreta. De esta forma, de puertas para afuera del hemicycle y en las relaciones sociales con personas que no conectan con esta realidad, los hombres no expondrán esta realidad como un valor social significativo en sus vidas.

[conversación con usuario de un recurso de atención social] Yo a veces flipo... escucho algunas frases que me da no sé qué responder a ellas. Aquí hay personas que por haber estado en la calle se creen lo más. Para mí estar en la calle no es un éxito en la vida (Hombre usuario recurso atención social, OBP6).

Aquí hay gente que ha estado durmiendo en la calle mucho tiempo. Yo no sé cómo lo hacen (Entrevista, EU7).

Sin embargo, en el relato de los hombres, cuando estos explican cómo han vivido la situación de calle, resignifican desde valores de masculinidad estas vivencias, exprimiendo las fortalezas identitarias masculinas que la situación de aguantar en la calle sugiere. En este sentido, emerge un proceso de hibridación masculina evidenciando situacionalmente la dureza que implica estar en la calle dependiendo a quién le relaten esta realidad, pasando en unos casos a ser un valor descrito casi como un rito de paso, evidenciando fortaleza, y, en otras situaciones, implicará una narración victimista o, incluso, un silencio o secreto a voces que no debe ser nombrado, evidenciándose la adaptabilidad del beneficio que puede aportar el reconocer o no reconocer este tipo de situaciones dependiendo con quién se hable y en qué contexto.

A todo esto, hay que sumarle que aguantar implica no quejarse de las situaciones que nos suceden si esto produce un significante de debilidad en la identidad de los hombres. De este modo, aguantar conecta con una forma de actuar y representar dureza, pero también conecta con la no petición de ayuda, ya que no aguantar y pedir ayuda puede entenderse como una manifestación de debilidad.

Como te he comentado, lo que catapultó pedir ayuda fue aquella noche que me robaron. Perdí las gafas, la documentación, la tarjeta SIP... Vine aquí, se me hicieron estas gafas, me han hecho el DNI, y la tarjeta SIP pues fuimos al ambulatorio... Al final con todo, no hubo ningún problema. Ahora si no me hubiesen robado, si no hubiese venido todo el

Covid..., ¿qué hubiese pasado? Pues yo pienso, y no soy nada hipócrita, que no hubiese pedido ayuda... (Entrevista, EU10).

El sacrificio tras el cual no demostrar debilidad a través del aguantar inclemencias y situaciones adversas se convierte en un significante de fortaleza masculina atravesada por la situación de calle que han vivido, dando cuenta de haber vivido dificultades, situaciones adversas o condiciones climáticas desfavorables, algo que muchas personas, supuestamente, no hubieran sido capaces de soportar, convirtiendo el relato en una marca de excepcionalidad y un lugar de importancia que es descrito desde la épica por ciertos hombres.

De esta forma, el físico masculino y la estética también entrarán en juego en esta demostración a través de la cual se busca transmitir que son hombres duros. Sin embargo, la dureza vuelve a aparecer conectada con la idea de inestabilidad, de transmisión de inseguridad hacia el otro/a, como estrategia de distanciamiento social de aquellas personas que pueden generar, consciente o inconscientemente, daño físico o moral en los hombres en situación de calle. De esta forma, la adquisición de una cierta estética que pivota entre un físico masculino rudo y una estética de la pobreza emerge de nuevo como forma de transmitir un carácter simbólico desde su corporalidad como hombre en la calle (Castel, 1997; Goffman, 2009). El estar acompañado de ciertos ropajes, cartones, un carro donde llevar sus objetos materiales más preciados, un cartón de vino o incluso el ser acompañados por animales como perros de la calle, ayudan a escenificar una forma de advertir que cualquier persona no es bien reconocida para acercarse a ellos. Aprendiendo inconscientemente a evitar a través de la estética el contacto y el cuestionamiento de cualquier sujeto que pueda acercarse a cuestionarle el que no tiene que estar en ese espacio concreto.

En la calle decía para qué... no me afeitaba, ropa vieja y sucia... he pasado momentos muy malos... malos, malos, malos... aquí es otra cosa. Aquí me cuidan. Me dan ropa bien, limpia, tengo ducha, cepillo de dientes... (Entrevista, EU3).

[conversación con profesionales de un recurso de atención a personas sin hogar]
Trabajamos hábitos de higiene como algo muy importante. Muchos de ellos tienen el hábito de cuando estaban en la calle, incluso la forma de vestir, el cambiarse de ropa todos los días. Que no te echen para atrás por el olor corporal o las pintas (Observación participante, OBP6).

Una vez en el recurso los hombres advierten el cambio de estética que se da en tanto que ya no necesitan generar esa burbuja de seguridad que requerían generar cuando estaban en la calle. La imagen de un hombre en una situación de precariedad en la calle conecta con el imaginario de un hombre poco saludable, con problemas de adicción y falta de hábitos de higiene que puede derivar en problemas de salud mental y, con ello, se produce un imaginario de sujeto inestable que no se sabe muy bien cómo va a reaccionar. Si la relación con las y los demás puede ser un punto apoyo, el apartar a los demás se convierte inconscientemente en una estrategia de búsqueda de seguridad.

5.2 Cumpliendo con el rol de importancia

Para empezar este segundo apartado, como nos advierte Addis (2011), cuando un hombre tiene que enfrentarse a una situación de pérdida o fracaso muchas veces no es capaz de identificar las emociones que le acompañan. En este sentido, lo primero que encontramos es que esta realidad lleva a muchos de los hombres entrevistados a identificar dificultades, obstáculos o barreras para la superación de las distintas situaciones de fracaso, llegando a padecer situaciones de malestar emocional, incluso, depresiones no tratadas en ciertos casos, como hemos podido advertir.

Sí, he cambiado mucho. Yo, lo que pasa es que... ahora es porque estoy muy nervioso, ahora es que no soy yo. Sí que soy yo, pero bueno... no acabo de... yo antes pues tenía mucho palique, ahora estoy más decaído (Entrevista, EU10).

Addis (2011; 2003), en sus investigaciones, advierte sobre cómo los problemas psicológicos conectan con la incapacidad para cumplir con el sentimiento de rol tradicional masculino, una forma de entender la masculinidad desde los roles del varón proveedor y del varón protector, apareciendo relatos parciales que buscan restringir o evitar el narrar la situación que cada hombre está viviendo en el momento de las entrevistas.

Sin embargo, que los hombres sientan que pierden, que están perdiendo o que han perdido, no solamente hace referencia al fracaso como hombres tras estas funciones de proveeduría o protección, aunque no podemos obviar que sí que emergen de forma central

en su relato, sino que, esta realidad enlaza con otras conexiones emocionales mucho más amplias, complejas y abstractas. El distanciamiento y las pérdidas afectivas más cercanas fracturan los espacios de reconocimiento más próximos, como es el mundo familiar conectado con el mundo del trabajo. No obstante, una de las curiosidades que emergen en el relato de los hombres entrevistados es que, a pesar de estas carencias de vínculo con las redes afectivas, los hombres conectan con el relato de la masculinidad hegemónica como forma de resignificarse ante la pérdida. Y, en este sentido, construyen una narrativa que los vincula con la búsqueda de la marca de importancia de la que nos hablaba Marqués (1978, 1997), a través de la cual los hombres, desde su realidad situacional, buscarán transmitir una posición o una realidad de importancia en su vida.

Esta marca de importancia va a funcionar como sostén identitario frente al fracaso como hombres, al no cumplir con las funciones clásicas de la masculinidad (Gilmore, 1994). De esta forma, ser el más fuerte, haber demostrado en algún momento de su vida ciertas capacidades para generar economía, ser un triunfador con las mujeres, haber desarrollado prácticas de riesgo que los resitúan tras un valor de importancia en el espacio de ocio y fiesta o transgredir la autoridad como forma de significarse como hombres emergerán en el relato de los entrevistados, tras un intento de fraguar una masculinidad hegemónica reconocida tras unas marcas de importancia que se configuran desde otros lugares, desde otros códigos. Así pues, como decía Marqués, en situaciones como estas, la masculinidad funciona como refugio identitario:

Le ayuda a consolarse de sus miserias, ya que aunque todo varón es educado como jefe, puestos de trabajos como jefes hay pocos y la mayoría sólo llega a ser jefe, cada vez más cuestionado, de una mujer y unos niños. Se consuela así el varón, mediante el orgullo corporativo masculino, de una forma no muy diferente a como un obrero norteamericano blanco se alegra de no ser negro o a como un sujeto escasamente ágil y torpe con la pelota, pero socio del Real Madrid, presume de los triunfos de su equipo (Marqués, 1997, p. 21).

La búsqueda de la marca de importancia empuja a los hombres a utilizar la masculinidad hegemónica tras un espacio de cobijo identitario donde, el hombre, no solamente llega a ser importante a través del trabajo y la familia, sino que cualquier patrón de masculinidad patriarcal puede albergar suficiente carga simbólica como para configurar un relato de

importancia significativo en su vida como hombres. Como si cualquier cosa de hombres que hagan los hombres tuviese un significante de importancia.

Yo he sido importante: deporte, fiesta, trabajo y presidencia

Como nos advierten muchos autores y autoras el *deber ser* de los hombres, académicamente, ha sido dibujado de muy diversas formas. Entender los procesos que nos llevan a ser hombre tras una mirada patriarcal se ha relatado a través de creencias (Bonino, 2002b), mandatos de masculinidad (David y Brannon, 1976) o a través de la idea de la existencia de una consigna básica que orienta a los varones en ese tránsito que es nombrado como la construcción social del varón (Marqués, 1983, 1997). Estas formas de proceder hacen visible el cómo se configura una estrategia táctica plural, múltiple y diversa con la que se le da forma a la ambigüedad de lo que significa ser un hombre para cada uno de los varones.

El *deber ser* y el *llegar a ser* hombre no es lo mismo, uno implica un anhelo y el otro la dirección y la acción. Como hemos identificado anteriormente, la masculinidad, la construcción social del varón, se asienta tras la idea de que “ser varón es ser importante” (Marqués, 1997, p. 22). Esta consigna básica divide paradójicamente los procesos de subjetividad de los varones en dos formas de expresar la masculinidad: (1) el entender cómo un hombre por el mero hecho de ser hombre ya se siente importante, y (2) el entender cómo un hombre para llegar a ser hombre debe ser importante, conectando con el anhelo y la acción. Es decir, los varones aprenden a través de la socialización diferencial cómo ser hombre es pertenecer a una identidad superior por el mero hecho de serlo y, a la vez y contradictoriamente, el ser hombre obliga a buscar constantemente esta marca de importancia en tanto que, a pesar de pertenecer al grupo importante, no se es *de facto per se*. Aunque sea una imagen caricaturesca, a mí me recuerda al asno al cual se le ata una zanahoria delante de los ojos para que ande, siendo la marca de importancia la zanahoria que le aportará el valor social suficiente para sentirse realizado en cuanto a su género. El anhelo por hacer historia, dejar un legado, haber sido importante al final de la vida no es un patrón negativo en sí mismo en tanto que configura procesos ilusionantes en la vida. Sin embargo, como todo en esta vida, esto trasciende a otras estrategias de comportamiento que configuran las formas de jerarquizarnos, no solamente descartando

a las mujeres y a los varones que no cumplen con su papel masculino del club de los hombres, sino también generando diferencias jerárquicas dentro del propio club, dentro del grupo patria que conforma la masculinidad patriarcal.

Yo empecé el colegio mal, mal... en sexto curso empecé a suspender muchas, séptimo también... por los pelos iba pasando. Y entonces encontré un aliciente en el ciclismo, me gustaba muchísimo, y me escapaba con la bicicleta. Ahí sí que basé más mi vida en correr, entrenarme y pasaba de estudiar, pasaba de todo, yo no estaba mucho por estar por ahí. Y bueno me tomé en serio eso, se ve que yo ya de chaval era ya bastante fantasioso y muy obsesivo. Cogí la bicicleta como obsesión. Yo entonces pensé que era pasión, pero mira... fue una obsesión muy grande. Y bueno, me matriculé en FP [Formación Profesional Básica] porque había que cumplir, había que estudiar, había que decir que estabas haciendo algo... y como en realidad como podías pasar con unas cuantas suspensas y todo el rollo este... y bueno ni comencé porque no iba a clase. Sentía que estaba haciendo algo importante y la gente, pues, si vas ganando, te anima si eres bueno. Iba a entrenar con la bicicleta, me metí en un equipo profesional y, pues eso, empecé a vivir solo para el ciclismo. Y claro, entrenaba mucho y muy duro, los éxitos no me llegaban, no llegaban los que yo quería y que yo pensaba que eran dignos de mi esfuerzo. Llegaban algunos, pero para mí no eran suficientes (Entrevista, EU12).

Profesionalmente no tenía ningún problema en trabajar, entré a trabajar en una empresa vasca que se ocupa de catering, comedores infantiles, comedores de institutos, universidades, hospitales... y a los dos meses me hicieron jefe de cocina porque me veían el valor... en fin, estuve dos años. Hasta que yo dentro de mí, y volvemos a lo que te decía antes, que yo quería más, quiero más, quiero más... Yo estaba ganando mil seiscientos euros de lunes a viernes. Sábado y domingo, puentes y fiestas y dos meses de vacaciones todo pagado. Y ganaba mil seiscientos euros al mes, es decir, oye... [...] Pero yo quería más (ríe). Yo quería todo, hacer historia, ganar la estrella... quiero ser yo el dueño, yo decidir cuándo se hace, yo decidir cuándo se cierra y cuándo se abre. Y por eso me monté un restaurante (Entrevista, EU13).

De esta forma, esta idea de ser hombre importante o de llegar a ser importante emerge en el relato de los entrevistados. Esta premisa, a pesar de estar en constante búsqueda de la misma (*debo ser importante*), solamente con que se cumpla en algún momento su vida, ya adquiere un carácter estratégico en el relato de la masculinidad.

Sacando lucro del inciso en el que consiguieron tocar el cielo como eje protagónico en el relato.

Después decidí hacer algo con mi vida. Hacer algo con mi vida. Ser alguien importante en algo... y en mi pueblo está el río Júcar y había un club de piragüismo... y yo, desde los doce años, acabábamos de escuela e íbamos corriendo a entrenar. Bueno, pues conseguí estar cuatro años en el equipo nacional, representando a España por toda Europa. He sido cuatro o cinco veces campeón de España en mil metros, cinco mil, diez mil metros. En fondo no había nadie que me ganara, pero en velocidad había tres o cuatro que me ganaban. Pero en mil metros ya nadie me ganaba. O sea, que siempre he sido una persona muy importante en el deporte. Después, estuve un tiempo parado para ir a la mili, y después ya me preparé para ir a Barcelona 92'. Por desgracia no fui a Barcelona 92' porque a los tres meses te hacen un examen... de a ver quién es el que tiene que ir. Buscaban los más fuertes. Y buscaban velocistas... y digo che... si hubieran buscado fondistas... mi ilusión era haber ido... me ganó Oscar, un muchacho que se llama Oscar García Pozo de Zamora... (Entrevista, EU6).

Yo a mi casa volví después de hacer la mili. Estuve muchos años luchando contra la insumisión porque fui a firmar al principio a Servicios Sociales, como objetor y eso... y un día mi primo me llamó y me dijo... van a ir a por ti. Mi primo estaba en policía militar, en el puesto... no sé cómo se llama. Yo, mientras, estaba participando en manifestaciones y estas cosas... hicimos cosas muy importantes, cambiamos de algún modo el mundo o creíamos que íbamos a cambiarlo todo... y entonces me dijo, déjate de manifestaciones y tanta tontería que van a ir a por ti a tu casa. Y claro, le pregunté y llamé a mi madre, y todos... vete a capitania y déjate de abogados e historias que da igual... Mi abuelo como estuvo un tiempo de militar pues tenía un poquillo de mano y tal... Y me acompañó a ver un coronel que me dijo, ¿o vas a hacer la mili o te encierro cinco años? Ya está bien de tanta tontería. Eso hablando conmigo. Claro entre hacer la mili o estar encerrado cinco años... Y yo, ¿dónde? A Zaragoza... Claro, tú te libraste gracias a nosotros, porque de la quinta del 82', ahí ya habíamos dado mucho por culo nosotros. Nosotros tuvimos que enfrentarnos al sistema. Yo conozco a gente que lo cogían y directamente lo metían. O sea, por nuestra parte ya estaba bien, ya estaba bien (Entrevista, EU11).

Así pues, el haber sido importantes adquiere una función para resignificar su situación como hombres configurándose un relato de utilidad social, aunque solo fuese en un momento de la vida. En este sentido, encontramos dos realidades, aquellos que

narran este hecho como que han sido importantes, situándose en el relato tras una imagen superlativa. O aquellos que narran su odisea como hombres tras esta búsqueda de la marca de importancia a la cual nunca llegaron, aunque, de algún modo tocaron el cielo en ese tránsito.

Como hemos advertido al inicio de este apartado, para que los hombres se consideren hombres no tienen por qué cumplir con el rol de proveedor o protector, sino que, las formas de actuar de los hombres deben relacionarse o conectar con ciertos patrones de masculinidad. En las entrevistas la épica o la ambición deportiva, el haber sido significativo a través de la fiesta, el haber sido un don juan, el haber tenido una sexualidad muy activa, el haber participado en revueltas políticas o, incluso, el haber generado economía o haber convivido en lugares peligrosos o ilegales aparecen como medio de significación de importancia en contraposición al relato del fracaso como proveedor o protector.

A mí me llamaban todos, estaba en contacto con los directivos de multinacionales de la Ford, la Toyota... No los de aquí, sino los de Alemania, Estados Unidos, Japón... Cada vez que venían a España o a Valencia porque había alguna feria pues me reunía con ellos... ganábamos mucho dinero, Jorge, y era yo el que se conocía todo... (Entrevista, EU8)

ENT: Nadie podía hacer lo que hacía yo. Necesitabas que te conocieran y que no te pegaran el palo, que no te engañen, que se fíaran de ti...

J: En ese momento, con el tema de la droga, ¿qué pensaban de ti los amigos, la gente que te conocía...?

ENT: (silencio) ¿Qué van a pensar? Esto no lo sabía mucha gente...

J: ¿Y los que lo sabían?

ENT: Pues yo eso no lo sé... cuando manejas dinero y eso, pues eres más reconocido... supongo que alguno querría ser como yo (Entrevista, EU1).

Como la sociedad patriarcal espera que los varones sean, de alguna forma, socios útiles para el sistema como parte del engranaje productivo y social, si ya se consideraran importantes como una cuestión finita, los hombres dejarían de participar en el sistema, y más todavía, en el sistema patriarcal. De ahí que el mensaje es *debes ser importante*, aunque lo hayas sido ya. Y si lo has sido, esto funcionará como dividendo patriarcal en tus formas de presentarte como hombre ante los demás, como forma de adquisición de un valor social superior en las relaciones que entablamos. De esta forma, y más ante una

situación de fracaso personal como es ser hombre en situación de calle, los hombres intentarán constantemente ser importantes en su relato, intentándolo en todo momento a niveles muy diversos, buscando transformar el debo ser importante con el soy importante y viceversa, y todo, para conseguir un reconocimiento y darle un cierto significado a sus vidas cuando se presentan al mundo.

El homo economicus: yo ganaba mucho dinero

El concepto del *homo economicus* se acota a raíz de interpretar las obras del filósofo John Stuart Mill, el cual interpreta cómo los hombres adquieren la felicidad a través de hacer dinero y generar lazos que están determinados por el deseo de riqueza (Ferber y Nelson, 2009; Persky, 1995). Tal es así que Mill dirá que “el dinero no se desea para conseguir un fin, sino como parte del fin. De ser un fin para la felicidad, se ha convertido en el principal ingrediente de alguna concepción individualista de la felicidad” (Mill, 2014, p. 118), exponiendo que la felicidad y la utilidad del dinero producirán efectos en la subjetividad de las personas. Otros autores, como el filósofo Ramon Alcoberro¹⁰³, situarán el origen del concepto del *homo economicus* en las obras de Adam Smith, donde se expone que la naturaleza del hombre es la de buscar siempre el beneficio máximo, económico o material, siendo consideradas aquellas personas que no lo hacen como personas con falta de cordura.

En todos los países donde existe una seguridad aceptable, cada hombre con sentido común intentará invertir todo el capital de que pueda disponer con objeto de procurarse o un disfrute presente o un beneficio futuro. Si lo destina a obtener un disfrute presente, es un capital reservado para su consumo inmediato. Si lo destina a conseguir un beneficio futuro, obtendrá ese beneficio bien conservando ese capital o bien desprendiéndose de él; en un caso es un capital fijo y en el otro un capital circulante. Donde haya una seguridad razonable, un hombre que no invierta todo el

¹⁰³ Ramón Alcoberro, en su web, posee un texto titulado - *¿Homo economicus o idiota moral?* - donde reflexionará sobre el concepto identificando como la base ideológica que emerge de este concepto no tanto en Stuart Mill sino en el pensamiento de Adam Smith. <http://www.alcoberro.info/V1/liberalisme5.htm>

capital que controla, sea suyo o tomado en préstamo de otras personas, en alguna de esas tres formas, deberá estar completamente loco (Smith, 2011, pp. 366-367).

Esta forma de entender el hombre nos sitúa sobre una idea de ambición continua, pero a la vez, desde una idea de que todo hombre debe poseer ciertas capacidades, conocimientos del contexto y cierto raciocinio para ser un hombre útil y pleno. Disposiciones sobre las cuales se han instaurado gran parte de los valores sociales neoliberales, así como, gran parte de los valores sociales patriarcales que hacen eco en la identidad masculina.

En algunas entrevistas, la conexión del éxito en el trabajo para los hombres como meta o como fin de importancia acaba convirtiéndose en un escenario cargado de ambición desmesurada, un espacio competitivo, incluso tóxico, desde el que desarrollar la aspiración personal como hombre tras el afán de llegar a ser importante en algún sentido de la vida a través de una significación económica desmesurada.

Yo no sabía cuánto dinero tenía. No miraba las cuentas como antes. Sabía que había suficiente para hacer cualquier cosa y ya está. La preocupación era que el negocio funcionase (Entrevista, EU1).

Yo, con el negocio de los coches movíamos chorrocientos miles de euros, chorrocientos miles... (Entrevista, EU8).

Me dice, te doy 1600 euros al mes más el 5% de lo facturado mensual. Allí llegué a ganar 2700, 2800 y 3000 euros. Es decir, que yo económicamente yo he tocado pasta desde los 16 años hasta los 50 (Entrevista, EU13).

Aunque parezca paradójico, la adicción por el trabajo o *workaholic* aparece en la recogida de la información hasta el punto de encontrar a hombres en situación de calle que se lamentan de lo vivido, en tanto que desconectaron de sus hijos e hijas, perdieron a sus parejas y amigos llegando a darse un proceso de soledad, incluso trabajando, como el que viven ahora que no tienen trabajo y están en situación de calle.

Hoy pienso que si hubiese parado en aquella época... pero no he podido hacerlo porque la preparación te lleva, te conlleva problemas económicos, personales, que... el sentimiento desaparece... te quedas muy herido, entonces tienes que ser, aparentemente, tienes que ser muy egoísta. Tienes que sobrevivir. Yo necesitaba mucho dinero en mi época porque seguía

manteniendo un nivel de vida alto, hipoteca de casa, hipoteca de restaurante, préstamo, mis hijos que iban a un instituto, un colegio privado, coche, otro coche, dos seguros, la moto... en gastos tenía tranquilamente cinco o seis mil euros, luego aparte los gastos del restaurante... yo tenía una media de quince mil euros todos los meses. Religiosamente pagando yo no le debo nada a la seguridad social, no le debo nada a hacienda... yo siempre pagando. Mis empleados lo primero. Mi nevera vacía pero mis empleados cobrando. Eso ha sido... Lo tenía muy claro en la vida. Luego, pues sí. Pierdo el piso, pierdo el restaurante... me voy de casa, empiezo a tener problemas gordos, gordos. Y ahí, a lo mejor, sales todos los días, te pierdes por ahí, que es un clásico (Entrevista, EU13).

Tal vez la adicción al trabajo sea el indicador más fuerte de la conexión con los valores sociales neoliberales que nos rodean, los cuales se basan en que la importancia parte de la adquisición desmesurada a nivel economicista y material a través del mundo de los negocios. El anhelo por el éxito, el poder y el prestigio a través de la figura del hombre de negocios conecta con la ambición y la autoexigencia (Mulholland, 2003). Según Burin y Meler (2000) los hombres tras esta problemática de adicción al trabajo padecen un trastorno en la subjetividad masculina. Sus ideales son especialmente caracterizados por la idea de formar parte de un club masculino de aquellos que son importantes desde su prisma particular.

Yo trabajaba con mandos, con directores ejecutivos, con... con gente de arriba, de alta liquidez, ¿no? Porque todos ellos eran los jefes de compras... y, entonces, yo les decía yo quiero esto, esto y esto. Yo me tenía que relacionar con ellos (Entrevista, EU8).

De este modo, quedan inmersos en un universo de valores muy particular donde aparecen formas de pensar las jerarquías sociales totalmente distintas a aquellos que simplemente buscan sobrevivir, y, tal cual nos advierte Burin (2007), pueden llegar a advertirse, en algunos casos, como ajenas a sus formas de vivir, estando incluso en la misma situación como usuarios de un recurso de atención a personas sin hogar.

Yo con quien tengo más conversación con [nombre], que es la única persona medio capacitada en la casa, que tiene una cabeza bastante amoblada, lo que pasa es que el hombre está como está, pero que también es un hombre que ha trabajado toda su vida y que sabe lo que es... que sabe lo que es no llegar a fin de mes. Que sabe lo que es tener un negocio, cobrar una nómina y pagar un piso, un alquiler, pagar una letra, pagar la luz, agua, teléfono.

[...] O sea, eso... eso sí, eso se llama capacidad gestora y también se llama responsabilidad. No como otros que no conocen esto (Entrevista, EU4).

En contrapartida, estas personas achacan constantemente síntomas de preocupación por su propio rendimiento, la necesidad de tener una mayor dedicación y utilizar mucho más tiempo en su trabajo, obviando que esto va generando efectos en sus redes afectivas y familiares.

Yo viajaba mucho... y todo lo que conseguía en mis viajes era muy, muy, muy positivo para el desguace... muy positivo... y cuando volvía con las manos vacías me enfadaba, no me sentía bien (Entrevista, EU8).

Mi trabajo era muchas horas, muchas horas. Entonces si estás con alguien que lo conoce pues te entiende, pero sino... Y claro, la relación se enfrió. Para mí mi trabajo era muy importante y al final pasamos a otra historia. Lo dejamos estar (Entrevista, EU13).

En consecuencia, como nos relata uno de los hombres entrevistados, se convierten en hombres solitarios rodeados de gente igual que ellos, principalmente hombres a los cuales el trabajo les va fracturando emocionalmente y que, a la vez, consideran importante y/o imprescindible aquello que hacen.

Todos éramos iguales. Cuando me reunía con otros jefes... ahora creo que los llaman ceos... en mi época éramos los jefes de sección, de ventas, de empresa. Cuando nos reuníamos era nuestro momento de relacionarnos con otras personas que no eran de la familia. No había tiempo porque no parábamos de viajar (Entrevista, EU8).

De este modo, si el trabajo es lo que les da significación y vida, la marca de importancia que desplazan hacia el exterior es constantemente una justificación económica, es decir, emergen relatos donde no hay suficiente dinero para el tipo de vida que tienen en mente o exponen de forma convencida que están trabajando para conseguir una vida mejor para ellos y su familia.

Cuando tus hijos necesitan lo básico que es la guardería, el colegio, los libros, el chándal y no sé qué y no sé cuántos... pues, digamos que es un juego muy peligroso porque si te va bien, tú mantienes una familia, si te va mal fracasas y tu familia sale perjudicada... me

entiendes... entonces ha sido una responsabilidad que ha sido muy importante (Entrevista, EU13).

Lo hacía todo por mi familia... por mi mujer y sus hermanos. Yo sabía idiomas y ellos no, yo me recorrí todo... Después con lo de mi hija pues también (Entrevista, EU8).

Sin embargo, como sucede en muchas de las adicciones, las justificaciones de las formas de vida que se derivan de ellas ensombrecen los problemas personales, relacionales y emocionales que se están dando. La dificultad de identificar esta cuestión aumenta, en tanto que las prácticas que se desarrollan no vienen acompañadas de un estigma social que las penalice. Trabajar y/o ganar dinero para la familia no es malo y es lo normal en los hombres, sino que más bien son reforzadas por el consenso social existente tras los valores neoliberales que aceptamos. Es decir, se conciben como actos de esfuerzo y generosidad por el bien familiar, como una forma de sacrificio personal que conecta perfectamente con la imagen masculina de heroicidad. Dándole un mayor valor a la marca de importancia que emerge en el relato de los hombres entrevistados cuando hablan de estas cuestiones. No identificando ninguno de ellos que posiblemente en ese momento vivieron una adicción al trabajo que les hizo llegar a la situación de calle.

En contrapartida, si se consigue el trabajo idóneo para desarrollar esta adicción esto puede generar un beneficio personal directo a través de las retribuciones monetarias que le acompañan. El ganar mucho dinero, tener una casa grande, un coche último modelo se advierten en el relato de estos hombres entrevistados como signos de haber sido importantes en un momento de su vida gracias a estas disposiciones laborales.

El dinero llama al dinero... para mantener cierta forma de vida tienes que tener cierta forma de vida. Casa grande, los hijos a estudiar al extranjero, coches de última gama y esas cosas (Entrevista, EU1).

El nivel de vida que teníamos era alto... [...] Yo tenía un piso valorado en 240 mil euros que era además de la época de la burbuja inmobiliaria - 2006, 2007, 2008 – que subieron y realmente mi piso no valía tanto (Entrevista, EU13).

Como nos decía uno de los entrevistados, “el dinero no da la felicidad, pero mira que la facilita” (Entrevista, EU7).

Si bien es cierto que la adquisición económica y la capacidad de consumo exacerbada puede ser una marca de identificación que explicitan en su relato, paralelamente a esta emerge una cuestión de incapacidad para plantarse, para parar de crecer económica, laboral o empresarialmente. De este modo, algunos de estos hombres entrevistados nos exponen cómo no consiguieron estabilizar el trabajo, buscando constantemente necesitar más para satisfacer su ansia de importancia.

Total, cuando realizo este sueño quiero más. Yo el ya está... no (como diciendo que no es suficiente). Quiero más. Yo estoy aquí, Jorge. Igual ha sido esto mi gran problema. Quiero más. Yo quiero más. Esto no me basta. Quiero un restaurante más grande. Quiero un piso mejor. Y esto fue el problema... (Entrevista, EU13).

Yo cometí el error de no vender la empresa en ese momento. Me había hipotecado con la nave y llegó la crisis... Yo no sabía parar. Me gustaba mucho el trabajo, lo que hacía... me gustaba mucho viajar (Entrevista, EU8).

Nunca había suficiente dinero. Una vez te metes con este negocio ya no puedes parar. Hay mucha gente que depende de lo que haces y hasta que no entré en prisión... (Entrevista, EU1).

Es decir, fracasaron en la búsqueda del éxito constante, en la búsqueda de la marca de importancia de forma exacerbada a través del mundo del trabajo, ratificando cómo esta forma neoliberal de entender el ser hombre y el ser importante alimenta patrones de megalomanía masoquista, viéndose el varón obligado a buscar la importancia de forma desproporcionada como hombres (Marqués, 1997). Metiéndose en un túnel donde el único final en el camino es el fracaso por tomar riesgos desproporcionados o la crisis emocional por seguir un modelo de vida que, en un momento dado, entra en disonancia en sus relaciones y sus procesos emocionales y subjetivos.

Me arriesgo y sale bien. Te digo una cosa, yo he traído en coches... en camiones portacoches más de cincuenta y más de cien coches cada viaje... volante a la derecha, ¿a quién se lo venden? A quien más pagaba... pues yo, yo, yo, yo... Y bueno, te vengo a decir que voy metiéndome, voy metiéndome y me pilla la crisis. Y cuando me pilla la crisis pues baja la venta una barbaridad. Y todo lo que me queda en stock no es material reciente, no son piezas recientes. Claro, porque ellos van liquidando los gastos del nuevo almacén... porque claro, los préstamos me los daban... con la factura proforma me daban el préstamo

y yo lo cojo. Entonces bueno, me endeudo, pero voy pagando hasta que llega 2008 y 2009. Yo tenía que haber cerrado y haber intentado vender la nave. Porque cuando ya estaba muy apurado, al límite, me fui a la persona aquella que me dijo de comprarla... me voy a ver que si aún... que si aún me entregaba los dos millones por todo ahora que la nave ya estaba hecha y todo... por lo que fuera... y entonces me dice: lo siento, bienvenido al club. Arruinado también (Entrevista, EU8).

Me hundí... Después de todo lo que había trabajado me hundí y en ese momento yo no sabía qué me sucedía... pues eso, ya no estaba al cien por cien y cuando prometes la luna y no llegas... en fin... Es el fin (Entrevista, EU13).

Como advierte Burin (2007), la adicción al trabajo no es una cuestión de sujetos de clase alta que fracasan en sus vidas, sino que se da sobre todo en hombres de clase media con cierta capacidad formativa y capacidad de hacer dinero en lo que hacen. En estos hombres la retribución económica es solo la justificación a través de la cual alimentan el ego masculino que les sitúa tras la búsqueda de la excelencia y el sacrificio en su trabajo. Distinguir entre adicción al trabajo y otras cuestiones personales, como puede ser el luchar por salir de una situación de precariedad o el utilizar el espacio laboral para huir de realidades desbordantes familiares, revierte de cierta complejidad. Sin embargo, en nuestras entrevistas, cuando esto sucede, los hombres no le dan la centralidad en el relato que esto requiere, es decir, no se identifica la adicción al trabajo como un problema sino como el cumplimiento normal del rol masculino de productividad.

A pesar de ello, sea por una razón de adicción o de búsqueda de refugio identitario, la marca de importancia sobre el trabajo desarrollado les significa desde un lugar distinto al de otros hombres en situación de sinhogarismo. Sus proezas en un momento dado como trabajadores o empresarios sirven para significarse como hombres, a pesar de estar en una situación de marginalidad, siendo estas experiencias su flotador identitario, su refugio. Y en este sentido, la marca de importancia del haber tenido un cierto éxito en el marco laboral será lo que les dará disposición para seguir sintiéndose hombres.

El sexo como marca de importancia: he sido muy mujeriego

Otro espacio que esgrime la marca de importancia en los hombres es la sexualidad. Utilizar estratégicamente relatos o apuntes sobre sexualidad para significarse como hombre, como valor de importancia dentro del grupo de iguales, es una cuestión significativamente investigada en los estudios de masculinidades (Flood, 2008; Guasch, 2006; Marqués, 1987; Ranea, 2016). En este sentido, la sexualidad de los hombres posee un carácter de importancia en las formas de presentarse, hasta el punto de convertirse en una de las funciones clásicas de la masculinidad que son identificadas por Gilmore (1994) cuando realiza su investigación antropológica sobre qué significa ser un hombre. La procreación como función masculina, el que los hombres tienen la función de inseminar y su vinculación con la potencia sexual, es una característica que se espera en los hombres y, por lo tanto, adquiere en la subjetividad masculina un carácter de marca de importancia.

La situación de calle, ser un hombre en situación de sinhogarismo, nos lleva a pensar en los hombres como seres asexuados, en tanto que lleva a los hombres a tomar distancia de las relaciones interpersonales con las que podrían conectar a nivel sexo-afectivo. De este modo, en las entrevistas hay un silencio sobre las cuestiones de sexualidad en el presente en tanto que la situación de calle no esgrime una imagen de éxito sexual o conectada con prácticas sexuales. Sin embargo, en la biografía de los hombres, los relatos de conexión afectivo-sexual van apareciendo poco a poco tal cual van avanzando en su narración de vida, adquiriendo en el relato de algunos hombres una cierta significación de marca de importancia. Así pues, cuando se les pregunta sobre las relaciones afectivas con mujeres de fuera del entorno familiar, emerge un relato unas veces velado y otras más evidente que conecta directamente con esta significación de los hombres con la sexualidad y la conquista sexual, utilizando en muchas ocasiones connotaciones dialécticas masculinas donde se busca demostrar una cierta experiencia y potencia sexual en su relato.

Esta mujer me puede. Es algo que me vuelve loco. Es una debilidad que tengo desde los diecisiete años que la conocí en un concierto. Y empezamos a chatear, total, que ella me dice vengo a Valencia. Después de un mes y empezamos... fue algo maravilloso, fue algo que no se puede describir. Sexualmente algo brutal, algo brutal (Entrevista, EU13).

Sí, sí... allí conozco también a una muchacha, también igual de mi cultura colombiana y empiezo a vivir con ella. A mí siempre se me han dado muy bien las mujeres, ya me entiendes (Entrevista, EU2).

La demostración de capacidad para el flirteo y la sexualidad es un patrón que aparece en el relato de los hombres, buscando adquirir un reconocimiento de hombría a través de presentarse como sexualmente activos, aunque sea dialécticamente. En este sentido, encontramos el relato heterosexual del donjuán, el cual se da cuando los hombres poseen la capacidad para conquistar cualquier mujer o enamorarla, y con ello, tener relaciones sexuales.

He sido también muy mujeriego... Eso es cierto. En mi familia me llamaban “el príncipe”, porque siempre he sido... el príncipe azul me llamaba mi madre. He sido siempre mujeriego y bueno, sí, realmente mi droga era esta, el sexo opuesto (Entrevista, EU13).

El relato del cortejo, embadurnado por un cierto carácter encantador expropia la capacidad de agencia de las mujeres las cuales no aparecen en el proceso de flirteo, siendo el sujeto varón el que aparece como el que desarrolla la acción. De este modo, se presentarán enarbolando un carácter de capacitación y superioridad frente a su realidad sexual como hombre, ratificando el sexo como un factor de importancia en la configuración de la masculinidad, el cual los presenta tras un cierto carácter esencializado e hipersexualizado en el relato.

Curiosamente, este carácter de importancia masculina conecta con algunas narraciones de los hombres, en las cuales, cuando estos identifican que les va bien en la vida, anudan en el relato el ser un momento de sexualmente positivo para ellos. De esta forma, esta conexión entre sexualidad y bienestar articula la importancia o centralidad del acto sexual en la vida de los hombres, llegando incluso a ser un indicador en algunas entrevistas de que las relaciones de pareja funcionan o ya no funcionan.

Pero luego lo analizas y dices... bueno, como hombre no me siento valorado... pues decido que... tengo treinta y cinco años y tengo ganas... y claro cuando ves a tu mujer que también es tu pareja que tengo ganas de cogerla, claro, es sexo, de abrazarla y estar con ella y disfrutar, yo qué sé. [...] Pero la cosa no estaba bien y no había sexo. Entonces llegó la separación y me fui de casa. Fue un palo inmenso (Entrevista, EU13).

De esta forma, dicotómicamente, también se hace una lectura de la sexualidad como un indicador subjetivo que señala cuando las cosas van bien o van mal. Es decir, un hombre con éxito en la vida se lo relaciona con una sexualidad sana y/o proactiva, y, por el contrario, un hombre sin éxito en la vida no será considerado tras este imaginario, alimentando de esta forma la idea del desplazamiento de los hombres hacia una inexistencia sexual cuando se quedan en la calle o cuando las cosas se acercan más a procesos de desafiliación o exclusión social severa.

Es curioso cómo, durante el análisis documental y bibliográfico sobre la temática de las personas en situación de sinhogarismo, no se ha encontrado ningún estudio centrado en la sexualidad de las personas en situación de calle. Como si esta realidad fuese negada del relato, ni antes ni en el momento de la situación de calle. Los únicos estudios que encontramos se centran en las agresiones sexuales que reciben o a las que se exponen las mujeres en situación de calle (Alonso-Pardo et al., 2020a; Goodman et al., 2006; Puente, 2021) o la dificultad de la acumulación de discriminaciones que adquieren las personas LGTBI+ cuando llegan a situación de calle (Molinero y Sánchez-Nimo, 2021), y no tanto el cómo afecta la situación de calle a las relaciones sexo-afectivas y cómo incide en los procesos de subjetivación que de la sexualidad se derivan. Paradójicamente, el acto sexual, la sexualidad como proceso de subjetivación sí que aparece como una cuestión importante para muchos de los hombres entrevistados, siendo relatada como una herramienta de conexión emocional y, a la vez, como una forma de significarse como hombres. De esta forma, la sexualidad se aparece para dar un mayor valor al momento de mayor éxito personal y profesional, encontrando en algunas entrevistas conexiones entre la práctica sexual y el cómo han llegado a ser importantes en estos momentos. Adquiriendo una mayor significación de marca de importancia cuando en el relato, no solamente se esgrime que va bien a nivel personal y profesional, sino también emocional y sexual.

Con mi mujer tuvimos una temporada muy buena. Éramos jóvenes, teníamos trabajo, sexualmente muy bien, no teníamos responsabilidades..., no habíamos tenido el primer hijo. ¿Eres padre? Bueno... Pues eso. Una época buena (Entrevista, EU14).

La sexualidad, como en muchos otros estudios sociológicos (Guasch, 1993; Marqués y Osborne, 1991), aparece como una práctica con carácter construido socialmente, la cual, es interiorizada de forma esencializada a través de una relación sexo-

genérica. Los hombres, en este aspecto, serán adscritos como los actores activos, siendo dicha práctica entendida como más natural en los hombres que en las mujeres, convirtiéndose en un significante de suspicacia hacia aquellos hombres que no posean una cierta significación sexual en su relato o prácticas de vida. En las entrevistas con los hombres en situación de sinhogarismo esta realidad también está presente advirtiéndose relatos de hipermasculinidad a través de relatos de hipersexualización (Fuller, 1996, 2012).

Es un mundo de dinero de una manera muy macabra [el burdel y los locales de *singles*] y bueno eso no tiene resultado positivo. Por lo menos se ha resuelto eso, sabes... Ya empezamos a hacer orgías. Con gente conocida. Fue mucho drama pues eso es lo que había. Pues la droga es a lo que nos llevaron. A realizar esas fantasías. Todas y al final, pues nada, ella conoció a un chico y la cosa se complicó (Entrevista, EU12).

Entre los relatos de sexualidad también emergen prácticas de hipermasculinidad, las cuales, se relatarán normalizando prácticas socialmente cuestionadas, como pueden ser el hacer uso de la prostitución o el tener relaciones sexuales de infidelidad, es decir, el romper pactos de fidelidad teniendo sexo fuera del ámbito de la pareja.

La verdad es que también he estado conviviendo con otra persona, pero también sentía algo por ella. Las relaciones... ya sabes. Y es normal... he estado media vida con estas cosas, entre mujeres. Y bueno, después estuve un tiempo ya con ella y fue muy bien la convivencia, en la cama, todo. Nos llevamos bien y finalizó la cosa bien, después de finalizar la relación estuve hasta finales de agosto con ella y después ya dejamos el piso donde estábamos y nos separamos (Entrevista, EU5).

Vendimos el hotel y yo me hice con una gran cantidad de dinero y bueno, uff... yo cuando cogí ese dinero imagínate. Yo estando ante el notario pensando en que lo iba a usar... Y bueno, conocí a una chica, lo maravilloso de eso, porque fue maravilloso, la verdad. Esto es increíble de decir, pero lo puedo decir. Yo me metí en un hotel con toda la enfermedad, mi adicción... y todos me venían a traer entre 15 y 30 gramos por día de cocaína. Y yo llamaba a prostitutas con tal de tener sexo y tal. Aquello era un no parar (Entrevista, EU12).

Así pues, el acto sexual se advierte también como una marca de importancia. Sin embargo, cabe advertir que no todos los hombres conectan con el relato de la sexualidad

de la misma forma, encontrando como la narración de la hipersexualidad como patrón masculino se rebaja o casi desaparece en algunos hombres en los cuales se evidencia un modelo relacional más cercano a patrones de amor romántico y, también, a patrones igualitarios, reduciéndose el contenido y el carácter sexual en las entrevistas realizadas.

El rey de la fiesta: consumo y adicción como aventura masculina

La marca de importancia, además de estar relacionada con factores de éxito personal, laboral o éxito sexual, es una marca de masculinidad que puede emerger directamente de otro tipo de prácticas que no gozan del mismo reconocimiento a nivel social. Esta cuestión conecta con la pregunta del porqué los hombres en proceso de vulnerabilidad o exclusión social llegan a desarrollar una *performance* que podríamos identificar como hegemoníamente masculina a la hora de significarse. Adler (1964) ya planteó en su momento que muchos de los comportamientos humanos venían derivados de un sistema de distinción desigual entre masculinidad y feminidad, advirtiendo que esta distinción estaba basada en una polaridad culturalmente devaluada la cual era asociada a la idea de debilidad. La propia Connell (2015) se fijará en el trabajo de este autor en tanto que planteó una teoría a través de la cual explicaba cómo, en muchos casos, cuando emergía un sentimiento continuado de debilidad social se generaban unos patrones de ansiedad que hacían enfatizar o sobreexponer exageradamente patrones de masculinidad hegemónica en los hombres. De esta forma, Adler (1964) estableció una relación entre el sentimiento de debilidad, el ejercicio de prácticas y la búsqueda de compensación identitaria identificando esta dinámica masculina como la *masculinidad protesta*, detallando una serie de acciones o actuaciones masculinas que buscarán compensar aquellos factores que los desidentifican como hombres de verdad, actuaciones que posteriormente serán nombradas como prácticas de hipermasculinidad.

A pesar de que Adler (2013)¹⁰⁴ profundizó en esta cuestión, abandonará esta línea de trabajo para centrarse en la dominación masculina y el uso de la violencia. La reflexión

¹⁰⁴ La teoría de la *masculinidad protesta* y la neurosis de Alfred Adler será refutada por Sigmund Freud advirtiendo que era demasiado simplista, generando una ruptura del autor con esta línea de trabajo. Sin embargo, posteriormente sus aportes serán utilizados en los estudios de género, cultura, masculinidad y subjetividad siguiendo muchas de las líneas de trabajo que el autor empezó en su momento (Connell,

alrededor de la *masculinidad protesta* llegará al análisis desde otros marcos de investigación interseccional, advirtiendo estas prácticas de compensación ante las relaciones de poder en situaciones de clase social subordinada, masculinidad y juventud o, incluso, en ciertas disidencias sexuales (Lane-Steele, 2011; McDowell et al., 2014; Sanders, 2011; Walker, 2006).

Beber más que los demás, tontear con las drogas, ser especialista en clases, tipos y variedades de hachís o cannabis o, incluso, ser el que mayor conocimiento tiene de estas prácticas de consumo en los distintos contextos de fiesta y ocio son prácticas que quedan vinculadas, directa o indirectamente, con la hipermasculinidad, apareciendo en el relato de los hombres entrevistados que han coqueteado, en algún momento de su vida, con temas de alcohol y drogas. Hombres que, a través de estas prácticas, han terminado siendo consumidores asiduos y reconocidos adictos problemáticos en los sistemas de protección social.

Luego cuando me quedo sin dinero termino en la calle, con otro amigo que conozco, bebiendo, bebiendo más que de costumbre... y fumando y todo esto (Entrevista, EU3).

La bebida la odio. Sí que te puedo decir que la base (cocaína) ha sido problemas de muchas amistades y de mucho dinero, sabes. Hoy por hoy nada. Ni tabaco (Entrevista, EU5).

Mi vida siempre ha sido un sinvivir. Ahora es cuando empiezo a ver la luz. Ahora es cuando puedo reflexionar, cuando tengo la capacidad de ver lo que he hecho mal o lo que me gustaría ver de otra manera. Porque yo he estado la mitad de mi vida adicto a la heroína y entonces no tenía mucho poder de decisión. O sea, lo primero en mi vida era la heroína, lo segundo la heroína y lo tercero la heroína. Ni mi mujer ni mi hija me puede... mi mujer ha pasado por muchos problemas... eso ha sido mi vida (Entrevista, EU9).

En el análisis de la información, este tipo de prácticas emergen tras un significado simbólico mucho más amplio que el simplemente pensar que son personas adictas que están en la calle o que se engancharon a las sustancias adictivas tras un juego de demostración de valentía, fuerza y osadía y, por ello, ahora están en situación de *sinhogarismo*. Como explica Tomsen (1997), hay que tener en cuenta cómo la situación

2015), volviendo a aparecer de forma póstuma en muchas de las obras científicas que van emergiendo en este sentido.

de subordinación de clase puede conllevar un rechazo a los valores sociales de las clases superiores, ya que junto a las cuestiones personales que llevan a los hombres a beber y consumir, el buscar sentirse parte del grupo social donde se convive será un factor a destacar, generándose prácticas que busquen a desidentificación con las clases superiores y la pertenencia al grupo, apareciendo ciertas prácticas como sujetos que buscan ser reconocidos a un grupo social concreto. De esta forma, las prácticas de consumo ilegal se relatan buscando mejorar su imagen masculina en un contexto situado, dándole un valor social al alza, desarrollando prácticas que podemos identificar tras el paraguas teórico de la compensación que nos advertía la teoría de la *masculinidad protesta* (Connell, 2015). En las entrevistas encontramos este relato de importancia como hombres dentro del espacio de fiesta, donde el consumo les significa como importantes dentro del grupo.

Ganaba entre cuatrocientos y quinientos euros al día, pero consumía, consumía, consumía y no podía parar. Y no podía parar. Aquello era todo una fiesta. Al principio parecía todo felicidad y fiesta, pero era como... era como... no conseguía de ninguna manera dejar esa mierda. Pero bueno, la gente me conocía, sabía dónde tenía que ir, lo que tenía que hacer... Aparte mis jefes también consumían, bueno, así en el negocio... estaban ellos con el tema de las sustancias... Me pagaban incluso en coca (Entrevista, EU12).

Yo me hice el rey de la noche. Me hice de relaciones públicas de una discoteca y a raíz de esto entré en la ruta del bakalao. Tenía un buen coche. Conocí a toda la gente de la ruta del bakalao. Bebida gratis. Droga gratis. Ximo Bayo tiene mucha cara, porque Ximo Bayo, como me conocía a mí la gente más importante de la noche, pues se pegaba mucho a mí, porque a mí todos me invitaban... y bueno... (Entrevista, EU6).

El “salir de fiesta” está compuesto por múltiples espacios por donde transitan los hombres en algunos momentos de su vida, hablándonos en sus relatos de bares, pubs, conciertos, festivales y discotecas. Esta práctica es un tránsito ritual que se da principalmente entre la adolescencia y la madurez donde se da un aprendizaje social a través de las relaciones intensas y las prácticas conjuntas que se desarrollan en dicho contexto. Unas formas de actuar que buscan alejar a los sujetos de las rutinas diarias y las normas familiares, llegando en algunas situaciones a poner en tela de juicio la autoridad familiar, configurándose, de este modo, una especie de sentido de libertad. Esta percepción como espacios de libertad trascenderá una vez llegada a la madurez convirtiéndose “el salir” al bar o a cualquier espacio que se aleje de la normalidad familiar o laboral como un espacio

refugio donde tomar distancia de las obligaciones diarias. Un espacio donde las personas buscan sentirse libres, divertirse y relacionarse con otras personas que están en el mismo momento de vida. Siendo este un espacio idóneo donde significarse como importante tras la consigna básica de la masculinidad.

Así pues, el consumir alcohol, tabaco y/o drogas es una práctica habitual en estos espacios de desconexión cotidiana. El consumo de ciertas sustancias, sobre todo alcohol, está normalizado adquiriendo un significante grupal que conecta el salir, consumir y sentirse libre por un momento, llegando incluso a sentir este tipo de prácticas como experiencias significativas en la vida por parte de aquellas personas que no consumen.

J: ¿Temas de alcohol...?

ENT: Yo nunca jamás. Yo nunca he bebido ni fumado ni me he drogado... Si lo llego a saber hubiera hecho de todo. Fíjate (ríe). Pero no, no... es que he sido tan gilipollas que ni eso. Y claro, llego aquí y me encuentro a una gente que me cuenta que se ha corrido unas fiestas... joder, yo la vida me la he perdido (ríe)... fíjate tú... (Entrevista, EU7).

Empezar a consumir no solamente sucede por sentirse parte del grupo social donde se está conviviendo sino también como forma de experimentar y como forma de demostrarse identitariamente, entre otras muchas cuestiones. Si reflexionamos sobre el tema aplicando la perspectiva de género, encontramos que el consumo de alcohol, tabaco y drogas, las adicciones en general, poseen una prevalencia mayoritariamente masculina¹⁰⁵. Los hombres construyen parte de su identidad generando prácticas de demostración de la virilidad que les da un valor y les significa como hombres. El consumo de alcohol y drogas lo podemos analizar desde la intersección género y edad, teniendo en cuenta que, en relación a ambas, buscan significarse como aventureros, valientes y fuertes para tomar distancia de la feminidad, así como de la niñez, desarrollando actos de osadía que cuestionan la normatividad, incluso la legalidad. De esta forma, muchos de los hombres entrevistados nos hablan de cómo en su juventud, con el grupo de iguales, realizaron actividades relacionadas con el consumo de alcohol y drogas, siendo este el

¹⁰⁵ Esta prevalencia masculina se puede consultar en el informe realizado por el Ministerio de Sanidad *ESTADÍSTICA 2021. Alcohol, tabaco y drogas ilegales en España* sobre el consumo de sustancias tóxicas en España

(<https://pnsd.sanidad.gob.es/profesionales/sistemasInformacion/informesEstadisticas/pdf/2021OEDA-INFORME.pdf>). Así como, en el informe realizado por la Dirección General de Ordenación del Juego titulado *Análisis del perfil del jugador online 2020*. Realizado para el análisis de adicciones no tóxicas como ludopatía, juego online, etc. (<https://www.ordenacionjuego.es/es/noticia-informe-jugador-online-2020>).

espacio idóneo para naturalizar este tipo de prácticas que, en muchos casos, se volverá en un problema de adicción.

J: ¿Cómo das el salto del estar todo el día con el deporte a empezar a salir de fiesta?

ENT: Pues fue por culpa de un vecino. Porque yo la primera novia que tuve fue a los 16 o 17 años. Y cuando ella me dejó mi vecino me dijo que me fuera con ellos. Ellos ya bebían, consumían... yo no (Entrevista, EU6).

Yo cuando era un chaval estaba bastante consentido por mis padres y se me hacía duro estar viviendo y tal, fuera... Y bueno, ya empecé con las sustancias de cocaína, heroína y bueno... todo a la vez porque era... entonces allí las personas con las que me juntaba consumían mucho y en mucha cantidad. Y, yo consumía, consumía mucho, mucha cocaína... (Entrevista, EU12).

De esta forma, el consumo empieza como un juego de jóvenes rebeldes y osados y con el tiempo es entendido como una práctica habitual en la vida de las personas. El consumo de alcohol, el consumo de cocaína y heroína o el consumo de benzodiazepinas y barbitúricos entre otros emerge en el relato de los hombres entrevistados donde algunos de ellos reconocen que la adicción es lo que les ha llevado a la situación de calle. Casi todas las narraciones analizadas sobre el consumo y la adicción empiezan hablando de descubrirse y experimentar, pero terminan hablando de ser esto un acto más en un comportamiento de rebeldía contra el mundo. Esta forma de actuar se amolda al mandato masculino a través del cual todo hombre debe ser capaz de enviar a todos al infierno cuando este decida (David y Brannon, 1976). De esta manera, unas prácticas que empiezan tras significantes de cierto heroísmo y aventura pasan, en algún momento, a ser demostraciones de aguante y fuerza a través de la competición de alcohol o el ver quién aguanta más de fiesta (Capraro, 2000; Ray y Gold, 1996; Uy et al., 2014), pero terminan siendo dibujadas como un acto de rebeldía, convirtiéndose en el cóctel perfecto desde donde los hombres pueden encontrar su marca de importancia, y si fracasan en todo lo demás, se amoldan para ser una forma de compensar su masculinidad, evadiéndose de todo y destruyendo su cuerpo a partir de sustancias tóxicas y adictivas.

Sin embargo, pasarse consumiendo y terminar siendo adicto no es una práctica aceptada socialmente, sino más bien lo contrario, en tanto que, si una persona termina teniendo problemas de adicción, adquiere un significante estigmático vinculado con el

fracaso, ya que no ha sido capaz de controlar de forma racional la osadía o la rebeldía que buscaba demostrar. Mosse (1998) hablará de la *serena fortaleza* como contrapartida o contrapeso a las prácticas de hipermasculinidad que se desarrollan para demostrarse como hombre, evidenciando que la hipermasculinidad es una práctica naturalizada, pero no cualquier práctica está consentida socialmente de forma pública en el sistema patriarcal. Si bien es cierto que las acciones de demostración de la virilidad masculina, a través de prácticas de hipermasculinidad, poseen una cierta aceptación social, incluso una valoración positiva que sitúa en una posición jerárquicamente superior a las personas que las realizan exitosamente, estas prácticas también poseen una frontera de aceptación social, la cual si es sobrepasada públicamente descarga con toda su fuerza el estigma sobre las personas que han ejercido tales prácticas. Tras esta realidad, en las entrevistas se advierte tanto la carga estigmática como la naturalización y normalización de ciertas acciones en ciertos contextos, siendo el pasarse con las drogas y el alcohol un significante de importancia que es utilizado, no escondido, por encima del estigma por parte de los hombres en sus relatos. Reconociéndose importante por tener el privilegio de hacerlo porque quieren hacerlo, en contra de todo lo que les digan las demás personas.

A mí quién me iba a decir a mí que no me drogara. Yo era un poco rebelde. Un bala perdida (Entrevista, EU11).

Era una temporada de muchísimo consumo. En aquella época, ahora, entiendo lo que ha pasado. Claro en aquella época no fue la generación de los sesenta, porque claro, teníamos... pero tampoco te creas que desde entonces... Había información, pero había vicio. La información (ríe). La información es lo mismo que cuando te dicen estudia que si no, no vas a ser nadie. Yo tenía la información. La historia yo la sabía. Lo he comprobado con los años. La única información que tenías era, oye, sabes que si te metes esto de más pues puedes morirte. Pero lo primero era el vicio. Aquello era lo que hacíamos y si consumías, pues eras parte de... y que nos quiten lo bailado. Yo lo viví así (Entrevista, EU12).

La naturalización de estas prácticas llega a tales extremos donde las personas que se significan desde este marco identitario nos hablarán del lugar que ocupaban dentro de las jerarquías que existen en el mundo del tráfico de drogas, advirtiéndolo que no eran simples consumidores, sino que, en su mundo, de algún modo, luchaban por tener una posición de alguna forma respetable.

Y ahí conseguí hacerme un puesto... primero a bailar el agua, después a vender, después a hacer recados, hasta que me hice allí mi casa, mi punto. A la gente le daba miedo vivir allí, la policía no venía ni se la esperaba. Con el tiempo la gente me conocía, yo tenía mi negociete. Tenía mis drogas, dinero, era alguien allí (Entrevista, EU9).

Yo empecé moviendo poca cantidad, pero terminé siendo el jefe (Entrevista, EU1).

Así pues, la marca de importancia como hombres se significa en relación a las prácticas de masculinidad que se desarrollan en un contexto concreto. Si los hombres se significan como importantes haciendo carreras de coches ilegales, la marca de importancia se significaría a través de prácticas donde el riesgo de accidente es extremo y donde la victoria en las carreras será un significante más para adquirir la marca de importancia (Blanco, 2012; Espada, 1998). En las entrevistas de estos hombres, el valor social y la marca de importancia que buscan describir quedan abiertamente vinculadas a un mundo donde el consumir mucho y el generar economía a través de prácticas delictivas son las formas de significarse en este submundo, es como decir que, en el reino de los ciegos, el tuerto es el rey, y, en estos hombres, la marca de importancia se configura en relación al contexto social de las adicciones.

Sin embargo, no todos los hombres hablan del consumo como marca de importancia a pesar de admitir problemas de consumo. Por un lado, encontramos hombres que lo ven como un signo que transita entre la normalidad por la situación que están viviendo, pero también, de fracaso personal donde han terminado bebiendo o consumiendo estando en situación de calle.

Hacía cartones, lo típico, lo que recogía por la calle... pues así. Vale. Después de eso que me ha dicho el médico. Cuídate, no bebas alcohol y eso. Has venido aquí al albergue también. Y aquí he trabajado con [la trabajadora social]. Ahí se puede confirmar esto. Me dieron la opción de trabajarme esto y probé. Sin beber. Pero al poco tiempo otra vez a la calle. Otra vez bebiendo y bebiendo (Hombre usuario recurso atención social, EU3).

O incluso ciertos hombres expresan que han llegado a sobrevivir gracias a estas prácticas de consumo en tanto que el consumir, adictivamente, diluye la presión psicosocial que viven en la calle y, ante el miedo de la noche, les ayuda a dormir y descansar. Una cuestión necesaria para no terminar demacrándose cada vez más estando en situación de calle.

Esto sí que es cierto, tomé... me automedicaba, con el diazepam, me tomaba diazepam de cinco miligramos o de diez. Me automedicaba. Que me sentía mal, pues me tomaba dos... que me sentía bastante ansioso pues igual juntaba cuatro o cinco [...] Qué pasa, que yo mezclaba las pastillas con alcohol. Así era mi vida hasta que vino el Covid... que era durante siete años, catedral, yo conocía un par de vecinos y ahí pues... me estaba y ahí pues me metía en un cajero a dormir, hasta el día siguiente... yo y cuatro o cinco más. Me automedicaba y bebía para poder descansar bien y estar estable (Entrevista, EU10).

Claro... quedábamos y decían bebe una o dos cervezas... y así poco a poco, poco a poco, y cada vez más. Pero claro cuando estás durmiendo en la calle era necesario... beber... Sin alcohol en la calle no se puede vivir. Era necesario. Beber para que no te den miedo los coches, para poder dormir. Cosas de la calle, ¿entiendes? Como se dice, es lo más normal entre vagabundos. Normal... es una cosa normal entre vagabundos. No en una persona normal. Y eso... quiero, quiero, una vida normal. Una vida normal. Así no se puede (Entrevista, EU3).

De esta forma, el comportamiento de los hombres se advierte fuertemente marcado por este énfasis social masculino tras el significarse como importantes lo cual les condiciona en sus formas de vivir la masculinidad, cada uno desde un contexto social diferente. Los valores sociales masculinos que se relatan por habitar prácticas de consumo de sustancias adictivas como la fortaleza, el aguante, la rebeldía o la aventura hacen que habitar el consumo se sienta como un lugar de importancia en ciertos entornos sociales para los hombres, apareciendo esta cuestión como una forma de refugio identitario en las entrevistas masculinas donde el contexto de fiesta y el consumo de sustancias será un espacio idóneo de compensación de una masculinidad que no posee un fuerte carácter de significación social, en tanto que es entendida como una masculinidad marginal o fracasada.

Hacerse el malo en un contexto de identidades devaluadas

Como decía Marqués (1978, p. 43) “el chulo y el padre de familia pueden ser considerados como polos de un mismo eje: el de la importancia social del varón”. Si depositamos la mirada en el polo que se aleja de la función social del padre, aparecen significativamente tras la etiqueta del chulo una amalgama de posibilidades desde donde

los hombres pueden expresar su masculinidad conectando su identidad con otras experiencias de vida. Entre ellas, una de las formas que acoge cierta significación siempre ha sido la relación entre los hombres y lo prohibido, y, con ello, entre los hombres y ciertas prácticas de riesgo delictivas. En la narración biográfica de algunos de los hombres entrevistados aparecen este tipo de prácticas, dándole un significado de normalidad y naturalidad en sus vidas, una cuestión que en alguna entrevista hasta resulta sorpresivo.

Yo he sido muchas cosas en esta vida. Agricultor, militar legionario... incluso traficante. Bueno... en esa época también hacía más cosas como robar y eso... (Entrevista, EU9).

La correlación entre masculinidad, marginalidad y criminalidad es un tema que, desde los estudios de masculinidades, va emergiendo poco a poco cogiendo cierta relevancia (Ferguson, 2001; Messerschmidt y Tomsen, 2018; Rios, 2011; Tomsen, 2017) en tanto que su conexión con acciones productoras de masculinidad hegemónica nos ayudan a teorizar e identificar cómo la socialización y la educación de los hombres favorece una tendencia hacia la transgresión de la legalidad. De este modo, como nos advierten varios autores (Ferguson, 2001; Tomasini, 2013) los hombres se *hacen los malos* tras una fachada intimidatoria que busca transmitir o demostrar una imagen de temor a los demás, pero, a la vez, también buscan transmitir una imagen de osadía que conecte con un imaginario social de valentía, audacia y atrevimiento. De este modo, el posicionamiento de los hombres ante estas prácticas transmite un proceso de reconocimiento tras una dinámica que vincula códigos de dureza, rudeza y, a la vez, de cierta violencia y hostilidad, generando un escenario de presencia masculina con una particular intensidad, la cual, posee la función de conservar la imagen proyectada hacia las y los demás (Goffman, 1970).

Tal es así que cuando los hombres relatan sus experiencias delictivas, lo primero que llama la atención es que adquieren una pose de normalidad y naturalidad a la hora de hablar de ello.

Yo iba a robar, pero iba a robar de lunes a jueves. Porque sabía que si iba a robar y me detenían ya no podía ver a mi hija el fin de semana. Entonces yo los fines no robaba. El jueves sí, porque si me pillaban el viernes pasaba el día en el cuartelillo y el sábado podía ver a mi hija. A lo mejor algún domingo sí que iba a robar cuando la dejaba en casa, pero procuraba estar con mi hija el fin de semana (Entrevista, EU9).

J: ¿Entonces lo que hacías era llevar droga de acá para allá?

ENT: Sí, ese era mi trabajo (Entrevista, EU1).

Esta pose, al ser relatada desde la normalidad, como si fuese cualquier otra práctica de vida habitual, transmite una serie de formas de pensar encarnadas en el imaginario que posee la persona entrevistada. La naturalidad del relato genera una imagen de seguridad personal, pero también una imagen de valor o valentía que hace evidenciar que no tienen miedo de ser reprimidos o penalizados por reconocerse como parte de las distintas actividades delictivas que narran. Es interesante cómo la reiteración de vivencias que ha venido conformado su identidad de género masculina ha hecho mella en su forma de advertir los riesgos, mitigando su percepción negativa ante ciertas acciones y naturalizando en ellos otras formas de funcionar.

En mi mundo era lo normal... si no haces lo que hacen todos, empiezan a pensar mal de ti, pueden pensar que eres policía... Entonces yo, con lo que ganaba, pues casa grande, coche grande, colegio privado para mis hijos. Yo cuando iba a Ibiza conducía un Humvee, ¿sabes cuál es? El coche este grande modelo militar... (Entrevista, EU1).

El ser ellos sujetos que han sobrevivido a través de realizar acciones delictivas, ya sea a través de traficar con drogas, robar o estafar, esto no es relatado tras una carga moral justificativa. Sino más bien, desde una posición de obviedad, advirtiendo como nos decía un entrevistado que “hacía lo que tenía que hacer” (Entrevista, EU1) frente a su realidad de vida y/o precariedad.

Para estos hombres, transgredir la norma implica de alguna manera ser incorrecto, pero no de forma negativa, sino más bien como parte de su forma de ganarse la vida. La correlación delincuencia y supervivencia económica o personal emerge de forma constante en la forma de relatar tales acciones, convirtiéndose el acto delictivo, en algunos casos, en un relato en clave laboral.

Yo me dedicaba a esto. Hay quien se dedica a cuidar a viejos... yo me dedicaba a cruzar la droga de la península a las islas (Entrevista, EU1).

En este sentido, los hombres normalizan y naturalizan tales prácticas de vida, pero, a la vez, le dan un cariz de importancia. Porque de algún modo cuando ellos cuentan lo que

han hecho se configura un imaginario que dibuja su lugar de importancia en el mundo evidenciándose cómo quieren ser reconocidos por los demás, aunque esto suceda de forma inconsciente. Este imaginario que quieren transmitir no es una imagen estigmática de ellos mismos, aunque se aprovechan del estigma que acompaña, sino que es una imagen que alberga una serie de características que generarán un motor simbólico que busca alimentar consciente y/o inconscientemente cierto temor hacia ellos, pero también respeto y seguridad estoica a través de la imagen de peligrosidad.

Así pues, la primera característica que identificamos en el relato de los hombres es cómo buscan dar valor y ser identificados por la valentía que ha requerido realizar ciertas acciones delictivas. Arriesgarse a transgredir la norma aparece advirtiendo su atrevimiento y, a la vez, generando una cierta singularidad que lleva a pensar que lo que hacen ellos es difícil que lo puedan hacer otras personas, *ergo* se significa todavía más la marca de importancia. En este sentido, ser atrevido conecta con enfrentar el riesgo, incluso con ser, de algún modo, el aventurero que arriesga por conseguir lo que quiere o por ir más allá para que le vaya mejor en su vida, aunque sea a través de actos delictivos.

Terminé en otro punto de droga, pero haciendo lo mismo. Vender y controlar y todo eso. [...] Yo estaba dentro de... estaba muy bien situado. Tenía dinero, tenía droga, tenía... yo estaba bien puesto allí. Me costó, pero lo conseguí. Consegui confianza con los gitanos y los gitanos me daban margen. Aquello era lo que era, pero yo me manejaba, otros no (Entrevista, EU9).

A esta caracterización de la valentía se le sumará una imagen de fortaleza y/o dureza, en tanto que, si eres capaz de delinquir, significa que no tienes miedo a enfrentarte al riesgo de ser detenido, y con ello, a ser capaz de sobrevivir en los contextos más peligrosos de la sociedad adquiriendo una cierta significación con ello de importancia. Esta imagen de dureza no es tanto una característica física sino más bien emocional o comportamental. Por ejemplo, cuando alguien nos cuenta que ha estado en prisión la imagen que transmite es que ha sobrevivido a un entorno realmente peligroso, como quien relata que se ha dedicado a hacer negocios con narcotraficantes de ciertos barrios marginales de una gran ciudad. El acto delictivo siempre viene acompañado por un imaginario que apunta a la capacidad de aguante y supervivencia en ciertos entornos, una demostración de fuerza y rudeza que es transmitida tras estas fórmulas de identidad delictiva.

Además, el desarrollo de ciertos actos delictivos también conectará con una imagen de cierta picaresca, pero no desde una imagen de pobreza a lo Lazarillo de Tormes, sino más bien desde una imagen de tener ciertos conocimientos y capacidad para manejarse en contextos peligrosos. Es decir, si te saltas la norma y no eres descubierto, es un acto de astucia e ingenio, trasladando una imagen de conocimientos para delinquir y sobrevivir en ciertos contextos, pudiendo ser acogido como una imagen de inteligencia.

Yo tenía en la cabeza todo... Sabía con quién había que hablar, dónde había que ir, cuándo había que hacerlo... Estuve muchos años haciendo dinero. Me fue bien en esa época... (Entrevista, EU1).

Me metí a hacer un equipo de relaciones públicas. Todo estructurado para llevar mazo de gente y llevarme algunas comisiones con esto. Yo logré hacer allí una buena historia. Todo como buen gallego, vamos pirata, con parche, ni hacienda ni nada de todo eso. Eso lo cobraba yo y punto. [...] Es una zona turística que bueno, que aquello es más mafia que yo que sé. Captábamos personas para llevarlos a restaurantes a comer marisco, pero ese marisco ni era fresco ni era marisco ni era nada. Aquello era una vergüenza, engañábamos a la gente. Pero bueno, como los turistas se mueven por allí... (Entrevista, EU12).

Todas estas características conforman una imagen de un hombre capacitado para actuar sin tener en cuenta las consecuencias. Una característica que se correlaciona directamente con el último mandato de la masculinidad de Robert Brannon (1976, p. 27), ya citado en relación a otros resultados del análisis, donde ser hombre es tener la capacidad de actuar desde una libertad extrema para, llegado el momento, “enviarlos a todos al infierno”. Esta realidad transmite una apariencia de seguridad que, acompañada del contexto de peligrosidad desde donde se configura, puede generar en contrapartida cierto temor. De esta forma, esta correlación entre ciertos actos delictivos y la pose masculina configura la imagen del *malote*, siendo esta una imagen dura, ruda e inestable que es capaz de utilizar la fuerza y/o la violencia cuando la situación lo requiera, sin tener en cuenta las consecuencias. Esta forma de entender el ejercicio de poder no solamente rearma la idea de temor hacia afuera y de seguridad hacia adentro, sino también de seguridad hacia las personas que le acompañan, ya que si sucede alguna agresión el imaginario que se posee sobre su persona es que responderá violentamente si la situación lo requiere.

Ella sabía todo lo que había hecho yo (drogas y delincuencia) ... y yo... ella me decía que yo le daba seguridad, pero ya ves... (Entrevista, EU12).

Esta forma de reconocerse y ser reconocido parte de una concepción desde la acción y no desde la pasividad. El hombre es el que actúa, aunque sea de forma imprevisible y violenta. Sin embargo, existe una fina línea entre la demostración violenta, la seguridad, la imprevisibilidad y el estigma, dado que actuar sin tener en cuenta las consecuencias transmite una imagen de descontrol, y con ello, de posible desequilibrio personal. De este modo, a pesar de que tener una postura amenazante de manera constante busque que la otra persona no tenga una imagen devaluada de quien la expone, a la vez, alimentará el estado de precaución en las demás personas, pudiéndose transformar la misma pose en rechazo. A pesar de ello, la provocación hacia el otro, y con ello, la intimidación emerge como una forma habitual de refundar el reconocimiento tras la búsqueda constante de respeto, encontrando una lógica identitariamente defensiva, descartándose en el relato de los hombres dicho reconocimiento negativo hacia el sujeto que expone esta *performance* de masculinidad.

De esta forma, tras las narraciones de los hombres entrevistados emerge un conjunto de posturas que expresarán fuerza, dureza y peligrosidad, acentuándose el reconocimiento con un modelo de masculinidad que compartirá muchos de los patrones de la masculinidad hegemónica patriarcal. Un camino performático, como ya advirtieron tanto Gilmore (1994) como Bourdieu (2000), que sirve como estrategia de demostración de virilidad. De esta forma, hacerse el malo o acoger en su seno una identidad de delincuente aparece como un refugio identitario de masculinidad desde donde expresar cómo ha sido un hombre importante en su relato vital. Y, a pesar de estar en situación de calle, la utilización de dicha marca identitaria también generará efectos en sus relaciones sociales más cercanas, transmitiendo un cierto temor y una forma de representarse tras una imagen de poder hacia los demás.

Dos meses antes de salir de prisión pues se murió mi madre. Yo no pude ir. Yo no pude ir. Porque como tenía la orden de alejamiento con mi madre no me dejaban ir... por una cosa que... (silencio) La liaba mucho con las cosas que hacía y mi madre, pues claro... estaba asustada. Ella siempre se arrepintió de esto porque bueno. Ella se pensaba unas cosas y al final se encontró con la ley, bueno, la ignorancia, pensaba que podría verme cuando me

recuperase y se encontró que no. Me jodió bastante porque una vez muerta no pude ir... pero bueno, la ley es la ley (con ironía). Todavía no lo entiendo (Entrevista, EU12).

Con ello, exponerse como sujeto que habita ciertas prácticas de delincuencia será utilizado en alguna de las entrevistas como marca de importancia para medir el espacio de reconocimiento frente a la persona que lo entrevista. Una forma de transmitir temor y protegerse a la hora de relatar la situación personal que lo ha traído al recurso y, también, como mecanismo para situarse dentro de las jerarquías masculinas con las que se relaciona, siendo el perfil de delincuente o expresidiario una pose que emerge tanto para marcar distancias como para forjar alianzas de masculinidad con los sujetos que comparten este tipo de códigos comportamentales.

Y yo le dije, ese no sabe lo que es estar en prisión, porque no había estado en prisión. Yo sí. Entonces iba por ahí de duro, pero no... Me molesta que me intenten engañar, hacer ver lo que no es (Entrevista, EU11).

La etiqueta será productora de una serie de signos que caracterizarán de forma diferente a quien la lleve, situando al sujeto en un lugar distinto dentro de la diversidad de hombres que podemos encontrar entre las masculinidades marginales. En este caso, dentro de los hombres en situación de calle con los que comparten ciertos momentos de vida. De esta forma, quien despliega esta estrategia de *hacerse el malo* como marca de importancia buscará cobrar una cierta notoriedad para ser reconocido de forma superior dentro del grupo social. Se trata de una acción individual de resignificación personal, más que una forma de socialización grupal. En este sentido, los resultados de la actuación y sus efectos dependen de la interpretación de quien observa, escucha o se relaciona, predisponiendo a los actores un juicio de valor identitario bidierccionalmente, ya que unos van a ser expuestos a algún tipo de temor y los otros van a buscar un cierto reconocimiento dentro del grupo, ya sea para adquirir notoriedad, encontrar jerárquicamente su lugar o como reacción defensiva frente a las acciones hostiles que puedan recibir.

De esta forma, tras la pose donde los hombres se reconocen como delincuentes emerge un marco de distinción entre hombres, y con ello, una forma de situarse ante los distintos niveles de jerarquización intragénero, siendo la representación masculina de esta

marca un factor de importancia. Por una parte, encontramos aquellos que utilizan la imagen del yo delincuente desde el relato de la supervivencia, un relato muy marcado desde donde se demuestra que han sobrevivido en un contexto ciertamente duro y peligroso, aunque sea sin mucho éxito, siendo principalmente lo que le da valor como hombres el acto de sobrevivir a las distintas situaciones. Estamos hablando de hombres que han realizado pequeños robos, han traficado con drogas desde el menudeo, etcétera.

ENT: Y cuando creo que peor me lo he visto... creo que ha sido este último año. Mis hermanas ya ponen el límite y ya pues me veo en la calle... Me veo en la calle y te lo digo sinceramente...

J: ¿porque la ayuda se te termina?

ENT: Sí. Se me termina y empiezo a robar. Empiezo a robar comida, en los supermercados y... y eso es lo que he tenido que hacer (Entrevista, EU8).

Por otra parte, encontramos unos cuantos que hablan de la realización de delitos desde el descontrol, transmitiendo como valor la inestabilidad que pueden llegar a tener en ciertos contextos o momentos de sus vidas. Una inestabilidad que era transmitida tras una lectura de fortaleza y también de temor indirecto desde el acto delincuencia.

Yo estaba tan enganchado. Bueno, entraba y salía de los psiquiátricos y el cuartelillo porque la liaba mucho, con la policía, hacía cosas muy raras. Como robar un coche de policía. Pero cosas raras del empastillamiento que llevaba que ahí estaba ya yonqui, pero pasado de vueltas. Mi madre me puso una orden de alejamiento también. Y bueno, acabé en la cárcel (Entrevista, EU12).

Para finalizar, están aquellos que se describen como importantes por pertenecer, incluso por ser ellos los cabecillas de una red delincuencia. Es decir, se describen a ellos mismos como hombres normales que realizan ciertas acciones delictivas tras un marco de normatividad. Es interesante cómo estos hombres que se han caracterizado desde esta imagen, intentan constantemente no desvelar las causas de la conducta delictiva sino, más bien, situarse tras una imagen corporativa que entienden les da valor, como cuando un hombre se presenta diciendo que es abogado, médico o arquitecto porque sabe que esto le da valor de importancia. En las entrevistas de estos hombres presentan un relato coherente y plausible sobre cómo ha sido su comportamiento, un relato de normalidad o naturalidad de las acciones realizadas, incluso llegando a poner en el centro el discurso

del sostén económico como proveedores familiares, fraguándose una micro imagen de un proveedor económico desde la delincuencia.

Pues te lo he dicho. Yo no consumo. Lo que hacía era mi trabajo [tráfico de drogas] y con eso pagaba todo. La casa, el colegio, los negocios... (Entrevista, EU1).

En este sentido, *hacerse el malo*, estar fuera de la ley, utilizar cuestiones como ser expresidiario, haber traficado con drogas o haber delinquido..., hace alarde de lo que han sido en el momento de las entrevistas, en tanto que les da valor como hombres, ya que en su momento fueron significados de importancia en sus respectivos contextos por ello. Por otra parte, la imagen de rebeldía, dureza, imprevisibilidad y violencia que ofrece el *hacerse el malo* también aporta seguridad y un modo de búsqueda de control y reconocimiento en las relaciones que establecen, un valor y reconocimiento sustentado por la educación en la violencia en la que muchos de los hombres entrevistados, y muchos hombres en general, han sido socializados.

5.3 Por qué razón los hombres llegan a la situación de calle: (des)identificaciones de la masculinidad tradicional

Una de las preguntas a la cual buscaré dar una cierta luz en esta investigación de tesis doctoral es por qué razón los hombres llegan a la situación de calle. Obviamente, esto no será una respuesta absoluta en tanto que el sinhogarismo es un problema multifactorial y multiproblemático que queda envuelto de cuestiones estructurales, interrelacionales e individuales de gran complejidad. Pero, tras la intención de seguir reflexionando sobre el cómo transitan los hombres por los recursos de protección social, sí que intentaré dar un nuevo foco de luz a esta cuestión, ya que la realidad de vida de los hombres en situación de sinhogarismo nos hace de espejo para repensar sobre aquellos factores vinculados a la identidad masculina patriarcal que alimentan la subjetividad de los hombres, y con ello, cómo esta identidad forma parte del marco de decisiones que llevan a los hombres a terminar en situación de vulnerabilidad y, en este caso, de exclusión social severa.

Que un hombre llegue a situación de calle conlleva que este sujeto varón, de algún modo, ha fracasado en el sentir de la vida social. La identidad masculina es uno de los factores que orienta a los hombres a determinar qué significa tener una vida de éxito o, por el contrario, a fracasar en la misma. En este sentido, el sociólogo Antonio A. García-García (2009), reflexionando sobre las estrategias de conexión y desconexión masculina en los hombres, identificará cómo existen factores sociales que llevan a los hombres hacia una identificación y (des)identificación de la masculinidad. Una serie de factores que, conectados con los procesos de negación con todo aquello que tienen que ver con la feminidad (Badinter, 1993; Chodorow, 1984), harán posible un sentir que determinará la conexión y/o desconexión con su propio género. El primero de estos tres factores sociales que García-García identifica es el establecimiento de lo activo y lo pasivo a nivel social, advirtiendo que los hombres deben mostrar continuamente una predisposición a la acción (Bonino, 2002b; Bourdieu, 2000; Chodorow, 1984), de esta forma los hombres en situación de calle serán considerados como hombres inactivos, varones que no materializan la acción que deberían realizar como hombres, estando más cercanos a un imaginario de pasividad que de actividad masculina. Análogamente, el segundo factor que aparece vinculado a la masculinidad es la contraposición entre la autonomía, como sujetos autosuficientes, y la heteronomía, entendido tras la idea que solamente pueden funcionar bajo la capacidad, ayuda y yugo de los demás (Kimmel, 2006). Si esta estrategia de identificación o (des)identificación la situamos sobre los hombres entrevistados, encontramos cómo son vistos como hombres dependientes, con carencias, tras una posición de subordinación que les aleja de la autosuficiencia y, con ello, de ser reconocidos como sujetos autónomos. Con ello, el tercer factor que García-García (2009) nos señala es la tensión que existe entre razón y emoción, generando un posicionamiento que negará toda situación de dependencia o co-dependencia con las y los demás (Seidler, 2000). Si las dos primeras estrategias (des)identificarán a los varones en situación de calle como hombres, en tanto que serán considerados como sujetos pasivos y dependientes, la tensión entre razón y emoción quedará engarzada en la identidad de los hombres entrevistados, no tanto tras una expresión emocional abierta con lo que les viene sobrevenido, sino tras patrones de masculinidad de negación, silencio y secreto frente a lo que les sucede. Un posicionamiento que puede considerarse como irracional, pero que, a la vez comparte los patrones hegemónicos de masculinidad vinculados a la negación de la emocionalidad, generando efectos en las formas de enfrentar la vida en los mismos hombres. De tal modo que, la masculinidad marginal quedará atascada en una trampa de

negaciones a través de las cuales los hombres no se enfrentarán a su realidad personal y emocional, generándose un complejo marco relacional entre la mirada social que los califica como pasivos y dependientes y sus formas de racionalizar el fracaso desde la negación emocional, la no petición de ayuda y el silencio.

De esta forma, nos enfrentamos ante la necesidad de rastrear y repensar las condiciones en las que se dan ciertos procesos subjetivos en la masculinidad, los cuales llevan a los hombres a realidades de pasividad, dependencia y negación emocional. Conviene recordar cómo el modelo de masculinidad hegemónica patriarcal produce un cierto cierre y distanciamiento hacia otras formas de ser hombre, hacia formas más dialécticas, abiertas, fluidas y emocionales. Una nueva propuesta de masculinidad moderna que se construirá desde procesos de racionalidad distintos a otros tiempos, los cuales predispondrán a los hombres hacia otras formas de ciudadanía de pleno derecho.

En este juego de racionalidad es donde se reformulan las estrategias de demostración de virilidad masculina (Bourdieu, 2000; García-García, 2009; Gilmore, 1994) a través de las cuales ciertas prácticas masculinas gozarán de cierto reconocimiento y hegemonía, tanto al cumplir con el patrón normativo como por sus excesos y sus faltas sociales, apareciendo un juego de demostración y contención, de exposición al riesgo y esfuerzo constante por significarse como hombres (Blanco, 2012; Sanfélix, 2017). Sin embargo en estas prácticas existe una línea fronteriza frente a los excesos de las prácticas de masculinidad, un espacio que servirá, como nos advirtió Mosse (1998), como la demostración de la *serena grandeza*, la cual hace referencia a la utilización estratégica de prácticas de hipermasculinidad en los hombres pero sin pasarse. Es decir, ante el juego de utilización de ciertas prácticas basadas en el exceso y el riesgo los hombres demostrarán patrones de racionalidad masculina, controlando sus actuaciones más controvertidas, no anulándolas, y dibujando o exponiendo su capacidad para convertirse en sujetos autónomos, autosuficientes y responsables frente a la posición de poder que encarnan (Seidler, 2000).

Sin embargo, la (des)identificación que padecen los hombres en situación de *sinhogarismo*, respecto a la masculinidad hegemónica, nos lleva a pensar que existen una serie de factores, vinculados a esta forma de concebir a los hombres como parte de una ciudadanía moderna, que conectan con su presencia en la calle. El papel de la construcción social de la masculinidad, y con ello, de la identidad masculina, a pesar de

ser uno de los factores que menos se ha profundizado en este colectivo, nos conecta con el cómo los varones en situación de calle se enfrentan al fracaso personal y social como hombres (Blanco et al., 2019; Romero-Plana, 2019). En este sentido, depositar la mirada en estos hombres nos lleva a identificar dos razones a través de las cuales la masculinidad emerge como un factor central ante esta realidad: (1) por no haber llegado a cumplir con su función como hombres, donde esconderán el fracaso masculino; y (2) por haberse pasado en la demostración de masculinidad, donde, por lo tanto, esconderán el desfase.

Este posicionamiento, desde el fracaso y desde el desfase, que nos lleva a analizar la realidad de los hombres respecto a la masculinidad configura un modo de dibujar un espacio desde dos polos no dicotómicos, el no llegar y el pasarse de hombre, generándose un imaginario que albergará grados de uno de los dos polos o los dos a la vez, alimentando un imaginario como si de una patología dual se tratase. Es decir, ¿los hombres en situación de calle llegan a la calle por fracasar como hombres y después esto les lleva a desarrollar prácticas de hipermasculinidad dónde se pasan de hombres?, o ¿las prácticas de hipermasculinidad en exceso les ha llevado a fracasar en su función masculina y esto les ha llevado a su situación de calle? Sin embargo, como cualquier patología dual, no hay una realidad única sobre si lo primero es el huevo o la gallina, ya que las estrategias de los hombres se desarrollan en planos multidimensionales donde la realidad situacional de cada hombre es totalmente distinta atravesada por su realidad estructural, su contexto, su capacidad de agencia y el azar. Una cuestión que nos llevará a transitar por estos dos polos a nivel analítico los cuales, podemos ciertamente afirmar, que les han llevado a la situación de calle en la que se encuentran.

El fracaso como proveedor y protector: el varón sustentador, el padre de familia y el homo económicos.

El primero de los dos polos que vamos a dibujar tiene que ver con el fracaso de los hombres en aquello que significa no cumplir o errar en las funciones que se espera de ellos en la sociedad: la función proveedora y protectora de la masculinidad (Gilmore, 1994).

Una de las formas clásicas que permite afirmar que un hombre ha cumplido con su rol es su función como proveedor y protector familiar, una cuestión que se consigue a

través del soporte económico que se obtiene del trabajo (Aguado, 2015; Figueroa y Franzoni, 2011; Rodríguez del Pino, 2014). El rol productivo, en la actualidad, sigue siendo el único rol que ningún hombre descarta de su vida como una función intrínseca a su identidad de género. De este modo, la concepción del éxito o fracaso como hombres proveedores y protectores desde la función laboral aparece de forma muy visible en los varones entrevistados.

Obviamente tú buscas siempre una estabilidad en tus cosas, con tu vivienda... si la vida te da una pareja, pues con tu pareja, con tus cosas, con tu trabajo, con tus necesidades básicas... no es más, no es más... Es un proceso racional, humano, creo yo... al que tiene derecho todo el mundo. [...] Soy una persona tal cual normal, básica. Y lo que necesito es tener la oportunidad de trabajar y desarrollarme y ya. Y salir adelante económicamente que es lo que nos corresponde hacer ahora (Entrevista, EU2).

Entonces... siempre he trabajado. Esto es algo que... en fin... no obstante, todas las cosas buenas y malas de esto... veo a todos, al resto... siempre he sido una persona trabajadora, muy trabajadora. Muy responsable, para mí el trabajo era fundamental... sigue siendo, sigue siendo (Entrevista, EU13).

Como es obvio por su condición de asistidos, en nuestras entrevistas, encontramos hombres que no han conseguido nunca asentarse tras el mundo del trabajo de forma estable, otros que han tenido trabajo estable pero que ahora ya no lo tienen y otros que triunfaron en el mundo laboral siendo hombres de éxito y haciendo mucho dinero en un momento de su vida, teniendo todos en común, que en el momento de la entrevista ninguno cumple dicha función laboral como hombres. Para muchos de los hombres entrevistados, el mundo del trabajo se convierte de forma central en un proyecto de vida, tanto actualmente como en el pasado y, con ello, sus logros y fracasos aparecen de una forma estrechamente relacionada con cómo han resuelto sus relaciones de pareja, familiares y sus vínculos como padres a través de la función protectora y proveedora como hombres trabajadores.

Yo tenía un problema, siempre lo he tenido, el trabajo se apoderaba de mí... ese era mi problema. Siempre he puesto el trabajo por delante de todo, estaba haciendo algo que me gustaba mucho... Pero claro, la niña, mi mujer... Pero claro... esa es otra. No tendríamos la vida que teníamos si yo no... (Entrevista, EU8).

De esta forma, el trabajo queda vinculado como estímulo masculino para desarrollarse con éxito o fracaso en el entorno de pareja y familiar, estimulando a la configuración clásica basada en una división sexual del trabajo donde el hombre es el que tiene que ocupar este espacio obligatoriamente, convirtiéndose la misma función masculina en un referente de inserción social que estimula la visión del éxito social para el propio sujeto.

En nuestra investigación muchos hombres sienten que fracasan porque dejan o no consiguen cumplir con esta función como proveedores o protectores dentro del ámbito personal, de la pareja o de la familia, siendo desde su mirada, si no la principal, una de las principales razones que les ha llevado a terminar en situación de calle. Sin embargo, el no tener trabajo, mayoritariamente, va acompañado de una crisis personal, emocional, en los hombres porque desencadena una falta de control que se contradice con la posibilidad para pedir ayuda, donde la carencia de trabajo será un catalizador que desencadenará una correlación de situaciones y hechos que llevarán a la situación de calle.

Cada vez más, Jorge, cada vez más. Hasta que ya no tenía trabajo. Hasta que ya el trabajo era muy tal y luego llegó el hachazo final. La pandemia. Finales del 2018 y el 2019 fueron un desastre. Un desastre. Anímicamente, profesionalmente, económicamente... nada, he visto... es como cuando dicen que te mueres y se te pasa la vida por delante. Lo mismo. Yo estaba muerto con los ojos abiertos y veía pasar toda mi vida pasar por delante. Y no tenía, no voluntad, no tenía la capacidad de reaccionar. Y me he caído cada vez más, cada vez más, cada vez más... hasta que luego llegó la pandemia y finalmente acabé cogiendo colillas en la calle. No poder permitirme pagar una habitación. Y acabé en la calle. Bueno, te he resumido un poco pero más o menos es eso... (Entrevista, EU13).

Siempre, otra vez, me quedo sin trabajo y termino otra vez en la calle... Si no puedo trabajar, no puedo pagar alquiler, no puedo pagar habitación, no puedo enviar dinero a casa, no puedo... entonces beber... y yo otra vez en la calle (Entrevista, EU3).

La imposibilidad de trabajar, de encontrar trabajo o de seguir desarrollando el trabajo que realizaban ha sido un factor central en su relato de fracaso social. La construcción social de la masculinidad y la socialización patriarcal generarán efectos en el estado emocional de los hombres donde la identidad masculina se fragilizará a raíz de perder capacidad para adquirir o desempeñar su función laboral o cualquier otra actividad que les aporte un beneficio económico por sí mismos, apareciendo relatos de depresión, tristeza, ansiedad, frustración o enfado hacia ellos mismos o por la misma situación que están viviendo.

Me desperté... Bueno tuve un ataque, una crisis de ansiedad, y me desperté en el hospital porque vino la ambulancia porque la llamaron ellos y me llevaron al hospital. Y cuando recapacité, me desperté, estaba el médico... Estaba con tranquilizantes. Y bueno, fue un ataque de ansiedad gordo debido a un cúmulo de cosas... Sin comer, sin dormir, preocupaciones, problemas y al final pasó eso (Entrevista, EU13).

Bebía mucho y dormía casi siempre en la calle. Estaba todo el día enfadado. No podía volver después de haber salido de la cárcel (al negocio) y no sabía nada de mi familia desde hacía años... Me pilló una depresión de esas y bebía mucho. Me emborrachaba (Entrevista, EU1).

Así pues, emerge una imagen negativa vinculada a la situación de fracaso y frustración que viven, tanto hacia ellos mismos por no ser capaces de reconectar con la vida, con su trabajo y familia, como por no ser capaces de poner en marcha de nuevo la tarea que realizaban anteriormente que, por alguna razón, fue interrumpida. Una situación que, al no saber manejarse emocionalmente, dañará sus redes sociales más cercanas, no solamente las familiares sino también las afectivas, las cuales estaban conectadas por el mundo del trabajo. Así pues, las formas de gestionar el fracaso los hombres fracturarán las relaciones familiares en tanto que, en algunos casos, culpabilizarán al hombre de la situación de fracaso, cuestión que los apartará del núcleo familiar, pero, principalmente, los propios hombres serán los que tomarán distancia de su entorno ante la sensación de fracaso personal.

ENT: Entonces, me veo en la calle, andando por la ciudad, buscando dónde dormir. Me dedico a beber, comer poco, poca higiene... ya sabes. Un fracaso...

J: ¿Y tu familia?

ENT: Soy yo el que tomo la decisión y termino en la calle (Entrevista, EU13).

Con mi padre, pues bueno, he tenido un poco más de contacto. Yo le vi en el pueblo... Pero lo mismo, siempre ha sido una familia que ha estado muy separada, ¿sabes? Después tengo contacto con algo de familia de mi padre y con alguna de mis hermanas, hablamos por Messenger, de vez en cuando quedamos, tomamos un café. Pero lo que ha sido una relación, relación, qué va. Yo era una carga y siempre iba a mi bola (Entrevista, EU5).

La actitud evitativa, de distanciamiento o separación de las redes de solidaridad familiar los predispondrán para una situación de desafiliación grave. Los hombres sentirán que se vuelven una carga en un entorno en el que ellos mismos se consideraban, en muchos casos, la parte fundamental del engranaje que hacía funcionar el sistema familiar. Incluso, como nos dice uno de los entrevistados, “yo siento que los traicioné” (Entrevista, EU13), tras la imposibilidad de no haber cumplido con su función de padre sustentador económico. Así pues, además de un factor culpabilizante hacia los hombres por no cumplir con el rol de proveedor como sostén económico, en el relato emerge un sentir de culpa personal que, como veremos más adelante, al no compartir las dificultades personales y emocionales que están viviendo y no pedir ayuda, se generará un distanciamiento familiar que no se dará precisamente por la familia, sino que se dará en la mayoría de las biografías analizadas por ellos mismos.

De este modo, la paternidad aparece en la información recogida como un puntal para muchos hombres, como un anhelo que recuperar y, sin embargo, cuando profundizamos en las entrevistas tras esta cuestión, emerge un patrón de vergüenza masculina fuertemente afianzado, sobre todo hacia sus hijos/as, pareja o familiares, lo cual en algún caso es verbalizado como factor de distanciamiento de las redes más cercanas.

ENT: Quiero recuperar a mi hija y ya está.

J: ¿Qué edad tiene ella?

ENT: Veintinueve años. Parece que para unas cosas es madura, pero para otras es muy niña todavía. Pero bueno, habrá que darle tiempo. No tengo prisa. Sé que cometí un error y ya está. Porque realmente con mi hija he cometido bastantes errores. No he estado donde tenía que estar y claro... de pequeña tenía muy buena relación conmigo, cuando era bebé hasta los cuatro o cinco años (Entrevista, EU9).

A la pérdida del trabajo y la autopercepción fracasada como sujeto autónomo y autosuficiente se le suma la mirada social, la cual los hombres la sitúan tras las personas más cercanas de su red afectiva. Es decir, emerge un factor de ansiedad por el cómo son reconocidos de forma distinta por estar en una situación de vulnerabilidad, lo cual puede terminar produciendo en los hombres síntomas de rechazo o de dificultad a la hora de asumir el rol paterno o masculino desde otros lugares. La sensación de que dependían de ellos como hombre, la falta de control en las decisiones y la economía familiar o el que

la adaptabilidad de la vida empieza a girar en otro sentido que no es el propio, genera efectos en los procesos subjetivos de los hombres, circunstancias que resultan particularmente dolorosas, en tanto que la imposibilidad de retomar el anterior espacio de masculinidad que le aportaba el trabajo deja al varón en una situación psíquica de depresión, frustración y confusión con ellos mismos (Meler, 2004). Sin embargo,

no siempre se puede establecer de modo inequívoco cuál de las dos circunstancias (si la ruptura con la familia o el fracaso laboral) aparece primero. Lo cierto es que ambas son las dos vías principales de inserción social (la integración económica-laboral y la inserción familiar-relacional), y la ruptura de una y otra se van entretejiendo hasta dejar a la persona sin más protección y lugar que la calle (Cabrera y Rubio, 2003, p. 53).

Además, a todo esto, hay que sumarle que el proceso de desafiliación se hace extensible a las redes de afinidad o amistad en tanto que, como hemos visto, muchos de los hombres entrevistados generan redes de amistad femeninas, y, el espacio fratria donde se relacionan con otros hombres no se trata de un grupo de afinidad sino de un conjunto de individualidades que compiten entre sí como hombres, no prestando apoyo cuando el lugar jerárquico que tenían en la colectividad de varones se diluye. De esta forma, de nuevo los entrevistados verbalizarán que sus amistades masculinas, tras su situación de fracaso, desaparecerán de su red de contactos habituales, verbalizando que no son amigos sino simples personas interesadas.

Los amigos desaparecen cuando todo va mal, Jorge. Como viajaba mucho la gente con la que más me relacionaba era la gente del trabajo y claro, cuando ya no tienes empresa... cuando ya no hay nada que les interese desaparecen. Eso yo ya lo sabía... más o menos... ahí estábamos para lo que estábamos... Entonces se rompe todo (Entrevista, EU8).

Es decir, la desconexión con el mundo del trabajo, tras una mala gestión de las redes que nos acompañan, predispone a cualquier sujeto a procesos de fragilidad social, generándose fracturas y aumentando el riesgo de desafiliación.

De esta forma, cuando no se da y, además, se fracasa en la búsqueda de este ideal de hombre al que se le atribuye la función de sustentador económico, los hombres pierden autoestima apareciendo un sentir negativo en ellos mismos como eje de su subjetividad.

Hay que tener en cuenta que el espacio productivo es el espacio de demostración de virilidad por autonomasia para los hombres (Gilmore, 1994; Kimmel, 2006) y, el no ser capaces de mostrar esta capacidad que demuestra autosuficiencia, movilidad, autonomía e independencia, trascenderá a sus formas de sentir y decidir, siendo un factor central en las formas de tomar decisiones. Con ello, la precariedad que se les presenta los situará en una relación que alimentará un pensamiento binario o dicotómico de éxito/fracaso sobre ellos mismos (Burin, 2007). Esta fórmula binaria, estigmática y estereotipada, excluirá otras formas alternativas de enfrentar la realidad acercándolos a patrones autodestructivos y, a la vez, a una sensación de indefensión que les empujará a echarse a la calle en el último de los sentidos.

Así pues, cuando cruzamos las variables de género y clase en nuestra investigación aparece en muchas entrevistas un relato donde los hombres verbalizan que lo que necesitan, o por lo que están en el recurso, es porque no tienen trabajo y lo que tienen que hacer para salir de dicha situación es volver a reconectar con el mundo del trabajo.

Mi idea es recuperar, si no mi vida tal y como era, algo parecido. Algo parecido a la actividad que desarrollaba y en el entorno que lo desarrollaba [...] Yo quiero volver a desarrollarme en el ámbito, que es el punto en que lo dejé. [...] Entonces mi idea es rehacerme un poco y volver a trabajar que es lo que necesito ahora mismo (Entrevista, EU7).

Esta forma de pensarse no tendrá en cuenta las carencias que les han llevado a la situación de calle, las cuales no permiten generar relaciones de apoyo mutuo, amplias carencias emocionales, formas de actuar autodestructivas y que no permiten construir formas de pedir ayuda y ser ayudados más colaborativas, características muy vinculadas a las formas de construirse como hombre.

Ante esto, es curioso cómo en ningún caso los hombres entrevistados se plantean el buscarse un compañero o compañera de vida que asuma el sostén económico familiar, para ellos encargarse del ámbito reproductivo. Además la cuestión se complejiza ya que esto se confronta con que actualmente el éxito laboral no se consigue a través de un modelo de masculinidad agresiva, insensible o inestable, una pose que, como hemos visto, se cultiva tras la imagen del hombre duro marginal, sino que se consigue sobre la base de

un modelo de masculinidad que acoja en su seno autonomía, tolerancia y aguante racional ante las indicaciones que el trabajo reclame y, con ello, unas formas concretas de comportarse que son reclamadas desde ciertos *habitus* de clase (Bourdieu, 1989), las cuales pueden permitir que el sujeto sea bien reconocido para un posible ascenso en la escala laboral y social. Esto en algunas entrevistas se vislumbra generando algunas disonancias en este sentido.

Yo siempre me he puesto en internet a buscar, me he ido a repartir currículums... yo mismo soy el que se ha sacado las castañas del fuego... nadie me ha ayudado en nada en esta vida. Entonces, ¿por qué estoy inseguro? ... em... es que yo no creo que sea la palabra inseguro. Yo creo que es que no me fío de la gente, no me fío de nadie. ¿Por qué?... En esta vida me han dado muchos palos también. Gente en la que he confiado y me han dado muchos palos, en todo... he dejado dinero y no me lo han devuelto. Cuando estaba mal he hecho favores y todavía no me los han devuelto. Me han pasado situaciones en el trabajo que me han intentado putear, han intentado que a lo mejor amañemos algún contrato, me han dejado sin el finiquito y lo he tenido que denunciar, o sea, la vida por tus experiencias hace que no te fíes de nadie, ni de amigos ni de nadie (Entrevista, EU4).

A todo esto, hay que sumarle que la configuración de la masculinidad a través de los mandatos y las creencias de género desde las cuales se les inculca a los hombres que tienen que ser el timón principal, demostrar constantemente fortaleza, ser autosuficientes y tener un carácter de decisión superlativa para no tener que hacer caso a nadie (Bonino, 2002b; David y Brannon, 1976) hacen que los procesos subjetivos de los hombres no les permitan estar preparados para enfrentar un fracaso que no puedan superar, apareciendo una gestión evitativa de las distintas situaciones que les han llevado a la situación de calle. Como advierte Mabel Burin (2007) una mirada hacia la idealización rígida y acrítica de la función masculina nos lleva a que los cambios y las situaciones sean percibidas como posibilidades catastróficas y no como procesos de transformación reflexiva y crítica de aprendizajes de la situación anterior. De este modo, se anuda en los hombres un sentir donde la imposibilidad de cambio, las carencias de gestión emocional y el sentimiento autodestructivo hacen que los varones se dejen caer antes que prevenir o buscar ayuda en las redes de solidaridad familiar, afectiva o institucional que les rodean.

Pasarse de hombres: consumo, violencias, adicción al trabajo, hipersexualización y otras derivas

Si el fracaso como varón proveedor y protector es el primero de los polos que hemos identificado como patrón de masculinidad que lleva a los hombres a situación de calle, el segundo de los polos que identificamos es cuando los varones *se pasan de hombres*. Es decir, cuando los hombres desarrollan ciertas prácticas que, a pesar de ser formas conectadas con la demostración de la masculinidad, terminan llevándoles a una situación de abandono familiar, personal y social. Son prácticas o acciones que podemos identificar como prácticas de hipermasculinidad el exceso de las cuales no poseen un reconocimiento social positivo. Así pues, el consumo de alcohol y drogas, la adicción al trabajo, el engaño sexual en las relaciones de pareja o el uso de la violencia son cuestiones que se identifican a la hora de exponer el cómo se ha llegado a la situación de calle.

No quiero estar teniendo una vida mala, robando, volver a lo mismo de antes... qué sé yo. No. Eso no lo quiero más. No quiero más eso. La que se puede, se puede, se puede, se puede... se puede dejar de beber y por ahora estoy contento por eso no quiero escuchar nada de esto. De alcohol y eso. He perdido mucho por esto. Porque yo ahora puedo salir a la calle y no beber, pero tengo miedo por lo que me ha dicho el médico. Miedo de volver otra vez... una cerveza, dos, tres... yo no puedo beber una cerveza. Yo si bebo, bebo. Y otra vez volvería a la barriga eso (el riesgo de cirrosis grave). Tengo miedo, miedo, miedo, miedo por esta cosa... Otra cosa sí. De momento estoy contento, muy contento porque estoy aquí [en el recurso de atención a personas sin hogar] (Entrevista, EU3).

Pero eso marca, tú sabes, el haber sido acusado y el haber pasado una condena... pero la situación de ahora, la orden de alejamiento, el no tener alojamiento, el haber sido desahuciado. He tenido que cumplir trabajos comunitarios estando en la cárcel. Acepté la conformidad de los hechos para que no sea peor, acepté la conformidad para... para hacer servicios comunitarios, pero ahí quedó, sigo condenado por violencia de género, y claro, es muy complicado.... Porque... además, con la edad que tengo, con la experiencia que tengo, con todo mi pasado... con los años que tengo ahora y toda esta situación. Y tener que lidiar con la salud mental, a nivel emocional y tal, es muy complicado (Entrevista, EU14).

Sí claro. Yo heroína consumía mucha, mucha. Pero la cosa es que intenté... ella... ella abandonó... yo me quedé. Al final abandoné yo también. Pero ya tenía yo en la cabeza de que no quería continuar con ello. Quería hacer otra cosa en esta vida (Entrevista, EU9).

Mi problema tenía un nombre y se llamaba cocaína (Entrevista, EU5).

Lo primero que cabe anotar en este sentido es que si hablamos de prácticas de hipermasculinidad estas son desarrolladas por muchos hombres en algún momento de sus vidas con mucha menor medida de la que relatan los hombres entrevistados. Qué hombre no se ha tomado unas copas de más, le ha faltado al respeto a alguien por ser más, se ha metido en una pelea o ha tentado a la suerte a la hora de demostrar su masculinidad. De esta forma, el interés por este patrón es porque está abiertamente relacionado con los códigos que conforman la identidad masculina donde, las prácticas de demostración de la virilidad, a través de las cuales normalizan ciertas prácticas de riesgo (Blanco, 2012; Fuller, 2012), emergen de forma exagerada o extrema tras la influencia de los roles de género, conectando con prácticas como el consumo de alcohol, la violencia o las adicciones entre otras cuestiones.

Así pues, el pasarse de hombre habiendo hecho uso de prácticas de hipermasculinidad configura una mirada social hacia los hombres entrevistados. Si bien es cierto que las acciones de hipermasculinidad implican una situación concreta, con el tiempo, dichas prácticas pueden trascender el momento concreto repitiéndose en sus vidas, pasando a ser una normalidad habitual en sus formas de comportarse o funcionar, pasando a ser finalmente un problema penalizado socialmente. Ejemplo de esto es el relato de las personas adictas al alcohol y las drogas, los cuales nos hablan de un consumo habitual y exacerbado en su día a día.

Empezaron con la coca y... ya no había control. Yo por esa época estaba trabajando y si podía pulirme el sueldo de un mes en una semana, me lo pulía. Es más, cobré casi cinco mil euros y me duraron menos de dos semanas (Entrevista, EU5).

La verdad es que lo pasaba mal porque no descansaba, vamos a ver... por una cuestión económica. Lo solía sacar pidiendo... lo que pasa es que yo pillé una época buena. Yo podía sacar bastantes euros... pero esa época bueno me lo pulí, a pulso, con el vaso como digo yo, bebiendo. Lo típico de la calle (Entrevista, EU10).

Me quedé en la calle, pero... sin trabajo y sin nada. Aparcando coches, pero eso no da para pagar un alquiler de ciento veinte euros. Qué como, qué me compro, qué trabajo, qué lo otro... Me han cogido y me he visto por aquí en Valencia... en la Avenida Burjassot... entonces alcohol todos los días, alcohol todos los días.... Y entonces caí muy, muy, muy mal. Porque no tenía control, pedía por ahí cigarros... Entonces me dicen tienes que estar dos tres semanas sin beber... primera vez. Y yo no pasa nada... otra, otra, otra vez a beber. Y así cada día, cada día, cada día. Cerveza, vino, wiski... qué importa eso. En verano, esperando a que se termine el botellón en la playa para beber... ¿me entiendes dónde te digo? Cogía el tranvía y boom... por la noche daba una vuelta y encontraba cualquier cosa allí. De todo, de todo, de todo (Entrevista, EU3).

Sin embargo, para llegar a situación de la calle por pasarse de hombre es necesario que existan tres factores: (1) que exista un cierto repudio social estigmático de la propia práctica realizada habitualmente; (2) que la práctica derive en toxicidad y/o violencia hacia uno mismo y/o hacia las demás personas; y (3) que las acciones realizadas se hayan hecho públicas produciendo un cierto rechazo, teniendo consecuencias de desafiliación social y personal en el hombre que las desarrolla. Es obvio, que todas y todos tenemos amigos y/o conocidos que constantemente hacen por demostrar su masculinidad de forma velada y no tan velada, con prácticas o propuestas que pueden ser ciertamente molestas, incluso nocivas. Animar a beber, a ligar, a pelearse, a sexualizar a las compañeras, a decir la barbaridad más políticamente incorrecta..., conecta con los mandatos de la masculinidad (David y Brannon, 1976). Este tipo de prácticas funcionan como forma de demostrarse y buscar un común afín a la identidad que uno posee. Como acota Fuller (2012) son prácticas de hipervirilidad que se utilizan para sentirse parte del grupo masculino y no ser cuestionados como hombres. Sin embargo, *per se* estas personas no terminan en situación de calle en tanto que las prácticas que se utilizan para la demostración de la masculinidad, estén o no estén aceptadas socialmente, estén o no estén aceptadas por la ley, son prácticas que reconocemos como naturales e intrínsecas a los hombres, o si no es así, son ocultadas relativamente por el grupo fatria cuando se desarrollan, produciéndose una afiliación entre demostración, hipermasculinidad e identidad masculina. Sin embargo, cuando estas prácticas son identificadas públicamente donde se convive siendo reconocidas como acciones en exceso y/o anormalidad que están dañando o pueden dañar al grupo o individuo, el punto de reconocimiento cambia, lo

normal, natural e intrínseco pasa a ser anómalo, siendo penalizados socialmente los hombres por ello.

Por ejemplo, el consumo de drogas y alcohol en estos hombres es alto y continuado, emergiendo en sus relatos de vida cómo dicho factor ha producido rechazo hacia su persona, convirtiéndose, en muchos casos, en uno de los problemas que les ha llevado a la situación de calle.

J: ¿Cuándo es la primera vez que tocas calle?

ENT: Buff, ostia, pues no me acuerdo. La primera vez... pues si me he tirado trece años con mi pareja. Hará unos catorce años. Después de volver de estar en Portugal, de estar con los feriantes portugueses... pero claro seguía con el tema de consumo y claro... Después estuve un tiempo trabajando aquí. Lo que pasa es que al final llevaba tiempo trabajando aquí, no pude pagar el alquiler, y bueno, entre intentar que... los amigos te ayudan un poco, pero al final cada uno tiene sus pagos y tal y me quedé en la calle. Lo que pasó en realidad es que me lo gastaba todo en el vicio (Entrevista, EU5).

Las adicciones empiezan como prácticas relacionales de consumo principalmente realizadas entre hombres. Tomar alcohol, fumar tabaco, cannabis o hachís, incluso consumir estupefacientes u otras drogas se convierte en una forma relacional con la que compartir tiempos con los amigos y, a la vez, como forma de acceder al grupo de iguales tras un significativo identitario. Ciertos hombres, cuando narran el exceso de este tipo de prácticas adictivas, al principio advierten que es una forma de relacionarse, demostrar fortaleza o pertenencia al grupo. Pero, poco a poco, termina convirtiéndose en una adicción que finaliza siendo un problema, que, a la vez, producirá graves problemas familiares, sociales y de salud. Este cúmulo de situaciones serán eludidas por los hombres para seguir consumiendo o bebiendo, tomando distancia de su red social y, en consecuencia, apartándose más de las personas que mayor apoyo les hubieran podido aportar.

Bueno, intenté en Madrid algún curro y tal, pero acabé en Galicia, porque no... porque no podía. De todas maneras, ya no volvió a hablar más conmigo. O sea, ya... Yo le decía algo y ella me decía (hace un no con el dedo). Me pongo a currar, traeré dinero. Y ella me dijo demuéstremelo. Se acabó. Desde ahí ella salió corriendo. Se acabó. Porque lo hice varias veces. O sea, me la llevé a Soria a una finca con la niña... y nada... yo volvía a las andadas,

hacía alguna. Y eso resumiendo. Ella tenía miedo, pilló a la niña y me dijo que ya no quería volver conmigo a vivir en ese aspecto (Entrevista, EU9).

Tal como hemos venido explicando, cuando se sucede una situación de crisis se puede generar una fractura en el equilibrio personal y, con ello, aparece una sensación de padecimiento por el hecho que se está viviendo (Burin y Meler, 2000). Los hombres, por muy duros que se autorrepresenten, recogen este tipo de emociones y las gestionan desde un aprendizaje emocional evitativo y/o confrontativo, ya sea desde la frustración, la rabia o el enfado entre otras muchas formas emocionales masculinas (Armengol, 2022; Juan Carlos Ramírez, 2020a; Segal, 2006). Bajo esta realidad, tras conversaciones con hombres y profesionales en la recogida de la información, encontramos que pueden suceder dos cosas: por una parte, (1) que la crisis favorezca la reflexión personal y llegue el hombre a una conclusión para mejorar su situación; o, por otra parte, (2) que hagan caso omiso a esto y se enfrenten de forma negativa y tóxica a la situación que están viviendo, generándose un posicionamiento negativo que puede llevar a los hombres a cuadros de frustración, ansiedad y depresión ante las adversidades de la vida.

Todo nos pasa por alguna razón. Tal vez a mí me tocaba pasar por esto... Ahora estoy mucho mejor. Aparte de que estoy solucionando lo de la deuda esta que tengo. Antes ni gota. Hacía cuarenta y tres años que lo iba arrastrando. Eso a mí me ha causado depresión, me ha afectado a mi autoestima, mucha inseguridad... Y hoy por hoy veo que todo eso lo voy quitando, que lo voy solucionando (Entrevista, EU5).

Yo antes iba a ayudar en la terapia ocupacional, para estar ocupado y estar con la gente y tal. Ahí sí... socializando un poco. Pero ahora ya no, no... porque vuelvo a consumir. Porque después cuando estoy solo y fuera bebo mucho... En mi habitación no estoy tanto dando vueltas a las cosas. Y es terrible, es terrible. Lo siento, no es un mensaje muy motivador el que dejo, pero no puedo decir que esté bien cuando no estoy. Estoy en ello. Vamos a ver. Hace muy poco que no consumo. Ayer mismo. Y ya me habían avisado que me tirarían, porque aquí hay unas normas y estoy esperando a ver qué me van a decir. No sé si tiene que pasar esto para que yo respire, me dé cuenta... de alguna manera... buscar otra manera de afrontar el problema porque de esta manera esto tampoco me está ayudando. Y a lo mejor me tengo que ver otra vez mal, mal, mal... Espero que no. Porque yo no quiero estar mal. Pero a veces uno no se ve con recursos como para hacer algo. Vamos a ver, vamos a ver cómo va (Entrevista, EU14).

Esto nos lleva a identificar un sentimiento de injusticia en comparación con las demás realidades que conectan con lo que le sucede. En estas narrativas aparecen un cúmulo de sensaciones, entre ellas la frustración, el resentimiento y la impotencia que pueden terminar siendo traducidas en otro tipo de emociones naturalizadas sobre el género masculino. En este sentido, los hombres aliviarán el sentimiento de impotencia desde la rabia, el enfado, el desafío a lo que sucede y la revancha, un contexto emocional donde el desarrollo de prácticas de hipermasculinidad aparecen como contrapartida o compensación a la situación que están sintiendo. Como una forma negativa de enfrentar la normalidad que se espera de los hombres en compensación a la situación de marginalidad identificada.

No podía hacer otra cosa que lo que hacía. Era como si todos estuvieran en contra mía cuando yo lo que veía es que lo hacían todos. Entonces yo... dos tazas. Dos tazas. Iba a la mía y no hacía caso. Seguía consumiendo... (Entrevista, EU6).

Además, este planteamiento hostil puede llevar a generar un proceso de subjetividad que alimente la autodestrucción personal, y desde el mandato de masculinidad, ya comentado, a través del cual los hombres tenemos que enviar a los demás al infierno (David y Brannon, 1976), se refuerza esta idea de autodestrucción, por ejemplo, desde el consumo de sustancia adictivas.

Sin embargo, pasarse de hombres no solamente es una cuestión de consumo y adicciones, sino que hay otras muchas prácticas que alimentan esta cuestión. La violencia y los actos delictivos también son factores que han llevado a los hombres a situación de calle donde el terminar en prisión también será una cuestión que aparecerá como frontera identitaria hacia la marginalidad en las entrevistas realizadas. El hacerse el malo como forma de refugio identitario masculino lleva a los hombres a desarrollar experiencias de hipermasculinidad que llevará a los hombres a tener problemas con la justicia, con la familia y con el entorno más cercano. En los relatos biográficos, las peleas, los robos o el terminar en prisión aparecen como cuestiones que han marcado a los hombres en su recorrido vital, habiendo sido causa y parte de sus problemas con su red familiar, afectiva y social más cercana.

Cuando salgo de prisión ya no tengo a nadie. Mi padre ya no quiere saber nada de mí. Mi mujer se lleva a mi hijo y yo no puedo volver a hacer lo que hacía (Entrevista, EU1).

La liaba mucho en esa época. Le pegué a un policía y aquello terminó mal. Discusiones en casa, problemas con los amigos... imagínate (Entrevista, EU12).

Pues bueno, estaba en la calle. Nunca he tenido mucho trato con mi familia. Después de todo, después de delinquir y eso la distancia se hizo más grande... (Entrevista, EU5).

Existe una gran preocupación por entender por qué los hombres tienden a perpetrar este tipo de prácticas violentas o delictivas (Messerschmidt y Tomsen, 2018; Tomsen, 2017). Obviamente, no es habitual que los hombres se expongan al riesgo y actúen de cierta forma tras una idea sesgada de cálculo matemático de ganancias y pérdidas ante las situaciones de violencia o delito, aunque algún caso o situación aparece entre las entrevistas realizadas, sino que suelen existir unos hechos objetivos, materiales, subjetivos y emocionales que les llevan a configurar la decisión de realizar este tipo de prácticas, entre ellas, como hemos venido viendo, el sentir ciertas prácticas como refugio identitario de género masculino. Es importante anotar que la forma en que los hombres desean ser vistos por los demás es de gran importancia en el desarrollo de muchas acciones y, en este sentido, el que realiza este tipo de acciones de hipermasculinidad basadas en la violencia y/o la delincuencia, puede llegar a advertir que lo que está haciendo es totalmente apropiado, incluso lo advierte como normal o como justo (Copes y Hochstetler, 2008)

Yo por eso me he ido manejando... he ido sobreviviendo, robando carteras, robando relojes, haciendo alguna pirula [treta]... (Entrevista, EU11).

Si argumentamos que el acto delictivo y violento es un factor situacional ante las expectativas de género, entonces, parece lógico pensar que para conseguir este reconocimiento social los hombres deban desarrollar acciones en este sentido (Copes y Hochstetler, 2008; Jefferson, 1994), pero, no en cualquier lugar. Existen fronteras disciplinarias que penalizarán las acciones masculinas en el espacio público, en el espacio familiar, incluso, en el contexto del grupo de iguales, en tanto que todo micro sistema posee unas normas de funcionamiento que incidirán en qué es correcto o no en cada uno de los sistemas sociales. En este sentido, no existe el mismo reconocimiento o aceptación social en todos los contextos cuando se dan prácticas de hipermasculinidad. En el

contexto de la calle o en los espacios delincuenciales y de consumo existen unos códigos de comportamiento que permiten ciertas prácticas que en el espacio público serían penalizadas (Anderson, 2000), llegando incluso a ser concebidas como normalizadas. De esta forma, quien las pone en práctica sin ser descubierto adquirirá un reconocimiento social que puede ser traducido en valores de valentía, osadía, temor y respeto por parte del grupo. Sin embargo, cuando estas acciones trascienden, son hechas visibles en todos los ámbitos (familiar, público, personal) destapándose el secreto, se generan fracturas en su reconocimiento como hombre por parte de la gente más cercana.

Supongo que les fallé... Está claro que no he estado bien para estar con ellos y no podía aportar tampoco demasiado. Cuando salí (de prisión) ya no he podido reconectar con ellos (Entrevista, EU14).

Así pues, el habitar este tipo de prácticas supone un riesgo que muchos hombres asumen en mayor o menor medida, siendo la violencia y la delincuencia otra forma de pasarse de hombre.

Para finalizar, tras identificar el consumo, las adicciones, la violencia y la delincuencia como formas de pasarse de hombre, la última dinámica que identificamos es la hipersexualidad, donde los hombres, a través de ciertas prácticas sexuales no consensuadas en el marco de la pareja son penalizados, generando un conflicto familiar que, en alguna ocasión, les lleva a la separación y, con ello, a la situación de calle. Así pues, en las entrevistas, la sexualidad masculina también aparece como una cuestión generadora de conflictos dentro del sistema familiar. La infidelidad y el engaño son identificados en alguno de los relatos de los hombres desde una mirada de demostración de potencia sexual.

Mientras estaba con ella estaba con otra persona y claro... La relación terminó y yo hice marcha. Seguí... bueno... ya sabes (Entrevista, EU5).

El establecer relaciones monógamas de exclusividad y no cumplir este pacto con la pareja, rompiendo lo acordado en referencia al desarrollo de las prácticas sexuales que se habían comprometido como hombres, llevará a los hombres a tener problemas relacionales con sus compañeras de vida, mujeres o parejas.

Empecé con los problemas, con mi expareja muy cabreada, que los chiquillos no te los dejen ver, que tú eres un mujeriego, que a ti solo te gustan las mujeres, que tú no piensas tal... Todo lo que tenía yo con esta mujer, me hinchaba, me decía que yo era un cabrón, que no sé qué, que no sé cuántos (Entrevista, EU13).

En este sentido, en el análisis encontramos conflictos relacionales en referencia al sentimiento de traición que se genera en las compañeras de vida tras no cumplir los pactos acordados de fidelidad, acciones masculinas que se construyen desde el secreto y la premeditación produciendo, por un lado, rupturas de pareja y rupturas familiares, con todos los problemas que de esto se derivan, pero, por otro lado también, fracturas emocionales en los hombres al perder su marco afectivo y/o familiar.

A esto hay que sumarle que estas prácticas sexuales, en algunas de las entrevistas, no surgen de la relación sexo-afectiva con otras mujeres, sino que se dan en el marco de la prostitución, advirtiendo cómo algunos hombres hacen uso de este contexto tras la finalidad de tener relaciones pagando por sexo.

He tenido posibilidades, pero no. Siempre he sido una persona que de pequeño era muy retraído, muy retraído. No... y de mayor pues..., te vas de juerga. Pues a lo que se dice clubes de mala reputación. Yo lo llamo así. Perdona por la expresión (Entrevista, EU10).

Unas prácticas que, cuando son descubiertas por sus parejas y mujeres, se advierten como generadoras de conflicto y, posteriormente, como centrales en la situación de ruptura familiar.

Entonces yo veo que la mujer ya tiene a la niña y yo empiezo a ver un cambio de carácter en ella. Que si no tienes tiempo y tal... que si es que mi trabajo tal... Y claro, mi trabajo también era llevar a la gente a los clubs (prostíbulos) para tenerlos contentos e ir de acá para allá. Ir a Barcelona, ir a Madrid, ir a los grandes desguaces... pues imagínate a nivel familiar (Entrevista, EU8).

Ante todo esto, la hipersexualidad como marca de importancia, el ser el rey de la fiesta a través del consumo y la adicción o el hacerse el malo a través de prácticas de delincuencia y violencia llevan a los hombres a ser identificados tras marcos disciplinarios que conllevan una repulsa social, llevándoles esto a fracturar sus relaciones familiares y sociales, pudiendo contribuir esto a que en algunos casos los hombres

terminen en situación de calle. Sin embargo, como advierte Antonio Agustín García-García (2009) las formas de pensar el cómo debe ser un hombre nos llevan a una economía de lo visible, imponiendo unos procesos de identificación, pero también de (des)identificación sobre lo que significa ser un sujeto masculino varón. Las formas de pensar comúnmente qué significa ser hombre hacen visible y público unas maneras de actuar y, a la vez, esconden otras formas no públicas y no reconocidas de ser hombre cuando este se relaciona con el espacio público. George Mosse (1998) incidirá la importancia de diferenciar una masculinidad correcta y una masculinidad no aceptada públicamente, donde la masculinidad correcta será aquella que se exhibe en la presencia social de forma habitual y la no aceptada será aquella que se oculta y, cuando se hace presente, se evidencia tras la etiqueta del *mal hombre*, siendo identificado al varón como un sujeto incapaz de “doblegar su naturaleza como debería [y que] tampoco es capaz de controlar su cuerpo” (García-García, 2009, p. 46).

De esta forma, advertimos otro límite de la masculinidad que identificará dónde hay que controlarse como hombres y cómo. De este modo, Mosse (1998) hablará de *serena fortaleza* o *serena grandeza*, término al que en otros lugares hemos hecho referencia, para identificar este límite masculino, es decir, esta frontera identitaria que señala a los hombres la obligación de controlar una naturaleza que en otros tiempos era entendida como esencialmente guerrera, con todas las connotaciones que posee este arquetipo. La sociedad da a los hombres la permisividad para exponer de forma constante la demostración de la virilidad, lo cual en mayor o menor medida está aceptado socialmente (y puede ser socialmente exigido). Sin embargo, siguiendo el relato de Mosse (1998), la falta de control de lo que es considerado la naturaleza masculina será penalizada socialmente, en tanto que es un signo de emoción exacerbada, de descontrol y no de razón civilizada. Así pues, mientras que el control de la feminidad en los hombres se da tras prácticas disciplinarias mayoritariamente homosociales, es decir, se da principalmente entre hombres (Badinter, 1993), el control de la hipermasculinidad se dará en mayor medida desde los marcos relacionales que establecen los hombres en el contexto social, familiar y de amistad, donde estos contextos de proximidad actuarán como la mirada panóptica (Foucault, 2001a) que vigilará las formas para *no pasarse como hombres*. No obstante, los marcos disciplinarios alrededor del control de la hipermasculinidad no podemos entenderlos como una normativa homogénea en tanto que varían según el momento histórico y cultural donde se desarrollen las prácticas. No es lo mismo la cultura

del alcohol en ciertos contextos que en otros. En ciertos pueblos de Valencia el beber “cassalla”¹⁰⁶ antes de irse a trabajar al campo es un acto habitual y aceptado socialmente siendo esta una bebida de alta graduación alcohólica. En otros contextos ingerir bebidas alcohólicas antes de ir a trabajar sería un indicador de problema de adicción, advirtiendo que el hombre que está de buena mañana bebiendo esta bebida tiene un problema que contradice, como diría Mosse (1998), su *serena fortaleza*.

De esta forma, aparecen dos polos sobre los que se configuran las fronteras de la masculinidad, por un lado, la feminidad que tiene que ser negada y, por el otro, el pasarse de hombres, donde el excederse en ciertas prácticas de hipermasculinidad producirá la repulsa social del hombre en tanto hombre. Sin embargo, en nuestro análisis, el pasarse de hombres queda anudado a una cuestión de clase social, haciendo mucho más visible esta cuestión y advirtiendo que los estereotipos y prejuicios que se configuran tras este excederse masculino quedan correlacionados con un imaginario masculino de clase social baja, y con ello, directamente con la idea de masculinidad marginal (Cheng, 1999; Connell, 2015; Haywood y Johansson, 2017).

Tal es así que desde el marco profesional de la atención social estos patrones de comportamiento se relacionan muchas veces con formas de juzgar o valorar a los usuarios de forma informal, exponiéndose en algunas ocasiones el reconocimiento tras ciertas prácticas de hipermasculinidad un indicador de vulnerabilidad o problemática social.

[conversación entre profesionales de la atención social] Cuando veo ciertas cosas en lo que me cuentan yo ya digo... aaay, algo hay. Con el comportamiento se ve. Si vienen así chulitos o si son de los típicos del porrete... Esas cosas se huelen (Observación participante, OBP3).

Sin embargo, es cierto que esta identificación alimenta el carácter estigmático hacia la pobreza como sociedad, llegándose a identificar como una cuestión de clase social baja, llegando incluso a desdibujar la perspectiva de género que posee tras un carácter fuertemente masculino. Sin embargo, también refuerza la imagen de lo prohibido o no

¹⁰⁶ La *cassalla* o *cazalla* es una bebida alcohólica de alta graduación que es típica de ciertos pueblos de la Comunidad Valenciana. Se trata de un anís seco que se toma en fiestas populares y que en algunas localidades se utiliza como un impulso de energía por parte de los hombres a la hora de ir a ciertos trabajos donde la fuerza física es predominante: ya sea la agricultura, la obra o el trabajo en fábricas. El propio Josep Vicent Marqués (1997), escritor y sociólogo valenciano, hace un guiño a esta bebida en su texto - *Varón y Patriarcado* - cuando habla de la construcción social del varón.

aceptado socialmente como aquello no admitido por ser una cuestión de gente pobre o marginal, reforzándose tras estas prácticas de hipermasculinidad la construcción del silencio, los pactos juramentados y el secreto, en tanto que referenciar una forma de ser que no conecta con el buen hombre de clase media o alta advertirá a los hombres dónde no deben estar de forma pública.

De esta forma, el pasarse de hombre se convierte en una dinámica que debe pasar inadvertida por el conjunto de la sociedad pero que es normalizada y naturalizada entre el contexto homosocial donde se da, llegando a advertir cómo ciertos hombres entrevistados no terminan de entender o comprender cuando son socialmente penalizados por ello, dado que ellos están haciendo lo que tienen que hacer como hombres, pero no están haciendo lo que tienen que hacer como los buenos hombres que la sociedad espera de ellos. Es decir, se configura una paradoja o una nueva contradicción masculina, como diría Kaufman (1997), entrando los hombres en un estado entre lo permitido como hombres y lo no permitido socialmente. Un desarrollo de prácticas que, mientras no son descubiertas o mientras no se hacen visibles socialmente, son sentidas como un refugio identitario en tanto que siguen marcando el mandato masculino de hacer lo se quiere superlativamente como hombres, por encima de todos y todas, sin pedir permiso a nadie. Pero cuando son descubiertos, cuando se hacen visibles estas prácticas de hipermasculinidad encarnadas, se genera un efecto de (des)identificación masculina, generándose un rechazo hacia los propios hombres, poniéndose en cuestión el mandato de enviar a todos al infierno (David y Brannon, 1976), dado que se configura un ejercicio disciplinario que cuestionará sus prácticas y sus formas de comportarse, dándose un reconocimiento que nace desde su identificación en lo marginal a través del descubrir las prácticas de hipermasculinidad que se dan desde su propia identidad.

El secreto como dinámica de reducción de daños patriarcal

Para finalizar esta reflexión sobre el porqué los hombres llegan a situación de calle podríamos pensar que este apartado queda cerrado diciendo que los hombres terminan en situación de la calle porque “fracasan como hombre” o porque “se pasan de hombre”. Siendo estos dos polos, intrínsecamente conectados entre sí, como un patrón organizativo desde donde repensar la condición de sinhogarismo en los hombres. Sin embargo, en

ambas situaciones identificamos cómo los hombres responden tras una estrategia común, siendo la utilización del secreto como práctica masculina que se repite en mayor o menor medida en todos los recortes biográficos de los hombres entrevistados.

Como advierte Georg Simmel (1927, p. 101) “todas las relaciones de los hombres entre sí, descansan naturalmente, en que saben algo unos de los otros”. El secreto y el saber forman parte del juego relacional desde donde aprendemos formas de ser con los demás. Simmel, a través de sus estudios sobre el secreto, nos muestra cómo todo vínculo social se basa en las cosas que sabemos y no decimos de las personas que nos acompañan, siendo esto una condición mutua que posibilitará la relación social. Sin embargo, no todo saber actúa de forma consciente, es decir, esto no es una cuestión plenamente basada en conocimientos racionales, sino que hay saberes socialmente aprendidos que nos orientan hacia factores culturales aproximativos, los cuales son adquiridos desde la reproducción social de las prácticas y el aprendizaje social que nos aporta el contexto donde nos manejamos (Bourdieu, 2008). En este punto entre la intuición del saber y no saber se producen ideas generalizadas hacia las y los demás, una cuestión que nos orientará inconscientemente a la hora de actuar. Por ejemplo, si una persona es corpulenta, de complexión gorda, la sociedad nos orientará a juzgarla estereotipadamente llevándonos a pensar que tiene un problema de malos hábitos alimenticios, falta de disciplina, voluntad y ejercicio (Navajas-Perregás, 2021). Sin embargo, sea o no sea esto cierto, estos conocimientos preconcebidos socialmente no los utilizaremos en la relación social a la primera de cambio con la otra persona sino que los silenciaremos configurando una especie de secreto social compartido (Simmel, 1927), generando la posibilidad de encuentro entre las dos personas.

Sin embargo, el secreto puede ser una preconcepción social, de dentro hacia afuera en la relación social, o una ocultación individual, de dentro hacia dentro, siendo la propia persona la que configura un silencio que contiene la información que no se quiere compartir. No podemos obviar que generar secretos y respetar el secreto del otro varón es un aprendizaje social que también ha sido introducido como norma inconsciente entre los hombres a través de la interiorización de la masculinidad hegemónica patriarcal, siendo una cuestión de honor y respeto el no ir relatando los trapos sucios de los demás hombres, minimizando de este modo el poner de manifiesto ciertas prácticas de riesgo e hipermasculinidad derivadas de los mandatos de la masculinidad. Ante esto, en nuestras entrevistas, el relato biográfico nos lleva a preguntar a los hombres si sus familiares y

allegados eran conocedores de su situación y de las problemáticas que nos narraban, donde ningún hombre nos da una respuesta plenamente afirmativa, siendo la respuesta mayoritariamente no, o si se daba ese conocimiento, los familiares y allegados se habían enterado por casualidades de la vida o por terceras personas.

J: ¿Tu madre no sabe que has tocado calle y toda la historia...?

ENT: No. Y tampoco se lo he contado. No quiero... (silencio)

J: Entiendo (Entrevista, EU4).

J: ¿Tus hermanos o hermanas o personas cercanas que tenías sabían que tú estabas en la calle?

ENT: Mis hermanas sí.

J: ¿Porque se lo contaste tú o porque se enteraron?

ENT: Por conocidos. Hoy por hoy no tengo contacto con ellas. Mi hermana está casada y no me lo ha dicho. Otra hermana estuvo ingresada y estuvo bastante mala y tampoco me lo ha dicho (Entrevista, EU5).

J: ¿Tu madre sabía que consumías?

ENT: Mis padres se enteraron porque claro... Cuando la cosa se fue de madre, pues en el pueblo todo se sabe... menuda historia (Entrevista, EU9).

Si reflexionamos sobre esta realidad conectándola con los patrones de masculinidad hegemónica que nos acompañan, parece obvio que la situación de fracaso social que alberga estar en situación de calle lleve a los hombres, por vergüenza, a esconder su realidad. La vergüenza es uno de los principales argumentos que se arguyen cuando se plantea una situación donde el sujeto varón padece un proceso de emasculación o (des)identificación masculina, en este caso, por la situación de calle a la que se han estado enfrentando. Sin embargo, cabe anotar que la vergüenza se establece alrededor de un juego semántico entre el yo mismo, el yo performático y el tú, es decir, entre el cómo nos autoidentificamos, cómo nos representamos hacia fuera y cómo somos vistos por los demás, conformándose en un juego de concordancias que, cuando alguna de estas tres realidades entran en discordia o disonancia entre sí, aparece la vergüenza, teniendo normalmente mayor peso la mirada social (Simmel, 2018).

Por el contrario, si depositamos la mirada en el pasarse de hombre, uno de los aprendizajes de la masculinidad es el ocultamiento de la debilidad y/o la vulnerabilidad,

pero también, el ocultamiento de los procesos de hipermasculinidad que no tienen un reconocimiento social positivo ante el común de la sociedad, dándose en estos casos también la construcción de un secreto. De este modo, advertimos como los hombres ven conveniente esconder cualquier situación que pueda cuestionar la propia masculinidad, ya sea desde factores de cuestionamiento de la virilidad, por ejemplo cuando se tiene pluma o amaneramiento (Ariza, 2018; Guasch, 1991), o cuando los hombres *se pasan de hombres*, buscando evitar situaciones de cuestionamiento personal por haber participado en ciertas prácticas de hipermasculinidad que no cuenten con un buen reconocimiento social.

Que ahora lo veo lógico, pero por aquel entonces, buff... fue otra la situación como la viví. Otro nivel. Y bueno, yo como no lo superé pues ya me metí a bares, en las drogas, problemas en la familia con mis padres, tuve mi primer delito que le pegué a un policía. No entré preso porque me fui a un centro de deshabitación. Salí de allí y seguí drogándome... Engañaba a todo el mundo, mentía. Seguía haciendo lo mismo y miraba siempre que no se enteraran (Entrevista, EU12).

J: ¿Y los padres de tus amigos no decían nada?

ENT: Los padres de mis amigos me acusaban a mí de toxicómano... cuando sus hijos eran peores, peores... Pero claro, ellos se tapaban los unos a los otros. Yo no fui listo, no fui listo... (Entrevista, EU6).

Así pues, construir secretos aparece como consecuencia de tomar distancia de los procesos de vergüenza y cuestionamiento, huyendo del conflicto personal entre el yo varón y lo que se espera socialmente de uno mismo como hombre. La vergüenza y la posibilidad de cuestionamiento conecta con un sentimiento de identificación desde donde reconocer, a través de los saberes culturales adquiridos, que nuestro yo empieza a sumergirse tras un estado de disonancia que conecta o nos aproxima con la idea de anormalidad (Foucault, 2001b), un estado tras el cual se configura una mirada social estigmática y, a la vez, la posibilidad de padecer unos marcos disciplinarios que nos aproximan a la idea de hombre marginal. De este modo, la situación de calle generará en los hombres un marco emocional que es difícil compartir. En nuestra investigación, cuando rascamos sobre las razones por las cuales han llegado a pernoctar en la calle, tanto la vergüenza del fracaso como la vergüenza por pasarse de hombre, emerge como una relación del yo frente al riesgo emocional que le acompaña, siendo el sentir vergüenza

como un indicador de la situación de emasculación o (des)identificación masculina que de las situaciones de pobreza extrema se derivan. En este sentido, la vergüenza se convierte inconscientemente en una forma de sentir como un riesgo los marcos disciplinarios que se producen, ya sea desde el cuestionamiento disciplinario entre los propios hombres usuarios o desde los cuestionamientos de emasculación, la condescendencia y el estigma entre clases sociales que generará una lástima paternalista hacia los hombres por la situación de indigencia.

J: ¿no querías que se enteraran por vergüenza?

ENT: Lo que pasa es que..., ¿cómo te lo explico? Mi pueblo es un pueblo de darle mucho al palique. Y claro yo no quería que supiesen que estaba aquí en la calle... en la catedral. Ya hacía bastantes años que estaba aquí... No me apetece que vengan a verme ni nada, a que me digan y esas cosas (Entrevista, EU10).

En este sentido, para entender lo que hemos descubierto tras el análisis de la información y quiero explicar en este apartado, cabe afirmar que el sentir vergüenza no es el problema, el problema es cómo el patriarcado ha enseñado a los hombres a actuar frente a la vergüenza.

El secreto en los hombres, en tanto hombres, se construye a partir del sentimiento de fracaso o anormalidad, apareciendo en el relato de los hombres cómo sus familiares y allegados no conocen la situación de sinhogarismo, incluso, muchas veces ni cómo han llegado a tal situación, siendo los hombres muy selectivos con la información que transmiten y con las personas que implican ante tal información.

J: ¿Tu familia sabe todo tu periplo?

ENT: Sí, sí saben... (silencio) más o menos.

J: ¿Tus hermanas? ¿tu madre?

ENT: Mi madre no porque ya está muy mayor y me sabe fatal. No saben... bueno, no saben muchas cosas, pero sí que les he contado (Entrevista, EU14).

Sin embargo, esta práctica deviene en aumento cuando los hombres esconden además prácticas no aceptadas socialmente por las cuales han tenido conflictos en su red social y familiar, como pueden ser las adicciones, el consumo de alcohol o los hechos delincuenciales. De esta forma, encontramos un cúmulo de secretos que envuelven a los

hombres entrevistados pudiendo advertir como práctica común la utilización del secreto en sus formas de actuar.

Obviamente, los hombres no son sujetos independientes que actúan solitariamente cuando uno de los factores que les ha llevado a situación de calle ha sido el pasarse de hombres. Es evidente que existe un pacto silencioso que emerge constitutivamente entre hombres como parte de una estrategia por ocultar aquellas prácticas de hipermasculinidad que realizan y que, de algún modo, todos los hombres saben que no están bien vistas socialmente y, a la vez, no tienen un significante de buena aceptación social. Como advierte Ranea (2021) un pacto de secretismo emerge entre los hombres, donde el exceso de consumo de sustancias adictivas, el haber sido puteros, robar, haber ejercido prácticas violentas o el consumo exacerbado de alcohol, entre otras muchas cuestiones se significan cuando se profundiza en las actuaciones por las cuales han tenido problemas a nivel social y familiar. Curiosamente, no solamente en su relato se normaliza y se naturaliza el secreto como una práctica habitual, sino que tampoco aparece en las entrevistas ningún nombre de los hombres con el que compartían estas prácticas, emergiendo una marca de complicidad inconsciente en el secreto que se está desvelando, pudiendo identificar lo que Celia Amorós (1990) e Iván Sambade (2020) identifican como *pactos patriarcales* o *pactos juramentados* de la masculinidad. Donde los hombres, en concomitancia, apadrinan en secreto ciertos tipos de prácticas masculinas, sobre todo aquellas no aceptadas socialmente y, a la vez, no existen en su relato hombres con los que comparten estas prácticas, ni de su papel ni de su existencia concreta, generándose un cierto encubrimiento inconsciente en su participación tras estas acciones.

ENT: La conocí en unos bares de alterne, en unos locales de alterne... donde bebíamos.

J: ¿Ibas tú solo a esos locales?

ENT: No, con más gente.

J: ¿Gente conocida...?

ENT: Con más gente (Entrevista, EU3).

Además, para afianzar un secreto compartido siempre es mejor que todos participen de la acción que ha llevado a la construcción del secreto. Una cuestión que explica la razón por la cual los hombres incitan a otros hombres a realizar ciertas prácticas de hipermasculinidad, en tanto que, si es una práctica no aceptada socialmente, todos se convierten en cómplices de la misma práctica y, con ello, se configura un espacio de

mayor complicidad frente al riesgo de ruptura del honor patriarcal entre hombres, protegiendo cierto tipo de actividades masculinas, sean misóginas, sean violentas o sean tóxicas¹⁰⁷. De este modo, incitar a prácticas de riesgo, machistas, sexistas o misóginas se configura tras el mismo patrón de búsqueda de complicidad, normalización y silencio. Tal es así, que mapeando el relato de estas prácticas de hipermasculinidad durante el análisis de la información daba la sensación que era una cuestión individual del sujeto, como si cada vez que bebían, se drogaban, delinquían, etc., lo realizasen solos, desconectados del grupo, planteándose como un efecto de los procesos de desafiliación que estaban viviendo. Es decir, no aparecían las relaciones sociales que establecían alrededor de este tipo de actividades más allá de la identificación de gente casual o *random* de forma abstracta.

J: ¿Pero tú te drogabas solo?

ENT: No, siempre estaba con gente, iba a casa de gente, conocidos, supuestos amigos...

Pero la gente va cambiando... ya sabes... (Entrevista, EU5).

De esta forma se hace evidente que los hombres no solamente construyen secretos, sino que aprenden a mantener de forma inconsciente los secretos de los otros hombres cuando se desarrollan ciertas prácticas que no son aceptadas socialmente. La filósofa Celia Amorós, como antes mencionamos, cuando hace referencia a este tipo de aprendizajes masculinos que transitan entre el silencio y la complicidad, hablará de

¹⁰⁷ Esta práctica donde se instiga a actuar en forma de camaradería es común en contextos de guerra o conflicto cuando se deben desarrollar prácticas dañinas, perjudiciales, perniciosas o atroces. Lo vimos en la Segunda Guerra Mundial tras los juicios de Nuremberg (Arendt, 2006) o en la Guerra Civil Española donde se alentaba desde el bando fascista, no solamente a asesinar hombres, sino también a violar a las mujeres del enemigo, promoviendo una forma de protegerse del juicio social a través de conseguir una gran complicidad a través del generar un mayor número de hombres que hubiesen realizado las mismas atrocidades. El ejemplo más claro de este tipo de prácticas de búsqueda de la complicidad a través de acciones de guerra lo tenemos en las declaraciones realizadas por el general franquista Queipo de Llano donde decía

Nuestros valientes legionarios y regulares han demostrado a los rojos cobardes lo que significa ser hombres de verdad y de paso también a sus mujeres. Esto está totalmente justificado porque estas comunistas y anarquistas predicán el amor libre. Ahora por lo menos sabrán lo que son hombres de verdad y no milicianos maricones. No se van a librar por mucho que berreen y pataleen (Espinosa-Maestre, 2015).

Permitiendo y alentando el bando franquista a la realización de atrocidades, en tanto que, cuanta más gente forme parte de esta forma de actuar, menos cuestionadas serán ciertas actuaciones durante la guerra. La cita forma parte de la transmisión radiofónica realizada desde Radio Sevilla para alentar a los militares y afines franquistas a asesinar a los hombres del frente republicano y a violar a sus mujeres.

“pactos” para hacer referencia a “ciertas actitudes prácticas de complicidad entre diversos individuos o grupos que no tienen por qué ser conscientes en el sentido de explícitamente tematizadas, a no ser que intervengan determinados factores” (Amorós, 1990, p. 10). Es decir, la forma de aprender el comportamiento de los hombres se nutre de una serie de pactos patriarcales de aceptación, naturalización y silencio que los predisponen a entender cómo tienen que actuar en referencia a los demás hombres, y, si eres varón, a conocer cómo se debe actuar si formas parte del grupo social masculino. Estos pactos se configuran desde una amplia diversidad de formas y comportamientos y, sin embargo, todos tienen en común la aceptación invisible de ciertos patrones patriarcales y el silencio consecuente frente a prácticas subordinantes que pivotan entre el control de la feminidad y la demostración de la virilidad masculina (Amorós, 1990; Sambade, 2020). Como nos decía un hombre en un taller de igualdad:

[hablando de prostitución en un taller] Yo de lo que hacen los demás no quiero saberme de nada. Ya se apañarán (Observación participante, OBP6).

Advirtiendo cómo el aprendizaje del honor masculino implica actuar sin cuestionar al otro, a pesar de saber que no está haciendo bien las cosas, tomando distancia, sin implicarse en la resolución del problema identificado, en tanto que todos los hombres deben ser autosuficientes para resolverse sus propios problemas en los que se meten. Sin embargo, la concomitancia de estas acciones es un secreto a voces y, de esta forma, como advierte Kimmel (1994), la vergüenza y el miedo de hacer visibles las encarnaciones de estas prácticas conduce al silencio y, a la vez, el silencio ratifica la aprobación de acciones que realizamos tras esta idea de hipermasculinidad, control y virilidad. Ese silencio lo podemos encontrar cuando se dan comentarios machistas y nadie dice nada, ese silencio se da cuando hay violencia en la calle y nadie actúa, ese silencio se da cuando se les gritan sin consentimiento connotaciones sexuales a las mujeres, ese silencio se da cuando se hacen chistes machistas, homófobos o racistas en un bar... ese silencio reafirma la legitimidad de la acción, y, como fuente de nuestro silencio, se mantiene el sistema funcionando.

De esta forma, la demostración de la virilidad masculina se puede dar de muchas formas y la realización de actividades socialmente no aceptadas o penalizadas entra dentro del juego de demostración del ser hombre, en tanto que, como hemos visto

anteriormente, el saltarse la norma o retar a la norma posee un carácter de valentía, descaro, osadía y aventura frente a las formas de significarse como varón en el grupo social donde se relaciona. En consecuencia, hacer algo incorrecto para demostrarse y sentirse hombre es escondido a las personas no participantes de la acción. La exposición o demostración en este tipo de prácticas nunca es abierta y pública sino, más bien, cerrada y cargada de complicidades por la parte de las personas que participan o conocen de forma subsidiaria la acción. De esta forma, los hombres aprenden a transitar identitariamente de forma híbrida, navegando según la situación, el entorno, el contexto y las personas que le acompañan tras cada acción (Arxer, 2011; Bridges y Pascoe, 2014) y, a través de aprender este transitar, se mantienen los pactos cómplices entre hombres cuando desarrollan estas acciones. Tal es el punto, que el que fracasa guardando el secreto, aquel a quien se le hace visible la situación pernicioso a esconder, llega a convertirse en el marcado socialmente tras el estigma, a pesar de ser una cuestión común del grupo de iguales, pudiendo llegar a ser repudiado por el grupo.

Siempre mi vida fue... siempre lo he solucionado con... a las bravas, ¿no? A los veintiocho años he estado dos veces preso. Dos condenas pequeñitas. Una de seis meses y la otra de tres meses. Y la cosa fue más o menos bien. Fue un año y medio. Cosa que me sirvió para darme cuenta que estaba mal. Estaba mal y la gente... cuando ibas por la calle se te cambiaba de acera... Yo era toxicómano y... no era el único, pero como había estado en la cárcel y la gente lo sabía... era a mí a quien se le cambiaban de calle (Entrevista, EU11).

No obstante, aquello que más ha fracturado y deshecho las redes de afiliación, familiares o afectivas de los hombres entrevistados ha sido el no abrir sus problemáticas a las personas que les acompañan. El secreto sobre aquello que les sucede a los hombres no solamente es un pacto externo sino, sobre todo y principalmente, un pacto interno con uno mismo. De este modo, el secreto emerge en el relato como algo completamente no compartido a nadie más aparte de los que han sido descubiertos por la coyuntura social que les acompaña. En las entrevistas realizadas hay casos donde la situación de sinhogarismo y lo que les llevó a tal situación solamente la saben las personas profesionales y demás usuarios que comparten el recurso de atención a personas sin hogar. En este sentido, el secreto emerge como un secreto propio tras un pacto interno con uno mismo, empujando a los hombres hacia una soledad solidificada.

ENT: Te he contado más de lo que quería. Eso quiero que lo tengas claro. Sí... sí, sí. Y la verdad te lo digo... mis cosas no se las cuento a nadie. O sea, ni mis compañeros de piso saben prácticamente nada. Ni mi madre ni mucho menos mis familiares.

J: ¿Es porque tienes una coraza, por miedo...?

ENT: No, miedo no es. Es por la coraza, eso sí. Yo me pongo mi coraza, en mi burbuja, en mi mundo y no quiero que entre nadie. No comparto nada de esto (Entrevista, EU4).

Este pacto interno se da por las formas de construir el sentir varón tras el aprendizaje de la masculinidad y la clase. Si organizamos el cúmulo de factores que inciden en esta cuestión a través de los mandatos y las creencias matriz de la masculinidad, todo apunta a la configuración de un estado de vergüenza generado por no cumplir normativamente casi ninguno de los patrones de masculinidad que le acompañan y la demostración constante de autosuficiencia y fortaleza. La situación de precariedad y la incapacidad productiva a nivel laboral y económico los acerca a procesos anudados con la feminidad como es la situación de pasividad y dependencia; además, no tener trabajo, no ser el timón principal de sus propias vidas y no poder solucionar los problemas que se derivan de estas se convierten en un signifiante de debilidad donde, tras el aprendizaje del secreto y el silencio masculino, lo único que les queda a los hombres es el buscar formas de sentir que tienen las riendas de su propio camino, un atisbo de la autosuficiencia no cumplida. Una cuestión que se consigue a través de una actitud ruda que les lleva a enviar a todos al infierno, como dirían David y Brannon (1976) y hemos venido repitiendo a lo largo del proceso de análisis, no pidiendo ayuda porque esto aumentaría el sentimiento de dependencia hacia los demás y no compartiendo aquello que les sucede porque esto es un símbolo de debilidad.

Sin embargo, cuando profundizamos en el por qué no cuentan y/o no piden ayuda ante su situación vital, emerge lo que se puede entender como un *secreto caballeresco*, casi medieval, donde los hombres tras una justificación como caballeros con honor narran el no compartir sus penas como acción para proteger emocionalmente a las personas importantes en su vida. Justificando el secreto como un acto heroico de empatía.

Ni quiero que se entere... me puedes preguntar ¿Por qué? Soy muy orgulloso. No me gusta que nadie sepa mis cosas. Prefiero que se quede así. O sea, yo, tampoco quiero ver sufrir a mi madre, ¿me entiendes? Mi madre es una mujer mayor (Entrevista, EU4).

J: ¿Tus hermanas, tu madre, sabían lo que te había pasado?

ENT: No, no, no, no lo saben.

J: ¿Lo saben a día de hoy?

ENT: Saben que estoy aquí pero no todo. Joder, lo del hay ciertas cosas que no se lo he contado. No. Quizá lo entenderían. Realmente no sé muy bien por qué no... supongo que, para no darle más quebraderos de cabeza, ¿no? Ellas también tienen su situación y, bueno, tienen su vida, también tienen hijos y todo esto, y eso ya es otra vida. Ellas tienen otras necesidades y yo ahora mismo yo sería claramente una carga. Una carga posiblemente inasumible, aunque no me lo dijeran. Entonces pues mira, hay cosas que está bien que no sepan... yo aquí estoy bien (Entrevista, EU7).

De esta forma, un secreto cargado de osadía y vergüenza se acomoda en una acción de significantes positivos, transformando una situación negativa en un valor patriarcal positivo como hombres. No obstante, como nos indica uno de los entrevistados

Realmente no lo he dicho por todo... Por mí, porque no quiero que nadie se entere, pero también por mi familia porque ya han sufrido bastante... (Entrevista, EU12).

Haciéndose plausible que estos dos marcos, como reducción de daños personales y como reducción de daños hacia los más allegados, configuren la vergüenza de los hombres que les lleva a construir el secreto. De ahí que, siguiendo a Simmel (2018), la mirada hacia uno mismo identificará aquello que no quiere exponer y, a la vez, lo hará consciente de que la representación hacia los demás de su situación de fracaso puede generar un reconocimiento negativo por parte de las personas que le importan, generando efectos emocionales en sus allegados, siendo esto un factor que sostiene el secreto como práctica habitual en los hombres en situación de *sinhogarismo*.

Paralelamente, esta realidad no podemos pensarla como una cuestión individual, sino que, a través de la configuración social de los géneros, se construye de forma relacional. Esto quiere decir que la reproducción de este juego de miradas y valoraciones se construye socialmente por hombres y mujeres, y, será esta mirada social un factor determinante que hará mella en la forma de mirarse interiormente los propios hombres y de advertir la mirada social que les atormenta. De este modo, en el relato de los hombres se evidencia cómo el entorno social también es custodio de estos secretos, evidenciándose que en muchos casos no están plenamente ausentes de dicha realidad no narrada, *ergo*

existe una cierta permisividad o negación social de la existencia de la situación frente a ciertas prácticas. Y, cuando estas se han hecho públicas, serán penalizadas por el propio entorno social más allegado. Una cuestión que se da por permisividad, por un factor de no reconocimiento de lo que está sucediendo, por comodidad o por la negación de la realidad.

J: Todo este negocio de drogas... ¿tú familia sabía algo?

ENT: ¿Tú qué crees? Lo sabían, pero no lo sabían... Yo no dije nada... El dinero entraba, el nivel de vida estaba ahí, la gente me conocía y eran conocidos. El ambiente era el que era... algo sabían, pero no decían nada... no decían nada mientras todo iba bien [...] cuando se destapó... [...] es cuando ya no quisieron nada más de mí (Entrevista, EU1).

Cuando estás sin pareja todos y todas saben dónde vas (al prostíbulo) y nadie dice nada... (Entrevista, EU10).

De esta forma, se hace evidente cómo la construcción del secreto no es una cuestión individual, sino que se configura socialmente alimentando campos de permisividad ante ciertas prácticas y situaciones vinculadas con la masculinidad. Una preconcepción que se silencia y la cual reafirma el estigma que acompaña a la situación problemática en la que queda envuelto el sujeto varón en cada caso cuando este se hace visible. Siendo incluso, a veces, el secreto alimentado y modulado de forma externa por la propia familia cuando este puede entrar en riesgo de ser descubierto.

ENT: Mi madre, cuando yo salgo por la puerta, me dice, ¿dónde vas? ¿con quién te vas a juntar? Y esto es una pena. Por eso no voy al pueblo. Para que no pase ella vergüenza, ni miedo..., para que ella esté tranquila. Que es muy mayor y se ha ganado esa tranquilidad. No le quiero dar ningún disgusto más. El otro día tuve una bronca con ella y me sentí muy culpable y eso que la bronca fue por su culpa. Porque yo ahora estoy bien, estoy haciendo lo mejor que puedo. Y, sin embargo, porque se enteraron mis primos que estaba aquí, en esta situación, me montó una que no veas..., pues se mosqueó muchísimo.

J: ¿Ella no lo sabía?

ENT: Ella no quería que mis primos supieran nada. Ella sí sabía dónde estaba yo. Yo puse una foto en Facebook. Fíjate tú, una foto que yo puse en Facebook, del Museo de la Ciudad de las Artes con un grupo de gente. Y uno de mis primos, al ver esa foto... Pensó, ¿qué hace en Valencia con un grupo de gente? Seguro que está dejando las drogas, seguro que está en algún rollo de... de desintoxicación... en algún rollo social. Y él se lo comentó a

su madre. Y su madre se lo comentó a la mía y la mía lo sabía. Pero la mía dijo: yo no sé nada de [nombre]... que me parece bien... Pero luego cuando me llamó se armó la de dios. ¿Y tú por qué tienes que decirle a tu primo...? Y yo ya ahí... ¿a mi primo? Yo a mi primo no le he dicho nada. Pues él le ha dicho tal a la tía... y yo... bueno mamá. Y yo ya... tú no tienes que preocuparte con esto porque te montas unas batallas... Claro, si de partida ya les has dicho tú cuando te preguntan por mí que yo estoy en Madrid con mi familia... mira tú la vaina... Si hace años que [nombre] no sabe nada de su familia como aquel que dice. Y tú vas por ahí diciendo que está en Madrid con su familia... pues la que se genera los problemas eres tú. Yo le dije, tú lo que tienes que hacer es decir que no sabes nada de mí y ya está. Quedas mejor. Pero claro ella va diciendo que estoy muy bien, que estoy en Madrid con mi hija y mi mujer...que está allí triunfando (ríe). Fíjate, así es mi madre. Se monta unas películas... Claro, después iba yo al pueblo y no sabía con quién podía hablar y con quién no. Con quien tenía que ocultarme... Porque no sabía qué contaba mi madre. Pero bueno... eso. Por eso te digo que se me genera una dificultad a la hora de ir al pueblo... (Entrevista, EU9).

De este modo, sobre los hombres se gestionará un juego de miradas, internas y/o externas, hacia la situación de fracaso, las cuales aparecen tras formas que son sentidas como violentas por los propios hombres. La mirada externa o mirada social genera mensajes de culpa y/o condescendencia, ya sea desde la lástima o la compasión, desde la desvalorización o incluso desde la burla. Esta realidad hace recordar a los hombres que no han cumplido con su patrón de autosuficiencia y con muchos mandatos de la masculinidad, relacionando esto con sentimientos de ineptitud, incompetencia o incapacidad frente a lo que les está sucediendo. La respuesta por la que optan los hombres ante esta situación es ocultar el fracaso lo máximo que sea posible y, a la vez, generar ciertas prácticas o *performances* de hipermasculinidad que les sirven como forma de marcar dureza, rudeza, inestabilidad y violencia como un medio de protegerse de los demás.

Iba por la calle bebiendo... Muy mal... La gente te mira y te hace sentir... Yo siempre he sido una persona buena. En ese momento me enfadaba, me peleaba, a veces... problemas, más problemas (Entrevista, EU3).

Por otro lado, de forma interna los hombres sienten vergüenza, pero también frustración e inseguridad derivados de la complejidad, incluso de la imposibilidad, de cambio que se

les presenta en la vida. De este modo, de nuevo una situación de indefensión aprendida (Fernández-D'Andrea et al., 2016; Seligman, 1991) aparece en el relato de los hombres, donde la gestión de la rabia y la frustración emerge tras patrones de la masculinidad hegemónica patriarcal como refugio identitario, encontrando en sus biografías periodos de un patrón autodestructivo hacia ellos mismos que no desean que se sepa, siendo este otro factor más que alimenta el secreto de los hombres.

Curiosamente, como nos advierte Addis (2011), este comportamiento que parece proteger a los hombres, en realidad les causa graves perjuicios, generando en ellos y en sus familias daños difícilmente reparables que llevan a desafiliar al sujeto de su red afectiva más cercana. De esta forma el descubrir el secreto genera efectos donde las personas implicadas pueden llegar a sentirse traicionadas. La construcción social de la masculinidad empuja a los hombres a querer gestionar ellos solos, sin compartir las situaciones dolorosas, la realidad personal y familiar llevando en ocasiones a fracasar en este camino de decisiones en soledad. Otras veces la construcción social de la masculinidad hace que, para no demostrar debilidad y fracaso, no se pida ayuda frente a los problemas que los procesos de hipermasculinidad puedan originar. Ambas cuestiones generan que cuando se hace visible la situación en el entorno se vayan generando fracturas y rupturas que terminan en una situación de distanciamientos. A la vez, hay hombres cuyas familias no saben nada de la situación que están viviendo, siendo ellos mismos los que toman distancia de su red afectiva. Estas fracturas relacionales generadas por una mala gestión de la vergüenza a través del secreto generan ansiedad, angustia y soledad en los hombres, pero, sobre todo, desafiliación.

El secreto y el silencio vistos en perspectiva de género desde los estudios de masculinidades lo que nos hacen visible es que el comportamiento de los hombres en situación de marginalidad, vulnerabilidad, exclusión o sinhogarismo no es una cuestión de anomia y estructura como indicaba Merton (2002)¹⁰⁸. No es un estado de desorganización o aislamiento consecuencia de la falta de normas sociales, sino que es

¹⁰⁸ La mayor parte de las investigaciones realizadas sobre sinhogarismo y aislamiento social llegan a la conclusión de que existen patrones de anomia dados por la realidad social estructural que están viviendo las personas, desde donde les es complejo salir. De este modo justifican la anomia desde una mirada estructural basándose en la profecía autocumplida donde los sujetos se rebelan contras las normas sociales. Sin embargo, como advierte Bachiller (2010) hace falta una mayor profundidad cualitativa en estos análisis ya que mayoritariamente estas conclusiones se dan desde análisis cuantitativos los cuales no recogen una complementariedad etnográfica que se acerque al cómo se sucede la realidad de las personas sin hogar.

un estado producido por alimentar y acomodar las normas patriarcales a su situación como hombres, siendo la respuesta personal a través de inercias patriarcales que llevan a los hombres a seguir de forma consciente e inconsciente las normas de la masculinidad hegemónica patriarcal, y con ello, la naturalización de la hipermasculinidad, el secreto, la no petición de ayuda y el silencio afectivo como patrones de comportamiento frente a las situaciones de fracaso social que viven.

5.4 La construcción de las emociones patriarcales en los hombres: yo lo sentí así

Una de las cuestiones que nos verbalizan las profesionales de los recursos de atención a personas sin hogar son las carencias de gestión emocional de muchos hombres a la hora de enfrentarse a las problemáticas que tienen que superar.

La construcción social de la masculinidad, como hemos venido advirtiendo, se construye desde la negación (Badinter, 1993; Kaufman y Horowitz, 1989) y el marco emocional de los hombres no es una excepción en este sentido. Las emociones, históricamente, han sido una herramienta de demostración identitaria, convirtiéndose en un campo de batalla desde donde los hombres se diferenciarán de las mujeres no expresando emociones, concretamente no expresando ciertas emociones vinculadas a la feminidad, retándose a aguantar inexpresivos frente a las diferentes situaciones, en tanto que si muestran abiertamente las emociones, corren el riesgo de ser identificados tras términos de debilidad. Sin embargo, las formas de identificar culturalmente el sentir de los hombres no siempre han respondido al mismo patrón, ya que, incluso los marcos emocionales, se enmarcan según el contexto, el momento histórico y la realidad particular del sujeto. Como advierten autores como Heliman, Barker y Harrison (2017), Zurian (2011) o Gutmann (2000) el concepto “ser macho” anteriormente era marcado por la cultura como un sentir de fortaleza que poseía una referencia de valor social positiva, la cual se convertía en un sino al que aspirar cualquier hombre. Sin embargo, Gutmann (2000, p. 316) advertirá que actualmente en ciertos contextos “se considera que estos términos son peyorativos y no se pueden tomar como modelos a seguir”, haciendo referencia a una masculinidad desfasada, advirtiendo sobre el carácter cultural y

construido y el sentir evolutivo de la identidad de género en los hombres, no apreciando actualmente como propio el ser macho ni sintiéndose reconocidos tras este modelo.

[taller masculinidades recurso atención social] Yo no me veo como el típico macho español (risas). Para mí, eso es cosa más de otros tiempos (Observación participante, OBP6).

Si las emociones conectan con el género, el cuerpo reaccionará reproduciendo patrones y modelos de comportamiento, consciente e inconscientemente, según el modelo de masculinidad imperante, dado que la consciencia no es capaz de contrarrestar todo el capital simbólico en el que el sujeto está sumergido. La noción de corporalidad conectada con las formas de percibir emocionalmente el mundo ha sido abiertamente trabajada desde las teorías sociales del comportamiento (Goffman, 2009) y las teorías performativas más cercanas al posestructuralismo (Butler, 2016), las cuales, postulan cómo el cuerpo reproduce emociones que son construidas socioculturalmente (Ahmed, 2015). Así pues, también los hombres entrevistados se verán condicionados inconscientemente a nivel emocional como hombres, pero también por otros elementos estructurales que les acompañan, ya sea por su situación de clase subordinada, la etnia, la nacionalidad, la orientación sexual, la capacidad o la edad. Así pues, el sentir y el emocionarse se convierte en una cuestión aprehendida a través de la educación y la socialización como sujetos sexuados, adhiriéndose al sujeto a partir de la reiteración continuada de prácticas que hacen incidencia en un tipo de sentires y no en otros, una cuestión que imprimirá formas reflejas e inconscientes de sentir las prácticas de los hombres, las cuales, si siguen la corriente hegemónica serán sentidas como normales y se actuará casi de forma mecánica sobre éstas sin que existan disonancias emocionales cuando se realizan (Berger y Luckmann, 1968).

Acercarnos al mundo de los hombres en situación de calle significa depositar la mirada a través de relatos que comparten una experiencia concreta en sus vidas a nivel emocional. Por ello, es importante sumergirnos en el sentir interno de los hombres, un espacio muchas veces oculto tras la disputa masculina por demostrar una masculinidad estoica e insensible. En este sentido, advertimos una imagen hegemónica por la cual los hombres deben mantenerse inalterables, dado que la presencia de ciertas emociones vinculadas a la feminidad puede significar una amenaza que pone en riesgo la imagen del hombre. Una cuestión que, ante el relato de las dificultades que han vivido, ha llevado a algunos hombres entrevistados a expresar una contención emocional durante las

entrevistas, apareciendo muecas, risas nerviosas, silencios y otras sensaciones de inseguridad por tener que enfrentarse a explicar su realidad. Una situación que empuja, a pesar de no saber, hacia un recuerdo que les puede llevar a emocionarse, mostrándose emocional y abiertamente titubeantes. Emergiendo el marco emocional que se presenta como un combate interno entre el ser, el sentir y el no querer expresar por parte de los hombres.

No hay fracaso, pero sí que hay fracaso

El primer aprendizaje que quiero exponer y creo que reviste cierta importancia hace referencia a cómo identificamos el marco emocional de los varones y cómo los hombres entrevistados conectan con la negación emocional, minimizando la importancia de los problemas, incluso silenciándolos. Como vienen advirtiendo desde los estudios de género y los estudios de masculinidades, los hombres se distanciarán de todo lo que les relacione con lo femenino (Juan Carlos Ramírez, 2020a), no acogiendo en su carácter muchos de los marcos emocionales que pueden ser requeridos para conectar relacionalmente de forma sana con los y las demás. Así pues, cuando los hombres narran las problemáticas que han tenido, que han generado y/o que están teniendo y que, de algún modo, han sido relevantes en su vida, lo hacen buscando construir un cierto distanciamiento emocional de la situación que relatan.

Yo estaba bien. A mí no me pasaba nada... Esta fue una decisión que tuve que tomar yo porque me obligaron a no trabajar más en la noche. Me quedé muy delgado... tuve problemas por culpa de mis amigos que me engancharon a las drogas, lo de mi padre y lo de mi madre que no paraban de acusarme de drogadicto cuando mis amigos eran peores... (Entrevista, EU6).

Parece obvio pensar que ninguna persona desea ser cuestionada y a nadie nos gusta que nos digan o nos recuerden que no estamos haciendo bien las cosas o que no lo hemos hecho bien. Sin embargo, como veremos, la construcción social de la masculinidad hace que el sujeto varón adquiera unas formas concretas de encajar y expresar emocionalmente las situaciones de precariedad, marginalidad o subordinación, y con ello, la gestión de las

malas noticias, apareciendo una forma totalmente distinta de actuar a las formas que, teóricamente, tienen las mujeres.

Es evidente que ser cuestionado hace visible la situación que acontece y si hablamos de hombres en situación de sinhogarismo, estamos hablando de una situación de falta de éxito en su identidad como hombre. El fracaso y la equivocación son dos términos que los hombres aprenden a rehuir e intentar descartar siempre que esto sea posible. Como decía un compañero, “los hombres no pierden el trabajo, los echan del trabajo” (Observación participante, OBP1), haciendo referencia a cómo los hombres usuarios, según este profesional, tienen integrada una tendencia a una cierta desresponsabilización ante el fracaso, directa o indirectamente. De este modo, los hombres aprenden a negar, minimizar o silenciar cuando esto sucede, en tanto que pone en cuestión su autosuficiencia masculina (Bonino, 2002b) y, además como hemos visto, los aleja de la petición de ayuda.

Yo negaba todo lo que me sucedía. Ahora lo veo, pero es que estaba muy descontrolado, muy descontrolado... (Entrevista, EU12).

Yo entré en la cárcel por un delito que cometí cuando tenía quince años, en una pelea en una discoteca. Pero cuando me metieron preso yo tenía pues treinta años o así. Ya tenía la niña, la niña tenía tres o cuatro años. Eso no se hace, eso no estuvo bien. Qué culpa puede tener alguien tantos años después (Entrevista, EU9).

De este modo, como anota Seidler (2002), es importante atender a las violencias de los hombres que se dan hacia ellos mismos a través de la autodisciplina y la autorregulación emocional, advirtiendo que esta forma de contener las emociones no responde a procesos individuales conscientes sino, más bien, a procesos de socialización y educación patriarcal que alimentan la reacción emocional de los hombres. En nuestro análisis emergen diversas estrategias que se centrarán en la forma de explicar las situaciones de fracaso que han vivido y cómo estos las presentan y cómo justifican sus formas de actuar y funcionar frente a estas situaciones.

Una de las primeras estrategias que identificamos es lo que Ceballos (2012) ha conceptualizado en sus estudios como el *silencio afectivo*, entendido el mismo como la restricción de expresiones afectivas o emocionales por ser cercanas a la feminidad o por

exponer una pérdida de virilidad o poder. El silencio afectivo es una forma de enmascarar, a través de conductas poco o nada emocionales, aquellas situaciones que no se acomodan a la máscara de insensibilidad que se reclama como hombres. El ejemplo más habitual de este aprendizaje patriarcal masculino lo podemos encontrar cuando decimos que los hombres son más de no hablar los problemas o de tirarse los problemas a la mochila, en lugar de enfrentarse a los problemas exponiendo el sentir de cada momento desde cierto temple y escucha. De este modo, existe una tendencia comportamental de anulación emocional, silencio, negación, evitación y distanciamiento sobre cómo se sienten ante muchas de las cuestiones que les suceden (Juan Carlos Ramírez, 2020a) y cuando se tira del hilo para que este sentir aparezca esto genera una gran dificultad discursiva en los hombres a la hora de expresarse.

Luego también he tenido una etapa un poco traumática, que no te la he contado, pero bueno... Pasé nueve meses muy jodidos. A mí no me gusta contarlo, pero bueno... (respira) Me cuesta contarlo... [...] No, no... si, a ver... No me gusta contárselo a nadie, porque es una cosa mía, interna mía. Hay gente que lo cuenta muy abiertamente. Yo no soy así. No me gusta contar estas cosas (Entrevista, EU4).

J: No eres de muchas palabras...

ENT: No me gusta compartir lo que me pasa, el cómo me siento y esas cosas. No me gusta. No me siento bien del todo... Y cuando lo hago, entonces, cuento algunas cosas. No todas... Las cuento a mi manera como hacemos todos (Entrevista, EU5).

Como vemos, el verse narrando emociones, habiendo tenido un aprendizaje patriarcal como hombres, hace que aparezcan dificultades a la hora de expresar lo que se quiere decir. Esto se da porque a los hombres, siguiendo los cánones de masculinidad patriarcal clásicos, no les estará permitido sentir y expresar como las mujeres. Y, en la adultez, más allá de ser una cuestión consciente basada en los riesgos de acusación disciplinaria, reaccionarán con cierta distancia emocional, dado que no sienten normal relacionarse emocionalmente de forma distinta, siendo el silencio y la pose no emocional un *continuum* en todas las entrevistas.

Así pues, si la primera estrategia identificada es el silencio afectivo, la segunda estrategia que utilizan los hombres es *negar o enmascarar el fracaso*. A todas las personas nos cuesta aceptar y relatar el fracaso, pero a los varones, empujados por una construcción

social de la masculinidad que les dirige hacia patrones de demostración de fortaleza, seguridad, autosuficiencia y osadía, se les presenta social y culturalmente una mayor tendencia a no hacer evidente el fracaso. Esto se da porque los hombres aprenden cómo relacionarse evitativamente a través de cuatro emociones negativas – vergüenza, tristeza (depresión), culpa y miedo – las cuales configuran la relación del ser emocional con el estatus y el poder socialmente adscrito (Kemper, 1990; Juan Carlos Ramírez, 2013). La apariencia autosuficiente y exitosa es un aprendizaje patriarcal en los hombres donde, el saber venderse y explicar de ciertas formas la realidad aparece en las entrevistas realizadas tras relatos velados de negación sobre la situación en la que están, a pesar de ser evidente que están en una situación compleja, ya que están en un recurso de atención a personas sin hogar.

Es que yo no te puedo decir es que he sufrido. Yo tengo techo, tengo comida, me atienden, tengo mi habitación, tengo mis cosas, tengo todo según los protocolos y me hago yo siempre cargo de lo que me da este lugar. Es así. Si a mí me dicen, oye ¿quieres participar en esto de aquí? Yo voy a hacer caso porque de alguna forma me están salvando la vida, porque yo no tengo problemas. No tengo problemas como las demás personas que hay aquí... Porque obviamente esto es un parón con lo que estaba haciendo... la pandemia digo, esta situación... yo quiero seguir mi proceso de vida y volver a meterme la ruleta y de lo que es la sociedad y todo (Entrevista, EU2).

Yo no pretendo estar viviendo de ayudas sociales toda la vida. Ya sé que habrá personas que, por circunstancias, por sus circunstancias, lo hacen. Porque... o porque no tienen familia o no tienen recursos, o bien tienen problemas mentales que necesitan de la atención de alguien. Pero yo gracias a dios no tengo estos problemas y mi máximo problema es tener un trabajo que pueda tener una nómina para empezar. Esto es totalmente momentáneo, Jorge. Porque yo una vez tenga esa nómina ya me puedo permitir el pagarme una habitación. Me puedo permitir vivir y ya no necesito que me estén ayudando aquí. Porque gracias a dios creo y considero que mi cabeza está bien amueblada... lo único pues tengo mis lagunas y mis problemas psicológicos que me han dejado tocado por las vivencias que me ha tocado vivir y de hecho lo hemos estado hablando para tratar, pues eso, pues mi impulsividad (Entrevista, EU4).

La negación del fracaso masculino se adorna con matices de circunstancialidad, como si se tratase de una cuestión anecdótica en el camino. Esta forma de expresar la situación que están viviendo desconecta directamente con ciertas cuestiones personales que les han

llevado a la situación a la que están. Se invisibiliza el yo y el relato los sumerge en la inercia de aquello que se espera de ellos, mostrando constantemente la imagen que se cree que se espera de ellos.

En este sentido, cuando decimos que los hombres se anulan emocionalmente no quiere decir que no tengan emociones, sino que buscan rechazar unas formas de expresarse, las cuales, son sustituidas por otra forma de demostrar y exteriorizar la emoción, lo que sienten. Pues la no emoción, la neutralidad emocional, no existe. No somos robots insensibles, aunque intentemos parecerlo o nos intenten hacer creer que podemos llegar a estos grados de desconexión emocional. Si hablamos de emociones, a los hombres se nos vincula con la acción y a las mujeres con la inacción o pasividad. De esta forma, lo que se espera es que la mujer llore de forma estática y desconsolada, expresando tristeza, y que el hombre se enfade y actúe llevado por la emoción de la ira, siendo las emociones proactivas más vinculadas con la posición de poder aquellas que poseen mayor normalidad o aceptación en los hombres, estamos hablando de una respuesta emocional a través del enfado, la rabia o la reacción violenta. Es decir, en los hombres está más naturalizado y, con ello, les está más permitido transmitir emociones de confrontación y cuando esto no es requerido no deben mostrar emociones, mientras que a las mujeres se las relaciona con la falta de control emocional y las emociones que se pueden entender como pasivas, como puede ser el sentimentalismo, el llanto o la tristeza (Pease, 2012; Juan Carlos Ramírez, 2020a). Una tendencia hacia las emociones que es advertida en los hombres entrevistados, es decir, el empuje emocional patriarcal se inserta en su sentir y se hace visible en sus formas de describir el mundo y de comportarse.

Yo soy una persona con carácter. Puedo ser con las chicas un sentimental, pero tengo muy mala hostia, tengo muy mal carácter. Eso siempre ha sido así (Entrevista, EU4).

Esta distinción produce que, cuando no existan formas de sentir vinculadas a los patrones emocionales masculinos, como puede ser el sentimiento de pérdida, la culpa, la vergüenza o la tristeza, lo normalizado será negar la emoción y, con ello, la expresión sentimental que se debería expresar en dichos momentos.

No obstante, cuando los hombres tienen que expresar emociones existen unos cánones sobre dónde y cuándo se pueden expresar, así como, qué emociones se pueden

expresar en cada momento. Como nos advertía un profesional de la atención social en un taller de masculinidades:

J: A ver, ¿dónde y cuándo podemos emocionarnos los hombres?

P1: En el campo de fútbol yo he visto llorar a muchos hombres allí (Observación participante, OBP3).

Así pues, no es que a los hombres no les esté permitido llorar, siguiendo la premisa de los hombres no lloran radicalmente, sino que, más bien, la permisividad emocional masculina está organizada socialmente a través del sistema patriarcal según el contexto, el espacio y la situación que pueda darse. De este modo, si hablamos de enfrentarnos como hombres a exponer que hemos fracasado en ciertas facetas de nuestras vidas, a los hombres no se les plantea exponerlo abiertamente, emocionalmente, y compartir aquello que les sucede con personas que les puedan acompañar. Sino que, en el relato de los hombres entrevistados, aparece esta realidad situacional de las emociones, expresando el fracaso tras preceptos de seguridad, intencionalidad y no demostración abierta de la debilidad.

Por ejemplo, con ella sí. Cuando hablo con ella por temas de trabajo como también es psicóloga... Entonces, pues con ella también hablo estas cosas porque a mí me viene bien. Porque al final el contar tus cosas y el sacarlo afuera con un profesional creo que te ayuda. Son ellas las que me pueden ayudar a conseguir eso que me hace falta (haciendo referencia a las ayudas económicas). A lo mejor con otras personas no tanto, o a lo mejor en la casa no, o a lo mejor en mi familia no porque los quiero proteger. Pero contarlo con un profesional yo creo que te ayuda a sacar toda la mierda que tienes dentro. Creo que te ayuda. Y yo soy consciente. Yo sé que hay muchas cosas que tengo que mejorar (Entrevista, EU4).

[La trabajadora social] lo sabe todo sobre mí. Sabe todo esto. A ella se lo cuento todo. Gracias a ella me han dado la renta valenciana, y con eso podré... Es otro paso en mi vida (Entrevista, EU11).

De esta forma, el espacio de la atención social en los recursos de atención a personas sin hogar emerge como una zona de seguridad, siendo un espacio de privacidad donde hablar de lo que les sucede con las profesionales, sean psicólogas, educadoras sociales o trabajadoras sociales, queda envuelto de una cierta permisividad por parte de los hombres. Sin embargo, si a los hombres no se les da la oportunidad de tener o poder acercarse a

estos espacios donde relatar lo que les sucede, el patrón normativo patriarcal será *la autogestión desde la anulación emocional*, y, si esto no es posible, la forma activa de descargar las emociones será desde la contención, convirtiéndose en grandes contenedores de enfado, rabia o frustración.

Me fui de okupa con más gente. En una nave... Y allí iba pasando los días. Pero no estuvo bien, yo no estoy bien, me enfado con todos... Enfadado con que no puedo conseguir dinero para tener mi casa. Entonces muchas peleas, en la calle, la policía y eso... (Entrevista, EU2).

Insistes mucho en esto... (silencio) Estaba en la calle. Imagínate. Sales de prisión y no tienes a nadie a quien llamar, con quien hablar, a ningún lugar donde ir... Estaba enfadado. Me pasé casi dos años bebiendo enfadado. No hay más (Entrevista, EU1).

De esta forma, aparece una correlación entre enfado y fracaso donde se suceden comentarios de rabia, frustración, incluso odio hacia la situación que se vive. Las emociones como la tristeza o la flaqueza se esconden tras una postura ruda y poco sentimental. En este sentido, muchos autores y autoras vinculan esta realidad con el cómo la educación emocional de los hombres vive conectada con la violencia y su relación con el poder, el imaginario de superioridad, el control y la reducción de daños (Hearn, 1998; Heilman y Barker, 2018; Kaufman y Horowitz, 1989). La socialización y educación masculina a través de la violencia conecta con un gran número de estudios donde la resolución emocional de los hombres se retrata como una respuesta directa y activa ante las distintas situaciones, donde su vinculación con el enfado, la rabia o la frustración entra dentro del sentir normal de los hombres (Juan Carlos Ramírez, 2020b). De este modo, el relato emocional es dibujado como si se tratase de un campo de batalla donde el sentir correcto implica utilizar la estrategia de *enfadarse con el otro/a*, incluso de forma violenta, tras el intento de ganar y no sentirse derrotado. Un intento banal de desvinculación de la situación que se está viviendo con la sensación de fracaso. De esta forma, la pérdida de control en sus vidas se traduce en emociones negativas normalizadas que buscan eludir la situación que están viviendo.

Ante esta cuestión, vuelve a aparecer en el relato la indefensión aprendida (Merton, 1960; Seligman, 1991) donde los hombres sienten que ante el fracaso ya no hay nada más que puedan hacer y entonces se dejan llevar por la situación de marginalidad a la que les

ha llevado la vida. Así pues, desde esta posición de indefensión muchos hombres actuarán produciendo violencias hacia ellos mismos, no tanto desde marcos de autoexigencia, sino más bien desde una mirada autodestructiva que emerge en los hombres cuando ciertos pilares esenciales de su vida caen.

Mi idea era salir de la cárcel y volver a mi casa porque mi padre estaba ya jubilado. Intentar hacer algo allí. Yo quería estar con mi padre, pero al verlo tan mal... pues me cogió ese... ese... no sé cómo llamarlo. Pero me destrozó y me fui antes de que muriera. [...] Se me cayó el mito. Entonces claro, pues volví a Madrid. Estuve en Zaragoza y luego volví a Madrid. Y en Madrid intenté hablar con la madre de mi hija... la madre de mi hija ya tenía otra pareja. Y aquello fue insoportable. Y ahí fue cuando dije... pues que le den por culo al mundo. Que es lo que me gusta drogarme... pues me voy a meter todo... Que tengo que hacer para no caer en la cárcel, vivir aquí en la revuelta de los gitanos... pues con los gitanos (Entrevista, EU9).

La *autodestrucción* aparece como una forma de expresar sobre su propia persona lo que le sucede. La autodestrucción no posee una lectura de derrota pasiva sino de respuesta tras los códigos de la masculinidad hegemónica patriarcal, en tanto que implica acción, cierta fortaleza a través del aguante de inclemencias y la desconexión emocional más extrema que se pueda dar con uno mismo. Un cóctel que aparece en el relato de algunos hombres entrevistados donde el mencionado mandato de la masculinidad de enviarlos a todos al infierno (David y Brannon, 1976) se establece como sostén identitario en las formas de actuar como hombre.

Esta estrategia de autodestrucción se cimienta desde dos posicionamientos que, a pesar de que uno emerge sobre el otro, los dos funcionan a la vez. Por un lado, tenemos una *autodestrucción activa* donde los hombres hacen cosas sobre su cuerpo, exponiendo el propio cuerpo de algún modo de forma autolesiva. El aumento del consumo de alcohol y drogas o el buscar peleas donde se es consciente de que se va a salir malparado entra dentro de esta forma de actuar tras un patrón de autodestrucción activa. Sin embargo, por otra parte, existe una estrategia de *autodestrucción pasiva* donde el hombre se abandona, deja de actuar y acoger en su cuerpo aquellos hábitos que revierten en bienestar positivo para él mismo como puede ser la higiene, alimentarse o el seguir con la medicación pautada. Estas formas de actuar pasivo agresivas conllevan esta idea de actuar

violentamente contra uno mismo, siendo el abandonarse personalmente otra estrategia de respuesta emocional frente a lo que les sucede.

Me lo dejó para trabajar yo [el trabajo que tenía su jefe]. Lo tenía todo preparado. Me dejó el trabajo y trabajé ganando dinero que iba guardando de mi trabajo. Después de que él se marchó no supe de él hasta cuatro o cinco meses. No volvió como dijo. Me dejó allí. Encontré otra cosa como albañil... Un chico me dijo ayúdame en una reforma. Y yo vale. Y en dos días me pagó para un mes. Poco a poco el dinero... otra vez cero. Otra vez cero. Y yo de nuevo... a la calle. A la calle esta vez dos años. Me vi muy muy muy muy enfadado conmigo. Con mi vida. Muy enfadado, muy enfadado. Todos los días no quiero comer. Solo alcohol, solo alcohol. Con barba, sin ducharme. Ropa no me importa. Que si estaba quemada, que si rota... los zapatos que si rotos, que si quemados, que si tal... Con barba, con esto... Bueno, la gente me iba encontrando tirado por la calle... del alcohol. Y después me traen aquí otra vez y estoy aquí tres semanas. Y luego otra vez... una vida de vagabundo, de vagabundo, de vagabundo (Entrevista, EU3).

Me volví a Madrid, pero ya no estaba la cosa... Ya, ya... ya estaba más metido en la droga, cada vez más metido en la droga. Ya empecé a delinquir, ya empecé a hacer cosas raras. Y terminé en la cárcel. Una buena temporada de cárcel dicen que lo arregla todo. Mentira. La cárcel no reinserta a nadie. Yo entré por un delito de lesiones y salí de allí que me comía el mundo. Ahora sí que me voy a poner mal. O sea, me habéis metido por una chorrada.... Pues yo tres veces peor. Con más cautela, eso sí, pero peor... (Entrevista, EU9).

Todas estas formas de responder emocionalmente los hombres, el silencio, la negación, la construcción de secretos, la frustración, el odio o la rabia, conducen constantemente a una dirección, a sentir como normal esconder el fracaso, la culpa, la vergüenza y el miedo y, con ello, sentir como normal el esconder la debilidad. El fracaso es el episodio más alejado del protagonismo, la centralidad y la marca de importancia, cuestiones que significan para el sujeto varón una consigna básica a través de la cual encontrar un lugar jerárquicamente distinto a las mujeres, pero, sobre todo, para encontrar su lugar jerárquicamente distinto entre los demás hombres. Sin embargo, hay hombres que tienen tan interiorizado dicho patrón de masculinidad que cuando se rompe su marco identitario no son capaces de identificar aquello que les sucede emocionalmente, viéndose afectados corporalmente desde el problema de gestión emocional que no están advirtiendo (Olvera y Luna, 2020; Rodríguez del Pino, 2014).

Actualmente, ya existen estudios que indagan sobre la conexión entre depresión y construcción social de la masculinidad, advirtiendo de los efectos que está produciendo el seguir ciertos patrones hegemónicos de la masculinidad patriarcal en los hombres (Aguayo, 2022; Krumm et al., 2017; Oliffe et al., 2010; Sánchez de Ita et al., 2015). Para empezar, los hombres tienen una tendencia mayor a rechazar su estado de fractura emocional, en tanto que, la depresión no solamente es considerada como un padecimiento de mujeres (Olvera y Luna, 2020), sino también es relacionado con la falta de aguante y la debilidad y, por ello, suele ser descartada cuando los hombres empiezan a sentir algún síntoma en este sentido, incluso cuando es negada la necesidad de ayuda siendo un indicador de suicidio (Aguayo, 2022; Rosado et al., 2014).

J: ¿Ahora mismo estás teniendo seguimiento psicológico?

ENT: No. No lo necesito, Jorge. No lo necesito.

J: Pero por miedo o...

ENT: No, no. Soy una persona... ahora por ejemplo tú no eres psicólogo, pero estás haciendo como si fueras el psicólogo, estás escuchando, vale. Un psicólogo... yo no tengo ganas de llorar. Yo ahora me he emocionado porque estamos hablando de lo más sagrado que tengo que son mis hijos. Por lo demás me da igual todo. Me puedo morir mañana y me da igual. No me importa (Entrevista, EU13).

En nuestras entrevistas identificamos cómo algunos hombres verbalizan este sentir a modo de malestares inespecíficos, como ya advertía Rodríguez del Pino (2015), haciéndose visible cómo la autoexigencia, la competitividad, la búsqueda del éxito constante les lleva a fracturarse emocionalmente y terminar en un estado que, tanto por la carga del éxito como por la carga del fracaso, posteriormente puede llevar a los hombres a la depresión (Krumm et al., 2017; Oliffe et al., 2010).

En España no había de esto. No había nadie que hiciera algo de esto. Y luego, como, te digo, con la importación de Japón de contenedores. Que había una naviera que yo le firmaba o le daba un... le daba yo mismo crédito.... Todos los meses tenía el contenedor en la puerta de Fuente del Jarro, de mi almacén, y al mes y medio pagaba y fuera, otro. En definitiva, yo llevaba todo, con el hándicap principal de mi carácter, que era lo que era, lo que más me costaba y por eso recurrí a la medicación. Llevo tomando Valium, Trankimazin y todo tipo de antidepresivos toda mi vida y cuando iba de viaje somníferos. Porque al estar viajando

toda tu vida, eso es muy duro y yo no me daba cuenta. A mí por aquel entonces me parecía normal (Entrevista, EU8).

Yo quiero un trabajo. El trabajo te hace bien. Pero no tengo trabajo... Cuando no tengo trabajo estoy mal. Ahora ya no pero antes bebo, bebo mucho cuando no tengo trabajo... muy triste... Yo estaba muy triste. No estaba bien (Entrevista, EU3).

Con ello, los hombres verbalizarán cómo el estado emocional tras el que están en el momento de la entrevista les lleva a sentir que no están cumpliendo con su rol, llevando incluso a uno de los entrevistados a identificar en su relato biográfico que esta cuestión es la que le ha llevado a la situación de calle.

Me contratan como jefe de cocina. Mil quinientos euros al mes. Empecé a trabajar y mi mente ya estaba perdida. Yo estaba muy tocado de... estaba muy trastornado. Muy trastornado. En tres años, en cuatro años, dejé restaurantes, perdí mucho dinero, perdí la relación que tenía, fallece mi madre, me voy a Italia... O sea, hubo un cúmulo de emociones que me han hecho explotar. Y realmente, a finales de 2018 empezó, cómo puedo decirte, la apatía. Empezó mi apatía. Algo que no era yo y yo ya no era yo. Me transformé, es decir, fue un cambio que me dejó... yo flipaba porque no podía... es como cuando te atan y tú quieres moverte y no puedes. Y dices, coño, que yo no quiero estar aquí. Pero te das cuenta que no puedes. El nudo lo tienes detrás y no llegas. [...] Entonces te das cuenta que has llegado a un límite que ya está. Ya estás acabado, pero no profesionalmente... como persona. Yo como persona me sentía acabado en 2018 y me hundí completamente. Eso fue un drama. Me encerré en mí mismo. No quería salir de casa. No quería ver a nadie. No quería hablar con nadie. Me costaba hablar con mis hijos. Jugar o ver películas... Y así acabé en la calle (Entrevista, EU13).

Así pues, el desánimo se siente como un sentimiento contradictorio que entra en conflicto entre lo que debería de estar haciendo como hombre y la imposibilidad de realización por el estado emocional no reconocido en el que se encuentra, verbalizando inactividad, tristeza y cansancio de la vida cuando se profundiza en su relato (Krumm et al., 2017).

De esta forma, la máscara masculina como sujeto insensible no solamente servirá como una pose de hombría, sino que, además, generará dificultades para identificar y expresar emociones en los hombres, pudiendo generar esto problemas de salud mental (Pease, 2012; Juan Carlos Ramírez, 2020a). Negar emociones, reprimirlas u ocultarlas

generará efectos en los hombres en situación de calle haciendo más difícil el advertir los problemas emocionales que padecen, en tanto que la depresión puede darse tanto desde el enfado y la rabia como desde la tristeza, la pena o la melancolía, haciendo mucho más complejo identificar la situación emocional de los hombres (Aguayo, 2022). Con el añadido de que la negación de los problemas psicológicos centrados en el mantenimiento de la pose masculina produce, como hemos visto, el reducir la petición de ayuda (Johnson et al., 2012), haciendo mucho más complejo el trabajo de las personas profesionales que atienden a hombres en los recursos de protección social.

¿Cómo puedo ser yo un privilegiado viviendo en la calle? La posición privilegiada masculina y su invisibilidad por la intersección de clase

Una de las dificultades que se derivan de la situación de calle es el ser capaces de identificarse como hombres tras una categoría socialmente privilegiada.

En uno de los recursos de atención a personas en situación de sinhogarismo donde realicé un taller sobre igualdad y masculinidades recuerdo, de forma muy clara, el enfado de uno de los hombres usuarios que acudieron a esta formación. Aquel hombre blandía de forma frustrada sus argumentos exponiendo una cierta impotencia ante lo que intentaba explicarnos. Pues, momentos antes de esta situación, estábamos hablando sobre el lugar distinto que ocupan los hombres y las mujeres en la sociedad en la que vivimos, realizando aportaciones las personas participantes con total normalidad. Sin embargo, en el momento que apareció en el taller la palabra *privilegios* anudada a la masculinidad esto le hizo reaccionar, apareciendo el enfado, verbalizando “¿Cómo puedo ser yo un privilegiado si no tengo casa, no tengo dinero y he estado viviendo en la calle?” (Observación participante, OBP6), una pregunta que ya se hicieron en su momento Jackson y Moshin (2013) cuando investigaron el lugar que ocupan las masculinidades marginales a nivel político, identitario y comunicativo.

Aplicar una mirada interseccional en el análisis social que estamos realizando implica, como hemos venido exponiendo, tener en cuenta el cruce de dos categorías que serán centrales durante todo el análisis: el género masculino y la clase social como hombres en situación de vulnerabilidad o exclusión social. La situación de sinhogarismo que están viviendo estos hombres los sitúa en el extremo subordinado de la categoría

clase, encarnando un estrato oprimido en referencia a la clase. Por el contrario, si pensamos en su posición de género como categoría social, la masculinidad implica poseer jerárquicamente una posición estructural y estratificadamente superior en comparación con las mujeres, siendo los hombres sujetos que encarnan una posición social privilegiada, apareciendo un cruce muy evidente entre una categoría social oprimida y una categoría social privilegiada.

Ante esta cuestión, lo primero que debemos advertir es que cuando hablamos de posición privilegiada no nos estamos refiriendo a los beneficios que pueden o no emanar de la propia posición como hombres.

[hablando de privilegios en un taller de masculinidades] Las mujeres hoy en día cobran lo mismo que los hombres [...] Es verdad, no en todos los trabajos, pero sí en muchos (Observación participante, OBP3).

Esta es una confusión bastante habitual por la utilización política que se ha realizado del término privilegios tras la finalidad de señalar la existencia de la posición social distinta que tienen los hombres, la cual otorga legitimidad y beneficios sociales a quien la encarna. Sin embargo, si ponemos dentro del mismo marco conceptual, dentro del mismo saco, los conceptos privilegios y beneficios se desdibuja el marco de estratificación existente, ya que se construye un imaginario simbólico homogéneo sobre todos los hombres, no atendiendo a la realidad múltiple e interseccional de los sujetos, un lugar que, nos vaya bien o nos vaya mal en la vida, siempre es concebido falazmente como material y simbólicamente idéntico para todos los hombres. No es baladí que autores como Connell (2015) o Kimmel (2009) hablen de *dividendos patriarcales* para diferenciar estas dos cuestiones que, a pesar de vivir anudadas, son dos cuestiones distintas, no siendo lo mismo el lugar que ocupamos que los beneficios que nos puede llegar a aportar dicho lugar. En este sentido, como diría Kimmel (2013), el hombre blanco enfadado es una reacción emocional que se genera por muchas razones, pero, entre ellas, por la desidentificación con su propia posición de privilegio.

Uno de los aprendizajes que la construcción social de la masculinidad imprime en los hombres es, a través de la naturalización y la normativización del género, el borrar de la consciencia masculina la posición que ocupan en el mundo en referencia con las mujeres. Esta es una cuestión ciertamente paradójica en tanto que la construcción social

de la masculinidad se basa principalmente en la negación constante de la feminidad y la distinción con la misma. Sin embargo, la posición social privilegiada, siguiendo los planteamientos foucaultianos, como dispositivo generador de realidad, produce una forma de funcionar que lleva a activar unas ciertas líneas de fuerza para que esto suceda.

Seguimos haciendo lo que hemos hecho siempre (haciendo referencia a trabajar) ... Como te lo explico para no parecer... Es normal que los hombres trabajen. Hoy en día trabajamos todos, ¿por qué habría que dejar de hacerlo? (Entrevista, EU20).

Lo primero es que socialmente el concepto “privilegios” es dibujado de forma abierta y abstracta quedando enmarañado en una polisemia de significados muy cercanos entre sí o, relativamente, interconectados. Si a esto le sumamos que ha sido un concepto abiertamente utilizado por el movimiento feminista para identificar las relaciones de poder que llevan a la subordinación del género femenino, esto complejiza todavía más la identificación del privilegio como un lugar jerárquico, en lugar de un beneficio por ser, entremezclando ambas disposiciones. De este modo, que exista esta realidad discursiva y no exista una definición concreta de aquello que significa poseer una posición de privilegio abre la posibilidad de distanciarnos de dicho concepto tras las vivencias personales, configurándose estrategias discursivas en los hombres donde, a través de sus experiencias de vida, expondrán el lugar que ocupan, no atendiendo a los marcos de desigualdad entre mujeres y hombres que puedan darse a nivel estructural. Así pues, cuando se les pregunta a los hombres si son privilegiados, mayoritariamente responden que no, dado que identifican la palabra privilegio con la palabra poder y beneficio de poder, un lugar que no es ninguna disposición clara y que, además, casi ningún hombre encarna o siente encarnar.

El marco interseccional que poseen los hombres en situación de sinhogarismo complejiza mucho más esta consciencia de género y, a la vez, hace más visible esta no consciencia y/o no aceptación de que están en una posición distinta a la de las mujeres. Privilegio, dentro de la significación polisémica sobre la que se concibe, es identificado como un significante de éxito, cuando no tiene por qué serlo. No es lo mismo la posición de privilegio que la victoria. En este sentido, la categoría social que encarnan los hombres en situación de sinhogarismo los predispone individualmente a una significación de fracaso social en cuanto a la clase, una cuestión que no modifica el lugar jerárquico como hombres que ocupan todos los hombres en la sociedad patriarcal. La complejidad de la

identificación y distinción de estas dos cuestiones, individual y social, aumenta cuando las formas de ascender o mantenerse en la escala social se fundamentan tras las formas de éxito e importancia asociadas tras el modelo de masculinidad patriarcal. De este modo, existe una concomitancia, una simultaneidad, entre clase, género masculino y éxito social las cuales han sido construidas correlacionalmente, haciendo más compleja la separación subjetiva entre clase y género cuando exponemos esta realidad.

A toda categoría social le acompañan patrones de normalización y naturalización que orientarán a los sujetos que la encarnan, llevándoles a identificar inconscientemente cuál es su lugar, cuáles son sus funciones y cuál es su relación con el ejercicio de poder. La norma siempre viene marcada desde la normalización de las prácticas desarrolladas por la categoría social privilegiada. De este modo, las prácticas, las formas de actuar, pensar, sentir y comportarse, quedan anudadas a la idea de normalidad y no a la idea de excepcionalidad, no advirtiendo el carácter singular que puede acompañarle. Esto implica que las formas de actuar de las personas que encarnan posiciones privilegiadas, si actúan en el sentido hegemónico que la categoría apunta, estarán desarrollándose en lo habitual consensuado socialmente o como diría Bourdieu (2008) desde el *habitus*, siendo entendidas como lo normal, generándose marcos disciplinarios hacia todo lo que quede fuera de estas formas de actuar en relación con el cuerpo encarnado. Así pues, si un hombre actúa siguiendo los patrones hegemónicos que le vienen marcados por su posición privilegiada como hombre, no lo verá como una cuestión que hace referencia a su condición masculina, sino como una cosa normal y, en tanto normal, se convertirá en invisible o en cierto grado imperceptible por la normalidad que le acompaña. Esta correlación entre normalidad y masculinidad adquiere un carácter de enunciación concreto, dado que los hombres no estarán haciendo nada excepcional como para que les identifique como privilegiados, siendo la forma en la que se construye la masculinidad y su posición social estratificada una línea de fuerza que hará invisible y/o imperceptible su propio sentir como sujeto privilegiado.

A esto hay que sumarle que es difícil explicar cómo la posición jerárquica masculina se construye socialmente y que las prácticas de los hombres, individualmente, reproducen dicha construcción. No obstante, la posición individual como varón no solamente viene dada por el género, aunque este tenga un gran peso en la toma de decisiones y las formas de actuar, sentir y socializarnos. Cuando se habla de privilegios se tiende a homogeneizar la categoría sobre los sujetos, desdibujándose el cruce entre

categoría masculina y clase social, en nuestros entrevistados, los cuales, incluso, llegan a situar a los hombres en una posición social inferior a la de muchas mujeres.

Esto es un pozo. Ninguno queremos estar en la calle, pero aquí estamos. Muchas mujeres tienen casa y un plato de comida y yo no... como te digo, un pozo (Entrevista, EU14).

De esta forma, la categoría de clase modifica la forma de identificarse los hombres como sujetos privilegiados, haciendo más compleja la conciencia de la posición masculina que encarnan en relación con las mujeres.

La respuesta emocional de los hombres en situación de sinhogarismo cuando se expone su posición privilegiada es una respuesta de enfado, negación y distanciamiento a lo que la palabra apunta. Apareciendo desde la propia palabra una disonancia con su propia experiencia de vida, en tanto que la interpretación polisémica del concepto y el aprendizaje adquirido a través de la socialización diferencial como hombre lleva a los varones a que la posición social que encarnan como hombres se quede entre lo visible y lo invisible, siendo complejo para ellos diferenciar entre espacio jerárquico masculino y realidad de clase.

Tomar decisiones en el laberinto de la soledad: el secreto, la soledad y la toma de decisiones en la masculinidad

Cómo tomamos decisiones permeados por las formas de sentir la realidad es una cuestión que ha sido ampliamente estudiada desde muchas disciplinas. En la actualidad existe la moda de hablar sobre la educación emocional como forma de prevenir ciertos patrones de actuación violentos, sin embargo, no podemos caer en un análisis que responsabilice individualmente tras fundamentos psicologicistas a los sujetos sin atender a los efectos estructurales que nos conforman, emergiendo en nuestro análisis la importancia de analizar cómo el sentir estructuralmente encarnado está incidiendo en una toma de decisiones que ha llevado a los hombres a la situación problemática en la que se encuentran en el momento de la entrevista.

En la información recogida, la cercanía que posee el relato en referencia a la situación de clase se convierte en una potencialidad para analizar cómo inciden las formas

de sentir la marginalidad en la toma de decisiones. Como nos advierte Mary Douglas (1996, p. 22) “las aproximaciones de la psicología a la percepción del riesgo y su tendencia a no tener en cuenta la dimensión social [no] considera el lugar que ocupa el riesgo en la teoría de la elección”. Es decir, no tener en cuenta de qué manera la estructura social genera efectos de marginalidad y cómo estos efectos permean la toma de decisiones, invisibiliza las articulaciones que existen entre lo estructural y lo personal, entre la estructura y la capacidad de agencia. Como dice Breton (2017), todos los sujetos, antes o después, aprendemos cómo actuar según la realidad social y los riesgos que nos ha tocado vivir, nos adaptamos y navegamos por estos con cierta normalidad. Así pues, uno de los sinos de nuestra investigación es cómo los varones, atravesados por su condición como hombres, se adaptan y actúan según el contexto social al que se enfrentan situacionalmente. El riesgo, la intencionalidad y el interés quedan permeados por códigos de masculinidad que configuran desde la socialización y la educación parte del anhelo y el deseo de los hombres. De esta forma, los hombres transitarán y se adaptarán sin perder de vista esta realidad, acomodando sus formas de actuar según la situación, pero también, aprendiendo a manejarse de forma distinta según los espacios por donde transitan.

[conversación con profesional de los Servicios Sociales] Nuestros usuarios cambian según les conviene. No podemos pensar que siempre hacen lo mismo, porque no hacen lo mismo cuando están en su casa que cuando los atendemos en los Servicios Sociales. Yo lo veo esto mucho... incluso no es lo mismo cuando hablan conmigo que con una compañera (Observación participante, OBP2).

ENT: Yo no soy el que era antes. Todo esto me ha cambiado...

J: ¿Pero ahora aquí estás mejor?

ENT: Bueno sí, estoy mejor. Pero no me recupero. No soy el que era antes de estar... (silencio) en la calle, en la calle.

J: Pero tampoco eres el mismo que cuando estabas en la calle, ¿no?

ENT: No soy el mismo... aquí no necesito... pues eso, buscarme la vida, mirar dónde dormir. Eso sí, aquí estoy mejor (Entrevista, EU13).

Así pues, podríamos pensar que la situación de marginalidad lleva a los hombres a aceptar los riesgos, como el decidir dormir en la calle, porque entienden que no les queda más remedio, porque no ven otra posibilidad dentro del abanico de posibilidades que existen tras una situación de indefensión aprendida (Fernández-D’Andrea et al.,

2016; Seligman, 1991). Sin embargo, hay muchos factores que se cruzan en por qué los hombres toman la decisión de dormir en la calle, dado que, a través del análisis biográfico de sus vidas, advertimos y/o identificamos una concatenación de decisiones que les van llevando en la dirección en la que se encuentran, no siendo esto una decisión única, incluso, muy pocas veces es una cuestión totalmente consciente.

Yo ya vine mentalizado con que quería dejar la droga. Vine aquí en pleno temporal, porque vine en pleno temporal. Estuve mirando el mar a ver si me tiraba al mar o qué... Yo he tomado muy malas decisiones en esta vida, muchas, muchas... (Entrevista, EU9).

El estar yo en la calle era por no saber atender a razones... no saber atender a razones. Una persona con dos dedos de frente, pues se busca un trabajo, paga la pensión... tienes un poco de decencia, tienes un proyecto... hubiera buscado trabajo, hubiera sido más activo... Yo no. Yo me limité simplemente pues a hacer la rutina. Después de lo de mi hermano, lo de mi madre, lo del piso, el venirme a Valencia, eso fue... [...] No hice nada más que dejarme llevar, pedir y cuando me quedaba sin dinero, de nuevo a la calle. Así pues, imagínese... es una forma de funcionar que soy consciente que no tiene ni pies ni cabeza (Entrevista, EU10).

Podríamos pensar que los hombres toman estas decisiones empujados de forma consciente por los mandatos o los códigos de la masculinidad hegemónica patriarcal. El asumir ciertos riesgos al comportarse de cierta forma les va a aportar un sentir de normalidad como hombres y, con ello, el abandonarse o el pasarse de hombres hasta llegar a situación de calle tiene fuertes conexiones con las prácticas a desarrollar desde la masculinidad hegemónica patriarcal. Sin embargo, lo que nos encontramos en el análisis de la información no va tan en este sentido, no del todo, sino más bien, encontramos cómo los hombres van tomando una serie de decisiones hasta llegar a la situación de calle, encontrando una amplia diversidad de momentos donde la cuestión hubiese podido cambiar la dirección de sus vidas. Esta cuestión o esta pregunta sobre el porqué los hombres toman unas decisiones y no otras aparece en muchas entrevistas, por no decir todas, tras un cierto carácter de similitud. A nivel de análisis de contenido de las entrevistas el verbo *decidir* se convierte en una muesca en el tiempo, una marca en la biografía de los hombres entrevistados. Cada vez que aparece el verbo decidir se narra en la vida de los hombres una situación, un camino que bifurca donde los hombres deben tomar una decisión. Sin embargo, este tomar decisiones continuamente no solamente

posee un fuerte carácter marcado por la identidad masculina y la situación de clase o riesgo, sino que, además, posee un fuerte carácter emocional e inconsciente, más de lo que nos pensamos. Una cuestión que no identificaré hasta que un hombre, que ha tomado muy malas decisiones en su vida, en la entrevista verbaliza que tomó las decisiones que tomó “porqué lo sentí así” (Entrevista, EU8), trasladando otra pregunta en mi reflexión ¿qué papel está teniendo el marco emocional de los hombres, en tanto hombres, en la toma de decisiones?

A los hombres se nos educa y se nos socializa para no depender de nadie, sacarnos las castañas de fuego, ser autosuficientes, o por lo menos eso nos hacen creen como sostenedores económicos en referencia al espacio productivo. Esta forma de socializarnos implica una tendencia a la autonomía y a la independencia donde uno mismo debe actuar sin tener en cuenta a los demás que le rodean. La toma de decisiones no queda exenta de esta cuestión, siendo cada acción y decisión empujada a ser decidida individualmente, en tanto que los hombres, en tanto hombres, deben saber, deben decidir y deben actuar a expensas de todo, habiendo sido educados, siguiendo la definición de Foucault (1984), para ejercer poder. Como dice Kaufman:

la alienación de los hombres en la ignorancia de nuestras emociones, sentimientos y necesidades y de nuestro potencial para relacionarnos con el ser humano y cuidarlo [...] aumenta la solitaria búsqueda del poder y enfatiza nuestra convicción de que el poder requiere la capacidad de ser distante (Kaufman, 1997, p. 72).

Es decir, cómo sentimos y cómo nos emocionamos está conectado con esta búsqueda solitaria de poder, llegando a sentir como normal el tomar decisiones en soledad.

De esta forma, en las entrevistas, aparece de una forma ciertamente constante esta cuestión del tomar decisiones sin tener en cuenta a nadie más, en soledad, generándose aciertos o equivocaciones que les llevarán a cambiar el rumbo de su vida radicalmente tras esas muescas en la biografía.

Yo en aquel momento era un joven lobo, me daba igual todo. Pasaba de la justicia, pasaba de todo. [...] No me presenté a juicio. Me citaron una, dos, tres, cuatro cinco, seis, siete veces... No me personé y al final la jueza dijo sí... pues al final sí que va a aprender la lección. Me vi de golpe nueve meses en prisión (Entrevista, EU4).

Esta forma de decidir en soledad es un factor más que lleva a los hombres a desconectar directamente con la petición de ayuda. El relato de la autosuficiencia lleva a los hombres a crearles una imagen superlativa dentro de su propia vida donde deben ser ellos mismos los que actúen y solucionen las distintas desavenencias que vayan apareciendo. Como hemos venido advirtiendo, la autosuficiencia conecta constantemente con el relato de los hombres como una creencia matriz que les orienta hacia el sentir como hombres (Bonino, 2002b). No obstante, este sentir también produce el tomar la iniciativa sin tener en cuenta a nadie más de su entorno, no pidiendo ayuda ni colaboración en tales situaciones, segmentando la empatía, llevando a los hombres a tomar decisiones a expensas del daño que pueden producir a las personas que les rodean o con quien se relacionan.

Yo quiero ser yo el dueño, yo decidir cuándo se hace, yo decidir cuándo se cierra y cuándo se abre. Y por eso me monté un restaurante. Monté el restaurante, tuve problemas bastante fuertes, pero los solucioné todos. De juicios y tal. Y me quedé con el restaurante, el segundo. [...] Lo abrí en la época de la crisis económica. En 2008, en 2008 monté el restaurante. Empecé a funcionar, la cosa iba bien, realmente empecé a arrancar, estar con mis chicos y tal, a preocuparme en llevarlos al colegio, esto, lo otro... siempre ha sido una situación... podía verlos... llegué un acuerdo con mi ex y podía verlos cuando yo quería, podía hablar con ellos, podía hacer, o sea, se creó una forma de libertad en este punto de vista. Y, muy bien, después las cosas empezaron a no funcionar. El restaurante empezó a bajar de nivel [...] desgraciadamente la cosa se rompió... teníamos problemas económicos, el restaurante ya no funcionaba, los gastos ya eran muy altos... claro, quieras o no traes los problemas económicos del trabajo a casa y eso fue el fin (Entrevista, EU13).

Y esto también en las relaciones con mis parejas me ha pasado, también. Que de ahí también he aprendido cosas. Pero que me pasa lo mismo. Soy muy impulsivo a la hora de tomar decisiones y me pasa lo mismo. Yo digo las verdades a la cara te duelan o no. Lo demás ya no es mi problema, es el tuyo. Si te duelen las cosas, es por algo. Yo te digo las cosas que veo y tomo las decisiones que yo veo. También puedo estar equivocado yo. Pero como soy impulsivo las suelto. Y después, pues claro, vienen problemas (Entrevista, EU4).

Si la masculinidad autosuficiente produce que los hombres se posicionen de forma individual, sin tener en cuenta a nadie más, cual héroe solitario que actúa sin compartir el relato, difícilmente se abrirán a los demás ni cuando toman decisiones, ni cuando piden

ayuda. La socialización de los hombres lleva a generar un proceso de individualización sobre los varones donde el sentir es que son ellos los que tienen que resolver la situación sin ayuda de nadie. Esto problematiza las posibilidades de compartir cargas en el día a día y en la toma de decisiones. En este sentido, los propios hombres entrevistados, cuando se les pregunta el por qué no pidieron ayuda o compartieron estos momentos de decisión tan difícil con sus personas más cercanas o allegadas relatan que si ellos no han sido capaces de resolver la situación, difícilmente, las demás personas podrán.

J: ¿El pedir ayuda crees que está dentro de esos demonios?

ENT: Es posible... Es posible que me cueste pedir ayuda porque siempre me la han pedido a mí... (silencio)

J: ¿Somos todos un poco Don Quijote?

ENT: Sí, sí, sí... y Sancho Panza también. El pedir ayuda... es que ostras... El pedir ayuda es un tema complicado. Sí que ahí está el tema de la educación, el tema de los prejuicios, ¿no? Es que nos han educado para no pedir ayuda. Yo creo que sí la he sabido pedir. Lo que pasa es que la he pedido a las personas que no me podían ayudar. Yo he pedido ayuda o he exteriorizado mis problemas, más para compartirlos que para que ayuden a solucionarlos. Tampoco identifico a las personas que podrían ayudarme, ¿eh? Esto también me cuesta mucho... Es decir... este problema que yo tengo... quién me puede solucionar este problema... No identifico las personas en mi entorno, no identifico a las personas que pueden ayudarme... Igual alguno hay, pero no lo identifico. Pero no es tanto el problema este, que cuando he exteriorizado mis problemas, mis sentimientos, mis emociones y demás. Ha sido siempre para compartirlo, para desahogarme más que para que me devuelvan una sonrisa... Y yo creo que eso tiene que ver con la educación. Nos han enseñado a no pedir ayuda. Posiblemente sea eso. Y por supuesto, todo esto que te estoy contando son reflexiones a posteriori, cuando lo haces, no te das cuenta de que lo estás haciendo. [...] Ojalá todos fuéramos capaces de saber por qué hacemos las cosas cuando las hacemos (ríe). Lo sabemos después y con suerte (Entrevista, EU7).

J: ¿Alrededor tuyo no había nadie en ese momento? ¿ningún amigo...? ¿ninguna persona...?

ENT: Puede haber todo lo que tú quieras, Jorge. Pero en ese momento estás tan solo, estás tan solo que un amigo o una madre, mi madre ha sufrido muchísimo, mi madre lo ha pasado muy mal, muy mal, mi hermana que es mi confidente... te pueden decir no te preocupes y bla bla, bla bla, bla bla... pero dentro interiormente tú no estás receptivo, no entiendes. No

entiendes realmente que gente que está sufriendo también a tu lado, a su manera. Pero claro, tú no lo asimilas porque tú estás jodido. Estás muy jodido (Entrevista, EU13).

En consecuencia, esto genera una barrera discursiva que impide pensar que la solución a muchos problemas y situaciones puede venir de forma externa, imposibilitando el compartir las decisiones, así como, el pedir ayuda a las personas más allegadas.

Sin embargo, todos estos factores vienen dados porque hemos aprendido a normalizar ciertas prácticas y formas de comportarnos como hombres, y con ello, a sentir como normal ciertas maneras de actuar, cosa que nos empuja a actuar según sentimos. Obviamente, cuando tomamos decisiones, los riesgos y la situación de clase y precariedad que nos acompaña inciden en las formas de decidir y actuar (Breton, 2017; Luhmann, 2006). No obstante, en los hombres la aceptación del riesgo, como diría Mary Douglas (1996), se refuerza a partir de la identidad de género a través de la cual interiorizamos las distintas formas de actuar y comportarnos como hombres (Bourdieu, 2000), incluso en las formas de actuar frente al riesgo, y, a través de la reproducción de prácticas de masculinidad que los hombres repetimos reiterativamente aprendemos cómo comportarnos hasta actuar sin pensar en aquello que hacemos (Berger y Luckmann, 1968), hasta sentirlo como no extraño, como normal. De esta forma, no solamente nos habituamos a unas formas de actuar como diría Bourdieu (2008), sino que naturalizamos y normalizamos estas formas educando el sentir de los hombres, alimentando inconscientemente la toma de decisiones como un sentir normal hacia ciertas formas de actuar masculinas, notándolas como normales y habituales cuando se actúa en cierta dirección y, además, reforzando la idea de que lo que se está haciendo está bien, es correcto y socialmente aceptado. Así pues, la normalidad es vivida con una emoción no distorsionante que cuando aparece en la dirección que indica no genera extrañeza ni discrepancias en el yo, produciendo en la toma de decisiones de los hombres, como nos decía el hombre entrevistado del que antes hablábamos, el “yo lo sentí así”.

ENT: Estuve más de un año entre bancos, llamando a puertas, pidiendo crédito. Iba todas las mañanas yo solo a la nave que habíamos comprado... imagínate la sensación. Estaba vacía porque lo habíamos malvendido todo, todo... los empleados ya no estaban porque los habíamos despedido. Yo tenía los planos y los contactos, las redes... iba, iba a ver si conseguía recuperarme económicamente, pero no. Mientras tanto seguía con mi vida

normal... con mi mujer... yendo de viaje... saliendo de restaurantes... claro, ahí me equivoqué.

J: ¿Ella no lo sabía?

ENT: No. Yo siempre he sido muy mío para ciertas cosas... Y claro, después vino el divorcio, perdí la casa... la separación... porque claro...

J: Lo que me cuentas es un poco película de Berlanga...

ENT: Pues sí. No te voy a decir que no...

J: ¿Por qué lo hiciste así?

ENT: Jorge... no lo sé. Si me paro a pensarlo, pues... porque lo sentí así. Sentí que tenía que hacer las cosas así (Entrevista, EU8).

En contraposición a esta realidad, no actuar de cierta forma a los hombres les generará un sentir distinto, de cierta extrañeza o repulsa, como un zumbido que no es lo acorde hacia el cómo se debe actuar. En este contexto los hombres no sentirán propias muchas prácticas de apoyo que pueden funcionar como soporte ante las situaciones problemáticas que se les presentan. El rechazo o la invisibilidad de la petición de ayuda o del compartir las decisiones a tomar son dos cuestiones que aparecen constantemente en los hombres entrevistados, emergiendo una toma de decisiones unidireccional y la construcción del actuar a expensas de los demás como una forma habitual de funcionar, y, con ello, el silencio o la construcción del secreto como lo obvio en el sentir de los hombres.

Así pues, la reacción emocional patriarcalmente normalizada de los hombres frente a la frustración, el daño, la culpa, la vergüenza o el miedo reforzará los parámetros para tomar decisiones, viéndose reforzada por los patrones de autosuficiencia, independencia o autonomía que reclama el modelo de masculinidad patriarcal. Estrategias como el tomar solos las decisiones, el silencio, el secreto, la no petición de ayuda o el no compartir la toma de decisiones se insertan en el funcionar habitual de los hombres, dándose a partir de unos patrones de repetición y reiteración, los cuales, producirán que terminen siendo sentidas como normales dentro de la aceptabilidad del riesgo como hombres. De este modo, cuando los hombres actúen tras este paraguas, el sentir irá en correlación con los aprendizajes prácticos que acompañan a las formas hegemónicas de funcionar. Y, en este sentido, el marco emocional construido y sentido ratificará cuestiones como el miedo a ser identificados tras el equívoco, llevando a los hombres a

tomar decisiones en soledad, muchas veces unidireccionalmente, encontrando esta tendencia en las decisiones de los hombres en las entrevistas.

El trabajo me venía grande, ahora lo veo, y eso me crea problemas, porque tenía ocho o diez empleados y yo también, y, pues ante una situación así, eh... yo creo que debería, debería, haber limitado mis propósitos, mis intenciones y haber ido a un nivel más bajo... Por qué iba yo solo. Yo me encargaba de todo, todo pasaba por mí y todo lo decidía yo. Mi mujer simplemente, o mi ex mujer, se limitaba a hacer los papeles, facturas de la gestoría... trabajábamos al por mayor importación, exportación de contenedores, camiones enteros llenos de motores y de piezas. Yo era... como había estado antes en un desguace, pues ya conocía cómo funcionaba y, también, con las piezas que en los desguaces nos sobran (Entrevista, EU8).

Ya tenía la niña, la niña tenía tres o cuatro años. No estábamos juntos pues porque no estábamos juntos. Aunque ella no quería yo me fui. Pues porque yo estaba en Galicia intentando arreglar mi cabeza con los hippies. O sea, dejar las drogas... bueno las drogas, el alcohol. Dejar... no sé. Yo quería estar allí tranquilo a ver que sacaba en claro de aquello. Y mientras tanto [mi pareja] estaba estudiando y cuidando a mi hija (Entrevista, EU9).

Si con esta decisión se consigue lo propuesto, es decir, si es una decisión acertada y de éxito, la vida prosigue con naturalidad, pero esta inercia tras la cual tomar decisiones en soledad se reforzará cada vez más, siguiendo instaurada en el sino de los hombres como un sentir obvio o cargado de normalidad. Cuando hago referencia a la soledad no se refiere a un acto individual sin decírselo a nadie, sino que la práctica queda instaurada tras patrones de género y un locus de acción que descarta la participación, desde el *habitus*, a aquellas personas que no poseen el reconocimiento adecuado en ciertos contextos. Y, ante patrones como la división sexual de trabajo o prácticas vinculadas a procesos de hipermasculinidad, las parejas, compañeras de vida, incluso la red familiar y afectiva más cercana quedarán fuera de este proceso. Ante esta cuestión, los demás actores que pueden participar en concomitancia masculina con el sujeto serán parte de la construcción leal del secreto, articulándose la no exposición del secreto por los demás hombres. Este hecho no se da tanto por una cuestión de fuertes lazos de amistad entre hombres, sino porque el aprendizaje de la masculinidad hegemónica patriarcal conlleva el no desvelar lo que hacen los demás hombres, configurándose un patrón de masculinidad que normalizará el no hablar de lo que hacen los demás, no percibiendo el

mantenimiento de este tipo de secretos como una cuestión consciente relacionada con los lazos de intimidad. Con todo esto, cuando hablamos de soledad hacemos referencia principalmente a procesos de individualización que alimentan la no implicación de los hombres en las redes de apoyo y, a la vez, su sobre-implicación en la toma de decisiones hasta el punto de no dejar participar a las demás personas del núcleo familiar o red de apoyo.

No obstante, la cosa se complejiza cuando estas decisiones revierten en acciones que afectan de forma negativa al sujeto y, con ello, a la red social y familiar del hombre, como pueden ser acciones que se pueden dar por esconder las adicciones, o cuando sus decisiones revierten en un equívoco o fracaso personal o laboral que afecta al entorno familiar más directo.

En este sentido, los hombres se sumergen en lo que he definido como *un laberinto de soledad*, cogiendo caminos individualmente a expensas de las demás personas que le acompañan en su vida, instalando en su carácter la responsabilidad de las decisiones a tomar. De este modo, la vida se presenta como un laberinto de decisiones donde cada situación nos abre distintas encrucijadas o posibilidades que pueden hacer perdernos en el camino o encontrar la salida del mismo. Es decir, si hay que tomar una decisión y “A” es compartir la decisión y encontrar de forma común la solución y “B” es tomar la decisión solo, decidiendo unidireccionalmente hacia dónde ir, el sentir de los hombres tenderá a B, no compartiendo la decisión, incluso guardándose en su ser qué se ha hecho y qué efectos ha producido. Si a esto le sumamos que, tras cada equivocación existencial, la tendencia identificada es la construcción de un secreto, un silencio o una minimización de lo que sucede, la dirección previamente tomada les alejará de una salida común y acompañada por la red de apoyo, dado que se irá reduciendo el capital social del que tirar mano por el secreto en que queda envuelta la acción anterior, apareciendo como consecuencia de estas decisiones nuevas encrucijadas que producirán cada vez más que los hombres estén, sin darse cuenta y sin percibirlo, en un laberinto del que no pueden salir, en tanto que, cada vez estarán más alejados de la salida, siendo la dinámica de tomar solo las decisiones y en secreto cada vez mayor, llevando al límite las distintas situaciones. De este modo, los hombres, como nos decían algunos de los entrevistados, terminan tomando “muchas malas decisiones” (Entrevista, EU5), pudiendo verse envueltos en una situación sin retorno, sin vuelta atrás. Y lo que empiezan siendo prácticas que se sienten como normales en la vida terminan generando efectos, ya que

aquello que podría haber sido una recta con algún bache superado en compañía, hace que los hombres se sumerjan en un laberinto de decisiones tomadas en soledad, las cuales, cuando son descubiertas, fracturan y rompen muchos de los caminos compartidos que podrían haber sido esenciales para encontrar la salida. Recortándose las redes de afiliación y, con ello, las redes de solidaridad familiar y afectivas que son soporte vital en cualquiera de las personas ante las desavenencias de la vida. Como nos decía uno de los entrevistados

Me vi envuelto en una situación que ya no tenía vuelta atrás con todo lo que había sucedido [...] una cuestión que aún estoy pagando conmigo mismo, porque no es fácil (Entrevista, EU12).

De esta forma, en el relato de los hombres entrevistados el recuperar lo perdido siempre está presente. Los patrones de masculinidad hegemónica se insertan en las formas de sentir y en las formas de decidir de los hombres en mayor o menor medida. El lugar que ocupan según la clase social permea las posibilidades de decisión, no siendo capaces de enfrentarse a los riesgos psicosociales que ellos mismos han creado en sus propias carnes.

5.5 Dejarse caer vs. cogerse a un clavo ardiendo

Los directores Xesc Cabot y Pep Garrido lanzaron en 2019 el documental *Sense Sostre* en el que cuentan la historia de Joan, un hombre en situación de calle¹⁰⁹. En una de las entrevistas realizadas a los directores por el documental explicaron que, desde que empezó el rodaje hasta ese momento, dos de los usuarios que habían conocido en los recursos de atención al sinhogarismo habían fallecido, advirtiendo que la exclusión social severa mata.

El género, como categoría de análisis, no está exenta de protagonismo ante este hecho, dado que en los últimos treinta años por cada mujer hay cinco hombres en situación de calle (Cabrera, 2008). Sin embargo, paradójicamente, las investigaciones en perspectiva de género realizadas sobre personas sin hogar han sido mayoritariamente

¹⁰⁹ Cabot, Xesc & Garrido, Pep (Directores). (2019). *Sense Sostre* [Documental]. Alhena Productions & Atiende Films https://www.imdb.com/title/tt8090732/?ref=nm_sr_srgs_2

basadas sobre la realidad del género femenino, buscando identificar dónde están las mujeres en el sinhogarismo, cuáles son las violencias que reciben y el por qué sucede esta realidad. De nuevo, las formas patriarcalizadas de reconocer el objeto de investigación y el objeto de atención social vuelve a hacer invisibles a los sujetos que encarnan una posición hegemónica (Cascales, Alonso, et al., 2022), no profundizando en cómo el sistema patriarcal y la identidad masculina empujan a los hombres hacia la situación de calle de forma súpernumeraria¹¹⁰. Como advierte el sociólogo Cabrera:

De algún modo los patrones tradicionales que reservan la calle para el hombre, mientras a la mujer la confinan en el interior de la casa, encuentran su respaldo en esta mayor disposición de los hombres a “echarse a la calle” cuando aparecen los problemas. El carácter de huida por un lado y la convicción de que, en determinadas circunstancias resulta una salida digna para un varón, mientras que la mujer “debe” acomodarse y encontrar la forma de resignarse a convivir incluso en las peores condiciones (violencia, maltrato, etc.) antes que “verse en la calle”, tiene como resultado final un claro patrón sexista en el reparto de la exclusión residencial extrema (Cabrera, 2008, p. 200).

Paradójicamente a este hecho, la situación de pobreza extrema en España tiene rostro de mujer. Como indicó el relator de las Naciones Unidas Philip Alston en su informe sobre la pobreza extrema en España, las mujeres son uno de los grupos sociales más vulnerables, situándolas tras altas tasas de pobreza, carencias materiales y habitacionales y tras grandes dificultades para conseguir empleos dignos, señalando que la exclusión social tiene rostro de género femenino¹¹¹. No podemos obviar que, si los

¹¹⁰ Ejemplo de esto es el debate que hubo en junio del 2017 por las redes sociales, concretamente en Twitter, donde la plataforma inglesa *Inside Man* (@InsideMANmag) acusó al informativo de la BBC de presentar un informe general sobre sinhogarismo donde se expone únicamente la problemática de las mujeres, teniendo estas una representación del 11% según el mismo informe. La plataforma pidió explicaciones al medio de comunicación y, con ello, a las personas redactoras del informe a través de un tweet que decía: “el 88% de quienes duermen en la calle son hombres, subiendo desde el 85%, sin embargo habéis borrado a los hombres y destacado a la minoría femenina. ¿Podéis explicar esto @BBCNews?”. Esto produjo un encarnizado debate advirtiendo cómo, si no aplicamos la perspectiva de género también a aquellos colectivos que encarnan las posiciones hegemónicas, se vuelven invisibles ante la realidad de género y los efectos patriarcales que los envuelve. <https://carnaina.medium.com/por-qu%C3%A9-la-bbc-eludi%C3%B3-que-el-88-de-la-gente-que-duerme-en-la-calle-son-hombres-a4fba0486b36>

¹¹¹ Declaración del Relator de las Naciones Unidas Philip Alston sobre la pobreza extrema y los derechos humanos en España. Conclusión de su visita oficial a España entre enero y febrero del 2020.

hombres son el género súpernumerario en cuanto a situación de calle, las mujeres son el género que padece mayores situaciones de exclusión social y pobreza extrema (Alonso-Pardo et al., 2020b; Galán et al., 2022; Matamala, 2020; Puente, 2021; Sales y Guijarro, 2017). Esta realidad se explica a través de la disección que se realizó desde los estudios de sinhogarismo o situación de calle tras la *clasificación ETHOS* (Cabrera, 2008; Edgar, 2012). Cuando se propone esta clasificación se ampliará la identificación de situaciones existentes tras la realidad de las personas sin hogar, advirtiendo que el porcentaje de mujeres en esta situación aumenta cuando se analizan los rangos de vivienda insegura y vivienda inadecuada (Sales y Guijarro, 2017), siguiendo los hombres instaurados en los rangos de sin techo y sin vivienda. Por lo tanto, las mujeres, a pesar de no ser el género mayoritario en el sinhogarismo, conforman el género más expuesto a situaciones de exclusión residencial, habiendo mayores índices de mujeres sin vivienda propia, requiriendo dicho género mayores redes de soporte para no llegar a situación de calle. Sin embargo, esto no resuelve la pregunta, ¿por qué los hombres terminan más en situación de calle que las mujeres?

A través del trabajo etnográfico realizado para la investigación, en uno de los recursos albergue de la ciudad de Valencia, un hombre me dijo una sencilla frase que me ayudó a ponerle nombre a cómo los hombres terminan más en la calle que las mujeres. A veces lo sencillo dibuja lo complejo y, mientras hablábamos de la cantidad de hombres que hay en los recursos de atención a personas sin hogar en comparación con las mujeres, me dijo “los hombres nos dejamos caer, es como si los hombres nos dejáramos caer más al fondo” (Observación participante, OBP6). Una cuestión que me hizo conectar ciertos procesos de subjetividad masculina con esta mayor disposición por parte de los hombres para “echarse a la calle” cuando las cosas van mal, cuestión de la que nos hablaba Cabrera (2008, p. 200). Las investigaciones en perspectiva de género realizadas sobre el colectivo de personas sin hogar exponen que las mujeres despliegan estrategias en correlación a su rol y su género de muy diversas formas, intentando sortear o huir de la situación de calle, incluso, tras la finalidad de evitar el pasar noches en los recursos albergue para personas sin hogar, espacios que son concebidos como peligrosos por el riesgo de violencia o abuso sexual para las propias mujeres (Goodman et al., 2006; Puente, 2021). De este modo, las

<https://www.ohchr.org/es/2020/02/statement-professor-philip-alston-united-nations-special-rapporteur-extreme-poverty-and?LangID=S&NewsID=25524>

mujeres en lugar de echarse a la calle buscarán construir vínculos que les provean de techo, una estrategia que queda vinculada a que la utilización y el mantenimiento de las redes de solidaridad familiar son principalmente femeninas (Meil, 2011), desde donde generarán relaciones más estables y sólidas que las de los hombres con sus redes afectivas más cercanas (Bretherton, 2017). Además, si las redes afectivas y familiares de las mujeres son endebles o frágiles activarán otro tipo de estrategias que les permitan un techo antes de llegar a la calle, conectando con muchas de las prácticas de subordinación que acompañan al género femenino por el mero hecho de ser mujeres. Así pues, el aguantar relaciones tóxicas y violentas con hombres, trabajar en empleos altamente precarizados de economía sumergida, tener sexo por techo, mantener relaciones de violencia de género, incluso, ejercer la prostitución para asegurarse una realidad habitacional son algunas de las estrategias que dibujan los distintos estudios sobre sinhogarismo y mujer (Fernández-Rasines y Gámez-Ramos, 2013; Peña y Marañillo-Castillo, 2022). Prácticas que son constitutivas de explotación, subordinación y precariedad que alejan a las mujeres de la exclusión social severa, pero que las adhiere a patrones de exclusión social y pobreza extrema con mayor presencia que los hombres. Además, esto se agrava cuando las mujeres en situación de sinhogarismo vienen acompañadas de hijos e hijas, cosa que no sucede con los hombres en situación de calle. Una realidad subordinada que, tras las múltiples formas de sobrevivir a la exclusión social, produce que las pocas mujeres que llegan a calle aterrizan con un mayor deterioro y factores de vulnerabilidad mucho más marcados que los hombres (Sales, 2019). Por ello diremos que las mujeres, antes de llegar a situación de calle, se cogerán a un clavo ardiendo.

Si los roles y la identidad de género han sido factores prioritarios para entender las distintas situaciones de sinhogarismo que viven las mujeres, con los hombres no sucede lo mismo. La construcción social de la masculinidad, como hemos venido viendo, conecta con el transmitir una pose o una máscara de autosuficiencia, importancia y seguridad que lleva a los hombres a tomar decisiones unidireccionalmente, construir secretos o no pedir ayuda (Addis y Mahalik, 2003; Good et al., 1989; Nguyen et al., 2012). En este sentido, su participación en la configuración y utilización de las redes de solidaridad familiar y/o afectiva será exponencialmente menor que el de las mujeres, y, cuando las utilizan, no las sienten como una estructura de apoyo mutuo (Meil, 2011), dado que su papel productivo ya es considerado como suficiente como compensación

para ser reconocido como parte de la propia red. A esto, hay que sumarle que la *performance* o las máscaras que acompañan a la masculinidad orientan a que los hombres se comporten de una forma concreta (Gil Calvo, 2006), configurándose modelos de comportamiento que no solamente no conectarán con la ayuda sino que además la rechazarán. La pose estoica, el ser duro como hombre, el no tener que demostrar debilidad hasta el punto de construir secretos que les llevan hasta situaciones límite insospechables, hace que los hombres sientan que la forma de enfrentarse a una situación de desafiliación extrema es asumir individualmente el fracaso y, como nos decía este usuario, dejarse caer. De esta forma los hombres apenas utilizan las soluciones que se les plantean.

ENT: ¿Nadie te propone ver a algún psicólogo, ir a Servicios Sociales...?

S: Por supuesto. Sí que me lo han propuesto. Claro que me lo han propuesto.

ENT: ¿Quién? ¿Tus hijos, tus...?

S: No. Gente que estaba y me veía tan perdido, tan apático... ya no tenía ganas de nada. Pero yo... creía que no lo necesitaba, soy yo quien tiene que salir de esto. No creo que puedan ayudarme (Entrevista, EU13).

El rechazo de la ayuda emerge como una de las características a través de las cuales se dibuja la caída que estamos dibujando. Como hemos visto existen recursos que están para prevenir esta caída y, los hombres, muchas veces, no llegan ni a verlos ni los conocen por pensar que nunca requerirán de ellos.

Pero claro, yo salgo, pero no tengo dónde ir. Pero claro, ahora yo veo que la gente que sale de prisión pues tienen ciertos recursos..., y en aquel momento no lo conocía porque para mí yo nunca había pedido nada a nadie. Yo para mí eso era mi trabajo y yo con mi dinero me gestiono (Entrevista, EU4).

J: A nivel personal no se te ocurrió ir a los Servicios Sociales de tu barrio... ¿lo pensaste en algún momento?

ENT: No, no, no... nunca. Nunca. Al revés, que no lo sé. No se me pasó por la cabeza ni lo pensé en ningún momento. Es más, voy más allá. Yo no pensé en esto hasta que el policía me lo dijo cuando fui a preguntar. Cuando el policía me dijo hoy no, pero mañana te puedo dar una solución de este tipo. Ahí fue cuando dije coño claro, la solución es esta. Fíjate hasta qué punto llega... Hasta que el policía local de aquella comisaría me dijo, hoy no, pero mañana te puedo dar esta información... (Entrevista, EU7).

A esto se le suma que los hombres, muchas veces cuando llegan a una situación de calle no saben cómo gestionar la frustración y se abocan a prácticas autodestructivas e insanas como distanciarse socialmente, no comer, no tener hábitos de higiene, incluso aumenta la ingesta de alcohol u otras sustancias como estupefacientes. Las carencias de conocimiento sobre cómo enfrentarse a los vaivenes emocionales y personales que nos da la vida hace que cuando a los hombres se les rajan todas las capas de la cebolla estoica que buscan aparentar, una de las tendencias que aparecen en nuestras entrevistas es romper con todo y autodestruirse. De ahí que los hombres en situación de calle no traigan consigo a sus hijos o hijas, en tanto que, por un lado, no suelen concebirlo como algo que les corresponde hacer, y, por otro, son incapaces de enfrentar la vergüenza de la derrota, llegando a romper con todo incluido con la relación con sus hijos e hijas de forma temporal o permanente.

J: ¿Cómo llegas al recurso?

ENT: ¿Cómo llego aquí? Pues estando en la calle... mis hijos lo pasaron realmente muy mal.

J: ¿Ellos sabían que tú estabas en la calle?

ENT: Yo se lo dije... (silencio) No se lo dije... se lo dije con el tiempo. Yo acabé en la calle en julio del 2000. Veintidós de julio del 2000. Y en septiembre, manda los cojones, perdona por la palabra, en septiembre tuve una infección en el ojo. Se me puso el ojo así y acabé ingresado. Terminé en urgencias, pero claro, yo estaba en la calle. [...] Lllaman a la familia. Entonces le digo a mis hijos todo. El papá está en la calle. - ¿Cómo qué estás en la calle? – Entonces les cuento un poco todo. Claro, enfados, lloros e impotencia porque los pobres no sabían cómo ayudarme, y a la vez que a mí me daba vergüenza. Que tu padre acaba en la calle. Recogiendo colillas y viviendo en la calle... (Entrevista, EU13).

En este sentido, podemos evidenciar cómo, en muchos casos, los hombres no saben enfrentarse al momento emocional que están viviendo y, con ello, el sentir como normal el abandonarse dado que, por su normalización como hombres, se les hace imposible pedir ayuda, traducándose esto en una menor presencia de los hombres en los Servicios Sociales de Atención Primaria (Hidalgo, 2017; Nebreda, 2018), donde podría haberse prevenido el problema.

A esto hay que sumarle que los hombres en situación de calle poseen un mayor índice de criminalidad que las mujeres por haber vivido en entornos de delincuencia

(Messerschmidt y Tomsen, 2018; Tomsen, 2017), sobre todo, porque la situación de calle les ha llevado a delinquir para sobrevivir.

Y bueno... se terminó la relación y me quedé en la calle. Volví a delinquir por necesidad. La verdad es que aquí llevo ya dos años. Y la verdad es que, si te soy sincero, si no estuviera aquí hoy por hoy no sé dónde estaría y ni cómo estaría, sabes (Entrevista, EU5).

Esta característica de los hombres, como hemos visto, se da en parte porque la utilización de una imagen de masculinidad vinculada a lo delictivo busca evitar la transmisión de una imagen de debilidad y fracaso y, a la vez, construye una forma de reclamar respeto como hombres. Esta imagen, transmitida a través del imaginario del *malote*, hace que los hombres no se reconozcan como fracasados y se amparen tras el mandato de masculinidad a través del cual deben ser capaces de mandarlo todo al infierno cuando ellos decidan (David y Brannon, 1976), incluso para transgredir la ley, y obviamente también, cuando se fracasa socialmente apartarán a las demás personas o instituciones que pueden brindar apoyo. De esta forma, se configura un silencio tras la rudeza de los hombres donde ciertas formas de comportarse pueden alimentar o ser un factor más de esta dinámica tras la cual dejarse caer sería el sentir normal de los hombres.

Así pues, tras esta máscara de masculinidad, como diría Enrique Gil Calvo (2006), tras esta imagen de rudeza autodestructiva superlativa, los hombres no encuentran estrategias de gestión emocional, sino más bien un cúmulo de barreras y obstáculos identitarios que no les hace retroceder, siendo y sintiendo que lo que hacen es lo correcto, obstaculizando la capacidad de conectar relacionamente y expresar lo que realmente les sucede, no permitiendo gestionar el duelo, la rabia, la culpa, la frustración o el enfado en uno mismo o con el apoyo de las y los demás. De este modo, mientras que las mujeres en situación de sinhogarismo se cogen de un clavo ardiendo, los hombres se dejan caer. Se dejan caer en tanto hombres, siendo una mirada en perspectiva de género hacia su masculinidad la forma de hacer visible su mayor tendencia o posibilidad a terminar en situación de calle.

SÍNTESIS: La exclusión social como frontera: poniendo luz a la masculinidad marginal

En el análisis social, los extremos siempre hacen presente las disposiciones tras las cuales se articula la normatividad y, con ello, la articulación de la norma y la acomodación a la misma desde procesos prácticos y de subjetividad. El observar la realidad desde aquellas experiencias sustancialmente marcadas por una marca de otredad permite dibujar los límites hegemónicos presentes, así como las realidades fronterizas, anormativas y anormales que se relacionan tras esta estructura. Por ello, hemos dado un salto en el análisis de la realidad de los hombres usuarios que transitan por los recursos de protección social depositando la mirada concreta en aquellos varones situados en uno de los extremos de la atención social, siendo su característica más significativa el ser hombres usuarios en recursos de atención a personas sin hogar.

Dicho esto, la primera cuestión que se nos presenta en este capítulo es la tendencia de los hombres usuarios en proceso de marginalidad y/o exclusión social hacia patrones hegemónicos de masculinidad y clase. Un aspecto que, como he identificado a lo largo del capítulo, ya ha sido estudiado desde diversos campos de estudio, no precisamente en perspectiva de género (Anderson, 2000; Becker, 2009; Borde et al., 2020; Ferguson, 2001; Herz, 2014; Solís et al., 2022). En el análisis de las vivencias de los hombres en situación de sinhogarismo, la tendencia hacia lo hegemónico viene marcada desde una cuestión paradójica donde: (1) los hombres se encuentran en un marco de riesgo identitario tras el fracaso en su papel productivo y protector; y (2) el aumento en la utilización de patrones de masculinidad hegemónica sirve como estrategia de reafirmación de la masculinidad perdida.

Muchos análisis identifican este doble marco situacional como una cuestión casi correlacional (Blanco et al., 2019; Marqués, 1997; Romero-Plana, 2021), sin embargo, en los datos analizados apreciamos que no existe una conciencia real de riesgo identitario por parte de los hombres. Es decir, los hombres no verbalizan que, como me siento menos hombre, actúo como más macho. No obstante, la tendencia hegemónica se hace presente, apareciendo un marcado carácter heteronormativo mayoritariamente marcado por una *performance* de masculinidad ruda, dura, segura, decidida, incluso impredecible y violenta. En cambio, cuando desmenuzamos los procesos de subjetividad que componen

la identidad de los hombres tras una masculinidad marginal, los factores principales que aparecen en el análisis son la situación estigmática que están viviendo y las vivencias de inseguridad a las que se enfrentan por la situación de exclusión social. Siendo la aceptabilidad del riesgo (Douglas, 1996; Luhmann, 2006) y la relación adaptativa frente al estigma (Goffman, 2006), atravesadas por la realidad de género, lo que conllevará a unas tendencias de comportamiento generizadas como hombres en situación de marginalidad.

Teniendo en cuenta esto, tras el análisis, podemos afirmar que los hombres llegan a situación de calle por: (1) fracasar como hombres; y (2) por pasarse de hombres. Estos dos puntos de una misma recta organizarán el segmento que lleva a los hombres a la masculinidad marginal, un lugar de riesgo donde ser identificados como el mal hombre a nivel social. El fracaso y el pasarse son los dos principales factores que han llevado a los hombres a situación de calle. Por una parte, encontramos hombres que fracasan tras la función de hombre protector y hombre productor a nivel personal y/o familiar. Por otra parte, encontramos hombres que, teniendo fuertemente normalizadas ciertas prácticas de hipermasculinidad, estas mismas prácticas les han llevado a fracasar, fracturando sus capacidades y sus relaciones de soporte familiar, llegando a auto-expulsarse o siendo expulsados de sus entornos más cercanos por el daño generado.

Si uno de los principales factores que lleva a los hombres a situación de calle es la ruptura de las redes de solidaridad familiar y su posterior salida de las mismas (Matamala, 2020), fracasar como hombres, en sí mismo, no tiene por qué ser una razón de expulsión de dichas redes. En este sentido, en el análisis emergen tres cuestiones que conectan entre sí tras la configuración identitaria como hombres: la marca de importancia, la construcción del secreto y una toma de decisiones patriarcal basada en el silencio, la individualidad y la autocracia.

Por una parte, los hombres aprenden a rehuir de muchas de las situaciones que ponen en cuestión su identidad como hombre. La negación de la vulnerabilidad, la negación del fracaso o la acomodación o justificación externa de las desavenencias que inciden en su marco identitario son estrategias discursivas que emergen entre el relato de los hombres entrevistados. Para compensar el fracaso, una vez ya se ha dado, los hombres usuarios conmemorarán de forma reiterativa en sus narraciones aquellos hechos biográficos que les posicionan en un lugar identitario de importancia. De este modo, la

marca de importancia que identificó en su momento Marqués (1997) emerge en el relato como sostén identitario de masculinidad, configurándose en abstracto una amplia diversidad de posiciones de realidad sobre las que se configura el lugar de importancia del ser hombre. El recuerdo o la evocación de tiempos pasados es la principal estrategia discursiva de los hombres en situación de sinhogarismo en tanto que su realidad excluida no permite la configuración de un yo presente. Sin embargo, esta narrativa no tiene por qué configurarse desde la función como hombres productores y protectores, que en algunos casos así es, sino que se da desde una multiplicidad de formas que quedan atravesadas desde el relato del buen hombre (protector y productor) hasta el relato del mal hombre (hipermasculino) que detenta un éxito subjetivo de aguante y estoicidad ante los contextos más desfavorables, eludiendo de este modo las desavenencias de la vida.

Ante esto, aparece en el análisis de forma constante cómo los hombres enmarañan su realidad identitaria llegando a construir secretos sobre lo que les sucede. Un hecho que, una vez es descubierto, trasciende la lealtad familiar o afectiva de las personas convivientes con ellos, haciendo mella en sus relaciones, y, con ello, en sus posibilidades de apoyo o soporte cuando se quedan en situación de calle.

Según Simmel (1927) el secreto es una práctica social que permite la convivencia, sin embargo, cuando emerge en la investigación para proteger el marco identitario de masculinidad se convierte, como advierte Ranea (2021), en una práctica habitual derivada del modelo de masculinidad patriarcal imperante. En este sentido, los hombres aprenden e interiorizan el gestionar la información desde una posición de superioridad tras un modelo de liderazgo autocrático personal y familiar que fomenta el no compartir con las demás personas aquellas cuestiones que, o pueden llevar a un cuestionamiento de sus formas de actuar, o puedan derivar en poner en cuestión su posición social como hombres. De este modo, los hombres esconden el fracaso laboral y las prácticas de hipermasculinidad, convirtiéndose en una gestión de la información que esconde la realidad que sucede, y que, una vez se hace visible, se vuelven en su contra fracturándose las redes de apoyo que tienen alrededor.

El secreto se configura por muchas razones. La lealtad entre hombres cuando se dan prácticas de hipermasculinidad, el esconder el fracaso como hombre productor o la gestión y toma de decisiones unipersonal del entorno familiar son cuestiones que emergen del relato de los hombres tras el fracaso personal, terminando en situación de calle. Al

mismo tiempo, el secreto se configura en coalición a las dificultades de los hombres para pedir ayuda, en tanto que gestionar la información de forma autocrática en sus vidas es coherente con los mandatos masculinos donde todo hombre tiene que ser el timón principal y debe tener la capacidad para enviarlos a todos al infierno (David y Brannon, 1976). Así pues, no compartir la información se convierte en una cuestión normalizada en la masculinidad, siendo desde la norma y la normalidad donde se construye el sentir del no compartir lo que sucede, y, más todavía, cuando esto atenta al cuestionamiento de la identidad como hombre.

De este modo, aparece una tendencia no solamente a no contar con el entorno personal y familiar más cercano cuando las cosas van mal, sino también, les lleva a tomar las decisiones desde una posición autocrática, una posición en soledad donde no se comparte la dirección que se va a tomar. Desde este lugar basado en el egocentrismo patriarcal los hombres toman decisiones vitales para ellos y para su entorno, escondiendo la información o obviándola, y, si fracasan en ello, en lugar de compartir el fracaso vuelven a construir un nuevo secreto tomando nuevas decisiones que les llevan a nuevos derroteros. Es decir, los hombres, ellos solos, se meten en un *laberinto de soledad* a la hora de tomar las decisiones personales y familiares sintiendo como normal dicha dinámica familiar. Una dinámica donde no se comparte lo que está sucediendo en realidad. Y, cuando esto fracasa y se hace presente, será el principal factor que agrietará las relaciones personales que sostienen su posición social como hombres, dándose situaciones de abandono y expulsión del propio sistema familiar.

Análogamente a toda esta situación, los hombres se dejarán caer. Se abandonarán como práctica normalizada anudada al cómo se entiende que deben actuar los hombres en situación de fracaso. De este modo, existe un sentir y una tendencia asentada en la identidad de género de los hombres a no pedir ayuda y, con ello, a dejarse caer. A abandonarse y terminar en situación de calle mucho mayor que las mujeres. Y es por esa razón que los hombres son el género súpernumerario en exclusión social severa, y también, como usuarios de los recursos de atención a las personas sin hogar.

CAPÍTULO 6. HIBRIDACIONES EN LAS MASCULINIDADES MARGINALES: EL TRÁNSITO IDENTITARIO DE LOS HOMBRES USUARIOS

*So you're a tough guy
Like it really rough guy
Just can't get enough guy
Chest always so puffed guy
I'm that bad type.
(The Interrupters, Bad Guy)*

A lo largo de los dos capítulos anteriores de resultados se han ido desgranando aquellos factores de masculinidad que han aparecido con mayor incidencia y con más conexiones en el análisis atendiendo a: los hombres usuarios en proceso de vulnerabilidad social y los hombres usuarios en situación de exclusión social severa. Sin embargo, estas dos realidades no podemos concebirlas como dos situaciones separadas o segmentadas como si de dos ínsulas dentro de la categoría masculinidad marginal se tratasen, en tanto que, en esta investigación de tesis doctoral, defenderé que la identidad masculina es una identidad en constante tránsito, es decir, la identidad masculina no es una identidad estática y fija en un modelo, sino que transitará constantemente entre distintas formas de ser hombre a pesar de reproducir en mayor medida un patrón de masculinidad concreto y, a la vez, a pesar de ser reconocido tras un modelo de masculinidad (en este caso marginal) en los procesos de relación social.

De este modo, no se puede obviar que el primer factor que debo poner encima de la mesa es la existencia de una tendencia hegemónica por parte de las formas de actuar de los hombres entrevistados. Una cuestión que, como veremos, se ve intensificada por la realidad de clase social baja que están viviendo. Tal es así que al hacerse presentes o identificarse los patrones de masculinidad que encarnan los hombres usuarios encontramos una mayor incidencia, práctica e identitaria, de mandatos y patrones vinculados a una masculinidad hegemónica patriarcal, estableciéndose con mayor presencia en aquellos hombres que viven más al límite de la inseguridad, y, a pesar de ello, paradójicamente, estos se relacionarán de forma diversa tras este patrón, no habiendo una forma homogénea o idéntica de encarnar el modelo de masculinidad patriarcal que se hace presente.

Así pues, el análisis entre estas dos realidades, vulnerabilidad y exclusión social, nos ofrece la posibilidad de intentar ordenar u organizar teóricamente aquello que se ha advertido como un modelo de masculinidad abstracta o ambigua (Hartsock, 2020; Marqués, 1997; Nardini, 2014), haciendo referencia a cómo la neutralidad y la normatividad hegemónica en la identidad masculina produce una forma imperceptible y, a la vez, poco definida de ser hombre en la sociedad patriarcal. De hecho, cuando en las ciencias sociales teóricamente categorizamos, lo que estamos haciendo es construir imaginarios simbólicos unificados que nos ayuden a identificar los patrones mayoritarios existentes. Sin embargo, cuando trabajamos temas identitarios las categorías nunca deben ser entendidas dicotómicamente como una cuestión de blanco o negro, sino que cada realidad está embadurnada con matices jerárquicos que nos llevan a estar mirando constantemente una paleta de grises cargada de diversidad. Tal es así que es necesario diseccionar las tendencias estructurales sin obviar la realidad individual de los sujetos. En este sentido, es importante no confundir la tendencia estructural identificada con la capacidad de agencia de los hombres, emergiendo en el relato una diversidad de formas de actuar que pueden o no corresponderse con la tensión hegemónica despositada sobre ellos. Tras este planteamiento, en este último capítulo voy a tratar de exponer las múltiples formas de actuar de los hombres en referencia a su realidad de género y clase. Si bien es cierto que la tendencia en los hombres usuarios entrevistados es negar la vulnerabilidad, esconder tanto el fracaso como las prácticas de moral dudosa, participar de forma satelital en sus propias redes de apoyo, no pedir ayuda, tomar decisiones unilateralmente, acudir a los recursos de apoyo institucional cuando las cosas ya están al límite y dejarse caer cuando fracasan, no siempre esto sucede de esta forma. El ser humano es un ser adaptativo a la realidad inmediata que está viviendo y, en este sentido, si no todos actuamos de la misma forma a pesar de estar empujados por el mismo patrón, debemos preguntarnos: ¿cómo se adaptan los hombres a las realidades riesgosas que les ha tocado vivir?, ¿cómo se relacionan los hombres con las tendencias hegemónicas de masculinidad identificadas?, y, más importante todavía, ¿qué barreras y horizontes encontramos? Y, en consecuencia, ¿qué posibilidad de cambio poseen los hombres usuarios cuando transitan por los recursos de atención social?

Para organizar la redacción de este último capítulo de resultados, la narración del análisis de la realidad quedará organizada de la siguiente forma:

- En primer lugar, depositaremos la mirada en la diversidad de formas de ser hombre que los usuarios encarnan cuando transitan por los recursos de protección social. De este modo, descubrimos cómo los hombres se adaptan tras unas masculinidades híbridas que expondrán cómo funciona la renegociación identitaria que se da cotidianamente en los hombres.
- En segundo lugar, una vez expuesta la capacidad adaptativa de los hombres a nivel identitario, se expondrá sobre qué dos modelos de referencia ante una masculinidad marginal son reconocidos los hombres usuarios, dado que dichos modelos conformarán cómo son juzgados como hombres y desde dónde renegociarán su identidad como hombres para adaptarla a muchos de los contextos sociales por donde transitan, incluidos los recursos de protección social.
- En tercer lugar, se analizará cómo la identidad de los hombres no solamente queda conformada por los marcos estructurales generales que nos acompañan, sino que la situación interpersonal de cada sujeto, el grupo social con quien convive y el espacio donde habita modificarán la capacidad de actuación, encontrando cambios en los códigos de conducta dependiendo de las vivencias de riesgo que posea cada sujeto.
- Finalmente, para cerrar el capítulo defenderé la tesis tras la cual, a mayor riesgo, mayor reproducción de patrones hegemónicos en la vida de los sujetos analizados, apareciendo una tendencia patriarcal en la vida de los hombres usuarios donde, a mayor situación de riesgo, inseguridad y precariedad, mayor tendencia al orden social patriarcal y a la reproducción de una máscara de masculinidad hegemónica tradicional.

6.1 Hibridaciones en la masculinidad de los hombres usuarios

Qué capacidad de manejo poseen las personas ante las dinámicas estructurales que nos permean ha sido y sigue siendo uno de los grandes debates o dilemas que envuelven a las ciencias sociales. Para el marco de esta investigación debo situar el relato anotando que todo sujeto posee la capacidad de oponerse y dejar de reproducir muchos de los relatos, discursos y dinámicas disciplinarias que nos envuelven, configurándose singularidades que estarán en constante pugna ante las tendencias identitarias heteronormativas y los impulsos hegemónicos que nos organizan. Tras esta idea, no

podemos pensar las estructuras hegemónicas como algo estático ni el lugar que ocupamos socialmente como realidades estratificadas de forma fija e inamovible tras una lógica de causa-efecto, sino que debemos pensarnos como peces en un río patriarcal cargado de corrientes hegemónicas que nos arrastran en una dirección concreta, pero, sobre la cual, cada individuo posee cierta capacidad para nadar a contracorriente.

Como diría Deleuze (1999), nadar a contracorriente no es sencillo en tanto que siempre existe una línea de fuerza principal que nos empuja en dirección contraria a la que puede que no deseemos o no nos queramos dirigir. La capacidad de los sujetos para decidir qué hacer frente a la estructura, y, con ello, nadar a contracorriente, ha sido teorizada, conceptualizada y problematizada como la *capacidad de agencia* (Archer, 2009; Giddens, 2011; Sen, 1997), entendida la misma como la capacidad por la cual los sujetos, dentro de una realidad social jerarquizada y estratificada, son capaces de transitar opuestamente al empuje hegemónico estructural, desarrollando subversivamente prácticas sociales contrahegemónicas. Es decir, ante la imposibilidad de anular la influencia estructural, en tanto que algún tipo de estructura siempre estará presente, todo sujeto posee, con mayor o menor medida, un estrato psicológico que actuará de forma constante entre la estructura imperante y las prácticas sociales que llevamos a cabo en nuestras vidas. Esta capacidad (Nussbaum, 2012; Sen, 2000a) o estrato psicológico como sujeto (Archer, 2009) nos permitirá renegociar nuestra identidad a través de nuestras prácticas sociales, pudiendo llevar a los sujetos a reproducir o subvertir las estructuras y los márgenes hegemónicos preexistentes, tanto de forma consciente como inconsciente. Ante esta realidad, Giddens (1979) dirá que todo individuo posee la capacidad para ejercer cierta autonomía, creatividad y reflexividad más allá de los patrones preestablecidos socialmente. Sin embargo, aunque exista alguna capacidad de subversión de las corrientes hegemónicas, como diría Bourdieu (1997), la profundidad en que se encuentran adheridos los patrones sociales, sobre todo a nivel identitario, hace imposible un desprendimiento radical de los mismos. Ni todos los sujetos poseen el capital cultural, simbólico y material necesario para hacerse conscientes, ni, aun siendo conscientes, somos plenamente capaces de manejarnos frente a las realidades estructurales que alimentan nuestras prácticas de vida. Así pues, dicha capacidad dependerá del sujeto, de su contexto, de sus otras capacidades, sus deseos, sus intereses, de su realidad inmediata, su historia de vida, su predisposición y su situación concreta para pensar desde otro lugar su experiencia.

Dando un pequeño salto hacia nuestro campo de estudio, si depositamos la mirada en los estudios de género, la capacidad de agencia ha sido una de las cuestiones más controvertidas que ha venido acompañando al análisis crítico feminista. A nivel de relato político, la mirada neoliberal se apodera de las narrativas sobre la capacidad de agencia para, desde el relato meritocrático, negar la existencia de una estructura y una cultura que nos permea sobre las prácticas de vida, negando las desigualdades, los puntos de distinción y los puntos de partida desigual existentes en la misma base (Atria, 2021; Serrano et al., 2013). Si todo es agencia, es difícil identificar los márgenes estructurales que acompañan a la vida y cómo los mismos inciden en las decisiones de los sujetos (de Miguel, 2015) y, por el contrario, negar la capacidad de agencia de los sujetos imposibilita el visibilizar la capacidad transgresora, las capacidades de cambio y transformación social que poseemos, así como se hace difícil dibujar la diversidad de prácticas y procesos que se dan subvirtiendo la propia estructura (Butler, 2016; Despentes, 2018). Sin embargo, si la identidad de todo sujeto no es una cuestión fija ni la estructura impone radicalmente las formas de ser, cabe preguntarnos: ¿qué relación poseen los hombres usuarios con la capacidad de agencia?, ¿cómo se relacionan con la estructura?, y más importante, ¿cómo se adaptan a esta realidad identitariamente móvil y diversa?

Para resolver este entuerto, me situaré en la investigación, del mismo modo que lo hicieron antes Bridges y Pascoe (2014), tras el relato de las *masculinidades híbridas* (Arxer, 2011; Bridges y Pascoe, 2014; Lionel S. Delgado, 2021; Demetriou, 2001), una propuesta teórica que problematiza el entender de forma estática y rígida los marcos estructurales, y, con ello, la clasificación que Connell (2015) planteó en su momento para hablar de masculinidades en plural. Dicha propuesta pone en evidencia, una vez más, la capacidad de los hombres para readaptar su identidad situacionalmente y, con ello, se hace visible su capacidad para resistirse, cambiar o adaptarse al cambio, así como para acomodarse y readaptar su vida volviéndose a instalar en el centro del sistema. Como he venido exponiendo, esta investigación parte de la complejidad de cruzar los estudios de género, los estudios de masculinidades y los estudios de bienestar social, considerando la condición de asistido de los hombres como una variable desde donde identificar a aquellos varones que no gozan, o se han enfrentado a situaciones carenciales, a la hora de cumplir con un modelo ideal de masculinidad. Esta cuestión nos acerca a cómo los hombres se acomodan en el sistema patriarcal a pesar de haber fracasado, emergiendo una serie de prácticas desde las cuales renegociarán su identidad de género con un fin poco

transgresor, conformándose un escenario idóneo desde donde repensar la realidad masculina.

Esta adaptación a un sistema donde no han conseguido su fin, principalmente productivo, conecta con el concepto de *masculinidades híbridas*, dado que siendo categóricamente clasificados como una *masculinidad marginal* acogerán y reproducirán de vez en cuando en su seno identitario una multiplicidad de patrones referentes a otro tipo masculinidad, ya sea de la *masculinidad subordinada*, *disidente* o *hegemónica patriarcal*. Es decir, las masculinidades híbridas se caracterizan por una “incorporación selectiva de elementos de identidades típicamente asociadas con varias masculinidades maginadas y subordinadas y, a veces, con una identidad y *performance* de género de masculinidades feminizadas en los hombres privilegiados” (Bridges y Pascoe, 2014, p. 246) tras la finalidad de adquirir valor y reconocimiento social donde la identidad presente lo complejiza. De este modo, cualquier hombre, en ciertos momentos, incorporará selectivamente patrones de masculinidad no anudados especialmente con su modelo o patrón de masculinidad imperante, utilizando cada varón, de forma más común de la que nos podamos imaginar, distintas formas de ser hombre en su día a día. Tal es así que encontramos en el análisis de la información cómo los propios hombres problematizarán la clasificación de Connell (2015) no reconociéndola como una cuestión identitariamente estática, advirtiendo este carácter constantemente transitorio de la identidad masculina.

[taller masculinidades profesionales atención social] ¿Y una persona puede estar en dos lugares a la vez al mismo tiempo? Porque claro... incluso no siempre en el mismo lugar. (Observación participante, OBP3).

[taller masculinidades recurso atención social] El problema de todo esto es que yo no soy siempre el mismo... unas veces me dejaré más llevar si me conviene y otras veces me puedo quejar y ponerme en contra de ciertas cosas, pero no siempre lo hago (Observación participante, OBP3).

[reflexionando sobre el cómo posicionarse contra los videos y chistes machistas en los grupos de WhatsApp en un taller de formación sobre igualdad] ...lo correcto sería decir que nos quejamos de esos vídeos. Si veo que alguien lo hace, pues entonces me cuesta menos decir algo... pero lo que hacemos la mayoría es no hacer nada. [...] Yo sé que está mal, pero lo dejo pasar para no tener que discutir (Observación participante, OBP3).

De esta forma, un tránsito identitariamente adaptativo se va a haciendo visible, el cual, más que transformar de forma contrahegemónica la realidad, evidencia que lo híbrido, sin un posicionamiento crítico y político consciente, sigue formando parte de la variabilidad de formas en que los sistemas sociales se adaptan y mantienen las estructuras de poder y desigualdad imperantes (Arxer, 2011; Demetriou, 2001; Messerschmidt, 2018; Messner, 2007).

La clasificación de Connell, respecto a los distintos tipos de masculinidad, si se utiliza indebidamente como herramienta política y no se interpreta como herramienta para el análisis social para lo que estuvo diseñada, puede ser tramposa. Si bien es cierto que a nivel político nos sirve para identificar unos ciertos patrones de comportamiento masculinos, como decir que un hombre se circunscribe a una de las categorías porque mayoritariamente, de forma identitaria y política, se posiciona y desarrolla prácticas en este sentido, esto, a la vez, puede establecer una forma estática y fija de ser hombre tras la cual nadie se ve reconocido cuando es negativa, o todos se ven reconocidos, cuando esta es positiva, configurándose un imaginario simbólico que a los propios hombres entrevistados en algún momento les chirría.

Ahora es como si todos fuéramos los malos de la película. Como si todos fuéramos machistas. Yo te cuento mi vida y puedes ver que no lo soy... igual sí en algunos momentos, pero no siempre. No ahora mismo. No deberíamos estar pagando por ello (Entrevista, EU14).

Por ejemplo, el concepto de *masculinidad disidente* puede ser acogido políticamente por un hombre pro-feminista, activista y concienciado con la lucha por la igualdad, el cual desarrollará prácticas y se posicionará dialécticamente en este sentido. Sin embargo, este hombre de puertas para adentro puede no ser corresponsable, incluso con su pareja puede reproducir actitudes machistas, incluso ser violento. La trampa de confundir modelo con patrón o dinámica de masculinidad, la trampa de utilizar conceptualizaciones que provienen del análisis social para fines políticos, genera una controversia en la forma de entender la clasificación de Connell como una cuestión sociológicamente estática, sobre todo porque toda identidad masculina es cambiante, se adapta según el contexto, la intencionalidad o la persona con la que nos relacionamos, y, a la vez, es un proceso no finito, es decir, la construcción de la identidad masculina nunca termina (Badinter, 1993; Connell, 2015; Marqués, 1991). Tal es así, que nuestros hombres entrevistados transitan

continuamente por esta clasificación de forma muy evidente, llegando incluso a autoidentificarse, en algún caso, como hombre igualitario por aceptar ciertos roles que no son adscritos a la masculinidad hegemónica patriarcal.

Igual soy uno de esos hombres nuevos de los que dices. Como ves me he encargado de hacer de madre y abuela [de cuidar] y muy a gusto. Muy a gusto (Entrevista, EU15).

Yo no le impongo nada. Yo intento siempre que todo lo hablemos y creo que las decisiones las tomamos conjuntamente. En igualdad como tiene que ser acá hoy en día... (Entrevista, EU17).

[taller masculinidades]

P1: Yo tengo un grupo de WhatsApp que no dejan de subir la típica foto de la paella del domingo...

J: ¿Subimos fotos limpiando el baño?

P1: Yo no.

P2: Igual no las subimos por el qué dirán... (Observación participante, OBP3).

Si planteamos en qué patrón de masculinidad identificaríamos a los hombres usuarios sobre los que hemos depositado la mirada en este análisis, la situación de clase social que les ha llevado a requerir ayuda institucional nos conduce a identificarlos más cerca de una *masculinidad marginal* que de una *masculinidad disidente* o incluso que de una *masculinidad hegemónica patriarcal*. Sin embargo, partimos de la idea de que las identidades de género se renegocian constantemente, y tras este sentir, identificamos cómo los hombres se adaptan situacionalmente identificándose en cada momento de una forma distinta, presentándose de forma diferente como hombre en cada situación, incluso, reconociéndose como hemos visto en el capítulo anterior, como hombres triunfadores de una forma opuesta al lugar que la clasificación les pueda atribuir. Como nos decía un hombre en situación de sinhogarismo:

J: ¿Y el trabajo?

ENT: Se me da muy bien... Me dediqué siempre a esta clase de oficios en restaurantes. Empezando como lavaplatos, ayudante de cocina, terminando chef, hice todo el proceso de lo que fue la restauración... Y no me puedo quejar, ya que también me ofrecieron cosas muy buenas en ese instante de mi vida, pues fue muy beneficioso para mí y para mi familia (Entrevista, EU2).

De esta forma, los hombres no se encuentran en una posición estática dentro de la clasificación, sino que se irán adaptando a las distintas tesituras que se les presenten en la vida según cada situación. Advirtiendo una cierta variabilidad de formas de ser hombre en un mismo sujeto dependiendo del momento de vida, la situación, las posibilidades, etc.

Las prácticas de hibridación masculina se dan de muchas formas. La primera forma que identificamos emerge tras la propia realidad inmediata de los hombres, la cual los lleva a anudarlos a roles y prácticas de feminidad imposibles de eludir como puede ser el cuidado, la crianza o las curas, dándose un relato de prácticas que, analíticamente, serían rápidamente conectadas tras un modelo de masculinidad distinto al que identificamos. Los varones relatarán este hecho advirtiendo que el adquirir otro tipo de roles no masculinos se ha dado porque “la cosa ha venido así” (Entrevista, EU17). Un tránsito que no tiene por qué darse desde la reflexión consciente y política como ya nos advierten otros investigadores e investigadoras (Bacete, 2017; Comas d’Argemir, 2016).

Me tocó quedarme en casa [cuidando]. Era todo nuevo para mí, pero era yo el que no tenía trabajo y lo normal era que yo me quedara haciendo esto (Entrevista, EU14)

En este sentido, los hombres no rechazan o repudian ciertas prácticas de vida porque no vayan adscritas a su propio rol como hombre, sino que las acogen con normalidad cuando la vida les empuja en esta dirección.

Estas prácticas, unas veces serán narradas desde la normalidad y otras veces desde la épica masculina, dependiendo del contexto donde se relaten, la intencionalidad y el valor que quieran refundar tras el relato. En este sentido, se da un “préstamo estratégico” (*strategic borrowing*) siendo esto una práctica común de hibridación masculina, tras la cual los hombres acogen momentáneamente en su seno identitario identificaciones con ciertos patrones, en este caso, que podríamos relacionar con una masculinidad disidente o subordinada, por las conexiones del cuidado y la crianza con la feminidad, para modificar el valor social y el reconocimiento que se pueda dar sobre su persona (Bridges y Pascoe, 2014, p. 252).

Análogamente a esta realidad, cabe anotar que la identificación como hombres se da desde la *performance* de la masculinidad y la competición entre hombres demostrando masculinidad, pero también desde la distinción intracategorial, apareciendo unas formas de hibridación en los diálogos de los hombres entrevistados las cuales hacen presente

narrativas de distinción entre hombres. Así pues, como advierten Bridges y Pascoe (2014, p. 250) cuando hablan de “distancia discursiva” (*discursive distancing*), encontramos prácticas de hibridación masculina que funcionan como herramienta de distanciamiento entre los hombres, a partir de aquello que identificamos como una masculinidad hegemónica patriarcal deficitaria, tóxica o sobrepasada repudiada por los mismos varones según la intencionalidad del relato. De este modo, acoger o repudiar ciertos patrones de masculinidad se convierte en una forma de tomar distancia de aquellas cuestiones que pueden generar cierta disonancia social en la vida y en el reconocimiento de los hombres en ciertos momentos.

Yo escucho, soy calmado, no soy violento ni nada... no doy problemas de ningún tipo... no tengo ninguna adicción, ni problemas mentales... aquí hay gente que es muy diferente a lo que me pasa a mí (Entrevista, EU7).

Me gusta quedar sobre todo con chicas porque las tonterías no me gustan... las tonterías no, no. El clásico hombre que habla de mujeres, que no tienen otro tema de conversación, eso tampoco me gusta. Cansinos, son cansinos. Y luego no se comen una rosca (ríe). Yo no soy así (Entrevista, EU15).

Esta realidad se hace mucho más presente cuando depositamos la mirada en aquellos hombres más cercanos a niveles de exclusión social, en cuyo relato transitan hacia formas de entender la masculinidad desde una mirada puesta fuertemente en el trabajo para tomar distancia de la masculinidad marginal que encarnan.

Ellos son así, prefieren la ayuda a trabajar... Yo no. Yo prefiero trabajar. Yo no soy como ellos (Entrevista, EU4).

De este modo, las prácticas de hibridación masculina no solamente se darán para repudiar o alejarse del reconocimiento con una masculinidad machista y tóxica, sino también, para resituarse como hombres tras una forma de descartar su situación de masculinidad marginal o fracasada, haciendo visible la cuestión de clase y el modelo de masculinidad del que se quieren distanciar. Esto permitirá que, a nivel discursivo, puedan situarse dentro o fuera de los sistemas de reconocimiento social, presentándose, por ejemplo, como hombres autosuficientes. Además, no debemos olvidar que el ser reconocidos tras una masculinidad hegemónica patriarcal, en ciertos espacios o contextos, favorecerá que

se generen mayores facilidades para los hombres a la hora de relacionarse con las y los demás, como puede darse en los Servicios Sociales tras la demostración del buen pobre (Sales, 2014). En este sentido, a pesar de poder ser identificados con un modelo de *masculinidad marginal*, emergen relatos de funciones y posicionamientos como hombres que serían directamente más reconocidos como una *masculinidad hegemónica tradicional*, sobre todo cuando los hombres hablan del mundo del trabajo y aquello que aportan y dónde se posicionan a nivel familiar. Así pues, podemos advertir de nuevo cómo se da un “préstamo estratégico” (*strategic borrowing*) a través de las prácticas de hibridación masculina (Bridges y Pascoe, 2014, p. 252), en tanto que los hombres, de forma consciente, adoptarán algunas de las *performances* de otros modelos de masculinidad en ciertos momentos, una cuestión que les puede ayudar a obtener dividendos patriarcales o beneficios a través de la activación del privilegio masculino o alejándose del mismo para obtener un mayor reconocimiento social (Azpiazu, 2015; Cascales, 2017b; Enguix, 2020; Sanfélix y Téllez, 2021).

No obstante, el habitar unas formas de reconocimiento social, dependiendo del contexto y la intencionalidad, puede derivar también en un valor añadido para aquello que se quiere conseguir. Es decir, también encontramos maniobras de hibridación masculina en el discurso de los hombres que van a estar basadas en lo que Bridges y Pascoe (2014, p. 254) identifican como “fortificaciones fronterizas” (*fortifying boundaries*), dónde se dará un valor superlativo al hecho de encarnar ciertas categorías sociales, *subordinadas* o *marginales*. Al estar viviendo ciertos procesos de precariedad, subordinación o marginalidad, dependiendo del contexto, puede aportarles un valor positivo el hacer evidente que encarnan una masculinidad marginal, haciendo visible la situación de necesidad y/o vulnerabilidad en ciertos momentos de su vida.

Ellos actúan según sus necesidades... Recuerdo una vez que dijeron “¿es por que soy negro?”, acusándome de racista porque no llegaba una ayuda... Me molestó muchísimo (Grupo discusión, GD2).

De este modo, se da un valor a aquello que no tiene valor, se utilizan los rasgos adaptativamente según la intencionalidad. Ejemplo de esto es cuando los hombres en situación de sinhogarismo hacen más evidentes los rasgos de rudeza, violencia o dureza que acompañan a este modelo de masculinidad. Esta práctica emerge discursivamente como una forma de re-identificar los límites simbólicos y sociales que encarna el modelo

de *masculinidad marginal*, dándole un valor añadido frente al carácter estigmático que le acompaña.

[taller masculinidades en recurso atención social] Lo que yo he pasado en esta vida no lo podrían soportar todos. Aquí hay mucho hombre duro (Observación participante, OBP3).

De esta forma, la fortificación de fronteras será utilizada en el relato de los hombres tanto para hacer presente la situación de precariedad, como una forma de pedir/exigir ayuda sin pedirla.

Curiosamente, la mayor parte de procesos de hibridación que encontramos son tránsitos de masculinidad hacia un modelo de *masculinidad hegemónica patriarcal* que podríamos reconocer como patrones anudados al imaginario simbólico del mal hombre. Hay que tener en cuenta que el vivir en contextos de inseguridad y violencia hace que la educación y socialización de la calle les haga adquirir formas defensivas de comportarse (Anderson, 2000). Tal es así que en el análisis encontramos hombres escuálidos, delicados, afeminados y entrañables que, en momentos concretos, se ponen una máscara de rudeza hegemónica tras la finalidad de evitar cuestionamientos y marcos disciplinarios que atentarían contra su identidad y su posición ante la vida, tomando prestado performativamente patrones del modelo de *masculinidad hegemónica patriarcal* más clásico, enarbolando misoginia y/o violencia en ciertos momentos. Es decir, si la situación puede derivar en un cuestionamiento, discriminación o violencia puede emerger como una *performance* de rudeza que aparte o frene dichos patrones disciplinarios que pondrían en cuestión su identidad.

De este modo, otra forma de hibridación masculina que identificamos en el relato de los hombres entrevistados se da tras las fronteras disciplinarias que envuelven al género y la clase social, apareciendo lo que podemos entender como *transiciones defensivas*, siendo las mismas cuando un hombre acoge momentáneamente en su seno la máscara de hombre seguro, duro o violento para defenderse del cuestionamiento social o el daño inminente. Adquirir en ciertos momentos una *performance* de masculinidad más cercana a la figura del mal hombre implica acercarse a aquellos patrones hegemónicos patriarcales que transmiten temor y búsqueda de control a través de ciertas violencias. Estamos hablando de cuando un hombre busca forzar la situación con una pose dura ante las agresiones o cuestionamientos que pueda recibir. En este sentido, la hibridación de

prácticas masculinas aparece como una forma de reducción de daños que es utilizada momentáneamente para no ser cuestionado, disciplinado o agredido.

Ellos vienen enfadados y te cuentan que están buscando trabajo, que están tirando currículums o que están trabajando en cualquier cosa que no te esperas... Todo para que no se les cuestione (Grupo discusión, GD2).

De esta forma, las masculinidades híbridas actúan como herramienta de adaptación ante los límites simbólicos y sociales, los cuales pueden padecerse por su situación de clase y género, pero también por sus diferentes realidades interseccionales con el racismo, la homofobia o el capacitismo, asegurando los riesgos e, incluso, reduciendo daños, ocultando las realidades desiguales sobre las que viven (Bridges y Pascoe, 2014).

En consecuencia, en los hombres entrevistados encontramos que la situación de clase les lleva a adquirir procesos de hibridación masculina distintos a los documentados en investigaciones anteriores (Arxer, 2011; Bridges y Pascoe, 2014; Lionel S. Delgado, 2021; Demetriou, 2001; Messerschmidt, 2018; Messner, 2007), los cuales han sido mayoritariamente planteamientos contrahegemónicos y fortificaciones identitarias de categorías subordinadas cercanas a la feminización o a colectivos que ponen en cuestión la heteronormatividad imperante, ya sea por su orientación sexual disidente o por su transgresión de género. En nuestro caso encontramos mayoritariamente transiciones desde una *masculinidad marginal* hacia una *masculinidad hegemónica patriarcal*, estando las dos muy fuertemente conectadas en el relato de los hombres entrevistados. En este sentido, podemos afirmar cómo las identidades híbridas masculinas transitan hacia lo hegemónico cuando se encuentran en una posición de inferioridad, en nuestro caso de marginalidad, un lugar que conecta con situaciones de riesgo y cuestionamiento social. Oscar Guasch (1991) ya advirtió de algún modo sobre esta realidad al depositar su mirada en los modelos de hombres homosexuales en lo que él identifica como la era “pre-gay”. En su investigación sobre el colectivo homosexual realizada en los años noventa advierte de una *performance* masculina donde ciertos varones se alejan de la pluma a través de un modelo homosexual viril. Una estrategia performática de utilidad social y de reducción de daños que hace aparecer formas de actuar que repudian la feminidad en su marco identitario para no ser identificados como hombres homosexuales. En aquella época la patologización de la homosexualidad implicaba que el hacer visible la orientación sexual de los hombres era un riesgo rodeado de daños, denuncias y cuestionamiento social como

masculinidad subordinada, una realidad que, aunque se ha venido modificando en el tiempo, sigue siendo un marco disciplinario de actualidad sobre los hombres afeminados y/o homosexuales (del Río y Cordero-Rodríguez, 2023). En este sentido, en esta investigación de tesis doctoral, a través de la cuestión de clase, vuelven a aparecer estos tránsitos identitarios hacia lo hegemónico pero esta vez desde las masculinidades marginales, siendo la pose de hombre duro, rudo y violento y esconder el fracaso como hombres productivos una constante en la vida de los hombres entrevistados.

Así pues, la naturalidad de las prácticas masculinas nos lleva a identificar cómo el tránsito entre modelos puede darse ambidireccionalmente para tomar distancia de la situación de marginalidad a través de tránsitos hacia planteamientos que pivotan entre lo igualitario y lo hegemónico patriarcal, planteándose tanto como una forma para tomar distancia de la masculinidad hegemónica patriarcal cuando esta no aporta beneficios en la vida de los sujetos, como un acercamiento a la misma cuando esta aporta estructural, personal y emocionalmente seguridad y dividendos patriarcales. Tal es así que la situación de clase social no acomodada producirá que se busque constantemente reducir riesgos en las relaciones que nos rodean, generando prácticas en la dirección que más conviene. En este sentido, los relatos están plagados de prácticas que se dan como una estrategia de prevención disciplinaria, dándose la búsqueda constante de prácticas que les aporten, consciente e inconscientemente, seguridad como hombres en cada momento. La renegociación identitaria de forma continuada y el desarrollo de prácticas híbridas de masculinidad es un patrón que explica cómo transitan y se adaptan los hombres usuarios según el contexto social al que se enfrentan en cada momento. Los hombres saben que no deben actuar de la misma forma en la entrevista con la trabajadora social que con el compañero de bar, evidenciándose tras este planteamiento, como nos decía una profesional, “su situación como supervivientes” (Observación participante, OBP1). Es decir, el enfrentar el riesgo y el cuestionamiento constante en sus vidas hace que se den formas de adaptabilidad continuadas, las cuales son desarrolladas para aumentar la sensación de seguridad, incluso a nivel identitario, ante las desavenencias de la vida.

En este sentido, el riesgo vuelve otra vez a situarse de forma central en el análisis de la realidad, advirtiéndose que los planteamientos híbridos contrahegemónicos, en los hombres entrevistados, se hacen más presentes según aumenta la posición de clase social y comodidad del sujeto asistido, y, contrariamente, la pose patriarcal aparece de forma más continuada cuando los hombres se encuentran en una situación de vulnerabilidad o

exclusión social más severa, apareciendo entre medias cómo se va naturalizando la reproducción de prácticas e imaginarios simbólicos de virilidad que les anuden tras una imagen defensiva de masculinidad según los hombres se encuentran en contextos más o menos riesgosos y/o violentos. Qué razones se dan tras este tránsito hacia lo hegemónico es una cuestión que voy a intentar exponer en los siguientes apartados, en tanto que la adaptabilidad no se da idéntica u homogéneamente del mismo modo en todos los contextos, teniendo que reflexionar sobre cómo el género y la clase dentro de ciertos espacios, dentro de ciertas relaciones sociales y dentro de los diferentes sistemas sociales que habitamos, alterarán las formas de ser hombre, siendo los códigos que se configuran en estos espacios relacionales los que permearán la identidad masculina y, con ello, las formas de comportarnos.

6.2 Modelos de reconocimiento social: el mal hombre y el buen pobre en la masculinidad marginal

Aquellos hombres usuarios que, en el análisis de la información realizado, podemos identificar con un patrón de masculinidad marginal son reconocidos tras una fuerte conexión con una serie de modelos o perfiles de masculinidad que dibujarán discursiva y simbólicamente qué significa ser un hombre usuario o un hombre asistido por los recursos de protección social, apareciendo el perfil del *buen pobre* y el perfil del *mal hombre* como los modelos de masculinidad que marcarán las fronteras de lo que se entiende por masculinidad asistida en los recursos de protección social. En este sentido, cómo es un hombre que responde a una *masculinidad marginal* o qué particularidades posee, son preguntas que se nos plantean cuando observamos a los hombres usuarios analizados, emergiendo unos contornos identitarios de reconocimiento que hay que tener presentes. Estos dos perfiles configurarán las fronteras discursivas a través de las cuales se componen las formas de juzgar a los hombres usuarios y, a la vez, se harán presentes cuando los hombres se adapten y modifiquen sus formas de ser hombre ante los procesos de atención social.

Cuando situamos la mirada en el reconocimiento hacemos énfasis en cómo socialmente somos vistos y etiquetados por los demás, conformándose una mirada social

que nos identifica. Reconocerse y ser reconocidos es un ejercicio constante en sociedad, en tanto que nos construimos, nos socializamos y educamos relacionamente. Somos seres sociales y la relación es el punto de conexión y articulación desde donde encontrar nuestro yo. Nancy Fraser (1997) dirá que el reconocimiento es uno de los grandes dilemas a los que tiene que enfrentarse la práctica política ya que su configuración es una de las tensiones latentes en la estructura social, manteniéndose como una de las principales bases para la configuración de la justicia social, y, con ello, para la configuración de los soportes y la redistribución de la riqueza en el marco político-social que estamos analizando.

[El] reconocimiento se ha convertido en una palabra clave de nuestro tiempo. Esta idea, una venerable categoría de la filosofía hegeliana, resucitada no hace mucho por los teóricos políticos, está resultando fundamental en los trabajos para conceptualizar los debates actuales acerca de la identidad y la diferencia. [...] Si la relevancia del reconocimiento es, en la actualidad, indiscutible, su relación con la ‘redistribución’ sigue a falta de un tratamiento teórico suficiente (Fraser y Honneth, 2006, p. 13).

No es baladí que autoras como Judith Butler (2000, 2016, 2017a) centren gran parte de su propuesta política en estrategias que buscan modificar el reconocimiento social a través de normalizar la existencia de los cuerpos y las sexualidades no normativas como sujetos presentes y como sujetos con derecho a aceptación dentro de la marca de normalidad. Aquello no normativo se configura desde una diferencia desprestigiada, la cual queda adscrita a un reconocimiento de inferioridad que generará efectos tanto en la (falta de) reciprocidad, como en los marcos jurídicos, políticos y sociales que nos organizan como sociedad.

Los hombres, a pesar de encarnar una categoría privilegiada en cuanto al género, poseen marcos de jerarquización y reconocimiento intragrupo, apareciendo distinciones entre los hombres, no solamente no beneficiándose todos del mismo modo y en el mismo grado de los dividendos patriarcales que se dan tras el reconocimiento de la masculinidad en una sociedad patriarcalizada (Connell, 2015; Kimmel, 2009; Messner, 1997), sino también configurándose un marco competitivo y de distinción entre los hombres que será ratificado socialmente, el cual buscará identificar constantemente quién es más hombre entre los hombres. En este sentido, la homogeneidad de los hombres se diluye rápidamente cuando nos acercamos a los estudios de género y los estudios de

masculinidades donde se advierte que ni todos los hombres son idénticos, ni son igualmente valorados por la sociedad (Messner, 1997; Pease, 2010). A pesar de esta diversidad de hombres no podemos obviar que todos poseen un punto de anclaje, siendo el marco hegemónico un imaginario simbólico dentro del que se encuentra la masculinidad y sobre el que reconocemos la normalidad a nivel social. Tal es así que las ciencias sociales vuelven una y otra vez a identificar cómo las categorías hombre, blanco, adulto, capacitado, heterosexual, occidental y clase alta conforman el estándar o modelo universal que define los patrones de reconocimiento normativo, y, con ello, el estatus que otorga la cómoda normalidad. Este modelo universal se convierte en una imagen o imaginario simbólico de referencia desde donde comparar, medir o evaluar objetiva y subjetivamente las demás formas de existencia. Es decir, si aplicamos la perspectiva de género en los hombres, como hemos visto cuando hemos analizado la búsqueda de la marca de importancia, encontramos que todo hombre buscará constantemente ser reconocido como figura de éxito en la sociedad en la que vivimos, con todas las connotaciones que acompañan a esta mirada abstracta de llegar a ser una figura de éxito tras un sistema patriarcal y neoliberal. Así pues, la autosuficiencia, la capacidad, la seguridad y el control serán valores que se adherirán en las formas de pensar, sentir y actuar de los hombres en contraposición a otros valores como puedan ser el cuidado, la empatía, la asertividad, incluso el humanismo o el respeto por las y los demás. Un imaginario simbólico que reconocemos consciente e inconscientemente en nuestra cultura para desarrollar fórmulas que harán visibles las jerarquías existentes, y, si hablamos de los hombres, concretamente de los hombres usuarios como fracasados por requerir ciertos tipos de ayuda, emergen unas jerarquías masculinas donde habrá unos hombres que serán considerados superiores a otros y, a la vez, todos los hombres poseerán marcos de reconocimiento superiores al de las mujeres (Kimmel, 1997).

Si volvemos a la teoría de la clasificación de patrones de masculinidad de Raewyn Connell (2015), la *masculinidad marginal* se construye en referencia a la posición hegemónica que posee el grupo masculino dominante, es decir, la relación de las masculinidades marginales con la configuración de la masculinidad hegemónica es la de mejorar su identificación, comparando unos hombres con otros desde una mirada basada, principalmente, en la imagen del éxito y el fracaso masculino y, con ello, en la clase social. Como hemos visto, la masculinidad marginal no cuestiona o pone en tela de juicio la masculinidad hegemónica, sino que acepta su existencia y se correlaciona

constantemente con la misma, y, a la vez, antagónicamente, ningún hombre se identifica tras este patrón de masculinidad a pesar de encarnarlo, no aceptando, acogiendo o fundamentando su identidad como hombre tras una masculinidad marginal. Una realidad que no sucede en otros grupos sociales en posición de subordinación¹¹², los cuales, desde la reflexión del lugar que ocupan, articulan estrategias de visibilización que movilizarán políticamente la aceptación social, modificando el reconocimiento de sus identidades subalternas, resignificando y empoderando estas posiciones alejadas de la normatividad (Butler, 2012, 2017b). Es decir, la subalternidad existente de los hombres tras el patrón de masculinidad marginal no es reconocida colectivamente de forma común, no siendo una identidad aceptada por los hombres que son reconocidos tras ella, no existiendo un colectivo desde el que reclamar políticas públicas o un reconocimiento social que no los minusvalore por estar viviendo dicha situación, encontrando fuertes barreras para identificarse y, con ello, erradicar los efectos estigmáticos que recaen sobre esta realidad, en tanto que los propios sujetos no se ven identificados como grupo o colectivo con un problema de reconocimiento social.

De este modo, el concepto de *masculinidad marginal* identifica a aquellas masculinidades que son devaluadas tras marcos interseccionales, las cuales, a pesar de no poner en cuestión la masculinidad hegemónica, como sucede con las masculinidades subordinadas, son devaluadas y situadas tras estratos de inferioridad dentro de las jerarquías intragrupo que se dan entre los hombres. Tal es así que en la biografía de los hombres usuarios entrevistados encontramos estrategias discursivas que buscarán sortear los marcos estigmáticos que les anudan tras estas formas de ser reconocidos, tanto a nivel individual como colectivo, y, a la vez, una fuerte identificación hacia ellos que los hace presentes dentro de este reconocimiento como hombres fracasados. Emergiendo alrededor de estas formas de no identificación y reconocimiento las construcciones simbólicas y sociales del *buen pobre* y el *mal hombre*, siendo estos dos perfiles particulares de masculinidad los que configurarán qué entendemos por masculinidad marginal, acercándose o distanciándose los hombres usuarios de estas formas de reconocimiento como hombres, llegando a transitar híbrida e identitariamente de diversas formas.

¹¹² La lucha identitaria del colectivo LGBTI+, la lucha indígena en Latinoamérica o las mujeres como sujeto político del feminismo parten de esta premisa.

Tienen mucho morro. Se ponen la cara de buen chico cuando vienen a pedir ayudas y después, cuando rascas, te encuentras lo que te encuentras (Observación participante, OBP1).

Históricamente la sociedad se ha cebado con los pobres y los mendigos construyendo desde el relato de la vagancia y la ociosidad un imaginario simbólico que llega hasta la misma actualidad (Brodiez-Dolino, 2016; Castel, 1997; Donzelot, 1979; Sales, 2014). Una estrategia discursiva a través de la cual existen buenos y malos pobres, siendo unos merecedores de la ayuda social y los otros maleantes que deberían ser obligados a trabajar para ganarse el pan con el sudor de su frente. La configuración de un perfil de hombres en referencia a la capacidad productiva y económica conecta directamente con la masculinidad, dado que conecta con los márgenes estigmáticos que se identifican tras la categoría de clase social, basada tras la idea de que, en aquellas personas que no son de clase alta, la incorporación al trabajo debe ser un dogma social y personal. Esta forma de mirar el orden social justifica que a la pobreza se le fiscalice la vida, teniendo que vivir tras un ejercicio constante de demostración de que son buenos pobres, es decir, que son productivos económica y socialmente, siendo evaluados por ello cuando no puedan sobrellevar las inclemencias de la vida a pesar de luchar constantemente por ser autosuficientes (Ávila et al., 2019; Donzelot, 2007; Du Bois, 2014).

Aplicamos normativa, aunque a veces no estemos de acuerdo con ella. Les fiscalizamos la vida muchas veces pidiéndoles papeles que hacen que se pierdan por el camino. El sistema no lo pone fácil (Entrevista clave, EP2).

Me pidieron de todo... que si la renta de mis padres, que si la historia de vida laboral... Al final como llevaba tanto tiempo fuera del país era como si no existiera para ellos (Entrevista, EU16).

Lo que pasa es que... a veces te topas con personas que no, que no entienden la situación. Por ejemplo, hubo un tiempo que había una persona acá que era como... [...] que es como la secretaria, no sé, que es con la que primero te topas y luego haces la cita. Entonces... esa persona era muy difícil porque no, no te entendía... ¿cómo te digo? Le decíamos mira, fíjese que vengo porque quería a ver si podía obtener o pedir alguna ayuda de, por ejemplo, de alquiler, ¿verdad? Una ayuda de emergencia, de alquileres de piso. Entonces empezaba la entrevista con aquella persona que tú tienes enfrente. Empezaba a ponerte “peros” ... ¿y ustedes cuántos son? ¿Y por qué quieren hacerlo? ¿Qué documentación tienen? Y

entonces... si no tienen esta documentación ¿por qué? Y empiezan a sacarte todo y siempre era así (Usuario Servicios Sociales, EU17).

Dicha fiscalización empieza burocráticamente con los criterios de admisión a las ayudas sociales, pero termina socialmente, siendo juzgados/as subjetivamente por cada movimiento o decisión que toman en sus vidas. De este modo, los hombres usuarios se espera que sean buenos pobres, siendo el *buen pobre* aquel que hace todo lo posible por salir de la pobreza tras una posición abnegada y sacrificada para ello. Una profesional de la atención social, cuando reflexionábamos sobre el cómo juzgamos a los usuarios/as, lo ejemplificaba de la siguiente forma:

¿Merecen los usuarios pobres tener una tele grande o un móvil de última generación? (Observación participante, OBP3).

El reconocimiento del sujeto tras un estatus de clase social u otro implicará un marco disciplinario distinto como sujeto asistido, dado que conectará con fronteras de permisividad de acción, pidiendo a aquellos sujetos que están en un estrato de inferioridad, pobreza o marginalidad una cierta coherencia en referencia al cómo actúan y cómo consumen. Una exigencia que será mucho más incisiva hacia las formas de actuar y consumir cuando son usuarios de atención social. A esto se le suma la paradoja de que, en un mundo donde el consumo de ciertos productos es capital simbólico y un marco de reconocimiento positivo, se exigirá al pobre que no consuma, siendo cuestionados socialmente por las demás clases sociales que se encuentran en un estrato superior, incluidas las y los profesionales.

Además, para adquirir una mayor legitimidad de enjuiciamiento hacia aquellas personas que se encuentran en un estado inferior de clase se fundamentará que el pobre es un sujeto desprovisto de saberes. Se valorará que el pobre actúa de forma inconsciente por falta de capacidad intelectual y, por ello, habrá que educarlo para que conozca cual es el lugar que debe ocupar. De este modo, durante la recogida de la información hemos escuchado cómo algunas personas profesionales identifican que los usuarios actúan muchas veces sin saber o sin pensar.

Son impulsivos. Te puedes pasar horas hablando con ellos sobre la paciencia y los tiempos y después hacen todo lo contrario (Observación participante, OBP2).

Es decir, se significa una realidad que viene acompañada de estigmas, creencias y estereotipos que vuelven a identificar cómo tiene que ser y no tiene que ser la persona pobre. En consecuencia, cuando un pobre no escucha, siendo estigmáticamente desprovisto de saber, se convierte en un *mal pobre* dado que no hace caso a aquellas personas que poseen la razón.

El género, y con ello, la construcción social de la masculinidad no quedará exenta a esta construcción simbólica. Los estereotipos que acompañan a la construcción social del género masculino se enlazarán, conectando las formas de pensar a los hombres usuarios con esta forma de pensar a los pobres, marcando entre ambas fronteras los modos de mirar y pensar a los hombres usuarios. Así pues, un hombre sin trabajo que no es capaz de mantener a su familia, es decir, no es autosuficiente, podrá ser pensado, incluso cuestionado, siendo identificado como un vago con problemas de ociosidad.

[conversación entre profesionales] ¿Qué hacen ellos más que dar por culo? ¿Trabajo? No tienen trabajo. Ayudar en casa tampoco... Si son ellas las que se encargan de todo... (Profesional recurso atención social, OBP3).

Además, esta condición simbólica como interesado u holgazán será depositada, en mayor o menor medida, sobre los hombres usuarios sin trabajo que transitan por situaciones de vulnerabilidad o marginalidad. Una imagen que, además, será retroalimentada a través de políticas securitarias contra los pobres configurando el estigma de la delincuencia, la drogadicción y la inseguridad sobre los sujetos en situación de pobreza (Ávila y García, 2015; Lorey, 2016; Wacquant, 2012), viéndose reforzada esta imagen en el género masculino por su vinculación con la legitimidad para el ejercicio de poder y la violencia.

De esta forma, siguiendo los planteamientos de Laura Macaya (2013) que realizó sobre el análisis de la condición de esposa nefasta y mujer violenta, advertimos cómo en los recursos de atención social también reproducimos esta idea de la *víctima perfecta* sobre nuestros usuarios y usuarias, tras la cual se espera que la persona sea pobre y actúe de una forma acorde con su condición de pobreza. Laura Macaya analizará esta figura en la feminidad, identificando el imaginario social que se construye desde la condición de víctima cuando una mujer ha sufrido violencia de género o ha sido agredida sexualmente, advirtiéndole que aquellas personas que acuden a cierto tipo de recursos, ya sean judiciales o de atención social, deben ser:

La “buena víctima” responsable, pasiva, pacífica, bondadosa, infantil, sincera y a poder ser, sexualmente poco activa, poco cómplice de los sucios deseos masculinos y conservadora de la virtud del sexo santificado, sano o, en estos tiempos, de aquel que se define como “bueno”.¹¹³

Esta idea de víctima perfecta la podemos trasladar de forma análoga ante las formas de reconocer a las y los necesitados que atendemos en los distintos recursos de atención social. La romantización de la pobreza pasa por identificar a la pobreza digna de la ayuda social, la cual también posee unas formas de comportarse en sociedad (Sales, 2014), emergiendo una *performance* por parte de las personas usuarias cuando estas acuden a los recursos de atención social.

Por la forma de vestir ya sé que vienen a pedirme. Tengo una familia que cuando vienen a pedir alguna ayuda económica vienen de domingo... (Profesional recurso atención social, OBP3).

De este modo, debemos preguntarnos, como expone Laura Macaya, si las mujeres para ser consideradas víctimas deben adquirir una *performance* de víctima perfecta, ¿qué *performance* de víctima perfecta se espera en los hombres usuarios que transitan por los recursos de protección social?, ¿existe un imaginario de víctima perfecta dirigido hacia la masculinidad?, y más importante, ¿qué implicaciones tiene a la hora de intervenir con hombres en situación de vulnerabilidad o exclusión social?

Esta pregunta, me ha acompañado a lo largo de todo el proceso de recogida de la información en tanto que las y los profesionales de la atención social no estamos exentos de esta forma de mirar al otro asistido. De esta forma, nombrar como víctimas a los sujetos asistidos tal vez pueda sonar ciertamente radical o peyorativo, sin embargo, la condición de pobreza siempre deviene de la realidad desigual que como sociedad producimos, siendo las personas en situación de pobreza, vulnerabilidad, marginalidad o exclusión víctimas de clase del propio sistema. En este sentido, cuando las profesionales evalúan un caso están dirimiendo si su condición los sitúa tras una condición de víctima económica, relacional, de violencia, etc., muy a pesar de las controversias que pueda producir la etiqueta.

¹¹³ Artículo de prensa escrito por Laura Macaya “¡Con nosotras quien quiera! Sobre el caso Arandina” en el periódico digital CTXT. *Contexto y Acción* <https://ctxt.es/es/20200203/Firmas/30692/caso-arandina-punitivismo-feminismo-violencia-machista-laura-macaya.htm>

Si pensamos en qué características de víctima perfecta deben encarnar los hombres usuarios, debemos distinguir cómo las categorías del género y la clase social, a nivel individual e interseccionalmente, producen fronteras identitarias, alimentando una doble mirada que establecerá los imaginarios del buen hombre y del buen pobre.

El *buen hombre* es aquel que cumple con las funciones sociales masculinas y, a la vez, no reproduce patrones de masculinidad hegemónica patriarcal o hipermasculinidad que atentan al buen hacer civilizado. Para que un hombre esté cumpliendo su función social como hombre debe componer una familia, principalmente nuclear y heteronormativa, y responsabilizarse de la parte productiva y protectora que le corresponde como parte del sistema. En esta deriva, debe representar en el espacio público a la familia y, a la vez, debe ser reconocido como parte del engranaje productivo de la sociedad en general a través de su lugar en el espacio laboral. Dicho de otra forma, tener trabajo, traer dinero a casa y ser la imagen de responsabilidad económica fuera del hogar formarán este imaginario del buen hombre que atiende las funciones sociales que le corresponden como hombre en una sociedad patriarcal.

De este modo, cuando los hombres necesiten un apoyo positivo por parte de las instituciones de la atención social, en mayor o menor medida, renegociarán su identidad en referencia a este imaginario simbólico de la pobreza. En cambio, si el *buen pobre* es una persona que se subordina a lo que le indican las personas profesionales y, además, es desprovisto de saberes, entendimiento y habilidades sociales teniendo que ser orientado, encontramos cómo todos estos estigmas y planteamientos normativos contradicen a la idea de masculinidad, autosuficiencia, triunfo y control de la posición dominante como hombres. A pesar de ello, los hombres se adaptan a esta realidad transitando de una imagen de masculinidad marginal fundamentada tras el imaginario del *buen pobre* acogiendo en su seno estrategias híbridas de masculinidad como la *fortificación de fronteras* donde los hombres hacen incidencia en el esfuerzo que realizan por cumplir con su propio rol como hombres productivos, el *préstamo estratégico*, donde enarbolan una *masculinidad disidente*, por ejemplo, con el relato de prácticas de cuidados que desarrollan puntualmente en el hogar, o a través de generar cierta *distancia discursiva*, comparándose con otros hombres tras la finalidad de ser desidentificados de conductas típicas de una masculinidad hegemónica inadecuada, las cuales pondrían en cuestión su papel de *buen pobre*.

De esta forma, el papel del *buen pobre* se establece como una imagen disciplinaria y estigmática que orienta a cómo deben comportarse las masculinidades marginales, sin embargo, también es utilizada como estrategia de adaptabilidad para encajar en los criterios de aceptación normativa y subjetiva tanto a nivel social como a nivel administrativo en los recursos de atención social. Una imagen que configurará lo que se espera de los hombres tras una masculinidad marginal.

En contraposición a esta imagen del buen pobre encontramos en el análisis cómo aparece la figura del *mal hombre*, la cual se anuda con el imaginario social sobre cómo entendemos que son los hombres que se encuentran en situación de pobreza y/o marginalidad, siendo el *mal hombre* aquel que desarrolla prácticas de hipermasculinidad de atraviesan las fronteras de aceptabilidad social. Como advierte George Mosse (1998), los hombres están legitimados para exponer virilmente su masculinidad y seguir los mandatos masculinos sin riesgo de afrenta. Sin embargo, existe una fina línea que dirime si estas prácticas están dentro de la aceptabilidad social o si son repudiadas por esgrimir una falta de control como hombres. Para señalar o identificar esta línea, George Mosse (1998) hablará de la *serena fortaleza* como forma de identificar la existencia de fronteras disciplinarias que indicarán a los hombres que no todas las prácticas masculinas son permitidas en la sociedad y, por ello, deben mantener una cierta postura o actitud de autocontrol en sus propias vidas. Así pues, el buen hombre será aquel que no rebasa las fronteras de la hipermasculinidad. No ser violento indiscriminadamente, no tener adicciones o no demasiadas, no delinquir, traer dinero a casa o por lo menos intentarlo, aunque sea de forma precaria, proteger a la familia de agresiones externas, pero no de cualquier forma y un largo etcétera. Cuestiones que alimentarán esta idea del buen hombre que está presente en aquello que le corresponde de forma correcta. Una imagen de rectitud que ayudará a clasificar o jerarquizar a los hombres usuarios desde la mirada de las personas profesionales.

Es un buen chico. No se droga, hace caso, no se mete en problemas... lo único es que es un poco *freak* y con el estudio no hay manera (Profesional recurso atención social, OBP3).

Sin embargo, el *mal hombre* no es un imaginario que vaya únicamente atado a este perfil de hombres usuarios de clase baja, ya que cualquier hombre puede traspasar esta frontera de la masculinidad. Si bien es cierto que el imaginario hacia la pobreza y/o la marginalidad es un imaginario estigmático conectado con la falta de civismo, de

normas, con la violencia y la imprevisibilidad, no debemos pensar que los hombres solamente son desidentificados como buenos hombres y penalizados por su situación de pobreza, ya que las formas de comportarse de los hombres también poseen fronteras, tengan el estatus que tengan, frente a la sociedad en general. Tras este precepto podemos pensar que una persona con un status económico acaudalado puede ser cuestionado y penalizado como hombre, por ejemplo, por llevar a cabo ciertas prácticas de hipermasculinidad, como puede ser el caso de la violencia o una actividad sexual subordinante¹¹⁴, no siendo necesaria esta referencia de pobreza para ser identificado como una masculinidad marginal, en tanto que la masculinidad marginal no es una cuestión de clase social sino de identificación del fracaso como hombres, y, al ser descubierto y penalizado por realizar estas prácticas de hipermasculinidad, se convertirá en fracasado a través del imaginario simbólico del *mal hombre*, y, con ello, en una masculinidad marginal que alimentará desde su reconocimiento las fronteras de cómo debe y no debe ser un hombre en la masculinidad hegemónica patriarcal.

Me dolió mucho lo de mis amigos. Sí, sí, sí... Mucho. Cuando [nombre del amigo] me dijo que no lo tenían que ver conmigo porque sus madres decían que yo era un drogadicto. Un drogadicto. Que no era un buen ejemplo y no sé qué... Cuando no era yo sino todos... (Entrevista, EU6).

Sin embargo, en el análisis vemos cómo emerge la construcción de un estigma que va más allá de identificar a unos hombres en situación de pobreza extrema o marginalidad por su realidad de incapacidad económica, habitacional o material. Sino que, a esto, deviene un juicio moral sobre el modelo de hombre que encarnan los usuarios de los recursos de atención social, una suma de conexiones estigmáticas que muchas veces vienen anudadas correlacionando pobreza con machismo. Una cuestión que aparece del mismo modo que en otras investigaciones sobre negritud en Estados Unidos, donde es idéntica la creencia del hombre negro como machista, delincuente, malhechor o violador (Brancato, 2000; Davis, 2004; Du Bois, 2014; hooks, 2014). De este modo, el

¹¹⁴ En la actualidad tenemos ejemplos de estas cuestiones como el bofetón de Will Smith a Chris Rock en la gala de los Oscars de 2022 (https://www.huffingtonpost.es/entry/es-mentira-verdad-el-punetazo-de-will-smith-en-los-oscar-deja-en-shock-a-los-espectadores_es_62411dfbe4b0e340f6a545cf), los abusos sexuales reconocidos de Plácido Domingo (<https://www.bbc.com/mundo/noticias-51630150>), el caso de la manada (<https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-43907559>) o el caso Rubiales en el fútbol femenino español (<https://www.publico.es/deportes/caso-rubiales-cronologia-escandalo-beso-forzado-discurso-incendiario.html>) sacando a relucir prácticas de hipermasculinidad y descontrol masculino no aceptadas socialmente.

imaginario de los hombres usuarios de atención social es relacionado tras patrones de hipermasculinidad que se cree detentan de partida por estar simplemente en situación de pobreza. Como advierten Andershed y Andershed (2010) la pobreza, y con ello, la masculinidad marginal es correlacionada con la idea antisocial. El prejuicio de que todos los hombres que están en situación de calle se drogan, beben alcohol, son violentos, emocionalmente imprevisibles y un largo etcétera sustenta la idea de la pérdida de la *serena fortaleza* de la que nos habla Mosse (1998), ya que sobre la *masculinidad marginal*, desde su identificación pública en el otro fracasado como hombre, se edifica dónde están las fronteras visibles de las prácticas de hipermasculinidad, y con ello, la permisividad social de ciertas prácticas masculinas.

De esta forma, el estigma de las personas en situación vulnerabilidad y/o exclusión social no viene tanto dado por su posición como hombres en situación de pobreza, sino por su realidad como hombres que detentan una masculinidad marginal, en tanto que, tras el análisis podemos afirmar que comparten los mismos patrones de reconocimiento que en otros estudios donde se profundiza en otras situaciones de marginalidad (Anderson, 2000; Ferguson, 2001). A la vez, los marcos estigmáticos que emergen tras esta realidad identifican a los hombres tras el fracaso masculino como productor o protector y, también, por haber sido penalizados por haberse pasado de hombres, siendo ambas fronteras, (1) el no cumplimiento con la función social de la masculinidad y (2) el haberse excedido en ciertas prácticas de hipermasculinidad, los dos ejes que llevarán a los hombres al fracaso identitario y, además, configuran los patrones estigmáticos que alimentan el imaginario de la masculinidad marginal, una masculinidad penalizada por no haber conseguido el éxito como hombre en la sociedad, ya sea por no conseguir el *patriarchal way of life*¹¹⁵ o por ser descubiertos por pasarse de hombres a nivel social. En consecuencia, el ser parado, adicto o delincuente son unos pocos factores que alimentarán el cómo estamos observando a los hombres usuarios tras el patrón de masculinidad marginal, siendo identificados como inestables, violentos y emocionalmente imprevisibles, generándose hacia ellos relatos de prejuicios como que son sujetos sin estudios con problemas de adicciones, delincuencia, ociosidad y vagancia frente a la incapacidad productiva que se

¹¹⁵ Es difícil explicar en pocas palabras las expectativas que deposita el sistema patriarcal sobre los hombres. La analogía de la *patriarchal way of life*, siguiendo la cita *american way of life*, nos puede ayudar a hacer visible de forma sintética lo que espera el patriarcado, en este caso de los hombres. Es decir, que tengan trabajo, sean productivos, autosuficientes, que generen economía y sean triunfadores en el aspecto que decidan de sus vidas.

deriva de su situación de clase, es decir, de partida se les anudará inconscientemente con el imaginario del *mal hombre*, teniendo que demostrar que aquello con lo que se les relaciona estigmáticamente no sigue el imaginario normativo que el patrón detenta.

Este planteamiento dicotomizado entre dos modelos identitarios, el *buen pobre* y el *mal hombre*, configurará formas de relación con la propia identidad, pero también formas de reconocimiento y jerarquización entre los mismos miembros de una misma categoría. Como me relataba un hombre usuario en una conversación:

Yo tengo las ayudas pedidas, pero no cubren todo lo que vale la escuela privada. [...] yo no quiero llevar a mi hijo a la escoleta pública del barrio porque allí está llena de familias... no sé... gitanos, maleantes. Ya sabes. No quiero terminar discutiéndome con padres que no quieren atender a sus hijos (Observación participante, OBP2).

De este modo, el estigma de clase y género se articula simultáneamente siendo el marco simbólico, discursivo y dialéctico preferente para diferenciarse intracategorialmente. La correlación que se establece entre el ser pobre y el ser un buen pobre conecta en lugares distintos a personas que, probablemente, están en un estrato similar dentro de la propia categoría de clase. El *buen pobre* y el buen hombre aparece como el preocupado por su familia, sacrificado por los suyos, honrado y moralmente obediente, mientras el mal pobre y el *mal hombre* se convierte en un delincuente con falta de integridad que no atiende a sus hijos y que utiliza los recursos públicos para su comodidad propia. Este patrón de reconocimiento posibilita identificar siempre a un otro que, con su imagen o imaginario simbólico, nos ayuda a eludir la posición que encarnamos, por muy compleja, marginal o precaria que sea la nuestra. A la vez, aparece una fuerte correlación tras el imaginario de que el mal pobre es el que utiliza los recursos de atención social indiscriminadamente, como si de una persona aprovechada se tratase, reforzándose el imaginario del *mal hombre* tras este perfil, siendo relacionados con una cuestión de engaño, estafa y/o fraude administrativo simplemente por acceder a un derecho de ciudadanía como es la asistencia institucional.

Así pues, volvemos al relato del inicio de esta investigación donde un padre le decía a su hijo regañándole “no te acerques que él no es como nosotros” haciendo referencia a un hombre en situación de sinhogarismo que se encontraba en situación de calle. No estar en el mismo estrato jerárquico también viene acompañado de formas

diferentes de tratarnos y actuar en referencia al otro marginal, siendo lo marginal, no solamente una forma de reconocer al otro, sino también una forma de autorreconocernos y diferenciarnos, y, en consecuencia, de actuar de forma diferente sobre estos sujetos en la relación social, incluso estando dos hombres en estratos próximamente similares.

6.3 Del reconocimiento a la acción: espacios, códigos y subjetividades marginales en los hombres usuarios

Todo hombre posee unos patrones de masculinidad, unas formas de ser hombre, que predominan por encima de otras, llegando a encontrar en el análisis cómo todo hombre es singular a su manera, y, a la vez, cómo estos cambios continuados en las formas de ser hombre también poseen una cierta carga estructural.

La importancia de indagar en cómo los hombres transitan entre los distintos patrones de masculinidad identificados (Connell, 2015) viene dada por cómo los sistemas sociales sobre los que viven los hombres modifican sus formas de actuar, pensar, sentir, incluso, normalizar el riesgo sobre el que viven. Las y los profesionales de la atención social justifican estos cambios diciendo que se trata de “estrategias de supervivencia” (Observación participante, OBP1) donde los usuarios modifican el reconocimiento simbólico identitario que pueden transmitir de forma consciente e inconsciente según el contexto que vayan a habitar o visitar.

Ellos son camaleónicos, viven al día, sacan dinero de dónde menos te lo esperas [economía sumergida]... hay personas a las que se les puede preguntar, ver cómo va la cosa, hacer una entrevista normal. Hay otras que están siempre a la defensiva porque han aprendido a vivir así. Creo que es una de las cosas que más nos cuesta [a las y los profesionales de la atención social], que no se abran [...] Hay una intención cuando se comportan de cierta forma. Cuando vienen a pedir algo su comportamiento es totalmente distinto a cuando vienen a exigirte, por ejemplo, la ayuda económica que no llega. Tontos no son. Entienden perfectamente... eso de las inteligencias múltiples lo llevan muy bien. Yo he vivido alguna situación violenta en el trabajo por esto, por cómo reaccionan cuando las ayudas no llegan. Y dices: con lo amable que parecía [...] Como decía, son supervivientes totales, son supervivientes (Grupo discusión, GD2).

Así pues, en el análisis aparecerá esta variabilidad sobre las formas de actuar, presentarse o escenificar las formas de ser hombre dependiendo del sujeto, el contexto o la intencionalidad por la cual se transita identitariamente entre las distintas máscaras de masculinidad.

El concepto “superviviente” o “supervivencia” aparece en el lenguaje común de las y los profesionales de la atención social, siendo interpretado como un reconocimiento a la dureza de las vidas que les ha tocado vivir, dándose en los usuarios/as estrategias de adaptación para sobrellevar la vida en los contextos de inseguridad que habitan.

Vivir en Cañada Real es como cualquier cosa en esta vida. Tienes que conocer a la gente de allí, saber comportarte... yo no tuve mucho lío allí por muy mala prensa que tenga este sitio (Entrevista, EU9).

P1: Tenemos usuarios con vidas muy difíciles...

P3: Sí, es verdad.

P1: Debe ser duro no poder salir a la calle porque da miedo el barrio.

P2; Incluso hay veces que lo que da miedo lo tienen dentro de casa... la violencia y eso. Todo eso afecta a la hora de relacionarse, conseguir trabajo... todo (Grupo Discusión, GD2).

Sin embargo, ¿a qué responde esta identidad de superviviente?, ¿cómo se están adaptando los hombres usuarios a la complejidad de la vida que se les va presentando? Lo que es evidente es que observar a los hombres usuarios desde un espacio concreto, como son los recursos de protección social, nos permite acercarnos a los hombres tras este tránsito, identificando cómo el espacio y el grupo social de pertenencia entran identitariamente en conexión, incluso en confrontación según la casuística o la situación, advirtiendo cómo se modula el posicionamiento identitario a través de las formas de habitar los espacios.

Tiempo atrás, Erving Goffman (1970) depositó su mirada sobre esta realidad en sus investigaciones, planteando cómo el ser humano se adapta teatralizando el cómo es según el contexto, la situación o el grupo social en el que entra en relación. Otros autores/as como Urie Bronfenbrenner (2002) identificarán estas interacciones como una cuestión de vinculación sistémica, tras la cual los sujetos sienten, actúan y se comportan según las conexiones existentes entre los sistemas que habitan. En este sentido, la conexión o vínculo entre las personas profesionales de los recursos de protección social

y los propios usuarios conecta directamente con lo que Bronfenbrenner identificó como el mesosistema, siendo el mesosistema las conexiones o relaciones que se dan entre los entornos inmediatos del sujeto, donde se dan vínculos de importancia que pueden servir de soporte y apoyo para la supervivencia, y el desarrollo de los sistemas principales del sujeto, ya sea la familia, la pareja o el entorno de afinidad de las personas que viven solas sin conexiones familiares.

Si atendemos a esta idea de situar la mirada en los *sistemas*, debemos entender los mismos como medios de ordenación a nivel contextual y relacional, ya sea como espacio-institución o como grupo social. En este sentido, encontramos cómo cada sistema, simbióticamente a la estructura patriarcal, posee sus propios códigos o reglas atravesadas por el género, apareciendo distinciones entre sistemas, y, con ello, una cierta variabilidad en las formas de actuar de los hombres usuarios. Por ejemplo, un hombre en proceso de vulnerabilidad social será un hombre parcialmente distinto en sus formas de actuar y relacionarse cuando esté en su casa a cuando esté en el trabajo, en el bar o cuando esté siendo atendido en los servicios sociales. Del mismo modo, un hombre en situación de exclusión social severa actuará de forma distinta cuando está en situación de calle, cuando está en el albergue con otros hombres usuarios o cuando está siendo atendido por la trabajadora social del propio recurso. Todas estas situaciones poseen en común cómo un mismo sujeto transita por varios sistemas, modificando su conducta, adaptándose y relacionándose según los *códigos* que se establezcan tras cada uno de los sistemas por los que transita, apareciendo una continua renegociación identitaria que modificará sus formas de actuar y relacionarse como sujeto varón, siendo el género un patrón común de comportamiento.

Para entender la variabilidad situacional que producen estos tránsitos identitarios tras la masculinidad marginal hay que depositar la mirada en el contexto, y con ello, en el marco relacional al que se enfrentan los varones en cada momento. Para ello, para darle a esta realidad un cierto encaje teórico, voy a depositar el relato y darle mayor presencia al concepto *código*, entendiendo el mismo cómo en cada sistema al que nos hemos acercado directa o indirectamente en esta investigación, ya sea en los servicios sociales, en la calle, en el grupo de iguales, en el hogar o en el recurso albergue, existe un “conjunto de reglas informales que rigen el comportamiento público interpersonal [...] reglas [que] prescriben tanto el comportamiento adecuado como la forma adecuada de responder si se le cuestiona [al sujeto]” (Anderson, 2000, p. 30). Es decir, identificamos cómo cada

hombre usuario reponde según los códigos que posee cada contexto al que se enfrentan, siendo esto una constante en la investigación, dado que los hombres renegociarán su identidad, en mayor o menor medida, según estos códigos. Como nos advertía una trabajadora social en una conversación:

Todos no son iguales, pero todos tienen algo en común que no sé decirte qué es... la forma de hablar, de contarte las cosas... (Observación participante, OBP1).

Haciendo referencia a las formas similares que tienen los hombres usuarios a la hora de conectar con las y los profesionales de la atención social, advirtiendo similitudes y diferencias en el ser hombre según el contexto donde vayan a entrar en relación.

La teoría de los códigos no es un planteamiento novedoso en el análisis social. Basil Bernstein probablemente sea el mayor exponente, el cual, ha fundamentado gran parte de sus estudios sobre este concepto teórico. Bernstein advertía que a través de los códigos que se dan en cada contexto podemos explicar “cómo la distribución del poder y los principios de control general, distribuye, reproduce y legitima los principios de dominante y dominado que regulan la comunicación en el interior de los grupos sociales y entre ellos” (Bernstein, 1997, p. 146). Es decir, cómo las reglas informales transformadas en marcos de comunicación, en terminología de Bernstein, servirán para clasificar y contextualizar a los sujetos en referencia al orden social imperante y, con ello, normativizar las formas estratificadas de existir en cada contexto en relación a los marcos hegemónicos predominantes.

En el análisis de la información realizado predominan una serie de códigos que son acogidos por los propios hombres usuarios, advirtiendo distinciones cuando se hace referencia a su día a día, a las relaciones familiares, a las relaciones con amigos u otros hombres, a cuando están en situación de calle o a cuando están siendo atendidos por los distintos recursos de atención social por los que transitan. Sin embargo, uno de los códigos que se nos hace más presente entre los hombres usuarios entrevistados es lo que Elijah Anderson (2000) ha identificado como los *códigos de la calle*, entendiendo los mismos como el conjunto de reglas informales que constituyen las formas de comportarse en espacios donde existe una fuerte inseguridad. Estamos hablando de contextos donde se puede dar una cierta violencia habitual como contextos de alta criminalidad y violencia delictiva. Estos códigos los identificamos de forma más clara cuando los hombres

usuarios habitan espacios donde no hay presencia policial o esta es prácticamente inexistente, lo que obliga a los hombres a desplegar una serie de formas de comportamiento performáticamente rudas y violentas tras la búsqueda de garantizar identitariamente una cierta seguridad y protección. Anderson (2000, p. 30) cuando investiga los *códigos de la calle* advertirá cómo estas reglas informales regulan “el uso de la violencia [para resolver los conflictos en las distintas facetas de la vida] y, por lo tanto, proporcionan una justificación que permite a quienes tienen tendencia a la agresión a precipitar encuentros violentos de manera aprobada”. Esta normalización de la utilización de la violencia como forma de resolver los conflictos será interiorizada y desplegada por los hombres usuarios, siendo entendida la misma como una actuación normal en sus propias vidas.

Si se meten contigo, respondes. Es lo que hay... [silencio] Como te digo... No es por hacerme el machote y tal, sino porque si no, se te comen (Entrevista, EU4).

Allí íbamos muy de machos. A ver quién era el que más bebía, el que más se peleaba... Nos dedicamos a pegarle el palo a los turistas, a hacer dinero de cualquier forma. Era lo que había que hacer y lo hacíamos (Entrevista EU12).

Los hombres usuarios, y los hombres en general, aprenden esta forma de comportarse, la cual será utilizada en algún momento de sus vidas. Como advierte Carol Gilligan (1993) parte de este comportamiento se da por una interpretación equívoca y forzada de lo que los hombres entienden por la *ética de justicia*, unas formas de comportarse basadas en la objetividad, la razón, la autonomía y la individualidad que frente a la inseguridad, darán una mayor tendencia al uso de la violencia para defenderse y resolver sus conflictos.

Sin embargo, el conocer el código les aporta unas formas defensivas de habitar su identidad en situaciones de inseguridad las cuales serán necesarias para operar en las relaciones. Esta capacidad de utilizar el código de la calle es una habilidad que se aprende en el día a día, muchas veces desde bien pequeños, siendo interiorizada como la forma normal de resolver los conflictos y con ellos como una forma normal de comportarse en su propia vida. Ante esto, los patrones patriarcales de virilidad, fortaleza, seguridad, honor o autosuficiencia conectarán con los códigos de la calle llevándoles a un entender como normal el comportarse de esta forma como hombres en ciertos momentos, retroalimentándose mutuamente, reforzando la normatividad en las formas de actuar de los hombres tras los códigos de la calle.

Estos códigos de la calle se hacen más presentes cuando los hombres están más cercanos a entornos o contextos de inseguridad. El culmen de esta realidad lo encontramos cuando los hombres ya están en situación de calle o sinhogarismo, donde encontramos cómo estos códigos se van endureciendo más, acogiendo ciertos patrones hegemónicos patriarcales de masculinidad mucho más marcados, siendo la permanencia en situación de calle lo que les llevará a interiorizarlos y que sean más presentes en su propia identidad como hombres.

Santiago Bachiller (2008) también identificará en su investigación de tesis doctoral sobre sinhogarismo la existencia de los códigos de la calle en los sujetos sobre los que va investigando, haciendo referencia a los códigos que aprenden las personas en situación de sinhogarismo cuando llegan a situación de calle¹¹⁶. Para Bachiller (2008) los *códigos de la calle* son las reglas que rigen la cotidianidad de las formas de habitar la calle por parte de las personas sin hogar tras la finalidad de sobrellevar la situación de exclusión social severa que están viviendo, reglas que en su base entran en tensión con los valores sociales hegemónicos y los códigos de conducta civil como norma general de convivencia. En el caso de las personas en situación de sinhogarismo, el continuado efecto de inserción, expulsión y rechazo social que viven cuando están en situación de calle les lleva a generar estrategias de control sobre el espacio y reciprocidad. Los códigos orientan las formas de habitar y comportarse descartando relaciones idílicas por la situación de rechazo que están viviendo, y, a la vez, genera unas formas de cooperación y desconfianza que entran en constante tensión. De ahí que emerge una fuerte conexión con estrategias identitariamente defensivas fundamentadas sobre lo que se entiende por una masculinidad hegemónica patriarcal violenta, viéndose mucho más presente una pose de rudeza y dureza que genera cierta seguridad y distanciamiento en este tipo de relaciones, buscando pasar inadvertidos y haciéndose invisibles socialmente según momentos. Sin embargo, para Anderson (2000) los *códigos de la calle* escenifican y reglamentan cómo informalmente comportarse en espacios de falta de protección, inseguridad y violencia, no para tomar distancia social y sobrellevar la situación de rechazo, sino para hacerse presente a través de una imagen de peligro, siendo la respuesta violenta la forma de ganar

¹¹⁶ Diferenciar la nomenclatura "*códigos de la calle*" utilizada por Anderson (2000) el cual hace referencia a aquellos espacios cargados de inseguridad, como puede ser un barrio de acción preferente donde existen problemáticas de narcotráfico y delincuencia, frente a la utilización del término "*códigos de la calle*" realizada por Bachiller (2008) el cual hace referencia a las reglas informales que desarrollan las personas sin hogar cuando están en situación de calle. En ambos casos hacen incidencia en que los códigos son las reglas informales que se establecen socialmente para la convivencia.

respeto y seguridad. De esta forma, en su pose más defensiva, volvemos a encontrar, frente a la inseguridad, el reforzamiento del modelo hegemónico patriarcal, llegando a justificar y normalizar ciertos comportamientos que están en la frontera de aceptación social, siendo el uso de la estética, la violencia y la sensación de imprevisibilidad hacia las demás personas unas formas de comportarse para lograr protegerse cuando se percibe un marco de inseguridad personal o identitario.

Me peleaba mucho cuando estaba en la calle. Bebía, tenía peleas, las buscaba... ahora ya no (Entrevista, EU1).

La gente no se acercaba a mí. Olía mal, vestía con la ropa rota, no estaba afeitado, pelo largo... Bebía, bebía mucho y me caía a veces (Entrevista, EU3)

Escondarse o sobreexponerse son formas estratégicas que emergen cuando las personas advierten riesgos disciplinarios que pueden atentar a su identidad y su seguridad como sujetos que viven en una sociedad heteronormativizada (Guasch, 1991). Mientras que en ciertos espacios de inseguridad se requiere una sobreexposición de una identidad performáticamente violenta y/o peligrosa, en la situación de *sinhogarismo* y calle se advierte una estrategia hacia la invisibilidad y el distanciamiento social a través de una performatividad masculina ruda, violenta, peligrosa e imprevisible. Sin embargo, ambos posicionamientos se sustentan tras los patrones de masculinidad que acarrea el reconocimiento del *mal hombre*, apareciendo esta figura como un sustento de seguridad para los propios hombres en ciertos momentos de su vida.

Paradójicamente, el sistema de atención social requiere otro modelo de hombre sobre el que dialogar, emergiendo lo que podríamos entender como los *códigos del buen pobre* como forma de entender aquello que se reclama a los hombres usuarios desde la atención social. De este modo, el último marco de códigos que identificamos son los códigos que apuntan a las formas de comportarse los hombres usuarios dentro de los espacios de atención social, encontrando una fuerte referencia hacia cómo debe comportarse el usuario que acude a los distintos recursos. En este sentido, el perfil o imagen simbólica de reconocimiento del *buen pobre* y los *códigos del buen pobre* conectan entre sí siendo las formas de reconocer al pobre el cómo se generarán las pautas o reglas de actuación informales en los espacios donde el pobre pide ayuda. Así pues, un nuevo marco de codificación emerge como modelo de comportamiento que deben poseer

las y los usuarios, siendo la relación de los hombres usuarios con estos códigos la que mayor presencia hemos advertido a lo largo de la investigación.

La atadura a un contexto institucional que aportará apoyos de diversa índole produce que los hombres usuarios lleguen a actuar según el modelo de hombre que se espera que encarnen. Esta realidad implica enfrentarse a transgredir ciertos códigos sobre los que identitariamente se ha establecido el ser hombre a nivel personal e identitario. Si bien es cierto que la cuestión de clase social baja, marginalidad y/o pobreza genera un estado de desesperanza e inseguridad en las personas que no se adaptan al sistema económico presente, esta misma realidad producirá un mayor acercamiento por parte de estas personas a la picaresca asistencial a través de ayudas sociales, los trabajos de economía sumergida, el tráfico de drogas o el crimen como forma de relevo (Anderson, 2000). Sin embargo, esta realidad quedará atravesada por los códigos que envuelven a los perfiles del *buen pobre* y el *mal hombre*, desde donde los hombres usuarios se significarán según el contexto inmediato donde van a entrar en relación. Tal es así que cuando advertimos que los hombres usuarios han desarrollado gran parte de sus vidas en contextos delincuenciales, estos poseen unas formas de ser hombre mucho más marcadas y cercanas a lo que podíamos entender como el *mal hombre*, reforzando su marca de importancia desde aquellos valores que refuerzan los *códigos de la calle*, encontrando unas formas identitarias que les dan seguridad y que han adquirido dentro de aquello que entienden por normal en sus vidas.

[taller masculinidades recurso atención social]

J: Cuando tenemos un problema con otro hombre y no lo podemos solucionar, ¿cómo lo resolvemos los hombres?

P1: Pues depende...

P2: Yo creo que poniendo en su sitio a ese tío. Yo no voy a negar que a más de uno le he dicho “te voy a pegar una ostia” (Observación participante, OBP3).

Esta normalización hace que sus formas de relacionarse, a pesar de adaptar su forma de ser hombre en otros contextos, puedan prevalecer muchos preceptos que estos códigos fundamentan, siendo reproducidas habitual e inconscientemente estas máscaras de masculinidad en sus relaciones más cotidianas.

En este sentido, encontramos cómo los hombres usuarios utilizan a veces cierta pose de los *códigos de la calle* en contextos donde se espera que acojan un perfil del *buen pobre*, generándose disonancias en voz de las profesionales. Esto se da porque cuando menor adaptación a los códigos dentro de un sistema, por ejemplo, dentro de los servicios sociales, mayor grado de inadaptación se percibe, siendo esto una constante en el análisis dentro de los recursos de protección social. Ante esta realidad cabe advertir que uno de los trabajos más duros que existen en atención social es identificar estos códigos de comportamientos, problematizarlos y modificarlos para que estos no sean un problema en la vida de las personas usuarias a las que se atiende. Sin embargo, en muchas ocasiones están estos códigos tan arraigados identitariamente que se encuentran grandes resistencias a la hora de abandonar estas formas de funcionar, en tanto que las mismas aportan seguridad, tanto personal como identitariamente, al sujeto que las encarna.

6.4 El riesgo como tendencia hacia lo hegemónico

Como hemos venido viendo, en el análisis realizado descubrimos una constante correlación entre inseguridad o riesgo y el posicionamiento identitario de los hombres tras patrones marcadamente hegemónicos, reparando en la existencia de una cierta tendencia conservadora cuando más nos acercamos a aquellas situaciones de vida que podríamos acotar como de clase social baja. Sobre estas tendencias hacia el conservadurismo, William H. Whyte, a finales de los años cincuenta, analizó en su obra *The organization man* las transformaciones que se daban en la migración urbana de la clase media estadounidense hacia los suburbios de las grandes ciudades, advirtiendo que:

Cuando los recién llegados de la clase media ingresan a los suburbios, deben descartar viejos valores, y su sensibilidad hacia la organización masculina es casi demostrable estadísticamente. Las cifras muestran con bastante claridad que la gente de los grandes distritos demócratas urbanos tiende a volverse republicana y, en todo caso, más conservadora que aquellos cuyas perspectivas adoptan inconscientemente (Whyte, 2002, p. 300).

Si depositamos la mirada en los hombres usuarios que venimos analizando, esta dinámica nos enfrenta a preguntarnos sobre qué factores de género están incidiendo para que, como advierte Whyte, estadísticamente haya una tendencia hacia lo hegemónico tradicional en

las realidades subalternas o más subordinadas a razón de clase. Es decir, porque las personas con menor capital (cultural, económico, social...) tienden al conservadurismo y al orden tradicional, y con ello, al machismo y al sexismo más estructural.

Esta narrativa sobre el conservadurismo está presente en el análisis de la información tras el relato de muchas voces, donde se describe a las familias en situación de vulnerabilidad y/o exclusión social tras un orden familiar heteronormativo, tradicional y/o patriarcal.

Yo creo que no existen tantas familias diversas que vengan a los Servicios Sociales, alguna habrá. Lo que más tenemos en los Servicios Sociales donde yo trabajo son familias de padre y madre, o como mucho familias extensas, donde solo vienen ellas [...] madres solas también y algún hombre, que yo tenga en mente ahora mismo (Observación participante, OBP1).

...cuando llego a la cafetería están hablando sobre una mujer en situación de monomarentalidad, a lo que yo pregunto:

J: ¿Y esta mujer no tiene pareja, novio o novia?

PR: Nuestras usuarias no son tan modernas como para tener novia (Observación participante, OBP1).

Además, si centramos la mirada en los hombres usuarios, lo que encontramos tras el relato social es un reconocimiento correlacional fundamentado en la creencia o la hipótesis estigmática tras la cual los hombres usuarios, tanto en proceso de vulnerabilidad social como en situación de exclusión social, siguen patrones más marcadamente patriarcales o machistas que otros hombres ubicados en otras realidades de clase (Gutmann, 1994; Rotondi, 2000).

P1: Cuando más pobre más machista.

J: ¿Eso no es un poco clasista? [pregunto en broma]

P1: Tú no ves cómo llegan las mujeres al centro de protección (Observación participante, OBP1).

[conversación en la cafetería sobre quiénes tienen más implicación en los niños y niñas de un centro de menores] Esos son todos unos machistas. Ellas a cuidar y ellos a vivir la vida (Observación participante, OBP2).

[conversación con profesional de la atención social] Claro que son machistas, como todos. Lo que pasa es que el machismo se vuelve un refugio como hombres ya que van fracasando con todo lo demás (Observación participante, OBP1).

De este modo, en la voz de muchas de las personas profesionales el machismo y la pobreza quedan conectados como si de un sinónimo se tratase, como si fuese una correlación obvia. Sin embargo, ¿siguen todos los hombres usuarios de la misma forma una identidad masculina marcadamente hegemónica y patriarcal?, y más importante, si la construcción del género es estructural y relacional, ¿qué papel está teniendo su situación como clase no acomodada ante sus formas de expresión masculina?

Para empezar a dar respuesta a estas preguntas cabe advertir que situarnos al final del relato de esta tesis doctoral en el análisis del orden social implica sumergimos en las paradojas de la normatividad que se pueden dar en el seno de las familias de los hombres entrevistados. De este modo, lo primero que hay que anotar es que, como hemos visto en el inicio de este capítulo, en la vida de los hombres usuarios encontramos una amplia diversidad de prácticas y formas identitarias de funcionar que van pivotando entre lo que podríamos identificar como un modelo más clásico o patriarcal y ciertas prácticas más disidentes que van modificando y/o readaptando dicho modelo. Si bien es cierto que el patrón común que se viene repitiendo en los hombres es una posición clásica en la división sexual del trabajo, es decir, que los hombres trabajen, estén en búsqueda de trabajo o estén vinculados al mundo del trabajo, cuando se reflexiona sobre las posibilidades de organizarse a nivel de conciliación familiar de otras formas que se salen de dicho orden, emergen varias formas de enfocar esta cuestión, apareciendo planteamientos organizativos que rompen la normatividad tradicional, pero que, sin embargo, no son expuestos o concebidos como algo transgresor, dado que son justificados tras causas de excepcionalidad, no poniendo en cuestión el modelo clásico patriarcal ni el orden familiar.

Hablar de tendencia hacia lo hegemónico implica divisar formas de entender la vida que articulan resistencias. En este sentido, hay hombres usuarios que niegan la posibilidad real de poder conciliar de forma corresponsable cuando esto se les plantea, siendo el orden social familiar un punto de partida desde donde observar inicialmente cómo se conforma esta tendencia hacia lo hegemónico. La negación que se explicita como imposibilidad de cambio hacia un modelo distinto a nivel familiar se articula desde tres

marcos discursivos: (1) el rechazo directo a adquirir un rol femenino, (2) el recelo o la duda de la efectividad de dicho cambio y (3) el sentimiento de imposibilidad para conciliar, es decir, para poner en práctica dicho cambio. En los hombres usuarios la negación viene más bien dada por esta última, por un sentimiento de imposibilidad, aunque algo de las dos cuestiones anteriores también se imbrican en su relato. De esta manera, esta negación por parte de los hombres usuarios es justificada de muy diversas formas, sin embargo, cabe advertir que los relatos identificados evidencian un discurso velado desde la duda y lo políticamente correcto, habiendo pocos registros de hombres asentados en la negación total a realizar prácticas corresponsables dentro del seno familiar.

El contenido de estos discursos es un relato que se asienta, algunas veces, como una forma de justificar o eludir un sentimiento de culpa o responsabilidad no llevada a cabo, siendo sostenido desde los marcos de normatividad que aporta la posición privilegiada como hombres. El posicionamiento - no se puede o no es posible – no suele ser esgrimido directamente, sin embargo, sí que emerge un relato de imposibilidad, duda, cuestionamiento o irrealidad cuando se plantean posibilidades de conciliación y otras formas de ser hombre que se salen de la norma hegemónica.

[taller de masculinidades en un recurso de atención social] En mi caso no es posible. No me voy a dejar yo de trabajar para que ella se ponga a buscar trabajo (Observación participante, OBP3).

Si bien es cierto que existen dificultades a la hora de plantear formas de conciliación cuando las familias atraviesan ciertos procesos de vulnerabilidad social, este relato emerge también en algunos hombres con una realidad más acomodada, no siendo este relato exclusivo de la realidad de clase que les envuelve.

Sin embargo, volviendo a los hombres usuarios, otra cuestión que aparece en el relato de la negación al cambio es cómo los tiempos de los hombres para desarrollar ciertos planteamientos no hegemónicos, por ejemplo, de conciliación y corresponsabilidad, tropiezan con la coyuntura temporal que envuelve al mundo del trabajo. En este sentido, en muchas de las narraciones analizadas el rol productivo es el que no permite desarrollar el rol reproductivo e impide dedicarse a otras funciones no adscritas al propio rol, las vean como propias o no.

Alguien se tiene que quedar en casa con los niños.... Entonces yo no puedo estar ahí. A veces sí, pero no siempre el trabajo lo permite. Entonces... se está encargando ella (Entrevista, EU17).

En las entrevistas, como es lógico, los tiempos de trabajo conectan con las dificultades económicas de las personas usuarias, llegando incluso algunos entrevistados, tanto profesionales como los hombres usuarios, a exponer que la igualdad es cosa de familias adineradas o acomodadas, es decir, una cuestión de clase social, en tanto que valoran que las familias que tienen un reparto más equitativo del mundo laboral es porque delegan muchas de las tareas domésticas y de cuidados con el mercado o porque poseen una red de apoyo más consolidada y requieren trabajar muchas menos horas para adquirir un capital económico suficiente que la de los propios usuarios, apareciendo de nuevo el sentimiento de imposibilidad y, con ello, el discurso de la imposibilidad de delegar ciertas tareas familiares a otros espacios, ya sea el trabajo doméstico, los cuidados o la crianza por la falta de apoyos sociales o recursos económicos, y ya no digamos la reducción en la presencia de los hombres en el mundo del trabajo.

[hablando sobre quién los cuidaba de pequeños] Si tú vienes de buena familia puedes hacer cualquier cosa... Mis abuelos no tenían dinero para que venga alguien o nos llevaran a algún sitio a pasar las horas o no sé qué... (Entrevista, EU5).

Si tú tienes pasta para pagar a alguien que se haga cargo de tus hijos, pues tú vas a tener libertad para hacer otras cosas. Si decides poner medios para no tenerlos tanto tiempo, porque has estudiado, te has emancipado más tarde... es normal. La pobreza, por desgracia, genera unas inercias que es muy difícil salir de la pobreza (Entrevista clave, EP2).

De este modo, el cambio personal o familiar, el asumir los cuidados y el trabajo doméstico por parte de los hombres aparece como una carga que es sentida como imposible de acoger, no tanto por una negación personal, que algo de esto hay, sino, sobre todo por el marco de esclavitud laboral que apresa a las familias para conseguir un mínimo sueldo digno a través de precarizar muchas de sus horas y dedicación que deberían de dar al espacio reproductivo. Los propios usuarios exponen continuamente la preocupación, la inseguridad y el sentimiento de temor que les producen las carencias económicas y la falta de soportes en sus vidas, apareciendo tras esta realidad un relato que conecta de nuevo con el riesgo, el riesgo a no ganar lo suficiente, a quedarse sin trabajo, el riesgo a

los contratiempos económicos, el riesgo a los impagos..., siendo la situación de inseguridad que están viviendo un factor atenuante que, de nuevo, alimentará la tendencia a abrazar lo que ya se tiene y más se conoce, llevándoles inconsciente hacia la inercia, y en un mundo patriarcal, hacia la inercia hegemónica, y con ello, hacia posicionamientos de vida más conservadores, en tanto que las experiencias de cambio no aportan seguridad.

De este modo, posicionarnos en el riesgo no es baladí, en tanto que en esta investigación de tesis doctoral el concepto riesgo se convierte en un elemento central en las vivencias de los hombres usuarios, siendo una cuestión coyuntural a la posición marginal, fronteriza o periférica que poseen los hombres como objeto de estudio. Hablar del riesgo o de la sociología del riesgo (Bauman, 2007; Beck, 2013; Castel, 2015; Douglas, 1996; Giddens, 2000; Luhmann, 2006) implica reflexionar sobre cómo el ser humano vive constantemente en contacto con la incertidumbre, y, con ello, con las formas de relacionarse con la inseguridad y la inestabilidad a muy diversos niveles.

Parece obvio que tener la capacidad para asumir riesgos está atado al capital económico, material, social... que posea la persona, dado que quién arriesga es porque posee un marco de seguridad que le aporta emocionalmente una sensación para experimentar en la vida a otros niveles que quien no lo tiene. Cuando no se posee un estado de seguridad suficiente para actuar la tendencia que aparece en el relato es la adquisición de patrones hegemónicos a muchos niveles, no solamente en las formas de organizarse a nivel familiar, sino también a nivel individual, negando o cuestionando las posibilidades de cambio o la adquisición identitaria desde otros lugares, siendo la identificación inconsciente con la inercia patriarcal lo que es relatado como un lugar normativo que les aporta seguridad.

Los hombres, en tanto hombres a nivel individual, ante el riesgo también articularán estrategias identitarias tras la búsqueda de seguridad. Como anota Peggy McIntosh (1997, 2004) el seguir una inercia que no cuestione las fronteras hegemónicas adscritas a las distintas categorías sociales genera unas ventajas inconscientes a la hora de relacionarse con el mundo. Como dice la autora, esto metafóricamente aporta a los hombres “una mochila invisible e ingrátida llena de provisiones especiales, mapas, pasaportes, folletos de códigos, visas, ropa, implementos, y cheques en blanco” (McIntosh, 2004, p. 188). Es decir, aporta un marco de reconocimiento que favorecerá la vida cuando se cumpla con el rol de género masculino siendo hombre. De algún modo, los hombres entrevistados

identifican de algún modo esta cuestión, advirtiéndole la seguridad y las facilidades que se pueden dar si cumplen con el rol esperado, ya que, esta realidad ofrece mayores probabilidades de conseguir empleo, una remuneración más digna o una mayor estabilidad laboral para ellos que para sus parejas, no apostando por experimentar otras formas de funcionar si no viene dado por la coyuntura, por necesidad o por el azar.

[taller masculinidades en recurso de atención social] Los que tienen más posibilidad de trabajar somos nosotros, cuando no es la obra es el campo y cuando no cualquier otra cosa (Observación participante, OBP3).

El dinero que puedo ganar yo es más que lo que puede ganar ella (Entrevista, EU3).

Mi mujer estuvo trabajando durante este tiempo. No lo teníamos pensado, pero se lo ofrecieron, le ofrecieron limpiar casas, y claro... era poco y no de seguido, pero como dicen acá, en esa época no estábamos para tirar cohetes (Entrevista, EU17).

En una conversación con un usuario tras su entrevista, hablando sobre esto, me expuso una cuestión que tal vez da en el centro de muchas cuestiones: “los trabajos que yo puedo realizar son más estables que los de cualquier mujer en la misma situación [sin estudios]” (Entrevista, EU12). Si bien es cierto que el hombre indirectamente otorgaba un mayor prestigio a los trabajos masculinos para, de este modo, justificar su negación a modificar su rol, también pone en el centro un *pragmatismo patriarcal* donde identifica que seguir el orden patriarcal en una sociedad patriarcalizada aporta unas lógicas de beneficio y seguridad. De esta forma, ilumina de forma consciente que, en el rango de empleos de baja cualificación, primero, los empleos masculinos se sostienen tras unas diferencias de género muy marcadas siendo el cuerpo masculino el que mayor reconocimiento posee tras este ámbito del trabajo, y segundo, estos empleos generan lugares de trabajo de mayor estabilidad, formalidad en contratación y, posiblemente, remuneración que el de las mujeres (Plá et al., 2004), evidenciando cómo los hombres de clase baja esto lo identifican rápidamente, no viendo pragmático en el arriesgar a que sean ellas las que busquen empleo y lleven el sustento económico principal al hogar, por la falta de seguridad y reconocimiento que poseen los empleos feminizados, mayormente vinculados al mundo del cuidado (Federici, 2013).

De este modo, el binomio riesgo-seguridad aparece de nuevo situando en el centro el no querer aventurar en sus vidas otras formas de existencia, en tanto que experimentar otras formas de orden familiar o otros roles implica, según el relato analizado, un mayor riesgo ante unas desventajas localizadas que no se quieren asumir, sobre todo cuando hay hijos/as de por medio, situando al rol masculino como una realidad pragmática que ofrece mayores posibilidades de estabilidad. En este sentido, la posición privilegiada masculina será considerada tras las ventajas no ganadas y los dividendos los patriarcales que aporta (McIntosh, 1997, 2004), pudiendo ayudar a los hombres en los marcos de empleabilidad, una realidad de la que se puede favorecer indirectamente el propio núcleo familiar. De esta forma, como advierte Elsa S. Guevara,

mientras algunos agentes comprometen su acción en prácticas sociales orientadas a preservar sus posiciones de poder y privilegio, otros pueden utilizar esas posiciones para modificar las relaciones sociales en las que se encuentran insertos (Guevara, 2008, pp. 89-90).

Es decir, en este caso el privilegio masculino es utilizado por los hombres usuarios, aunque sea de forma inconsciente, como estrategia para generar mayores posibilidades de empleabilidad, estabilidad y remuneración económica en los trabajos de menor capacitación, y con ello, la búsqueda de una mayor seguridad ante la situación que están viviendo, produciendo un inmovilismo de la estructura patriarcal.

En segundo lugar, una vez analizada la tendencia hacia lo hegemónico desde el orden familiar y el rol de género masculino de proveeduría, no debemos perder de vista como a nivel individual, los hombres que sobreviven en ciertos contextos delincuenciales, de violencia y riesgo acogen en su seno identitario patrones que podríamos reconocer tras una masculinidad hegemónica patriarcal. Ejemplo de esto es la investigación realizada por el antropólogo Elijah Anderson (2000) sobre “los códigos de la calle”, el trabajo de la autora Ann Arnett Ferguson (2001) sobre los jóvenes negros en el ámbito educativo de barrios empobrecidos o la investigación realizada por Taylor et. al. (2016) sobre el uso de la violencia y la no-violencia por parte de los hombres en las favelas de Rio de Janeiro, donde se evidencia la utilización de unas poses o formas de ser hombre fuertemente marcadas por patrones hegemónicos de masculinidad. Una *performance* que es utilizada tras la búsqueda de reconocimiento y poder, pero también, tras la búsqueda de seguridad cuando el riesgo apremia.

El poseer o abanderar unas formas de ser hombre basadas en los patrones hegemónicos de masculinidad conecta, como hemos visto en el capítulo anterior, con unas formas de entender y utilizar los códigos de la calle y los códigos de hipermasculinidad, empujando una pose identitaria ruda, dura o violenta en los hombres usuarios que se encuentran en los recursos de protección. Es obvio pensar que, en nuestro caso, el contexto en el que viven y la situación de vulnerabilidad a la que están expuestos produce una sensación de inseguridad, y también, una relativa sensación de imposibilidad de cambio ante la situación violenta y de fracaso que se les presenta. Las oportunidades laborales limitadas, las carencias habitacionales, la precariedad económica y el factor estigmático de discriminación que padecen cuando son reconocidos como hombres usuarios alimentan las formas de sentir su función como hombres como hombres fracasados, descartando o viéndose reducido el marco de importancia que poseen tras su realidad familiar y su función proveedora. La necesidad funcional de acercarse a entornos no regulados o ilegales para sobrevivir hace que sea común que posean trabajos de economía sumergida, narcotráfico u otros temas delincuenciales que sustituyen al fracaso laboral presente (Anderson, 2000; Du Bois, 2014), siendo común en sus formas de pensar la naturalización de dichos trabajos y formas de funcionar, convirtiéndose en habitual para ellos el estar en constante relación en contextos que requieren de dicha pose o imagen para sobrevivir. De esta forma, la hipermasculinidad o los patrones de masculinidad hegemónica patriarcal, como ya nos advierten tanto Blanco, Cordero y Valcuende (2019) como Marqués (1997), se convierten en un refugio o sostén identitario cuando todo lo demás falla, asentándose desde una doble función: (1) como sistema de protección y reducción de daño a nivel personal; y (2) como forma de sentirse hombre a pesar de haber fracasado en ciertos ámbitos de la identidad masculinidad.

Ante esta realidad, el *habitus* (Bourdieu, 1997) y la reiteración en las formas de funcionar (Berger y Luckmann, 1968) en estos contextos y experiencias de vida generarán a un aprendizaje normativo sobre cuáles son las formas corrientes de actuar, sentir y pensar en el entorno social. Es decir, los factores estructurales y culturales que envuelven a estos sistemas sociales, ya sea en los contextos de oportunidades económicas limitadas, en los contextos delincuenciales, en los contextos de pobreza o marginalidad o en la situación de calle, configurará unas formas normativas de funcionar que distanciarán a las personas de ciertas normas sociales, llegando a desarrollar un rechazo de los valores sociales dominantes de las clases acomodadas, acogiendo con más fuerza todavía en sus

formas de funcionar los *códigos de la calle* (Anderson, 2000). En este sentido, la pose de hombre duro, fuerte y violento se vuelve una marca normativa entre los hombres, articulándose un ideal de hipermasculinidad que se refuerza ante los sentimientos de indefensión aprendida (Fernández-D'Andrea et al., 2016; Seligman, 1991), ante los sentimientos de inseguridad y riesgo que emanan de un contexto donde se generan otras formas de entender los códigos de funcionamiento social.

Si centramos la mirada en los hombres y en cómo se construye la tendencia hacia lo hegemónico, la utilización de la agresividad y la violencia como herramientas para demostrar fortaleza y adquirir reconocimiento y respeto se sitúa como normal en las formas de proceder. De este modo, el pasarse de hombre como forma de demostración de la virilidad aparece tras ciertos códigos sociales y patriarcales como formas honorables y normativas de actuar, llegándose a justificar tales prácticas.

Yo llegué aquí después de varias peleas en la calle... El beber y eso... Y claro, cuando estas en la calle y se meten contigo pues respondes... es normal... (silencio) Es así, ¿no? (Entrevista, EU1).

En este sentido, si profundizamos en los procesos de subjetividad de los hombres que transitan por los recursos de protección social, divisamos cómo, no solamente no hay un repudio de aquella masculinidad hegemónica que les rechaza como hombres al considerarlos fracasados, sino que, además, vemos cómo muchos de estos hombres se acercan a esta masculinidad patriarcal en búsqueda de sentido y seguridad en sus vidas. Por consiguiente, es importante advertir que la percepción del riesgo y la normalización del riesgo adquiere un papel de importancia en esta cuestión, en tanto que el acercarse a los marcos hegemónicos aporta una mayor seguridad sentida en las personas que detentan situaciones y/o posiciones de subordinación o dominación social, así como en aquellas personas que necesiten encarnar una imagen que evite el daño personal y les prestigie en contextos de mayor peligrosidad.

Hablar de tendencia implica, en cierto modo, identificar hacia donde se dirige el orden social, advirtiendo en la repetición de ciertos patrones un reflejo de la sociedad en la que vivimos. De este modo, en este análisis realizado, el riesgo aparece como factor coyuntural a la vida de las personas, convirtiéndose en un factor central que inclina a las personas hacia una disposición concreta. Así pues, tanto la tendencia hacia un orden social

y familiar hegemoníicamente patriarcal como el uso habitual de prácticas tras los códigos de la calle poseen como factor común en relación con el riesgo, apareciendo, a mayor contexto de inseguridad, mayor tendencia a un orden hegemónico y unas prácticas de virilidad que sirven de sostén identitario tras la finalidad de encarnar una pose trasmisora de seguridad.

Esta tendencia se hace visible gracias a tener dos puntos de luz distintos en esta investigación que iluminan el riesgo, siendo los hombres usuarios de los Servicios Sociales de Atención Primaria y los hombres en situación de sinhogarismo dos puntos de referencia de algún modo antagónicos ante la atención social, por la situación de vulnerabilidad y exclusión social que representan consecutivamente. La comparación entre estos dos ejes hace visible esta tendencia, encontrando en los hombres usuarios en situación de exclusión social severa poseen una mayor incidencia o encarnación de patrones que responden a una masculinidad hegemónica y a un imaginario simbólico tras un orden social patriarcal. Además, si depositamos la mirada solamente en los distintos grados de integración social que encontramos entre los hombres en situación de vulnerabilidad, sigue estando presente esta tendencia, encontrando mayor presencia de patrones de masculinidad hegemónica y un orden social y familiar patriarcal en aquellos hombres usuarios que se encuentran en situación más precaria e insegura, advirtiendo desde el análisis cualitativo una cierta correlación en la que sería interesante seguir profundizando, dado que esto da de frente en la necesidad de articular políticas públicas que aporten seguridad a la vida de las personas, en tanto que, si no es así, difícilmente conseguiremos una igualdad real a todos los niveles.

SÍNTESIS: Cómo transitan los hombres usuarios por los recursos de protección social

Poner encima de la mesa la afirmación de que a mayor riesgo, mayor tendencia hacia lo hegemónico implica depositar la mirada tanto en lo identitario como en el orden social desde una mirada puesta en las dificultades que aporta el poseer una clase social desacomodada. Dicho de otra forma, el riesgo como factor coyuntural que nos envuelve a todas y a todos los seres humanos obstaculiza en mayor medida a aquellas vidas con menor capacidad de respuesta y, con ello, a aquellas vidas en una peor situación de

precariedad, dándose en estas una reproducción social de patrones fuertemente correlacionados con aquello que marca el sistema patriarcal.

Esta tendencia hacia lo hegemónico se sustenta en la seguridad que aporta el encarnar ciertas posiciones hegemónicas, la reproducción de las cuales aleja a los sujetos de la acumulación de diferentes experiencias de discriminación en un mismo individuo. Sin embargo, esta realidad no es percibida de esta forma por los sujetos, sino que la lectura que trasciende a esta realidad es que el seguir la norma como una cuestión conocida, habitual o cotidiana genera personal y emocionalmente la sensación de lo correcto, y, con ello, la tranquilidad de estar dentro de un marco de normalidad, es más, habitar aquello normativo genera el invisible privilegio de no ser cuestionado por el modelo de vida que se reproduzca, reduciéndose los marcos de subordinación a los que pueden estar expuestos. En los hombres usuarios los marcos normativos que les acompañan a nivel identitario son los roles y funciones que les acompañan en cuanto al género. La función productiva conecta con roles de género como el hombre trabajador, el hombre cabeza de familia o el hombre alejado del trabajo reproductivo, dándose procesos acomodativos en la vida de los hombres usuarios que justificarán, a través de la carencia de tiempos y de rédito material o económico familiar, la imposibilidad de encargarse de tales funciones, delegando una vez más en la mujer trabajos tales como el trabajo doméstico, los cuidados o la crianza, volviéndose a refundar una vez más un orden social patriarcal basado en la división sexual del trabajo.

Sin embargo, si por un lado el riesgo por carencias económicas, materiales o de soportes sociales y familiares produce una tendencia hegemónica a nivel de orden social, por otro lado, el riesgo a ser dañado, el riesgo de recibir violencia constante, sea simbólica, física o psicológica por parte del entorno produce de nuevo un repliegue identitario que buscará una pose de seguridad que no sea cuestionada. La imagen del poder en la sociedad patriarcal es la imagen de un hombre capaz de usar la fuerza y la violencia sin ser cuestionado por ello para su beneficio y reconocimiento. En este sentido, los hombres que viven en barrios donde existe violencia y/o delincuencia o los hombres que para sobrevivir se acercan a contextos poco legales para generar economía propia, ya sea el narcotráfico, el estraperlo o la delincuencia, acogen en su seno identitario gran parte de los códigos de la calle, siendo estos códigos reglas informales que marcan el cómo comportarse en dichos contextos sociales regulando el uso de la violencia como medio de ganar respeto y apoyos. Esta forma de aceptar en el seno identitario de los hombres el uso

de la violencia trasciende a muchos hombres en mayor o menor medida, sin embargo, se hace más presente cuando se convive en el riesgo de forma constante, adquiriendo tales códigos en las formas habituales de la vida.

Ante esta realidad se construyen dos marcos de reconocimiento que emergerán en el análisis de los hombres usuarios - el buen pobre y el mal hombre – siendo ambos imaginarios simbólicos de masculinidad dos modelos a través de los cuales los hombres, por una parte, serán juzgados externamente, y, por otra parte, renegociarán su identidad modificando situacionalmente su forma de ser hombre cuando transitan por los recursos de atención social. De esta forma, los recursos de protección social se rigen por una cierta mirada simbólica hacia el pobre, configurándose el imaginario del buen pobre o el pobre digno, el cual simboliza cómo tiene que ser una persona de clase baja cuando se subordina para pedir ayuda. Tras la imagen del buen pobre se espera a una persona no violenta, con escucha activa, agradecida y que hace todo lo posible por revertir la situación de pobreza en la que se encuentra, sacrificando incluso los lujos en sus propias vidas. Sin embargo, esta realidad tropieza de frente con los códigos de la calle que muchos de los hombres usuarios llevan insertos en su seno identitario, entrando en disputa la representación de estos dos modelos cuando los hombres se acercan a pedir ayuda a los recursos de protección social, tanto a la hora de juzgarlos como a la hora de modular su carácter identitario.

De este modo, encontramos cómo los hombres usuarios, a pesar de existir una fuerte tendencia hacia la seguridad que aportan los patrones hegemónicos, transitan por los recursos de protección social tras una pugna identitaria constante, encontrando o apareciendo unas masculinidades híbridas como modelo adaptativo desde donde modular las formas de ser hombre en los distintos contextos por los que transitan: recursos de protección social, trabajo, grupo de iguales, familia... Estas adaptaciones identitarias convierten al modelo de masculinidad marginal, el cual posee una fuerte tendencia hegemónica por los riesgos que le acompañan, en una masculinidad adaptativa que busca conseguir un mayor reconocimiento, en nuestro caso institucional a ojos de las personas profesionales. De esta forma, los hombres usuarios más que mostrar unas masculinidades híbridas transgresoras representan unas masculinidades híbridas acomodativas, las cuales se adaptan a la realidad presente para sobrellevar las distintas situaciones de precariedad y violencia en las que se ven envueltos, no cuestionando la estructura patriarcal que los penaliza ni el orden de género que la conforma.

PARTE IV

CONCLUSIONES

A MODO DE CONCLUSIONES

En una tesis doctoral las conclusiones nunca deben ser el final, nunca deben concluir, sino más bien todo lo contrario; obviamente deben reflexionar sobre los resultados, responder a los objetivos, recapacitar sobre las limitaciones de la investigación realizada, pero, sobre todo, orientar hacia qué hilos podemos seguir tirando tras la madeja de conocimientos que se han construido.

Así pues, en esta investigación de tesis doctoral he intentado acercarme a la realidad de unos hombres que poseen una fuerte carga simbólica, la cual, conectada con la situación de vulnerabilidad y exclusión social que están viviendo y la necesidad de apoyo institucional, alimenta su identificación como hombres fracasados, configurándose alrededor de estos hombres una serie de dinámicas diferenciales que configuran por oposición la representación del sujeto hombre hegemónico mal definido como universal.

El primer descubrimiento con el que tropiezo cuando arranco la investigación es la dificultad para encontrar trabajos científicos realizados en perspectiva de género sobre hombres y clase social baja, y mucho menos, sobre masculinidad en los hombres usuarios de la atención social. Esto nos puede llevar a pensar críticamente o problematizar que los estudios de masculinidades poseen una fuerte carga auto-referencial y hegemónica, es decir, la posición dialéctica que presentan muchos de los estudios de masculinidades parten de la autopercepción de los propios hombres, no mirando al otro/a relacional que nos conforma, apareciendo además tras los hombres de clase baja, y con ello, tras los hombres usuarios, un distanciamiento estigmático que los prejuzga como hombres fracasados y los desconecta de las teorías y propuestas prácticas tras los estudios de género y los estudios de masculinidad. Esta cuestión produce que este sea un campo de estudio muy poco trabajado científicamente desde sus particularidades de género, existiendo muy pocos autores y autoras que se han acercado a esta realidad, haciéndose esto mucho más patente en el territorio español.

De este modo, en estas conclusiones me voy a tomar la diligencia de citar a un autor, a pesar de no ser lo protocolariamente correcto en este apartado final, en tanto que, sorprendentemente, por la poca publicación y repercusión que hay de su trabajo y de este tipo de trabajos, este cae en mis manos justamente durante la redacción de estas

conclusiones. Timothy Nonn (1995, 1996), del mismo modo que lo planteo yo mismo en este trabajo de tesis doctoral, aboga por advertir en su investigación - *The Reproduction of Failure: moral agency and masculinity among poor men* - que ser hombre en la sociedad patriarcal no es únicamente no ser como las mujeres, no ser como los niños y no ser como los homosexuales, tal cual lo identifica Elisabeth Badinter, sino también es no ser como los pobres fracasados, conectando la dimensión de clase en el análisis de las masculinidades desde la perspectiva de género. Probablemente sea el primero que identifica la frontera identitaria de hombre fracasado en perspectiva de género de forma clara, pudiendo conectar esta realidad en cómo los hombres acomodados, y no acomodados, articulamos en contraposición y tras el reconocimiento de estos hombres una expectativa de vida que se anuda con la búsqueda constante de la marca de importancia y el éxito social, es decir, ser hombre es no ser como los hombres pobres. Nonn reflexiona sobre esta cuestión planteando una investigación similar a esta tesis doctoral, pero con objetivos distintos, en tanto que él aboga a inicios de los años noventa por analizar por qué la atención social caritativista estadounidense, en un barrio marginal de San Francisco, no modifica la realidad de los hombres atendidos. Este autor llega a problematizar cómo la institución sostiene a los pobres por interés estructural, y, tras este precepto, estudia cómo los hombres, ante las dificultades para cambiar su situación, articulan estrategias de supervivencia que los acerca a planteamientos hegemónicos de masculinidad. Una conclusión que es expuesta de igual forma que en los resultados de este trabajo de tesis doctoral.

En nuestro caso, el objetivo no ha sido centramos en la crítica al contexto institucional de la atención social, aunque algo de ello exista en el relato de la tesis doctoral, sino en indagar en los procesos de subjetividad y las prácticas de los hombres usuarios tras la intención de identificar qué teclas o cuestiones deberíamos tocar a nivel profesional para transformar el fuerte anclaje que poseen los hombres usuarios con la máscara masculina hegemónica patriarcal. No trabajar con los hombres usuarios y/o no trabajar en perspectiva de género con los hombres usuarios implica, como decía Juan Blanco, alimentar patrones que sostienen dinámicas patriarcales de masculinidad que, muchas veces, son los generadores del problema, y, a la vez, apartar a los hombres volviendo a sobrecargar a las mujeres en los procesos de atención social.

Resumen de resultados y hallazgos tras los objetivos de la investigación.

De este modo, para seguir avanzando con estas conclusiones lo primero es retomar la pregunta de investigación - *¿Cómo transitan los hombres por los recursos de protección social?* – y, con ello, intentar dar respuesta al Objetivo General de este estudio: *describir y analizar las experiencias de los hombres usuarios de recursos de protección social, desde su condición de vulnerabilidad y exclusión social.* Para conseguir dar respuesta al Objetivo General, en su momento, se establecieron seis Objetivos Específicos que conectaban aquello que la intuición, la experiencia práctica como profesional y el análisis teórico-bibliográfico realizado indicaban como hitos centrales que nos ayudarían a conocer y/o acercarnos a las experiencias de los hombres como usuarios de atención social (Tabla 7.1). Así pues, para finalizar la investigación y explicitar los conocimientos adquiridos voy a abordar la redacción de las conclusiones retomando cada uno de los Objetivos Específicos. Los conocimientos adquiridos en relación a cada uno de estos objetivos construyen el relato argumental que da respuesta a la descripción y el análisis que se explicita en el Objetivo General, dando, tras la puesta a prueba de cada uno de los Objetivos Específicos, respuesta al cumplimiento del Objetivo General planteado en esta investigación.

TABLA 7.1. OBJETIVO GENERAL Y OBJETIVOS ESPECÍFICOS.

Objetivo General	Objetivos Específicos
Describir y analizar las experiencias de los hombres usuarios de recursos de protección social, desde su condición de vulnerabilidad social y/o exclusión social.	1. Analizar el papel que poseen la identidad masculina y la construcción social de la masculinidad en los hombres usuarios que atraviesan procesos de vulnerabilidad social y/o exclusión.
	2. Indagar acerca del papel que posee la identidad masculina y su condición de clase social ante las ausencias y las presencias de los hombres en los recursos de protección social.
	3. Explorar los posibles cambios en el significado del “ser hombre” cuando los varones se convierten en usuarios de recursos de protección social.
	4. Estudiar en los hombres usuarios el papel de la identidad masculina ante la petición de ayuda y las posibilidades de cambio.
	5. Analizar en perspectiva de género las problemáticas fundamentales que llevan a los hombres a transitar desde procesos de vulnerabilidad social a procesos de exclusión social severa.
	6. Prestar atención al impacto identitario que posee el riesgo como factor coyuntural en las vidas de los hombres usuarios de recursos de protección social.

Para ello, advertir que voy a seguir en la presentación de estas conclusiones un orden distinto al establecido en la enumeración inicial de los objetivos, para tratar de dar respuesta de forma más clara a su consecución en esta investigación, buscando un mejor entendimiento.

Empezando por las presencias y ausencias.

Objetivo Específico 2: Indagar acerca del papel que posee la identidad masculina y su condición de clase social ante las ausencias y las presencias de los hombres en los recursos de protección social.

Una de las primeras cuestiones que pone en el foco a los hombres como usuarios de los recursos de atención social es la ausencia y la presencia de estos en los distintos recursos de protección social. El análisis de las memorias del SIUSS¹¹⁷ ratifican cuantitativamente cómo los recursos de atención social son un espacio ampliamente feminizado, es decir, son las mujeres las que poseen una mayor presencia como figura que acude pidiendo ayuda para resolver las distintas problemáticas personales y/o familiares. Sin embargo, no podemos pensar esta realidad de forma homogénea ya que el conjunto de los recursos que envuelven a la red de protección social institucional es amplio y diverso.

Cuando depositamos la mirada en los Servicios Sociales de Atención Primaria tras la búsqueda de un perfil de hombres en proceso de vulnerabilidad social encontramos que los hombres usuarios son los grandes ausentes. Si bien las cifras en los informes y memorias son de una presencia en estos recursos alrededor de un 40%, cuando hablamos con las profesionales nos explicitan que el registro de esta información no es exacto y que, al descontar la población joven tras la búsqueda de identificar a los hombres adultos, el porcentaje que encontramos es mucho menor. De este modo, la imagen que tienen las y los profesionales de los hombres usuarios es que son los grandes ausentes en los Servicios Sociales de Atención Primaria.

Ante esto, hay tres cuestiones que aparecen en el centro del análisis tras la búsqueda de dar respuesta a este Objetivo Específico. Primero, la feminización de los

¹¹⁷ Sistema de Información de Usuarios/as de Servicios Sociales (SIUSS).

Servicios Sociales de Atención Primaria, el cual es identificado, tanto en el perfil de usuarios/as como en profesionalización, como un espacio de mujeres, produciendo que los hombres no lo vean y sientan como un espacio propio, convirtiéndose el cuerpo masculino en un cuerpo fuera de lugar cuando estos acuden a estos recursos. Esto produce una serie de dinámicas relacionales que configuran su presencia y ausencia a la hora de habitar el espacio. Sin embargo, estas dinámicas relacionales reforzarán el rol de los hombres a la hora de acudir a los recursos de atención social, alimentando su ausencia, haciendo que acudan cuando no hay más remedio porque no hay más personas referentes que se ocupen de esta función familiar, cuando están al límite o cuando ellos entienden que se requiere su presencia porque no se están cumpliendo las expectativas esperadas por parte del recurso, acudiendo como figura autoritaria que va a reclamar o evaluar el por qué las cosas no están yendo como corresponden. En segundo lugar, a esta realidad hay que sumarle que el papel aprendido por parte de los hombres en las redes de solidaridad familiar es un papel satelital. Es decir, están, pero forman parte desde un lugar alejado de la misma red, teniendo principalmente un papel concreto vinculado a su función proveedora y al mundo del trabajo cuando se les requiere como apoyo. En consecuencia, si acudir a los Servicios Sociales de Atención Primaria forma parte de las funciones femeninas, siendo las mujeres de la familia quienes llevan y mantienen las redes de solidaridad familiar, estos quedan desvinculados de nuevo de este rol, delegando la responsabilidad y el trabajo de seguimiento y cambio sobre las mujeres. En tercer lugar, la etiqueta de usuario conlleva una carga estigmática que pone en cuestión la forma de ser hombre en la sociedad patriarcal. Ser usuario de los Servicios Sociales implica evidenciar que se está viviendo alguna situación de vulnerabilidad que no se ha podido evitar por uno mismo; esto pone en el centro las grandes dificultades que tienen los hombres por su construcción de género para pedir ayuda y para soltar la máscara de autosuficiencia que no permite ser ayudado, incluso para identificar las posibilidades de apoyo que les rodean, con el añadido de que acudir y estar en los seguimientos y orientaciones implica el riesgo de ser identificado como usuario de tales soportes, y con ello, el ser identificado como incapaz de mantenerse por uno mismo, *ergo*, en una sociedad machista, patriarcal y neoliberal, ser un hombre fracasado.

No obstante, si los hombres usuarios son los grandes ausentes en los Servicios Sociales de Atención Primaria, aparecen de golpe en otro tipo de recursos, convirtiéndose en un perfil súpernumerario, siendo el género masculino el principal actor en gran parte

de los recursos que atienden problemáticas derivadas o cercanas a la exclusión social severa. Una cuestión que nos lleva al siguiente Objetivo Específico como es el dar respuesta al tránsito existente de los hombres desde la vulnerabilidad social a la exclusión social severa.

Patrones de identidad masculina en la caída hacia la exclusión social severa

Objetivo Específico 5: Analizar en perspectiva de género las problemáticas fundamentales que llevan a los hombres a transitar desde procesos de vulnerabilidad social a procesos de exclusión social severa.

Una de las grandes conclusiones de esta investigación es que, si los hombres no acuden cuando se puede prevenir el problema, aparecen de golpe en otros recursos cuando la situación ya es un problema dado, con el añadido de que, muchas veces, los hombres son los protagonistas del problema tras el que se requiere atención. La no petición de ayuda, la posición satelital de los hombres en su participación en las redes de solidaridad familiar, un rol masculino edificado sobre una autosuficiencia que rechaza posibilidades de apoyo y la búsqueda constante en la desidentificación del fracaso hacen que los hombres no acudan a los recursos de atención social hasta que no están al límite, produciendo que, muchas veces, sus redes de apoyo terminen fracturadas hasta el punto de producir fuertes procesos de desconexión en la vida de estos hombres, generándose procesos de distanciamiento y soledad.

Del mismo modo que los mandatos de la masculinidad alientan preceptos como “los hombres no lloran”, “los hombres no bailan”, “los hombres no besan a otros hombres”, también alimentan el precepto *los hombres no piden ayuda*, siendo esta una cuestión central del distanciamiento social de los hombres cuando las cosas no van bien. De esta forma, en el análisis emergen tres factores que van a incidir en el aprendizaje masculino frente al fracaso. Por una parte, los hombres van a esconder, enmascarar y silenciar el fracaso como forma de mantener una máscara de masculinidad de cierto éxito personal que les justifique el desempeño del rol productivo, protector y proveedor que dicen realizar, así como silenciar o esconder todo aquello que ponga en cuestión la figura del buen hombre. Por otra parte, la pose de autosuficiencia no admite que se permitan a ellos mismos el fracasar, dado que el fracaso, el mostrarse vulnerables y con necesidad

de apoyos, pone en entredicho el modelo de masculinidad que se pretende encarnar. Finalmente, el mandato patriarcal tras el cual los hombres deben tener la capacidad superlativa de mandar todo al infierno cuando ellos decidan, produce que, frente al fracaso, la salida sentida que menos disonancias produce con su construcción identitaria, es cargar con el fracaso y alejar a todo lo que cuestione el marco de decisiones que toman en sus vidas, distanciándose de este modo de los posibles apoyos existentes, siendo la metáfora de *dejarse caer* la que simboliza cómo los hombres sienten más acorde en su identidad el llegar a situación de calle, es decir, a una situación de exclusión social severa antes que pedir ayuda o buscar apoyos que les puedan sacar o prevenir el llegar a dicha situación.

De esta forma, la construcción social de la masculinidad emerge como un factor a tener en cuenta a la hora de analizar la prevención que pueden tener los hombres frente a las desavenencias de la vida. Dado que cuando fracasan, su construcción de género se convierte en un obstáculo a la hora de pedir ayuda, encontrando un tránsito de desatención de la vulnerabilidad o desatención a una prevención primaria y la aparición en situaciones de exclusión social severa o aparición en recursos que atienden situaciones de prevención terciaria, donde el problema ya se ha dado y ha generado daños.

Dejarse caer antes que pedir ayuda.

Objetivo Específico 4: Estudiar en los hombres usuarios el papel de la identidad masculina ante la petición de ayuda y las posibilidades de cambio.

Como decía uno de los hombres usuarios entrevistados de un recurso de personas en situación de sinhogarismo, los hombres nos dejamos caer antes que pedir ayuda. La construcción social de la masculinidad, el cómo estamos aprendiendo a ser hombres y a comportarnos como hombres, se entremezcla con la realidad de clase que están viviendo los hombres usuarios, produciendo la interiorización de muchas de las formas de sentir, pensar y actuar. En este sentido, cuando hemos analizado el cómo los hombres han llegado a una situación tan extrema como es llegar a una situación de sinhogarismo, encontramos que los hombres toman las decisiones que han tomado en sus vidas porque las han sentido como normales, por muy grotescas que nos parezcas a ojos externos. De este modo, la propia toma de decisiones aparece en el análisis permeada por patrones de

masculinidad que son aprendidos por los hombres, los cuales naturalizan y normalizan el cómo deben actuar los hombres frente al fracaso masculino.

La figura del timón principal fomenta en los hombres la naturalización y normalización de formas de actuar unipersonalmente, sin tener en cuenta a las demás personas que viven dentro de su sistema familiar y/o relacional, aunque tengan algo que decir tras dichas acciones. Tomar decisiones con seguridad y sin tutela alguna implica una imagen de fortaleza que es normalizada entre los hombres. En este sentido, esto articula un imaginario simbólico de una figura que conlleva una carga de responsabilidad autocrática, la cual toma decisiones en soledad. Además, el modelo de masculinidad que se está reproduciendo también busca imprimir en los hombres el repudio del fracaso si se corre el riesgo de ser cuestionado o reconocido tras el mismo. Así pues, uno de los factores que aparecen en el análisis ante la no petición de ayuda es la negación del fracaso, la situación de vulnerabilidad y la minimización de los problemas presentes. De este modo, cuando se fracasa los hombres sienten como normal ocultar el fracaso, tirárselo a su mochila enmascarando lo sucedido, tomando un camino todavía más perverso o enrevesado dentro del modelo relacional que se va configurando.

Pedir ayuda implica aceptar que se es vulnerable, aceptar que no se ha tenido el éxito que se espera, aceptar que hay personas que pueden superar y/o solucionar aquello que uno mismo no ha conseguido. Así pues, la educación patriarcal masculina produce que el pedir ayuda sea sentido como una disonancia identitaria. Sin embargo, no debemos confundir pedir ayuda con exigir. Exigir entra dentro del marco identitario de la masculinidad patriarcal en tanto que quien detenta el poder y la decisión es quien ejerce la exigencia. Pedir ayuda implica desnudarse emocionalmente, escuchar, comprender y actuar en referencia a los saberes de otras personas, implica hacer y dejar hacer, implica no tener el control de lo que se va a sentir, en tanto que el apoyo mutuo implica un campo de deudas materiales y emocionales que son contradictorias con la idea de individualidad patriarcal y neoliberal. Tal es así, que muchos hombres sienten como normal, cuando fracasan o son descubiertos ante el fracaso, el abandonarse, el distanciarse, el autodestruirse. Es decir, dejarse caer antes de escuchar, buscar apoyos y actuar en consecuencia, en tanto que esta es una forma de educación patriarcal sobre la que los hombres estamos educados a muchos niveles, siendo el enfado, la pataleta y el romper con todo..., patrones patriarcales que los hombres tenemos insertados en nuestras formas inconscientes de ser hombre.

La condición de hombre usuario implica ser reconocido como el mal hombre y escenificar ser el buen pobre.

Objetivo Específico 3: Explorar los posibles cambios en el significado del “ser hombre” cuando los varones se convierten en usuarios de recursos de protección social.

Ante toda esta socialización y educación patriarcal que orienta a los hombres a cómo deben comportarse cuando fracasan, encontramos cómo la masculinidad se convierte en una identidad adaptativa cuando el propio sistema de atención social imprime unas formas de reconocimiento que empujan a los hombres a presentarse de un modo concreto. En este sentido, el sistema institucional imprime unas formas de reconocimiento sobre los hombres que apuntan a un fuerte cuestionamiento identitario cuando estos acuden a los recursos de atención social. La propia masculinidad hegemónica patriarcal, aunque parezca contradictorio por el fuerte relato feminista de permisividad sobre la condición masculina y el impulso intragrupo de prácticas de hipermasculinidad, posee unas fronteras de aceptación y rechazo ante las acciones masculinas que quedan anudadas al espacio público. Un hombre debe mostrarse viril, desarrollar prácticas, incluso ilegales, que demuestren que es hombre. Sin embargo, cuando estas prácticas son descubiertas públicamente, no quedan dentro del grupo patria, sino que colman de desprestigio a los hombres que las han realizado, perdiendo toda la aceptación que les daban las mismas prácticas cuando estas estaban escondidas a la opinión pública. De este modo, una de las funciones sociales que posee la masculinidad marginal es identificar, no solamente a aquellos hombres que fracasan tras su rol como hombres, sino también a aquellos que se pasan de hombres y son descubiertos públicamente, siendo descartados de la etiqueta del *buen hombre*, pasando a ser identificados como el *mal hombre*.

El imaginario del mal hombre queda anudado estigmáticamente a la condición de clase, siendo los hombres en situación de pobreza prejuzgados de forma genérica como cercanos a esta etiqueta, así como a los hombres usuarios que requieren de soporte institucional. De este modo, entran en juego unas formas de reconocimiento y *performance* de la masculinidad donde los hombres usuarios transitarán entre el mal hombre y el buen pobre, según la necesidad, intencionalidad y el papel que se les esté reclamando desde los procesos de atención social. Así pues, en los hombres usuarios entrevistados las masculinidades híbridas aparecen de forma muy presente, modificando

sus formas de ser hombre según cada situación. Tal es así, que encontramos hombres que momentáneamente acogerán una *performance* hegemónica de masculinidad vinculada a los *códigos de la calle* tras la intención de marcar en ciertos procesos de atención social una pose ruda, segura, incluso intimidatoria. Por el contrario, amoldarán otras veces formas de comportarse que buscarán un reconocimiento más positivo de aceptación acercándose al imaginario del buen pobre, es decir, un imaginario de *víctima perfecta* que se presta a ser atendido, a escuchar y hacer lo que se le dice sin cuestionar la voz de las y los profesionales.

Tras estas realidades identitarias cambiantes, las formas de encarnar la masculinidad se dan principalmente tras la búsqueda de reconocimiento y seguridad para sobrevivir y/o sobrellevar un día a día sin soportes de vida, es decir, tras una intencionalidad invisible, incluso muchas veces inconsciente para los propios hombres, dado que el funcionamiento habitual y reiterado llega a normalizar y naturalizar estas formas de actuar, sentir y pensar, no sintiéndolas como extrañas cuando se activan relacionalmente. De este modo, los hombres asistidos interiorizan y aprenden formas de funcionar en un contexto social como puede ser el barrio o la realidad marginal que están viviendo, adquiriendo unos códigos hegemónicos de masculinidad en su forma habitual de relacionarse. A la vez, en su tránsito por los recursos de protección social aprenden cómo y cuándo deben modificar su máscara de masculinidad que llevan auestas. El cómo hablar con las y los profesionales, cómo medir las palabras, cuándo enfadarse y exigir, y cuándo agachar la cabeza y asentir son patrones de comportamiento que se van dando entre resistencias identitarias, en tanto que, cuando un hombre proviene de un contexto de gran inseguridad, más férrea es su posición hegemónica como hombre y existe un mayor rechazo a dejarse ayudar y a modificar su marco de identidad como hombre. En este sentido, la figura del *mal hombre* les aporta seguridad en tanto hombres y en tanto sujetos que conviven en un espacio inseguro, sin embargo, entra en contradicción con la figura del *buen pobre* la cual es reclamada y esperada por las y los profesionales de la atención social, apareciendo esta dualidad identitaria en muchos de los hombres usuarios que han participado en esta investigación. Sin embargo, la figura del *mal hombre* no es única en la masculinidad marginal, en tanto que todos los hombres son socializados y educados para poder transitar a esta máscara de masculinidad en cualquier momento, pudiendo ser la primera que nos viene a la mente cuando aparecen

ciertas problemáticas o situaciones que nos colman de inseguridad y siendo la respuesta y la pose violenta normalizada tras esta realidad.

A mayor riesgo e inseguridad, mayor anclaje a los patrones hegemónicos de masculinidad.

Objetivo Específico 6: Prestar atención al impacto identitario que posee el riesgo como factor coyuntural en las vidas de los hombres usuarios de recursos de protección social.

Otra de las conclusiones que se evidencian cuando comparamos las distintas realidades de los hombres usuarios es la existencia de un mayor apego inconsciente a los patrones hegemónicos cuando más nos acercamos a situaciones donde está muy presente el riesgo y la inseguridad, siendo los hombres en situación de exclusión social severa aquellos en que más presente está la reproducción de patrones hegemónicos de masculinidad.

Esta realidad no se da de forma homogénea en todos los hombres, pero sí que existe una cierta tendencia que no podemos pasar por alto. Cuando rascamos en ella se hacen presentes tres factores a señalar. Por una parte, la aceptabilidad del riesgo por parte de las personas que viven de forma precaria e insegura hace que aquello que les aporte seguridad sea lo normativo, en tanto que no es cuestionado y es previamente conocido. Los propios usuarios hablan de no hacer experimentos de conciliación en sus vidas dado que el orden social patriarcal posibilita, a través de la división sexual del trabajo, los soportes necesarios. Por otra parte, conectado a lo anterior, emerge un fuerte relato de *pragmatismo patriarcal* donde los hombres conciben mayores facilidades (privilegios) a la hora de encontrar trabajo remunerado, estable, con contrato y coberturas sociales, teniendo muy claro que el trabajo femenino está mucho más desregulado y precarizado que el masculino cuando se trata de trabajos de baja cualificación. En este sentido, aparece una narrativa de aprovechar la inercia patriarcal para adquirir trabajo y, con ello, soportes económicos que ayuden a sobrellevar la situación que están viviendo. Finalmente, a nivel individual emerge la utilización de una máscara de masculinidad ruda, dura, incluso violenta en ocasiones. En este sentido, de nuevo, muchos hombres se acogen a una pose de masculinidad que está fuertemente conectada a los *códigos de la calle*, siendo esta pose una forma defensiva de mantener el *autoritas* que con su condición de precariedad

está en entredicho, y, a la vez, una forma de transmitir temor y respeto tras la búsqueda de seguridad personal.

De este modo, a distintos niveles y tras distintos relatos se identifica cómo la situación de vulnerabilidad, inseguridad y riesgo que viven los hombres usuarios alimenta las formas hegemónicas de organización social, así como las formas identitarias de masculinidad que encarnan. Esto evidencia que, para conseguir una igualdad real apuntando a las clases más empobrecidas y precarizadas, necesariamente, se necesitan apoyos institucionales que aporten autonomía y seguridad. Mientras no se construya un espacio de seguridad personal suficiente en las vidas más necesitadas, aquello de hacer las vidas dignamente vivibles, la tendencia va a ser la reproducción de un orden social patriarcal.

La construcción social de la masculinidad en el centro del análisis.

Objetivo Específico 1: Analizar el papel que poseen la identidad masculina y la construcción social de la masculinidad en los hombres usuarios que atraviesan procesos de vulnerabilidad social y/o exclusión.

Una de las conclusiones que viene a ratificar esta investigación es que no podemos obviar el papel y los efectos que produce la construcción social de la masculinidad y la clase social en las formas de sentir, pensar y actuar de los hombres usuarios. Cuando depositamos la mirada en la frontera del fracaso, emergen muchos factores identitarios y de reconocimiento que van a dialogar, modulando, no solamente la forma de identificarse, sino también la forma de ser reconocidos. En este sentido, una de las cuestiones de mayor centralidad que emergen tras el análisis de los relatos de los hombres usuarios es cómo aquello que se entiende por ser hombre conecta con estas dos realidades, siendo una característica estructural que organiza la mirada hacia uno mismo y, a la vez, la mirada hacia los hombres usuarios.

El modelo de masculinidad que se configura desde la autopercepción como hombres conecta inicialmente con estrategias discursivas tras la marca de importancia, donde aquello que les referencia como importantes en algún momento prima por encima de lo que está sucediendo en el momento de la entrevista. Así pues, la masculinidad

hegemónica se convierte en un sostén identitario que proporciona posibilidades de relato desde donde significarse como hombres, a pesar de estar en una situación difícil, malograda, precaria o, incluso, riesgosa. En este sentido, el modelo normativo de masculinidad en el sistema patriarcal imperante aportará un contexto de seguridad desde donde referenciarse como hombres. Además, permitirá desvincularse de ciertos marcos de cuestionamiento identitario que transitan por el no ser concebidos como autosuficientes, útiles, seguros o trabajadores, siendo las poses masculina o hipermasculina las que ofrecen formas defensivas desde donde distanciarse de la etiqueta de fracaso.

Para ello, los hombres usuarios buscarán evitar que la marca de autosuficiencia masculina se ponga en entredicho, apareciendo una serie de estrategias discursivas y prácticas que buscarán acomodar identitariamente la posición social como hombres y tomar distancia ante la posición de vulnerabilidad y/o exclusión que la situación evidencia. El aferrarse al rol protector, productivo y proveedor como hombres, el no participar en aquellos espacios entendidos como femeninos, el presentarse en los recursos como marca de autoridad, el no pedir ayuda y no apoyarse en las profesionales y la familia hasta que las cosas no están al límite, el esconder el fracaso y las prácticas de hipermasculinidad o el tomar decisiones relevantes en soledad sin tener en cuenta a la familia y/o la pareja emergen como consecuencia de esta búsqueda de refugio identitario tras la máscara de masculinidad hegemónica.

Sin embargo, estos patrones identitarios no son estáticos, fijos o universales, sino que encontramos tras el análisis unas formas de variabilidad identitaria impulsadas por el contexto de la atención social, siendo la búsqueda de reconocimiento del *buen pobre* lo que impulsará en dicho contexto gran parte de las modulaciones identitarias identificadas en los hombres usuarios.

Así pues, de nuevo, unas masculinidades híbridas aparecen de forma adaptativa tras los distintos contextos que van relatando los hombres, apareciendo patrones de masculinidad hegemónica más presentes cuando los hombres conviven en espacios delincuenciales y/o con alto riesgo, los cuales serán modulados cuando acuden a los recursos de protección social. De esta forma, se evidencia la existencia de un modelo de masculinidad que se espera que los hombres en situación de vulnerabilidad y exclusión posean. Una actitud y una forma de ser hombre, pobre o necesitado, que podría entenderse

como una pose de sujeto subordinado al marco de ayuda institucional que se le va a prestar. Este imaginario sobre cómo deben ser los pobres a los cuales se les presta ayuda institucional conecta con la clase social y el clasismo que llevamos todas y todos instaurados, evidenciándose una ausencia de perspectiva de clase, apareciendo un gran número de relaciones cargadas de verticalidad entre la institución y los usuarios. Tras esta realidad, los hombres usuarios modularán su identidad como hombres, escondiendo ciertos patrones que encarnan habitualmente o ratificando la pose como hombres duros y violentos si procede en la situación, apareciendo tanto situaciones que podríamos entender como de masculinidad disidente y otras situaciones donde la pose masculina enarbola unas formas de ser hombre en forma de dureza, distanciamiento emocional, exigencia e intimidación hacia las y los profesionales.

No obstante, la dificultad de conectar estas dos realidades de clase y género sobre un mismo sujeto no podemos plantearla como una disyuntiva separada y superpuesta, uno por encima del otro, en tanto que funciona todo a la vez, alimentándose simultáneamente para configurar un imaginario conjunto sobre cómo debe ser el hombre pobre en la sociedad. En este sentido, depositando la mirada sobre la identidad masculina, encontramos cómo el género aporta un orden estructural y un valor social según los cuerpos y, por otra parte, la clase social aporta un orden jerárquico intragrupo y un valor social según la capacidad de respuesta frente al deseo y el riesgo, y, ambos a la vez, configuran un marco de análisis desde donde repensar a los hombres vulnerables, en tanto que su realidad conjunta tras la frontera del fracaso da respuesta a cómo viven y transitan los hombres usuarios por los recursos de protección social.

Límites de la investigación y futuras líneas de investigación.

En esta investigación, como en cualquier investigación, no hemos llegado a desenredar toda la madeja, sino solamente una humilde parcialidad. Es evidente que hay muchos hilos de los que podríamos haber tirado, muchos flecos que podríamos haber profundizado más, sin embargo, esto solamente es una primera parte de todo el trabajo que implica abrir camino a través del desarrollo de una tesis doctoral.

Como en cualquier investigación en ciencias sociales centrarse en lo macro o centrarse en lo micro, atender a todas las voces y todas las identidades o solamente a unas

pocas, analizar todos los espacios o solamente limitarnos a unos contextos concretos..., es una decisión compleja, haciéndose difícil desmenuzar todo a lo que no hemos llegado, pero que sabemos que está ahí para seguir avanzando. De este modo, para empezar, cabe advertir que es necesario que esta investigación no sea una investigación nodal más, una publicación única carente de utilidad. No me malinterpretéis, no es una cuestión de ego personal, sino que, la temática del fracaso masculino como frontera identitaria y los hombres usuarios dentro del sistema burocrático institucional de la atención social conectan de forma directa con tantas aristas de la configuración de la propia masculinidad que emerge de este tema una imperiosa necesidad de seguir avanzando en este tipo de estudios, ya sea a partir de esta investigación o de cualquier otra.

Así pues, es necesario seguir profundizando en qué fronteras nos plantea el patriarcado a los hombres ante el fracaso masculino y cómo estas fronteras conectan con el sistema y la cultural neoliberal en la que estamos insertos, así como con los patrones de colonialidad que también se anudan a estos sistemas. Esto es necesario para conseguir construir una mejora sustancial en la atención social que apunte, ya de una vez, a la construcción de un relato teórico-práctico dirigido a la atención social con los hombres con perspectiva de género, en tanto que los problemas más graves de la masculinidad (maltrato, violencia, delincuencia, adicciones, sinhogarismo, etc.) terminan aterrizando en los recursos de protección social. Así pues, es necesario avanzar en investigación práctica sobre la atención social con hombres, poniendo el género y la clase social en el centro del análisis. Además, necesitamos profundizar en el debate del *working with men* desde una mirada feminista, en tanto que en él se circunscriben muchas de las creencias y prejuicios que están siendo reproducidas por las y los profesionales de la atención social en referencia a los hombres usuarios. Así como, un análisis en profundidad sobre cómo están aplicando las y los profesionales de la atención social la perspectiva de género con los hombres. Es decir, es necesario que investiguemos el papel de las y los profesionales en la reproducción de patrones hegemónicos en la atención social, concretamente en la atención a los hombres como el género olvidado.

Por otra parte, existe, dentro de la madeja de conocimientos expuesta en esta investigación, otros hilos cuya mirada es necesario seguir ampliando. Si depositamos la mirada en las prácticas de los hombres encontramos cuestiones tan importantes como el seguir profundizando en la sexualidad y los patrones de heteronormatividad en los hombres respecto a modelos de masculinidad marginal, así como en la cuestión de la

homosexualidad y sexualidades no normativas en las personas en situación de sinhogarismo que no aparecen en esta investigación y de seguro que hay. También la participación de los hombres en las redes de solidaridad familiar, así como seguir profundizando en perspectiva de género en la amistad entre hombres y la amistad masculina como factor de apoyo social cuando las cosas van mal. Es importante también seguir profundizando desde una perspectiva de clase social en los cambios que se van dando en los sistemas familiares, en las paternidades y en las relaciones de pareja, realizando un análisis en profundidad de la estructura actual de las familias en situación de vulnerabilidad, teniendo en cuenta que la precariedad y la inseguridad generan una aceptación del riesgo que alimenta las dificultades para enfrentar los problemas relacionales, llegando incluso a mantenerse situaciones de violencia y relaciones dañinas por las grandes dificultades existentes a la hora de rehacer sus vidas.

Si depositamos la mirada en temas más macro, ha quedado pendiente en esta investigación profundizar sobre el blanqueamiento de la hipermasculinidad en los hombres, entendiendo la misma el cómo se configura la legitimidad y la perminisividad de los hombres para desarrollar estas prácticas, tanto a nivel identitario como a nivel social. Un tema central para seguir avanzando en el análisis de aquellos hombres que se pasan de hombres y que esconden dichas prácticas tras pactos juramentados insertos de forma normalizada en el sistema patriarcal. Finalmente, si acercarnos al fracaso, al riesgo y a la inseguridad nos ha aportado una nueva mirada hacia cómo se construye y se articula la masculinidad, y con ello, cómo se articula la marca de importancia. Sería interesante indagar en las masculinidades dispuestas en el otro extremo de la clase social, poner el foco en aquellas masculinidades que poseen una situación de clase fuertemente acomodada (aristocracia acomodada, familias de empresas de éxito, ricos sin fondo de gasto...), en tanto que el ir mapeando la conexión y/o articulación entre género y clase social desde distintos puntos de luz puede aportarnos información relevante sobre qué modelos, prácticas y valores estamos fomentando desde el sistema patriarcal, colonial y neoliberal sobre el que vivimos, y cómo estos se adaptan en las distintas clases sociales y géneros de forma múltiple y diversa para producir y mantener la separación y las diferencias existentes.

Recomendaciones para la práctica

Como profesional de la atención social y como educador social no puedo cerrar esta investigación sin realizar una mínima propuesta de recomendaciones que puedan servir para la práctica en la atención social con hombres. De este modo, en este último apartado de conclusiones voy a abogar por exponer una serie de cuestiones que, a partir de los conocimientos adquiridos en esta investigación, entiendo no podemos perder de vista desde el marco profesional de la atención social. Las cuestiones a exponer son las siguientes:

1. Existen grandes carencias a la hora de aplicar la perspectiva de género cuando se trata de atender a hombres usuarios. Mientras que cuando trabajamos con mujeres tenemos un amplio imaginario de proyectos, programas y cuestiones a tener en cuenta, en los hombres, esto no existe en la actualidad y es necesario empezar a construir este imaginario, escribir sobre prácticas de atención social en perspectiva de género con hombres, para finalmente llegar a percibir a los hombres usuarios y la intervención social con estos tras una mirada de género feminista que actualmente no se da.
2. Para ello, hay que empezar a entender la masculinidad de los hombres usuarios como una *masculinidad nómada*, como una identidad de género que se enfrenta a un tránsito no solamente burocrático al perder ayuda institucionalmente, sino también identitario a través de las orientaciones de las y los profesionales. Para ello es necesario normalizar que la identidad masculina no es algo fijo o estático, por muchas resistencias que existan por la cuestión de clase, y que los hombres pueden cambiar y ser parte activa en los procesos de transformación personal y familiar. Una cuestión que muchas veces se nos olvida.
3. Además de necesitar más formación en perspectiva de género y masculinidades, sigue siendo muy importante revisarse la perspectiva de clase o el clasismo que llevamos instaurado las personas profesionales. La inercia laboral hace que las personas profesionales, al estar tan cerca de las realidades, normalicemos inercias neoliberales, coloniales y patriarcales que alimentan prejuicios y creencias basadas en la búsqueda del buen pobre, la víctima perfecta y el mal hombre, configurando barreras relacionales que posteriormente son difíciles de salvar en la atención a hombres.

4. Otra cuestión es que hay que trabajar con los hombres usuarios para que adquieran un papel activo en las redes de solidaridad familiar. Abogar por que sean referentes, que empaticen con las dificultades y los problemas que rodean al sistema familiar y a las personas que componen dicha red. Esto puede fomentar una mejora en la escucha y la comunicación de los hombres con sus redes de apoyo y soporte, y, a la vez, una mejora en la transmisión de los problemas y la petición de ayuda cuando los hombres y el sistema familiar lo requieran.
5. Así pues, por nuestra parte como profesionales, es necesario también fomentar la implicación de los hombres cuando desde los Servicios Sociales de Atención Primaria y otros recursos se buscan apoyos dentro de las redes de solidaridad familiar, en tanto que cuando se buscan estos apoyos en los genogramas se suele depositar la mirada y los contactos en las mujeres de la red y se obvia, por pragmatismo, que los hombres puedan ser referentes y apoyo en la resolución de muchas cuestiones familiares.
6. Además, es muy importante fomentar la implicación de los hombres en los recursos que trabajen desde una prevención primaria, como pueden ser los Servicios Sociales de Atención Primaria, dado que, si los cogemos a tiempo, podemos intentar evitar que terminen en otro tipo de recursos que trabajan desde una prevención terciaria, donde suelen aparecer de forma súpernumeraria los hombres tras un problema que ya se ha dado.
7. Finalmente, y de forma específica, es importante un trabajo con los hombres usuarios para romper las barreras que envuelven a la idea de autosuficiencia y éxito patriarcal, donde los vínculos de amistad se diluyen, los cuidados y el trabajo reproductivo se desprestigia y la petición de ayuda se rehúye. Así como acompañar a los hombres en el fracaso, en esta construcción identitaria dañina y dañada que encarnan por las dinámicas patriarcales que han seguido, así como por el lugar que les ha tocado ocupar en el sistema patriarcal como hombres tras una masculinidad marginal.

Todo esto es importante, no solamente para mejorar la intervención con los hombres usuarios, sino también porque el estigma y los prejuicios que esencializan a los hombres como el género inmutable y como el género ausente produce fuertes sobrecargas sobre las mujeres. Hay que seguir recordando, como muchas investigadoras feministas especializadas en bienestar social y atención social han identificado, que trabajar con

familias es trabajar con mujeres, y trabajar en perspectiva de género sin tener en cuenta a los hombres es también seguir trabajando con mujeres, privilegiando a los hombres para que no estén, pero más importante, sobrecargando sin darnos cuenta a las mujeres en la resolución de los problemas familiares y personales por los que acuden a los distintos recursos de atención social.

BIBLIOGRAFÍA

- Abela, Jaime Andréu; García-Nieto, Antonio y Pérez-Corbacho, Ana María (2007). *Evolución de la teoría fundamentada como técnica de análisis cualitativo*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Abril, Paco (2016). *Los hombres entre la esfera productiva y reproductiva: Padres comprometidos durante la crisis económica en España (2011-2013)* [Tesis Doctoral]. Universitat Oberta de Catalunya.
- Abril, Paco; Monferrer, Jordi; Jurado, Teresa; Botía-Morillas, Carmen y Bogino, Victoria (2020). Pymes que facilitan la conciliación corresponsable a los hombres. *Política y sociedad*, 57(2), 499-519.
- Addis, Michael E. (2011). *Invisible Men: Men's Inner Lives and the Consequences of Silence*. Macmillan.
- Addis, Michael E., y Hoffman, Ethan (2017). Men's depression and help-seeking through the lenses of gender. En Ronald F. Levant y Y. Joel Wong (Eds.), *The Psychology of Men and Masculinities* (pp. 171-198). American Psychological Association.
- Addis, Michael E. y Mahalik, James R. (2003). Men, masculinity, and the contexts of help seeking. *American psychologist*, 58(1), 5-14.
- Adelantado, José (2007). Los servicios sociales y la cuarta pata (¿coja?) del estado del bienestar en España. *Mientras tanto*, 103, 21-31.
- Adler, Alfred (1964). *The Individual Psychology of Alfred Adler: A Systematic Presentation in Selections from His Writings*. Harper y Row.
- Adler, Alfred (2013 [1928]). *Understanding Human Nature*. Routledge.
- Adler, Rachel H. (2021). The Nexus of Homelessness and Incarceration: The Case of Homeless Men in Trenton, NJ. *The Journal of Men's Studies*, 29(3), 335-353.
- Aguado, Empar (2015). El género del paro: Desempleo y masculinidades. *Arxius de sociologia*, 32, 207-224.
- Aguayo, Francisco (2022). La depresión masculina y sus síntomas: Un estudio cualitativo con hombres adultos chilenos. *Salud colectiva*, 18, 1-16.
- Aguayo, Francisco; Mendoza, Douglas y Bravo, Sebastián (2021). *Paternidad activa: La participación de los hombres en la crianza y los cuidados*. Iniciativa Spotlight. <https://lac.unfpa.org/es/publications/paternidad-activa-la-participaci%C3%B3n-de-los-hombres-en-la-crianza-y-los-cuidados>
- Aguayo, Francisco y Nascimento, Marcos (2016). Dos décadas de Estudios de Hombres y Masculinidades en América Latina: Avances y desafíos. *Sexualidad, Salud y Sociedad. Revista Latinoamericana*, 207-220. <https://doi.org/10.1590/1984-6487.sess.2016.22.09.a>

- Ahmed, Sara (2013). *Strange Encounters: Embodied Others in Post-Coloniality*. Routledge.
- Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género.
- Ahmed, Sara (2019). *Fenomenología Queer: Orientaciones, objetos, otros*. Bellaterra.
- Alarcón, Beatriz y Moya, María del Mar (2021). *Reincidencia de condenados por delitos contra la seguridad vial tras finalizar el programa de intervención PROSEVAL*. <https://doi.org/10.24310/Boletin-criminologico.2021.v28i.13555>
- Alberdi, Inés (2006). La transformación de las familias en España: La influencia del feminismo en los cambios familiares. *Arxius de sociologia*, 15, 25-40.
- Allan, Graham (1989). *Friendship: Developing a Sociological Perspective*. Harvester Wheatsheaf.
- Alonso, Bakea (2016). Trabajo Social y perspectiva de género: Los hombres como «colectivo» de intervención. *Respuestas transdisciplinares en una sociedad global: aportaciones desde el Trabajo Social*, 1-23. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5606369>
- Alonso, Bakea (2022). *Intervención social con hombres desde un enfoque de género: Un reto para las políticas de igualdad en España*. Universidad Complutense de Madrid.
- Alonso, Bakea; Aranguren, Edurne y Arias, Andrés (2021). ¿Y los hombres?: Producción científica y contenidos formativos sobre trabajo social y masculinidades en España. *Alternativas: Cuadernos de trabajo social*, 28, 67-88.
- Alonso, Bakea; Aranguren, Edurne y Bacete, Ritxar (2019). El trabajo con hombres desde una perspectiva de género: Una asignatura pendiente en la intervención social. *Zerbitzuan: Gizarte zerbitzuetarako aldizkaria = Revista de servicios sociales*, 69, 23-38.
- Alonso-Benito, Luis Enrique (1998). *La mirada cualitativa en sociología: Una aproximación interpretativa*. Editorial Fundamentos.
- Alonso-Pardo, Alicia; Palacios, José y Iniesta, Almudena (2020a). Experiencias de victimización en mujeres sin hogar del sur de España. *Revista Murciana de Antropología*, 27, 97-110.
- Alonso-Pardo, Alicia; Palacios, José y Iniesta, Almudena (2020b). Mujeres sin hogar en España: Narrativas sobre género, vulnerabilidad social y efectos del entramado asistencial. *OBETS: Revista de Ciencias Sociales*, 15(2), 375-404.
- Álvarez, José Roberto (2010). Significados, categorías de análisis y posibilidades interpretativas del concepto de vulnerabilidad. *Revista de la Facultad de Trabajo Social*, 26, 142-159.

- Amorós, Celia (1990). Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales. En Cristina Sánchez y Virginia Maquieira (Eds.), *Violencia y sociedad patriarcal*. (pp. 1-16). Editorial Pablo Iglesias.
- Amorós, Celia (2000). *Feminismo y filosofía*. Editorial Síntesis.
- Amorós, Celia (2005). *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... Para las luchas de las mujeres*. Cátedra.
- Amuchástegui, Ana (2006). ¿Masculinidad (es)? Los riesgos de una categoría en construcción. En Gloria Careaga y Salvador Cruz-Sierra (Eds.), *Debates sobre Masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*. (pp. 159-181). UNAM/PUEG.
- Ander-Egg, Ezequiel (2009). *Diccionario del trabajo social*. Editorial Brujas.
- Andershed, Henrik y Andershed, Anna-Karin (2010). Risk-need assessment for youth with or at risk for conduct problems: Introducing the assessment system ESTER. *Procedia - Social and Behavioral Sciences*, 5, 377-383. <https://doi.org/10.1016/j.sbspro.2010.07.108>
- Anderson, Elijah (2000). *Code of the Street: Decency, Violence, and the Moral Life of the Inner City*. W. W. Norton y Company.
- Angrosino, Michael (2012). *Etnografía y observación participante en Investigación Cualitativa*. Ediciones Morata.
- Ararteko (2020). *La soledad no buscada: Modelos de políticas públicas y compromiso de la ciudadanía*. Universidad del País Vasco.
- Araújo, Natalie (2020). Cosmopolitan revolutionaries: Masculinity, migration, and gender performativity in Latin American London. *Masculinidades y Cambio Social*, 9(1), 1-27.
- Archer, Margaret S. (2009). *Teoría social realista: En enfoque morfogenético*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Arendt, Hannah (2006). *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*. Debolsillo.
- Arenillas, Sara (2022). Masculinidades híbridas en el glam rock de Måneskin. *RECIAL. Revista del Centro de Investigaciones Área Letras*, 13(21), 16-35.
- Aristegui, Iratxe; Beloki, Usue; Díez-Sanz, Ainhoa y Silvestre Cabrera, María (2017). Vulnerabilidad social percibida en contexto de crisis económica. *RES. Revista Española de Sociología*, 26(Extra 3), 17-39.
- Ariza, Saúl (2018). «Las plumas son para las gallinas»: Masculinidad, plumofobia y discreción entre hombres. *Disparidades. Revista de Antropología*, 73(2), 453-470.
- Armengol, Josep M. (2007). Gendering Men: Re-Visions of Violence as a Test Of Manhood in American Literature. *Atlantis*, 29(2), 75-92.

- Armengol, Josep M. (2018). Aging as emasculation? Rethinking aging masculinities in contemporary US fiction. *Critique: Studies in Contemporary Fiction*, 59(3), 355-367.
- Armengol, Josep M. (2021). *Aging Masculinities in Contemporary U.S. Fiction*. Palgrave McMillan.
- Armengol, Josep M. (2022). *Reescrituras de la masculinidad: Hombres y feminismo*. Alianza Editorial.
- Arriba, Ana y Moreno, Luis (2005). Spain. Poverty, social exclusion and "safety nets". En Maurizio Ferrera (Ed.), *Welfare State Reform in Southern Europe: Fighting Poverty and Social Exclusion in Greece, Italy, Spain and Portugal* (pp. 141-203). Routledge.
- Arxer, Steven L. (2011). Hybrid Masculine Power: Reconceptualizing the Relationship between Homosociality and Hegemonic Masculinity. *Humanity y Society*, 35(4), 390-422. <https://doi.org/10.1177/016059761103500404>
- Astelarra, Judith (1983). Estado, mujeres y transición política en España: 1975/80. En Judith Astelarra y María Jesús Izquierdo (Eds.), *II Jornades del Patriarcat: La seva manifestació a la nostra realitat* (pp. 319-345). Universitat Autònoma de Barcelona.
- Atria, Jorge (2021). Los dilemas de la meritocracia. Entrevista con François Dubet. *Revista Mexicana de Sociología*, 83, 475-494.
- Augé, Marc (2000). *Los «no lugares», espacios del anonimato: Una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa.
- Autés, Michel (2004). Tres formas de desligadura. En Saül Karsz (Ed.), *La exclusión: Bordeando sus fronteras: Definiciones y matices* (pp. 15-53). Gedisa.
- Auyero, Javier (2013). *Pacientes del estado*. Eudeba.
- Auyero, Javier y Benzecry, Claudio (2016). La lógica práctica del dominio clientelista. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 61(226), 221-246.
- Ávila, Débora; Cassián, Nizaia; García, Sergio y Pérez, Marta (2019). *Por una acción social crítica. Tensiones en la intervención social*. Editorial UOC.
- Ávila, Débora y García, Sergio (Eds.). (2015). *Enclaves de riesgo: Gobierno neoliberal, desigualdad y control social*. Traficantes de Sueños.
- Avilés, Manuela (2014). El núcleo monoparental masculino en los hogares multigeneracionales: Una lectura sociológica desde la óptica de la crisis económica. *Azarbe: Revista Internacional de Trabajo Social y Bienestar*, 3, 229-235.
- Avilés, Manuela (2015). *La monoparentalidad masculina en España*. Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

- Azpiazu, Jokin (2015). Hombres y feminismo: Del privilegio del confort a la incomodidad de la implicación política en cuestiones feministas. *Papeles del CEIC, International Journal on Collective Identity Research*, 2 (Septiembre), 4.
- Azpiazu, Jokin (2017). *Masculinidades y feminismo*. Virus Editorial.
- Bacete, Ritxar (2008). La perspectiva de género de los hombres aplicada a la intervención social: El sexismo y la masculinidad hegemónica como problemas sociales. En Eurne Aranguren y Gotzon Villaño (Eds.), *Hacia una intervención con perspectiva de género* (pp. 99-104).
- Bacete, Ritxar (2017). *Nuevos hombres buenos: La masculinidad en la era del feminismo*. Ediciones Península.
- Bachiller, Santiago (2008). *Exclusión social, desafiliación y usos de espacio. Una etnografía con personas sin hogar en Madrid* [Tesis Doctoral]. Universidad Autónoma de Madrid.
- Bachiller, Santiago (2010). El aislamiento social como supuesto articulador de las teorías sobre la exclusión y el sinhogarismo: Críticas y aportes etnográficos. *Revista Cuhso*, 19(1), 9-21.
- Badinter, Elisabeth (1993). *XY la identidad masculina*. Alianza Editorial.
- Bailey, Alison (1998). Locating traitorous identities: Toward a view of privilege-cognizant White character. *Hypatia*, 13(3), 27-42.
- Ballester, Lluís (1999). *Las necesidades sociales: Teoría y conceptos básicos*. Síntesis.
- Ballester, Lluís; Santiago, Fina y Sastre, Tòfol (1996). Representaciones sociales de las necesidades de las personas mayores. *Pedagogía social: revista interuniversitaria*, 13, 61-70.
- Báñez, Tomasa (1997). Género y Trabajo Social. *Acciones e investigaciones sociales*, 6, 151-188.
- Báñez, Tomasa (2005). *El trabajo social en Aragón. El proceso de profesionalización de una actividad feminizada* [Tesis Doctoral]. Universitat Rovira i Virgili.
- Báñez, Tomasa (2012). El trabajo social como profesión feminizada. *RTS: Revista de treball social*, 195, 89-97.
- Barbour, Rosaline (2013). *Los grupos de discusión en Investigación Cualitativa*. Ediciones Morata.
- Bauman, Zygmunt (2005). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Gedisa.
- Bauman, Zygmunt (2007). *Miedo líquido: La sociedad contemporánea y sus temores*. Paidós.
- Baumberg, Ben (2016). The stigma of claiming benefits: A quantitative study. *Journal of Social Policy*, 45(2), 181-199. <https://doi.org/10.1017/S0047279415000525>

- Beauvoir, Simone de (2019 [1949]). *El segundo sexo*. Ediciones Cátedra.
- Beck, Ulrich (2013). *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*. Grupo Planeta Spain.
- Beck, Ulrich y Beck-Gernsheim, Elisabeth (2003). *La Individualización: El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Paidós.
- Becker, Howard (2009). *Outsiders: Hacia una sociología de la desviación*. Siglo Veintiuno.
- Beck-Gernsheim, Elisabeth (2003). *La reinención de la familia: En busca de nuevas formas de convivencia*. Paidós.
- Bengtson, Vern L. y Roberts, Robert E. L. (1991). Intergenerational Solidarity in Aging Families: An Example of Formal Theory Construction. *Journal of Marriage and Family*, 53(4), 856-870. <https://doi.org/10.2307/352993>
- Berger, Peter L. y Luckmann, Thomas (1968). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu.
- Bernstein, Basil (1997). Una interpretación equivocada de la teoría de los códigos. *Revista de educación*, 312, 145-162.
- Bhabha, Homi K. (1988). The commitment to theory. *New formations*, 5(1), 5-23.
- Bhabha, Homi K. (1990). The Third Space. En Jonathan Rutherford (Ed.), *Identity Community, Culture and Difference* (pp. 207-221). Lawrence y Wishart.
- Bhabha, Homi K. (2007). *El lugar de la cultura*. Ediciones Manantial.
- Bhalla, Ajit y Lapeyre, Frédéric (2004). *Poverty and Exclusion in a Global World*. Springer.
- Blanco, Juan (2006). Aproximación a la intervención social con perspectiva de género: La masculinidad como factor de riesgo. *Acciones e investigaciones sociales*, 1, 179.
- Blanco, Juan (2012). *Hombres: La masculinidad como factor de riesgo. Una etnografía de la invisibilidad* [Tesis Doctoral]. Universidad Pablo de Olavide.
- Blanco, Juan y Blázquez, Alfonso (2010). Discursos y prácticas de «género» en los procesos de Intervención Social. La construcción del varón como sujeto de Intervención Social. En Juan Blanco, Macarena Hernández, M^a Ángeles Castro y Felipe Leiva (Eds.), *Paradojas y geometrías en los procesos de intervención social* (pp. 49-72). Aconcagua Libros.
- Blanco, Juan; Cordero, Guadalupe y Valcuende del Río, José M^a. (2019). Ejercer de hombres: Masculinidad, invisibilidad y vulnerabilidad. En Javier Eloy Martínez, Anastasia Téllez y Joan Sanfélix (Eds.), *Deconstruyendo la masculinidad: Cultura, género e identidad* (pp. 197-217). Tirant Humanidades.

- Blanco-Campos, Manuel; Calzada, Inés; Cubillos-Vega, Carla; Domínguez, Ana Belén; García, Teresa; Carrasco, Carlos; Martín-Estalayo, Maribel; Muriel, Mercedes; Sánchez, Roberto y Serrano, Araceli (2022). *IV Informe sobre los Servicios Sociales en España y la profesión del Trabajo Social*. (p. 212). Consejo General del Trabajo Social.
- Blumer, Herbert (1982). *Interaccionismo Simbolico: Perspectiva y método*. Hora Nova, S. A.
- Bollain, Julen y Raventós, Daniel (2018). La renta básica incondicional ante las limitaciones de las rentas mínimas. *Lan Harremanak*, 90-114.
- Bonel, Federica (2021). El significado de la asistencia para el Trabajo Social de ayer y de hoy: La mirada de profesionales sobre el dilema asistencia/asistencialismo. *Fronteras*, 16, 18-30.
- Bonino, Luis (2000). Varones, género y salud mental: deconstruyendo la "normalidad" masculina. En Àngels Carabí y Marta Segarra (Eds.), *Nuevas Masculinidades* (pp. 41-64). Icaria Editorial.
- Bonino, Luis (2001). Salud, varones y masculinidad. En José Ángel Lozoya, José María Bedoya y José María Espada (Eds.), *Voces de Hombres por la Igualdad* (pp. 182-183). <http://vocesdehombres.wordpress.com/>
- Bonino, Luis (2002a). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers feministes*, 6, 7-36.
- Bonino, Luis (2002b). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers feministes*, 6, 7-36.
- Borde, Elis; Page, Victoria y Moura, Tatiana (2020). Masculinities and nonviolence in contexts of chronic urban violence. *International Development Planning Review*, 42(1), 73-91. <https://doi.org/10.3828/idpr.2019.28>
- Boszormenyi-Nagy, Ivan y Spark, Geraldine M. (2012). *Lealtades invisibles*. Amorrortu.
- Bourdieu, Pierre (1986a). Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo. En Fernando Alvarez-Uria y Julia Varela (Eds.), *Materiales de sociología crítica* (pp. 183-194). Las Ediciones de la Piqueta.
- Bourdieu, Pierre (1986b). The forms of capital. En John Richardson (Ed.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education* (pp. 241-258). Greenwood.
- Bourdieu, Pierre (1989). El espacio social y la génesis de las "clases". *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, 3(7), 27-55.
- Bourdieu, Pierre (1997). *Razones prácticas: Sobre la teoría de la acción*. Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (2001). *Poder, derecho y clases sociales*. Desclée de Brouwer.

- Bourdieu, Pierre (2008). *El sentido práctico*. Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, Pierre (2011). *Las estrategias de la reproducción social*. Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, Pierre (2014). *Capital cultural, escuela y espacio*. Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (2015). Los tres estados del capital cultural. *Sociológica México*, 2(5), 11-17.
- Bourdieu, Pierre (2016). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Bourdieu, Pierre (2021). *Curso de sociología general 2: El concepto de capital*. Siglo XXI Editores.
- Bourgois, Philippe (2010). *En busca de respeto: Vendiendo crack en Harlem*. Siglo Veintiuno Editores.
- Bowl, Ric (1985). *Changing the Nature of Masculinity: A Task for Social Work?* University of East Anglia.
- Bradshaw, Jonathan (1972). Taxonomy of social need. En Gordon McLachlan (Ed.), *Problems and progress in medical care: Essays on current research* (pp. 71-82). Oxford University Press.
- Braidotti, Rosi (2000). *Sujetos nómades: Corporarización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea*. Paidós.
- Braidotti, Rosi (2004). *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómade*. Editorial GEDISA.
- Brancato, Sabrina (2000). Masculinidad y etnicidad: Las representaciones racistas y el mito del violador negro. En Angels Carabí y Marta Segarra (Eds.), *Nuevas masculinidades* (pp. 103-120). Icaria.
- Bretherton, Joanne (2017). Reconsidering gender in homelessness. *European Journal of Homelessness*, 11(1), 1-21.
- Breton, David le (2017). *Sociologie du risque*. Que sais-je?
- Briales, Álvaro (2016). *El tiempo superfluo: Una sociología crítica del desempleo : el caso de España (2007-2013)* [Tesis Doctoral]. Universidad Complutense de Madrid.
- Bridges, Tristan y Pascoe, Cheri J. (2014). Hybrid masculinities: New directions in the sociology of men and masculinities. *Sociology compass*, 8(3), 246-258.
- Brodiez-Dolino, Axelle (2016). Le concept de vulnérabilité. *La Vie des idées*, 11, 1-10.
- Bronfenbrenner, Urie (2002 [1979]). *La Ecología Del Desarrollo Humano: Experimentos en Entornos Naturales y Diseñados*. Paidós.

- Brooks, Gary R. (2017). Counseling, psychotherapy, and psychological interventions for boys and men. En Ronald F. Levant y Y. Joel Wong (Eds.), *The psychology of men and masculinities* (pp. 317-345). American Psychological Association.
- Brown, Brett V. (2000). The single-father family: Demographic, economic, and public transfer use characteristics. *Marriage y Family Review*, 29(2-3), 203-220. https://doi.org/10.1300/J002v29n02_12
- Brown, Nik; Boulton, Mary; Lewis, Graham y Webster, Andrew (2004). Social science research ethics in developing countries and contexts. *ESRC Research Ethics Framework Discussion Paper*, 3(2), 1-15.
- Bueno-Abad, José Ramón (2011). El paradigma de la vulnerabilidad y la exclusión social. En Sacramento Pinazo (Ed.), *Autonomía personal y dependencia: Bases teóricas y práctica social* (pp. 55-63). Universidad de Valencia.
- Burawoy, Michael (2014). La dominación cultural, un encuentro entre Gramsci y Bourdieu. *Gazeta de antropología*, 30, 14.
- Burin, Mabel (2007). Precariedad laboral, masculinidad, paternidad. En Mabel Burin, María Lucero Jiménez y Irene Meler (Eds.), *Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género* (pp. 87-120). Universidad de Ciencias Sociales y Empresariales.
- Burin, Mabel y Meler, Irene (2000). *Varones: Género y subjetividad masculina*. Paidós.
- Busso, Gustavo (2001). Vulnerabilidad social: Nociones e implicaciones de políticas para Latinoamérica a inicios del siglo XXI. *Las diferentes expresiones de la vulnerabilidad social en América Latina y el Caribe*, 39.
- Butler, Judith (1987). Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Wittig y Foucault. En Seyla Benhabib y Drucilla Cornell (Eds.), *Teoría feminista y teoría crítica: Ensayos sobre la política de género en las sociedades de capitalismo tardío* (pp. 193-211). Alfons el magnanim.
- Butler, Judith (2000). El marxismo y lo meramente cultural. *New left review*, 2, 109-122.
- Butler, Judith (2012). *Vida precaria: El poder del duelo y de la violencia*. Grupo Planeta Spain.
- Butler, Judith (2016). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- Butler, Judith (2017a). *Cuerpos aliados y lucha política: Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Paidós.
- Butler, Judith (2017b). *Marcos de guerra: Las vidas lloradas*. Ediciones Paidós.
- Cabrera, Pedro José (2008). Personas sin hogar. En Manuel Hernández (Ed.), *Exclusión social y desigualdad* (pp. 185-228). EDITUM.

- Cabrera, Pedro José y Rubio-Martín, M^a José (2003). *Personas sin techo en Madrid: Diagnóstico y propuestas de actuación* (p. 240). Universidad Pontificia Comillas de Madrid.
- Cabrera, Pedro José y Rubio-Martín, María José (2008). Las personas sin hogar, hoy. *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales: Revista del Ministerio de Trabajo e Inmigración*, 75, 51-74.
- Calasanti, Toni y Bowen, Mary Elizabeth (2006). Spousal caregiving and crossing gender boundaries: Maintaining gendered identities. *Journal of Aging Studies*, 20(3), 253-263. <https://doi.org/10.1016/j.jaging.2005.08.001>
- Callejo, Javier (2001). *El grupo de discusión: Introducción a una práctica de Investigación*. Grupo Planeta (GBS).
- Callejo, Javier (2002). Observación, entrevista y grupo de discusión: El silencio de tres prácticas de investigación. *Revista Española de Salud Pública*, 76(5), 409-422.
- Calvo, Javier y Botija, Mercedes (2020). *Personas Sin Hogar en la Ciudad de Valencia (2020)* (p. 70). Ayuntamiento de Valencia.
- Canet, Encarna y Garrigós, Pere (2017). Los Servicios Sociales para la mujer. En *Los Servicios Sociales en la provincia de Valencia. Análisis territorial y estado de la cuestión* (pp. 191-212). PUV Publicacions de la Universitat de València.
- Cantera, Leonor M. y Blanch, Josep M. (2010). Percepción social de la violencia en la pareja desde los estereotipos de género. *Psychosocial Intervention*, 19(2), 121-127.
- Capraro, Rocco L. (2000). Why College Men Drink: Alcohol, Adventure, and the Paradox of Masculinity. *Journal of American College Health*, 48(6), 307-315. <https://doi.org/10.1080/07448480009596272>
- Cardona, Omar Darío (2001). La necesidad de repensar de manera holística los conceptos de vulnerabilidad y riesgo. Una crítica y una revisión necesaria para la gestión. *International Work-Conference on vulnerability in Disaster Theory and practice*, 29-30.
- Carrero, Virginia; Rosa M^a, Soriano y Trinidad, Antonio (2012). *Teoría Fundamentada Grounded Theory*. Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Carrigan, Tim; Connell, Raewyn y Lee, John (1985). Toward a New Sociology of Masculinity. *Theory and Society*, 14(5), 551-604. JSTOR.
- Casado, Demetrio y Fantova, Fernando (2007). *Perfeccionamiento de los servicios sociales en España: Informe con ocasión de la ley sobre autonomía y dependencia*. Cáritas Española.
- Casado, Demetrio y Guillén, Encarna (2011). *Manual de servicios sociales. Visión general, recursos didácticos y casos. Situación actual y perspectivas para el desarrollo profesional*. EDITORIAL CCS.

- Cascales, Jorge (2015). El patriarcado contra los hombres: El mantenimiento de la categoría masculina en las nuevas masculinidades. *I Congr s d'Investigacions Feministes en Transformacci *, 333-341.
- Cascales, Jorge (2017a). Dibujando caminos: Los grupos de hombres como estrategia entre lo personal y lo político. En Anastasia Téllez (Ed.), *Igualdad de género e identidad masculina* (pp. 80-98). Universidad Miguel Hernández de Elche. <https://innovacionumh.es/editorial/Igualdad%20de%20genero.pdf>
- Cascales, Jorge (2017b). Metáforas en el aire: Discurso, género, prestigio y privilegios en la masculinidad actual. En Marian Blanco-Ruiz y Clara Sainz (Eds.), *Investigación Joven con Perspectiva de Género II* (pp. 164-179). Instituto de Estudios de Género, Universidad Carlos III.
- Cascales, Jorge (2019).  Y ahora qué hacemos? La crisis de la masculinidad ante la reinventi n de la familia. En Javier Eloy Martínez, Anastasia Téllez y Joan Sanfélix (Eds.), *Deconstruyendo la masculinidad: Cultura, género e identidad* (pp. 219-237). Tirant Humanidades.
- Cascales, Jorge; Alonso, Bakea y Blanco, Juan (2022). La intervención social con hombres desde un enfoque transformador de género: Un reto para los equipos profesionales. En Ramón López, Raquel Conchell y Mónica Villar (Eds.), *Hoy es el mañana de la Educación Social* (pp. 143-153). Octaedro Editorial.
- Cascales, Jorge; Tapia, Fortunato y De las Heras, Rebeca (2022). *GreenFlags: Haciendo las cosas de otra forma. Guía para trabajar masculinidades, micromachismo y prevención de adicciones con jóvenes*. ASECEDI.
- Cascales, Jorge y Téllez, Anastasia (2021). Masculinidades y activismo en el Movimiento de Hombres: Igualdad, mitopoética y neomachismo. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez y Joan Sanfélix (Eds.), *De la Teoría a la Acción: En busca de masculinidades igualitarias*. (pp. 61-96). Dykinson.
- Castel, Robert (1995). De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso. *Archipiélago*, 21, 27-36.
- Castel, Robert (1997). *Las metamorfosis de la cuestión social: Una crónica del salariado*. Paidós.
- Castel, Robert (2004). Encuadre de la exclusión. En *La exclusión: Bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*. (pp. 55-86). Gedisa.
- Castel, Robert (2008). La protección social en una sociedad de semejantes. *Revista CS*, 1, 13-40.
- Castel, Robert (2012). *El ascenso de las incertidumbres: Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Fondo de Cultura Económica.
- Castel, Robert (2015). *La inseguridad social:  Qu  es estar protegido?* Ediciones Manantial.

- Castillo, Edelmira y Vásquez, Martha Lucía (2003). El rigor metodológico en la investigación cualitativa. *Colombia médica*, 34(3), 164-167.
- Cavanagh, Kate y Cree, Vivienne E. (2002a). *Working with Men: Feminism and Social Work*. Routledge.
- Ceballos, Marta (2012). Indicadores aplicados a la visión dominante de la masculinidad por adolescentes de educación secundaria: La importancia del «deber ser» hombre. *Ultima década*, 36, 141.
- Cebrián, Susana; Geldschläger, Heinrich; Ginés, Oriol; Plaza, Montserrat y Ponce, Álvaro (2011). *Hombres al Teléfono: Violencia de género, igualdad y masculinidad*. CONEXUS.
- Cela, Xavier (2020). Masculinitats (in)habitables: Transaccions, gènere i patiment mental entre els adolescents i joves [Tesis Doctoral]. Universitat Rovira i Virgili.
- Chacón-Fuertes, Fernando (1989). Necesidad Social y Servicios Sociales. *Papeles del Psicólogo*, 41/42, 18-24.
- Champagne, John (1995). *The Ethics of Marginality: A New Approach to Gay Studies*. U of Minnesota Press.
- Charmaz, Kathy (2014). *Constructing Grounded Theory*. SAGE.
- Chase, Elaine y Walker, Robert. (2013). The Co-construction of Shame in the Context of Poverty: Beyond a Threat to the Social Bond. *Sociology*, 47(4), 739-754. <https://doi.org/10.1177/0038038512453796>
- Cheng, Cliff (1999). Marginalized masculinities and hegemonic masculinity: An introduction. *The Journal of men's studies*, 7(3), 295-315.
- Chodorow, Nancy (1984). *El ejercicio de la maternidad: Psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*. Gedisa.
- Christie, Alastair (1998). Is social work a 'non-traditional' occupation for men? *The British Journal of Social Work*, 28(4), 491-510.
- Christie, Alastair (Ed.) (2001). *Men and Social Work: Theories and Practices*. Palgrave.
- Clarke, Adele E. (2005). *Situational Analysis: Grounded Theory After the Postmodern Turn*. SAGE.
- Collins, Patricia Hill y Bilge, Sirma (2019). *Interseccionalidad*. Ediciones Morata.
- Coll-Planas, Gerard (2008). Homosexuals, bolleres i rarets: Posicions polítiques en el moviment lèsbic i gai. *Athenea Digital: revista de pensamiento e investigación social*, 14, 41-61.
- Colton, Matthew; Casas, Ferran; Drakeford, Mark; Roberts, Susan; Scholte, Evert y Williams, Margaret (1997). *Stigma and Social Welfare: An International Comparative Study*. Avebury.

- Comas d'Argemir, Dolors (Ed.) (1990). *Familia y relaciones de parentesco: Estudios desde la antropología social*. Institut Valencià de la Dona.
- Comas d'Argemir, Dolors (1995). *Trabajo, género, cultura: La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*. Icaria.
- Comas d'Argemir, Dolors (2016). Hombres cuidadores: Barreras de género y modelos emergentes. *Psicoperspectivas*, 15(3), 10-22.
- Comas d'Argemir, Dolors; Alonso-Rey, Natalia y Deusdad, Blanca (2018). Des maris qui soignent leurs épouses âgées. Genre, générations et politiques publiques en Catalogne. *Ethnologie française*, 48(3), 451-464.
- Comelles, Josep M. (1989). El proceso asistencial. Bases para una antropología de la medicina de la sociedad española. En *Actas do II Coloquio de Antropoloxía: Centenario de Vicente Risco*. (pp. 71-79). Xunta de Galicia, Consellería da Presidencia e Administración Pública, Servicio Central de Publicacións.
- Comelles, Josep M. (2000). De la ayuda mutua y de la asistencia como categorías antropológicas: Una revisión conceptual. *Trabajo social y salud*, 35, 151-172.
- Conchell, Raquel (2012). *La intervención en medio abierto con hombres penados por violencia contra la mujer: Un análisis pre-post de los indicadores de eficacia del programa contexto* [Tesis Doctoral]. Universitat de València.
- Connell, Raewyn (2002). *Gender*. Wiley.
- Connell, Raewyn (2012). Masculinity research and global change. *Masculinities y Social Change*, 1(1), 4-18.
- Connell, Raewyn (2014 [1987]). *Gender and Power: Society, the Person and Sexual Politics*. Polity Press.
- Connell, Raewyn (2015 [1995]). *Masculinidades*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Connell, Raewyn (2023). *Raewyn Connell: Research, Politics, Social Change*. Melbourne University Publishing.
- Connell, Raewyn y Messerschmidt, James W. (2005). Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept. *Gender y Society*, 19(6), 829-859. <https://doi.org/10.1177/0891243205278639>
- Cook, Fay Lomax y Barrett, Edith J. (1992). *Support for the American Welfare State: The Views of Congress and the Public*. Columbia University Press.
- Cooper, Melinda (2022). *Los Valores de la Familia. Entre el neoliberalismo y el nuevo social-conservadurismo*. Traficantes de Sueños.
- Copes, Heith y Hochstetler, Andy (2008). Situational Construction of Masculinity Among Male Street Thieves. En Stephen Tomsen (Ed.), *Crime, Criminal Justice and Masculinities* (pp. 165-190). Routledge.

- Cortina, Adela (2017). *Aporofobia, el rechazo al pobre: Un desafío para la democracia*. Paidós.
- Coston, Bethany M. y Kimmel, Michael (2012). Seeing privilege where it isn't: Marginalized masculinities and the intersectionality of privilege. *Journal of Social Issues*, 68(1), 97-111.
- Courtenay, Will H. (2000). Constructions of masculinity and their influence on men's well-being: A theory of gender and health. *Social Science y Medicine*, 50(10), 1385-1401. [https://doi.org/10.1016/S0277-9536\(99\)00390-1](https://doi.org/10.1016/S0277-9536(99)00390-1)
- Cree, Vivienne (2001). Men and masculinities in social work education. En Alastair Christie (Ed.), *Men and Social Work. Theories and Practices* (pp. 147-163). Palgrave Macmillan.
- Crenshaw, Kimberlé (1991). Mapping the margins: Intersectionality, identity politics, and violence against women of color. *Stanford Law Review*, 43, 1241-1299.
- Cruz-Díaz, Edwin (2001). *Amistad entre hombres puertorriqueños* [Tesis Doctoral]. University of Puerto Rico.
- Cucó, Josepa (1992). Familia, amistad y cultura asociativa en el País Valenciano. *Revista de antropología social*, 1, 9-28.
- Cucó, Josepa (1995). *La amistad: Perspectiva antropológica*. Icaria.
- Cucó, Josepa (2022). Els impactes de l'amistat en la vida col·lectiva. En *L'antropologia importa: Textos en homenatge a Dolors Comas d'Argemir*. (pp. 51-64). Publicacions URV.
- Daly, Mary y Lewis, Jane (2000). The concept of social care and the analysis of contemporary welfare states. *The British Journal of Sociology*, 51(2), 281-298. <https://doi.org/10.1111/j.1468-4446.2000.00281.x>
- David, Deborah S. y Brannon, Robert (1976). *Forty-Nine Percent Majority: The Male Sex Role*. Random House.
- Davis, Angela (2004). *Mujeres, raza y clase*. Ediciones AKAL.
- de Keijzer, Benno (1997). El varón como factor de riesgo: Masculinidad, salud mental y salud reproductiva. En Esperanza Tuñón (Ed.), *Género y salud en el sureste de México* (pp. 197-220). El Colegio de la Frontera Sur: Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.
- de Keijzer, Benno (2003). Hasta donde el cuerpo aguante: Género, cuerpo y salud masculina. En Carlos Cáceres, Marcos Cueto, Miguel Ramos y Sandra Vallenás (Eds.), *La salud como derecho ciudadano: Perspectivas y propuestas desde América Latina* (pp. 137-152). Universidad Peruana Cayetano Herida.
- de Keijzer, Benno; Mendoza, Fernando; Valenzuela, Alexis; Ovando, Iván; Cortés, Edna y Loya, Alejandro (2019). *Masculinidades y salud en la región de las Américas* (p. 106). Organización Panamericana de la Salud.

- de Las Heras, M^a Patrocinio (2005). La universalización de los Servicios Sociales: El cuarto pilar del Estado de Bienestar. En *Tendencias en exclusión social y políticas de solidaridad*. (pp. 73-100). Iniciativas Editoriales Sistema.
- de Las Heras, M^a Patrocinio (2020). Desafíos y retos del Sistema Público de Servicios Sociales. *Tiempo de paz*, 137, 46-56.
- del Hoyo, Idoia (2019). El estigma al servicio del poder dominación y resistencias desde la interseccionalidad. *Feminismo/s*, 33, 65-90.
- del Río, Alfonso y Cordero-Rodríguez, Oihana (2023). Hetero-asintomáticos: Un estudio sobre la plumofobia en las aplicaciones de contactos entre hombres. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 18(1), 161-183. <https://doi.org/10.11156/aibr.1801180108>
- Deleuze, Gilles (1999). ¿Qué es un dispositivo? En Etienne Balibar, Gilles Deleuze, Hubert L. Dreyfus, Manfred Frank y André Glücksmann (Eds.), *Michel Foucault, filósofo* (pp. 155-163). Gedisa.
- Deleuze, Gilles (2005). *La isla desierta y otros textos: Textos y entrevistas (1953-1974)*. Editorial Pre-Textos.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1997). *Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos.
- Delgado, Lionel S. (2019). Locus de género: Masculinidades y espacios urbanos en contextos de cambio. *Asparkia: Investigación feminista*, 35, 45-66.
- Delgado, Lionel S. (2021). La teoría no crece en los árboles: Claves conceptuales para abordar las masculinidades jóvenes. En Juan Antonio Rodríguez del Pino, Erika Masanet y María Eugenia González (Eds.), *Moldear Hombres: Juventud y representación de las masculinidades en la sociedad actual* (pp. 17-32). Icaria.
- Demetriou, Demetrakis Z. (2001). Connell's concept of hegemonic masculinity: A critique. *Theory and society*, 30(3), 337-361.
- Denzin, Norman K. y Lincoln, Yvonna S. (2005). *The SAGE Handbook of Qualitative Research*. SAGE.
- Despentes, Virginie (2018). *Teoría King Kong*. Random Hause.
- Díaz, Capitolina (2002). Parejas, dinero e individualización. *RES. Revista Española de Sociología*, 2, 129-136.
- Díaz-Herráiz, Eduardo y Fernández de Castro, Patricia (2013). Conceptualización del diagnóstico en Trabajo Social: Necesidades sociales básicas. *Cuadernos de trabajo social*, 26(2), 431-443.
- Dominelli, Lena (1999). Working with men from a feminist perspective. En Jim Wild (Ed.), *Working with men for change* (p. 245). UCL Press.

- Dominelli, Lena (2014). La práctica antiopresiva en Trabajo Social. En María Himelda Ramírez (Ed.), *La investigación y la práctica en trabajo social* (pp. 35-50). Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia.
- Dominelli, Lena y McLeod, Eileen (1999). *Trabajo social feminista*. Universitat de València.
- Domínguez, Yolanda (2021). *Maldito estereotipo*. Penguin Random House Grupo Editorial España.
- Donzelot, Jacques (1979). *La policía de las familias*. Pre-Textos.
- Donzelot, Jacques (2007 [1994]). *La invención de lo social: Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*. Ediciones Nueva Visión.
- Douglas, Mary (1996). *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*. Grupo Planeta (GBS).
- Doyal, Len y Gough, Ian (1994). *Una teoría de las necesidades humanas*. Icaria.
- Du Bois, William Edward Burghardt (2014 [1899]). *The Philadelphia Negro. A Social Study*. Oxford University Press.
- Duarte, Klaudio (2016). Genealogía del Adultocentrismo. La constitución de un Patriarcado Adultocéntrico. En Klaudio Duarte y Carolina Álvarez (Eds.), *Juventudes en Chile. Miradas de jóvenes que investigan* (pp. 17-47). Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Chile.
- Dubar, Claude (2002). *La crisis de las identidades: La interpretación de una mutación*. Bellaterra.
- Dubet, François (2006). *El declive de la institución: Profesiones, sujetos e individuos en la modernidad*. Gedisa.
- Dubet, François (2015). *¿Por qué preferimos la desigualdad?: (Aunque digamos lo contrario)*. Siglo XXI Editores.
- Dubet, François (2020). *La época de las pasiones tristes: De como este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*. Siglo XXI Editores.
- Dubois, Vincent (2018). *El burócrata y el pobre: Relación administrativa y tratamiento de la miseria*. Institució Alfons el Magnànim.
- Durán, Mari Ángeles (1986). *La jornada interminable*. Icaria.
- Edgar, Bill (2012). The ETHOS definition and classification of homelessness and housing exclusion. *European Journal of Homelessness*, 6(2), 219-225.
- Eisenberg, Anita (1994). *Influencia de la familia de origen en la orientación al logro y el locus de control*. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

- Ema, José Enrique (2009). Una mirada materialista sobre los debates epistemológicos en la psicología social. *Diversitas: perspectivas en psicología*, 5(2), 225-239.
- Enguix, Begonya (2012). Cultivando cuerpos, modelando masculinidades. *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 67(1), 147-180.
- Enguix, Begonya (2020). Las (nuevas) masculinidades a debate: Poder, privilegio, cuerpo y cuidados. En *Hombres, género y patriarcado: Reflexiones, cuerpos y representaciones* (pp. 35-54). Dykinson.
- Espada, José María (1998). Hombres, motos y riesgo: Androcentrismo y sexismo en el mundo de las motos. *Emakunde*, 93, 1-30.
- Esping-Andersen, Gøsta (1993). *Los tres mundos del estado del bienestar*. Alfons el Magnanim.
- Esping-Andersen, Gøsta y Palier, Bruno (2010). *Los tres grandes retos del estado del bienestar*. Editorial Ariel.
- Espinosa, Jesús (2022). *Hombres feministas y masculinidad en la España contemporánea*. Ediciones Cátedra.
- Espinosa-Maestre, Francisco (2015). *La justicia de Queipo: Violencia selectiva y terror fascista en la II División en 1936*. Grupo Planeta Spain.
- Fabbri, Luciano (2013). Masculinidad y producción de conocimiento no androcéntrico: Interpelaciones de la epistemología feminista. *Revista Sujeto, Subjetividad y Cultura*, 5, 36-44.
- Fabbri, Luciano (2019). Género, masculinidad (es) y salud de los varones. Tensiones epistemológicas y derivas políticas. *Avatares Filosóficos*, 5, 143-158.
- Fabiani, Jean-Louis y Theys, Jacques (1987). *La Société vulnérable: Évaluer et maîtriser les risques*. Presses de l'Ecole normale supérieure.
- Fantova, Fernando (2004). Perspectivas en gestión de servicios sociales. *Zerbitzuan: Gizarte zerbitzuetarako aldizkaria = Revista de servicios sociales*, 1-34.
- Faur, Eleonor (2006). Género, masculinidades y conciliación familia-trabajo. *Nómadas*, 24, 130-141.
- Featherstone, Brid; Rivett, Mark y Scourfield, Jonathan (2007). *Working with Men in Health and Social Care*. SAGE.
- Federici, Silvia (2013). *Revolución en Punto Cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas*. <https://www.traficantes.net/libros/revoluci%C3%B3n-en-punto-cero>
- Ferber, Abby L. (2007). The construction of Black masculinity: White supremacy now and then. *Journal of Sport and Social Issues*, 31(1), 11-24.
- Ferber, Marianne A. y Nelson, Julie A. (2009). *Beyond Economic Man: Feminist Theory and Economics*. University of Chicago Press.

- Ferguson, Ann Arnett (2001). *Bad Boys: Public Schools in the Making of Black Masculinity*. University of Michigan Press.
- Fernández-D'Andrea, Karina; Carbonero, Domingo; Raya, Ester; Caparrós, Neus y Gimeno, Chabier (2016). El enfoque narrativo como nuevo paradigma en el Trabajo Social. Una propuesta para superar la indefensión aprendida en los sectores excluidos. En *Respuestas transdisciplinarias en una sociedad global: Aportaciones desde el Trabajo Social* (p. 104). Universidad de La Rioja.
- Fernández de Sanmamed, Alberto (2013). La marea naranja. *RES : Revista de Educación Social*, 17, 33-34.
- Fernández-Rasines, Paloma y Gámez-Ramos, Tamara (2013). La invisibilidad de las mujeres sin hogar en España. *Revista de Psicología*, 22(2), Article 2. <https://doi.org/10.5354/0719-0581.2013.30852>
- Ferrándiz, Isabel (2019). Hombres de carne y pelo. Los 'osos' de Barcelona desde una mirada etnográfica [Tesis Doctoral]. Universitat Autònoma de Barcelona.
- Ferrer, Victoria Aurora y Bosch, Esperanza (2019). El género en el análisis de la violencia contra las mujeres en la pareja: De la "ceguera" de género a la investigación específica del mismo. *Anuario de Psicología Jurídica*, 29(1), 69-76. Scopus. <https://doi.org/10.5093/apj2019a3>
- Ferrera, Maurizio (1996). The Southern Model of welfare in social Europe. *Journal of European social policy*, 6(1), 17-37.
- Figueroa, Juan Guillermo y Franzoni, Josefina (2011). Del hombre proveedor al hombre emocional: Construyendo nuevos significados de la masculinidad entre varones mexicanos. En Francisco Aguayo y Michelle Sadler (Eds.), *Masculinidades y políticas públicas. Involucrando hombres en la equidad de género* (pp. 64-83). Universidad de Chile.
- Figueroa, Juan Guillermo y Hernández, Tania (2019). Hombres en profesiones de cuidado tradicionalmente feminizadas. *Papeles de población*, 25(100), 121-151. <https://doi.org/10.22185/24487147.2019.100.15>
- Filgueira, Carlos (2001). *Estructura de oportunidades y vulnerabilidad social: Aproximaciones conceptuales recientes*. CEPAL: Naciones Unidas.
- Flaquer, Lluís (1998). *El destino de la familia*. Editorial Ariel.
- Flick, Uwe (2012). *Introducción a la investigación cualitativa*. Ediciones Morata, S.L.
- Flick, Uwe (2014). *La gestión de la calidad en Investigación Cualitativa*. Ediciones Morata.
- Flick, Uwe (2015). *El diseño de la Investigación Cualitativa*. Ediciones Morata.
- Flood, Michael (2008). Men, sex, and homosociality: How bonds between men shape their sexual relations with women. *Men and masculinities*, 10(3), 339-359.

- Folks, Jeffrey J. (2010). Richard Ford's Postmodern Cowboys. En Huey Guagliardo (Ed.), *Perspectives on Richard Ford*. Univ. Press of Mississippi.
- Fombuena, Josefa (2006). La influencia de la dimensión de género en el Trabajo Social. *Cuadernos de trabajo social*, 19, 133-154.
- Forns, M. Victòria (2020). La garantía de una renta básica de ciudadanía como instrumento del Estado del Bienestar en transformación. *Revista de Investigações Constitucionais*, 7(1), 11-58.
- Foucault, Michel (1984). *Un dialogo sobre el poder y otras conversaciones*. Alianza Editorial.
- Foucault, Michel (1999 [1970]). *El orden del discurso*. Tusquets Editores.
- Foucault, Michel (2001a [1978]). *La verdad y las formas jurídicas*. Editorial GEDISA.
- Foucault, Michel (2001b). *Los anormales: Curso del Collège de France (1974-1975)*. Akal.
- Foucault, Michel (2003). *El yo minimalista y otras conversaciones*. La Marca.
- Foucault, Michel (2012 [1975]). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores.
- Fraser, Brodie; Pierse, Nevil; Chisholm, Elinor y Cook, Hera (2019). LGBTIQ+ homelessness: A review of the literature. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 16(15), 1-13.
- Fraser, Nancy (1997). *Iustitia interrupta: Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*. Siglo del Hombre Editores.
- Fraser, Nancy y Honneth, Axel (2006). *¿Redistribución o reconocimiento?: Un debate político-filosófico*. Ediciones Morata.
- Friedan, Betty (2017). *La mística de la feminidad*. Ediciones Cátedra.
- Fuller, Norma (1996). En torno a la polaridad machismo-marianismo. *Hojas de Warmi*, 7, 11-18.
- Fuller, Norma (2012). Repensando el machismo latinoamericano. *Masculinidades y Cambio Social*, 1(2), 114-133.
- Gabarró, Daniel (2012). ¿Debe el trabajo social atender a los hombres? *RTS: Revista de treball social*, 195, 76-88.
- Galán, Alba; Botija, Mercedes y Gallen, Eva (2022). Necesidades y propuestas en la intervención social con mujeres sin hogar. *Cuadernos de trabajo social*, 35(2), 149-159.

- Galdas, Paul M.; Cheater, Francine y Marshall, Paul (2005). Men and health help-seeking behaviour: Literature review. *Journal of Advanced Nursing*, 49(6), 616-623. Scopus. <https://doi.org/10.1111/j.1365-2648.2004.03331.x>
- Galtung, Johan (1985). *Sobre la paz*. Fontamara.
- Galtung, Johan y Wirak, Anders Helge (1976). *Human Needs, Human Rights, and the Theory of Development*. University of Oslo.
- Gandolfi, Fernanda (2022). La épica subalterna de la masculinidad. La performance corporal de varones militantes obreros. *Revista Uruguaya de Antropología y Etnografía*, 7(1), 102-126.
- Garasky, Steven y Meyer, Daniel R. (1996). Reconsidering the Increase in Father-Only Families. *Demography*, 33(3), 385-393. <https://doi.org/10.2307/2061769>
- García-Dauder, Dau y Ruiz-Trejo, Marisa Gisele (2021). Un viaje por las emociones en procesos de investigación feminista. *Empiria: Revista de metodología de ciencias sociales*, 50, 21-41.
- García-Faroldi, Livia (2023). ¿Cómo conciliar la vida familiar y laboral fuera del horario escolar? Demandas de las parejas españolas de doble ingreso con hijos. *Revista CENTRA de Ciencias Sociales*, 2(1), 83-102.
- García-García, Antonio Agustín (2009). *Modelos de identidad masculina: Representaciones y encarnaciones de la virilidad en España (1960-2000)* [Tesis Doctoral]. Universidad Complutense de Madrid.
- García-García, Antonio Agustín (2010). Exponiendo hombría. Los circuitos de la hipermasculinidad en la configuración de prácticas sexistas entre varones jóvenes. *Revista de Estudios de Juventud*, 89, 59-78.
- García-Toro, Victor y Zavala, Eduardo (2016). Prisión, género masculino y Trabajo Social: Una autorreflexión en torno a dimensiones a considerar. *Revista de trabajo social*, 90, 59-72.
- Gasch Gallén, Ángel (2016). *Las prácticas de riesgo entienden de género. Masculinidades y prácticas de riesgo en hombres que tienen sexo con hombres* [Tesis Doctoral]. Universidad de Zaragoza.
- Geldschläger, Heinrich; Beckmann, Stefan; Jungnitz, Ludger; Puchert, Ralf; Stabingis, Ansis Jurgis; Dully, Cyril; Kraus, Heinrich; Logar, Rosa; Dotterud, Per Kristian; Lorentzen, Jørgen y Schweier, Sibylle (2010). Programas Europeos de Intervención para Hombres que Ejercen Violencia de Género: Panorámica y Criterios de Calidad. *Psychosocial Intervention*, 19(2), 181-190.
- Giddens, Anthony (1979). *Central Problems in Social Theory: Action, Structure, and Contradiction in Social Analysis*. University of California Press.
- Giddens, Anthony (1995). *Modernidad e identidad del yo: El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Península.

- Giddens, Anthony (2000). *Un mundo desbocado: Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Taurus.
- Giddens, Anthony (2011). *La constitución de la sociedad: Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu.
- Gil Calvo, Enrique (2006). *Máscaras masculinas: Héroes, patriarcas y monstruos*. Anagrama.
- Gil Parejo, Manuel (2004). Del asistencialismo a la profesionalización. Un análisis del Trabajo Social en España desde la literatura profesional. *Miscelánea Comillas: Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, 62(120), 273-328.
- Gilligan, Carol (1993). *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*. Harvard University Press.
- Gilmore, David D. (1975). Friendship in Fuenmayor: Patterns of integration in an atomistic society. *Ethnology*, 14(4), 311-324.
- Gilmore, David D. (1994). *Hacerse hombre: Concepciones culturales de la masculinidad*. Paidós.
- Giménez-Bertomeu, Víctor M. (2010). *Las organizaciones de servicios sociales de atención primaria: Estática, dinámica y propuestas de futuro*. Diputación de Alicante, Área de Bienestar Social.
- Glaser, Barney G. (1978). *Theoretical Sensitivity: Advances in the Methodology of Grounded Theory*. Sociology Press.
- Glaser, Barney G. y Strauss, Anselm L. (2009 [1967]). *The discovery of grounded theory: Strategies for qualitative research*. Aldine.
- Glass, Leonard L. (1984). Man's Man/Ladies' Man: Motifs of Hypermasculinity. *Psychiatry*, 47(3), 260-278. <https://doi.org/10.1080/00332747.1984.11024247>
- Goffman, Erving (1970). *Ritual de la interacción*. Tiempo Contemporáneo.
- Goffman, Erving (2001 [1961]). *Internados: Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Amorrortu.
- Goffman, Erving. (2006 [1963]). *Estigma: La identidad deteriorada*. Amorrortu.
- Goffman, Erving. (2009 [1959]). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu Editores.
- Goldthorpe, John H. (1995). Sobre la clase de servicio, su formación y su futuro. En Julio Carabaña y Andrés de Francisco (Eds.), *Teorías contemporáneas de las clases sociales* (pp. 229-263). Editorial Pablo Iglesias.
- Gómez, Iván (2019). Grindr y la masculinidad hegemónica: Aproximación comparativa al rechazo de la feminidad. *Estudios sociológicos*, 37(109), 39-68.

- Gómez-Correal, Diana M. (2019). Emociones, epistemología y acción colectiva en contextos de violencia socio-política. Reflexiones breves de una experiencia de investigación feminista. En Hegoa y SIMReF (Ed.), *Otras formas de (des)aprender: Investigación feminista en tiempos de violencia, resistencias y decolonialidad*. (pp. 77-90). Universidad del País Vasco.
- González-Pages, Julio César (2019). Estudios de masculinidades en América Latina. En *Deconstruyendo la masculinidad: Cultura, género e identidad* (pp. 69-81). Tirant Humanidades.
- Good, Glenn E.; Dell, Don M. y Mintz, Laurie B. (1989). Male role and gender role conflict: Relations to help seeking in men. *Journal of Counseling Psychology*, 36(3), 295-300. <https://doi.org/10.1037/0022-0167.36.3.295>
- Goodman, Lisa; Fels, Katya y Glenn, Catherine (2006). No Safe Place: Sexual Assault in the Lives of Homeless Women. *VAWnet: The National Online Resource Center on Violence Against Women, National Resource Center on Domestic Violence (NRC DV)*, 1-12.
- Guasch, Óscar (1991). *La sociedad rosa*. Anagrama.
- Guasch, Óscar (1993). Para una sociología de la sexualidad. *Reis*, 105-121.
- Guasch, Óscar (1996). *Observación participante*. Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Guasch, Óscar (2003). Ancianos, guerreros, efebos y afeminados: Tipos ideales de masculinidad. En Juan Blanco y José M^a Valcuende del Río (Eds.), *Hombres: La construcción cultural de las masculinidades* (pp. 113-124). Talasa.
- Guasch, Óscar (2006). *Héroes, científicos, heterosexuales y gays: Los varones en perspectiva de género*. Bellaterra.
- Guasch, Óscar (2008). Los varones en perspectiva de género: Teorías y experiencias de discriminación. *Asparkia: Investigación feminista*, 19, 29-38.
- Guba, Egon G. y Lincoln, Yvonna S. (1981). *Effective Evaluation: Improving the usefulness of evaluation results through responsive and naturalistic approaches*. Jossey-Bass Publishers.
- Guba, Egon G. y Lincoln, Yvonna S. (1989). *Fourth Generation Evaluation*. SAGE.
- Guerrero, Joaquín (2017). Las claves de la autoetnografía como método de investigación en la práctica social: Conciencia y transformatividad. *Investigación Cualitativa en Ciencias Sociales*, 3, 130-134.
- Guevara, Elsa S. (2008). La masculinidad desde una perspectiva sociológica. Una dimensión del orden de género. *Sociológica (México)*, 23(66), 71-92.
- Guichard, Martine; Grätz, Tilo y Diallo, Youssouf (2014). *Friendship, Descent and Alliance in Africa: Anthropological Perspectives*. Berghahn Books.

- Gutiérrez-Brito, Jesús (2008). *Dinámica del grupo de discusión*. Centro Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Gutmann, Matthew C. (1994). Los hijos de Lewis: La sensibilidad antropológica y el caso de los pobres machos. *Alteridades*, 7, 9-19.
- Gutmann, Matthew C. (1998). Traficando con hombres: La antropología de la masculinidad. *Revista de estudios de género: La ventana*, 1(8), 47-99.
- Gutmann, Matthew C. (2000). *Ser hombre de verdad en la ciudad de México: Ni macho ni mandilón*. El Colegio de México.
- Hall, Stuart y Gay, Paul Du (2003). *Cuestiones de identidad cultural*. Amorrortu.
- Haller, Alberto (2012). Bakalao en el museo. *Revista Eclética. Revista de estudios culturales.*, 3, 126-131.
- Hanmer, Jalna y Statham, Daphne (1988). *Women and Social Work: Towards a Woman-centred Practice*. Macmillan International Higher Education.
- Haraway, Donna J. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*. Ediciones Cátedra.
- Harding, Sandra (1997). *Ciencia y feminismo*. Ediciones Morata.
- Harding, Sandra (2016). *Whose Science? Whose Knowledge?: Thinking from Women's Lives*. Cornell University Press.
- Hartsock, Nancy (2020). The Feminist Standpoint: Toward a Specifically Feminist Historical Materialism. En *Feminist Theory Reader* (5.ª ed.). Routledge.
- Hasenfeld, Yeheskel (1990). *Organizaciones al servicio del hombre*. Fondo de Cultura Económica.
- Haywood, Chris y Johansson, Thomas (2017). *Marginalized Masculinities: Contexts, Continuities and Change*. Routledge.
- Hearn, Jeff (1996). Is masculinity dead? A critical account of the concepts of masculinity and masculinities. En Mairtin Mac an Ghaill (Ed.), *Understanding Masculinities: social relations and cultural arenas* (pp. 202-217). Open University Press.
- Hearn, Jeff (1998). *The Violences of Men: How Men Talk About and How Agencies Respond to Men's Violence to Women*. SAGE.
- Hearn, Jeff (2006). *Men In The Public Eye*. Routledge.
- Hearn, Jeff (2011). Neglected intersectionalities in studying men: Age (ing), virtuality, transnationality. En Helma Lutz, María Teresa Herrera y Linda Supik (Eds.), *Framing intersectionality: Debates on a multi-faceted concept in gender studies* (pp. 89-104). ASHGATE.

- Hearn, Jeff (2013). Methods and Methodologies in Critical Studies on Men and Masculinities. En Barbara Pini y Bob Pease (Eds.), *Men, Masculinities and Methodologies* (pp. 26-38). Palgrave Macmillan UK. https://doi.org/10.1057/9781137005731_2
- Hearn, Jeff (2018). Moving Men, Changing Men, Othering Men: On Politics, Care and Representation. *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, 34, 29-58.
- Hearn, Jeff; Nordberg, Marie; Andersson, Kjerstin; Balkmar, Dag; Gottzén, Lucas; Klinth, Roger; Pringle, Keith y Sandberg, Linn (2012). Hegemonic masculinity and beyond: 40 years of research in Sweden. *Men and masculinities*, 15(1), 31-55.
- Hearn, Jeff y Pringle, Keith (2006). *European Perspectives on Men and Masculinities: National and Transnational Approaches*. Springer.
- Heilman, Brian y Barker, Gary (2018). *Masculine Norms and Violence: Making the Connections*. Promundo-US. <https://promundoglobal.org/resources/masculine-norms-violence-making-connections/>
- Heilman, Brian; Barker, Gary y Harrison, Alexander (2017). *La caja de la masculinidad: Un estudio sobre lo que significa ser hombre joven en Estados Unidos, el Reino Unido y México*. Promundo-US y Unilever.
- Herz, Marcus (2014). Män och social utsatthet: En översikt. En Svend Dahl, Claes Sonnerby, y Niclas Järnklo (Eds.), *Män och jämställdhet* (pp. 465-517). Statens Offentliga Utredningar.
- Herz, Marcus (2017). Being at Risk or Being a Risk? Marginalized Masculinity in Contemporary Social Work. En Chris Haywood y Thomas Johansson (Eds.), *Marginalized Masculinities: Contexts, Continuities and Change* (pp. 34-48). Routledge.
- Hidalgo, Darío (2017). El cambio de perfil de las personas usuarias de servicios sociales en momentos convulsos. *Documentos de trabajo social: Revista de trabajo y acción social*, 60, 79-91.
- hooks, bell (2014 [1992]). *Black Looks: Race and Representation*. Routledge.
- hooks, bell (2017 [2000]). *El feminismo es para todo el mundo*. Traficantes de Sueños.
- Howe, David (1985). The segregation of women and their work in the personal social services. *Critical Social Policy*, 5(15), 21-35. <https://doi.org/10.1177/026101838500501502>
- Hunt, Matthew O. (1996). The Individual, Society, or Both? A Comparison of Black, Latino, and White Beliefs about the Causes of Poverty. *Social Forces*, 75(1), 293-322. <https://doi.org/10.2307/2580766>
- Ibáñez, Jesús (1979). *Más allá de la sociología: El grupo de discusión. Teoría y crítica*. Siglo Veintiuno de España.

- Ibáñez-Fanés, Jordi y Arias, Manuel (2017). *En la era de la posverdad: 14 ensayos*. Calambur.
- Ife, Jim (1983). *The determination of social need* [Tesis Doctoral]. University of Tasmania.
- Iglesias-Aparicio, Pilar (2021). *Políticas de represión y punición de las mujeres: Las lavanderías de la Magdalena de Irlanda y el Patronato de Protección a la Mujer de España*. Círculo Rojo Editorial.
- Jackson, Ronald L. y Moshin, Jamie E. (2013). *Communicating Marginalized Masculinities: Identity Politics in TV, Film, and New Media*. Routledge.
- Jefferson, Tony (1994). Theorising masculine subjectivity. En Tim Newburn y Elizabeth A. Stanko (Eds.), *Just Boys Doing Business?: Men, Masculinities and Crime* (pp. 10-31). Routledge.
- Jerez, Andreu y Delle Donne, Franco (Eds.). (2019). *Epidemia Ultra: La Ola Reaccionaria Que Contagia a Europa*. Independently Published.
- Jociles Rubio, María Isabel (2001). El estudio sobre las masculinidades: Panorámica general. *Gazeta de antropología*, 17, 27.
- Johnson, Allan G. (2001). *Privilege, Power, and Difference*. McGraw-Hill.
- Johnson, Joy L.; Oliffe, John L., Kelly; Mary T., Galdas; Paul M. y Ogrodniczuk, John S. (2012). Men's discourses of help-seeking in the context of depression. *Sociology of health y illness*, 34(3), 345-361.
- Jones, Nikki (2008). Working 'the code': On girls, gender, and inner-city violence. *Australian y New Zealand Journal of Criminology*, 41(1), 63-83.
- Juliano, Dolores (1997). Fronteras de género. En Virginia Maquieira y María Jesús Vara (Eds.), *Género, clase y etnia en los nuevos procesos de globalización: XI Jornadas de Investigación Interdisciplinaria sobre la Mujer* (pp. 213-220). Instituto Universitario de Estudios de la Mujer.
- Juliano, Dolores (1998). *Las que saben: Subculturas de mujeres*. Horas y Horas.
- Kadushin, Alfred (1976). Men in a woman's profession. *Social Work*, 21(6), 440-447.
- Kahn, Alfred J. y Kamerman, Sheila B. (1987). *Los servicios sociales desde una perspectiva internacional*. Siglo XXI de España Editores, S.A.
- Karsz, Saül (2007). *Problematizar el trabajo social: Definición, figuras, clínica*. Gedisa.
- Katz, Irwin (2014). *Stigma: A Social Psychological Analysis*. Psychology Press.
- Kaufman, Michael (1997). Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En *Masculinidad/es: Poder y crisis* (pp. 63-81). ISIS.

- Kaufman, Michael y Horowitz, Gad (1989). *Hombres, placer, poder y cambio*. Centro de Investigación para la Acción Femenina.
- Kaztman, Rubén (2001). Seducidos y abandonados: El aislamiento social de los pobres urbanos. *Revista de la CEPAL*, 75, 171-189.
- Kemper, Theodore D. (1990). *Research Agendas in the Sociology of Emotions*. SUNY Press.
- Kimmel, Michael (1994). Masculinity as homophobia. Fear, Shame, and Silence in the Construction of Gender Identity. En Harry Brod y Michael Kaufman (Eds.), *Theorizing Masculinities* (Vol. 5, pp. 119-141). SAGE Publications.
- Kimmel, Michael (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En José Olavarria y Teresa Valdés (Eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis* (Vol. 24, pp. 49-63). Isis Internacional.
- Kimmel, Michael (2006). *Manhood in America: A Cultural History*. Oxford University Press.
- Kimmel, Michael (2009). *Guyland: The Perilous World Where Boys Become Men*. Harper Collins.
- Kimmel, Michael (2013). *Angry White Men: American Masculinity at the End of an Era*. Nation Books.
- Kipnis, Kenneth (2001). Vulnerability in research subjects: A bioethical taxonomy. *Ethical and policy issues in research involving human participants*, 2, G1-G13.
- Klein, Jessie (2013). The «Mask of Masculinity»: Underreported Declines in Male Friendship and Happiness in the United States. *Masculinidades y Cambio Social*, 2(1), 20-50.
- Krumm, Silvia; Checchia, Carmen; Koesters, Markus; Kilian, Reinhold y Becker, Thomas (2017). Men's views on depression: A systematic review and metasynthesis of qualitative research. *Psychopathology*, 50(2), 107-124.
- Kumar, Amit (2019). Moustache for all: Do you have? Can you have? A study of roles, stereotype, crisis of masculinity and identity. *Masculinities and Social Change*, 8(3), 276-306. Scopus. <https://doi.org/10.17583/MCS.2019.4080>
- Kumar, Pushpesh y Mukherjee, Debomita (2021). Subordinate and marginalised masculinities and the COVID-19 pandemic. *Economic and Political Weekly*, 1-12.
- Lachman, Margie E. y Weaver, Suzanne L. (1998). The sense of control as a moderator of social class differences in health and well-being. *Journal of Personality and Social Psychology*, 74(3), 763-773. <https://doi.org/10.1037//0022-3514.74.3.763>
- Laclau, Ernesto (1990). *New Reflections on the Revolution of Our Time*. Verso.

- Lamas, Marta (1997). La doble moral y la lógica de género. En Juliana González y Josu Landa (Eds.), *Los valores humanos en México* (pp. 57-72). Siglo XXI Editores.
- Lane-Steele, Laura (2011). Studs and Protest-Hypermasculinity: The Tomboyism within Black Lesbian Female Masculinity. *Journal of Lesbian Studies*, 15(4), 480-492. <https://doi.org/10.1080/10894160.2011.532033>
- Langan, Mary (1993). New directions in social work. En John Clarke (Ed.), *A crisis in care? Challenges to social work* (pp. 149-165). SAGE Publications Ltd.
- Langan, Mary y Day, Lesley (2002). *Women, Oppression and Social Work: Issues in Anti-Discriminatory Practice*. Routledge.
- Laparra, Miguel; Gaviria, Mario y Aguilar-Hendrickson, Manuel (1995). Iniciativas locales y comunitarias en la lucha contra la exclusión. En Luis Moreno y Sebastián Sarasa (Eds.), *El estado del bienestar en la Europa del Sur* (pp. 331-368). Instituto de Estudios Sociales Avanzados.
- León, Margarita (2002). Equívocos de la solidaridad: Prácticas familiaristas en la construcción de la política social española. *Revista internacional de sociología*, 31, 137-164.
- Lera, Carmen Inés (2016). La cuestión identitaria de Trabajo Social y lo asistencial. Trazos para repensar los desafíos contemporáneos. *Abordajes. Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, 4(7), 38-49.
- Levy, Donald P. (2007). Hypermasculinity. En Michael Flood, Judith Kegan Gardiner, Bob Pease y Keith Pringle (Eds.), *International Encyclopedia of Men and Masculinities* (pp. 325-326). Routledge.
- Li, Long-quan; Huang, Tian; Wang, Yong-qing; Wang, Zheng-ping; Liang, Yuan; Huang, Tao-bi; Zhang, Hui-yun; Sun, Weiming y Wang, Yuping (2020). COVID-19 patients' clinical characteristics, discharge rate, and fatality rate of meta-analysis. *Journal of Medical Virology*, 92(6), 577-583. <https://doi.org/10.1002/jmv.25757>
- Liendro, Eduardo (2003). El proceso de incluir a los hombres: Notas para un debate. En Ángela Meentzen y Enrique Gomáriz (Eds.), *Democracia de género, una propuesta inclusiva. Contribuciones desde América Latina y Europa* (pp. 125-143). Ediciones Böll.
- Lincoln, Yvonna S. y Guba, Egon G. (1985). *Naturalistic Inquiry*. SAGE.
- Lins, Gustavo (1989). Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica. Un ensayo sobre la perspectiva antropológica. *Cuadernos de Antropología Social*, 3, 65-69.
- Lomas, Carlos (2004). *Los chicos también lloran: Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Grupo Planeta (GBS).
- Lomas, Carlos (2007). ¿La escuela es un infierno?: Violencia escolar y construcción cultural de la masculinidad. *Revista de educación*, 342, 83-102.

- Lomas, Tim (2013). Critical Positive Masculinity. *Masculinidades y Cambio Social*, 2(2), 167-193.
- Lopezosa, Carlos; Codina, Lluís y Freixa Font, Pere (2022). *ATLAS. ti para entrevistas semiestructuradas: Guía de uso para un análisis cualitativo eficaz*. Universitat Pompeu Fabra.
- Lorentzen, Jeanne M. (2017). Power and resistance: Homeless men negotiating masculinity. *Qualitative Sociology Review*, 13(2), 100-120.
- Lorey, Isabell (2016). *Estado de inseguridad: Gobernar la precariedad*. Traficantes de Sueños.
- Lozoya, José Ángel (1997). Los hombres ante el cambio de las mujeres. *Crítica*, 844, 18-20.
- Lozoya, José Ángel y Montaner, Joaquim (2021). La puesta en marcha del primer programa institucional para promover el cambio de los hombres hacia la igualdad: Jerez de la frontera 1999-2005. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez y Joan Sanfélix (Eds.), *De la Teoría a la Acción: En busca de masculinidades igualitarias*. (pp. 41-60). Dykinson.
- Lugones, María (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa: revista de humanidades*, 9, 73-102.
- Luhmann, Niklas (2006). *Sociología del riesgo*. Universidad Iberoamericana.
- Mac an Ghaill, Mairtin y Haywood, Chris (2012). Understanding boys: Thinking through boys, masculinity and suicide. *Social Science y Medicine*, 74(4), 482-489. <https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2010.07.036>
- Macaya, Laura (2013). *Esposas nefastas y otras aberraciones: El dispositivo jurídico como red de construcción de feminidad*. Dilettants.
- Marcaletti, Francesco y Cavallotti, Rita (2021). Un estudio exploratorio sobre capital social familiar en España y sus relaciones con otras formas de capital social. *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 173, 47-67.
- Marín-Navarrete, Rodrigo; Elíosa-Hernández, Angélica; Lozano-Verduzco, Ignacio; Fernández, Carla; Turnbull, Bernardo y Tena-Suck, Antonio (2013). Estudio sobre la experiencia de hombres atendidos en centros residenciales de ayuda mutua para la atención de las adicciones. *Salud mental*, 36(5), 393-402.
- Marqués, Josep Vicent (1978). Sobre la alienación del varón. *El Viejo topo*, 28-35.
- Marqués, Josep Vicent (1983). *La construcción social del varón* [Tesis Doctoral]. Universitat de València.
- Marqués, Josep Vicent (1987). *¿Que Hace el Poder en Tu Cama?* Icaria.
- Marqués, Josep Vicent (1991). *Curso elemental para varones sensibles y machistas recuperables*. Temas de Hoy.

- Marqués, Josep Vicent (1997). Varón y patriarcado. En José Olavarría y Teresa Valdés (Eds.), *Masculinidad/es: Poder y crisis* (pp. 17-30). Isis Internacional.
- Marqués, Josep Vicent y Osborne, Raquel (1991). *Sexualidad y sexismo*. Fundación Universidad-Empresa.
- Martí-Belda, Ana; Pastor, Juan C.; Montoro, Luis y Bosó, Patricia (2019). Los infractores de tráfico persistentes: El consumo de alcohol y la personalidad como predictores de la retirada del permiso de conducir. *The European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 11(2), 81-92. <https://doi.org/10.5093/ejpalc2019a3>
- Martín, Sara (2007). Los estudios de la masculinidad. En Meri Torras (Ed.), *Cuerpo e identidad/ Body and Identity: Estudios De Genero Y Sexualidad* (pp. 89-112). Universitat Autònoma de Barcelona.
- Martínez, Javier Eloy (2019). Cuerpos en riesgo: Implicaciones y consecuencias de la masculinidad en las corporeidades. En Javier Eloy Martínez, Anastasia Téllez y Joan Sanfélix (Eds.) *Deconstruyendo la masculinidad: Cultura, género e identidad* (pp. 85-108). Tirant Humanidades.
- Martínez-Benlloch, Isabel (1996). Subjetividad, transmisión y género. *Asparkia. Investigación feminista*, 6, 51-61.
- Martínez de Mandojana, Iñigo (2017). *Profesionales portadores de oxitocina. Los buenos tratos profesionales*. El Hilo Ediciones.
- Martínez-Herrero, Inés; Cruz, Clara y Loakimidis, Vasilios (2014). Reconceptualizando el trabajo social en Europa del sur: El retorno de la política «en tiempos de malestares». *Servicios sociales y política social*, 106, 11-24.
- Martínez-Martínez, Lucía (2017). *Definición de las necesidades sociales para un nuevo desarrollo del sistema de servicios sociales de la comunidad valenciana, desde una metodología participativa* [Tesis Doctoral]. Universitat de València.
- Martínez-Martínez, Lucía y Uceda, Francesc Xavier. (2017). *Los Servicios Sociales en la provincia de Valencia: Análisis territorial y estado de la cuestión*. Universitat de València.
- Martínez-Martínez, Lucía; Uceda, Francesc Xavier y Canet, Encarna (2017). Los servicios sociales como derechos sociales y fundamentales. La realidad actual de la Comunitat Valenciana. *Servicios sociales y política social*, 113, 117-127.
- Martinko, Mark J. y Gardner, William L. (1982). Learned Helplessness: An Alternative Explanation for Performance Deficits. *The Academy of Management Review*, 7(2), 195-204. <https://doi.org/10.2307/257297>
- Martín-Palomo, María Teresa y Muñoz-Terrón, José María (2015). Interdependencias. Una aproximación al mundo familiar del cuidado. *Argumentos. Revista de crítica social*, 17, 7.
- Maslow, Abraham H. (1991 [1954]). *Motivación y personalidad*. Ediciones Díaz de Santos.

- Matamala, Elena (2020). *Sinhogarismo de larga duración: Trayectorias vitales e intervención institucional. Investigación aplicada en la ciudad de Valencia* [[Http://purl.org/dc/dcmitype/Text](http://purl.org/dc/dcmitype/Text)]. Universitat de València.
- Matamala, Elena (2022). *Desactivar el sinhogarismo de larga duración*. Universitat de València.
- Max-Neef, Manfred A. (2006). *Desarrollo a escala humana: Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. Icaria Editorial.
- Mayntz, Renate (1980). *Sociologia De La Organizacion*. Alianza Editorial.
- McDowell, Linda; Rootham, Esther y Hardgrove, Abby (2014). Precarious work, protest masculinity and communal regulation: South Asian young men in Luton, UK. *Work, employment and society*, 28(6), 847-864.
- McIntosh, Peggy (1997). White Privilege and Male Privilege: A Personal Account of Coming to See Correspondences through Work in Women's Studies. En Richard Delgado y Jean Stefancic (Eds.), *The Critical White Studies: Looking behind the mirror*. (pp. 291-299). Temple University Press.
- McIntosh, Peggy (2004). White privilege unpacking the invisible knapsack. En Paula S. Rothenberg (Ed.), *Race, Class, and Gender in the United States: An Integrated Study* (pp. 177-182). Worth Publishers.
- Meil, Gerardo (2000). *Imágenes de la solidaridad familiar*. Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Meil, Gerardo (2011). *Individualización y solidaridad familiar*. Fundación «La Caixa».
- Meler, Irene (2002). Relaciones de género y subjetividad: Debates actuales. *Actualidades en psicología*, 18(105), 101-104.
- Meler, Irene (2004). Género, trabajo y familia: Varones trabajando. *Subjetividad y Procesos Cognitivos*, 223-248.
- Mendiara, Cristina (2014). Las Redes de apoyo social de la nueva pobreza atendida en el Centro Municipal de Servicios Sociales del Barrio de la Magdalena de Zaragoza. *Portularia: Revista de Trabajo Social*, 14, 73-86.
- Menjívar, Mauricio (2005). Paternidad e Identidad Masculina en Costa Rica: El Sobredimensionamiento del Mandato de la Proveeduría. *Diálogos: Revista electrónica de historia*, 5(1-2), 24.
- Mérida, Rafael M. (Ed.). (2016). *Masculinidades disidentes*. Icaria.
- Merleau-Ponty, Maurice (1957). *Fenomenología de la percepción*. Fondo de Cultura Económica.
- Merton, Robert K. (1960). *Teoría social y estructura social: 4 estudios*. Bello.
- Merton, Robert K. (2002). *Teoría y estructuras sociales*. Fondo de Cultura Económica.

- Messerschmidt, James W. (2000). *Nine Lives: Adolescent Masculinities, The Body And Violence*. Avalon Publishing.
- Messerschmidt, James W. (2018). *Hegemonic Masculinity: Formulation, Reformulation, and Amplification*. Rowman y Littlefield.
- Messerschmidt, James W. y Tomsen, Stephen (2018). Masculinities and crime. En Walter S. DeKeseredy y Molly Dragiewicz (Eds.), *Routledge handbook of critical criminology* (pp. 83-95). Routledge.
- Messner, Michael (1997). *Politics of Masculinities: Men in Movements*. Rowman y Littlefield.
- Messner, Michael (2007). The Masculinity of the Governor: Muscle and Compassion in American Politics. *Gender y Society*, 21(4), 461-480. <https://doi.org/10.1177/0891243207303166>
- Migliaccio, Todd (2014). Typologies of Men's Friendships: Constructing Masculinity through Them. *Masculinidades y Cambio Social*, 3(2), 119-147.
- Miles, Matthew B. y Huberman, A. Michael (1994). *Qualitative Data Analysis: An Expanded Sourcebook*. SAGE.
- Mill, John Stuart. (2014 [1863]). *El utilitarismo*. Alianza Editorial.
- Millett, Kate. (2017 [1969]). *Política sexual*. Ediciones Cátedra.
- Milligan, Christine y Morbey, Hazel (2016). Care, coping and identity: Older men's experiences of spousal care-giving. *Journal of Aging Studies*, 38, 105-114. <https://doi.org/10.1016/j.jaging.2016.05.002>
- Mitchell, Lee Clark (1998). *Westerns: Making the Man in Fiction and Film*. University of Chicago Press.
- Moix, Manuel (1993). «Universalidad» versus «selectividad» en los servicios sociales: La «discriminación positiva». *Alternativas: Cuadernos de trabajo social*, 2, 187-193.
- Moix, Manuel (2004). El Trabajo Social y los Servicios Sociales. Su concepto. *Cuadernos de trabajo social*, 17, 131-141.
- Moix, Manuel (2005). Servicios sociales universales y servicios sociales selectivos. *Servicios sociales y política social*, 72, 11-22.
- Molinero, María y Sánchez-Nimo, Silvana Maria (2021). "Del Orgullo a la Calle": Una Propuesta de Intervención Social con Personas LGTBI en Situación de Sinhogarismo dentro de los Modelos Housing. *Documentos de trabajo social: Revista de trabajo y acción social*, 64, 8-25.
- Monge-Acuña, Virginia (2015). La codificación en el método de investigación de la Grounded Theory o Teoría Fundamentada. *Innovaciones educativas*, 17(22), 77-84.

- Mora, Belvy y Montenegro, Marisela (2009). Fronteras internas, cuerpos marcados y experiencia de fuera de lugar: Las migraciones internacionales bajo las actuales lógicas de explotación y exclusión del capitalismo global. *Athenea Digital: revista de pensamiento e investigación social*, 15, 1-19.
- Mora, Enrico (2003a). La construcción de subjetividades fragmentarias de clase: Un ejemplo. *Athenea Digital: revista de pensamiento e investigación social*, 3, 36-62.
- Mora, Enrico (2003b). *Las clases sociales como forma de interacción social. Una estrategia de aproximación* [Tesis Doctoral]. Universitat Autònoma de Barcelona.
- Mora-Mendoza, Berta (2012). Solidaridad familiar y resiliencia. *Documentos de trabajo social: Revista de trabajo y acción social*, 51, 99-120.
- Moreno, Luis (2000). *Ciudadanos precarios: La «última red» de protección social*. Ariel.
- Moreno, Luis (2002a). Bienestar mediterráneo y «supermujeres». *RES. Revista Española de Sociología*, 2, 41-56.
- Moreno, Luis (Ed.) (2002b). *Pobreza y exclusión: La «malla de seguridad» en España*. Editorial CSIC - CSIC Press.
- Moreno, Luis y Jiménez, Raúl (2018). *Democracias robotizadas. Escenarios futuros en Estados Unidos y la Unión Europea*. Catarata.
- Moreno-Márquez, Gorka (2013). El impacto de la crisis sobre las personas sin hogar, rupturas y continuidades en un contexto de cambio. El caso de Bizkaia. *Cuadernos de trabajo social*, 26(2), 479-488.
- Mosse, George L. (1998). *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity*. Oxford University Press.
- Mulholland, Kate (2003). Entrepreneurialism, Masculinities and the Self-Made Man. En Kate Mulholland (Ed.), *Class, Gender and the Family Business* (pp. 89-110). Palgrave Macmillan UK. https://doi.org/10.1057/9780230504479_6
- Muller, Michael (2021). Masculinidades y Trabajo Social. Una aproximación teórica para nuevas intervenciones sociales y reivindicaciones profesionales. *Itinerarios de trabajo social*, 1, 23-30.
- Muñoz, Manuel; Sánchez, M^a Rosario y Cabrera, Pedro José (2018). *Informe IX recuento de personas sin hogar en Madrid* (p. 111). Ayuntamiento de Madrid.
- Muñoz-Rojas, Henry Alfonso (2016). *La investigación cualitativa práctica desde Atlas. Ti*. Universidad Santo Tomás.
- Murillo, Soledad y Mena, Luis (2006). *Detectives y camaleones: El grupo de discusión. Una propuesta para la investigación cualitativa*. Talasa Ediciones.
- Nardi, Peter M. (1992). *Men's Friendships*. SAGE Publications Ltd.

- Nardi, Peter M. (1999). *Gay Men's Friendships: Invincible Communities*. University of Chicago Press.
- Nardi, Peter M. (2010). The Politics of Gay Men's Friendships. En Michael Kimmel y Michael A. Messner (Eds.), *Men's Lives* (pp. 316-319). Pearson.
- Nardini, Krizia (2014). Volverse otro: El pensamiento encarnado y la «materia o importancia transformadora» de la teorización del (nuevo) materialismo feminista. *Artnodes: revista de arte, ciencia y tecnología*, 14, 18-25.
- Nascimento, Marcos (2015a). Hombres, masculinidades y homofobia: Apuntes para la reflexión desde lo conceptual y de lo político. *Conexões psi*, 2(2), 41-59.
- Nascimento, Marcos (2015b). *Improbables Encuentros: Un estudio sobre la Masculinidad en el contexto de relaciones de Amistad entre homo y heterosexuales en Brasil*. 1-16.
- Navajas-Pertegás, Nina (2021). «Deberías adelgazar, te lo digo porque te quiero»: Reflexiones autoetnográficas sobre la gordura. *Athenea Digital: revista de pensamiento e investigación social*, 21(1), 1.
- Navarro-Lashayas, Miguel Angel (2013). El fin del sinhogarismo en Euskadi ¿mito o realidad? *Zerbitzuan: Gizarte zerbitzuetarako aldizkaria = Revista de servicios sociales*, 54, 111-125.
- Nebreda, Maribel (2008). El trabajo social y las relaciones de género. En Edurne Aranguren y Gotzon Villaño (Eds.), *Hacia una intervención con perspectiva de género* (pp. 65-72).
- Nebreda, Maribel (2018). *El género del trabajo social: Una reconstrucción genealógica desde la perspectiva de género* [Tesis Doctoral]. Universidad Complutense de Madrid.
- Nguyen, Christopher; Liu, William; Hernandez, Jovan y Stinson, Ren (2012). Problem-Solving Appraisal, Gender Role Conflict, Help-Seeking Behavior, and Psychological Distress Among Men Who Are Homeless. *Psychology of Men y Masculinity*, 13, 270-282. <https://doi.org/10.1037/a0025523>
- Nonn, Timothy (1995). Hitting Bottom: Homelessness, Poverty and Masculinities. *Theology y Sexuality*, 3(1), 11-26. <https://doi.org/10.1177/135583589500300102>
- Nonn, Timothy (1996). I took it like a man: Survival and hope among poor men. En Stephen B. Boyd, W. Merle Longwood y W. Muesse (Eds.), *Redeeming men: Religion and masculinities* (pp. 156-168). Westminster John Knox Press.
- Nussbaum, Martha C. (2012). *Crear capacidades: Propuesta para el desarrollo humano*. Paidós.
- Olavarría, José (2001). *¿Hombres a la deriva? Poder, trabajo y sexo*. FLACSO-Chile.
- Olavarría, José (2003). Los estudios sobre masculinidades en América Latina. Un punto de vista. *Anuario Social y Político de América Latina y el Caribe*, 6, 91-98.

- Oliffe, John L.; Kelly, Mary T.; Johnson, Joy L.; Bottorff, Joan L.; Gray, Ross E.; Ogrodniczuk, John S. y Galdas, Paul M. (2010). Masculinities and college men's depression: Recursive relationships. *Health Sociology Review*, 19(4), 465-477.
- Olmos-Alcaraz, Antonia (2016). Algunas reflexiones sobre la Etnografía Escolar: Holismo, extrañamiento y diversidad cultural. *Investigación en la Escuela*, 89, Article 89. <https://doi.org/10.12795/IE.2016.i89.01>
- Olvera, Carolina y Luna, María Gabriela (2020). El malestar en los hombres: Una revisión de alcances. *Caleidoscopio-Revista Semestral de Ciencias Sociales y Humanidades*, 42, 269-295.
- O'Neil, James M.; Good, Glenn E. y Holmes, Sarah (1995). Fifteen years of theory and research on men's gender role conflict: New paradigms for empirical research. En Ronald F. Levant y William Pollack (Eds.), *A New Psychology Of Men* (pp. 164-206). Basic Books.
- Ortí, Alfonso (1993). El proceso de investigación de la conducta como proceso integral: Complementariedad de las técnicas cuantitativas y de las prácticas cualitativas en el análisis de las drogodependencias. En VVAA, *Las drogodependencias: Perspectivas sociológicas actuales* (pp. 149-202). Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología.
- Ortiz, Vanessa; Santana, Samantha Elizabeth; Mora, Lorena; Rodríguez, Victoria Montserrat; Camacho, Ana Lucía y González, Luis Jaime (2019). La masculinidad como un producto institucional: Un estudio de género sobre una prisión mexicana juvenil. *Revista de estudios de género: La ventana*, 6(50), 106-135.
- Palermo, Hernán M. (2015). Machos que se la bancan: Masculinidad y disciplina fabril en la industria petrolera argentina. *Desacatos*, 47, 100-115.
- Palomar, Joaquina y Valdés-Trejo, Laura (2004). Pobreza y locus de control. *Interamerican Journal of Psychology*, 38(2), 225-240.
- Parajuá, Daniel y Ávila, Débora (2015). La construcción del sujeto «merecedor» de derechos en el marco de la gestión pública neoliberal. En Francisco Javier García, Adelaida Megías y Jennifer Ortega (Eds.), *Actas del VIII Congreso sobre Migraciones Internacionales en España (Granada, 16-18 de septiembre de 2015)* (pp. 42-54). Instituto de Migraciones.
- Pateman, Carole (1995 [1988]). *El contrato sexual*. Anthropos Editorial.
- Patró-Hernández, Rosa María; Robles, Yamal Nieto y Limiñana-Gras, Rosa María (2020). Relación entre las normas de género y el consumo de alcohol: Una revisión sistemática. *Adicciones*, 32(2), 145-158.
- Paugam, Serge (2007). *Las formas elementales de la pobreza*. Alianza Editorial.
- Pease, Bob (2010). *Undoing Privilege: Unearned Advantage in a Divided World*. Zed Books Ltd.

- Pease, Bob (2011). Interrogating Privileged Subjectivities: Reflections on Writing Personal Accounts of Privilege. En Mona Livholts (Ed.), *Emergent Writing Methodologies in Feminist Studies* (p. 71-82). Routledge.
- Pease, Bob (2012). The politics of gendered emotions: Disrupting men's emotional investment in privilege. *Australian Journal of Social Issues*, 47(1), 125-142.
- Pease, Bob (2013). Epistemology, Methodology and Accountability in Researching Men's Subjectivities and Practices. En Barbara Pini y Bob Pease (Eds.), *Men, Masculinities and Methodologies* (pp. 39-52). Palgrave Macmillan UK. https://doi.org/10.1057/9781137005731_3
- Pease, Bob y Camilleri, Peter James (2001). *Working with Men in the Human Services*. Allen y Unwin.
- Pelegrí, Xavier (2014). Trabajo social y servicios sociales: Una complementariedad diferenciada. Notas para el cambio de época. *Acciones e investigaciones sociales*, 34, 7-24.
- Penalva-Verdú, Clemente; Alaminos, Antonio; Francés, Francisco y Santacreu, Óscar (2015). *La investigación cualitativa: Técnicas de investigación y análisis con Atlas. ti*. Pydlos ediciones.
- Penya, Mariona y Maranillo-Castillo, Laura (2022). Invisibles, vulnerables, pero resilientes: Mujeres migrantes en situación de sinhogarismo y estrategias de supervivencia femeninas. *Feminismo/s*, 40, Article 40. <https://doi.org/10.14198/fem.2022.40.13>
- Pérez de Sierra, Leticia y Vecinday, Laura (2016). De la reconceptualización a nuestros días: Contradicciones de las políticas asistenciales. *Fronteras*, 9, 91-103.
- Pérez, Marta; Ayala, Ariadna; Ávila, Débora y García, Sergio (2019). Fronteras interiores: Las prácticas informales en el gobierno de la desigualdad en España. *Revista CIDOB d'afers internacionals*, 122, 111-135.
- Persky, Joseph (1995). The ethology of homo economicus. *Journal of Economic Perspectives*, 9(2), 221-231.
- Phillips, Debby A. (2005). Reproducing normative and marginalized masculinities: Adolescent male popularity and the outcast. *Nursing Inquiry*, 12(3), 219-230.
- Pichardo, José Ignacio (2009). *Adolescentes ante la diversidad sexual: Homofobia en los centros educativos*. Los Libros de la Catarata.
- Pichardo, José Ignacio (2020). El estigma hacia personas lesbianas, gays, bisexuales y transexuales. En Elena Gaviria, Cristina García-Ael y Fernando Molero (Eds.), *Investigación Acción: Aportaciones de la investigación a la reducción del estigma* (pp. 111-125). Editorial Sanz Y Torres S.l.
- Pi-Giménez, Vanesa (2012). El trabajo social se viste de naranja. *Servicios sociales y política social*, 99, 109-120.

- Pizarro, Roberto (2001). *La vulnerabilidad social y sus desafíos: Una mirada desde América Latina*. CEPAL: Naciones Unidas.
- Plá, Isabel; Banyuls, Joseph; Cano, Ernest; Martí, Ana; Pitxer, Josep Vicent; Poveda, María Manuela; Sánchez, Amat; Ventura, Asunción y Bartual, Mayte (2004). *Informalidad del empleo y precariedad laboral de las empleadas del hogar*. (p. 357). Universitat de València.
- Pleck, Joseph (1995). The gender role strain paradigm: An update. En Ronald F. Levant y William Pollack (Eds.), *A New Psychology Of Men* (pp. 11-32). Basic Books.
- Pollack, William S. y Levant, Ronald F. (1998). *New Psychotherapy for Men*. Wiley.
- Porcel, Amparo (1990). La intervención del trabajador social en la planificación, gestión y desarrollo de los servicios sociales. *Documentación social*, 79, 83-98.
- Portos, Martín (2016). Movilización social en tiempos de recesión: Un análisis de eventos de protesta en España, 2007-2015. *Revista Española de Ciencia Política*, 41, 159-178.
- Power, Anne; Willmot, Helen y Davidson, Rosemary (2011). *Family Futures: Childhood and Poverty in Urban Neighbourhoods*. Policy Press.
- Poynting, Scott; Noble, Greg y Tabar, Paul (1999). 'Intersections' of masculinity and ethnicity: A study of male Lebanese immigrant youth in western Sydney. *Race ethnicity and education*, 2(1), 59-78.
- Precarias a la Deriva (2004). *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*. Traficantes de Sueños.
- Price, Jammie (2013). *Navigating Differences: Friendships Between Gay and Straight Men*. Routledge.
- Prieto, Lucía (2018). *Mujer, moral y franquismo: Del velo al bikini*. Universidad de Málaga.
- Pringle, Keith (1995). *Men, Masculinities, and Social Welfare*. UCL Press.
- Puente, Patricia (2021). *Invisibles e invisibilizadas. La especial vulnerabilidad de las personas en situación de sinhogarismo frente a la violencia* [Tesis Doctoral]. Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).
- Puente, Patricia (2022). El sinhogarismo desde una perspectiva de género. Especial referencia a las experiencias de violencia a lo largo de la vida. *Revista de Derecho Penal y Criminología*, 27, 167-195.
- Pujadas, Juan José (1992). *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Ramírez, Juan Carlos (2013). Masculinidad y emociones. Una aproximación a su construcción social. En *Actas XXIX Congreso Latinoamericano de Sociología* (pp. 1-10). Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS).

- Ramírez, Juan Carlos (Ed.) (2020a). *Hombres, masculinidades, emociones*. Página Seis.
- Ramírez, Juan Carlos (2020b). *Mandatos de la masculinidad y emociones: Hombres (des)empleados*. Página Seis.
- Ranea, Beatriz (2016). Analizando la demanda: Relación entre masculinidad hegemónica y prostitución femenina. *Investigaciones Feministas*, 7(2), 313-330.
- Ranea, Beatriz (2020). ¿Qué hace una chica como tú en un sitio como éste? Mujeres investigando masculinidades: el caso de la demanda de prostitución. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez y Joan Sanfélix (Eds.), *Hombres, género y patriarcado: Reflexiones, cuerpos y representaciones* (pp. 131-147). Dykinson.
- Ranea, Beatriz (2021). Homosocialidad y secretismo en la experiencia de los hombres que consumen prostitución en España. *Ex aequo*, 43, 85-100.
- Raventós, Daniel (2002). *La renta básica: Por una ciudadanía más libre, más igualitaria y más fraterna*. Editorial Ariel.
- Raventós, Daniel (2021). *La renta básica, ¿por qué y para qué?* Catarata.
- Ray, Amy L. y Gold, Steven R. (1996). Gender Roles, Aggression, and Alcohol Use in Dating Relationships. *The Journal of Sex Research*, 33(1), 47-55.
- Raya, Esther y Caparrós, Neus (2014). Acompañamiento como metodología de Trabajo Social en tiempos de cólera. *Cuadernos de trabajo social*, 27(1), 81-91.
- Ridge, Tess (2009). *Living with poverty A review of the literature on children's and families experiences of poverty*. Department for Work and Pensions.
- Rios, Victor M. (2011). *Punished: Policing the Lives of Black and Latino Boys*. NYU Press.
- Rivas Sánchez, Héctor Eloy (2004). Entre la temeridad y la responsabilidad: Masculinidad, riesgo y mortalidad por violencia en la sierra de Sonora. *Desacatos: Revista de Ciencias Sociales*, 15-16, 69-89.
- Rodríguez del Pino, Juan Antonio (2014). Cuando cae el hombre proveedor. Masculinidad, desempleo y malestar psicosocial en la familia: Una metodología para la búsqueda de la normalización afectiva. *Masculinidades y cambio social*, 3(2), 173-190.
- Rodríguez del Pino, Juan Antonio (2015). *La re-construcción psico-social de las masculinidades: Desempleo y convivencia en el entorno familiar* [Tesis Doctoral]. Universitat de València.
- Romero-Plana, Virginia (2019). *Vivir bajo el cielo: Pobreza y masculinidad en las fronteras*. Editorial Fontamara.
- Romero-Plana, Virginia (2021). Masculinidad, migración y pobreza extrema: Mirada retrospectiva de exmigrantes en Hermosillo, Sonora-México. *Revista de ciencias sociales*, 27(2), 67-79.

- Room, Graham (1995). *Beyond the Threshold: The Measurement and Analysis of Social Exclusion*. Policy Press.
- Rooney, James F. (1980). Organizational Success Through Program Failure: Skid Row Rescue Missions. *Social Forces*, 58(3), 904-924. <https://doi.org/10.1093/sf/58.3.904>
- Rosado, María Jesús; García, Francisco; Alfeo, Juan Carlos y Rodríguez, Javier (2014). El suicidio masculino: Una cuestión de género. *Prisma Social: revista de investigación social*, 13, 433-492.
- Rotondi, Gabriela (2000). *Pobreza y masculinidad: El urbano marginal*. Espacio Editorial.
- Rubin, Gayle (1986). El tráfico de mujeres: Notas sobre la «economía política» del sexo. *Revista Nueva Antropología*, 30, 95-145.
- Rubio-Arribas, Francisco Javier (2007). Ciudadanos y ciudadanas altamente estigmatizados y/o excluidos: Las «personas sin hogar». *Nómadas: Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 15, 14.
- Rubio-Martín, María José; Muñoz, Manuel; Cabrera, Pedro José y Sánchez, M^a Rosario H. (2022). *Perspectiva social y psicológica de la situación sin hogar: Vidas de calle y sueños rotos*. Ediciones Pirámide.
- Ruiz-Cantero, María Teresa (2021). Las estadísticas sanitarias y la invisibilidad por sexo y de género durante la epidemia de COVID-19. *Gaceta sanitaria: Órgano oficial de la Sociedad Española de Salud Pública y Administración Sanitaria*, 35(1), 95-98.
- Ruiz-Morales, Manuel L. (2020). Análisis temporal de la población reclusa española: Las leyes de Quételet. *Archivos de Criminología, Seguridad Privada y Criminalística*, 25, 125-153.
- Ruiz-Trejo, Marisa Gisele y García-Dauder, Dau (2019). Epistemic-corporeal workshops: Putting strong reflexivity into practice. *Tapuya: Latin American Science, Technology and Society*, 2(1), 42-58. <https://doi.org/10.1080/25729861.2019.1664070>
- Russell, Richard (2001). In sickness and in health: A qualitative study of elderly men who care for wives with dementia. *Journal of Aging Studies*, 15(4), 351-367. [https://doi.org/10.1016/S0890-4065\(01\)00028-7](https://doi.org/10.1016/S0890-4065(01)00028-7)
- Sabariego, Marta; Vilà, Ruth y Sandín, Mari Paz (2014). El análisis cualitativo de datos con ATLAS. ti. *REIRE. Revista d'Innovació i Recerca en Educació*, 7(2), 119-133.
- Salazar, Octavio (2013). *Masculinidades y ciudadanía: Los hombres también tenemos género*. Editorial Dykinson, S.L.
- Salazar, Octavio (2022). *John Wayne qu estás en los cielos*. La Moderna.

- Sales, Albert (2014). *El delito de ser pobre: Una gestión neoliberal de la marginalidad*. Icaria.
- Sales, Albert (2019). *Qui dorm al carrer a Barcelona? Característiques de la població sense sostre de la ciutat segons les dades dels equips municipals d'intervenció social a l'espai públic*. (p. 36). Àrea de Drets Socials de l'Ajuntament de Barcelona i Institut d'Estudis Regionals i Metropolitans de Barcelona.
- Sales, Albert y Guijarro, Laura (2017). Dones Sense Llar: La invisibilització de l'exclusió residencial femenina. *Barcelona Societat*, 21, 81-89.
- Salguero, Alejandra (2015). El significado del trabajo en las identidades masculinas. En María Lucero Jiménez y Olivia Tena (Eds.), *Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica. Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. (pp. 399-418). CRIM UNAM.
- Salguero, Alejandra y Yoseff, Juan José (Eds.). (2020). *Presencias y ausencias paternas desde una aproximación sociocultural de género*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sambade, Iván (2008). Medios de comunicación, democracia y subjetividad masculina. En Alicia Puleo (Ed.), *El reto de la igualdad de género: Nuevas perspectivas en ética y filosofía política* (pp. 344-360). Biblioteca Nueva.
- Sambade, Iván (2010). La pragmática masculina del control: Del gobierno de sí mismo hacia la violencia contra las mujeres. *Nomadías*, 11, 42-68.
- Sambade, Iván (2014). Sobre las contradicciones de la razón moderna y la constitución de la subjetividad masculina. *Prisma Social: revista de investigación social*, 13, 787-851.
- Sambade, Iván (2020). *Masculinidades, violencia e igualdad: El (auto)control de los hombres como estrategia de poder social*. Ediciones Universidad de Valladolid.
- San Martín, Daniel (2014). Teoría fundamentada y Atlas.ti: Recursos metodológicos para la investigación educativa. *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 16 (1), Article 1.
- Sánchez de Ita, Josefina Cristina; Ramos, Luciana Esther; Reiko, María Emily y Blum, Bertha (2015). Narraciones sobre la experiencia depresiva de hombres en psicoterapia. *Alternativas en Psicología*, 32, 48-63.
- Sánchez-Castiñeira, Sergio (2021). La transformación de la solidaridad familiar desde los servicios sociales básicos en España. *Papers. Revista de Sociologia*, 106(1), Article 1. <https://doi.org/10.5565/rev/papers.2787>
- Sánchez-Heras, Josefa; Ridaura, María José y Arias, Cristina (2012). *Manual de intervención para familias y menores con conductas de maltrato: «Colonia San Vicente Ferrer»* (2a ed.). Tirant humanidades.

- Sanders, Jolene M. (2011). Coming of age: How adolescent boys construct masculinities via substance use, juvenile delinquency, and recreation. *Journal of Ethnicity in Substance Abuse*, 10(1), 48-70. Scopus. <https://doi.org/10.1080/15332640.2011.547798>
- Sanfélix, Joan (2011). Las nuevas masculinidades: Los hombres frente al cambio en las mujeres. *Prisma Social: revista de investigación social*, 7, 16.
- Sanfélix, Joan (2017). *Demostrando ser hombres. Una aproximación socioantropológica a la construcción y reproducción de las identidades masculinas en las comarcas orientales de la provincia de valencia* [Tesis Doctoral]. Universidad Miguel Hernández de Elche.
- Sanfélix, Joan (2020). *La brújula rota de la masculinidad*. Tirant Humanidades.
- Sanfélix, Joan y Cascales, Jorge (2019). Problematizando las masculinidades igualitarias que se configuran alrededor de la estrategia de las nuevas masculinidades. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez y Joan Sanfélix (Eds.), *Masculinidades Igualitarias y Alternativas: Procesos, Avances y Reacciones* (pp. 121-140). Tirant Humanidades.
- Sanfélix, Joan y Téllez, Anastasia (2017). Lógicas prácticas en el proceso de construcción de la masculinidad de los hombres valencianos: Calle, riesgo, fútbol y arca. *Masculinidades y cambio social*, 6(2), 96-118.
- Sanfélix, Joan y Téllez, Anastasia (2021). Masculinidad y privilegios: El reconocimiento como potencial articulador del cambio. *Masculinities y Social Change*, 10, 1-24. <https://doi.org/10.17583/mcs.2021.4710>
- Santi, María Florencia (2015). Vulnerabilidad y ética de la investigación social: Perspectivas actuales. *Revista Latinoamericana de Bioética*, 15(29-2), 13.
- Sau, Victoria (2000). De la facultad de ver al derecho de mirar. En Àngels Carabí y Marta Segarra (Eds.), *Nuevas Masculinidades* (pp. 29-40). Icaria Editorial.
- Schöngut, Nicolás (2012). La construcción social de la masculinidad: Poder, hegemonía y violencia. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 2(2), 27-65.
- Schroeder, Kirby (2004). Hypermasculinity. En Michael Kimmel y Amy B. Aronson (Eds.), *Men and Masculinities: A Social, Cultural, and Historical Encyclopedia. Volumen I: A-J* (pp. 417-418). ABC-CLIO.
- Segal, Lynne (2006 [1990]). *Slow Motion: Changing Masculinities, Changing Men*. Palgrave MacMillan.
- Segato, Rita Laura (2019). Pedagogías de la crueldad: El mandato de la masculinidad (Fragmentos). *Revista de la Universidad de México*, 9, 27-31.
- Seidler, Victor J. (2000). *La sinrazón masculina: Masculinidad y teoría social*. Paidós.
- Seidler, Victor J. (2002). Masculinity, violence and emotional life. En Gillian Bendelow y Simon J. Williams (Eds.), *Emotions in social life* (pp. 219-236). Routledge.

- Seidler, Victor J. (2006). *Masculinidades: Culturas globales y vidas íntimas*. Editorial Montesinos.
- Seiz, Marta; Castro-Martín, Teresa; Cordero-Coma, Julia y Martín-García, Teresa (2022). La evolución de las normas sociales relativas a las transiciones familiares en España. *RES. Revista Española de Sociología*, 31(2), 7.
- Seligman, Martin E. P. (1991). *Indefensión*. Editorial Debate.
- Sen, Amartya (1997). *Bienestar, justicia y mercado*. Grupo Planeta (GBS).
- Sen, Amartya (2000a). *Desarrollo y libertad*. Planeta.
- Sen, Amartya (2000b). Trabajo y derechos. *Revista internacional del trabajo*, 119(2), 129-140.
- Sennett, Richard (1982). *La autoridad*. Alianza.
- Serrano, Araceli; Parajuá, Daniel y Zurdo, Angel (2013). Marcos interpretativos de los social en la vivencia de la «nueva pobreza». *Cuadernos de relaciones laborales*, 31(2), 337-382.
- Simmel, Georg (1927). *Sociología: Estudios sobre las formas de socialización*. Revista de Occidente.
- Simmel, Georg (2018). Sobre una psicología de la vergüenza. *Digithum*, 21, 67-74.
- Smith, Adam (2011). *La riqueza de las naciones*. Alianza Editorial.
- Solís, Juan M.; Ballesté-Isern, Eduard y Úbeda, Miquel (2022). Living in the frame of structural violence: Institutional regulations and daily life in Lleida, Spain. *Ethnography*, 1-21. <https://doi.org/10.1177/14661381221113418>
- Soronellas, Montserrat; Comas d'Argemir, Dolors y Alonso-Rey, Natalia (2021). Hombres que deciden cuidar a personas adultas dependientes en el contexto familiar: Género y parentesco en transformación. *Arxiu d'etnografia de Catalunya: Revista d'antropologia social*, 22, 211-235.
- Spicker, Paul (1984). *Stigma and Social Welfare*. Croom Helm.
- Spivak, Gayatri Chakravorty (2009). *¿Pueden hablar los subalternos?* MACBA Museu d'Art Contemporani de Barcelona.
- Steinke, Ines (2004). Quality criteria in qualitative research. En Uwe Flick, Ernst von Kardorff y Ines Steinke (Eds.), *A companion to qualitative research* (pp. 184-190). SAGE Publications.
- Stoltenberg, John (2000). *Refusing to be a Man: Essays on Sex and Justice*. Psychology Press.
- Strauss, Anselm L. (1987). *Qualitative Analysis for Social Scientists*. Cambridge University Press.

- Strauss, Anselm L. y Corbin, Juliet (2002). *Bases de la investigación cualitativa: Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Universidad de Antioquia.
- Sweetman, Caroline (2013). Introduction: Working with men on gender equality. *Gender y Development*, 21(1), 1-13.
- Szydlík, Marc (2016). *Sharing Lives: Adult Children and Parents*. Routledge.
- Taylor, Alice; Moura, Tatiana; Scabio, Jeferson de Lara; Borde, Elis; Afonso, Joao Sucena y Barker, Gary (2016). *This isn't the life for you: Masculinities and nonviolence in Rio de Janeiro, Brazil*. Promundo-US. <http://hdl.handle.net/10625/56228>
- Taylor, Ian y Jamieson, Ruth (1997). 'Proper Little Mesters': Nostalgia and protest masculinity in de – industrialised Sheffield. En *Imagining Cities* (pp. 149-175). Routledge.
- Téllez, Anastasia (2019). Masculinidad, identidad y trabajo: ¿democratizamos la vida doméstica en términos de igualdad? En Javier Eloy Martínez, Anastasia Téllez y Joan Sanfélix (Eds.), *Deconstruyendo la masculinidad: Cultura, género e identidad* (pp. 131-147). Tirant Humanidades.
- Tena, Olivia (2012). Estudiar la masculinidad: ¿para qué? En Norma Blazquez, Fátima Flores-Palacios y Maribel Ríos-Everardo (Eds.), *La investigación Feminista: Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 271-291). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Tena, Olivia y Jiménez-Anaya, Paula (2006). Estrategias para mantener el modelo de masculinidad en padres-esposos desempleados. *La ventana. Revista de estudios de género*, 3(24), 440-462.
- Thiers-Vidal, Léo (2002). De la masculinité à l'anti-masculinisme: Penser les rapports sociaux de sexe à partir d'une position sociale oppressive. *Nouvelles questions féministes*, 21(3), 71-83.
- Thiers-Vidal, Léo (2010). *De «L'Ennemi Principal» aux principaux ennemis. Position vécue, subjectivité et conscience masculines de domination*. Editions L'Harmattan.
- Thompson, Neil (2001). *Anti-discriminatory Practice*. Palgrave.
- Thoreau, Henry David (2012 [1863]). *Desobediencia civil y otros escritos*. Alianza Editorial.
- Tobías, Eva (2018). La aplicación del enfoque de género en Trabajo Social: Debilidades y fortalezas. *Ehquidad*, 10, 141-154.
- Tomasini, Marina (2013). Hacerse el malo: Interacciones cotidianas entre estudiantes varones de primer año de escuelas secundarias de Córdoba, Argentina. *Sexualidad, Salud y Sociedad (Rio de Janeiro)*, 86-112.

- Tomsen, Stephen (1997). A top night: Social protest, masculinity and the culture of drinking violence. *The British Journal of Criminology*, 37(1), 90-102.
- Tomsen, Stephen (2017). *Crime, Criminal Justice and Masculinities*. Taylor y Francis.
- Trifiletti, Rossana (1999). Southern European welfare regimes and the worsening position of women. *Journal of European social policy*, 9(1), 49-64.
- Uceda, Francesc Xavier; Martínez-Martínez, Lucía y Belda, José Francisco (2017). Los servicios sociales personales: La universalidad de los servicios sociales valencianos en el contexto actual. En María Dolores Pitarch (Ed.), *Estructura, vida y gobierno en territorios complejos: El área metropolitana de Valencia* (pp. 311-337). Tirant Humanidades.
- Ugalde, Juan Daniel (2017). *Perfil actual de las personas sin hogar en el municipio de Madrid: Evolución, características y tendencias* [Tesis Doctoral]. Universidad Complutense de Madrid.
- Uy, Phillip J.; Massoth, Neil A. y Gottdiener, W. H. (2014). Rethinking male drinking: Traditional masculine ideologies, gender-role conflict, and drinking motives. *Psychology of Men and Masculinity*, 15(2), 121-128. Scopus. <https://doi.org/10.1037/a0032239>
- Valdez, Rosario; Vargas-Uriás, Mauro Antonio y González, Mariana (2013). Bases conceptuales del programa de reeducación para agresores de violencia de pareja. En Juan Carlos Ramírez y José Carlos Cervantes (Eds.), *Los hombres en México. Veredas recorridas y por andar. Una mirada a los estudios de género, las masculinidades*. (pp. 111-132). Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas.
- Vargas-Uriás, Mauro Antonio (2014). Un paso necesario: El trabajo con hombres para avanzar hacia la igualdad de género. *Defensor. Revista de Derechos Humanos*, 3, 5-10.
- Vega-Solís, Cristina y Martínez-Buján, Raquel (2017). Exploring the role of the community in gender studies about sustainability, reproduction and care. *Quaderns-e*, 22(2), 65-81.
- Velasco, Honorio y Díaz de Rada, Ángel (2004). *La lógica de la investigación etnográfica: Un modelo de trabajo para etnógrafos de la escuela*. Trotta.
- Viveros, Mara (2002). *De quebradores y cumplidores: Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. CES, Universidad Nacional de Colombia.
- Wacquant, Loïc (2007). Territorial Stigmatization in the Age of Advanced Marginality. *Thesis Eleven*, 91(1), 66-77. <https://doi.org/10.1177/0725513607082003>
- Wacquant, Loïc (2009). La estigmatización territorial en la edad de la marginalidad avanzada. *Renglones. Revista arbitrada en ciencias sociales y humanidades*, 60, 16-22.

- Wacquant, Loïc (2010). *Castigar a los pobres: El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Gedisa.
- Wacquant, Loïc (2012). *Merodeando las calles*. Gedisa.
- Wacquant, Loïc; Slater, Tom y Borges, Virgilio (2014). Estigmatización territorial en acción. *Revista invi*, 29(82), 219-240.
- Walker, Gregory Wayne (2006). Disciplining protest masculinity. *Men and masculinities*, 9(1), 5-22.
- Walker, Robert y Bantebya-Kyomuhendo, Grace (2014). *The Shame of Poverty*. Oxford University Press.
- Walton, Ronald Gordon (1975). *Women in Social Work*. Routledge and Kegan Paul.
- Ward, Jane (2008). Dude-sex: White masculinities and authentic heterosexuality among dudes who have sex with dudes. *Sexualities*, 11(4), 414-434.
- Wetherell, Margaret y Edley, Nigel (1999). Negotiating hegemonic masculinity: Imaginary positions and psycho-discursive practices. *Feminism y psychology*, 9(3), 335-356.
- Whelehan, Imelda (1995). *Modern Feminist Thought: From the Second Wave to «post-feminism»*. Edinburgh University Press.
- Whitehead, Stephen M. (2002). *Men and Masculinities: Key Themes and New Directions*. Polity Press.
- Whyte, William H. (2002). *The Organization Man*. University of Pennsylvania Press, Incorporated.
- Wild, Jim (2012). *Working With Men For Change*. UCL Press.
- Williams, Colin y Windebank, Jan (2000). Self-help and Mutual Aid in Deprived Urban Neighbourhoods: Some Lessons from Southampton. *Urban Studies*, 37, 127-147. <https://doi.org/10.1080/0042098002320>
- Wirtz, Markus (2021). Is it a Man's World?! – Gender-Specific Perspectives in Working with Addicted Men. *Suchttherapie*, 22(2), 72-74. <https://doi.org/10.1055/a-1410-2990>
- Wright, Erik Olin (1995). Reflexionando, una vez más, sobre el concepto de estructura de clases. En Julio Carabaña y Andrés de Francisco (Eds.), *Teorías contemporáneas de las clases sociales* (pp. 17-126). Editorial Pablo Iglesias.
- Yousaf, Omar; Popat, Aneka y Hunter, Myra S. (2015). An investigation of masculinity attitudes, gender, and attitudes toward psychological help-seeking. *Psychology of Men y Masculinity*, 16(2), 234.
- Zafra, Remedios (2021). *Frágiles: Cartas sobre la ansiedad y la esperanza en la nueva cultura*. Anagrama.

- Zizek, Slavoj (2006). *Visión de paralaje*. Fondo de Cultura Económica.
- Zubero, Imanol (2017). Sistemas de bienestar, políticas sociales y bienes comunes: Tensiones y sinergias entre lo público y lo común. *Documentación social*, 186, 115-134.
- Zurian, Francisco (2011). Héroes, machos o, simplemente, hombres: Una mirada a la representación audiovisual de las (nuevas) masculinidades. *Secuencias: Revista de historia del cine*, 32-53.